
Condéname...
HASTA QUE ME AMES
KEILY FOX

Condéname... hasta que me ames

Marcados por el odio, atados por el destino

Keily Fox



Derechos de autor © 2025 Condéname... hasta que me ames

Título: Condéname... hasta que me ames
© Keily Fox, 2025

Edición, maquetación y corrección: 2025 Marian Manzano
Diseño de la cubierta: 2025 Cálice Servicios Editoriales
Primera edición: Junio, 2025

Web Autora: www.keilyfox.com
Instagram y Facebook: @keilyfoxescritora

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Agradecimientos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo
Libros de este autor
Acerca del autor

Agradecimientos

Como siempre digo, a pesar de que escribir sea un viaje solitario, nunca se recorre en soledad. Esta historia no habría cobrado vida sin el apoyo, la paciencia y la inspiración que encontré en el camino.

Pero antes de embarcarme a fondo en nombres propios…, quiero darte un agradecimiento muy especial **a ti, querida lectora,** que has llegado hasta aquí, gracias por abrir estas páginas y dejarte llevar. Gracias por prestar tu tiempo, tu atención y tus emociones a esta historia, por hacerla tuya de una forma que ni yo imaginaba al escribirla. Cada vez que eliges leerme le das sentido a todo este esfuerzo y conviertes cada escena en algo vivo.

Eres el latido silencioso detrás de cada capítulo, la razón por la que seguir contando historias sigue teniendo magia. Gracias por estar.

Continuemos dando las merecidas gracias…

Siempre en el podio está **mi familia: Javi, Luna, Sergio…** sois mi faro en mis días nublados y refugio cuando dudo de mí misma. Gracias por sostenerme sin hacer preguntas, por comprender mis ausencias y por celebrar cada pequeño logro como si fuera propio.

Luce Monzant G. ¡Eres la leche! Tu talento le ha dado a esta historia un rostro inolvidable. Esta portada no solo es la más hermosa que tengo, sin duda también es la que mejor ha capturado el alma de mis palabras. ¡Gracias por crear magia!

Mis **increíbles lectoras cero** son ¡las mejores de mundo! Gracias por leer siempre a mis chicos con el corazón abierto, por señalar cada duda con cariño y por entregaros a la historia con el alma. Vuestra mirada atenta, ¡ilusión y sinceridad han sido fundamentales para que estas páginas brillen un poco más. Como siempre, quiero regalaros unas palabras…

Beatriz Moreno, gracias por tu mirada crítica pero siempre constructiva, por tu entusiasmo contagioso y por tu fe constante en cada historia. Gracias por leer con tanta entrega… ¡y a la velocidad del rayo! Tu forma de entender a los personajes y captar los matices es un regalo impagable.

Paola Gómez Piñeiro, (@loslibrosdemama), gracias por ser no solo lectora, sino consejera y, ante todo, mi amiga. Gracias por estar siempre ahí: cuando dudo, cuando celebro, cuando el mundo se me cae encima y cuando la historia aún no sabe hacia dónde va. Tu apoyo constante es mi mejor brújula y mi mayor refugio. Gracias por ser impulso y abrazo, siempre, y por hacerme sentir acompañada en cada paso, incluso en los más inciertos. Eres pura luz.

Jelly Reynoso, (@lovekiss_mx), gracias por estar siempre con el corazón abierto para mis chicos, por tu cariño incondicional y por acompañarme con esa calidez que atraviesa cualquier distancia. Tu entusiasmo y tu forma de vivir cada historia, como si también fuera tuya, siempre me emocionan. Gracias por estar a un mensaje de distancia.

Esther Silveira (@estebecca_libros), gracias por tu lectura atenta, tu compromiso y tu generosidad. Gracias por acompañar esta historia con tanto cariño, honestidad y ese entusiasmo que siempre consigues contagiarme. Tu forma de leer, apasionada y entregada, ha sido un verdadero regalo en este camino.

Chus Martín, gracias por acompañarme una vez más en esta aventura. Gracias por tu generosidad, por tu tiempo, por leer con mimo y con tanto cariño. De nuevo, ha sido un verdadero placer tenerte como lectora, además de poder contar contigo como amiga. Tu apoyo, sereno y constante, siempre suma.

Rocío Parra, gracias por asomarte de nuevo a otra de mis historias con tanta entrega. Por leer con atención, por comentar con sinceridad y por hacerlo todo con una sonrisa. Ha sido un placer contar contigo de nuevo, y un lujo tener tu mirada entre las primeras que se asomaron a estas páginas.

Y también quiero dar las gracias, de corazón, a todas esas personas, algunas ya amigas, que caminan conmigo en este mundo de letras, compartiendo mis historias en sus muros, en sus clubs de lectura y en sus corazones. Gracias por abrirme espacio, por el cariño con que lo hacéis y por convertir cada publicación en una pequeña celebración. Vosotras hacéis que este viaje sea aún más extraordinario.

Mis queridas **Secuestradoras de Libros y Almas (Teresa / María / Teresa)**, gracias por hacerme sentir como en casa desde el primer día, por leerme con tanto mimo, por abrirme las puertas con esa alegría que contagia y por estar siempre ahí, compartiendo cada historia con entusiasmo. Las Lecturas Conjuntas con vosotras son un soplo de aire fresco y una fuente inagotable de motivación. Gracias también **a todas las chicas que os sumáis,** que comentáis, que me arropáis con tanto cariño: Teresa Gámez, Teresa Gutiérrez, María José Povedano, Pili Moliner, Enri Verdú, Clara, Irene Moya-Angeler, Chelo Aisa, María Montoro, Adriana, Vanesa Salas, Yolanda Fernández, Luisa Ruiz Lucas…, entre otras muchas. ¡Gracias mil!

Ceci Blackstone (@coffee2019books), tus lecturas conjuntas se han convertido en uno de esos talismanes que no pueden faltar. Gracias por hacer de cada una de ellas una experiencia única e inolvidable, por llenar el camino de alegría,

energía y ganas, y por cuidar cada detalle con tanto mimo. Te trabajas las lecturas como pocas: con vídeos creativos, diplomas maravillosos y una organización impecable que marca la diferencia. Es un verdadero lujo contar contigo. Gracias por tanto.

A **Paola Gómez Piñeiro y Esther Silveira**, gracias por haber hecho de vuestros directos un lugar donde mis historias siempre encuentran su primer latido compartido. Ya es una tradición, y una que me emociona profundamente, presentar cada nueva novela con vosotras, en ese espacio donde se mezcla la ilusión, los nervios y el cariño auténtico. Gracias por acogerme siempre con tanta calidez, por vuestra complicidad y por convertir cada lanzamiento en un recuerdo imborrable.

Glory y sus chicas de @essenslybooks, **Yennely y Ana** (@cajadelecturas) **Lucy Montiel**, (@lucy_amante_de_la_lectura), **Enri Verdú**, (Unid@s por los libr@s), **Paola y Esther** (@elladoperversodelpapel), **Lolitha** (@tertuliadeletrasyescritores)**, Yohana** (@brujuladelibros), y un etcétera tan grande que nunca acabaría… ¡Gracias mil por prestarme vuestros grupos y vuestros espacios siempre con tanto respeto y cariño!

Hay tantas personas que me recuerdan a diario por qué amo escribir, que sería imposible mencionaros a todas. Gracias a todas las que me habéis acompañado desde el principio en cada novela, quienes me leéis con el corazón, compartís mi ilusión y habláis de ellas como si fueran también vuestras. Gracias por estar ahí, por cada palabra, cada mensaje, cada gesto. Vosotras hacéis que todo esto tenga sentido.

Gracias, **Tere Lahoz**, por ser esa presencia luminosa que siempre suma, por tu ingenio, tu entusiasmo y esa forma tan tuya de animar incluso en los días más grises. Eres alegría e impulso, y tenerte cerca en este camino significa más de lo que imaginas. Y gracias también a tu madre, que ya se ha convertido en fan absoluta, ¡incluso más que tú!, y que ha hecho de mis novelas casi

una adicción. Ver cómo las devora y las vive es tan divertido como emocionante. ¡Sois un tándem maravilloso!

A **María** (@lecturasdemaggie), gracias por regalarme siempre tu entusiasmo y esa motivación extra que me empuja cuando más lo necesito. Ya estoy deseando compartir la lectura de esta novela contigo. Siempre sabes hacer de ese momento algo mágico: por cómo la vives, por lo que me devuelves y por todo lo que haces brillar entre líneas. ¡Qué suerte tenerte cerca en este camino!

Patri Guarino, gracias por estar siempre ahí, con esa energía tan tuya que levanta el ánimo incluso en los días más nublados. Eres de esas personas que suman siempre, que animan sin ruido y que hacen que todo parezca un poco más fácil. Gracias de corazón. Y le mando un agradecimiento también a tu madre, que no se pierde una.

Mis chicas de **Universo Keily**, como olvidaros… **Caro, Yohana, Helena, Lolitha, Aimee, Faby, Ana, Jasminia, Nina, Niyireth, Marisol, Deyanira, Ivonne, Luisa, Ale, Loli, Chus, Jelly, Paola, Ceci...** ¡Gracias por estar siempre ahí! ¡Sois la leche!

A mi hermana del alma,
por quererme en todas mis formas
y caminar siempre a mi lado,
con ese corazón gigante que lo abraza todo.

Capítulo 1

El cielo despejado de aquella mañana de junio bañaba la costa de Aberdeen con una luz dorada, un respiro bienvenido tras una semana entera de lluvias persistentes.

Caitlyn salió a la terraza de su suite y suspiró, permitiendo que la brisa fresca llenara todos sus sentidos con el intenso aroma a mar y salitre. Mientras contemplaba el paisaje, no pudo evitar maravillarse. Llevaba nueve meses viviendo en el hotel Adanic y las vistas desde su habitación le parecían cada vez más espectaculares.

Desde allí, la inmensidad del mar del Norte se extendía hasta donde alcanzaba la vista, con sus aguas teñidas de un azul profundo que reflejaban la calma del cielo. Las olas rompían contra los acantilados con un murmullo constante, como un recordatorio del poder indomable de la naturaleza.

Más abajo, el sendero de piedra que serpenteaba por el borde del promontorio conducía a la pequeña cala escondida, donde la arena húmeda brillaba bajo el sol matutino.

El hotel Adanic, con sus muros de piedra y su elegante silueta, se alzaba majestuoso sobre el paisaje, como si aún guardara los ecos de su pasado medieval. Caitlyn apoyó las manos en la barandilla y cerró los ojos por un instante, disfrutando de la serenidad del momento, un respiro que necesitaba mucho…, aunque no duró demasiado. Su torbellino de cuatro años salió a la terraza a la carrera, acabando con el relax, pero llenando el corazón de Caitlyn de dulzura.

—¡Mira, mami! —gritó la pequeña, enérgica.

Annabella salió descalza a la terraza, con su camisón ondeando con suavidad por la brisa matutina. Llevaba a su muñeca de trapo apretada contra el pecho y un cojín del sofá de la salita bajo el otro brazo, que depositó con suavidad sobre la mesita exterior. Con cuidado, tumbó a la muñeca en el cojín y se alejó unos pasos.

Caitlyn miró con atención a su hija, temiendo un poco lo que estaba a punto de presenciar.

Annabella se mordió un labio con concentración e hizo un leve gesto con los dedos en el aire. El cojín se elevó con suavidad, sin tocarlo, y flotó unos centímetros por encima de la mesa, hasta que comenzó a moverse con un suave vaivén.

—¡Vuela, Daisy, vuela! —exclamó la niña, emocionada, con los ojos brillando de ilusión.

La muñeca de trapo se tambaleó sobre la improvisada alfombra voladora, pero la pequeña corrigió el movimiento con un giro de la mano.

—¿Has visto, mami?

A Caitlyn todo aquello le generaba sentimientos encontrados. Los dones de su hija se habían desarrollado un par de meses atrás, el mismo día en que cumplió cuatro años, y resultaban asombrosos, pero no podía evitar angustiarse frente a lo que aquello podía representar para sus vidas.

Suspiró y se concentró en la cara de felicidad de su hija, lo que le arrancó también una inevitable sonrisa.

Ahora el cojín flotaba con más seguridad, deslizándose de un lado a otro de la terraza como si de verdad surcara los cielos.

—Un mundo *ideaaaaaal*… —canturreaba Annabella la canción de *Aladdín*, encantada con su hazaña, sin darse cuenta de que el borde del cojín se acercaba demasiado a la barandilla y comenzaba a perder el control sobre él, como solía sucederle.

—¡Annabella, cuidado con…!

El cojín salió disparado antes de que pudiera terminar la frase. Por suerte, sus reflejos fueron más rápidos que sus palabras y atrapó la muñeca justo a tiempo. El cojín, en cambio, giró en el aire con la elegancia de un acróbata descoordinado y aterrizó con un *plof* dramático sobre el césped del patio.

—Ay, mami, ahora tendremos que bajar a por él.

A los pocos segundos, como invocado por el destino, apareció un perro diminuto y demasiado enérgico.

—Ay, no —murmuró Caitlyn, viéndolo venir.

El perro olfateó el cojín con sospecha y luego, con absoluta determinación, levantó la patita…

—¡No, no, no! —exclamó Caitlyn desde arriba, horrorizada.

Pero ya era tarde. Al can le llevó solo unos segundos marcar aquel tesoro recién encontrado como suyo.

—¡*Puaj*! —resopló Annabella con un gesto de asco—. Mejor se lo regalamos, mami, y compramos uno nuevo.

Caitlyn no pudo evitar reír, de puros nervios, contagiando a su pequeña.

—Mira, ahí viene su dueño —señaló Annabella.

Ambas observaron al tipo que caminaba arrastrando los pies, absorto en la pantalla de su teléfono.

—Ay, Dios, levanta la cabeza —musitó Caitlyn, temiéndose lo peor.

Y no se equivocó. El hombre tropezó con el cojín de la forma más absurda. Sus brazos hicieron aspavientos en el aire mientras intentaba recuperar el equilibrio, pero en un acto de traición absoluta, su propio perro se cruzó en su camino. Casi a cámara lenta, el hombre cayó de espaldas, aterrizando con un sonoro *chof* sobre el cojín recién *bautizado*.

Por un momento, todo quedó en un silencio sepulcral mientras el hombre miraba al cielo con expresión aturdida, hasta que Caitlyn no pudo contener la risa. Desde arriba, Annabella también se llevó las manos a la boca, ahogando un sonido entre sorpresa y diversión. El perro, ajeno a la tragedia de su dueño, comenzó a dar vueltas alrededor, como si estuviera orgulloso de su contribución al evento.

—A lo mejor debería ponerle un pañal al perro, mami.

Las carcajadas de Caitlyn llamaron la atención del hombre, que miró hacia arriba buscando la procedencia, y madre e hija, por puro instinto, se apartaron del balcón sin poder parar de reír.

Tras esto, Caitlyn tomó a su hija en brazos. Caminó de vuelta al interior de la suite y cogió asiento en el sofá, sentándola en su regazo y buscando la forma de ponerse seria.

—A ver, bichito…

—No lo he hecho aposta, mami —se adelantó la niña—. Ha sido un accidente.

—Ha sido más que eso, Annabella.

—Tienes razón, ha sido un accidente… muy muy gracioso.

Caitlyn apretó los dientes para evitar la sonrisa que pugnaba por aflorar a sus labios, pero no lo consiguió del todo. La carita de pura inocencia de su hija acabó por ganarle la partida, a pesar de tener claro que reírle las gracias no era, ni de lejos, la actitud más adecuada a esas alturas. Aquel tipo de *accidentes* le pasaban ya demasiado a menudo y comenzaba a estar muy preocupada.

Suspiró y miró a su hija con inquietud. Hasta hacía apenas dos meses, el mayor quebradero de cabeza de Caitlyn era lidiar con su propio don empático, ese que la atormentaba a diario y la obligaba a usar guantes incluso en pleno verano. Se mantenía alerta, preparada para ponérselos también a su hija en cuanto mostrara su desconcierto por haber heredado aquel don, pero jamás se le ocurrió que tendría que enfrentarse a algo mucho peor que aquello, que escapaba por completo de su control y comprensión.

—Ya hemos hablado de tus dones —empezó diciendo Caitlyn.

—Me dijiste que no los usara fuera —le recordó la niña.

—Sí, lo sé, pero…

—Estamos en nuestra habitación.

«La lógica aplastante de un niño», se lamentó. ¿Qué podía decirle a aquello? Tenía toda la razón.

—No podemos seguir metiéndonos en problemas, Anna.

La niña hizo un leve puchero y la miró con ojitos tiernos.

—Pero ese señor parecía cómodo, mami.

¿Cómo podía regañarla si solo quería comérsela a besos en aquel instante? El problema era que la niña también lo sabía.

—Podría haber sido peor —opinó su madre.

—Tienes razón —declaró pensativa—, Daisy también podría haberse caído…

Caitlyn sonrió a medias.

—No me refería a eso.

—…y ese perrito podría haberla… ¡*Puaj*! —Abrazó con fuerza a la muñeca y le dijo—: ¡De la que te has librado, Daisy!

Para Caitlyn, mantenerse seria era ya todo un logro.

—Aún podría ser peor, ¿sabes?

—¿Peor que eso? —La niña la miraba perpleja.

—¿Y si ese cojín hubiera caído sobre un coche y provocado un accidente?

Por el gesto, era evidente que la pequeña no había pensado en aquello.

—Tienes que tener más cuidado —insistió su madre—. Quizá deberías dejar de usar tus dones por un tiempo.

Recibió una mirada incrédula como respuesta, y casi pudo escuchar los pensamientos de su hija preguntándose si su madre se había vuelto loca para pedirle algo así.

—Solo hasta que aprendas a controlarlos un poco —puntualizó Caitlyn, anticipando la negativa.

—¿Y cómo voy a aprender si no los uso?

Caitlyn le devolvió una mirada de resignación, meditó su respuesta y acabó diciendo con una media sonrisa:

—Oye, tú me has salido muy listilla, ¿no?

Le hizo cosquillas durante unos segundos y ambas rieron a carcajadas.

Después, Caitlyn volvió a la carga. Era necesario que su hija entendiera lo peligroso que podía resultar que alguien descubriera sus capacidades.

—Amor, sabes que tienes que tener cuidado —se reiteró—. Entiendo que quieras explorar tu nuevo don, pero nadie debe verte.

—¿Por qué?

Caitlyn meditó su respuesta unos segundos. ¿Qué podía decirle? ¿Que vivían en un mundo tan cruel que ser diferente no era un privilegio, sino un riesgo?

—Porque a la gente le asusta lo que no conoce —expuso.

—¿Y mi papá también los asusta?

Aquella pregunta pilló a Caitlyn desprevenida y la dejó muda por la impresión. Hasta ese momento, su hija jamás había mencionado a su padre, ni había mostrado el menor interés en él; y ella siempre había temido que ese día llegara. La verdad era muy complicada para una niña de cuatro años.

Dado el silencio de su madre, Annabella insistió:

—Es que escuché cuando un día Keira te decía que mi papá tenía que ser muy fuerte porque yo lo soy —la miró con curiosidad —, ¿él es un *shir*?

Caitlyn carraspeó y corrigió en un susurro:

—Sahir.

—Sahir —repitió—. ¿Él es eso?

—Eh…, sí —titubeó—, supongo que sí.

Se sintió angustiada. ¿Cómo le decía a su hija que no sabía mucho más de su padre que ella? Ni siquiera tenía la menor idea de que fuera un sahir hasta que los dones de su hija se habían manifestado.

—¿Eso es que puede hacer cosas chulas como yo? —se interesó la pequeña.

Caitlyn asintió. No se sentía demasiado cómoda con aquella conversación.

—¿Y también puede saber cuándo alguien está triste o contento como nosotras?

Algo asombrada por la pregunta, Caitlyn contempló a su pequeña, que parecía haber madurado a marchas forzadas en los últimos meses, y era evidente que era mucho más perceptiva de lo que incluso ella creía.

—No, a eso se le llama don empático —explicó—, y es algo que solo los velkanos podemos hacer, es nuestro don de nacimiento.

—Pues yo puedo.

Caitlyn acarició el rostro de su pequeña con ternura.

—Y yo —admitió casi por primera vez en su vida—. Por eso siempre llevo guantes, para que no me pase.

—¿No te gusta?

—No demasiado —le confió con sutileza. No podía decirle a su hija que odiaba aquel don con todas sus fuerzas—. ¿A ti no te molesta?

La niña se encogió de hombros.

—Solo a veces —reconoció—. Hay gente que no me gusta.

Caitlyn entendía muy bien a qué se refería. Los sentimientos negativos siempre se percibían de forma mucho más intensa.

—¿Tú querrías llevar unos guantes como los míos? —ofreció.

—¿Para qué?

—Para no tener que percibir cómo se sienten los demás —explicó con calma—. Y no es solo porque tú puedas encontrarte mal, es que a veces saber cómo se sienten otros sin que nos lo digan es como invadir su privacidad.

—¿Y eso no está bien?

—No del todo —explicó su madre—. Todos tenemos derecho a decidir si queremos compartir o no con alguien cómo nos sentimos.

La niña valoró aquello con un gesto que la hacía parecer mucho más mayor de lo que era. Después, terminó asintiendo.

—Me pensaré lo de los guantes —afirmó con una expresión solemne.

Caitlyn sonrió.

—¿Y te lo pensarás también antes de usar el resto de tus dones? —sonó a súplica.

—¡Es que se me olvida! —declaró con sinceridad—. ¿Crees que a mi papá también le pasará?

La tensión era ahora mucho más que evidente en el rostro de Caitlyn.

—No lo sé.

—¿Podemos preguntarle?

Aquello empezaba a complicarse, y mucho se temía que desde aquel momento solo empeoraría. Caitlyn comenzaba a colapsar, no tenía ni idea de qué iba a contarle sobre su padre.

—¿Eh, mami? —insistió al no obtener respuesta.

—No sé si es posible.

—¿Por qué? ¿Dónde está mi papá, mami?

Caitlyn tragó saliva, ya angustiada. Aquella era la pregunta del millón de dólares, y ni siquiera se atrevía a planteársela. Habían pasado casi cinco años desde aquella única noche en la que estuvieron juntos, pero aún se le aceleraba el pulso solo con pensar en él, y bastante tenía con mantenerlo fuera de su cabeza, al menos de día. Se ruborizó al recordar aquello tan inusual que le sucedía algunas noches, pero se apresuró a apartarlo de su mente por miedo a provocarlo con el simple pensamiento.

Por suerte, alguien llamó a la puerta de la habitación y Caitlyn se sintió aliviada, sobre todo por no tener que responder a la incómoda pregunta, aunque era consciente de que no podría posponer aquellas respuestas para siempre.

Cuando abrió, intentó sonreírle a Selena, que estaba al otro lado, pero seguía tan desconcertada que apenas pudo esbozar una leve mueca.

—Buenos días —se esforzó en decir.

Su amiga la observó con atención. Solo hacía unos meses que se conocían, desde que Caitlyn y Annabella se trasladaron desde Estados Unidos a vivir al Adanic, que era propiedad de Selena, pero se habían convertido en buenas amigas, tanto que la chica se dio cuenta al instante de que algo no estaba bien.

—¿Seguro que son buenos? —Entró tras ella en la habitación—. Estás pálida.

Caitlyn no tuvo que contestar. Annabella se abalanzó sobre Selena y se abrazó a ella por la cintura para poner la oreja contra su abdomen.

—¿Cómo está el bebé hoy? —interrogó la pequeña, y se paró a escuchar con atención, a pesar de que Selena apenas estaba de tres meses.

—Pues tiene mucha hambre —sonrió la chica—, hemos pasado a buscaros para bajar a desayunar. —Miró a Caitlyn con un gesto serio—. Keira se reunirá con nosotras en breve.

Para Caitlyn, a pesar de que apreciaba mucho a Keira, aquellas no eran buenas noticias, y ambas lo sabían. Significaba que quizá se le había acabado el tiempo para decidir qué hacer con su futuro y el de Annabella.

—¿Cuándo ha vuelto de Edimburgo? —se interesó.

—Anoche.

—Y… ¿quiere hablar conmigo?

Selena asintió.

—¿Te ha anticipado algo?

Era evidente que a Selena también le costaba soltar prenda.

—Davina viene con ella —acabó confesando.

Aquello sí eran noticias preocupantes. Por suerte o por desgracia, el destino había querido que Davina Carmichael, abuela de Keira, y alguien muy influyente en el mundo esotérico, estuviera en el hotel el día que su hija había cumplido cuatro años e izado aquellas primeras hadas de juguete por encima de su cabeza. Nada había vuelto a ser lo mismo desde aquel día.

—Has estado ignorando sus últimas llamadas, Caitlyn —le recordó Selena.

—Sí, es que tenía algo de trabajo atrasado y…

Pero no completó la frase. Ambas sabían que aquello solo era una excusa para posponer lo inevitable. Davina Carmichael, antes de marcharse del hotel un par de meses atrás, le había pedido que buscara al padre de Annabella, o, en su defecto, ella se encargaría de encontrar a alguien que pudiera orientar a la pequeña en el uso y control de sus dones sahires; y Caitlyn había estado paralizada por el miedo durante todo aquel tiempo…

…pero ya no había forma de escapar a lo inevitable. Sus vidas estaban a punto de cambiar de un modo drástico y debía escoger el mal menor. Ahora estaban en manos de Davina y la persona que ella designara para guiar a su pequeña, porque… buscar al padre de Annabella no era una opción, y jamás lo sería.

Capítulo 2

El gesto nervioso de Caitlyn frente a la inminente llegada de Davina Carmichael no pasó desapercibido para Annabella, que la miró con atención.

—¿Pasa algo, mami?

—No, amor —intentó sonreír.

—¿Entonces podemos bajar al restaurante a desayunar con Keira? —preguntó—. Ya hace muchos días que no la veo.

A la niña le encantaba Keira, que era, con diferencia, la más loca de las tres amigas, pero no estaban las cosas para mucha juerga. Caitlyn lo valoró unos segundos.

—Será mejor que desayunemos aquí —anunció.

—Pero mami…

La decepción en el rostro de la pequeña fue notable.

—Invitaremos a Keira y a su abuela, ¿quieres?

Caitlyn no podía lidiar con el estrés de aquella visita, si además tenía que estar pendiente de que Annabella se comportara y no decidiera usar su telequinesis para poner las galletas del buffet en fila india.

—Voy a pedir que nos suban un montón de cosas ricas, ¿te parece? —ofreció Selena.

Levantó el teléfono y pidió un copioso desayuno que la niña celebró por todo lo alto.

—¡Qué montonazo de cosas! —exclamó feliz—. ¿Va a venir también Joss a desayunar?

—Hoy no, tenía una reunión muy temprano —contó Selena—. Tardará un rato.

La niña hizo una mueca de tristeza y le habló al abdomen de la chica.

—No te preocupes, bebé, mi papá tampoco está, pero no pasa nada —susurró—. Al menos el tuyo vendrá luego.

Selena miró a Caitlyn con cierta perplejidad y recibió a cambio una expresión angustiada. Ninguna de las dos dijo nada, no era el momento.

—Entonces, ¿quién tiene mucha mucha hambre? —interrogó Selena, risueña, para normalizar la conversación—. Porque el bebé y yo solos no vamos a poder con todo.

Annabella levantó la mano y la observó con cautela.

—Parece que estás contenta, Selena —declaró la pequeña.

—Pues sí —admitió—, y muy feliz.

—¿Me dejas verlo? —le tendió la mano, y recibió una mirada confusa—. Mami dice que debo pedir permiso antes de leer los sentimientos de la gente.

—Vaya, una lección muy interesante —miró Selena a Caitlyn—, parece que vais avanzando.

Caitlyn sonrió a medias y observó cómo Selena le tendía la mano a su hija, que la tomaba entre las suyas y guardaba un largo silencio durante unos segundos.

—Es verdad que estás muy feliz —acabó sonriendo la niña—. Eso es bueno.

—¿Y ese interés repentino por mi felicidad?

—Es que… a lo mejor hemos tenido un pequeño accidente con un cojín —Señaló hacia el sofá, donde era evidente que faltaba uno.

—¿Cómo de pequeño?

—Del tamaño de un perro chiguagua.

Caitlyn no pudo evitar reír, y Selena frunció un divertido ceño.

—¿Un perro?

Unos golpes a la puerta resonaron en la suite y la propia Annabella corrió a abrir mientras gritaba:

—Uy, qué pena que nos hayan interrumpido.

Caitlyn habría soltado otra carcajada de no estar tan tensa mientras avanzaba también hacia la puerta. Por la forma de llamar, estaba segura de quién era. En cuanto abrió, Annabella saltó feliz a los brazos de Keira, que la izó del suelo y la abrazó con fuerza.

—Oye, has crecido mucho desde que me fui hace un mes.

—¡Y ya verás cuando me coma todo lo que ha pedido Selena para desayunar!

—Me dejarás algo, ¿no?

—No sé, tú ya has crecido suficiente —bromeó la niña.

La chica venía acompañada de su abuela, que también miraba a Annabella con una de sus especiales sonrisas en los labios.

Sin poder esconder cierto azoramiento, Caitlyn intentó sonreír también y le tendió la mano a Davina, que la estrechó sin demora, algo que al menos calmó un poco los nervios de Caitlyn, que se sentía ahora demasiado avergonzada como para comportarse con normalidad. Aquella mujer siempre se había portado bien con ella y sabía que la había defraudado un poco.

Tras unos minutos de saludos entre todas, al fin cogieron asiento en el sofá de la salita.

—Siento no haberos devuelto las llamadas —comenzó diciendo Caitlyn, tras los saludos iniciales—, pero todo esto me ha… —se le atragantaron las palabras.

—¿Superado? —concluyó Davina, y Caitlyn asintió—. Puedo entenderlo, pero el que sigas posponiendo el tomar decisiones es peligroso para ti, para tu hija y para todo lo que debe permanecer oculto a ojos indiscretos.

Y aquella era precisamente una de las misiones de Davina.

—Yo creí que…

—¿Que sus dones de sahir serían pasajeros? —adivinó la mujer.

«¿Es que me lee el pensamiento o qué?», pensó disgustada. Aquella mujer era tan desconcertante…

—Sí, supongo que esperaba que todo fuera un mal sueño —admitió Caitlyn—, que en algún momento me despertaría de la pesadilla.

Keira intervino en la conversación en un tono jovial.

—Jamás se te ocurra hacerle un comentario así a un sahir —sonrió para relajar los ánimos—, te comerían viva.

—Keira… —la regañó Davina.

—¿Qué? Reconoce que son un pelín prepotentes, abuela —insistió su nieta, y recibió un gesto crítico—. Vale, dejémoslo en *poco humildes*, si te sientes más cómoda.

La mujer exhaló con fuerza y Caitlyn estuvo a punto de sonreír. Era evidente que Keira seguía siendo un dolor de cabeza para su

abuela, aunque un par de meses atrás al fin hubiera decidido aceptar su legado familiar, tras años renegando de él.

Annabella le tendió las manos a Davina justo en ese instante.

—¿Puedo ver cómo te sientes? —interrogó.

La mujer esbozó una sonrisa y le cedió sus manos. La niña frunció el ceño tras unos largos segundos.

—¿No te sientes de ninguna manera? —se extrañó.

—Claro que sí, pero tu don empático no funciona conmigo —explicó Davina—. Al igual que no puedes usarlo con sahires ni velkanos.

Perpleja, la niña miró a su madre, quien asintió para corroborar sus palabras. Para mayor paradoja, ella misma también se había enterado hacía poco de aquel pequeño detalle, ayudándola a comprender por qué había podido tocar al padre de su hija con total abandono.

«Dios, sal de mis pensamientos», se preocupó, acalorada.

—Con Selena sí puedo —decía ahora Annabella con curiosidad.

—Porque ella es una mundana —explicó Davina—, no tiene ninguna relación con el mundo del ocultismo.

La niña contempló a la mujer con atención antes de preguntar:

—¿Y tú qué eres?

Para Davina, aquello no era fácil de contestar, era… demasiadas cosas.

—Una guardiana —se limitó a decir.

—¿Y qué dones tienes?

—Ninguno tan increíble como los que tienes tú. —Sonrió frente al gesto de desconcierto de la pequeña—. Pero puedo presentir cuándo tú usas los tuyos, entre otras cosas, y mi trabajo es vigilar que lo hagas con prudencia.

La pequeña guardó un preocupado silencio y miró a su madre antes de preguntar:

—¿Y si no lo hago? —susurró al fin con cierto malestar.

—¿Por qué no ibas a hacerlo? —repuso—. Eres una buena niña.

—Pero…, un suponer…, ¿y si no lo fuera?

—En ese caso, podría retirártelos e impedir que vuelvas a usarlos.

A la niña se le mudó la cara de color.

—¡Solo ha sido un cojín! —declaró de inmediato—, y ha sido un accidente. Yo solo quería darle un paseíto a Daisy, y te juro que no había visto al perro, ¿verdad, mami?

—Annabella…

—Vale, a lo mejor me he reído un poco cuando el señor se ha tropezado —siguió diciendo de carrerilla—, pero eso no ha sido culpa mía, es que iba mirando el móvil sin prestar atención —aseguró—. Y el pipí era de su perro, lo que es mucho menos asqueroso que si hubiera sido de otro, ¿no? —Tomó aire y juntó las manitas en señal de ruego—. Por favor, por favor, no me quites mis dones, me gustan mucho.

Todas en la habitación luchaban por permanecer serias, pero ninguna logró conseguirlo del todo.

—Bueno, no sé… —dijo Davina todo lo seria que pudo—, si me aseguras que el pipí era de su propio perro…

—¡Abuela! —Estalló Keira en carcajadas, contagiando ya a todas —. No asustes más a la niña.

Incluso Caitlyn no podía evitar reír, a pesar de que sospechaba que tenían una charla difícil por delante.

—Me olvidaré de todo —propuso Davina—, si me prometes que usaras tus habilidades con cuidado, sin permitir que nadie te vea hacerlo y sin dañar a nadie.

Annabella izó la mano en señal de promesa, y Davina sonrió.

—Eres una niña muy especial —alabó—, lo mejor de los dos mundos, por eso tienes que ser muy responsable.

En un tono confidencial, Annabella recortó un poco la distancia hacia Davina y susurró:

—Mi papá es un sahir, ¿sabes?

Caitlyn soltó un suspiro de abatimiento, pero guardó silencio. La repentina fijación que Annabella parecía haber desarrollado por su padre resultaba abrumadora para ella.

—Lo sé, sí.

—¿Y tú sabes dónde está? —interrogó.

—¿Quién?

—Mi papá.

Era evidente el azoramiento de Caitlyn, que miraba la escena con el corazón en la garganta.

—No, lo siento.

—Tu mamá no suelta prenda —murmuró Keira por lo bajo solo para Caitlyn, que le devolvió una mirada inquieta.

Hablar de su pasado y del modo en que quedó embarazada no era algo fácil para ella; de hecho, solo Selena sabía toda la verdad, jamás lo había hablado con nadie más, pero mucho se temía que había llegado el momento de cambiar aquello.

—Amor, ¿puedes contarle a Selena lo que ha pasado con el cojín? —le rogó a su pequeña—. Enséñale dónde ha caído.

La niña tiró de la manita de Selena y la chica se dejó conducir hacia la terraza, muy consciente de que debía entretenerla fuera de la salita.

Caitlyn se frotó las manos con nerviosismo mientras buscaba la forma de vencer su vergüenza para acabar con todo aquel secretismo.

—Nada de esto es fácil para mí, no me siento muy orgullosa de mí misma por la forma en que sucedió todo —empezó diciendo—, pero, desde ya, para que no alberguéis esperanzas, quiero dejar claro que no tengo la más remota idea de quién es el padre de mi hija.

Keira la miró perpleja.

—¿Que no lo sabes?

—Bueno, sí lo sé —se apresuró a añadir, avergonzada, aquello había sonado muy mal—, me refiero a que no sé su nombre completo, ni dónde está, y… —las miró ahora muy seria— no tengo ninguna intención de buscarlo.

Perplejas, ambas mujeres la observaban mientras Caitlyn las miraba desde arriba con una resolución absoluta en sus ojos azules.

—¿Puedes coger asiento, Caitlyn? —rogó Davina.

Le costó ceder, pero acabó sentándose frente a ellas, en la otra punta del sofá, dispuesta a zanjar aquello cuanto antes. De repente, necesitaba avanzar, la incertidumbre se le antojaba ahora un suplicio.

—Bien, entiendo que no quieras que él forme parte de tu vida —comenzó diciendo Davina—, pero tú debes comprender hasta qué punto Annabella es especial.

—Lo sé.

—Creo que no del todo —suspiró—. Tengo entendido que te has criado como una mundana.

—Sí, mi madre lo es —confirmó—. Cuando mis padres se separaron, decidieron que yo me fuera con ella e intentara llevar una vida normal.

Si se le podía llamar normal a vivir de aquí para allá, viajando de forma constante debido a que su madre era arqueóloga, y una enamorada de su profesión.

—Fue un error —opinó Davina.

Aquello indignó un poco a la velkana, que declaró con seriedad:

—Yo elegiría ser normal una y mil veces —aseguró.

—Pero no lo eres, Caitlyn —le recordó con pesar—. No puedes huir de tu verdad.

La chica apretó los dientes con fuerza.

—Tu padre debió enseñarte a usar y a canalizar tu don —repuso —, en lugar de condenarte a verlo como algo horrible.

Se puso en pie de nuevo, le inquietaba demasiado mirar a Davina a los ojos, como si ella pudiera presentir lo que escondía tras los suyos, y no podía disimular su malestar.

—No estamos aquí para hablar de mí, Davina.

—Es que tu falta de información por haberte criado como mundana afecta a Annabella.

—¿Cómo?

—Porque eso te impide entender del todo lo especial e inusual que es —dijo con cautela—. Es un pequeño milagro, Caitlyn.

Aquello la desconcertó. En algo sí tenía razón Davina, y eso era en que criarse como mundana la tenía desconectada de todo aquel mundo místico y lleno de extrañas normas y leyes sagradas.

—No sé cuánto te contó tu padre sobre las velkanas.

—Nada —admitió—. Con seis años me marché con mi madre a una de sus excavaciones, y de ahí a otras muchas más —explicó—.

No regresé con mi padre hasta un par de meses antes de mi veintitrés cumpleaños, cuando…, bueno…

—Cuando como velkana debían activarse el resto de tus dones.

Caitlyn asintió. Eso era de lo poco que sabía. Sus padres habían estado muy preocupados por aquello.

—Pero me quedé embarazada —concluyó— y decidí tener a mi hija.

No era necesario explicar más. Las dos sabían que las velkanas debían escoger entre la maternidad y sus dones, no se podían tener ambos, salvo su don empático, que era la esencia de todo velkano.

—Pero el camino se escoge antes de andarlo, Caitlyn.

—¿Qué?

—Que tú debías renunciar a tus dones en una ceremonia sagrada antes de ser capaz de engendrar vida —explicó—, pero no hubo tal ceremonia, ¿o sí?

Caitlyn negó con un gesto.

—Tu embarazo no debió ser posible, pero sucedió mientras seguías siendo aún una velkana de pleno derecho —insistió—, por eso tu hija es mitad velkana y mitad sahir, como es evidente que era su padre, pero debes entender que esas cosas no ocurren. Eso por no hablar de que los dones activos, como la telequinesia, están solo destinados a los sahires hombres. Annabella es una niña única en todos los sentidos.

La chica la miró entre perpleja y desconcertada y tomó asiento de nuevo. Ahora sí le temblaban las rodillas.

—Dios, ¿qué vamos a hacer? —se lamentó Caitlyn, que veía complicarse la vida de su hija por segundos. Era evidente que allí terminaba su anhelada normalidad.

—Hay que tomar decisiones, Caitlyn —intervino Keira ahora—. ¿Estás segura de no poder decirnos nada de su padre?

Caitlyn se estremeció, ya no sabía qué hacer.

—El gen sahir de Annabella es fuerte —declaró Davina—, lo que hace suponer que su padre también lo es —opinó con cautela—. Si él quiere, nadie mejor para guiarla, Caitlyn, ¿no te parece?

Pero ella estaba a punto de colapsar. Todo aquello la sobrepasaba, y solo con pensar en tener que enfrentarse a él para

confesarle…

—No puedo —se puso en pie, aterrada con la idea.

—Caitlyn…

—¡Él ni siquiera sabrá quién soy! —confesó, ya muy pálida—. Es muy posible que ni recuerde las horas que pasamos juntos.

«Y yo… parece que estoy condenada a revivirlas una y otra vez», se lamentó.

Keira se levantó y se interpuso en su camino, obligándola a mirarla a los ojos.

—¿Crees que un hombre, cualquier hombre, podría olvidarse de alguien como tú? —Sonrió con ternura—. ¿Te has mirado en el espejo recientemente? ¡Eres la mujer más hermosa que habrá conocido en toda su vida, amiga!

Y aquello era una verdad absoluta. Caitlyn era de una belleza difícil de olvidar. Su larga melena oscura caía en suaves ondas por su espalda, enmarcando un rostro de rasgos definidos y cautivadores. Sus ojos, de un azul intenso, brillaban con un magnetismo hipnótico, como si ocultaran secretos aún por descubrir. Y su piel, dorada por el sol, realzaba aún más la intensidad de su mirada, dándole un aire de belleza salvaje y enigmática.

—Créeme, Caitlyn —se reiteró Keira, con una sonrisa de admiración—, ningún hombre en su sano juicio olvida haber estado con una mujer como tú.

A Caitlyn le tembló la voz al decir:

—¿Ni siquiera cuando esa mujer… lleva puesta una máscara?

Tanto Keira como Davina la observaron con cierto desconcierto.

—¿A qué te refieres?

Angustiada, Caitlyn regresó al sofá, cogió asiento y soltó un suspiro resignado, señal de que al fin estaba dispuesta a hablar.

—Dev… —se estremeció al pronunciar el nombre— era uno de los mejores amigos de mi hermano.

—¿Dev…?

—Jamás supe su apellido —confesó—, siempre fue solo Dev para mí.

—Entiendo —asintió Keira—, continúa, por favor.

Le costó encontrar las fuerzas, pero ya no había marcha atrás.

—Me enamoré de él casi a primera vista —reconoció con azoramiento—, Dios, ¡era tan increíble!, pero él os aseguro que jamás me miró dos veces.

—Siendo un tío y hetero, ya te digo yo que…

—Keira —interrumpió—, cuando regresé a Edimburgo, mi padre se aseguró de que pasara lo más desapercibida posible —explicó.

Su amiga frunció el ceño.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Pero sí lo sabía, porque aquel también era el motivo de que hubieran decidido criarla lejos de su padre y como una mundana; aunque aquello no era relevante en aquel momento, y había cosas que estaba tan acostumbrada a esconder…

—Pues no lo entiendo —resopló Keira.

—Me habían criado como a una mundana, y era mejor que nadie reparara en mí, así que se esforzó por… ocultarme un poco —sonó triste recordando aquellos días—. Gafas grandes, coletas tirantes, ropa holgada… y algo de maquillaje pálido y ojeroso.

—¿Tu padre te convirtió en *Betty la Fea*? —interrogó Keira en un tono horripilado.

Caitlyn suspiró y acabó asintiendo.

—¡No me jodas!

—Keira… —protestó Davina, mirando a su nieta.

—Y me quejo yo de ti, abuela —insistió—, y resulta que eres Gandhi.

A pesar de todo, Caitlyn no pudo evitar sonreír.

—En realidad, a mí no me importaba demasiado lucir aquel aspecto —confesó—, salvo cuando… —se detuvo en seco.

—Cuando cierto sahir buenorro entraba en escena, ¿no?

—Keira, por favor —volvió a intervenir Davina, dándole ahora un codazo.

—Abuela, a las cosas por su nombre —se quejó, y miró a Caitlyn —, pero sigue, que ya no puedo esperar para conocer el resto de la historia.

Pero para Caitlyn entraban en terreno pantanoso, aunque ya no había marcha atrás.

—Para hacerlo corto… —Tragó saliva y dijo de carrerilla—. Cierto día me cansé de esconderme, me largué de casa y me colé en una fiesta de disfraces a la que sabía que Dev estaba invitado.

Keira la miraba con los ojos brillantes por la emoción.

—¿Disfrazada de…?

—Catwoman.

—¡Toma ya! —exclamó, obnubilada con la historia—. Y le hiciste *miau* a cierto sahir, como si lo viera.

—¡Keira!

—¡Ay, abuela, que me vas a borrar el nombre! —Miró a su amiga—. Sigue, sigue.

—¿Necesito decir más?

—Si no corriera el riesgo de que me desheredaran —observó a su abuela de reojo y sonrió a medias—, te pediría todos los detalles.

Caitlyn sen sentía algo más relajada gracias a que su amiga le estaba facilitando la historia, pero, aun así, lo que quedaba por contar no era fácil.

—No te reconoció, imagino —adivinó Keira.

—No.

—Entiendo que tu aspecto era muy diferente de cómo te veía a diario —concedió Keira—, pero ¿ni siquiera lo hizo cuando te quitaste la máscara?

Caitlyn la miró con pesar.

—Es que no me la quité. —Se mordió los labios con nerviosismo —. Cuando…, eh…, acabamos, parecía molesto por algo, y yo no me atreví a confesarle quién era.

—¿Y qué hiciste?

—Irme.

—¿Irte sin más?

—¿Qué esperabas?

—Algo más de drama, la verdad.

Caitlyn suspiró. Sí, de eso también había habido antes de marcharse de aquella fiesta, odió mucho a Dev, pero no era relevante para la historia y no le apetecía recordarlo.

—El drama vino cuando descubrí que estaba embarazada —aclaró en su lugar.

—Imagino. ¿Tu padre cómo lo encajó?

Caitlyn recordó el gesto de alivio que recibió como respuesta cuando le confesó su embarazo.

—Se sintió aliviado —declaró ahora Davina, sin ninguna duda.

—¿Aliviado? —Keira estaba perpleja—. Ningún padre del mundo se siente aliviado cuando su hija se queda embarazada de un extraño en una fiesta.

Sí, en teoría así debía ser, pero…

—Un embarazo bloqueaba por completo el acceso al resto de tus dones —añadió Davina.

Caitlyn asintió.

—Annabella me permitió seguir adelante con mi vida —reconoció—, una lo más normal posible para las dos…, hasta ahora. De haber sabido que él era un sahir, jamás habría puesto mis ojos sobre él.

Keira exhaló aire con fuerza.

—Ay, amiga, yo no diría tanto, la química es difícil de resistir.

«Y la nuestra era explosiva», tuvo que admitir frente a sí misma. Lo seguía siendo para ella, por desgracia, por culpa de aquello que le sucedía en las noches y demasiado a menudo, pero eso no podía compartirlo con nadie, pensarían que estaba loca de atar si lo hacía, incluso ella no descartaba estarlo.

—Y ¿qué paso con Dev? —interrogó ahora Keira con cautela—. No te ofendas, pero quizá tenía derecho a saber de tu embarazo.

Caitlyn apretó los dientes. A pesar de que en aquel momento lo odiaba por cómo la había echado de su lado, había tratado de hacer lo correcto.

—Intenté decírselo —reconoció, sin poder disimular que aún dolía—. Una noche me armé de valor, lo busqué y le confesé que estaba embarazada, sin hablarle del padre, para tantear un poco el terreno, y me dejó muy claro que jamás tendría hijos, que él se cuidaba mucho para no cometer errores tan *estúpidos* como el mío.

Keira fue a abrir la boca, muy molesta, pero Davina intervino con rapidez.

—Ni se te ocurra decir una burrada de las tuyas —advirtió la mujer—. Yo también pienso como tú, pero me lo callo.

—¿Tú también piensas que lo que se merece es una brida bien prieta en la punta de…?

—¡Keira!

—Para que aprenda por las malas lo que es cuidarse —insistió —, por ahí no iba a volver ni a vaciar la vejiga.

—Qué burra eres.

—Y tú qué comedida, abuela.

—No estamos aquí para juzgar a nadie, eso no nos ayuda en nada —opinó—. ¿Qué sentido tiene?

Keira respiró hondo para serenarse y, tras lograrlo, miró a Caitlyn.

—Yo entiendo que no quieras verlo ni en pintura.

—A ver, vamos a pensar las cosas con frialdad —rogó Davina—. Sí, aquello no fue un comentario muy acertado, pero…

—Sin peros, antes de aquella tontería le dijo que no quería tener hijos.

—Un supuesto y la realidad poco tienen que ver a veces.

—No te entiendo —admitió Caitlyn.

—Que es fácil decir que no quieres tener hijos cuando solo son una posibilidad —puntualizó Davina—, pero rechazarlos cuando son una realidad es otra cuestión.

Keira frunció el ceño.

—¿Crees que él aceptaría…?

Caitlyn interrumpió al instante.

—¡Me dan igual los supuestos o las realidades! —se obstinó.

—Pero quizá si hablas con tu hermano…

—¡Mi hermano no se va a enterar nunca de quién es el padre de Annabella! —inquirió irritada—. Ellos no terminaron bien, no sé por qué, pero su amistad dejó de existir también en aquellos días. No voy a crearle problemas a Kyle, y estoy segura de que se los buscaría él mismo en cuanto le contara la verdad, porque no iba a quedarse de brazos cruzados. —Las miró con irritación—. Empecé diciendo que no tenía ninguna intención de buscarlo, y deberíais respetar esa decisión.

El silencio se hizo en la sala. Ambas chicas miraron a Davina, quien era evidente que valoraba la situación, las opciones y la forma

de proceder.

—Está bien —acabó admitiendo la mujer—. Entonces habrá que buscar alternativas. Annabella necesita un guía sahir, alguien que pueda ayudarla a controlar su telequinesis y todo lo que vaya surgiendo.

Caitlyn guardó silencio y se limitó a asentir. A aquello no podía negarse. Ella misma estaba deseosa de encontrar a alguien que pudiera enfocar a Annabella, y de paso la ayudara a ella a calmar los nervios. Le iba a dar algo si seguía con aquel estrés y angustia mucho tiempo más.

—¿Y tienes a alguna persona en mente, abuela?

—Esa niña es fuerte y demasiado especial, necesita a alguien de alto rango —hablaba casi en susurros, y era evidente que para sí misma—. Sí, cualquiera de ellos servirá, aunque lo ideal sería… No, creo que él sigue en Nueva Orleans, y quizá sería pedirle demasiado.

—¡Abuela, hola, estamos aquí! —se quejó Keira tras un rato de escucharla murmurar, perdida en sus divagaciones.

—Tengo que hacer una llamada —anunció la mujer, poniéndose de repente en pie.

—¿A quién?

—A la única opción lógica para ayudar… —señaló hacia la terraza— con ese despliegue de destreza.

Caitlyn miró hacia donde señalaba y comprobó cómo Daisy volaba por la terraza subida en el mantel de la pequeña mesa que había en el centro, y que ondeaba con la brisa.

—Ay, madre —murmuró Caitlyn para sí—, vuelta a empezar.

—Tiene cuatro años, por el amor de Dios —musitó Davina—, no debería poder levantar mucho más que una pluma, y mucho menos controlarla así. —La miraba con un brillo de admiración en los ojos —. Ya no podemos esperar más.

Sacó su teléfono.

—Dinos de una vez a quién vas a llamar, abuela.

—A los McAllister, ¿a quién más? —casi murmuró.

A Caitlyn le faltó tiempo para saltar.

—¡No! —protestó enérgica—. ¡No quiero que mi hija se convierta en una Airys McAllister! —Miró a Keira buscando su apoyo,

pero no lo encontró.

—En realidad, trabajar con ella no fue tan malo —opinó su amiga—, con Selena y Joss se portó genial.

Todas habían conocido a Airys McAllister unos meses atrás, cuando la sahir había visitado el hotel, a petición de Davina, para ayudar a Selena y Joss con… un pequeño problemilla, si es que podía considerarse así a sufrir una maldición centenaria que estuvo a nada de matarlos a ambos.

—¡Si apenas nos soportamos el tiempo justo para ayudarlos! —insistió Caitlyn.

—Trabajasteis bien juntas —le recordó Davina.

—Porque no tuvimos más remedio —reconoció—, pero no hubo un solo segundo en el que no sintiera ganas de borrarle su prepotencia a guantazos, y la simpatía es mutua.

—Puede que manden a cualquier otro McAllister —medió Davina para calmar los ánimos—. Son cuatro, aunque el *Khalif* sigue en Nueva Orleans, así que tendremos que prescindir de él, pero…

—¿El *Khalif*? —se desesperó Caitlyn, cada vez más angustiada —. Háblame en mi idioma, por favor.

—Es el equivalente a un príncipe o rey —contó Keira—, quien ostenta la máxima autoridad entre los sahires: Devlin McAllister.

—Así que un príncipe… —declaró Caitlyn con cierta sorna—. Será de lo más humilde, seguro, qué lástima que esté en el quinto carajo —ironizó, empezaba a ponerse muy nerviosa, tanto o más que si metiera al padre biológico de su hija en la ecuación—. Disculpadme, ya que aquí no tengo voz ni voto, voy a evitar que mi hija siga lanzando cosas al patio.

Se alejó de allí pisando fuerte.

—Está enfadada —suspiró Keira.

—Se le pasará —aseguró Davina, marcando un número.

—¿Crees que es buena idea, abuela? —interrogó ahora en susurros, con una expresión preocupada—. Ya sabemos que los McAllister no adoran a los velkanos, y esa niña es mitad velkana.

—Y mitad sahir —le recordó la mujer—, y la más especial que hayan visto jamás.

Keira observó a su amiga con inquietud, consciente de que se le avecinaban tiempos inciertos y difíciles. Los McAllister podían representar la solución a todos sus problemas o… la chispa que encendiera el caos que ya se cernía sobre ella.

Capítulo 3

El Castillo McAllister, a las afueras de Edimburgo, se alzaba majestuoso sobre la colina, con sus muros de piedra marcados por el paso de los siglos y sus torres bañadas por la luz dorada del atardecer. A sus pies, los prados ondulaban con la brisa, extendiéndose hasta el borde del bosque, donde los árboles centenarios parecían murmurar palabras ininteligibles con cada ráfaga de viento. El lago, sereno y profundo, a solo unos metros del castillo, reflejaba el cielo cambiante y envolvía la propiedad en una quietud casi irreal. Aquel lugar tenía una belleza indiscutible y una presencia imponente, idénticas a las del hombre que disfrutaba de las vistas desde su alcoba: Devlin McAllister, magnético, firme y envuelto en un aura de poder que llenaba cada rincón del castillo como si él mismo fuera parte de sus muros.

Cansado del largo viaje desde Nueva Orleans, caminó hasta la cama y se dejó caer con aplomo en el mullido colchón. En aquella ocasión había pasado más de dos meses fuera de casa, y, a pesar de su voluntad de mantenerse impasible, debía reconocer que se le habían hecho interminables y agotadores; mucho más a cada día que pasaba y no encontraba aquello que había estado buscando con desesperación desde hacía… demasiado tiempo ya.

Cerró los ojos y se sumergió en sus pensamientos, que era el único lugar donde podía hallar su preciado tormento, pero unos golpes a la puerta le arrancaron un suspiro, que terminó en gruñido cuando sus hermanos se colaron en la alcoba sin esperar permiso.

—¿Se me pasó echar el pestillo? —interrogó Devlin en un tono de fingido disgusto.

—No —respondió Ewan con una sonrisa traviesa antes de lanzarse de un salto al colchón, acomodándose a su lado con total descaro.

El sillón que había en un extremo del cuarto se deslizó con suavidad hasta quedar muy cerca de la cama. Devlin siguió el

movimiento con la mirada y suspiró con resignación cuando vio a Callum avanzar desde la puerta con expresión relajada.

—¿Ya vas a redecorarme la habitación?

El aludido llegó hasta el sillón y se dejó caer sobre él con toda la parsimonia del mundo, estirando las piernas con aire satisfecho.

—¿No vienes muy gruñón de Nueva Orleans? —comentó con una sonrisa burlona.

Era posible, sí, y hastiado, decepcionado…

—Estoy cansado —respondió con desgana.

—¿Cansado? —Ewan frunció el ceño y lo escrutó con fingida preocupación—. ¿Quién coño eres tú y qué has hecho con nuestro hermano?

Devlin sonrió.

—¿Podéis buscar algo que hacer y dejarme en paz un rato?

—Acabas de llegar después de dos meses y solo hemos hablado diez minutos —se quejó Callum.

—¿Las videollamadas semanales no cuentan?

—No —aseguró Ewan, encogiéndose de hombros—, nuestra misión como hermanos pequeños es fastidiarte, y hace tiempo que no la cumplimos.

—Pues qué bien —ironizó Devlin—, hogar, dulce hogar.

—No te quejes —Callum apoyó la cabeza en el respaldo del sillón con aire despreocupado—, y cuéntanos qué tal ha terminado todo con la pareja de velkanos que te llevó a Nueva Orleans.

Devlin soltó un improperio antes de contestar.

—Hemos acabado pillándolos —admitió con un gesto de disgusto del que ni siquiera fue consciente.

—Entonces, ¿por qué esa cara?

«Porque esta tampoco era la velkana que buscaba», pensó con cierta irritación, pero se limitó a decir:

—Nos ha llevado más tiempo del que creíamos.

—¿Así que estabas en lo cierto, ella era una velkana con el gen amatysa? —se interesó Ewan con curiosidad.

Su hermano asintió.

—¿Sin marcar? —interrogó Callum—. ¿Con su don de control mental activo?

Recibió otro gesto de asentimiento.

—Habrá montado un buen caos.

Devlin resopló, entrecerrando los ojos.

—Ni te imaginas —asintió—. Hay gente por todas partes preguntándose si han podido poner algo en el agua que haya provocado locura colectiva. Killian tendrá trabajo para limpiar todo el estropicio.

—Nueva Orleans es un sitio complicado para ser Guardián —opinó Ewan—. Los Carmichael lo tienen más fácil aquí en Edimburgo.

—O eso parece —expuso Callum—. Davina Carmichael está al teléfono con Airys, y nuestra hermana sonaba perpleja por lo que estaba escuchando.

Devlin arqueó una ceja.

—¿Y por qué no te has quedado a ver qué pasa?

—¿Con la mala hostia que se gasta Airys? —Ewan puso los ojos en blanco con fingido horror—. Si le pilla cotilleando, igual le lanza un pisapapeles. Si es importante, no tardará en entrar por esa puerta.

—Mejor sigue contándonos cómo ha terminado todo con la amatysa.

—Ni idea, Killian se encargará de caparle los dones y juzgarla —informó—. Yo me he limitado a detenerla.

Y había perdido el interés al comprobar que aquellos no eran los ojos color amatista que buscaba, aunque eso se lo guardó para sí. Su cuenta pendiente con cierta amatysa… era asunto suyo y de nadie más. Molesto, apretó los dientes y se concentró en aparentar normalidad.

—¿Cuántas velkanas amatysas creéis que quedan sin marcar? —les preguntó Ewan.

«Al menos una», pensó Devlin para sí.

—Acabarán cayendo —declaró, y apretó los dientes con irritación—, todas ellas.

—Hay que reconocer que son dignas de contemplar, las condenadas —admitió Ewan—, y ese color violeta de sus ojos es algo hipnótico e impresionante.

—Sí —corroboró Callum—. No me extraña que no les cueste trabajo manipular a los mundanos.

—Por suerte, no lo somos —objetó Devlin con un tono más afilado de lo necesario—. Ninguna de ellas tiene poder alguno sobre nosotros.

—Pues yo me dejaría tentar un rato. —Ewan arqueó las cejas con picardía

Devlin lo fulminó con la mirada y su expresión se tornó tensa.

—Ni se te ocurra acercarte a ninguna de ellas —espetó con una brusquedad que sorprendió a sus hermanos.

—¿Ni para echar un…?

—¡Lárgate de mi cuarto! —rugió.

El silencio fue inmediato. Callum y Ewan intercambiaron una mirada cargada de sorpresa.

—Joder, Dev, te ha sentado fatal Nueva Orleans —declaró, pero no se movió de la cama—. Vamos a esperar a Airys, que seguro que ella y su mala leche no tardarán en aparecer.

La pulla estaba destinada a los oídos de la chica que entraba en ese instante por la puerta, cuya reacción no sorprendió a nadie. Ni siquiera saludó antes de lanzar su teléfono directo a la cabeza de Ewan.

—Pero ¿qué andas hablando a mis espaldas?

Ewan estiró una de sus manos con una sonrisa pícara en el rostro, detuvo el teléfono, dejándolo suspendido en el aire, y lo lanzó después sobre la cama con una sonrisa pícara.

—Controla esas hormonas, hermanita, y respeta un poco a tu hermano mayor —replicó Ewan con una sonrisa traviesa.

—Mayor por dos minutos —se quejó la chica—, y seguro que te abriste paso a empujones.

Devlin soltó un suspiro de hastío y protestó:

—Venga, si queda alguien fuera, que aproveche y entre ya también.

—Si montas una fiesta en tu alcoba —sonrió Airys con sorna—, entiendo que estamos todos invitados.

Sin perder tiempo, caminó hasta la cama y se sentó a los pies de su hermano con un aire demasiado pensativo como para pasar

desapercibido.

Devlin se incorporó un poco, frunciendo el ceño.

—¿Qué te pasa? —indagó de inmediato—. ¿Tiene algo que ver con la llamada de Davina?

La chica asintió con lentitud.

—Aún estoy un tanto sorprendida, la verdad.

—Joder, últimamente Davina es como un informativo —se quejó Ewan—, solo nos trae malas noticias.

—Esta no es mala, solo… desconcertante —contó Airys—. ¿Recordáis a la velkana de la que os hablé?

—¿Con la que tuviste que colaborar en el Adanic? —interrogó Devlin, y Airys asintió—. ¿Qué pasa con ella?

—¿Es peligrosa? —indagó Callum—. No puede tener activos sus dones, creí que habías dicho que tiene una hija.

Airys asintió, aquello la descartaba por completo como una amenaza.

—Annabella, sí, tiene cuatro años —miró a Devlin con seriedad —, y, al parecer, ha desarrollado dones sahires.

La habitación quedó en absoluto silencio durante unos largos segundos. Todos miraban perplejos a su hermana.

—¿Davina está segura? —fue lo primero que Devlin preguntó.

—¿Crees que me habría telefoneado de no estarlo? —declaró Airys—, y me ha llamado a mí porque pensaba que seguías en Nueva Orleans.

Devlin no podía disimular su estupor.

—¿La velkana es su madre biológica?

—Sí, eso parece.

—Joder, ¿cómo es posible? —intervino Callum desconcertado.

—De hecho —insistió Airys—, la niña ha heredado el don empático de su madre, yo misma lo comprobé.

—¡Venga ya, Airys, eso no puede ser! —Devlin se incorporó en la cama—. ¿Me estás diciendo que es mitad velkana, mitad sahir?

Airys asintió.

—Y no solo eso, tiene el don de la telequinesis.

—¡¿Qué?! ¿Tiene un don activo?

—Eso parece.

Se hizo el silencio de nuevo. El desconcierto era evidente.

Callum fue el primero en hablar.

—Me ofrezco voluntario para viajar al Adanic.

—Joder, voy contigo —se sumó Ewan.

—Será mejor que vaya yo —intervino Airys—. La niña ya me conoce, y aunque no tengo buena relación con Caitlyn, supongo que se sentirá más cómoda conmigo.

—¿Contigo y tu aversión a las velkanas? —expuso Ewan—. ¡No me hagas reír!

—¿A ti te gustan mucho más? —protestó la chica.

—Pues no, pero soy experto en hacer sentir cómodas a las mujeres —repuso Ewan adoptando una pose despreocupada, como si fuera un hecho incuestionable.

—¡Sí, claro! —se quejó Callum soltando una carcajada sarcástica —. Si fuera de las sábanas no tienes ni idea de qué hacer con ellas…

Tras unos minutos de algarabía y comentarios mordaces, Devlin intervino. Con un tono que no admitía réplica, zanjó el tema con solo dos palabras:

—Iré yo.

Capítulo 4

Caitlyn llevaba un buen rato mirando dormir a su hija, intentando impregnarse de la ternura que le inundaba el pecho, como si con ello pudiera disipar la inquietud que la acechaba, pero nada parecía poder acallar su angustia.

Con gusto, en ese mismo instante, habría hecho las maletas y huido con su pequeña lejos de cualquier mirada ajena, antes de que los McAllister pudieran poner los ojos en ella, pero por más que la idea la tentara, sabía que lo mejor para su hija no era pasarse la vida huyendo. No obstante, el simple pensamiento de enfrentarse sola a todo lo que estaba por venir resultaba tan abrumador que había cedido a la necesidad de protegerse y pedir ayuda. Solo conocía a dos personas que no dudarían en brindársela, por las que corría la misma sangre que por sus venas. Como velkanos que eran, su padre y su hermano no podrían guiar a Annabella, pero al menos les aportarían algo de apoyo emocional.

Annabella se movió entre las sábanas y giró la cabeza hacia el lado contrario, dejando al descubierto la pequeña marca de nacimiento, similar a una media luna, que tenía tras la oreja. Caitlyn suspiró y acarició el símbolo, dejando escapar un suspiro de anhelo mientras recordaba… aquella otra, la que lucía el cuerpo del hombre de quien su hija la había heredado…

…pero él no la tenía tan accesible. Para llegar hasta ella había que franquear fronteras escondidas tras la ropa más íntima.

—Oh, no… —susurró cuando sus pensamientos tomaron aquella dirección y sintió el primer cosquilleo en la parte baja del abdomen.

Salió de la cama y corrió a la terraza, buscando el frescor de la noche. Quizá si le daba el aire y podía apartar sus pensamientos de él, podría evitar…

…Un gemido escapó de su garganta mientras se tumbaba en la hamaca exterior y sentía el tan familiar cosquilleó arder en la parte trasera de su espalda. Allí, el fénix que llevaba tatuado comenzaba

ya a refulgir con una intensidad que la envolvía por completo. Cuando eso ocurría, sabía que no había forma de… detener el ascenso a las nubes. Dios, aquello era cielo e infierno al mismo tiempo.

El calor ascendió por su cuerpo, como si una llama interna la reclamara, mientras decenas de imágenes cautivadoras se agolpaban en su mente en forma de caricias de seda y besos ardientes. Aquello estaba lejos de ser mera excitación. Poco a poco, la noche se desvaneció y el aire se espesó, cargado de un deseo que la consumía ya de forma irremediable.

«Oh, Dev…», musitó sin poder contenerse, tal y como le sucedió aquella noche casi cinco años atrás. Cerró los ojos y se agarró con fuerza a la hamaca con ambas manos, dejándose mecer por las oleadas de placer que invadían su cuerpo, sumergida en los ecos del pasado, un pasado que parecía ahora tan real que resultaba abrumador. Hasta que se abandonó por completo a sus emociones y todos sus sentidos se deleitaron con la sensación de pertenecerle en cuerpo y alma. En aquel instante era como si el tiempo se hubiera detenido y estuviera de nuevo frente a su mirada ardiente, sintiendo su presencia tan real y tan profunda como si estuviera allí mismo, tomando el control de su ser.

La conexión entre ellos era tan visceral que todo su cuerpo la sentía, cada fibra de su ser vibraba con su esencia, su calor, su fuerza. El fénix, aquel tatuaje sobre su piel, parecía latir ahora al unísono con su corazón y con el de él, y ardía con virulencia, como si estuviera levantándose de las cenizas de un infierno en su interior que solo él podía desatar.

Y en ese instante se sumergió por completo en un trance hipnótico, un lugar sin tiempo, sin control, donde solo quedaba el tormento dulce y el paraíso oscuro, fusionándose en un solo latido, una sola respiración. Y pasaron unos largos minutos hasta que todo estalló en pedazos a su alrededor con un clímax tan real, intenso y brutal como el de aquella noche.

Cuando su mente, su corazón y su alma regresaron a la terraza, todo su cuerpo vibraba aún con el fuego residual de un deseo que no se apagaba, sino que latía aún en cada fibra de su ser.

El aire nocturno acarició su piel, aún encendida, pero no logró enfriar el ardor que Dev había dejado en ella, incluso sin estar allí, siendo solo el eco de un recuerdo, uno que siempre volvía para reclamarla como suya.

«Dios, Caitlyn, ¿hasta cuándo vas a seguir así?», se lamentó, pero no podía culparse, porque no había nada que pudiera hacer para impedir aquellos trances que la consumían sin remedio, más a menudo de lo que empezaba a poder soportar.

Aunque no siempre sucedía así. El deseo que la envolvía al pensar en Dev solía ser intenso, visceral, casi animal, pero a veces, si se esforzaba lo suficiente, podía echarlo a un lado o… escoger aliviar el ardor de una forma adulta y racional. Sin embargo, había momentos como aquel en los que el control se desvanecía, y su mente, su cuerpo, todo su ser dejaban de pertenecerle para abandonarse a él, hasta convertirse en uno solo…

…y jamás había entendido el porqué, pero no era algo que pudiera comentar con alguien. ¿Cómo le contaba a Davina todo aquello sin morirse de la vergüenza? O peor, sin que pensaran que estaba loca de atar, porque no era algo fácil de contar… ni de entender.

«¿Hasta cuándo vas a ser el centro de mi vida, Dev?», se lamentó.

Unas pocas horas… y toda una vida para olvidarlas.

∞∞∞

La mañana amaneció encapotada y el mar demasiado embravecido como para permitirles adentrarse más allá de la orilla. A pesar de todo, Caitlyn había bajado con Annabella a la pequeña cala del hotel para intentar distraerse un poco de la inminente llegada de Airys, que le había asegurado a Davina que estaría allí ese mismo día.

Desde que se había levantado, Caitlyn se esforzaba por concienciarse de que la sahir viajaba hasta el hotel para ayudarlas, así que debía tenerle paciencia y no esperarla con el hacha

levantada. Por desgracia, estaba segura de que lo olvidaría al primer *maldita velkana* que saliera de su boca.

Por suerte, Annabella la mantenía ocupada, no dejándola parar un solo segundo, y Caitlyn decidió divertirse con su pequeña hasta que llegara el inevitable momento de preocuparse.

Entre risas, ahora jugaban en la arena con una pelota de colores brillantes, que se lanzaban la una a la otra con energía. En cada pase, el viento marino les revolvía el cabello y el eco de sus carcajadas se mezclaba con el bramido de las olas. Hasta que, con un destello travieso en la mirada, Annabella decidió llevar el juego un paso más allá y empujó la pelota aún más fuerte, con algo de *ayuda*, provocando que saliera disparada a una velocidad imposible, surcando el aire hasta perderse mar adentro.

—¡Annabella! —exclamó Caitlyn, suspirando con sonoridad, con las manos en la cintura mirando hacia el océano.

Pero su hija solo le dedicó una sonrisa inocente y se encogió de hombros.

—No fui yo, mami, fue… el viento.

—¿El viento? —exhaló con resignación—. Pues esperemos que ese viento la empuje hacia nosotras en lugar de mar adentro.

La niña caminó hasta la orilla afinando la vista sobre la pelota, que se divisaba a unos metros de distancia.

Resignada, Caitlyn se recogió un poco el vestido, dispuesta a adentrarse en el mar antes de que las olas la arrastraran a un punto inalcanzable. El frío le erizó la piel en cuanto el agua rozó sus pies descalzos, pero siguió avanzando con cuidado, esperando no mojarse más allá de los muslos.

—Quédate en la orilla, Anna —le indicó a la pequeña mientras entraba en el agua.

—¿Te ayudo, mami? —preguntó la niña con inocencia mientras balanceaba los pies sobre la arena húmeda.

Caitlyn suspiró, conocía demasiado bien aquel tono.

—No, por favor, quédate donde estás —rogó—, sin mover un solo dedo.

Pero aquello era como predicar en el desierto. La pequeña se moría de ganas de ayudar y creía poder hacerlo casi con un

chasquido de dedos.

—Espera, mami, yo la acercaré un poco…

—No, Anna, es mejor que…

No le dio tiempo a terminar la frase. La niña ejerció presión sobre la pelota y consiguió izarla del agua, pero no calculó bien la fuerza y al mismo tiempo levantó una ola con la que no contaba, que cayó sobre Caitlyn y la duchó de arriba abajo, arrancándole un grito de sorpresa.

Caitlyn parpadeó, escupió un poco de agua y, tras un segundo de silencio, resopló con frustración.

—¡Annabella! —rugió, sacudiéndose el agua de encima.

—*Ups*…, creo que me pasé.

Su cabello chorreaba, el vestido empapado se le pegaba al cuerpo y el agua salada nublaba su vista por completo. La ola la había pillado demasiado desprevenida y golpeado en el rostro, y el escozor de la sal en los ojos era insoportable ahora, dada su sensibilidad previa al agua de mar.

—Pareces un pollito, mami —rio Annabella, sin poder contenerse. Hasta que no calló, no fueron conscientes de que no era la única que reía en la playa.

La pequeña se giró en busca de la procedencia de la risa y, con su curiosidad habitual, declaró:

—¿Quién es ese señor, mami?

Caitlyn se puso tensa al instante. Hasta aquel momento, habría jurado que la playa estaba desierta mientras jugaban, pero la risa sonaba muy cerca. Ahora no veía nada, y, por el escozor que notaba en los ojos, aquello no tenía pinta de mejorar en breve, lo cual la hacía sentirse en demasiada desventaja como para estar tranquila. ¿Qué habría visto aquel tipo de lo sucedido con la pelota? Intentó afinar la vista, pero solo consiguió que le lloraran los ojos con más intensidad.

Desconcertada, y con una sensación de abatimiento en la boca del estómago, atrajo a su hija hacia sí. La desazón de no poder protegerla del todo debido a la falta de visión era demasiado agobiante.

—Mami…

—*Shhh*, calla —susurró—. Y dime dónde está el hombre, ¿sigue ahí?

—Eh, sí, bueno…

—Dime dónde está, Anna —rogó.

Ahora fue una voz profunda quien contestó:

—Dile que estoy a un metro de ella, Anna —sonó el tipo, con evidente diversión.

Caitlyn se estremeció frente a aquella voz. Agachó la cabeza y abrazó con más fuerza a su pequeña con un brazo mientras que con el otro se limpiaba los ojos con más ahínco.

—Mami…

—No te muevas, Anna —rogó, angustiada.

—Es que me estás empapando —acabó protestando la niña.

Caitlyn se apartó de inmediato soltando una exclamación ahogada, y el extraño volvió a reír a carcajada limpia, y, por algún incomprensible motivo, aquella risa estremeció a la chica de los pies a la cabeza.

—¿Montáis este numerito para todos los huéspedes nuevos? —interrogó el tipo, con evidente diversión.

La chica se limitó a soltar un improperio y guardó silencio.

—Lo siento —se disculpó él, aunque lo estropeó al no poder contener la risa—, pero es que ha sido todo muy gracioso.

—Genial, encantada de haberte amenizado la tarde —resopló.

Para Caitlyn las cosas se complicaban por momentos. Le habría gustado poder enfrentarse a aquel imbécil y mandarlo al garete, pero estando tan cerca ahora tenía una preocupación extra: bajo ningún concepto podía dejar que aquel extraño le viera los ojos. En aquellas circunstancias, no estaba segura de ser capaz de ocultar… lo que llevaba escondiendo toda su vida.

El tipo parecía empeñado en ayudar.

—Toma, enjuágate los ojos con agua —ofreció, y le golpeó una mano con una botella para que la cogiera.

—No es necesario.

—Sí lo es —insistió—. Mejor déjame ayudarte, mírame.

«Aquello estaba fuera de toda cuestión».

—Déjalo.

—Entiendo, te preocupa que te moje —declaró con sorna.

«¡Será imbécil!». ¿Y por qué narices su cuerpo había decidido que su voz era lo más sexi que había escuchado en mucho tiempo?

—Entonces voy a tenderte un pañuelo —ofreció ahora en un tono más serio.

Caitlyn se preocupaba de no alzar la mirada para nada.

—No es necesario, yo…

—Oh, venga ya, ¿tienes que hacer un drama de todo?

—¡Oye, nadie te ha pedido que…!

Él la sorprendió tomando su mano y poniendo el pañuelo en ella.

—De nada —replicó él mismo cuando fue evidente que la chica no pensaba hacerlo.

Pero Caitlyn en aquel momento tenía demasiadas cosas de las que preocuparse; entre ellas… el hecho de no haber leído una sola emoción de sus manos cuando la tocó para ponerle el pañuelo en ellas.

Aquel tipo no era un mundano.

Agachó la cabeza aún más y no tuvo más remedio que aceptar limpiarse con el pañuelo, necesitaba recuperar sus ojos cuanto antes.

—Tu mamá es un poco enfadica, ¿no? —le dijo ahora a la niña, agachándose frente a ella con una sonrisa.

—En realidad, no —aseguró la pequeña encogiéndose de hombros.

—¿Quieres decir que solo lo es conmigo?

Annabella esbozó una sonrisa pícara y susurró:

—No parece que le hayas caído muy bien.

—¿Tú crees? —frunció el ceño con un gesto divertido—. Pero si ni siquiera puede verme…

—A lo mejor es por eso —opinó la pequeña tras pensarlo un segundo—. Como no puede ver lo guapo que eres…

—¡Annabella! —la regañó su madre, algo azorada, muy atenta a la conversación.

Ambos sonrieron, pero continuaron ignorándola.

—Me siento halagado —repuso el chico—, y más viniendo de la niña más bonita que he conocido nunca —sonrió—, pero no sé si a tu madre le va a influir mi aspecto.

—A lo mejor si le guiñas un ojo…

La carcajada del chico estremeció de nuevo a Caitlyn.

—Gracias por el consejo —aceptó en un tono risueño—. Mientras tanto, ¿crees que podrías convencerla para que me dejara ayudarla?

La niña suspiró con exagerada teatralidad.

—Puedo intentarlo —aceptó, y se ganó otra sonrisa sincera.

Tiró del vestido de su madre e interrogó:

—¿Estás mejor, mami?

No lo estaba. Sabía que necesitaría una dosis alta de colirio para lograr recuperarse.

—Tenemos que irnos, amor —le dijo, sin levantar la vista.

—¿Puedes dejar que él te ayude, mami?

—No es necesario. —Buscó su mano y comenzó a andar.

—Os guiaré para llegar al hotel —se ofreció el extraño un segundo después—. El ascenso será complicado si no ves bien.

Caitlyn se desesperó. Necesitaba alejarse ya de su voz, su risa y… todo lo que podría haber visto que no debería.

—¿Qué parte del no es necesario no entiendes? —declaró en un tono seco, nada habitual en ella—. Busca a otra persona de la que reírte, nosotras ya hemos acabado la función.

Él exhaló con fuerza y miró a Annabella, quien le habló en un tono confidente:

—No creo que lo del guiño funcione —opinó—, yo compraría unas flores.

Caitlyn tiró de la mano de su hija mientras maldecía la risa ronca tras ella, que alborotaba de nuevo sus sentidos.

Capítulo 5

Devlin McAllister observó alejarse a madre e hija y sonrió de nuevo. Aquella mañana, nada más llegar al Adanic, se había topado con ellas saliendo del hotel y solo había necesitado un instante para reconocer, sin dudarlo, a la velkana y la niña por las que estaba allí.

Las había seguido desde el hotel hasta la playa, quedándose siempre a una distancia prudente, oculto bajo el velo de uno de sus dones, que lo mantenía invisible al resto del mundo. Durante una hora, las había observado jugar en la playa, entre risas, y ni él mismo había podido borrar su sonrisa del rostro, la imagen le resultaba hipnótica. No pensaba intervenir, hasta que todo se descontroló, dando lugar a una cadena de acontecimientos de veras hilarante.

Y entonces había cedido a acercarse a ambas… y había disfrutado del encuentro más de lo que creía posible. Hacía mucho que no se divertía tanto. Se sentía vivo por primera vez en años, y eso le agradaba al mismo tiempo que lo desconcertaba un poco.

Aquella pequeña tenía un aura especial que, por algún extraño motivo, le provocaba una calidez inesperada dentro del pecho; y su madre…, joder, ella había despertado partes de él que hacía mucho tiempo que no reaccionaban a ningún estímulo. Y eso que ni siquiera había podido contemplar su rostro de cerca, aunque estaba convencido de que sus ojos serían del mismo azul que los de la pequeña, que de veras era la niña más bonita que había conocido jamás.

Observó cómo la mujer tropezaba en el primer saliente de roca que había nada más comenzar el ascenso y suspiró. Aquel camino no sería sencillo de ascender a ciegas. Madre e hija podrían acabar rodando de nuevo con cierta facilidad, sería mejor que las siguiera de cerca. Aunque debía tener cuidado de que aquella gata no le sacara los ojos si descubría que la estaba siguiendo.

Sonrió mordaz, echó a andar tras ellas y pronto recortó la distancia.

Joder, las vistas de aquel vestido de gasa empapado y pegado al cuerpo femenino lo estaban poniendo malo, y eso no dejaba de sorprenderlo. Hasta ahora, estaba convencido de que jamás lograría salir del influjo del pasado, aquellas deberían ser buenas noticias, pero… ¿otra velkana? ¿Qué coño le debía él al karma para tener tan mala suerte?

Annabella se giró a mirarlo cuando él estaba solo a un par de metros, pero Devlin se llevó un dedo a los labios, pidiéndole silencio. La pequeña le respondió con una sonrisa pícara y un leve asentimiento, lo que le arrancó a él otra sonrisa a su vez.

Mientras avanzaban, Devlin prestó atención al camino y, con discreción, fue despejando cualquier obstáculo que pudiera entorpecer el paso de Caitlyn: piedras grandes, plantas bajas que pudieran arañarle la piel… Hasta que se toparon con una rama enorme que se adentraba demasiado en el camino.

—Cuidado, mami, que ya llegamos al árbol grande —anunció Annabella.

Caitlyn se paró en seco. No sería la primera vez que incluso con sus cinco sentidos había estado a punto de llevarse aquella rama por delante.

—Voy a intentar apartarla —propuso la niña con énfasis.

—No, no, no —rogó su madre con cierto temor—, por favor, solo guíame para esquivarla.

Y Devlin no pudo contener la risa. Incluso él había anticipado en su imaginación en lo que podía derivar el intento de *ayuda* de Annabella. Era fácil que acabara con aquella rama moviéndose hacia un lado para terminar golpeándola por el otro. Por desgracia, su risa alertó a Caitlyn.

—¿Pero qué…? —murmuró, antes de soltar una maldición con total claridad.

—Yo también voy de regreso al hotel, señorita irascible —declaró Devlin en un tono resignado.

—Entonces pasa delante —exigió, ocultando su evidente azoramiento por haberlo descubierto tras ella.

—¿Con las vistas que tengo desde aquí? —replicó—, ni lo sueñes.

La escuchó suspirar con cierto hastío.

—Pero permíteme apartarte las ramas —se ofreció ahora, sorprendiéndose un poco de que ella no pareciera ver aún con nada de claridad.

—No hace falta que… —continuó Caitlyn caminando para demostrar… vete a saber qué, porque se olvidó de la rama, se topó contra las primeras hojas y, como acto reflejo para esquivarla, trastabilló y estuvo a punto de caer por el terraplén que había a su izquierda. Por suerte, Devlin fue muy rápido y la tomó en sus brazos, impidiéndole la caída.

—¿Te has hecho daño? —interrogó, preocupado.

—No, yo… no —titubeó.

La vio apretar los dientes y Devlin supo que lo único que le dolía en ese instante era el orgullo.

—Gracias, pero ya puedes soltarme. —Se revolvió en sus brazos, era evidente que muy incómoda.

Devlin se resistió a dejar de disfrutar de la suavidad de sus curvas, incluso su perfume le resultaba embriagador.

—Suéltame —insistió, empujándolo un poco.

En cuanto lo hizo, Caitlyn se giró tan rápido que estuvo a punto de caer de nuevo.

—Esto es absurdo —repuso Devlin entre dientes.

Sin previo aviso, la izó en sus brazos y la levantó del suelo cual Scarlett O'Hara.

—¡Eh! —protestó—. Bájame ahora mismo.

—Tu terquedad nos está retrasando a ambos —se quejó.

Miró hacia la rama que entorpecía el camino, que cedió a un lado sin esfuerzo, igual que si el mismo aire obedeciera su voluntad.

La exclamación de asombro de Annabella resultó evidente, y Devlin se limitó a guiñarle un ojo. La pequeña correspondió al gesto con una sonrisa de felicidad, y lo miró como si él acabara de convertirse en su persona favorita en el mundo entero.

—No soy una inválida —se quejó Caitlyn en un tono arisco, mientras él echaba a andar como si ella pesara poco menos que una

pluma.

Devlin guardó silencio y la observó con total descaro. La chica mantenía los ojos casi cerrados y mirando hacia abajo, lo que le permitía… admirar todo lo demás a conciencia. El vestido mojado se pegaba a sus pechos de una forma clara, revelando que debajo solo llevaba la parte de arriba de un bikini bien fino. No sabía si por el frío o… por estar acurrucada contra su pecho, pero sus pezones erectos se marcaban por completo.

—Joder —gruñó sin poder evitarlo.

—Si peso mucho, ahora te aguantas —replicó Caitlyn apretando los dientes.

—No es eso.

—Ja, ya —sonó irónica y de repente complacida.

Devlin esbozó una sonrisa divertida. Ahora parecía encantada con el hecho de que él estuviera sufriendo el tormento del camino, y… quizá estaba en lo cierto, pero no de la manera en que ella creía.

—Solo pensaba —argumentó— en que desde este lado las vistas son incluso mejores, ¿quién iba a decirlo? No están hechos estos vestidos para mojarse.

Ella guardó silencio, parecía estar valorando aquel comentario, y Devlin fue consciente del instante en el que comprendió a qué se refería, porque la escuchó soltar un improperio y cruzar los brazos sobre el pecho. Aquello le arrancó a él una inevitable carcajada, que no fue muy bien recibida.

—Eres un maleducado y un patán —dijo entre dientes para que no llegara a oídos de Annabella.

—Acurrúcate y disfruta del trayecto —propuso Devlin—. Viajas en primera.

—Me dejé arrogante en la lista, al parecer —murmuró, guardó silencio y lo sorprendió diciendo unos segundos después—. ¿Qué demonios eres tú?

—¿Perdona?

—No puedo leerte —murmuró casi en su oído—, no te hagas el tonto.

Devlin aceleró el paso.

—Deja los susurros para la alcoba, ¿quieres? —casi suplicó sin ninguna intención de bromear ya. La intimidad de su voz al oído resultaba demasiado embriagadora, y le recordó demasiado a… aquella otra…

—Si crees que tienes alguna posibilidad de que eso ocurra —declaró Caitlyn con énfasis en el mismo tono suave, destinado a mantener la conversación fuera del alcance de los oídos de la niña—, ve olvidándote del tema.

Devlin soltó un improperio, empezaba a no poder controlarse, debía izar las barricadas.

—¿Crees que me rebajaría a compartir mi habitación con una velkana? —interrogó—. Sigue soñando.

Caitlyn le devolvió un gesto ácido.

—Comentario que contesta a mi pregunta inicial —chasqueó la lengua con un sonido desaprobatorio—, eres un sahir, ¿por qué no me sorprende? Apestas a prepotencia desde lejos.

—Y tú debes de ser una velkana muy valiente, teniendo en cuenta que te tengo a mi merced —replicó—, ¿no temes que te lance por el aire?

Caitlyn, casi sin ser consciente, se agarró a él con más fuerza.

—¿Lo harías? —preguntó.

Devlin sonrió con sinceridad.

—No, no te preocupes —aseguró, franqueando ya las puertas de acceso al hotel—. Me enseñaron a respetar a las mujeres.

La chica rio con sarcasmo.

—¿Y a respetar qué? Porque su voluntad no, dado que me traes en brazos a la fuerza.

—¿Y no hace ya mucho rato que no protestas para que te baje? —inquirió—. Porque ves poco, pero es imposible que no te hayas dado cuenta de que estamos dentro del hotel.

Caitlyn forcejeó ahora, con evidente irritación.

—¡Bájame!

—Tarde, pero vale.

Devlin la sostuvo con firmeza y soltó solo sus piernas, provocando que el resto de su cuerpo resbalara por el de él… Notó que ella contenía la respiración y sonrió complacido, no parecía tan

inmune a él como quería aparentar. La sostuvo hasta que el calor de su cuerpo fue demasiado sofocante y comenzó a faltarle el aliento. Un instante más tarde, sus manos descendieron muy despacio por su cuerpo hasta su cintura y ella no protestó, parecía hipnotizada por el contacto. Cuando al fin se decidió a liberarla por completo, antes se acercó a susurrarle al oído:

—Deberías cambiarte, estás empapada…, y no hablo solo del agua del mar…

Era evidente que Caitlyn echaba humo por las orejas de pura furia, y Devlin estaba seguro de que, de poder enfocar la vista, lo abofetearía en aquel instante.

—Eres un…

—Eso sí ha sido prepotencia en estado puro —interrumpió irónico—, para que puedas apreciar la diferencia.

Tomó distancia.

—¡Caitlyn! —se escuchó una voz alarmada, acercándose hacia ella desde recepción.

La pelirroja llegó hasta allí, y Devlin escuchó a Caitlyn soltar un suspiro de alivio.

—¿Qué te ha pasado? —interrogó.

—Selena, menos mal, he tenido un percance en la playa —contó —. Hazte cargo de Annabella, por fa, y acompáñanos a mi suite.

Devlin observó a la pelirroja que, a su vez, lo miraba con curiosidad. Así que aquella era Selena Sinclair. Su hermana Airys todavía seguía impresionada con la historia de amor épica que había presenciado en el hotel un par de meses atrás, una en la que aquella mujer había sido la protagonista.

—Vamos con mamá, Annabella —le dijo a la pequeña, tendiéndole la mano.

Caitlyn hacía ya unos segundos que caminaba hacia el ascensor.

—Me tengo que ir. —Miró la niña a Devlin con tristeza—. A lo mejor nos vemos en la cena.

—Seguro que sí —declaró él, y se agachó frente a ella—. Mira, quiero regalarte algo.

Sacó una esfera de metal de su bolsillo, le pidió la mano a la niña y la depositó en su palma.

La pequeña la observó fascinada. La esfera reflejaba la luz con un brillo casi hipnótico. No era una simple bola, su superficie, pulida hasta la perfección, parecía líquida bajo el resplandor, como si atrapara destellos de plata viva en su interior. Pequeñas vetas oscuras se entrelazaban en su estructura, formando patrones casi imperceptibles que solo podían apreciarse cuando se miraba con atención.

—¡Hala, es preciosa!

Al girarla entre sus deditos, Annabella notó que la esfera parecía cambiar de forma sutil de tonalidad, como si respondiera a su toque. No pesaba tanto como aparentaba, pero tenía la solidez de algo valioso, antiguo y especial.

—Es mágica —susurró, fascinada, y miró a Devlin—. ¿Seguro que es para mí?

Él asintió con una sonrisa. La niña suspiró, cerró la mano sobre la esfera y abrazó al chico con fuerza, pillándolo desprevenido.

Por un instante, Devlin se quedó inmóvil, desconcertado por la calidez repentina de aquellos pequeños brazos rodeando su cuello. No estaba acostumbrado a gestos tan puros, que lo desarmaran de aquella manera, pero antes de poder reaccionar, sintió cómo algo dentro de él se quebraba, como si aquel abrazo hubiese encontrado una grieta en su coraza, permitiendo que aquella pequeña se colara en su corazón de forma irremediable.

—Gracias —murmuró Annabella mirándolo ahora a los ojos.

—Dios, gracias a ti, pequeña luciérnaga. —Y era sincero.

Capítulo 6

Cuando Selena y Annabella llegaron hasta Caitlyn en la puerta del ascensor, la niña se giró a mirar a Devlin y se despidió con la manita desde la distancia.

—Parece que tienes cosas interesantes que contarme —le dijo Selena en un tono pícaro.

—No veo nada, una ola me ha dado de lleno en los ojos —explicó—, y ya sabes cómo me afecta la sal del mar.

—Jo, es menos interesante que lo que tenía en mente —se quejó su amiga.

Las puertas del ascensor se abrieron y se pusieron en movimiento, pero cuando Caitlyn dio el primer paso, se tropezó con la papelera de metal que había a un lado, provocando que se tambaleara, armando un escándalo considerable.

—Mierda —maldijo entre dientes—. Por favor, dime que él ya no estaba mirando.

Selena se giró hacia Devlin y no le costó trabajo distinguir una sonrisa divertida y mordaz en sus labios mientras las observaba con total descaro.

—Eh…, no —mintió Selena—, estaba consultando el móvil.

Caitlyn sintió cierto alivio, pero aquello no sofocó el calor que aún abrasaba sus venas. Había intentado que no le afectara, pero incluso privada de su vista, el resto de sus sentidos habían sido demasiado conscientes de su fuerza, de sus brazos fornidos, su torso firme y duro… Y cuando la había soltado al fin, dejándola resbalar por su cuerpo, se había quedado sin aliento. Durante unos cuantos segundos se había sentido muy confusa, sobre todo cuando su tatuaje había comenzado a arder… como solo le sucedía cuando…

Se abanicó con la mano dejando escapar un sonido de pura frustración.

—Habla ya, me tienes en ascuas —rogó Selena en cuanto el ascensor comenzó su ascenso.

—Ya te he dicho que mis ojos…

—Eso lo arreglamos ahora con colirio —insistió—, pero, como diría Keira, háblame de ese pedazo de maromo.

—¿No está hospedado en el hotel? —se extrañó.

—No que yo sepa.

—Pues no sé, estaba en la cala —contó, y las tres bajaron del ascensor al llegar a su planta—. Se registraría sin que lo vieras.

—¿Crees que Tessa no me habría vuelto loca ya a estas alturas de haber registrado un huésped así?

Caitlyn carraspeó incómoda y preguntó a regañadientes:

—¿Es… para tanto?

—Es para más.

—¿Más guapo que tu Joss?

—¡Nadie es más guapo que mi Joss! —suspiró Selena, haciéndola sonreír—, pero ese tipo tiene podio en el ranking, te lo aseguro —llegaron a la puerta de la suite—, ¿no has podido mirarlo ni un poquito?

—No.

Y aquello le molestaba mucho.

—Pero también tiene podio en el ranking de arrogantes —declaró—, como buen sahir.

—¡¿Es un sahir?! —exclamó Selena con asombro—. No se le nota nada.

Caitlyn no pudo evitar reír.

—¿Y qué quieres notarle a simple vista?

—También es verdad —concedió—, además, le he mirado de frente solo unos segundos.

Ambas entraron en la habitación y Selena tiró de la mano de su amiga hasta los pies de la cama, mientras que Annabella estaba aún absorta en la esfera.

Selena fue al baño, buscó el bote de colirio y regresó a la habitación con premura. Ayudó a Caitlyn a echarse un buen chorro en cada ojo y caminó después hacia el armario.

—Te sacaré ropa seca mientras te hace algo de efecto —indicó —. Necesitarás cambiarte hasta de bragas.

Caitlyn recordó el comentario de mal gusto de aquel tipo y sintió su cara arder al comprender… que quizá no iba tan desencaminado.

—¡Imbécil! —dijo en alto casi sin ser consciente.

—Así que sigues pensando en él —rio Selena—. Para no haberlo visto, te ha causado mucha impresión.

—¿A mí? —sonrió mordaz—. ¡*Buah*! Ya quisiera.

Se desnudó, ya helada de frío, y agradeció la ayuda de Selena para vestirse de nuevo. Aunque no contaba con lo que llamó la atención de su amiga cuando se dio la vuelta.

—Tu fénix se ve diferente, Caitlyn —la sorprendió diciendo—. ¿Cómo es posible?

—No entiendo.

En el último mes, Selena había visto aquel tatuaje demasiadas veces en la playa como para que no le llamara la atención. Era impresionante, del tamaño casi de la palma de una mano.

El fénix resurgía desde la parte baja de su espalda, como si emergiera de las cenizas en un ascenso majestuoso. Sus alas aparecían extendidas, vestidas con plumas que parecían arder en tonos de rojo intenso, dorado y ámbar, creando la ilusión de un fuego vivo sobre su piel. El cuerpo del ave, estilizado y elegante, se alzaba con orgullo, con la cabeza en alto y el pico afilado, mientras su cola se extendía en un juego de llamas ondulantes que seguían la curva de su espalda. Cada trazo del fénix estaba hecho con una precisión casi mágica, como si no solo estuviera tatuado en su piel, sino impreso en su alma…

…y en ese momento lo sentía cosquillear sobre su piel, tal y como le sucedía en las noches en las que aquel trance y su encuentro con Dev eran inevitables, pero solía pasar en cuanto se calmaba.

—Lo siento raro —admitió—, ¿también se ve diferente?

—Los colores son mucho más intensos —explicó Selena—. Te haré una foto.

—Sigo sin poder enfocar la vista —contó—, aunque me escuecen menos.

Su amiga tiró la instantánea y dejó el móvil sobre el colchón para ayudarla a vestirse. Después, Caitlyn se sentó en la cama y

dejó que le revisara los ojos.

—Ya están reaccionando —dijo Caitlyn algo más aliviada—, échame algo más de colirio y…

—¡La leche, Caitlyn, tienes los ojos violetas! —exclamó Selena, impresionada.

—*Shhh* —casi gritó la chica por puro acto reflejo.

—Es que te lo juro, son de un color impresionante —continuó Selena ahora casi en susurros—, son violetas o morados…

—Amatista —reconoció la chica, poniéndose en pie, nerviosa.

Selena la miró con una expresión de extrañeza.

—Eso, sí… ¿Lo sabías? ¿Ya te ha pasado alguna vez?

—Es mi color de ojos natural —confesó por primera vez en su vida.

—¿Qué? —Estaba perpleja—. ¿Llevas lentillas azules?

—No, yo… —carraspeó—, aprendí a esconder el violeta.

—No entiendo.

—Fue lo poco que mi padre me enseñó a hacer cuando era niña —explicó.

Y no había sido divertido aprender a controlarlo. Había pasado recluida meses enteros cuando apenas contaba cinco años.

—Pero ¡son alucinantes, Caitlyn! ¿Por qué esconderlos?

No se sentía cómoda dando explicaciones, le costaba hablar del tema. Para su familia aquello era tabú, algo que había que esconder a toda costa y de lo que no se podía hablar.

—Las velkanas de ojos amatista no estamos muy bien vistas —contó—, te rogaría que jamás lo comentaras con nadie.

—Vale, pero…

—Te daré todos los peros en otro momento —prometió—, ahora no me encuentro muy bien.

Selena accedió, tiró de su mano hasta la cama y volvió a echarle colirio, y en aquella ocasión sí se obró la magia y su vista al fin se despejó por completo.

—¡Uf, qué alivio! —declaró, sonriendo al fin—. Ha sido un rato malo y…

Miró cómo su amiga la observaba perpleja.

—¿Selena?

—Lo siento, es que son alucinantes —admitió—. Es una pena que tengas que esconderlos.

Caitlyn suspiró, parpadeó con rapidez varias veces y trajo de vuelta el azul, que también era digno de ver.

—Me enseñas la foto —recordó Caitlyn, sintiendo aún el cosquilleo en la espalda.

Cuando puso sus ojos en la imagen, soltó una exclamación de sorpresa. Después, corrió hasta el espejo del baño para mirarse al natural. Se levantó el vestido y contempló el brillo que desprendía, que se reflejaba de forma tan sorprendente que se veía incluso desde la distancia. Los colores del fénix se habían intensificado de manera notoria, como si ahora una llama invisible los avivara desde dentro. El rojo se veía más profundo, el dorado más brillante y las líneas del diseño parecían resplandecer con un fulgor latente, pulsante, casi hipnótico.

—¿Qué narices me está pasando? —se preguntó abatida.

—¿Estás bien? —se interesó Selena desde la puerta.

Caitlyn negó con un gesto.

—A lo mejor el pigmento que te pusieron al hacértelo ha cambiado o…

—Es que no me lo hice —aclaró.

—¿Qué?

—Cuando era joven, en una de las excavaciones a la que fui con mi madre, una de las nativas me hizo un simple tribal —confesó.

—No te entiendo.

—El tribal mutó en el fénix el día que cumplía los veintitrés años.

Selena la miró perpleja.

—El día que debían activarse el resto de tus dones. —Caitlyn asintió—. Entonces ese tatuaje es… algún tipo de marca por tu mayoría de edad velkana.

—Sí, supongo —reconoció confusa.

—¿Solo lo supones?

—Ya sabes que me criaron como una mundana, Selena —le recordó—, me falta mucha información, pero recuerdo que mi padre también tiene uno bastante grande en el antebrazo.

—¿También un fénix?

—No, una especie de halcón —explicó—. Entiendo que cada velkano es distinto.

—Pues tu fénix es digno de mirar —opinó Selena—, y está cada vez más hermoso, si eso es posible. ¿Te duele?

—No, solo siento una especie de cosquilleo y… calor.

«Como cuando estoy a punto de entrar en ese trance que… ¡No, mejor no recordarlo!».

—¿Te había pasado antes? —interrogó Selena, siguiéndola de regreso al salón.

Aquella era una pregunta complicada que no estaba segura de querer contestar, pero el segundo de duda llamó la atención de su amiga.

—Ya no es una pregunta —sonrió Selena—, te ha pasado más veces.

Caitlyn suspiró y decidió contarle solo lo justo.

—Me ocurre algunas noches —confesó.

—¿Así por las buenas?

—No…, eh…, algunas veces cuando pienso en Dev —se ruborizó.

Aquello llamó la atención de Selena y la miró suspicaz.

—¿Y eso es muy a menudo?

—Es posible. —Se mordió el labio, nerviosa.

—¡Caitlyn!

—Dios, es que soy muy rara —se lamentó abatida—. Y toda mi vida lo único que he querido es ser normal, y parece que cada vez se me complican más las cosas.

—Ser normal está sobrevalorado.

—Me pasan cosas muy extrañas, Selena —confesó.

Lo resumió a grandes rasgos, sin poder disimular su vergüenza.

—Dime que no te parezco grillada.

Selena rio.

—Pasé meses pintando a Joss antes de conocerlo —le recordó Selena—, y noches enteras haciendo el amor con él en mis sueños sin haberlo visto jamás —ahora sonrieron—, y tú no dudaste de mi cordura en ningún momento.

—Bueno, un poco sí.

Ambas rieron.

—Yo no pienso hacerlo —declaró Selena—, y como prueba tienes ese tatuaje a punto de arder en llamas.

—Pero no entiendo por qué —admitió—. Durante años he sufrido estos trances y el fénix siempre volvía a la normalidad.

—¿Años? —se asombró Selena ahora.

—Bueno, desde… aquella noche.

—¡¿Casi cinco años?! —Caitlyn asintió—. ¿Con cuántos hombres has estado tras él?

—Eh…, eso no es relevante —sonó avergonzada.

Selena la miró suspicaz.

—¿No has estado con nadie más, Caitlyn?

—A ver, tengo una hija pequeña y…

—Eso es que no.

—Oye, tú llegaste virgen a los veintisiete convencida de que debías esperar al amor de tu vida —le recordó.

Selena sonrió.

—Y así era.

—Entonces deberías entenderme mejor que nadie.

—No he dicho que no te entienda —se encogió de hombros—, pero quizá si hubieras estado con otra persona, esos episodios habrían pasado.

Caitlyn tragó saliva y decidió ser sincera.

—¿Y si yo no quiero que pasen? —interrogó.

—¿No quieres?

—Es que… es como volver a estar con él cada vez que sucede —suspiró, y no pudo evitar estremecerse—. Cada beso, cada caricia es tan real como aquella noche, hasta… —carraspeó— el clímax es intenso y brutal.

—¿Sin tocarte?

Caitlyn asintió sin poder disimular su azoramiento.

—¡Pues bendito sea el ardor de ese fénix! —exclamó Selena con un gesto risueño y le arrancó una carcajada a Caitlyn, que se sentía mucho mejor después de aquella larga conversación—. Y no eres

rara, eres única y maravillosa —repuso, y miró a Annabella—, como esa pequeña tan hermosa de ahí.

Caitlyn posó sus ojos sobre su hija, que estaba sentada en el sofá, absorta en su nuevo juguete.

—¿Qué tiene en la mano?

La respuesta desató todos los demonios en su interior…

…y así seguía cuando se dio una ducha, se arregló un poco y salió de la suite dispuesta a encontrar a aquel patán para decirle con exactitud por dónde podía meterse sus regalitos…

Capítulo 7

Caitlyn salió del ascensor como una tormenta a punto de desatarse. Sus pasos resonaban firmes y rápidos sobre el suelo, y apretaba la mandíbula con fuerza, corriendo el riesgo de romperse alguna muela. Sus ojos, oscurecidos por la furia, buscaban al hombre que acababa de cruzar un límite que no le correspondía.

—Cálmate, Caitlyn —rogó Selena—, no es para tanto.

—No tiene ningún derecho a hacerle regalos a mi hija sin mi consentimiento —argumentó Caitlyn—, y mucho menos después de haber sido tan grosero conmigo.

—Mami, él te ayudó —le recordó la pequeña, tirando de su blusa.

—Nadie se lo pidió —le dijo, y suavizó un poco el gesto para decirle—: y tú, jovencita, no puedes aceptar regalos de extraños sin consultármelo.

«Y menos uno tan caro», pensó abatida. Aquella esfera tenía pinta de costar una fortuna.

Selena suspiró e intervino de nuevo.

—¿Piensas sacarle los ojos en cuanto lo veas?

—Bueno, es un sahir, seguro que le crecerían otros, como el rabo a las lagartijas.

—¡Hala, ¿pueden hacer eso?! —interrogó Annabella, muy sorprendida.

Caitlyn miró a su hija con preocupación. Debía tener cuidado con lo que decía.

—No, Anna, es una forma de hablar —aclaró, y murmuró casi para sí—. Por suerte, se le quedarían las cuencas vacías.

Selena rio sin remedio frente al comentario.

—¡Qué burra! Nunca te había visto así.

Y era cierto. El carácter de Caitlyn era muy apacible, pero por alguna extraña razón, aquel odioso sahir magnificaba todas sus emociones.

Ahora solo faltaba encontrarlo, devolverle la esfera y esperar no tener que verlo nunca más en toda su vida.

Recorrió con la mirada el vestíbulo desde los ascensores. No conocía el aspecto exacto del tipo, pero algo le decía que lo reconocería sin problema. No obstante, contaba con la ayuda de Selena y Annabella.

—¡Mira, mami, ahí está! —señaló la pequeña, y le faltó tiempo para echar a correr en su dirección.

—No, Anna, ven aquí. —Pero la niña ya no la escuchó, tal era su afán por reunirse con él.

Él estaba apoyado sobre una de las columnas y les daba la espalda. Charlaba con alguien a quien tapaba por completo.

—Menudo chulo —murmuró Caitlyn, estudiando la postura en la que estaba apoyado sobre un hombro, con las manos metidas en los bolsillos; aunque no pudo evitar ser consciente de que la retaguardia era de diez, y aquello la irritó aún más.

Apresuró el paso, dispuesta a decirle unas cuantas cosas, justo cuando su hija llegaba hasta él y tiraba de su camisa para llamar su atención…

…y en ese instante él se giró para mirar a la pequeña… y todo su mundo se detuvo.

«¡Dev!».

Colapsó. A escasos par de metros, tras casi cinco años de ausencia…, estaba el padre de su hija.

Se paró en seco sin poder apartar la mirada de él. Lucía la misma presencia imponente que recordaba, con aquellos ojos impresionantes que combinaban una intensa tonalidad de verde con un moteado amarillo alrededor de la pupila, que la dejaban sin aliento. Imposibles de olvidar, la habían perseguido en sus pensamientos durante todo aquel tiempo. La luz jugaba con su pelo sobre su piel bronceada, resaltando cada línea de su atractivo rostro, y su cabello, negro como la noche, enmarcaba una expresión despreocupada, como si el tiempo no le hubiera pasado factura.

Caitlyn no pudo evitar deleitarse con todo lo demás… mientras él tomaba a Annabella en brazos y se distraía charlando con ella.

Llevaba una camisa negra, recogida en los antebrazos, que se ceñía a su torso a la perfección, dejando en evidencia un cuerpo que el tiempo parecía haber esculpido aún más. Hombros anchos y músculos firmes marcaban cada línea de su figura, que se movía con movimientos fluidos y controlados, como los de un depredador al acecho. Su simple presencia lo dominaba todo, como si el espacio mismo se ajustara a su voluntad…

…aquello era lo que mejor recordaba de él, y no había cambiado.

Desprendía un aura de poder indomable, una fuerza silenciosa que parecía envolverlo como una tormenta contenida, lista para desatarse en cualquier momento. Era una presencia imposible de ignorar, algo que electrizaba el aire a su alrededor y hacía que todo a su paso pareciera menos real o, simplemente, no importara en absoluto.

Pero Caitlyn no era la misma de entonces, ya no era aquella joven impresionable.

Aun así, cuando él desvió sus ojos de la pequeña para posarlos en ella, sintió cómo el aire se atascaba en sus pulmones y su pecho se oprimía con una emoción que no quería nombrar, y tuvo que recordarse que no podía permitírselo. Creyó distinguir en sus ojos un atisbo de sorpresa… o algo más, algo que casi la hizo tambalearse.

«Nadie lo sabe», se recordó, tragando saliva, sintiendo cómo aquel secreto le ardía en la garganta. Nadie más que ella podía saber que ese hombre al que estaba a punto de enfrentar era el padre de su hija, y debía seguir siendo así.

Así que hizo lo único que podía hacer: respirar hondo, alzar el mentón y fingir que su mundo no acababa de tambalearse hasta sus cimientos.

—Vaya, pero si es La Sirenita —bromeó Dev, mordaz, tras unos segundos de mirarla con una expresión de sorpresa.

Caitlyn fingió reír de la forma más sarcástica que pudo

—Creí que eras un simple huésped —declaró, rogando sonar firme—, no me dijiste que te habían contratado como bufón del Adanic.

—¡Caitlyn! —exclamó alguien junto a ellos con voz ahogada por la sorpresa.

Davina Carmichael miraba de uno a otro con estupor, y la chica le devolvió la mirada, sorprendida de verla allí charlando con él, pero la tormenta de emociones que la sacudía era demasiado intensa, demasiado avasalladora como para prestarle atención a aquel hecho. Su corazón martilleaba con fuerza descontrolada, su mente intentaba procesar lo que tenía delante, pero su cuerpo reaccionaba a él de una forma visceral, traicionándola, impidiéndole pensar con claridad. Y eso solo alimentaba aún más su furia.

Y ver a su hija en sus brazos tampoco ayudaba. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora de cuánto se parecía la niña a su padre?

—Suelta a mi hija en el suelo, por favor.

Sabía que estaba siendo grosera, pero no le importó. Se enfermaba solo con pensar en que alguien pudiera notar el parecido.

La tensión se mascaba en el ambiente y todos a su alrededor se veían desconcertados por la actitud de Caitlyn, pero le dio igual. Cuando él obedeció, le pidió a su hija:

—Annabella, devuélvele la esfera, por favor.

La niña hizo pucheros y se aferró con las dos manos aún más al objeto, como si fuera su mayor tesoro.

—Pero mami…

—Te compraré otra igual —la alentó—, pero esa tienes que devolverla.

Una risa mordaz cortó el aire. Dev la miró con sorna.

—Solo una velkana podría hacer un comentario tan absurdo —replicó—. ¿Crees que las venden en Amazon?

—Supongo que no —sonrió Caitlyn, irritada—, tiene más pinta de ser de AliExpress.

Davina intervino antes de la respuesta de un sahir… muy molesto ya en aquel instante.

—¿Podemos calmarnos un poco, por favor? —Miró a Caitlyn—. No sé cuál es el problema con la esfera, pero…

—Que antes de hacerle un regalo a la hija de otra persona, hay que pedir permiso.

—¿Y me lo habrías dado? —se interesó el chico.

—Nunca lo sabremos, ¿no te parece?

—Caitlyn, esa esfera es un Orbis —explicó Davina—. Los sahires los usan para aprender a controlar la telequinesis.

Aquello fue como darle un lanzallamas y permiso para usarlo. Miró a Devlin con la furia multiplicada por dos.

—¿Le has dado a mi hija una bola de entrenamiento sin consultarme? —inquirió, apretando los dientes—. Pero ¿tú quién coño te has creído que eres?

El chico soltó un improperio y miró a Davina con una expresión mordaz.

—Me dijiste que ella no iba a dar problemas.

Davina miró a Caitlyn con evidente desazón.

—A ver, parece que todo se está descontrolando un poco —dijo la mujer en un tono serio.

—¿Tú crees? —ironizó Devlin, irritado.

—Es evidente que no habéis comenzado con buen pie —insistió Davina sin mojarse en quién tenía la razón—. Lo mejor será empezar de cero, ¿podría ser?

Miró de uno a otro con expectación y una expresión de ruego.

Caitlyn cruzó una mirada con Selena, que había permanecido muy callada a su lado y que en ese momento le hizo un gesto alentándola a hacer borrón y cuenta nueva, algo que parecía necesario. Por primera vez, se preguntó por qué estaba Davina metida en todo aquello.

Él habló primero.

—De acuerdo, para que a ciertas personas no se les llene la boca tachando a los sahires de prepotentes —sonrió con acidez y se ganó una mirada asesina por parte de Caitlyn—, empezaré yo.

—Qué dadivoso —declaró con evidente sarcasmo.

—Ese soy yo —aseguró con mordacidad—, así que…, encantado de conocerla, agradable, educada y amable velkana —le tendió la mano—, soy Devlin McAllister.

¡Devlin McAllister! El nombre retumbó en su mente como un trueno lejano, uno que anunciaba que se avecinaba tormenta.

«¡No! Esto no puede ser, él no podía ser… ¡Mierda!».

Caitlyn sintió que el suelo bajo sus pies dejaba de ser firme.

Hasta ese instante, él había sido solo Dev, el hombre que la había marcado para siempre, el dueño, quisiera o no, de cada latido desesperado en su pecho, el padre de Annabella, un fantasma que jamás había podido exorcizar. Pero ahora, con un simple nombre, su identidad se elevaba hasta lo imposible. Aquel ya no era un sahir cualquiera, era el… *Zadif…*, *Yadif…*, *Kalif*…, ¡el puñetero príncipe de los sahires! Ni siquiera sabía pronunciar el cargo y ya lo sentía como una amenaza sobre ella. Aquel apellido sustentaba el peso de un linaje poderoso, y su pequeña… lo llevaba en su sangre.

El aire pareció volverse denso, pesado, y su mirada se aferró a él con incredulidad.

No. No podía ser.

Y, sin embargo, lo era.

La arrogancia tranquila con la que se movía, el aura de poder que siempre había emanado de él, la seguridad en su postura, la sombra de desafío en su mirada…, las piezas encajaban.

Su pulso se disparó. Su respiración se volvió errática. Una parte de ella quería girarse y marcharse de inmediato, arrastrar a Annabella lejos de allí y fingir que este encuentro jamás había sucedido, pero la otra… estaba inmóvil, incapaz de reaccionar.

Por suerte, Selena intervino con rapidez para ayudarla a reponerse un poco.

—Señor McAllister… —Le tendió la mano.

—Llámame Devlin. —La estrechó.

—Soy Selena Sinclair, directora del hotel, Joss y yo le debemos mucho a su hermana Airys —sonrió—, a toda su familia, en realidad, incluso a sus antepasados.

—Tutéame, por favor, y sé quién eres —la sorprendió diciendo —. Vuestra historia es muy impresionante, y ha quedado registrada al completo en nuestros archivos.

Selena lo miró con incredulidad.

—¿Bromeas?

—No, pasaremos décadas contándosela a nuestros descendientes —aseguró.

Aquellas palabras aceleraron aún más el corazón de Caitlyn. ¿Descendientes? ¿Tendría Annabella algún hermano? Recordó a la odiosa mujer que la echó de aquella fiesta años atrás, su prometida, una que a él se le olvidó mencionar mientras estaba entre sus piernas.

Eso sirvió para sacarla del trance. Su corazón latía aún con fuerza descontrolada, pero no se podía permitir ser vulnerable ante él. Respiró hondo y se obligó a recomponerse. Si Devlin McAllister creía que podía irrumpir en su vida de nuevo y tomar lo que quisiera, estaba muy equivocado.

Cuando Devlin volvió a posar sus ojos sobre ella, esbozó una sonrisa cínica.

—Aún no he escuchado tu nombre.

Sería mejor dejar su apellido fuera de aquello. Cuanta menos información le diera, menos problemas.

—Caitlyn —replicó en tono seco—, y tengo cosas que hacer.

—¿Cómo?

—¿Qué?

Tanto Davina como el propio Devlin parecían perplejos, y no podía culparlos, pero debía recuperarse para ser capaz de mantener la más mínima conversación. Tenía que pensar en sus opciones, en cómo proceder a partir de ahora.

Se giró a mirar a Selena.

—¿Puedes cuidar de Annabella?

Su amiga también se veía perpleja y la miraba como si hacerle aquel desplante al todopoderoso Devlin McAllister fuera delito.

—Claro, pero…

—Gracias.

Se alejó de allí sin mirar a nadie más, ya no era capaz de controlar su desazón.

Caminó hasta el ascensor como una autómata. ¿Qué iba a hacer ahora? No podía permitir que él entrenara a su hija, no sabiendo que se estaba callando un secreto de aquella magnitud; y confesarle la verdad no era una opción, no podía decírselo. ¿Y si él decidía quitarle a Annabella?

«Ay, Dios», se mareó por el simple pensamiento. ¿Qué posibilidades de ganar en un juzgado tenía ella frente a un príncipe?

«En un juzgado sahir», se recordó. Ellos no se regían por las leyes de los mundanos, y ella era una velkana. Las posibilidades eran remotas, por no decir inexistentes.

Muy abatida, optó por subir por las escaleras para alejarse cuanto antes de ojos indiscretos.

Entró en el rellano y se sintió mejor al poner aquella puerta de por medio, pero fue solo hasta que esa misma puerta se abrió de nuevo, y una voz firme la detuvo antes de que hubiera podido llegar ni al segundo escalón.

—Parece que largarte es lo que mejor se te da —acusó Devlin en un tono irritado.

Capítulo 8

Caitlyn se detuvo en seco. Le daba miedo girarse. ¿Acaso se estaba refiriendo al pasado? ¿La había reconocido desde el principio?

—Lo hiciste en la playa, al llegar al hall y ahora de nuevo —insistió el tipo.

Ella se sintió tan aliviada que se giró a mirarlo.

—Entiendo que no estás acostumbrado a que las mujeres quieran poner distancia contigo, pero…

—A que huyan no —interrumpió—. Intento relacionarme con mujeres adultas.

—¡No estoy huyendo!

Él arqueó una ceja con sarcasmo.

—Y, para tu información, no he tenido más remedio que crecer para poder cuidar de mi hija como es debido.

—Pues, con todo respeto, no estás haciendo lo mejor para ella alejándome.

Aquella frase decía incluso mucho más de lo que él mismo pretendía. ¿Y si era así? ¿Y si lo mejor para su hija era poder conocer a su padre?

—Aún no he decidido qué quiero hacer contigo —admitió.

Devlin sonrió mordaz.

—De momento, que cuidaras tus palabras estaría genial.

—¿Mis palabras? —titubeó, confusa, pero solo tuvo que leer el brillo en sus ojos para comprenderlo—. ¡Déjate de insinuaciones fuera de lugar!

Él asintió y borró la sonrisa. De repente parecía molesto consigo mismo.

—De acuerdo —acabó diciendo—, pongámonos serios por el bien de tu hija.

Caitlyn cruzó los brazos sobre el pecho y se dispuso a escuchar.

—Por lo que vi en la playa —empezó diciendo—, puedo asegurarte que es una niña con una fuerza extraordinaria —comentó

con calma—. A su edad, solo debería ser capaz de mover una pluma y ha levantado una ola… diría que impresionante —esbozó una media sonrisa—. ¿O me equivoco? Confírmamelo tú, que la viste más de cerca.

Caitlyn le lanzó una mirada mordaz, y él soltó una carcajada inevitable.

—Está bien, me pongo serio —dijo entre risas—. Lo siento, es que es acordarme…

Para su desgracia, Caitlyn apenas podía contener la sonrisa ya, así que optó por fingirse ofendida, darse media vuelta y comenzar a subir de nuevo, pero no esperaba que él no estuviera dispuesto a permitirlo. Sintió un tirón invisible sujetándola con firmeza. No había manos sobre su piel, pero la fuerza era innegable, ineludible. Antes de poder reaccionar, su cuerpo fue arrastrado hacia atrás directo a los brazos de Devlin.

Un jadeo de sorpresa escapó de sus labios cuando chocó contra su pecho sólido. Sus manos se apoyaron de forma instintiva en él, sintiendo la calidez de su cuerpo a través de la tela. Levantó la mirada de golpe, con el corazón encabritado, y se encontró con esos ojos verdes y centelleantes que la observaban con una intensidad casi abrasadora.

—No tan rápido, Caitlyn —murmuró él, con una media sonrisa de pura arrogancia—. Esta vez no hay huida posible.

Su piel se estremeció. No sabía qué la enfurecía más: que usara su don para detenerla… o lo mucho que su cuerpo anhelaba y disfrutaba de la sensación de estar entre sus brazos.

—Suéltame —exigió.

Devlin izó sus manos, y ella dio un paso atrás.

—No vuelvas a tocarme.

—Entonces no vuelvas a huir.

Como respuesta, Caitlyn cruzó los brazos sobre el pecho y no se movió de donde estaba.

—Annabella va a necesitar a alguien fuerte que sepa guiarla —declaró Devlin con firmeza—, y, lo siento, pero incluso a riesgo de que me taches de prepotente de nuevo, soy su mejor opción.

Sí, de aquello Caitlyn no tenía duda, el problema era que también debía pensar en su propia cordura.

—¿Puedo valorarlo en soledad? —inquirió en un tono mordaz.

Devlin entrecerró los ojos y la contempló con una extraña expresión que acabó poniéndola nerviosa.

—¿Qué? —se exasperó—. Podré retirarme a deliberar, digo yo, eso no es huir.

Él siguió observándola hasta que la hizo incomodar.

—¿Crees que vas a intimidarme mirándome como si fueras capaz de leerme el pensamiento? —interrogó, irritada por el escrutinio.

—Quizá lo soy.

—Ambos sabemos que ese es un don velkano —le recordó.

—Del que tú tampoco disfrutas. —La contempló ahora con curiosidad—. ¿Te compensó escoger la maternidad?

Caitlyn le devolvió una mirada entre perpleja e irritada.

—Yo no escogí nada —se le escapó—, pero una y mil veces elegiría a Annabella si tuviera que hacerlo.

Recibió una mirada confusa como respuesta.

—Tuviste que renunciar a tus dones velkanos en una ceremonia para poder concebir.

—Pues no lo hice —aseguró.

—Entonces no entiendo cómo…

—¿Has hablado con Davina?

—No sobre eso.

—Que te explique ella cómo se hacen los niños —sonrió mordaz —, eso ya no es mi competencia.

Se giró dispuesta a largarse, pero él fue más rápido, la sujetó de una muñeca y la atrajo hacia él hasta quedar a solo unos cuantos centímetros de distancia.

—De cómo hacer niños entiendo un poco —replicó en un tono ronco.

—¿En serio? —tragó saliva, aunque intentó sonar despreocupada—, ¿tienes muchos?

—Ninguno, pero…

—Entonces solo conoces la teoría.

«¿Por qué demonios se sentía aliviada?».

Él esbozó una sonrisa arrogante.

—Yo diría que la práctica es lo que mejor se me da. —Soltó su muñeca para atraerla de la cintura.

¿Qué pasaría si ella en aquel momento le aclarara… que además tenía buena puntería? Se ruborizó con solo pensarlo.

—Tienes las manos muy largas —dijo en su lugar, intentando que su cuerpo entendiera que no podía disfrutar del contacto.

Él la miraba como si de repente estuviera hipnotizado con su rostro.

—¿Nos hemos visto antes, Caitlyn? —preguntó, clavando sus ojos en los de ella.

A la chica se le secó la garganta y solo pudo tragar saliva.

—¿De qué te conozco? —insistió.

Aquello la enfureció. Sí, era más seguro que él no la hubiera reconocido, pero al mismo tiempo no podía evitar que eso le molestara mucho. Y para mayor desgracia, no podía saber si su sensación de conocerla era por la mujer que era en aquella fiesta o por ser la hermana del que fuera su amigo. En ambos casos… iba disfrazada de quien no era. Tocaba seguir mintiendo.

—¿No crees que recordaría haberte conocido? —declaró, intentando sonar sincera.

Él la contempló aún con mayor intensidad.

—¿Porque soy inolvidable? —Sonrió.

—Claro, y humilde.

La carcajada de Devlin no se hizo esperar, y aquello transformó su hermoso rostro en algo aún más peligroso. Su sonrisa iluminó sus facciones con un atractivo arrebatador, y Caitlyn sintió que el suelo bajo sus pies parecía tambalearse.

—Admito que la modestia nunca ha sido mi punto fuerte —repuso con un destello travieso en la mirada, sin soltarla todavía.

El calor de su mano en su cintura era una quemadura latente, una corriente eléctrica que su piel reconocía demasiado bien. Caitlyn apretó los labios, obligándose a mantener la compostura, a no dejarse arrastrar por aquella voz aterciopelada que amenazaba con desarmarla por completo.

—Sí, lo imagino —respondió con fingida indiferencia, intentando apartarse, pero él no se movió.

Devlin ladeó la cabeza, estudiándola con una intensidad que la hizo contener el aliento.

—Voy a preguntártelo de nuevo —susurró, usando un tono más grave, más bajo—. ¿Nos hemos visto antes?

Caitlyn sintió que su corazón daba un vuelco. La pregunta le taladró el pecho. Claro que sí. Claro que la había visto antes. La había tenido entre sus brazos, la había besado hasta hacerla temblar, había sido suya de una forma en la que nunca sería de nadie más…

…pero él no lo recordaba.

Y aquello dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—No, jamás te había visto antes —mintió alto y claro.

Devlin entrecerró los ojos, como si midiera la verdad en su voz y algo en ella lo inquietara; pero tras un momento de tensa evaluación, su sonrisa volvió a asomar con esa mezcla de diversión y desafío.

—Entonces tendré que asegurarme de que a partir de ahora no me olvides.

Y su tono era tan peligroso como la chispa que crepitaba entre ellos.

—Tienes demasiada confianza en tu encanto, McAllister —replicó, elevando la barbilla con fingida seguridad.

—¿Tú crees? —Rozó la nariz con la suya—. Vamos a comprobar si… tengo motivos.

En contra de su voluntad, a Caitlyn se le escapó un gemido de anticipación.

Él sonrió y habló casi sobre sus labios:

—Aún no hice nada, imagina cuando lo haga —musitó—, y voy a hacerlo, Caitlyn, en este preciso instante.

Aquellas palabras encendieron un torbellino en su interior, una tempestad de emociones que se agitó en su pecho con la misma intensidad que el fuego del fénix en su espalda. El aire se volvió denso, cargado de una energía que no podía nombrar, pero que ardía en cada fibra de su ser.

Un escalofrío le recorrió la piel mientras su pulso se aceleraba. Entonces lo sintió: el tatuaje vibró, cobrando vida con un fulgor latente, como si respondiera a una llamada silenciosa. El fuego del fénix ardía en sintonía con el caos que Devlin había desatado dentro de ella.

Querría haber sido capaz de poner distancia, pero su cuerpo hacía rato que no obedecía ninguna orden impuesta desde su cerebro.

Apretó los labios, negándose por un instante a sucumbir a aquella tormenta que la consumía por dentro, pero era inútil. Su cuerpo lo reconocía antes que su mente estuviera dispuesta a aceptarlo, y se moría de ganas de saborearlo a conciencia.

—Esto es… —susurró, intentando protestar.

—Inevitable —terminó Devlin por ella, con una voz de ultratumba que la envolvió como un hechizo.

Un latido después, su boca atrapó la de Caitlyn, arrebatándole el aliento y cualquier intento de resistencia, y el mundo pareció desvanecerse a su alrededor, reducido al ardor de sus labios, al fuego que prendió en su piel.

Por suerte o por desgracia, no tuvieron oportunidad de llevar aquel beso más lejos. Justo en ese instante, la puerta de acceso a las escaleras se abrió y el dueño del chihuahua del día anterior apareció con la misma naturalidad de quien entra en una panadería abarrotada.

—Uy, no esperaba tanta gente por aquí —comentó con una sonrisilla, sosteniendo al diminuto perro bajo el brazo.

Caitlyn soltó el aire con un suspiro brusco y se apartó con torpeza, horrorizada y avergonzada por su propia actitud.

—A mí tampoco me ha hecho especial ilusión verle —gruñó Devlin, cruzándose de brazos con evidente fastidio.

El tipo los miró con sorna y señaló con un gesto vago hacia arriba.

—Hay un montón de habitaciones bien cerca —replicó con un tono seco, antes de pasar junto a ellos y comenzar a subir con paso pausado, la cabeza bien alta y una sonrisa satisfecha.

—Cuidado no tropiece —repuso Devlin con fingida cordialidad.

Apenas terminó de decirlo, el tipo trastabilló en el primer escalón y casi besa el suelo, salvándose por poco al aferrarse a la barandilla.

Caitlyn le lanzó una mirada fulminante a Devlin, convencida de que no había sido una simple coincidencia.

—¿Qué? —se defendió él con una expresión descarada de inocencia.

—¿Y tú pretendes que ponga a mi hija en tus manos? —interrogó, intentando olvidar todo lo sucedido antes de la interrupción.

Devlin ni siquiera trató de negarlo. En lugar de eso, esbozó una media sonrisa canalla que estuvo a punto de hacerla sonreír a ella también.

—Mejor regresemos a lo importante.

—No.

—Oh, claro que sí. —Avanzó hacia ella.

Caitlyn dio un paso atrás de inmediato.

—¿Sigues pensando… que tengo exceso de confianza?

—Sigo pensando que eres un prepotente —corrigió, con el pulso acelerado—, y que lo único que quiero de ti es que te mantengas lejos.

Devlin ladeó la cabeza, analizándola con ojos afilados.

—No me ha parecido eso hace un momento —murmuró, bajando la mirada a sus labios—. Si no nos hubieran interrumpido…

—¡No habría pasado nada! —mintió con descaro.

Pero el fuego en su espalda, el deseo en su pelvis y la tormenta en su pecho contaban una historia muy distinta.

Dio media vuelta y comenzó a subir las escaleras sin darle oportunidad de replicar.

—Y ni se te ocurra hacerme tropezar —le advirtió sin mirarlo.

Detrás de ella, Devlin sonrió, dejando que su mirada la recorriera sin prisa. Aquella mujer lo fascinaba de todas las maneras posibles y despertaba en él impulsos que no solía permitirse. No podía evitar el juego, las insinuaciones… ni contener el deseo feroz de atraparla entre sus brazos y llevarla al límite hasta verla rendirse ante él. ¿Qué demonios tenía aquella mujer para provocarlo así?

Era muy hermosa, eso era evidente, pero…

«Joder, con eso me quedo corto», interrumpió el hilo de sus propios pensamientos. Tenía una belleza indómita, casi etérea, como si perteneciera tanto al mundo real como a un reino de leyendas. Sus ojos, de un azul profundo e hipnótico, parecían contener el eco de tormentas lejanas y secretos olvidados; y su porte, elegante pero feroz, dejaba claro que era una mujer acostumbrada a luchar contra el destino… y a desafiarlo, tal y como lo había desafiado a él, sin importarle quién fuera.

Recordó el instante en el que la había tenido frente a él en el vestíbulo, con aquellos increíbles ojos echando fuego de pura furia. Por suerte, había podido distraerse un poco charlando con la niña, o era posible que se hubiera quedado sin palabras al tenerla frente a sí.

Aquel hilo de pensamientos le borraron la sonrisa y una sombra de inquietud cruzó su rostro. La deseaba con una intensidad que le sorprendía y le resultaba peligrosa. Solo había sentido algo así una vez en su vida… y aún pagaba las consecuencias. Más le valía mantenerse lejos de ella.

Si era capaz de lograrlo…, aún estaba por verse.

Capítulo 9

Keira llevaba largo rato observando de reojo cómo Caitlyn paseaba por la suite con un gesto ausente, sumida en sus pensamientos. Annabella jugaba con sus hadas mientras no paraba de hablar de Devlin McAllister y de todo lo sucedido en la playa, en el camino de vuelta, con la esfera, en el vestíbulo…; por fortuna para Keira, porque su amiga parecía hermética con respecto a todo lo sucedido.

—Anna, ¿puedes cambiar de tema un rato, por favor? —rogó Caitlyn cuando salió de sus pensamientos solo para volver a escuchar cómo él había hecho apartar las enormes ramas de aquel árbol solo con mirarlas.

—A mami no le cae muy bien —le confió Annabella a Keira en un susurro confidente.

—¿Por qué será? —interrogó Keira divertida frente al gesto irritado de la velkana.

—No lo sé —la niña se encogió de hombros—, él la ha ayudado mucho, ¿sabes? Cuando subíamos desde la playa, él apartaba todas las piedras y las ramas del camino para que mamá no se tropezara. Como ella no veía…

—Qué detalle —opinó Keira.

Caitlyn desconocía aquello y miró a su hija un tanto sorprendida.

—Cuéntame otra vez cuando la cogió en brazos —pidió Keira, y recibió un cojinazo que le arrancó una carcajada—. Me he perdido toda la diversión, deja que me ponga al día.

Annabella también rio.

—Ha apartado la rama del árbol grande ¡con su mente! —insistió por al menos quinta vez—. ¡Ha sido una pasada!

—Vaya, ya estoy deseando volver a verlo —contó Keira—. Lo conocí cuando era una adolescente, ¿sabes?

La niña aplaudió.

—Y casi me desmayo de la impresión —murmuró, y miró a Caitlyn con picardía—. ¿Sigue… causando desmayos?

—A mí no —se apresuró a decir—. Será a ti, que eres muy impresionable.

—Pues ya estoy deseando averiguarlo —suspiró y declaró—: Guau, está aquí Devlin McAllister, es…

—Una pesadilla con patas.

Keira soltó una carcajada.

—No era lo que iba a decir.

—Sí, ya, pero lo que leo en tu expresión no está destinado a oídos tiernos. —Señaló a su hija.

—¿Quieres que lea lo que dice la tuya? —se burló—, porque estás muy colorada, *amigui*, ¿tienes calor?

—Tengo hambre —cambió de tema, pero se apresuró a aclarar —, ¡de comida, eh!

La carcajada de Keira le arrancó una inevitable sonrisa a Caitlyn. Estaba preocupada y se sentía un poco culpable por estar ocultándole tanto a Keira, pero era necesario. Aún no sabía qué iba a hacer, necesitaba la noche para pensar, mucho se temía que no iba a dormir nada.

—Supongo que la comida no tardará en llegar —repuso Keira, que había sido la responsable de pedirla—. Y he encargado suficiente para cinco —dijo como si hablara del tiempo, pero a Caitlyn no le pasó desapercibido.

—¿Para cinco? —La miró con extrañeza—. ¿Se apuntan Joss y Selena a cenar aquí?

—Eh…, no… —titubeó—, Joss quiere sorprenderla con una cena romántica —contó con cierto anhelo—. Ay, yo quiero un hombre que me mire como él mira a Selena.

—Keira, ¿quién…?

—En realidad —interrumpió—, quiero un hombre que me eche el polvo que viene después de una mirada así

—¿Estás evitando responderme?

—No, ¿por?

—¡Porque no me respondes! —se exasperó.

—¿Cuál era la pregunta? —sonrió.

Caitlyn la miró con el ceño fruncido y una extraña corazonada, y su amiga le devolvió una sonrisa demasiado culpable. Unos golpes a la puerta hicieron las explicaciones innecesarias.

—¡¿Qué has hecho, Keira?! —se quejó Caitlyn, con el corazón ya a mil.

Su amiga ya no se hizo la tonta.

—Lo siento, pero mi abuela se puso muy pesada —susurró, yendo ya hacia la puerta—. Dice que tenéis que hablar y limar asperezas.

Caitlyn miró a su alrededor mordiéndose los labios con nerviosismo. La suite era amplia, pero la salita y la propia alcoba solo estaban separadas por uno de los sofás, algo que jamás le había preocupado, pero que en aquel momento le atacaba los nervios.

—Yo no quiero limar nada con ese… ese…

«Ay, Dios», se le escapó cuando divisó un sujetador sobre el respaldo del sofá. Corrió hasta él, lo tomó en sus manos… y solo pudo guardárselo a la espalda cuando Keira abrió la puerta y Davina y Devlin entraron en la suite.

Él posó sus ojos en ella nada más traspasar el umbral, y Caitlyn estuvo segura de que a la fuerza debía notársele el acaloramiento.

«Hay cuatro personas más en la suite», tuvo que recordarse. Aquello no era como recibir a Dev a solas, pero no podía evitar sentirse muy extraña e intimidada. Y estar escondiendo un sujetador tampoco ayudaba.

Annabella corrió hasta Devlin, él la tomó en brazos y Caitlyn suspiró abatida.

«Pues va a ser verdad eso de que la sangre llama».

Después, miró de reojo cómo él saludaba a Keira, con la que intercambiaba unas palabras cordiales, a las que Caitlyn no prestó atención porque estaba concentrada intentando deshacerse con discreción de la prenda íntima que escondía. Lo lógico habría sido caminar hasta el armario y guardarla, pero… por alguna razón, la lógica se esfumaba en cuanto él estaba cerca. Para demostrarlo, en un arrebato de brillantez muy cuestionable, hizo lo más absurdo que

se le podía ocurrir: aprovechó un momento de distracción y deslizó el sujetador detrás de uno de los cojines del sofá.

—Espero que no te moleste la encerrona, Caitlyn —comenzó diciendo Davina—, pero considero que…

—Espera —interrumpió Devlin—, ¿ella no sabía que veníamos a cenar?

Davina sonó algo preocupada.

—No, aunque espero que no haya problema.

Todos miraron hacia Caitlyn.

«Sujetador, ¿qué sujetador?», fue lo primero qué resonó en su cabeza.

—¿Caitlyn?

La chica acabó carraspeando buscando reponerse un poco. Le había parecido entender que con él tampoco habían sido del todo sinceras, y eso la ayudó.

—Me habría gustado saberlo… —empezó diciendo— para poder recoger un poco. —Señaló los juguetes de la niña, que estaban regados por todas partes, y acarició el cojín del sofá con una sonrisa tensa.

Comportarse con normalidad era una tarea titánica. Para colmo, Keira, a espaldas de su abuela y del propio Devlin, hacía aspavientos exagerados y se llevaba ahora la mano al pecho fingiendo desmayarse. Caitlyn no sabía si reír o salir corriendo sin mirar atrás. Entre unas cosas y otras, solo esperaba no ser ella la que se terminara desplomando.

—Sentaos —se vio obligada a decir, y señaló el sofá. Abatida, soltó un improperio para sí cuando Devlin escogió justo el lado del cojín de marras.

«Dios, esto es una pesadilla».

—Disculpadme un momento —se excusó—, tengo alguna silla más en la terraza.

Casi corrió afuera buscando un respiro, y resopló con fuerza nada más salir.

—Estoy de acuerdo —rio Keira yendo tras ella—. Por el amor de Dios, ¡qué despliegue de medios! ¿Cómo se puede estar tan bueno?

Lo recordaba sexi que te mueres, pero… ¡guau!, este es otro nivel. Los años le han sentado genial.

Sí, aquello era indiscutible. Caitlyn suspiró abatida.

—Si estuviera en tu lugar, yo también suspiraría —insistió Keira.

—¿En mi lugar por qué? —interrogó irritada.

—Tienes que… limar asperezas —sonrió, arqueando las cejas—. Solo de pensarlo…

—Keira, no me pongas más nerviosa —rogó.

—Así que admites que estás nerviosa.

«Si yo te contara mis motivos…», pensó Caitlyn.

—Es el puñetero… como se llame de los sahires, y está sentado en mi salita.

—Khalif —aclaró Keira—, pero puedes llamarlo príncipe —la miró con picardía— y decirle sí a todo.

Caitlyn dejó escapar un improperio mientras luchaba contra el calor.

—Lima asperezas, Caitlyn, todas las que puedas —soltó una carcajada al verla abanicarse—, es evidente que él está dispuesto.

«No preguntes, no necesitas saber que…».

—¿Por qué piensas eso? —se amonestó, pero aguardó la respuesta.

Keira la observó ahora con evidente picardía.

—Por cómo te ha mirado al entrar.

—¿A mí?

—Es imposible que no te hayas dado cuenta —declaró su amiga.

«Dichoso sujetador…, me lo he perdido».

—¡No digas tonterías! —se exaltó. Sería mejor no escuchar nada más, alas era lo último que su libido necesitaba—. Coge esa silla y acabemos cuanto antes.

Ambas regresaron a la salita y tomaron asiento cada una en una silla. Caitlyn era incapaz de comportarse con normalidad. No podía mirar a Devlin, no sabía qué decir y, por desgracia, su cuerpo iba por libre y se deleitaba con las vistas de un modo desproporcionado y vergonzoso.

Mierda, el fénix también disfrutaba de la visión… y comenzaba a cosquillear. ¿Podría sufrir uno de sus trances estando él en la

habitación? Por Dios, ¡aquello sería el mayor de los bochornos! Si tenía que correr al baño para… para…

—Caitlyn, ¿te encuentras bien? —interrogó Davina con un gesto preocupado.

Se limitó a asentir.

—Si prefieres que bajemos a cenar al restaurante… —propuso.

—No, desde hace un tiempo solemos hacer las comidas aquí —miró a la niña y casi susurró—, en el salón hay demasiada gente.

Todos entendieron a qué se refería sin tener que decirlo.

—¿Y cómo lo lleva en la guardería? —se interesó Davina ahora.

—No está yendo —confesó, sin mirar a Devlin—. He pedido una excedencia en la universidad para quedarme con ella.

Keira la miró asombrada. Caitlyn era licenciada en Literatura y hasta ahora impartía clases dos días por semana en la universidad de Aberdeen.

—¿Crees que era necesario?

—Con lo que me paga la editorial por las correcciones vivo bien. —Se encogió de hombros mientras sentía los ojos de Devlin clavados en ella.

—Pero te encanta enseñar —se lamentó Keira

—Sí, pero… —tragó saliva, cada vez más nerviosa— Anna es mi prioridad. No puedo seguir dejándola con Selena, ella también tiene mucho que hacer, y… bueno…

—¿Y todavía te planteas rechazar mi ayuda? —inquirió Devlin en un tono ácido—. ¿Cuánto tiempo crees que podrás vivir así?

Caitlyn suspiró. Sí, aquella era una pregunta clave, pero le molestaba que él la planteara.

—Cuando crezca un poco, será diferente —declaró, intentando no sonar irritada.

—Te aseguro que eso no funciona así —puntualizó Devlin—. O pones las bases ahora, o te enfrentarás a un problema mucho mayor de aquí a unos años.

—Eso no lo sabes, quizá…

—¿Qué? ¿Crees que dejará de usar su telequinesis cuando pase un tiempo? ¿Que se cansará? —inquirió—. Todos sus dones forman parte de su naturaleza, Caitlyn, y no tardará en normalizarlo.

Debemos enseñarla a controlarlos y, sobre todo, hay que educarla para que los use con prudencia, o Davina no tardará en tener que intervenir.

Caitlyn miró a la mujer con inquietud. Había algo que deseaba preguntarle desde el día anterior, pero no quería que su hija estuviera presente.

—Keira, ¿te ha enseñado Annabella lo bien que huele su nueva colonia?

Su amiga se puso en pie con rapidez y miró a la niña:

—¡¿Tienes una nueva colonia?!

—¡Sí!

—¿Y huele rico?

—Mamá casi me come el otro día —rio la pequeña.

Y ambas salieron corriendo hacia el cuarto de baño.

En cuanto se aseguró de que la niña ya no la escuchaba, miró a Davina.

—Ayer le dijiste a Anna que, si no usaba bien sus dones, podías retirárselos, ¿es cierto?

—No te preocupes, eso sería en un caso extremo —contó la mujer—, hay que hacer algo muy gordo para…

—Pero ¿puedes? —insistió—. Como guardiana, ¿tienes esa habilidad?

—Sí, claro —confirmó—, pero que…

Devlin intervino con voz baja, peligrosa.

—Espero que ni por un segundo se te haya pasado por la cabeza pedirle algo así —replicó.

Caitlyn lo miró y levantó el mentón con un gesto obstinado.

—No estoy hablando contigo.

La expresión de Devlin se endureció, oscureciéndose con una mezcla de incredulidad y rabia contenida. Davina miró ahora también a Caitlyn con una expresión de angustia.

—Solo quiero conocer las opciones —expuso Caitlyn.

—¡Esa no es una opción! —se reiteró Devlin, y se puso en pie. Apretó la mandíbula y clavó una mirada muy dura en ella, como si la sola idea le resultara aborrecible. Caitlyn tragó saliva y se levantó

también, sintiendo que su pecho se encogía bajo el peso de aquella mirada.

—No es algo que me plantearía a la ligera, por supuesto, pero…

—Pero nada, Caitlyn, el simple pensamiento es inhumano. —Apretó los dientes.

—Solo quiero mantenerla a salvo —declaró con ardor—, que tenga una vida sencilla, sin miedos, sin riesgos.

—¿Y te has parado a pensar en lo que significaría para ella? —le recriminó—. Estamos hablando de su esencia, de lo que es, perderlo sería como arrancarle un pedazo de su alma.

Caitlyn lo miró asombrada, al borde del llanto. En aquel momento él la miraba como si estuviera viendo un monstruo.

—Yo solo quiero que sea una niña normal —repuso abatida.

—¿Normal? —rio sin un ápice de humor, con sus ojos verdes ardiendo de indignación—. ¿Y por qué carajos querrías algo así? ¡Tu hija es una niña extraordinaria!

—Ser extraordinaria no siempre es bueno, Devlin —opinó—. A veces, solo significa peligro.

—¿Peligro? —Él dio un paso hacia ella con cada músculo de su cuerpo tenso—. Lo único peligroso aquí es que le arrebates lo que es y la condenes a vivir a medias porque tú tienes miedo.

—¡Sí, tengo miedo! —explotó, incapaz de contenerlo más—. ¿Cómo no iba a tenerlo? No quiero que Annabella viva con el peso de algo que no pidió, escondida, sufriendo cada día, convertida en un blanco solo por haber nacido con un don que no puede controlar.

«¡No quiero que mi hija viva como yo!», afloró a sus labios, pero contuvo las palabras.

Devlin negó con la cabeza.

—Lo que más la haría sufrir sería que la obligaras a reprimir su verdadera naturaleza —aseguró locuaz—. ¿Quieres protegerla? Entonces ayúdala a comprender quién es, no le robes la oportunidad de serlo.

El pecho de Caitlyn subía y bajaba con la respiración agitada. Quería discutir, quería insistir en que ella solo intentaba hacer lo mejor para su hija, pero algo en la fiereza de Devlin, en la certeza con la que hablaba, la desarmó.

Y, en el fondo, una voz en su interior le susurró que quizá… quizá él llevaba razón. Su hija no tenía por qué vivir como ella, asustada y odiando lo que era, y si Devlin podía darle una oportunidad, estaba dispuesta a colaborar, aunque aquello fuera su perdición personal.

—Vale —acabó cediendo, sin ser consciente de que había dejado correr sus lágrimas—, ¿y qué sugieres?

Él la miraba ahora desconcertado frente a su gesto de dolor y desespero.

—Déjame ayudarla —rogó—. Prometo tenerte en cuenta para todo.

—Sí, ya, qué risa —suspiró Caitlyn.

Devlin sonrió.

—*Intentaré*… tenerte en cuenta para todo —se rectificó, y la miró a los ojos—. ¿Mejor?

—Sigue siendo poco creíble, pero no tengo muchas más opciones.

«Acabaré volviéndome loca del todo», se lamentó, pero se lo debía a su hija.

—¿Y cómo quieres hacerlo? —insistió.

«En todas las posturas», leyó en su expresión pícara sin ninguna duda.

—¡Con el entrenamiento! —se apresuró a apostillar, y lo vio sonreír con total claridad—. Te advierto que tengo condiciones.

—Sí, puedo imaginarlas.

Davina carraspeó con fuerza para ganarse su atención.

—Caitlyn, vivir en un hotel no sé si es la mejor opción —expuso ahora—. Hay demasiada gente por todas partes, ¿te has planteado mudarte?

La chica asintió.

—He hablado con mi padre y mi hermano —confesó, y se tensó un poco más—, ambos insisten en que regrese a casa.

—¿Y vas a aceptar? —interrogó Devlin.

Hablar de su familia frente a él no era nada fácil.

—Será lo mejor, viven en Edimburgo.

—Genial, yo también.

—Pero a mi padre le dará un *chungo* si pones un pie en mi casa —declaró.

—Nos veremos fuera —propuso—, los velkanos tampoco sois mis personas favoritas.

Caitlyn lo miró con sarcasmo. Sí, aquello era lo que buscaba. Él no tenía por qué ponerle cara a su familia.

—No puedo irme de inmediato —expuso Caitlyn ahora, mirando a su alrededor—. Necesitaré un par de días para organizarlo todo y recoger aquí.

—Trabajaré con Annabella mientras tanto —carraspeó—, siempre y cuando estés de acuerdo.

Sonrió y Caitlyn lo miró con el corazón acelerado. La decisión estaba tomada, pero el miedo era cada vez más acuciante. ¿Estaría a tiempo de cavar un hoyo hacia abajo hasta aparecer en Madagascar?

Annabella entró corriendo de nuevo en la salita y Keira llegó tras ella.

—Se me ha escapado —se excusó la chica—, es muy rápida.

La niña llegó hasta Devlin y se lanzó en sus brazos. Él la izó del suelo.

—Tengo hambre, ¿ya ha venido la cena?

—Aún no, y yo estoy a punto… de empezar a comer niñas —fingió morderla y Annabella gritó al tiempo que reía a carcajadas.

Caitlyn no podía evitar mirarlos reír con el corazón dolorido. Les estaba robando demasiado. Dios, aquello no iba a salir bien.

Abatida, tragó saliva y apartó la mirada, y entonces se topó con los ojos de Davina, que la observaba con atención.

—Eh…, ¿pasa algo?

La mujer le brindó una enigmática sonrisa, pero no contestó. Keira llegó hasta ellas y susurró solo para su amiga.

—Podemos amordazarlo para que no sonría —propuso—. Debería estar prohibido tener una sonrisa así, ¿verdad?

Sin pretenderlo, Caitlyn soltó un suspiro y asintió, y fue consciente solo cuando escuchó reír a su amiga, a la que hizo amago de pegarle.

—Salvada por la campana —rio Keira cuando llamaron a la puerta, y corrió a abrir.

¿Y no podría aquella campana teletransportarla a ella al culo del mundo?, se lamentó Caitlyn, viendo cómo padre e hija seguían riendo juntos, ajenos a la tormenta que se agitaba en su interior. Sintió un nudo en la garganta. Era demasiado. Demasiado perfecto, demasiado natural, demasiado doloroso, porque… no importaba cuánto intentara convencerse de que estaba haciendo lo correcto, la verdad seguía golpeándola como un mazo: les estaba arrebatando algo irremplazable. Algo que, por mucho que intentara ignorarlo, le dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Davina seguía observándola con esa expresión de quien lo sabe todo sin necesidad de palabras. Caitlyn desvió la mirada, incómoda, justo cuando Keira regresó con la cena.

—¿Podemos disfrutar de la comida sin que a ninguno se nos indigeste, por favor? —interrogó Keira en un tono divertido.

Su abuela la mató con la mirada, y Caitlyn estuvo a punto de reír.

—Sí, escojamos un tema sin controversia —intervino Devlin, y parecía divertido—. Killian Lockwood, por ejemplo.

Caitlyn no pudo evitar sonreír frente al gesto tunante de Devlin y el entrecejo fruncido de su amiga.

—Me caías mejor hace solo segundo y medio —afirmó Keira, mirando al sahir, que no pudo evitar reír.

—¿Y eso? Tu prometido debería ser un buen tema de conversación —insistió Devlin sin poder disimular su diversión.

—Exprometido —replicó Keira ahora—. Como sin duda sabes.

—Ah, es verdad, se me olvidaba ese pequeño detalle.

Caitlyn miraba el ceño fruncido de su amiga, intentando averiguar cuánta de la molestia que se leía en sus ojos era real y cuánta fingida. Para Keira, aquel compromiso había sido un verdadero dolor de cabeza toda su vida, puesto que estaba prometida a Killian Lockwood desde la cuna, algo que sonaba absurdo en aquellos tiempos, pero que, al parecer, los guardianes seguían llevando a cabo. Hacía solo un par de meses que Davina

había llegado a un acuerdo con su nieta para romper aquel compromiso si ella accedía a aceptar su legado como guardiana.

—Pues graba el *EX* en tu mente bien grande —sonrió Keira.

Era evidente que Davina estaba muy incómoda con el tema y Caitlyn sintió alegrarse, pero era un alivio que por unos instantes nada girase en torno a ella

—Algo parecido dijo él.

—¿Cuándo? —Keira lo observó confusa.

—Cuando se enteró de la ruptura del compromiso —contó Devlin—. Yo estaba con él.

Keira parecía algo cortada ahora.

—Ah, genial, así que lo encajó bien.

—Insistió en salir a celebrarlo esa noche —declaró—. ¿Me pasas el pan?

Caitlyn vio cómo su amiga apretaba los dientes, no necesitaba su don empático para darse cuenta de que aquel comentario no había sido de su agrado, y estaba segura de que Devlin también lo sabía, algo que le resultó muy curioso. Ojalá tuviera la confianza suficiente como para preguntarle… Ojalá…

No, en su vida no había espacio para un solo ojalá.

Capítulo 10

Contra todo pronóstico, la cena transcurrió sin incidentes. Annabella se encargó de mantener el ambiente animado, pero Caitlyn no podía evitar que su mirada se desviara hacia Devlin más veces de las que debería. Para su desgracia, cada vez que lo hacía, se encontraba con sus ojos verdes clavados en ella, como si la estuviera esperando. ¿Es que él no le quitaba ojo? ¿Cómo era posible que la cazara siempre? Para colmo, cada vez que lo miraba le parecía más guapo, más sexi, más… ¡todo! Aquello empezaba a rozar la tortura.

Cuando casi estaban acabando con el postre, Caitlyn anhelaba ya con todas sus fuerzas quedarse a solas para respirar y relajarse un poco, pero el universo parecía confabular en su contra y todo iba a peor. Davina recibió una llamada y, tras disculparse, salió a la terraza para atenderla, y apenas un minuto después, exigió la presencia de Keira con un gesto inapelable…

…y así, de repente, Caitlyn se encontró en la habitación con Devlin, frente a frente. Por fortuna, su hija también estaba allí.

«Qué estampa de familia más bonita», ironizó su cerebro sin remedio, y torció el gesto, de repente irritada. ¿Por qué no podían irse todos ya a hacer sus malditas vidas y dejarlas en paz? ¡Estaba saturada!

—¿Por qué no me enseñas lo que puedes hacer, Annabella? —le pidió Devlin a la pequeña.

La niña lo miró encantada, pero Caitlyn torció el gesto.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Devlin—. ¿Te parece mal?

¿Cómo le decía que lo que la inquietaba era estar a solas con él? Y era muy consciente de que su carácter no era el más halagüeño en aquel momento. Optó por admitir la verdad a medias.

—Aún no me acostumbro a que mi hija sea tratada como una atracción de feria —protestó.

Devlin la miró con una mezcla de irritación y asombro.

—¿Qué problema tienes tú con los dones? —interrogó ahora, con más curiosidad que molestia.

Ella apretó los dientes.

—Mi hermana Airys me contó que odias usar tu don empático —insistió.

Aquello la sorprendió. ¿Habían estado hablando sobre ella?

—Tu hermana debería meterse en sus asuntos —protestó casi por inercia—, y no estar hablando de los demás.

Un suspiro de hastío salió de labios de Devlin, y Annabella llegó corriendo hasta ellos con sus hadas preferidas para calmar los ánimos.

—Son preciosas —Devlin arqueó una ceja—, ¿vuelan?

—¡Claro! —declaró la niña en un tono pícaro.

—Muéstrame cómo —pidió el chico.

La pequeña se alejó un metro con un hada en cada mano y tomó aire con emoción contenida. Sujetó ambas figuras por encima de su cabeza.

—Ahí voy.

Un halo de expectación vibró en el ambiente antes de que la primera hada comenzara a elevarse. Después, la segunda le hizo compañía y ambas flotaron en el aire durante unos segundos.

—Muy bien —aplaudió Devlin—, eso ha sido…

Calló cuando las figuras comenzaron a volar en el aire igual que si estuvieran vivas. Annabella movía las manos, muy concentrada, y las impulsaba ahora en círculos como si giraran en torno a ella haciendo un pequeño y armonioso baile aéreo.

Devlin observaba ahora en absoluto silencio, con una expresión mezcla fascinación e incredulidad. Había visto niños precoces, él mismo lo fue, pero… aquello…

—Joder —murmuró casi con la boca abierta—, eso es… impresionante.

Caitlyn lo miró con una mezcla de sorpresa y orgullo.

—Pareces muy asombrado.

Él no podía apartar los ojos de la pequeña.

—¿Desde cuándo puede hacer cosas así?

—Le regalé esas hadas en su cumpleaños —contó Caitlyn—, y las puso en movimiento nada más abrir el paquete.

—¡Venga ya!

—Te lo juro —repuso Caitlyn—, ¿tan raro es?

—¿Ese nivel de control y precisión con cuatro años? —sonrió maravillado—. ¡Joder, es lo más alucinante que he visto nunca! Si me apuras, era mucho más normal lo de esa ola, que solo demostraba su enorme fuerza desbordada, pero esto… ¡Guau!

Annabella esbozó una sonrisa, encantada con el elogio, y decidió intentar algo más. Alzó las manos con más confianza y las hadas comenzaron a girar en espirales más grandes, trazando pequeños destellos en el aire.

—¡Mira esto! —exclamó divertida, moviendo los deditos para hacerlas girar más rápido.

—Ay, Dios… —murmuró Caitlyn presintiendo el desastre.

En su entusiasmo, la pequeña no notó cómo el fulgor a su alrededor se intensificaba demasiado. El control preciso que había mostrado comenzó a tambalearse cuando una de las hadas viró en la dirección equivocada y, con un destello de energía descontrolada, salió disparada hacia un aparador cercano.

Un segundo después, el estruendo de un jarrón haciéndose añicos llenó la estancia.

Annabella se llevó las manos a la boca, con sus ojos muy abiertos.

—¡*Ups*!

Devlin soltó una carcajada mientras Caitlyn dejaba escapar un suspiro de resignación.

—No voy a ganar para pagar destrozos —se lamentó, y miró a Devlin—. ¿Podrías no reírle las gracias?

La pequeña se entretuvo en recuperar sus hadas mientras Caitlyn contaba:

—Siempre terminamos así.

—Es que los aterrizajes son difíciles —bromeó Devlin—. Y me gustaría decirte que eso va a cambiar en breve…

—Ahórrate el pero, prefiero no saberlo.

Él volvió a reír y Caitlyn estuvo a punto de pedirle que se ahorrara también la risa, que la mataba por completo.

—Jamás he visto nada parecido —insistió él ahora.

—¿En serio?

—Sí, es algo insólito siendo tan pequeña —contó—, pero eso no hace el aprendizaje más fácil. Cuanta más energía, más sencillo es descontrolarse.

La niña llegó hasta ellos con un hada en cada mano y un gesto mezcla inocencia y culpa.

—Lo siento, mami, ahora Selena sí que nos va a echar del hotel —suspiró—. A lo mejor acabamos viviendo debajo de un puente como el perrito de *La Dama y el Vagabundo*.

Devlin rio de nuevo, pero recibió una expresión de regaño por parte de Caitlyn, que lo silenció al momento, aunque tuvo que taparse la boca para lograrlo del todo.

—Espero que no lleguemos a eso, Anna —declaró Caitlyn—, pero tienes que controlar tanta emoción.

—Es que… —se acercó a susurrarle al oído a su madre— quería que él me viera…

A Caitlyn se le llenaron los ojos de lágrimas sin remedio. Quería impresionar a su padre…, ¿había algo más dulce, natural y bonito que aquello? Era demasiado duro callar tantas cosas. Tuvo que parpadear con fuerza para alejar las lágrimas.

—Yo me haré cargo del jarrón —repuso Devlin—. Ha merecido la pena por ver volar esas hadas.

La niña lo miró emocionada.

—No le des alas —rogó Caitlyn con una sonrisa—, a no ser que estés dispuesto a hacerte cargo de todos los destrozos a partir de ahora.

«Ya que te ahorras la manutención…», susurró para su conciencia.

—¿También puedes pagar el cojín? —interrogó Annabella con curiosidad.

—¿Qué cojín?

—Eh… —la pequeña miró a su madre con cierta reticencia.

—Ahora cuéntale —sugirió Caitlyn—, a ver qué le parece.

La niña lo meditó muy seria.

—A ver…, un suponer… —comenzó diciendo, y aquello ya le arrancó una sonrisa a Devlin—. Si hubiera lanzado un cojín al patio por accidente mientras intentaba darle un paseíto a Daisy, ¿sería muy malo?

Devlin miró de una a otra con un gesto interrogante.

—Depende, ¿quién es Daisy?

La niña señaló a la muñeca que estaba en el sofá.

—No lo sé —carraspeó el chico—. ¿Daisy se ha divertido?

—¡Muchísimo! Pero el señor del perro… no sé si tanto.

Devlin frunció el ceño.

—¿Uno con un chiguagua? —La pequeña asintió—. Entonces no hay problema, no me cae nada bien ese señor.

Caitlyn se ruborizó cuando él clavó una mirada maliciosa sobre ella.

—Pero a ver si estoy entendiendo bien —insistió Devlin—, ¿has hecho volar un cojín con la muñeca encima?

La niña asintió.

—¿Qué tipo de cojín? —la miró con asombro de nuevo—, ¿uno muy pequeño?

Annabella señaló sobre el sofá el compañero del cojín perdido, que estaba a espaldas de Devlin y tenía un tamaño considerable.

—¡Eso quiero verlo! —exclamó impresionado, y se hizo a un lado para dejarle espacio.

—No, no, no —se puso Caitlyn en pie a la velocidad del rayo, recordando que aquel cojín era mejor no moverlo.

—Puedo hacerlo, mami.

—Pero… es que…

No le dio tiempo a encontrar una excusa. Cuando quiso darse cuenta, el cojín volaba por la habitación con una de las haditas sobre él, dejando a la vista… algo que era evidente que nunca debió esconder detrás.

—¡Guau! —repuso Devlin—, ese cojín pesa. ¿Puedes traerlo hasta mí?

La niña asintió, resultaba muy tierno mirarla mientras se mordía el labio inferior, muy concentrada en su hazaña, aunque se apresuró

demasiado y acabó derribando un vaso de agua sobre la mesa cuando casi llegaba hasta Devlin.

—¡Jo! —se quejó con tristeza.

—Lo has hecho genial —le ofreció Devlin la palma de la mano, que la niña chocó con una sonrisa.

Despacio, con la cara ardiendo y el corazón a punto de salírsele del pecho, Caitlyn rodeaba el sofá con la esperanza de recuperar su sujetador antes de que él lo viera. Pero el universo tenía otros planes. Justo cuando estaba a punto de alcanzarlo, Devlin sintió su presencia a su espalda y giró la cabeza, topándose de lleno con la prenda.

—Eso no es un tirachinas, ¿no? ——preguntó con una sonrisa mal disimulada, mientras sus ojos verdes brillaban con pura diversión.

Caitlyn sintió el sudor recorrerle la espalda, pero antes de que pudiera reaccionar, Annabella, con su entusiasmo infantil, se adelantó.

—Es un barco —exclamó, tomando la prenda antes de que su madre pudiera cogerla— para mis hadas.

Al fin entendió Caitlyn cómo había llegado aquella prenda al sofá.

—¿Un barco? —Devlin arqueó una ceja fingiendo interés.

Annabella, ajena al colapso nervioso de su madre, metió un hada en cada copa del sujetador y lo hizo flotar con su telequinesis, deslizándolo sobre el sofá como si surcara mares imaginarios.

—¿Lo llevamos a la bañera? —propuso entusiasmada—. Las hadas quieren ir de crucero.

Devlin observó la escena con aire pensativo y luego miró la prenda con inusitada atención.

—No sé si es tan grande como para poder hacer un crucero —dijo, estudiándolo con fingida seriedad—. Yo diría que es más bien… —hizo una pausa y clavó sus ojos en Caitlyn con un destello travieso — un yate de recreo del tamaño perfecto.

«Oh, joder…, no te abaniques…», se rogó a sí misma. Y el esfuerzo para no quedarse atrapada en aquella mirada fue titánico. Acabó desviando la vista con torpeza.

—Anna, ya sabes que no puedes jugar con mi ropa interior —carraspeó, intentando sonar firme.

Se inclinó para recuperar la prenda, pero Devlin fue más rápido.

—¿Y yo? —preguntó, sosteniendo el sujetador entre los dedos, acariciando el encaje con deliberada lentitud.

—¿Tú qué? —Su voz salió ahogada.

Él ladeó la cabeza y sus labios se curvaron en una sonrisa descarada que prometía… demasiado.

—¿Puedo jugar yo con tu ropa interior? —inquirió con absoluta calma—. No me importaría.

Caitlyn sintió su sangre volverse fuego en sus venas. En cuestión de segundos, el calor se apoderó de todo su cuerpo y su cerebro dejó de funcionar con lógica. Era como si pudiera sentir en sus pechos la caricia que él hacía sobre el encaje.

—¡Devlin! —acabó protestando en un susurro furioso, al tiempo que le arrebataba la prenda de las manos.

Él soltó una carcajada baja y llena de diversión.

—¿Qué? Solo pregunto. —Se encogió de hombros con fingida inocencia, pero sus ojos destilaban puro fuego.

—¡Pues ahórrate las preguntas! —espetó ella, apretando el sujetador contra su pecho como si fuera un escudo—. Y olvida este momento.

—Oh, Caitlyn… —murmuró él con una sonrisa sexi—, tengo buena memoria, me pides demasiado.

Aturdida, Caitlyn le devolvió una mirada acalorada mientras intentaba recordar cómo se respiraba.

Por fortuna, Keira y Davina regresaron al salón en ese instante, y Caitlyn se sintió aliviada, aunque no le duró mucho.

—¿Qué se cuece por aquí? —se interesó Keira en un tono cantarín.

Annabella se encargó de contestar.

—Devlin quiere jugar con la ropa interior de mamá…

—Ay, Dios —murmuró Caitlyn.

—…pero ella no parece muy contenta.

Devlin soltó una carcajada incontenible que molestó mucho a Caitlyn. Lo mató con la mirada y se alejó de allí con el sujetador en

la mano, y casi tiró abajo la puerta del baño del enorme portazo cuando se encerró a cal y canto.

La niña se inclinó hacia Devlin para susurrarle:

—Debiste comprarle las flores —opinó—, no le caes muy bien.

∞∞∞

A Caitlyn le costó un mundo reponerse de aquel sutil pero demoledor coqueteo. Aún sentía el calor trepándole por el cuello, la piel erizada y el eco de su voz resonando en cada rincón de su mente. Su cuerpo exigía… algo, algo que ardía en su interior con una intensidad desbordante, imposible de ignorar. No podía permitirse ceder, pero tampoco podía fingir que aquella necesidad abrasadora no existía.

«¿Cómo demonios voy a pasar tiempo con él sin caer en sus brazos?», se lamentó, sintiendo una punzada de pánico.

Y lo peor era la incertidumbre. ¿Y si él solo estaba jugando? ¿Y si su forma de bromear y provocar no significaba nada más? Podría estar a punto de cometer el ridículo más grande de su vida si malinterpretaba la situación. Aunque ¿cómo no hacerlo? Ella no tenía la menor duda de lo que quería. No podía dejar de mirarlo, de sentirlo, de recordarlo.

«Para él solo fui un desliz, un polvo en una fiesta», se martirizó pensando, «alguien insignificante de la que no se molestó ni en despedirse».

Debía admitirlo, para Devlin, aquella noche mágica no había sido más que un instante perdido en el tiempo, una experiencia olvidada entre muchas otras, pero ella había atesorado cada segundo. Había revivido demasiadas veces cada caricia, cada beso, cada susurro en la penumbra, como si se tratara de un recuerdo sagrado, y cada trance hipnótico representaba una realidad peligrosa ahora. Después de tanto tiempo viviendo así, su cuerpo no atendía razones. No entendía de distancias, de incertidumbres ni de trances, realidades o pasados borrosos. Solo sabía que aquella piel, aquella

boca y aquel hombre que la miraba con un brillo travieso en los ojos, habían sido suyos hacía apenas unas pocas horas…

…y lo quería de nuevo, cada poro de su piel clamaba por sus caricias.

Pero no podía ceder, no debía, era demasiado consciente de la facilidad con la que él podía destrozarla en aquella ocasión, y tenía que pensar en Annabella por encima de todo.

Tras unos minutos de lucha interna, metió las muñecas bajo el chorro de agua fría durante largo rato y salió del baño, pensando en cómo decirles a todos, de forma educada, que la reunión había terminado por aquel día.

Por desgracia, *todos* resultaba exagerado. Se quedó paralizada frente a la imagen de Devlin y Annabella, que parecían los únicos que quedaban allí. Miró hacia la terraza esperando encontrar al resto, pero tampoco estaban.

—¿Dónde están Davina y Keira? —interrogó con un hilo de voz.

—Han tenido que marcharse…

Entró en pánico casi al instante.

—…tenían que hacer una llamada importante, por lo visto.

—¿Y por qué no te has ido con ellas?

Devlin la miró con un brillo de diversión en los ojos y replicó:

—¿No es por echarte, pero vete?

Ella tragó saliva y cruzó los brazos sobre el pecho, mirándolo ahora con severidad.

—Me han pedido que las disculpe contigo —se excusó—, no les iba a hacer el feo de…

—Gracias, pero Anna se tiene que acostar, así que…

—Ya puedes largarte, ¿no? —acabó por ella, y sonrió—. Tu trato a las visitas deja mucho que desear, ¿sabes?

Era evidente que se estaba divirtiendo.

—Mami, ¿puede Devlin dormirme?

Caitlyn lo miró con el ceño fruncido.

—¿También tienes ese don?

Él rio.

—No, eso se lo dejo a Airys —expuso—, creo que la niña se refiere a que la acueste, le cuente un cuento y toda esa rutina.

«¿Quiere ejercer de padre?». Eso la contrarió.

—No creo que… eso sea…

—¡Por fa, mami! —suplicó Annabella, poniéndole aquella carita a la que jamás podía negarse. Y Caitlyn estaba agotada. Ya no tenía fuerzas para seguir luchando contra viento y marea.

Cuando Caitlyn asintió, la pequeña saltó eufórica y miró a Devlin:

—Voy a ponerme el pijama, lavarme los dientes y hacer pipí —le explicó al detalle—. Tú puedes ir escogiendo el cuento. —Le puso la muñeca de trapo en los brazos—. Daisy te ayudará.

—¿Ella sabe cuál te gusta más?

—Claro —declaró la pequeña, y bajó la voz para añadir en un tono confidencial—: pero es un poquito mentirosa, así que deberías escoger el de la brujita y el príncipe sapo, por si acaso.

Corrió hacia el baño como una bala y tanto Devlin como Caitlyn sonrieron sin remedio. Cuando se miraron entre ellos, la chica borró la sonrisa.

—¿Me acaban de crecer cuernos de repente? —interrogó Devlin en un tono curioso—. ¿Ayudaría si me pusiera un sombrero?

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y lo observó sin pizca de humor.

—¿Qué hice para ganarme tanta antipatía? —insistió Devlin frente a su silencio—. En serio, tengo curiosidad, no puede ser solo porque te moleste sentirte atraída por mí, aunque no quieras.

Caitlyn soltó un improperio y se giró dispuesta a alejarse, pero él la retuvo de la muñeca y la abrasó con la mirada un segundo después.

—Venga, Caitlyn, por favor, te necesito…

El corazón femenino se aceleró.

—…¿me das…

Tragó saliva, acalorada.

—…el cuento ese de la brujita?

Caitlyn estuvo a punto de soltarle un manotazo. Solo esperaba no haberse puesto roja como la grana. Con un gesto brusco, tiró de su muñeca para recuperarla y se alejó hacia la estantería junto a la

cama, perdiéndose la sonrisa jocosa que Devlin no pudo evitar esbozar.

∞∞∞

Annabella se durmió antes de lo que Devlin esperaba y la observó en silencio durante unos minutos. Había algo hipnótico y mágico en verla dormir, con la respiración relajada y aquella pequeña mano aferrada a la sábana. Se inclinó un poco más, observando los mechones oscuros que se esparcían sobre la almohada y las largas pestañas que parecían proyectar sombras delicadas en sus mejillas. Era tan pequeña, tan bonita, tan inocente… que la imagen le arrancó un suspiro inesperado.

Una extraña calidez le invadió el pecho. No entendía con exactitud qué era, pero algo en su interior le decía que protegería a aquella niña con su vida si era necesario.

Esbozó una sonrisa tierna y le ajustó la sábana hasta la barbilla con un gesto suave, como si con ello pudiera resguardarla de todo mal, y se puso en pie, sintiendo ya que algo lo llamaba con fuerza, algo que iba más allá de la razón.

En silencio, caminó hasta la terraza guiado por la certeza inexplicable de que Caitlyn estaría allí, aguardando su llegada.

La observó durante unos segundos desde la puerta, sin hacer un solo ruido, y, sin pararse a pensarlo, se ocultó por completo a sus ojos levantando el velo con el que su don le permitía esconderse de los demás, deseando poder observarla a placer durante…

…le asustó que la respuesta fuera: toda una vida.

Como si lo presintiera, ella se giró hacia la puerta. Sabía que no podía verlo, y se deleitó con aquella belleza salvaje que a la luz de la luna resultaba aún más impresionante.

—No sé cómo lo haces —la escuchó susurrar ahora—, pero no está bien ocultarse para espiar a la gente.

Devlin sonrió y derribó su velo para hacerse visible.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó impresionado.

—Yo… —titubeó— no estoy segura.

Parecía sincera.

Devlin entrecerró los ojos, evaluándola con renovado interés. Aquello no era casualidad. No muchas personas podían percibir su presencia cuando se ocultaba, y, desde luego, Caitlyn no debería ser una de ellas.

—Interesante —musitó, dando un paso más hacia ella.

Caitlyn no se movió, pero él pudo notar la tensión en sus hombros y la manera en que su respiración se alteraba de forma sutil, casi imperceptible.

—No tiene nada de interesante —dijo ella, cruzándose de brazos —. Supongo que solo… lo sentí.

Devlin inclinó la cabeza, con la diversión brillando en sus ojos, era evidente que estaba muy nerviosa, y él… estaba a punto de perder toda contención.

—¿Lo sentiste?

—No te acerques más —advirtió ella, pero su tono carecía de convicción.

—¿Y qué más… sientes cuando estoy cerca? —murmuró, ignorando su petición y acercándose un poco más, reduciendo la distancia entre ellos con deliberada lentitud.

Caitlyn apretó los labios y desvió la mirada hacia la terraza, como si esperara que la brisa nocturna la ayudara a ordenar sus pensamientos.

—Siento… que deberías irte ya a tu habitación —declaró al fin con un ligero titubeo.

Sí, aquello sería lo mejor para ambos, y Devlin lo sabía, pero siguió avanzando. Sus pies parecían moverse contra su voluntad, cada fibra de su ser se sentía atraído hacia ella sin remedio, igual que si un lazo invisible tirara de él.

Se detuvo justo frente a ella y sintió que el aire se volvía denso entre ambos, cargado de algo eléctrico, peligroso, inevitable. Los brazos comenzaban a dolerle del esfuerzo que estaba haciendo para no tocarla.

—Devlin, por favor, márchate —rogó, y era evidente que intentaba que su voz sonara firme, pero su propio pulso la traicionaba.

—¿Y… si no quiero?

¡Y por Dios que no quería! Solo había algo que deseaba en aquel momento y con absoluta desesperación ya. Su cuerpo ardía de anticipación. Ella se humedeció los labios y él siguió el movimiento, hipnotizado, muriendo de pura necesidad, deseando saborearlos junto con el resto de su boca, de su piel.

—Caitlyn, yo…

—Por favor…

—Por favor ¿qué? —interrogó en un susurro, recortando la poca distancia que los separaba, hasta acorralarla contra la barandilla.

Ella guardó silencio, pero su respiración agitada y el intenso brillo de sus ojos hablaban alto y claro.

«Esto no es buena idea», se dijo mientras se contradecía tirando de su cintura para atraerla hacia él.

—Caitlyn…, no sé qué tienes, pero… —recortó la distancia hasta sentir su aliento sobre su boca— no puedo contenerme, me muero por… saborearte.

La escuchó gemir y aquello fue su perdición. Devoró sus labios sin remedio un segundo después, y perdió la cordura… justo en el instante en que invadió su boca con la lengua para encontrar la de ella, suave, dulce, embriagadora, tal y como la recordaba… Pero apenas si fue consciente de aquel pensamiento, porque fue el momento que ella escogió para claudicar y rendirse a él, y aquello lo trastornó por completo.

—Oh… —gimió Caitlyn, sin contención.

Y él deseó con toda su alma escucharla gemir su nombre al oído.

«Oh, Dev…». Anhelaba oír aquellas palabras de un modo enloquecedor, las recordaba tan bien…, como si fueran parte de un hechizo del que no lograba escapar.

El eco de aquellas palabras se coló en su mente como un trueno sordo, golpeándolo con una fuerza que no esperaba. Durante un instante, el deseo que sentía por Caitlyn se mezcló con un recuerdo demasiado vívido, demasiado real. Todo lo sentía tan parecido…

No. No parecido. Idéntico.

El sabor de sus labios, el calor de su piel, la forma en que su cuerpo se amoldaba al suyo… y su propia necesidad de tomarla en cuerpo y alma. Pero no podía ser real, sabía que Caitlyn no podía ser ella. Su respiración se volvió errática, su mente un caos, hasta que llegó un momento en que no sabía a quién estaba besando, si era a Caitlyn… o a aquel recuerdo.

Sus manos temblaron sobre su cintura y, por primera vez en mucho tiempo, sintió verdadero pánico.

«No puede ser… ella». La mujer de sus recuerdos tenía sus dones de velkana activos, lo sabía muy bien porque… los había usado con él, y, de alguna forma, lo seguía haciendo, ¡y por Dios que la encontraría para hacerle pagar el haberle robado su vida durante cinco años! Pero Caitlyn no podía ser ella, por mucho que cada fibra de su ser le gritara que sí.

El vértigo lo golpeó como una ola.

Se apartó de golpe, como si el simple contacto con su piel lo quemara. Caitlyn lo miró confusa, con los labios aún entreabiertos y la respiración agitada, con el mismo deseo reflejado en sus ojos.

—Devlin… —murmuró, dando un paso hacia él.

Pero él retrocedió, incapaz de soportar el caos dentro de su cabeza.

—No… yo… —Su voz sonó rasposa, quebrada. Su mente gritaba que se acercara de nuevo, que la tomara entre sus brazos y la besara hasta borrar cualquier duda, pero su angustia fue más fuerte —. No puedo.

—¿Qué… pasa?

Devlin la miró, tratando de encontrar una respuesta, pero solo halló más preguntas.

Dio un último paso atrás y, sin añadir una palabra, se giró y se alejó de ella con paso firme, dejando a Caitlyn de pie en la terraza, confundida, frustrada y con el corazón latiendo por él.

Cuando escuchó la puerta cerrarse tras él, solo musitó entre lágrimas…

—Oh, Dev.

Capítulo 11

Para Devlin reponerse no estaba siendo nada fácil. Su cuerpo aún le exigía con una desesperación feroz que volviera sobre sus pasos y acabara lo que había empezado, que la tomara entre sus brazos y la besara hasta borrar cualquier distancia, duda o pensamiento racional, pero su mente era un caos.

Hasta aquel momento, jamás había sentido con tal desespero que su pasado lo acechara tan de cerca, que le estuviera robando tanto… Aquella maldita velkana, años atrás, lo había marcado con su magia de una forma que aún le escocía en el alma. ¡A él!, que podía derribar barricadas y hacerlas estallar solo con mirarlas. La seguía deseando, sí, era inevitable, pero con la misma intensidad que la odiaba por arruinarle la vida, por condenarlo a tan largo tiempo de tormento silencioso y deseo inconfesable. La había buscado por años solo para obligarla a liberarlo y poder vengarse a placer.

Y Caitlyn… Caitlyn no era como ella. O no quería que lo fuera.

Se apoyó contra la pared del pasillo, con el pulso acelerado y los músculos en tensión.

Entonces, ¿por qué sentía lo mismo? ¿Por qué besarla lo había sumergido en aquella sensación tan conocida, tan devastadora e idéntica?

Pasó una mano por su rostro, frustrado. No podía enfrentarse a ella ahora. No cuando todavía sentía el eco de su calor sobre su piel y las manos le temblaban aún de pura necesidad.

Por primera vez en mucho tiempo, no supo qué hacer. Y eso lo aterraba.

Su teléfono móvil resonó en mitad del pasillo y se alejó de allí temeroso de que ella pudiera escucharlo desde dentro.

Cuando comprobó el visor, suspiró con alivio. Allí llegaba la caballería, justo cuando más la necesitaba, aunque era raro.

Consultó su reloj al tiempo que contestaba al teléfono y caminaba hacia su habitación, tan solo unas puertas más allá.

«Joder, debí pedir otra planta», maldijo para sí.

—¿Killian? ¿Qué haces levantado? —preguntó extrañado—. En Nueva Orleans deben de ser…

—Las cuatro —completó su amigo por él—, pero ya sabes que soy de trasnochar, y tenía un favor que hacerle a Davina.

—He cenado con ella —contó Devlin, entrando ya en su habitación—, y con tu prometida.

—Exprometida —se apresuró a aclarar de inmediato—. ¿Sigue tan arisca como siempre?

—A mí me ha parecido un encanto.

Lo escuchó gruñir y sonrió.

—¿Cómo puedes detestarla tanto? —interrogó—, no la ves desde que tenía ocho años.

—Sí, por suerte —sonó irritado—, con escuchar sus lindezas por teléfono es suficiente, tiene la lengua muy afilada.

—Si tú lo dices…

—Lleva toda su vida amargando la mía —le recordó—. Si no fuera tan terca y aceptara nuestro destino, yo viviría mucho más tranquilo.

—Si te encanta la acción, Killian

—No cuando uno de los tuyos se descontrola y me manda al hospital —declaró malhumorado.

—Venga ya, cuéntaselo a otro —rio—, que te he visto luchar hasta con los ojos cerrados por pura diversión.

—Preferiría hacerlo en igualdad de condiciones —suspiró.

Y ambos sabían que aquello solo sería posible si se unía en matrimonio a su guardiana destinada. Bastaría con que entraran juntos en la misma habitación para que ni velkanos ni sahires pudieran usar uno solo de sus dones. Pero Keira…

—¿Por qué crees que Davina ha accedido a romper el compromiso? —interrogó Devlin, ahora con curiosidad.

—Vete a saber —admitió—, ella jamás hace nada a la ligera, pero se calla demasiadas cosas.

Sí, aquello era cierto. Devlin siempre se sorprendía del aura de misterio que parecía habitar en su mirada.

—¿Y dices que te ha pedido un favor?

—Sobre esa velkana del Adanic —confirmó—. ¿No te ha dicho nada?

Devlin se incorporó en el sofá en el que se había dejado caer.

—¿Caitlyn?

—Caitlyn Holloway, sí —asintió—. Cuando la he llamado, me ha dicho que estabais cenando todos juntos.

Así que aquella fue la llamada que la llevó a la terraza.

—Sí, ya te dije que… ¡Espera! —Se puso en pie ahora—. ¿Has dicho Holloway?

—Correcto, sí —afirmó Killian—. Oye, estás lento.

¿Lento? ¡Estaba perplejo!

—Holloway… —repitió, frunciendo el ceño, con una pregunta en los labios que no necesitó formular.

—Sí, Dev —se adelantó Killian para confirmar—: es hermana de Kyle.

Aquello lo desconcertó por completo. Caitlyn era… No, ella no se parecía en nada a la chica que recordaba, o que apenas recordaba más bien, porque pasaba tan desapercibida que nunca se detuvo a mirarla con atención.

—¿Estás seguro? —insistió, sin poder salir de su asombro.

—Lo he comprobado para Davina —explicó—. Ella quería saber si eran familia. Al parecer, Caitlyn lo niega.

—¿Por qué? —preguntó casi para sí.

—Eso tendrá que contestarlo ella.

Devlin hizo memoria. Recordó a la mujer de la que hablaban. La chica solo estaba de visita en casa de su padre por unos meses, y la recordaba… muy poco agraciada, eso siendo amable. Siempre iba vestida con aquella ropa holgada, de hombre en su mayoría, que ni siquiera te hacía querer plantearte si bajo ella habría un cuerpo más o menos ágil. Además, llevaba unas gafas enormes y el pelo recogido con tirantez. O eso creía, porque de veras que jamás se había parado a mirarla demasiado rato.

—¿Sigues ahí? —se interesó Killian frente a su silencio.

—Todo esto es muy raro —acabó diciendo Devlin, con el entrecejo fruncido—. No entiendo nada.

—¿El qué?

—La mujer que he conocido no se parece en nada a aquella chica —contó—. Te aseguro que no me habría pasado desapercibida ni siquiera entonces.

—¿Por qué?

Devlin tragó saliva.

—Es… bonita.

—¿Bonita para otros o para ser incluso apreciada por el gran Khalif? —bromeó.

—Como para hacerme cometer una estupidez tras otra —confesó.

Por el silencio que se hizo al otro lado, era evidente que su amigo no esperaba esa respuesta. Killian era el único que lo conocía todo sobre él, o casi todo más bien, ni siquiera sus hermanos estaban al tanto de la historia completa en su pasado.

—Entonces no es solo bonita, amigo.

—No, es toda una tentación —admitió—, demasiada, y soy el primer sorprendido.

—Quizá ella es lo que necesitabas para pasar página —opinó.

—No puedo solo pasar página, Killian —suspiró abatido—. Necesito cerrar el puto libro, guardarlo en una caja fuerte y tirarlo al mar.

Salió a la terraza para respirar un poco de aire. Empezaba agobiarse.

—Pero dejemos eso a un lado —repuso ahora—. ¿Tú estás seguro de que es la hermana de Kyle?

—Sí, no hay duda —afirmó—. ¿Por qué te sorprende tanto?

Devlin lo pensó con calma.

—Es una velkana.

—Como su padre y su hermano, ¿qué hay de raro?

—Que Kyle siempre me aseguró que su hermana era mundana —explicó, recordando con claridad al que por aquel entonces era su amigo pronunciar justo aquellas palabras—. Por eso vivía con su madre, que también lo era, solo estaba de visita en Edimburgo cuando la conocí.

—¿Y por qué crees que te mintió? —interrogó con curiosidad—. Teníais buena relación en ese tiempo.

—Sí, y él aún no conocía mi identidad.

Recordó con nostalgia aquellos tiempos con Kyle, hasta que todo se torció. Realmente lo apreciaba mucho.

—Sí que es raro.

Y ser ahora consciente de que Caitlyn parecía esconderse bajo aquella apariencia tan olvidable no resultaba lo que se dice esclarecedor…

…pero había algo que lo intrigaba aún más. Apenas unas horas atrás, en aquellas escaleras, le había preguntado si se conocían de antes… y ella había mentido, era evidente.

Frunció el ceño.

¿Por qué? Aquel era el mayor interrogante de todos.

—Pues sí que estás entretenido —declaró Killian—, y yo que pensé que te ibas a aburrir tras tantos meses de acción por aquí.

—No me ha dado tiempo.

—Ya veo, ¿y qué hay de la niña? —preguntó ahora con curiosidad—. ¿De veras es mitad velkana, mitad sahir?

Devlin esbozó una sonrisa tierna solo con pensar en la pequeña.

—Lo es, sí —contó—, y también es la niña más increíble y adorable que he conocido nunca.

Killian rio.

—¿Desde cuándo usas palabras como *adorable*?

Devlin sonrió a medias. Sí, tenía que admitirlo: entre unas cosas y otras, desde que había puesto un pie en aquel hotel, apenas se reconocía.

—Háblame un poco más de esa pequeña —pidió Killian, ahora con interés.

—Es asombrosa.

Se deshizo en elogios durante un buen rato. Por lo visto, Annabella se había convertido, sin darse cuenta, en su tema de conversación favorito.

En cuanto colgó el teléfono, sus pensamientos regresaron a Caitlyn, que de repente era un acertijo que necesitaba desentrañar.

Recordó de nuevo el aspecto que presentaba cinco años atrás, que ahora era evidente que estaba destinado a esconder la

deslumbrante belleza de la velkana, una velkana… que Kyle había negado que fuera.

Nada tenía sentido.

Se esforzó por recordar la última vez que la vio.

Se la había topado en el pub donde solía reunirse con Kyle cada fin de semana para tomarse unas copas. Era la primera vez que la veía por allí, y saltaba a la vista que no encajaba en aquel antro. Ya en ese punto, su relación con Kyle estaba rota, días atrás habían tenido una discusión muy fuerte y su amistad era cosa del pasado, así que tenía claro que él no aparecería por allí aquella noche.

Iba por el quinto whisky cuando aquel coco, como muy a su pesar la catalogó al verla, entró en el bar, y él no estaba de humor para hacer de niñera. Recordaba que ella había caminado directa hacia él y cogido asiento en la banqueta que había a su lado junto a la barra…

…y él estaba muy jodido. Llevaba tres eternas semanas buscando sin descanso a la mujer de aquella fiesta, que se había evaporado sin dejar rastro. Apenas era capaz de pensar en otra cosa que ella, y al mismo tiempo detestaba cada pensamiento que no podía evitar dedicarle. No estaba para charlas triviales.

Intentó hacer memoria sobre la conversación que habían mantenido, pero estaba algo borrosa por el whisky, aunque sí tenía claro que no había sido demasiado amable. Caitlyn había escogido el peor momento para decidirse a decirle dos palabras seguidas.

¿No le había confesado ella esa noche que estaba embarazada?

Sí. Se lo había confiado nada más sentarse, junto con una pregunta que en aquel momento le pareció la más absurda del mundo, viniendo de alguien que apenas se había atrevido a hablarle antes de aquella noche.

—¿Tú… quieres tener hijos?

No recordaba mucho más, ni siquiera su respuesta, solo la sensación incómoda de haber querido escapar de la conversación. Su mente, traicionera, había volado de inmediato a aquella fiesta. A aquella mujer. A la certeza de que ella jamás podría darle algo así.

Por más que Devlin se esforzaba por hacer memoria, era incapaz de recordar las palabras que le había dicho a Caitlyn, pero

fuera lo que fuese, fue suficiente para que se levantara y se marchara. Se fue del bar, de su vida y, si era sincero, de sus pensamientos.

Jamás había vuelto a verla. Jamás había vuelto a pensar en ella.

Hasta aquella misma mañana en la playa…

Capítulo 12

Caitlyn no podía pegar ojo. Su cuerpo aún ardía con el eco de lo sucedido en la terraza, cada poro de su piel anhelaba la promesa que sus besos habían insinuado. Su mente, atrapada en un torbellino de deseo y confusión, repasaba cada instante, cada roce, cada mirada, sin poder dejar de preguntarse por qué él había huido de aquella manera. La deseaba, de aquello no tenía duda, entonces… que…

«Basta, Caitlyn, por favor», se rogó. Darle más vueltas no cambiaría nada. Solo él tenía las respuestas, y si no quería dárselas, que se las quedara, ¡antes se moriría de incertidumbre que rebajarse a preguntarle!

Estaba enfadada y no sabía si era más con él o consigo misma por ser tan idiota como para dejarse embaucar de nuevo. Había pasado años odiándolo, rememorando el desprecio en su última mirada, que aún sentía como cristales arañando su piel. Y, aun así, le resultaba inevitable abandonarse a él sin remedio cada vez que entraba en aquel trance hipnótico y no podía hacer nada para impedir que la hiciera suya de nuevo, a pesar de todo. Como si la rabia y el dolor no fueran suficientes para detener el deseo. Como si, incluso después de todo, aún le perteneciera.

Se pasó una mano por el rostro, frustrada. No podía permitirse esto. No de nuevo. Había pasado demasiado tiempo reconstruyéndose a sí misma, jurándose que nunca más le daría el poder de herirla y, sin embargo, ahí estaba, atrapada en el mismo maldito hechizo.

Porque eso era Dev para ella: un conjuro peligroso, un abismo en el que era demasiado fácil caer.

—Idiota —murmuró, abrazándose a la almohada con rabia.

¿Cómo podía seguir deseando a alguien que le había dado la espalda en el peor momento? Alguien que la había mirado como si fuera nada, cuando en realidad había sido todo.

Se removió en la cama con la esperanza de encontrar una postura cómoda, pero su cuerpo seguía despierto, encendido. La forma en la que él la había tocado, la intensidad en su mirada antes de que la confusión lo hiciera retroceder… todo aquello la atormentaba.

Cerró los ojos con fuerza y maldijo el momento en el que encontró la invitación a aquella fiesta, cinco años atrás, y los recuerdos la atraparon sin remedio, como si los estuviera reviviendo en aquel preciso instante…

Aquel día cumplía veintitrés años…

Su padre llevaba días inquieto, aguardando aquel momento con una tensión que se hacía más evidente con cada hora que pasaba. Aquella mañana amaneció cabizbajo, absorto en pensamientos que no compartía y con una preocupación que se reflejaba en cada uno de sus gestos. Su actitud no ayudaba en absoluto a Caitlyn, que cada vez estaba más confusa.

Al verlo así, empezó a preguntarse si acaso el hombre se estaba arrepintiendo de haber tomado la decisión de esconderla durante tantos años. Una decisión que lo había obligado a renunciar a una vida juntos y por la que se exponía ahora a la ira de guardianes y sahires, si acaso alguien llegaba a descubrir que ella era portadora del gen amatysa. Los dones que estaba destinada a desarrollar ese día no diferían demasiado de los de su hermano o su padre, salvo por el que le confería aquel gen a través de sus ojos. No planeaba utilizar ninguno de ellos, y mucho menos el control mental, pero eso no importaba. Si su existencia salía a la luz, nadie entendería por qué se había mantenido oculta en lugar de ponerse a disposición del Consejo. Nadie comprendería que su padre lo sacrificó todo para evitar que un grupo de extraños tomara cada decisión por ella, para que pudiera vivir una vida lo más normal posible.

Para Caitlyn sus ojos color amatista no eran un don, sino una condena, y esconderlos siempre había sido su mayor obsesión, toda su vida había vivido con miedo y, por alguna razón que no acertaba a comprender, aquel día necesitaba gritarle al mundo quién era.

Aún faltaban unas horas para que sus dones despertaran. No sabía qué podía esperar cuando comenzaran a manifestarse. El cambio sucedería justo a la hora de su nacimiento, pasadas las diez de la noche, y siempre había temido ese momento. Había crecido con el miedo instalado en su pecho como una segunda piel, y, sin embargo, aquella mañana era distinto.

No sentía aquel pánico sofocante que la había acompañado toda su vida, ni la ansiedad que solía atenazarle el estómago ante la idea de ser descubierta. En su lugar una extraña calma la envolvía, como si su cuerpo supiera algo que su mente aún no lograba comprender. Se sentía… ligera. Igual que si una sombra invisible se hubiera disipado mientras dormía.

No podía explicarlo, pero sí podía sentirlo. Algo había cambiado.

Se miró en el espejo y odió su reflejo. Esa no era ella, no se reconocía tras aquellas gafas, tras el maquillaje ojeroso, la ropa amplia… Necesitaba sentirse ella misma aquel día. Entendía los motivos de su padre para pedirle que pasara desapercibida, pero por primera vez algo más que tristeza la desbordó al contemplar su reflejo: sintió rabia. Rabia porque el miedo a unos cuantos extraños la había obligado a esconderse. Rabia por conformarse con ser solo una sombra de lo que era. Rabia porque, por más que intentara convencerse de que todo era por su seguridad, aquello la hacía invisible a ojos del único hombre que quería que se volviera a mirarla, aunque fuera solo una vez. Y ya no podía más.

Como si sus pensamientos lo hubieran invocado, el sonido del timbre de la puerta rompió el silencio de la casa, y un segundo después escuchó la voz grave que más anhelaba oír. Sintió un vuelco en el pecho y corrió con sigilo hasta el hueco de la escalera, desde donde estaba acostumbrada a observarlo siempre que llegaba, oculta entre las sombras.

Dev cruzó el umbral con esa sensualidad despreocupada que le era tan natural, pasó una mano por su cabello despeinándolo aún más y dejó su chaqueta sobre el respaldo del sofá para seguir después a su hermano hasta la cocina.

Caitlyn bajó un escalón. Luego otro. Su mirada recorrió cada línea de su cuerpo mientras se alejaba, con una intensidad que él

jamás le había concedido a ella. Como si quisiera memorizarlo y robarle un instante en el que él, sin saberlo, le perteneciera.

Cuando Dev desapareció del salón, ella bajó las escaleras, se acercó sin pensarlo demasiado y tomó su chaqueta entre sus dedos. Sin poder evitarlo, se la llevó al rostro y cerró los ojos al aspirar su perfume. Era cálido, embriagador…, peligroso.

Y entonces algo cayó de uno de los bolsillos y llamó su atención.

Con curiosidad, desplegó el papel y sus ojos se abrieron por la sorpresa: era una invitación para un baile de disfraces, aquella misma noche.

Sin pensarlo, se alejó de allí con la invitación en la mano y paseó con ella por su habitación durante mucho rato, soñando con poder vivir algo así aunque fuera solo una vez.

Se miró en el espejo y soltó las gafas sobre la mesilla. Hoy no quería esconderse. Por primera vez en su vida, necesitaba ser vista…

…y justo en ese instante tomó la decisión que lo cambiaría todo.

Encontrar el disfraz perfecto no fue difícil. Se sentía valiente, sí, pero no tanto como para enfrentarse al mundo con el rostro descubierto al completo. Por eso aquel atuendo llamó su atención en cuanto lo vio. Era un conjunto negro y ceñido e iba acompañado de una máscara felina que cubriría la mitad de su rostro.

Era perfecto y distaba mucho de ser el típico traje de una sola pieza. Se trataba de una versión bastante más atrevida y femenina, y algo le decía que iba a sentarle bien. Aunque incluso ella misma se sorprendió de cuánto, cuando por fin se contempló en el espejo y admiró su obra.

El corpiño negro de cuero se ajustaba a su cuerpo con una perfección casi irreal, realzando sus curvas con un escote de ensueño que insinuaba sin revelar demasiado. La falda, también de cuero, se ceñía a sus caderas y caía con un corte asimétrico que le permitía moverse con facilidad, dejando entrever la piel de sus muslos con cada paso. Las botas altas estilizaban aún más sus piernas, y los guantes largos hasta los codos añadían un toque de misterio a su apariencia.

Pero lo que de verdad la transformaba era la máscara. Cubría su frente y el puente de la nariz, dejando al descubierto lo justo para que su mirada pareciera aún más intensa. Sus habilidades con el maquillaje eran más que notables, y esta vez las había utilizado a su favor. Con tonos oscuros y destellos plateados, agrandó sus ojos azules hasta hacerlos parecer casi hipnóticos, felinos, irresistibles. Un trazo fino y afilado de delineador se alargaba en un efecto *cat-eye* perfecto, y sus largas pestañas enmarcaban la profundidad vibrante de su mirada.

Por primera vez, se permitió soltar su cabello, dejándolo caer en ondas suaves y brillantes sobre su espalda. La seda oscura de sus mechones contrastaba con el cuero negro del disfraz, dándole un aura peligrosa y sensual, casi irreal.

Se miró en el espejo y sintió un escalofrío recorrer su espalda. Aquella no era la Caitlyn que se ocultaba tras gafas y ropa holgada.

No. Aquella era una diosa. Una diosa felina dispuesta a sacar sus garras para luchar… al menos por una mirada de admiración de sus ojos.

El castillo donde se celebraba la fiesta se alzaba imponente contra el cielo nocturno, con su silueta medieval bañada por una iluminación dorada que acentuaba la majestuosidad de sus torres y almenas. Grandes antorchas flanqueaban la entrada, proyectando sombras danzantes sobre la piedra antigua y otorgándole un aire de misterio y grandeza.

Caitlyn sintió un escalofrío recorrerle la espalda al contemplarlo. No era solo la belleza del lugar lo que la sobrecogía, sino el hecho de que él pudiera estar dentro, dispuesto a posar sus ojos en ella nada más cruzar el umbral. Su corazón latía con fuerza cuando empujó la gran puerta de madera tallada y se adentró en el castillo buscando su rostro entre la multitud, sin encontrarlo. Pero, por primera vez, se dio cuenta de que no eran solo sus ojos los que la seguirían aquella noche.

A pesar de la baja iluminación, un murmullo sutil se extendió a su alrededor con rapidez. Todas las miradas parecían estar puestas

sobre ella en aquel instante mientras avanzaba por el salón, fingiendo no ver el revuelo que levantaba a su paso, aunque cada paso que daba sobre el mármol reluciente hacía que su pulso se acelerara un poco más.

Se dirigió sin prisas hacia la barra improvisada en un extremo del gran salón, buscando refugio en la aparente tranquilidad del lugar, pero no tardó en verse rodeada por un enjambre de hombres que parecían competir por captar su atención. Halagos, sonrisas, insinuaciones veladas…, todos se veían ansiosos por ofrecerle una copa, como si fuera un tributo a la diosa que, sin pretenderlo, había encarnado esa noche.

Ella nunca bebía, no entendía de licores y mucho menos de hombres, así que allí, en medio de tantos desconocidos ansiosos por agasajarla, no tardó en sentirse perdida. Sonrió con cortesía, intentando apartar con elegancia a los insistentes pretendientes, mientras su mirada volvía a buscarlo entre la multitud. Porque ninguno de aquellos hombres le interesaba, y el que quería, no parecía estar allí.

Sintió una punzada de decepción. ¿Y si él no pensaba asistir a la fiesta? La posibilidad la golpeó con fuerza, dejándola sin aliento. ¿Había hecho todo aquello para nada? De repente, la idea de permanecer allí, rodeada de desconocidos y fingiendo sonrisas, se le hizo insoportable.

Estaba a punto de girarse, de marcharse antes de que la desesperanza la consumiera, cuando una voz ronca resonó a sus espaldas, cortando el bullicio y sobresaltando a todos a su alrededor.

—Estáis agobiando a la señorita.

El aire pareció volverse más denso en el salón. Caitlyn sintió un escalofrío recorrerle la columna antes incluso de girarse. Su pulso se disparó y por un segundo le preocupó que sus rodillas flaquearan.

Despacio, como si temiera que el hechizo se rompiera, se dio la vuelta y se topó con los ojos verdes que tanto anhelaba sobre ella.

Él no iba disfrazado, pero no lo necesitaba. Vestía al completo de negro, con pantalones de cuero ajustados y una camisa entallada que dejaba entrever su musculatura bajo la tela. Su porte emanaba peligro. La forma en que llevaba el cabello, algo despeinado, y la

sombra oscura de su barba lo hacían parecer aún más atractivo y le daban un aire de motero indómito que la fascinó. Pero lo que estuvo a punto de arrancarle un gemido fue la forma en que la miraba. Sus ojos estaban clavados sobre ella con una intensidad que la dejó sin aliento, con la mirada de quien contempla su próximo pecado… o su perdición, incrédulo frente a lo que tenía ante sí, como si la viera por primera vez.

Durante unos segundos, ambos quedaron atrapados en el silencio, incapaces de romper el contacto visual. El peso de su presencia era tan abrumador que el aire a su alrededor parecía volverse denso, cargado de una electricidad palpable. Caitlyn, cohibida, intentó recuperar la compostura. Solo entonces fue consciente de que cada uno de los hombres que hasta aquel momento la agasajaban habían desaparecido solo con que él hubiera hecho acto de presencia.

—Has causado sensación —sonrió Dev, cortándole la respiración al hacerlo—. ¿Puedo saber quién eres?

«Pues no, no podía».

—Voy vestida de gata, ¿quién crees que soy? —Se le ocurrió.

Su risa la pilló desprevenida.

—No me refería a eso y creo que lo sabes —bromeó—, pero vale, acepto tu anonimato, si lo prefieres así.

Caitlyn estuvo a punto de suspirar. Era la primera vez que lo veía tan de cerca, y cuando él se inclinaba para hablarle, para hacerse escuchar por encima de la música, el aroma de su colonia le alteraba aún más los sentidos mientras cientos de mariposas despertaban en la parte baja de su abdomen.

—Yo me llamo Dev.

«Sí, ya lo sé», lo miró embobada, pero lo ocultó bien.

—Encantada, Dev, pero no voy a decirte el mío.

Él sonrió con arrogancia, recortó la distancia hasta ella y le dijo al oído:

—Y lo acepto, pero necesitarás saber el mío para poder susurrarlo en mi oído más tarde…

Ay, Dios, las mariposas que habitaban en su abdomen parecieron enloquecer.

—¿Bailamos? —propuso él de inmediato.

Y no le dio tiempo para pensar. En un solo movimiento, Dev la tomó de la mano y la arrastró a la pista de baile, y a partir de ese instante, la noche dejó de pertenecerle y se transformó en algo mágico.

Bailaron sin prisas, perdiéndose en el vaivén de la música y en la intensidad de las miradas que cruzaban en silencio. Entre giros y roces que parecían casuales, charlaron y rieron como si fueran los únicos en la sala y el tiempo no pesara sobre ellos. Él la provocaba con comentarios mordaces, ella respondía con sonrisas traviesas y respuestas ingeniosas, y por primera vez en mucho tiempo, Caitlyn se sintió mujer, sensual, deseada…, y era una sensación embriagadora que estaba dispuesta a vivir hasta sus últimas consecuencias.

La noche avanzó en una nube de risas y caricias veladas, un juego de seducción donde ambos tenían claro lo inevitable, que comenzaba a sentirse como una imperiosa necesidad ya. Por eso, cuando él le propuso buscar un lugar más tranquilo y le tendió la mano, ella la tomó sin dudarlo. Lo siguió con el corazón aún más acelerado, sintiendo que cada paso la arrastraba más hacia lo desconocido, hacia él. Y sonrió cuando él se detuvo junto a la barra para tomar una botella de champán y dos copas, y siguió rumbo a… donde quisiera llevarla, que a aquellas alturas a ella poco le importaba ya dónde fuera, mientras estuviera lejos de la gente.

El encargado de decorar aquel lugar había hecho un gran trabajo. Atravesaron pasillos iluminados solo por candelabros y lámparas de pared, envueltos en sombras que danzaban con su propio misterio. Él avanzaba con seguridad, como si conociera cada rincón de aquel castillo y sus pies recordaran un camino recorrido cientos de veces. Caitlyn, en cambio, no podía dejar de mirarlo, de preguntarse qué estaba haciendo, por qué no sentía miedo. Lo único que deseaba en ese instante era perderse con él en la penumbra de aquel lugar, dispuesta entregarse sin reservas a un hombre por primera vez en su vida.

Dev se detuvo frente a una puerta entreabierta, la única en todo el pasillo que no tenía luz filtrándose desde adentro. Miró a

Caitlyn con una sonrisa enigmática y, sin un solo gesto de duda, la invitó a entrar. Ella, sin pensarlo, cruzó el umbral delante de él, dejando atrás el bullicio de la fiesta.

Con un gesto suave, él cerró la puerta tras ellos y volvió a tomarla de la mano enguantada para atravesar la estancia.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Caitlyn intentando vislumbrar algo en la penumbra que había a su paso.

—El despacho del dueño del castillo —contó.

Aquello la sorprendió.

—Y ¿tenemos permiso para estar aquí?

—Seguro que sí —sonó divertido—, pero no vamos a quedarnos.

Dejó que él siguiera tirando de ella hasta unas enormes cristaleras que había al otro lado de la estancia, y se quedó con la boca abierta cuando las abrió, salieron al exterior y se encontró en una preciosa terraza, donde el aire fresco de la noche le dio la bienvenida, trayendo consigo un intenso perfume a lavanda.

—Guau —murmuró ahora, fascinada, mirando a su alrededor.

La terraza se extendía en silencio, bañada por una luna llena que colgaba alta y brillante, iluminando todo a su paso. El cielo, una manta de estrellas, parecía tan cercano que casi se podía tocar. A un lado, resguardado bajo un techo de lona, había un sofá y una pequeña mesa donde Dev dejó el champán y las copas. Mientras él abría la botella, Caitlyn se acercó a la barandilla para disfrutar de las vistas. A lo lejos se vislumbraban sombras alargadas de lo que parecían árboles, siluetas oscurecidas por la noche, y un lago tranquilo que reflejaba la luz tenue de la luna. Las luces débiles de la entrada del castillo brillaban a lo lejos, delineando apenas el camino que serpenteaba hacia la oscuridad, mientras el paisaje quedaba envuelto en un silencio profundo y misterioso.

Cuando Dev llegó hasta ella y le tendió una copa de champán, las vistas dejaron de interesarle y solo pudo centrarse en el hombre que tenía frente a sí. La magia de la noche los rodeaba ahora, como si el mundo entero hubiera quedado fuera y solo existiera ese instante, suspendido en el tiempo.

—Dios, qué bonita eres —lo escuchó apenas musitar—, ya no puedo contenerme más.

A Caitlyn no le dio tiempo a preguntarse a qué se refería. Dev recortó la distancia hasta su boca una décima de segundo después.

El roce de sus labios la sorprendió. La electricidad de su contacto recorrió su cuerpo con tal fuerza que casi olvidó respirar. El aire entre ellos se cargó de una intensidad palpable, como si todo lo que había sucedido hasta ese momento en sus vidas hubiera sido solo un preludio para llegar a aquel instante. Cuando se separaron, el corazón de Caitlyn latía solo por él, igual que si el tiempo durante una fracción de segundo hubiera dejado de existir y nada más que él importara.

Ambos se miraron con el mismo asombro e idéntico anhelo en sus ojos. El silencio hablaba con la claridad de una verdad compartida, y cada rincón del castillo, cada susurro del viento, parecían haber desaparecido, dejándolos a ellos dos en el centro de una realidad que solo existía en ese instante.

—Jamás he deseado a alguien de esta manera —susurró Dev con una sinceridad que la desarmó, pero un leve desconcierto en los ojos—. Necesito hacerte mía esta noche.

El cuerpo, el corazón y el alma de Caitlyn gritaron de dicha mientras las palabras se le atascaban en la garganta con una mezcla de nervios y deseo.

Permitió que él le quitara la copa de las manos, la dejara a un lado y la tomara de nuevo entre sus brazos.

—Por favor, dime que serás mía.

«Nací tuya», habría querido decirle, pero sintió vergüenza de que fuera demasiada realidad para él.

En lugar de hablar, permitió que él tomara una de sus manos y tirara muy despacio del guante que la cubría. Con el corazón a mil, Caitlyn temió el momento en el que sus manos lo tocaran por primera vez, sin la tela de por medio, de repente temerosa de lo que podía sentir. Su don empático se activaría en cuanto rozara su piel con un solo dedo, y aquello la aterraba.

Dev deslizó los dedos por el borde de uno de sus guantes hasta despojarla de él con una lentitud casi tortuosa. Caitlyn contuvo el aliento, sintiendo cómo la ansiedad se apoderaba de ella y su mente se preparaba para la avalancha de emociones que quizá la asfixiaría

sin remedio. Pero cuando sus dedos desnudos rozaron su piel, no ocurrió nada. Ni dolor, ni miedo, ni deseo ajeno invadieron su cuerpo. Solo sintió el calor de su contacto, su propia respiración acelerada, su piel ardiendo por un deseo que, por primera vez en su vida, era solo suyo.

Un jadeo tembloroso escapó de sus labios al darse cuenta de lo imposible. No podía leerlo. No podía sentir nada más que su propia excitación, su propio anhelo. La libertad la golpeó con tanta fuerza que casi se mareó. Por primera vez, estar con alguien no era un sacrificio ni un tormento, sino una elección. Y ella lo elegía a él.

¿Debía decirle que nunca había pasado de unos cuantos besos con nadie? Aquello le preocupó mucho por un instante, pero solo fue hasta que Dev le quitó el otro guante, la tomó en sus brazos y volvió a besarla. Fue un beso caliente y voraz esta vez, que le impidió seguir pensando en nada que no fuera alimentar el deseo hasta sus últimas consecuencias.

Jamás había sentido algo así. Nunca había experimentado aquella excitación salvaje. Cuando la lengua de él tomó posesión de su boca, se desató en ella una pasión desbordada que ni siquiera sabía que podía sentir. Aquello la transformó en una mujer ardiente que participó de forma activa en cada caricia, dejándose llevar por sus instintos, que le gritaban a cada paso qué debía hacer y cómo.

Dev la sujetó por la cintura, atrayéndola más hacia él, como si temiera que la magia del momento pudiera desvanecerse. Sus cuerpos se fundieron en un abrazo febril, donde no había espacio para la razón, solo para la urgencia de sentir más, de entregarse sin reservas. Las manos de Caitlyn exploraron su espalda, su cuello, la firmeza de sus brazos…, memorizando cada contorno con un hambre desconocida.

El aire fresco de la noche apenas conseguía enfriar la calidez que crecía entre ellos. La luz de la luna los bañaba en tonos plateados, mientras la terraza se convertía en su propio universo, un rincón apartado del tiempo y del mundo. Dev deslizó los labios por su mandíbula, bajó con lentitud por su cuello y le arrancó un suspiro entrecortado. Caitlyn inclinó la cabeza, ofreciéndose sin miedo, sin dudas.

No existía nada ni nadie más. Solo el deseo palpitante que los envolvía y la certeza de que aquella noche marcaría un antes y un después en sus vidas.

Solo cuando sintió la brisa sobre sus pechos, fue consciente de que él le había abierto el corpiño, dejándolos al descubierto, y aquello le arrancó un gemido inevitable…, y otro y otro más cuando su boca descendió hasta ellos y se cerró sobre uno de sus pezones y lo lamió con parsimonia, provocándole una sensación exquisita. Sentía la sangre quemarle en sus venas. Todo su cuerpo ardía de necesidad y deseo, y ella necesitaba apagarlo de la única manera en la que era posible ya, algo que jamás había experimentado, pero que deseaba con cada fibra de su ser.

Dev regresó a su boca y volvió a besarla en profundidad, con una mezcla de locura y necesidad, la misma que ella sentía. La atrajo del trasero hacia él y, por primera vez, Caitlyn pudo notar la dura erección contra su pelvis, y aquello acabó de enloquecerla del todo. Él la deseaba, allí estaba la enorme prueba inequívoca entre sus piernas, pero la necesitaba mucho mucho más cerca. De repente, tuvo la certeza de que toda su vida había vivido para aquel instante, y tomó la iniciativa como lo haría una mujer experimentada.

Fue ella quien lo empujó hacia el sofá, ella quien desabrochó los botones de su pantalón y buscó su dureza, ella quien… lo miró con tal intensidad que Dev solo tardó unos pocos segundos en arrancarle la ropa interior por debajo de la falda, sentarse en el sofá y arrastrarla con él. Pero también fue ella quien se montó sobre él y lo acogió en profundidad de un solo movimiento, desesperada por sentirlo en su interior.

El destello de dolor la pilló desprevenida, pero era tal su excitación que apenas si duró una décima de segundo. Cuando volvió a moverse, la sensación más exquisita de toda su vida recorrió su cuerpo y la impulsó a continuar meciéndose sobre él, muy despacio ahora, disfrutando de cada oleada de excitación, del dulce vaivén que la transportaba poco a poco a un mundo en el que nunca había estado, acompañada del único hombre con el que quería visitarlo

Dev reclamó su boca de nuevo y la saboreó en profundidad mientras no dejaba de acariciarla y la instaba a seguir moviéndose. Las sensaciones comenzaron a multiplicarse a una velocidad de vértigo, mientras en el silencio de la noche solo se escuchaban los gemidos que ninguno de los dos podía contener.

—Oh, Dev… —gimió Caitlyn en su oído, abrazándolo con fuerza cuando el grado de placer estaba rozando los límites de la locura.

Y en ese instante… lo miró a los ojos y quedaron prendados el uno del otro, unidos en un latido compartido, un hilo invisible que los unía más allá del deseo, más allá del placer. Sus pupilas se encontraron en la penumbra de la noche y un calor abrasador recorrió el cuerpo de Caitlyn, una corriente de energía que la envolvía de forma irremediable, la empujaba hacia el abismo y la obligaba a saltar, al mismo tiempo que él se dejaba caer junto con ella. No era solo algo físico, sino mucho más profundo, más antiguo, como si sus almas se reconocieran en ese instante y el destino hubiera estado esperando ese momento para sellar un pacto que ninguno de los dos comprendía del todo. Y él parecía sentirse igual, lo leía con claridad ahora en sus ojos, que la miraban obnubilados, prendados por completo, colgados de los suyos.

El clímax los atrapó al mismo tiempo, arrastrándolos a un abismo de sensaciones donde no existía nada más que el otro. Dev la sostuvo con fuerza contra su cuerpo, temblando con la intensidad del éxtasis, y Caitlyn se aferró a él como si fuera lo único real en aquel universo de estrellas y jadeos entrecortados.

Cuando la oleada de placer comenzó a ceder, Caitlyn sintió con toda intensidad el lazo que acababa de nacer entre ellos. La luna los envolvía con su luz, el viento susurraba a su alrededor, pero lo único que importaba era que, en ese instante, sabía que algo dentro de ella había cambiado para siempre. Estaba tan absorta en sus propias sensaciones… que no se dio cuenta de que algo en él también había cambiado, y no para bien.

Al mirarlo a los ojos, buscando su complicidad, solo encontró… ¿Qué era aquello en su mirada, en su expresión? ¿Podía ser furia? ¿Por qué? ¿Qué demonios había hecho ella para ganarse tanto desprecio?

Capítulo 13

Lo miró con los ojos como platos, donde podía leerse con claridad el miedo que le daba cualquiera de aquellas respuestas. Algo no estaba bien.

—¿Qué te pasa? —interrogó temerosa.

Él apretó los dientes, tomó su mano y miró la cara interna de su muñeca con apremio.

—¿Creías que no me iba a dar cuenta?

Caitlyn tragó saliva y susurró.

—No sé a qué te refieres —estaba desconcertada—, ¿tú no has… disfrutado?

Aquello pareció irritarlo aún más.

—De sobra sabes que sí. —La elevó de la cintura, salió de su interior y la echó a un lado del sofá.

Caitlyn sintió un dolor lacerante en el pecho. ¿Qué era lo que le estaba reclamando? ¿Acaso sabía quién era o… lo que le había molestado era que no le dijera que era virgen?

—Dev…

—Ya no puedes usar mi nombre —replicó él, irritado, mientras se abrochaba los pantalones—. Y no me mires con esa cara de inocente, los dos sabemos que no lo eres.

Perpleja, veía ahora cómo él se revolvía el pelo con ademán nervioso.

Para Caitlyn aquello estaba resultando cada vez más horrible. El desprecio se reflejaba con intensidad en sus ojos verdes, y ella no se atrevía a seguir preguntando. Las ganas de llorar eran ahora acuciantes. El sueño más maravilloso de su vida se había tornado en pesadilla en solo unos segundos, y no tenía ni idea de qué había hecho mal.

Se puso en pie, le dio la espalda para reponerse un poco y cerrarse el corpiño, y entonces sintió los dedos de Dev recorrerle la parte baja de la espalda, que Caitlyn sentía arder.

—¿Qué narices…? —Lo escuchó murmurar.

Se giró a mirarlo. No podía permitir que siguiera tocándola, no con aquella actitud. Él también se puso en pie y ambos se contemplaron de frente.

—¿Qué se supone que voy a hacer contigo ahora? —sonó abatido.

—Me iré —declaró Caitlyn con todo el dolor de su corazón—, no te molestaré más, no te preocupes.

Se giró dispuesta a ejecutar su palabra, pero él la retuvo de la muñeca.

—No vas a ningún lado —sentenció.

Desconcertada, intentó recuperar su mano.

—Me haces daño.

—Sí, yo también estoy muy jodido ahora mismo —afirmó entre dientes—. ¿Pensabas salirte con la tuya?

—Yo… —estaba demasiado perpleja para hablar.

—¿Qué me has hecho?

—No te entiendo —dijo con la voz estrangulada.

—¿Crees que porque hayamos echado un polvo de diez no voy a hacer lo que debo? —insistió, y entrecerró los ojos—. Quítate la máscara.

Caitlyn intentó recular, pero él no lo permitió.

—No, por favor —rogó abatida. Si la reconocía, aquello sería una humillación doble que la marcaría para siempre, aunque algo le decía que aquello no tenía remedio ya, que no olvidaría jamás nada de lo sucedido en esa terraza, para bien o para mal.

—Te la arrancaré yo mismo si no lo haces tú —tiró de su muñeca hacia él—, quiero ver tu rostro.

Desesperada, Caitlyn le tomó las manos con aprensión e hizo algo muy estúpido: con la yema de los dedos, dibujó un símbolo sobre la palma de su mano, el mismo que solía usar en su piel cuando necesitaba calmarse.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Tiró él de su mano con una expresión de disgusto, mezclado con ira—. Ninguno de tus embrujos funcionará conmigo.

—¿Embrujos? —Ahora sí estaba asombrada—. No, yo solo…

—No compliques más las cosas —replicó—. No sé si no tienes ni idea de quién soy o es que te importa un carajo.

Sorprendida por tanta acritud, se preguntó si había llegado el momento de confesarle su nombre. La ira en su rostro era cada vez más evidente y quizá solo el nombre de su hermano podía ayudarla.

—Sé quién eres, yo…

El teléfono de Dev interrumpió la conversación en ese momento, y él contestó tras pensarlo unos segundos, y no parecían buenas noticias lo que le esperaba al otro lado.

La miró incisivo.

—Tengo que ausentarme unos minutos —expuso, recortando la distancia hasta quedar muy cerca de ella—. Ni se te ocurra moverte de aquí, gatita, o te juro que centraré mi vida en darte caza.

Aquello le dolió en el alma. Él arrastraba las palabras con una furia que sentía sobre ella como crueles latigazos. La miró con intensidad… durante demasiado tiempo, y, por un segundo, Caitlyn habría jurado que lo vio desviar aquellos ojos hacia sus labios y contener la respiración, pero solo duró un instante.

—Decidiré qué hago contigo a mi regreso.

Sin más, se alejó de ella, entró en la casa y desapareció, dejando a Caitlyn aterida de frío. Era un frío que le calaba hasta los huesos, hasta el alma; un frío que nada tenía que ver con la brisa de la noche, sino con la forma en la que él se había alejado, con la distancia que acababa de abrir entre ellos, como un abismo imposible de salvar.

Caitlyn sintió que algo dentro de ella se rompía en mil pedazos. Sus palabras, su mirada, aquella furia contenida… Todo la había golpeado con una fuerza brutal e inesperada.

Se abrazó a sí misma, intentando encontrar consuelo en su propio calor, pero fue inútil. La noche la envolvía en su oscuridad, y aunque la luna brillaba en lo alto, su luz ya no le parecía hermosa…

…pero debía reaccionar. No podía esperar de brazos cruzados a que él quisiera regresar para seguir castigándola por algo que no entendía. Buscó sus braguitas, que halló rasgadas y casi inservibles, y sus guantes. Se los puso y corrió hacia la puerta, que para su sorpresa encontró cerrada desde el otro lado.

—¡No! —tironeó con fuerza, pero la puerta no cedió.

Estaba atrapada.

Nerviosa, recorrió la terraza buscando otra salida. Incluso se asomó a la barandilla valorando la posibilidad de saltar desde allí, y se recordó, no exenta de ironía, que de Catwoman solo tenía el disfraz.

Impotente, tuvo que darse por vencida y aguardar a que él quisiera regresar. Pero cuando aquella puerta se abrió unos minutos después, no fue Dev quien la cruzó, sino una mujer joven y muy bonita, que miró a Caitlyn con una expresión condenatoria, cargada de odio, como si estuviera contemplando a una encarnación de Satanás a la que había que eliminar a toda costa.

Caitlyn la observó con una mezcla de desconfianza y recelo. ¿Quién demonios era? Y ¿de qué narices iba disfrazada? Frunció el ceño. Llevaba puesto un sexi picardías que mostraba más de lo que escondía y una bata de raso hasta los pies, donde lucía unas zapatillas de andar por casa con unos pompones y unos tacones de infarto, que no tenían ningún sentido con aquel disfraz. Parecía recién salida de la cama de un millonario excéntrico.

Pero nada de aquello era importante, sí lo era la mirada mezcla frialdad y furia que posó sobre ella.

Caitlyn sintió que su estómago se encogía.

—¿Dónde está Dev? —preguntó, tratando de mantener la calma.

La mujer le dedicó una sonrisa helada, una que no alcanzó sus ojos.

—Me envía a deshacerme de ti.

El tono era despectivo, como si su sola presencia fuera una ofensa. Caitlyn parpadeó, confundida, pero antes de poder responder, la desconocida continuó paseándose por la terraza con la elegancia indolente de quien cree tener la situación bajo control.

—No te hagas la inocente, zorrita, sé lo que eres. Y créeme, no eres la primera ni serás la última —declaró con un veneno tan afilado como una daga—. Siempre es lo mismo: Dev se divierte, se cansa y después…, bueno, alguien tiene que limpiar la basura.

Caitlyn sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—Eso no es cierto… —susurró, pero su voz carecía de la firmeza que quería imponerle.

La mujer soltó una carcajada cruel.

—¿No? Pobrecita. ¿De verdad crees que significaste algo? —Recortó la distancia y clavó en ella una mirada llena de desprecio—. Puedes engañarte todo lo que quieras, pero la diferencia entre tú y yo es que cuando esto termina, él regresa conmigo, con su prometida. —Le mostró un anillo que brilló con un destello frente a sus ojos—. Es en mi cama donde pasa todas sus noches. A mujercitas como tú les reserva… —señaló a su alrededor— sitios como este.

Caitlyn sintió que el suelo se abría bajo sus pies, dejando caer en el abismo todo lo que había creído real, especial. El dolor en su corazón fue tan intenso que casi creyó que dejaría de latir, como si cada palabra de la mujer hubiera arrancado un pedazo de su alma.

Antes de que pudiera reaccionar, la agarró del brazo dispuesta a sacarla a rastras, pero Caitlyn se revolvió como lo haría la gata cuyo disfraz representaba y se zafó de la mano.

—No me toques —exigió entre dientes.

—Vas a largarte por la puerta trasera, no te humilles más —replicó, irritada—. Dev no quiere que nadie te vea salir.

Las palabras la golpearon como una bofetada, pero sus piernas caminaron tras aquella arpía, un paso tras otro, recorriendo un camino diferente al que habían usado para llegar hasta allí. Hasta que aquella maldita mujer abrió una puerta y la empujó a la calle, y la oscuridad de la noche la envolvió por completo.

—Camina hacia aquellos árboles y hallarás la salida trasera de la finca —informó con frialdad, y cerró la puerta con estruendo.

Y entonces, se quedó sola. Sola en mitad de la oscuridad, de la nada. Sola, con el corazón hecho pedazos.

En ese instante, el sonido de un reloj inundó el silencio y contó las campanadas para ubicar la hora. Eran las once…

Con inevitables lágrimas en los ojos, musitó:

—Feliz cumpleaños, Caitlyn.

Jamás había vuelto a celebrar su cumpleaños.

Las mismas lágrimas que derramó aquella noche corrían de nuevo por sus mejillas ahora.

Miró a su hija, que dormía con placidez a su lado, y suspiró. Annabella era lo único bueno que había sacado de aquella noche, y el único motivo por el que jamás se arrepentiría de todo lo sucedido…

…pero Dev… era el enemigo y jamás debía volver a olvidarlo.

Apretó los dientes y maldijo su propia debilidad. El fénix hormigueaba en su espalda debido al recuerdo, y casi podía sentir los dedos de él acariciarlo como había hecho entonces. En aquel momento no entendió qué era lo que tanto lo había maravillado, su pequeño tribal no llamaba la atención demasiado. Solo cuando llegó a casa aquella noche contempló con asombro la majestuosidad del fénix que había tomado forma sobre su piel; un fénix… que no estaba allí cuando entró en aquel castillo.

Parpadeó repetidas veces para alejar las lágrimas.

«*No sé si no tienes ni idea de quién soy o es que te importa un carajo*». Aquella frase tomaba ahora un cariz muy diferente.

Devlin McAllister, todopoderoso… ¡lo que mierdas fuera! de los sahires. Lo único que debía recordar era que, por mucho poder que le otorgaran su nombre y su cargo, no tenía ningún derecho sobre ella.

La mañana trajo consigo nuevas resoluciones y decisiones tomadas.

Caitlyn, tras una noche demasiado larga en la cual rememoró el dolor y la humillación, se sentía ahora fuerte como para enfrentarse a Dev.

«Devlin», se rectificó al pensarlo, ya no sería Dev para ella nunca más. Por desgracia, tenía que permitir que él ayudara a Annabella, era la mejor opción para su hija y debía aceptarlo, pero a ella iba a respetarla, quisiera o no.

Cuando tocaron a la puerta bien temprano, supo sin lugar a dudas que era él quien estaba al otro lado, algo en su interior lo

presentía cada vez que estaba cerca. No dudó en abrir, tal era su convencimiento de que a partir de aquel momento no sucumbiría no solo al deseo, sino tampoco al miedo, aunque al tenerlo frente a sí flaqueó unos segundos. Estaba guapo, el condenado, vestido con tejanos azules y una camiseta negra con las letras Harley Davidson escritas en ella, que le sentaba como a los puñeteros modelos de los anuncios.

—Buenos días —dijo Caitlyn con lo que esperaba que sonara a indiferencia—. Pasa, Annabella aguardaba tu llegada.

Él le devolvió el saludo con una expresión mezcla curiosidad y expectación.

La niña corrió hasta él procedente del baño y se lanzó a sus brazos.

—Mami dice que a lo mejor hoy puedo empezar a entrenar contigo —informó emocionada—. ¿Puedo? ¿Puedo?

Devlin sonrió.

—Si ella lo dice, por supuesto.

Miró a Caitlyn a los ojos con intensidad, pero la chica apenas si le devolvió un frío gesto de asentimiento.

—Será mejor que te devuelva esto. —Sacó la esfera del bolsillo de su pantalón y se la tendió a Annabella.

La niña levantó la cabeza hacia su madre antes de tocarla y la cogió emocionada cuando obtuvo permiso.

—Esto es un Orbis —explicó Devlin—, y los sahires lo usamos para entrenar. Hay que aprender a controlarlo si quieres dominar tu don.

La niña asintió y le dio varias vueltas a la esfera entre sus pequeños deditos. Devlin miró a Caitlyn.

—¿Podemos hablar?

Recibió una respuesta seca.

—Habla.

—No delante de la niña.

—Si mi hija no puede escucharlo, es que no es una conversación que pueda interesarme.

Él esbozó una sonrisa jocosa.

—Así que esta va a ser tu actitud a partir de ahora —repuso mordaz—, genial.

—Cada uno en su sitio, Khalif —replicó con sarcasmo.

«Mira, hasta que me sale el nombrecito…».

—¿Y mi sitio es…?

—Lejos de mí —aclaró con vehemencia—, que corra bien el aire entre nosotros.

Aquello pareció molestarle, porque la miró con cierta mordacidad, recorrió su cuerpo con los ojos de arriba abajo y declaró:

—Te recuerdo que fui yo quien puso distancia.

Caitlyn intentó fingir indiferencia.

—Sí, lo tengo claro…

Ambos se sostenían la mirada, sin ser conscientes de que estaban demasiado absortos el uno en el otro.

—…y te aseguro que no se me olvidará jamás —apostilló con frialdad.

—¿Hasta que te toque de nuevo, quieres decir? —inquirió Devlin con evidente arrogancia.

Caitlyn tuvo que respirar hondo para seguir pareciendo calmada, pero era obvio que echaba fuego por los ojos de pura furia, y así lo enfrentó.

—Dios, ¡qué belleza la tuya, velkana! —exclamó Devlin antes de que pudiera decir nada, y en su expresión se leía la veracidad de sus palabras. La miraba ahora con un brillo y una admiración en los ojos tal que todas las defensas de Caitlyn se tambalearon unos segundos.

—Estás loco si crees que un halago va a servirte de algo —acabó diciendo.

—La furia te sienta bien.

Caitlyn lo mató con la mirada y él sonrió con descaro, y en ese instante el sonido de un cristal al romperse los sacó del trance… y buscaron su procedencia, desconcertados.

—*Ups* —se escuchó desde la terraza.

—¿Annabella? —gritó Caitlyn, y ambos corrieron hacia afuera.

La niña los miró con los ojos como platos.

—Un suponer… —empezó diciendo con nerviosismo.

—Ay, Dios —suspiró Caitlyn.

—…si la esfera se me hubiera escapado de las manos y hubiera roto un poquito un cristal…

Ambos siguieron la mirada que de reojo la niña ponía sobre la pequeña mesa que había junto a la hamaca, donde parte de uno de los cristales laterales se veía en el suelo.

—Ay, Anna… —declaró Caitlyn con pesar.

—Es que la esfera pesa y… —lloriqueó.

—No solo pesa —intervino Devlin ahora—, es una fuente de energía.

Madre e hija lo miraron un tanto confusas.

—Ven. —Le tendió la mano a Annabella, que la tomó y caminó junto a él de vuelta al interior de la salita.

Devlin cogió asiento y quedó justo a la altura de la pequeña, mientras Caitlyn observaba la escena con atención.

—Esto no es solo una esfera —explicó el chico en un tono paciente—, es un canal, una fuente de energía que te ayudará a controlar tu don.

La niña frunció el ceño, observando el Orbis con curiosidad.

—¿Cómo?

Devlin giró la esfera entre sus dedos.

—Tu poder es como una cometa en el cielo —explicó con paciencia—. Si la sueltas sin más, el viento la llevará a donde quiera, sin control, pero si sostienes el hilo con firmeza, puedes hacer que vuele justo como tú quieres.

Señaló el Orbis, que depositó en su manita.

—Esta esfera es como el hilo de la cometa —contó—, no detiene tu poder, solo te ayuda a dirigirlo para que vaya donde tú quieras, ¿entiendes eso?

—Creo que sí —asintió.

—Pues si aprendes a usar el Orbis, a conectar con él, te ayudará a concentrar tu energía sin que se desborde —sonrió ante la atención de la pequeña—. Será como si aprendieras a volar la cometa.

Annabella ladeó la cabeza, pensativa.

—¿Y cómo lo hago?

Devlin deslizó la esfera hasta su palma.

—Cierra los ojos y respira hondo. —La niña obedeció—. Siente el Orbis en tu mano, igual que si fuera una parte de ti. Ahora imagina que de tu mente sale un hilo de luz que entra en la esfera y se queda allí, esperando a que le digas qué hacer.

La niña asintió, frunciendo la naricita con concentración.

—Creo… creo que ya está… —susurró con emoción.

—Bien, ahora usa tu mente, tu energía, para levantarla solo un poquito y hacerla girar sobre sí misma —pidió Devlin—, pero sin que se salga de la palma de tu mano.

Annabella miró ahora la esfera con curiosidad y puso en práctica la petición. Devlin la observaba con una sonrisa de admiración.

—Lo estás haciendo muy bien —la animó—. Es muy difícil conseguir que la esfera se mantenga firme y girando.

La pequeña estaba feliz.

—Bien, ahora, sin usar la mano, detén el movimiento poco a poco —pidió—. No lo bloquees de golpe, solo redúcelo hasta que se quede quieta, suspendida en el centro de tu palma.

La niña lo intentó, pero el Orbis tembló y salió disparado hacia un lado. Devlin lo detuvo en el aire y lo atrajo hacia su mano antes de que pudiera romper algo más.

—¡Hala! —exclamó Annabella, maravillada.

Devlin sonrió y devolvió la esfera a la manita de la pequeña.

—Debes tener mucha paciencia, pequeña luciérnaga —le dijo, mirándola a los ojos con calma—. No es nada fácil aprender a controlar la telequinesis, requiere de mucho esfuerzo, pero estoy seguro de que conseguirás cosas asombrosas dentro de muy poco tiempo.

La niña asintió y esbozó una preciosa sonrisa.

—Por ahora, tenemos que concentrarnos en conseguir girar el Orbis en una dirección, frenarlo poco a poco hasta detenerlo y lograr que gire hacia el lado contrario.

—Vale.

—Al principio muy despacio, y poco a poco iremos incrementando la velocidad, ¿te parece?

—Eh…, sí —lo miró ahora con cierta picardía—, pero ¿y si rompo algo más?

Devlin rio frente al gesto picaruelo.

—Si sucede siguiendo mis indicaciones, yo me haré cargo.

La niña asintió, y Devlin la instó a probar de nuevo. Y, con mucha paciencia, trabajaron juntos durante largo rato…

Capítulo 14

Para Caitlyn no estaba siendo nada fácil asistir a aquella interacción entre ambos. La dedicación, la paciencia, la forma en la que él hablaba y guiaba a la pequeña eran dignas de admiración. Sería un gran padre, aquello era demasiado evidente como para negarlo, y ella se sentía peor a cada minuto que pasaba. Necesitaba odiar a Devlin para mantenerse cuerda, pero no era idiota, no podía engañarse, sus motivos para callar su paternidad eran egoístas, y era muy consciente.

—Lo está haciendo genial —sonrió Devlin, levantándose ahora para hablar con Caitlyn mientras la pequeña seguía practicando—. Creo que va a controlar su telequinesis en tiempo récord.

La chica lo miró recelosa.

—¿Y después?

—Tendrá que desarrollarla y fortalecerla —explicó.

—Si quiere, supongo.

Él le devolvió una expresión de extrañeza.

—¿Por qué no iba a querer?

—Quién sabe —se obstinó.

—Cuando la vida te premia con un don así, es porque estás destinada a grandes cosas.

Ella le devolvió un gesto serio, cargado de antipatía.

Devlin la observó con una intensidad que la hizo estremecer. Su mirada, profunda y escrutadora, parecía atravesarla como si buscara en ella secretos ocultos, respuestas que ni siquiera ella sabía que debía dar.

—¿Es verdad que odias usar tu don empático?

Molesta, Caitlyn se giró a mirarlo.

—Que te haya permitido entrenar a Annabella —declaró— no significa que tengamos que hablar entre nosotros.

Él soltó aire con cierto hastío.

—Esa pregunta afecta a Annabella y su entrenamiento.

—No veo cómo.

—Yo puedo enseñarla a controlar sus dones sahires —le recordó —, pero su don empático es cosa tuya, y debe aprender a usarlo o no estará equilibrada.

Aquello dejó a Caitlyn un tanto desconcertada. ¿Aprender a usarlo?

—Así que, sí, Caitlyn, que odies tu don es un problema para tu hija.

Ahora no tuvo más remedio que admitir con pesar.

—Tú lo tienes más fácil, el tuyo es más divertido —empezó diciendo cautelosa—. A mí no me entusiasma saber cómo se siente cada puñetera persona que toco. De modo que sí —confesó—, odio mi don, porque no decido cuándo usarlo, solo sucede, quiera o no.

Devlin la miró con una mezcla de curiosidad y desconcierto.

—Todos los velkanos aprenden a controlarlo —expuso—, ¿por qué tú no?

Aquello la dejó un tanto confusa y frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con controlarlo?

—A usarlo solo cuando es necesario o te dé la gana.

Caitlyn lo miró perpleja ahora, muy sorprendida. Devlin la observó con atención, leyendo el desconcierto en su rostro.

—¿No lo sabías? —preguntó con evidente incredulidad.

Estaba tan tocada que ni siquiera podía enfadarse con él.

—Yo… me he criado como una mundana —le recordó.

—Pero tu padre es un velkano.

Caitlyn asintió, pero no se molestó en explicarle que él tuvo que renunciar a su hija para que pudiera esconderse por culpa de… aquella otra particularidad en sus ojos. De repente, se sentía como una niña a la que acaban de revelarle que la luna no es de queso. Devlin no era su persona favorita en el mundo, y quizá el último con el que quería sincerarse o mostrarle sus debilidades, pero estaba de veras sorprendida.

—Pensé que era algo con lo que simplemente nacías —admitió —, y tenías que soportarlo.

Devlin dejó escapar una risa seca.

—Eso explica muchas cosas.

Aquello le molestó.

—¡Oh, por favor, ilumíname, sabio príncipe de los sahires! —espetó con sarcasmo, cruzándose de brazos.

Él ladeó la cabeza y la miró con cierta curiosidad.

—Explica por qué pareces odiar todo lo que tenga que ver con la magia, aunque corre por tus venas —declaró—, y por qué te aterra que Annabella abrace lo que es.

Caitlyn sintió un nudo en el estómago.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es. —Devlin sonrió de lado, pero su mirada era intensa—. Caitlyn, tú no quieres que Annabella sea *normal*, deseas que su vida no se parezca a la tuya.

—¡Qué coño sabrás tú de mí! —se irritó—. Y nadie te ha dado permiso para psicoanalizarme, ni siquiera somos amigos.

—Cierto, y nunca podríamos serlo.

Caitlyn esbozó una sonrisa mordaz.

—¿Porque soy una velkana?

Devlin recortó la distancia hasta su oído y susurró:

—Porque te deseo demasiado.

Aquellas palabras la atravesaron como un puñal, y se alejó de él como si un resorte la impulsara a hacerlo.

—Y tú también me deseas, Caitlyn —la miró con descaro—, por mucha distancia que pongas.

Su instinto fue rebatirlo, negarlo, pero algo dentro de ella se tambaleó.

—No tienes idea de lo que dices —aseguró con frialdad—. Lo de ayer solo fue un momento de debilidad.

Devlin chasqueó la lengua y avanzó un paso, el mismo que ella retrocedió.

—Entonces, ¿por qué huyes?

—¿Y tú? —Lo miró con una mezcla de ira y sarcasmo—. Porque nadie corre más rápido que tú, Devlin.

Aquello le borró la sonrisa del rostro, y ella lo miró con una satisfacción apenas disimulada.

—Cuidado con ese tipo de comentarios, Caitlyn —apretó los dientes—, a ver si te vas a encontrar con más de lo que puedes

gestionar.

Ella sonrió y miró a su hija, recordándole que no estaban solos. Él soltó una carcajada.

—¿Te crees a salvo porque Annabella está en la habitación? —Avanzó hacia ella—. El don con el que me oculto de ojos indiscretos me permite incluir a cualquiera solo con tocarlo. —Llegó hasta ella, que se negó a seguir huyendo, y la miró a escasos centímetros—. Podría hacerte el amor en una habitación llena de gente… sin que nadie viera nada.

Caitlyn tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no huir, o lo que era peor, para mantenerse con las manos quietas y no gemir de anticipación. No podía permitir que la achantara.

—Ah, sí, estoy segura de que podrías empezarlo —declaró con mordacidad—, de que pudieras terminarlo… ya tengo mis dudas.

Supo que le había dado de lleno en cuanto pronunció la frase. Sus ojos verdes se cargaron de un extraño brillo.

—¿Qué acabas de insinuar? —Ya no parecía divertirse.

Caitlyn lo miró satisfecha.

—Yo no insinúo nada, príncipe —repuso irónica—, a las pruebas me remito.

Él no parecía dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Estás cuestionando mi hombría? —interrogó irritado.

Ella intentó sonreír como si no estuviera temblando como una hoja ya.

—El que se pica… —murmuró, y trató de alejarse, pero él no lo permitió. La retuvo de la muñeca en cuanto lo intentó.

—¿Crees que puedes hacer un comentario como ese y salir indemne? —La miró con un brillo peligroso en los ojos.

Prefirió esconderse en la ironía para no rogarle que la castigara… justo con lo que parecía amenazarla.

—Siento si he herido sus sentimientos, príncipe, pero…

—¡Deja de llamarme príncipe, demonios!

—Lo lamento —replicó—, pero nunca recuerdo el título que ostentas.

—Mejor, porque odio los títulos —aseguró irritado—, solo me han traído problemas.

—Bien, pues todo aclarado —carraspeó.

Él rio sin rastro de humor.

—Todo no, velkana —dijo con acidez—. No vas a escaquearte.

—Vuelves a olvidarte de que la experta en escaqueos no soy yo…

«Caitlyn, ¿por qué no te callas?», se rogó a sí misma. Cualquiera diría que lo estaba provocando para…, eh…, ¡ay, Dios, ¿a quién quería engañar?! Claro que lo hacía, lo provocaba a conciencia y era evidente lo que buscaba, era algo inconsciente.

—Olvida que he dicho eso —expuso de inmediato antes de que él hablara—. Lo siento, mi lengua va más rápido que mis pensamientos.

—Pero sabe tan dulce… —susurró él mirándole ahora la boca.

Sin ser consciente, Caitlyn se lamió los labios y lo escuchó gruñir.

Oh, por Dios, no podía comportarse con frialdad si él la miraba como si quisiera devorarla entera empezando por su boca.

—Eres un acertijo andante al que no puedo resistirme, Caitlyn —la sorprendió diciendo ahora, mirándola con intensidad.

—Yo no…

—Sí, tú —sonrió con descaro—, y tengo muchas preguntas —le miró la boca—, y muchas otras cosas que deseo hacer —se acercó a su oído para susurrar—: y esta vez no iré a ninguna parte antes de… aclararlo todo…

Aprovechó la cercanía para besarle el cuello con suavidad y Caitlyn se estremeció.

—…durante todo el tiempo que sea necesario —musitó—, y todas las veces que necesite hasta… que me quede todo claro.

Caitlyn se estremeció. No podía hacerse la idiota, tenía demasiado claro de qué estaban hablando, y su traicionero cuerpo ya estaba deseando empezar con… el interrogatorio.

—¿Y si yo no tengo interés en responder? —repuso, buscando algo de dignidad.

Él esbozó una sonrisa arrogante.

—Acepta que solo necesitaré hacer las preguntas correctas.

—Eres un arrogante, prepotente y engreído —masculló.

Devlin suspiró entre divertido y resignado.

—A muy poca gente le permito hablarme así.

—¿Y qué haces? —sonrió con acidez—, ¿los encierras en las mazmorras de tu palacio?

—A las que son como tú, sí —espetó con los ojos echando fuego.

Ella borró la sonrisa del rostro.

—Tengo un potro de tortura muy… efectivo —deslizó los dedos por su brazo con una caricia deliberada—. No creo que lograras resistirte demasiado.

Caitlyn sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pero no era de miedo, sino de pura excitación.

—A lo mejor te sorprendo —murmuró con una chispa desafiante en la voz.

Devlin inclinó la cabeza, evaluándola con una intensidad que la dejó sin aliento.

—Entonces tendré que ser *muy* persuasivo. —Su sonrisa fue lenta, perezosa, y sus ojos contemplaron sus labios con descaro—. Aunque ambos sabemos que, en el fondo, te mueres por ser interrogada.

El pulso de Caitlyn martilleó en su cuello, ni siquiera era capaz de negarlo. Devlin siguió susurrando con los ojos echando fuego.

—…aunque acepto que la idea de encadenarte y torturarte hasta obligarte a confesar —se mordió los labios— me resulta muy tentadora.

—Eres un…

—Basta, Caitlyn —sonó ahora a ruego—, estoy a punto de perder los papeles, esta conversación se nos está yendo de las manos.

Fascinada con lo que leía en sus ojos, Caitlyn tuvo que hacer un esfuerzo para defenderse.

—No la he empezado yo —murmuró.

—Pero vas a terminarla.

—Sí, claro, porque tú lo de acabar las cosas…

Él la sorprendió atrayéndola hacia sí con fuerza, y ella soltó un grito de sorpresa.

—Demonios, mujer, deja de provocarme —la apretó contra su entrepierna—, que estoy a punto de arrastrarte al baño.

La erección era enorme, clara e inequívoca, y le arrancó a Caitlyn un gemido de anticipación inevitable.

—¿Estáis peleando? —interrogó una vocecita desde unos metros más allá.

Ambos miraron ahora hacia la pequeña y se encontraron con sus ojitos de sorpresa. Devlin soltó a Caitlyn como si tuviera una enfermedad contagiosa y puso distancia.

—No, solo estábamos hablando —declaró Caitlyn intentando sonreír y obviar el calor que la asolaba por dentro.

El fénix quemaba la piel de su espalda con una intensidad abrumadora que, para su asombro, empeoraba cuanto más se alejaba de él, como si la castigara por tomar distancia y exigiera su cercanía.

Devlin cogió asiento en el sofá y atrajo un cojín hacia su regazo, y aquel gesto fascinó a Caitlyn hasta el punto de hacerla sonreír, sonrisa que se apresuró a esconder.

—¿Cómo lo llevas, peque?

—Bien, ya casi puedo pararla sin que se me escape.

Caitlyn necesitaba calmar el ardor que recorría su cuerpo. En ella no era tan visible, pero sí molesto. Moría por arrastrar a aquel odioso a la cama, todo su ser lo exigía a gritos.

Cogió su teléfono móvil para distraerse un poco y consultó sus mensajes.

A primera hora, Keira había mandado al grupo de *WhatsApp* que compartían con Selena el gif de una mujer desmayada en el suelo, con los pantalones empapados y chorreando… solo a la altura de la pelvis. Selena había contestado con un total de seis *stickers* riendo a carcajadas y Caitlyn buscó a toda velocidad el del perro dóberman que sujetaba un bate de béisbol con cara de pocos amigos.

Después, vio que tenía dos emails, uno de la editorial a la que le debía una corrección, y otro de un remitente desconocido, donde como asunto solo indicaba: una niña muy especial.

Extrañada, abrió este último y se sorprendió cuando vio que llevaba adjunto un vídeo, donde el primer fotograma de la miniatura parecía ser su hija.

Con el corazón acelerado, abrió el archivo y contuvo la respiración cuando el vídeo se reprodujo. En la pantalla, Annabella jugaba en el salón del hotel el día de la boda de Selena, elevando sus hadas de juguete por encima de su cabeza, con la inocente alegría de quien acaba de descubrir su increíble poder. Luego, la imagen cambió a una escena del desayuno en el comedor, donde la niña revolvía su cacao con la cuchara flotando en el aire, ajena a lo extraordinario de la escena. Y lo peor llegaba al final, cuando un mensaje breve y conciso cerraba el vídeo:

Tengo muchos más

Un escalofrío recorrió su espalda mientras el miedo se instalaba en su pecho. Debió quedarse pálida, porque Devlin no tardó en darse cuenta de que algo no estaba bien.

—¿Caitlyn qué…?

Ella se limitó a tenderle el teléfono, donde él solo tuvo que darle al *play* para entender su angustia.

—Joder —se le escapó, y se puso en pie para hablar con Caitlyn lejos de los oídos de la pequeña—. ¿Acabas de recibirlo?

La chica asintió.

—En mi email. —Lo miró con los ojos acuosos—. Devlin que…

—Tranquila —le pidió—. Voy a hacer una llamada.

Muy atenta, vio que él marcaba un número y hablaba al teléfono con un tal Callum, al que le contaba lo sucedido.

Cuando colgó, miró a Caitlyn.

—¿Quién es Callum? —se interesó la chica.

—Mi hermano —contó—, y el experto en informática de la familia. Encontrará el rastro del email, te lo aseguro, junto con la persona que lo envió.

—¿Qué crees que quieren? —interrogó.

—Algo me dice que no tardaremos en saberlo —declaró Devlin, convencido—, pero debes estar preparada y esperar cualquier cosa.

Ella se estremeció de forma inevitable y se abrazó a sí misma.

—Ambos vídeos están hechos en el hotel —expuso Devlin con el entrecejo fruncido.

—El de las hadas es del día de la boda de Selena, cuando Anna cumplió los cuatro años.

—¿Y de eso hace…?

—Dos meses.

—Joder, pues ya lleva tiempo muy pendiente de vosotras —dijo, preocupado—. Puede tener muchos vídeos como este.

Caitlyn se estremeció.

—¿Cómo no me he dado cuenta? —se lamentó.

—Esta gente es cautelosa —opinó Devlin.

Estaban en problemas, aquello era obvio, y Caitlyn empezaba a angustiarse más a cada segundo que pasaba.

—Debimos irnos del hotel mucho antes —se lamentó ahora.

Devlin no respondió. Ambos sabían que tenía razón, que estaban muy expuestas en aquel lugar.

—¿Por qué no lo has hecho? —acabó interrogando Devlin tras mirarla en silencio mucho rato.

—¿Qué?

—Dijiste que tu familia vive en Edimburgo —expuso—, ¿por qué tu hija y tú os alojáis en un hotel?

Caitlyn se quedó un tanto aturdida por la pregunta. La respuesta era demasiado complicada.

—Imparto clases de Literatura en la Universidad de Aberdeen —se le ocurrió—, que está a quince minutos de aquí.

—Y no hay universidades en Edimburgo, claro.

El tono irónico le molestó.

—Nada de eso es relevante ni de tu incumbencia —repuso con acritud.

—Pues ahí te equivocas —expuso Devlin—, porque no sabemos quién está detrás de ese vídeo, ni cómo ha llegado hasta ti.

—Mi familia no tiene nada que ver con esto —aseguró—. Hace cinco años que no tengo mucho contacto con ellos, solo hablamos

por teléfono.

—¿Por qué?

—Eso no te importa.

Él la miró ahora con una expresión mezcla sorpresa y frialdad, y dijo lo último que Caitlyn esperaba escuchar.

—A tu padre no lo conozco mucho —clavó una mirada incisiva en ella—, pero Kyle siempre fue protector contigo.

A Caitlyn se le secó la garganta y lo miró a los ojos, sorprendida. Sintió un nudo en el estómago tan fuerte que apenas podía respirar. Su mente trabajaba ahora a toda velocidad buscando una salida, una excusa, pero no la había. En sus ojos vio una certeza inquebrantable. No dudaba. No estaba preguntando. Lo sabía.

—¿Cómo…?

—¿Cómo lo sé? —Ella asintió—. Eso no importa, por qué no me lo has dicho tú, esa es la gran pregunta, por qué has fingido no conocerme.

El aire pareció volverse espeso a su alrededor. Que sus secretos comenzaran a exponerse no era una buena noticia. ¿Qué más secretos podían estar a punto de revelarse? Aquello la enfermó.

—Eh…, yo…

—No es momento de titubeos, Caitlyn, sino de hablar con la verdad.

El corazón de la chica latía como un loco.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora? —interrogó Caitlyn, probando a hacerse la ofendida, que era preferible que ser la responsable, pero no coló.

—Eso no importa —afirmó Devlin—, la cuestión es por qué has callado tú. Te pregunté de qué nos conocíamos y…

Ella rio con frialdad.

—¿Y vas a decirme que te sonaba mi cara de aquellos días? —dijo, incrédula—. No me hagas reír.

—No, es evidente que no me podías sonar —sonrió con frialdad —, porque todos en tu familia os encargasteis de ocultarte muy bien —la miró incisivo—, me pregunto por qué.

—Estás paranoico.

—Kyle me aseguró que eras una mundana —expuso—, eso no tiene nada de paranoico, es una mentira en toda regla, una sin sentido —opinó—. A no ser que haya algo más que…

—¡No tengo por qué darte explicaciones, Devlin McAllister! —interrumpió, con los nervios agarrotándole la garganta—. Nada de todo aquello tiene que ver con ese vídeo ni ayuda a Annabella para nada.

Cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con lo que esperaba que fuera frialdad.

—Así que, si no estás dispuesto a ayudarme con esto —izó el teléfono—, prefiero que salgas de mi habitación, tengo que pensar en qué voy a hacer.

Él la miró con un gesto hosco.

—No tengo más remedio que ayudarte, velkana, quiera o no —apretó los dientes con irritación—, porque ese vídeo nos expone a todos, y hay que atajar el problema de raíz.

—Bien, entonces ¿qué sugieres?

—Que dejes de ocultar cosas —replicó, irritado—, porque cualquiera puede estar relacionado con quien mandó el vídeo.

—Mi padre y mi hermano no tienen nada que ver —insistió.

—Bien, pues entonces, te guste o no, ha llegado el momento de que me des un nombre.

Caitlyn lo miró con cierta ilusa confusión.

—¿Qué… nombre?

Él la contempló con una mezcla de irritación y hastío.

—¿Qué nombre va a ser, Caitlyn? —declaró entre dientes—, ¡el del padre de tu hija!

Capítulo 15

—Mi papá es un sahir.

Ambos contemplaron a la pequeña que les devolvió una mirada cargada de orgullo. Caitlyn tenía la garganta seca, y agradeció la intervención de Annabella, porque no estaba segura de poder articular una sola palabra en aquel instante.

—Sí, lo sé —sonrió Devlin con evidente tensión.

—Mami no sabe dónde está —explicó.

Devlin miró a Caitlyn con cierta severidad ahora.

—Pero sí sabe su nombre —susurró él solo para los oídos de Caitlyn.

«Ay, por Dios, ¿qué hago?». Él parecía ahora enfadado frente a su silencio y aquello la aterraba. No tenía pinta de ir a tomarse bien la verdad que rondaba en el aire. Era tierno y atento con Annabella, ¿y si de repente quería ser su padre en todos los sentidos?, ¿y si acababa viéndola a ella como el enemigo a batir?

Aquello la ayudó a reponerse y encontrar fuerzas.

—No, no tengo ni idea de cómo se llama —afirmó alto y claro.

«No vas a quitarme a mi hija, no voy a permitirlo», pensó abatida.

Devlin la miró con cierta sorpresa.

—¿Qué pasa? —leyó Caitlyn en su rostro sin problema—. ¿Es que tú nunca te has acostado con alguien de quien no sabías nada?

«Ja, a ella le constaba que sí, así que se le ocurriera negarlo».

—¿Te metiste en la cama de un desconocido? —interrogó él en un evidente tono acusatorio.

«¡Será hipócrita! ¿Acaso no había hecho él eso mismo? ¡Y con ella!».

—Eso hice, sí —sonrió irónica, solo para esconder sus nervios—. Y aunque confieso que fue un sexo de lo más mediocre y olvidable, me dio lo mejor que tengo: a mi hija.

Era evidente que él estaba desconcertado.

—¿Dónde lo conociste?

—En la barra de un bar.

«Aquello no faltaba del todo a la verdad».

—¿Y no tienes ni idea de quién es?

—Ni siquiera sabía que fuera un sahir —declaró, cruzando los brazos sobre el pecho para mirarlo con cierta censura—. De haberlo sabido, jamás habría dejado que me tocara un solo pelo.

Él le devolvió un gesto cínico.

—No me mires así —apretó los dientes, leyendo su mente sin problema—, tú tampoco vas a volver a tocarme.

Ahora lo vio sonreír con una arrogancia que no presagiaba nada bueno, pero pareció recordar a tiempo que no era el momento para ciertas cosas.

—Pues no tenemos nada —repuso Devlin ahora.

—Ni lo tendremos —apostilló.

Él volvió a sonreír.

—Me refiero a pistas sobre quién puede estar detrás de los vídeos.

Caitlyn se puso como un tomate, y Devlin sonrió a medias.

—Pero me sorprende tu obcecación en dejar claro que entre nosotros no pasará nada más —posó en ella una mirada brillante—. Supongo que intentas convencerte a ti misma. Me pregunto por qué.

Le habría pegado con gusto.

—Pero deja de hablarme de sexo, Caitlyn —apostilló—, tenemos que centrarnos en…

—¡Vete a la mierda!

—¡Respétame un poco, maldita sea!

—Tienes razón, lo siento —se disculpó, pero lo estropeó al añadir—: Váyase usted a la mierda, alteza.

Se alejó hacia el baño hecha una furia, aunque no era más que una forma de esconder la ansiedad y el miedo sobre todo lo que se le venía encima. Estaba perdiendo los papeles.

Cuando salió del baño, algo más calmada, encontró a Selena y Joss en la suite, y su amiga se acercó a ella en cuanto la vio

aparecer.

—Estás pálida —se preocupó Selena mirándola con atención—. ¿Te encuentras bien?

Caitlyn suspiró. Ojalá pudiera sincerarse con alguien, iba a volverse loca.

Observó a los dos hombres que conversaban con naturalidad un poco más allá, como si llevaran años conociéndose, aunque apenas habían sido presentados unas horas antes. Caitlyn los observó con interés. La historia de Joss y Selena había sido intensa, y de alguna manera marcada por los McAllister, que los había entrelazado en el mismo destino. Quizá por eso más que simples conocidos parecían viejos amigos que compartían un respeto silencioso y una conexión forjada en medio del caos.

—Apenas he dormido —confesó Caitlyn.

—¿Y eso?

—Tengo demasiadas preocupaciones —admitió—, y han empeorado esta mañana.

Su amiga la miró confusa.

—¿Qué ha pasado?

En ese momento fue Devlin quien contestó, puesto que se lo estaba contando a Joss. Cuando acabó de resumirlo, se hizo un largo silencio.

—¿Y qué creéis que quiere? —interrogó Joss tras reponerse de la sorpresa.

—Vete a saber —opinó el sahir—, habrá que esperar a que quiera volver a ponerse en contacto.

Selena abrazó a Caitlyn, que estaba al borde del llanto de nuevo.

—Aprovecho para decirte que dejo el hotel —contó Caitlyn, ahora sí con lágrimas en los ojos.

—¿Os vais?

El gesto de tristeza de su amiga fue evidente, tanto que Joss caminó hasta ella para abrazarla, y le dio un suave y dulce beso en los labios para consolarla.

—Sabías que este momento llegaría, Lena —le susurró el chico, mirándola como solía hacerlo, con el amor más puro brillando en sus

ojos azules—. Te prometo que iremos a verlas a menudo, ¿sí?

Selena asintió y ahora fue ella quien besó sus labios.

Caitlyn los observó con el corazón dolorido y suspiró. De repente se encontró anhelando con toda su alma un amor como el suyo, capaz de resistir tormentas, de desafiar al destino y salir victorioso.

Evitó por todos los medios mirar a Devlin, pero no lo logró. Se sorprendió al ver que él también observaba a la pareja con una expresión extraña, sin decir palabra.

El teléfono de Devlin interrumpió el silencio. El chico contestó con un evidente gesto de extrañeza y activó el manos libres.

—Dime, Callum —contestó de inmediato—, no puede ser que ya tengas algo. Eres bueno, pero…

—El problema es lo que no tengo.

—No te entiendo.

—El email se ha evaporado —aclaró—, pídele a Caitlyn que lo abra.

La chica se apresuró a hacerlo de inmediato.

—Te está escuchando, dale un segundo.

Caitlyn buscó por todas partes, pero no halló nada.

—Ya no está —lo miró confusa—, y el vídeo tampoco.

Desconcertado, Devlin quitó el manos libres y se puso el teléfono al oído.

—¿Se puede borrar un email ya enviado?

—Sí, si sabes cómo hacerlo —declaró Callum—, pero no me preocupa ese email, puedo recuperarlo sin problema, me preocupa…

—Que lo hayan borrado —adivinó Devlin casi en susurros.

—Dev… —interrogó ahora Callum con cierta preocupación—, ¿cuánto has tardado en llamarme desde que habéis visto el vídeo?

—Segundos.

—Pues… —No necesitó decir nada más.

—Mierda, joder —replicó Devlin, mirando tanto a la niña como a Caitlyn con preocupación—. Hablamos luego.

Colgó el teléfono.

La angustia en el rostro de Caitlyn mientras aguardaba a que él hablara era evidente.

—¿A quién le apetece salir a dar un paseo? —repuso Devlin dejando a Caitlyn perpleja.

—¡A mí, a mí! —gritó Annabella.

—Pero… —intentó intervenir su madre.

Devlin caminó hasta Caitlyn y para su asombro la tomó entre sus brazos. La pilló tan desprevenida que no supo reaccionar.

—Devlin…

—Calla —le susurró él al oído, y ella se estremeció sin remedio.

—Si esto es una estrategia para…

—Tienes escuchas en la suite.

Ella guardó silencio.

—No sé cuántas, dónde y si son solo de audio —continuó diciéndole, besándole ahora el cuello.

—Eh…, eh… —Dios, si seguía así pronto no podría pensar—, te estás aprovechando de la situación —gimió cuando él le mordió el lóbulo de la oreja.

—Si hay alguna cámara, no podemos arriesgarnos a llamar la atención.

—No entiendo nada —musitó con cierta ansiedad.

—Ni yo, pero te prometo que averiguaré qué está pasando.

Y, por alguna extraña razón, Caitlyn le creyó. Quizá era un poco ilusa, pero se sentía segura con Devlin a su lado, al menos frente a terceros.

—Vale, Annabella, pues vámonos a dar un paseo —le dijo a su hija.

Se giró hacia la pequeña y solo entonces fue consciente de la expresión mezcla sorpresa y picardía con la que tanto Selena como Joss observaban la asombrosa escena.

—Eso… no era lo que parecía —murmuró Caitlyn al pasar junto a su amiga.

Selena la miró con una sonrisa.

—¿No? Pues es una pena, porque…

Caitlyn no se paró a escuchar la frase completa, y no dudó ni por un segundo de la mirada cómplice que habrían intercambiado Selena y Joss, pero no estaba el horno para bollos, aunque… lo llevara siempre con la función de precalentamiento activada.

«Oh, joder, estoy enferma».

Cuando salieron al pasillo, Devlin sacó su teléfono de nuevo mientras Caitlyn ponía al día a Joss y Selena sobre lo poco que sabía.

Devlin se agachó frente a la niña e intentó sonreír.

—Me prestas el Orbis un ratito —le pidió.

La pequeña le tendió la esfera sin pensarlo. Devlin le dio las gracias y se puso en pie.

—Llevaos a Annabella de aquí, por favor —le pidió a Caitlyn ahora.

La chica se giró hacia Selena y Joss con un ruego evidente en la mirada.

—Ven, Anna, vamos un ratito a la playa, ¿quieres? —propuso Selena ahora.

—Id vosotras —pidió Joss—, yo me quedaré a ayudar a Devlin.

—No, yo me quedo —anunció Caitlyn, sorprendiendo a todos.

Devlin intentó oponerse, pero ella no le permitió decir ni una palabra.

—Es mi suite y es mi hija —le recordó con firmeza—. No voy a ninguna parte, y llamaremos menos la atención que si te quedas solo, ¿no te parece? No pintas nada en mi alcoba.

El suspiro de evidente hastío de Devlin habló por sí solo. Un minuto después, Joss y Selena se alejaron por el pasillo jugando con la niña, izándola cada uno de una manita.

—Me dices qué demonios está pasando —se giró Caitlyn a mirarlo.

—Alguien tiene mucho interés en conocer todos tus movimientos —declaró Devlin.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque han tardado solo unos pocos minutos en borrar el email —explicó—, en cuanto se lo he contado a Callum.

Caitlyn entendió ahora por qué con rapidez habían deducido lo de las escuchas. Era evidente que estaban oyendo todo cuanto se hablaba en la suite.

Devlin sacó unos cascos inalámbricos de su bolsillo, le tendió uno a Caitlyn y se puso él el otro. Después, marcó un número de

teléfono de nuevo y se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Callum, ya estamos fuera —contó en un tono que no podía disimular la ira cuando contestaron al otro lado—. Y quiero pillar a ese cabrón, no solo inhibir la señal.

Caitlyn estaba algo angustiada con el giro de acontecimientos, pero no pronunció una palabra. Se centró en lo que decía la voz profunda, muy parecida a la de Devlin, que llegaba desde el otro lado.

—Necesito saber qué tipo de escuchas está usando para delimitar el rango de alcance —pidió Callum.

—Bien, dime qué hago, pero si se huele que lo hemos descubierto, le perderemos el rastro —le recordó Devlin—, y eso no puede pasar.

—Pues habrá que ir con cuidado —admitió Callum—. ¿Tienes el Orbis a mano?

—Claro, sí.

Caitlyn estaba cada vez más perpleja. Por la forma en que hablaban y se entendían entre ellos, tenía la sensación de que hacían aquel tipo de cosas cada fin de semana.

—Úsalo para interferir la señal —propuso.

—Es posible que haya alguna cámara —le recordó Devlin—, habrá que disimular muy bien.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —se interesó su hermano.

Devlin miró a Caitlyn a los ojos con tal intensidad que ella se estremeció de la cabeza a los pies, y mucho más cuando le aseguró a Callum:

—Me las apañaré —sonrió, le quitó la tarjeta de la puerta a Caitlyn de las manos e interrogó—: ¿Lista…, cariño? Estás a punto de representar el papel de tu vida.

—¿Con quién narices estás hablando? —preguntó Callum con curiosidad.

—Caitlyn está conmigo.

—¿La velkana? —inquirió en un tono de sorpresa.

—Sí, la velkana, y puede oírte —le advirtió a su hermano.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio, y Devlin aprovechó para hablar.

—Bueno, vamos allá. —Miró a Caitlyn—. No sabemos si hay una cámara en la habitación. Si se da cuenta de que lo hemos descubierto, será difícil cogerlo.

—¿Y me lo estás contando para tontos o qué? —protestó Caitlyn, malhumorada—. Creo que a estas alturas lo tengo todo muy claro.

—Joder, no sabe uno cómo acertar —se quejó Devlin.

—No tratarme como si fuera imbécil siempre será un acierto —insistió la chica.

Y escucharon a Callum reír divertido al otro lado de la línea.

Devlin suspiró hastiado.

—Vamos a entrar —la miró con sorna—, sé complaciente, preciosa.

—Si te pasas de la raya, te tragas los dientes —advirtió Caitlyn.

Por el sonido ahogado del auricular, era evidente que Callum había tapado el micro para poder reírse a placer.

—No seas tan dura —se mofó Devlin—. Mi hermano va a pensar que no te gusto ni un poquito, y los dos sabemos que nada más lejos de la realidad.

Caitlyn se puso roja como la grana y lo mató con la mirada.

—Así me gusta, calladita y sumisa —sonrió.

El pellizco en el costado que recibió como respuesta le arrancó una exclamación de dolor.

—Joder, ¿también te va el sado o qué?

—¿Así que el gran sahir es humano? —se burló, aunque un poco pesarosa.

—No me provoques, porque te estás ganando una demostración de cuánto.

—Pues como el Orbis ese no sea capaz de fundirme a mí los plomos…

—No necesito un Orbis para eso —aseguró Devlin.

—Ewan se va a tirar de los pelos por haberse perdido todo esto —murmuró Callum al otro lado en un tono divertido.

Tanto Caitlyn como Devlin guardaron silencio. Aquella era la segunda vez en la mañana que se olvidaban de todo, absortos en el otro.

—Vale, acabemos con esto —aceptó Devlin.

Sin esperar el visto bueno de Caitlyn, usó la llave para abrir la puerta. Después, tomó su mano para arrastrarla con él a la habitación, tiró de ella hacia sus brazos en cuanto cerró tras él y la acorraló contra la puerta.

—Devlin… —se quejó en susurros, viéndose demasiado atrapada.

—*Shhh*, calla —exigió él, metiendo la nariz en su cuello y aspirando su aroma—. Necesito centrarme en el Orbis para poder interceptar la señal.

El corazón de Caitlyn latía con fuerza descontrolada, cada vez más rápido, cada vez más alto, como si amenazara con delatarlos. Devlin recortaba la distancia entre ellos con un propósito claro, sujetando el Orbis con la mano izquierda mientras con la otra la atraía cada vez más hacia él. Atrapada entre el calor de su cuerpo y la intensidad de su mirada, Caitlyn no podía hacer otra cosa más que dejarse arrastrar.

Cuando sintió sus labios sobre la piel de su cuello, tuvo que contener un gemido. Su respiración se aceleró de forma inevitable, ¿y no era la de él la que sentía caliente y entrecortada sobre su piel?

—¿Cuánto más necesitas para…? —Caitlyn empezaba a no poder contener las manos.

—Calla —rogó Devlin lamiendo ahora la piel de su cuello—. Estoy ubicando las señales de audio.

Caitlyn cerró los ojos. Aquello era una locura.

—Estás… abusando de la situación —logró decir, pero fue un susurro débil, sin fuerza.

—No podemos permitirnos que nos descubra —susurró ya sobre su boca.

—Ni se te ocurra… —rogó Caitlyn, pero la súplica carecía de convicción.

—*Shhh*, no te muevas, ya las tengo localizadas —murmuró, rozando la nariz contra la suya—. Necesito concentrarme, yo…, eh… ¡Joder! —Devoró sus labios sin contención posible.

El contacto fue explosivo. Una colisión de deseo contenido demasiado intensa. La boca de Devlin se apoderó de la suya con

hambre, con desesperación, con una entrega feroz a la que Caitlyn no pudo ni quiso resistirse.

El Orbis vibró con fuerza en la mano de Devlin, como si respondiera al torrente de emociones que los envolvía. Un zumbido grave inundó la habitación y, de repente, una chispa saltó de la esfera, iluminando el espacio con un destello cegador. El aire pareció cargarse de electricidad justo antes de que un chasquido seco rompiera el silencio. Luego otro. Y otro más.

Sin previo aviso, las escuchas ocultas en la lámpara de la mesilla explotaron con un crujido esparciendo pequeñas chispas. Una cámara camuflada en la rejilla del aire acondicionado emitió un sonido agudo. El cristal de su lente se resquebrajó con un estallido tan violento que la rejilla salió disparada. Uno tras otro, los dispositivos ocultos en la habitación chisporrotearon y estallaron en pequeños fogonazos eléctricos, como si una tormenta invisible se hubiese desatado en su interior.

Devlin y Caitlyn se miraron entre sí, sorprendidos, con el pecho agitándose y la respiración acelerada, y pasearon la mirada a su alrededor, muy asombrados.

El sonido de un bufido exasperado llegó desde el teléfono de Devlin, que seguía en llamada con Callum.

—¡Por el amor de Dios, Devlin! —bramó desde el otro lado de la línea—. ¡¿Qué demonios está pasando ahí?!

Caitlyn y Devlin se miraron entre sí, respirando con dificultad.

—*Ehm*… —Devlin carraspeó, pasándose una mano por el rostro —. Ha sido… un accidente técnico —le dijo a su hermano.

Caitlyn lo fulminó con la mirada, aún sin aliento.

—¿Un accidente? —repitió Callum con incredulidad—. ¿De qué magnitud?

Posando una mirada de irreprimible lujuria sobre ella, Devlin declaró:

—En este momento…, enorme, diría yo. —La atrajo contra su erección.

Caitlyn sintió que el calor subía a su rostro con un rojo escandaloso y le arreó un manotazo. Devlin sonrió a medias, y, de mala gana, la soltó y se centró al fin en el estropicio de la

habitación. Se acercó hasta la lámpara, le hizo una foto y se la mandó a su hermano.

—Joder, Dev, solo tenías que neutralizarlo y lo has frito por completo —se quejó su hermano—. ¿Qué coño ha pasado?

El gesto algo mezcla irritación y azoramiento con el que miró a Caitlyn la fascinó. ¿Ahora estaba avergonzado?

—No lo sé, Callum, se me ha ido de las manos.

—¿Perdona? —se sorprendió—. ¿Desde cuándo pierdes el control así?

—¡Bueno, ya está! —protestó, y de repente parecía evitar mirarla—. Ha pasado, punto, ¿qué hacemos?

Callum suspiró resignado.

—¿Cuántas escuchas había?

Devlin volvió a centrar la vista en el Orbis, que todavía ardía en su palma, despidiendo pequeñas ráfagas de energía.

—Tres y una señal de vídeo. —Apretó los dientes—. Voy a matar a ese cabrón.

Recorrió la habitación hasta localizar todas ellas, y envió diferentes fotos a su hermano desde todos los ángulos.

Horrorizada, Caitlyn sintió un escalofrío recorrerle la espalda al comprender la magnitud de lo que aquello significaba. Alguien había estado observándola, siguiendo cada uno de sus movimientos, viéndola en los momentos más íntimos de su día a día: despertar, cuidar de Annabella, reír, hablar sola cuando pensaba que nadie la escuchaba…, incluso desnudarse.

El asco y la indignación la golpearon al mismo tiempo, mezclándose con un miedo visceral que le atenazó el pecho. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba ocurriendo, ni qué más había captado aquella mirada invisible, pero no dudaba de que tendría un sinfín de vídeos de Annabella usando su telequinesis sin restricciones, puesto que aquel era el único lugar donde ella misma le permitía hacerlo.

Le temblaron las rodillas y tuvo que tomar asiento en el sofá

—¿Se habrá dado cuenta de que lo hemos descubierto? —preguntó Caitlyn casi en un susurro.

—No tiene por qué —dijo Devlin intentando mantener la calma —. Incluso si estaba viendo las cámaras en tiempo real, solo nos habría visto… distraídos. Podría pensar que ha sido un simple fallo en la corriente.

—Entonces, ¿todavía podemos pillarlo? —insistió Caitlyn, aferrándose con desesperación a esa posibilidad—. Tiene que tener montones de vídeos de Annabella.

Su respiración se volvió errática, al borde de la hiperventilación.

—Tranquila —le pidió Devlin con voz firme—. Callum hará su magia. Seguro que puede rastrear la señal o al menos seguir el rastro del email para…

—En realidad, Dev —interrumpió su hermano al otro lado del teléfono—, es mucho más sencillo que todo eso, aunque también más inquietante.

—¿Qué pasa?

—Todos los dispositivos que me has enviado en las fotos funcionan por radiofrecuencia.

Devlin se quedó inmóvil en mitad de la sala.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—Hijo de puta. —Apretó los dientes—. ¿Alcance?

—Doscientos, trescientos metros como mucho —confirmó.

El músculo en la mandíbula de Devlin se tensó, y Caitlyn notó cómo se le helaba la sangre en las venas.

—¿Qué significa eso? —preguntó, poniéndose en pie, cada vez más nerviosa.

Devlin la miró con un gesto serio, y cuando habló, su voz era un susurro cargado de tensión contenida.

—Significa que ese cabrón está en el hotel.

Capítulo 16

Una hora más tarde, sentada en la suite de Selena y Joss, Caitlyn empezaba al fin a controlar la ansiedad. Annabella jugaba con su Orbis unos metros más allá, ajena a todo el caos, mientras decidían cómo proceder.

Joss se había ofrecido a ordenar un registro de todas las habitaciones del hotel hasta encontrar a quien estuviera detrás de aquello, pero Devlin había preferido llevarlo con algo más de discreción. Si decretaban un estado de alarma, el tipo se largaría antes de que pudieran darle caza, y aquello no se lo podían permitir, era demasiado peligroso, y Davina estuvo de acuerdo. Debían ser más listos que él si querían recuperar hasta el último vídeo que tenía en su poder.

—¿Crees que querrá entrar de nuevo en la suite para ver qué pasó con las cámaras? —se preocupó Joss.

—Devlin ha levantado un velo protector —anunció Davina—. Si lo intenta, lo sabremos al instante.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —interrogó Caitlyn, angustiada—. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—No, pero debemos ser cautos —opinó Devlin, y miró a Joss y Selena—. ¿Tenéis algún tipo de llave maestra para todas las habitaciones?

—Sí, en la caja fuerte —contó Selena—, pero creí que habías dicho que no querías llamar la atención.

Devlin asintió.

—Y no lo haré.

—Entonces, ¿cómo…?

Para evitarse las explicaciones innecesarias, Devlin usó su don espectral y se desvaneció de la vista de todos.

—¡Joder! —exclamó Keira, y miró a su amiga—. ¿Sabías que podía hacer eso?

Caitlyn asintió y, por algún absurdo motivo, no pudo evitar ruborizarse.

—Me colaré en cada habitación sin llamar la atención —declaró Devlin, volviendo a materializarse.

—Voy contigo. —Se puso Caitlyn en pie con rapidez.

—Ni hablar.

—Pero…

—¿Puedes desvanecerte de la vista de todos?

—No, pero…

—Asunto zanjado.

—¡Ni zanjado ni hostias! —Lo miró con irritación—. Me dijiste que podías ocultarme junto contigo solo con tocarme.

«Podría hacerte el amor en una habitación llena de gente… sin que nadie viera nada», había dicho con exactitud.

Él clavó en ella una mirada intensa. Era obvio que también recordaba cada palabra.

—Lo que tenía en mente cuando te dije eso no era ponerte en peligro.

—¿No? Pues a mí aquello me parecía mucho más peligroso —replicó, observándolo con lo que esperaba que fuera frialdad y sin ruborizarse.

Se sostuvieron la mirada durante unos eternos segundos, ajenos por completo a la curiosidad con la que eran observados desde cada punto de la suite.

—Eres muy desesperante, velkana —se quejó Devlin entre dientes.

—Quizá eso me importaría algo más que un comino si no viniera de un sahir.

Cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró desafiante.

Devlin acabó soltando un improperio y se giró hacia Joss.

—¿Esa llave…?

—En la caja fuerte del despacho de dirección —le confió el chico, caminando ya hacia la puerta.

Tanto Devlin como Caitlyn fueron tras él.

—Esperad un momento —casi gritó Selena ahora.

Devlin se detuvo en seco, Caitlyn iba distraída y se chocó contra él y se mataron con la mirada un segundo después. Por suerte, Selena habló rápido.

—Empezad por la habitación treinta y dos de la segunda planta.

—¿Por qué?

—Hace bastantes días, desde el departamento de limpieza protestaron porque al tipo que la tiene reservada le molesta mucho que entren incluso a hacer las camas —contó—, aunque es posible que no tenga nada que ver.

—Pero por algún sitio hay que empezar —sonrió Devlin ahora—. Buen apunte, gracias.

A Caitlyn le dieron ganas de golpearlo. ¿Por qué a ella nunca le sonreía con aquella sinceridad? Siempre que lo hacía era para burlarse o… para tontear.

Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa ahora? —interrogó Devlin cuando se giró hacia ella.

—¿A mí? —Intentó cambiar el gesto por otro de pura inocencia.

Él la contempló con una expresión mordaz y repuso:

—Si quieres medicarte o algo antes de irnos…

—¡Ja! Me parto —ironizó—. El puesto de bufón es todo tuyo, ya no necesitas seguir haciendo méritos, deja de esforzarte.

Avanzó hacia la puerta mientras Devlin soltaba un improperio tras otro por lo bajo y la seguía al pasillo.

Cuando salieron, Keira rompió a reír sin remedio.

—¿Sueno muy loca si os digo que hacen un parejón?

—Cada uno suena como lo que es —opinó Davina ahora.

—Abuela —fingió asombrarse—, ¿acabas de hacer un chiste?

La mujer esbozó una media sonrisa.

—Ay, Dios, y ahora sonríes —suspiró Keira de forma exagerada, y cogió asiento—. ¡El mundo se acaba! ¿Qué está pasando?

∞∞∞

El aire en el pasillo se sentía más denso de lo normal, aunque quizá era la tensión recorriendo cada fibra del cuerpo de Caitlyn mientras se detenían frente a la puerta de la habitación que debían allanar. Nerviosa, aguardó el instante en el que Devlin tuviera que tocarla para ocultarla junto con él con su don espectral; al que, dicho sea de paso, podrían haberle puesto otro nombrecito, porque aquel no daba lo que se dice confianza.

—Es esta —declaró deteniéndose frente a la puerta cerrada, comprobando a izquierda y derecha que el pasillo estaba vacío.

Sin previo aviso, Devlin la atrajo hacia sí por la espalda, rodeándola con un abrazo firme que le robó el aliento. Caitlyn sintió su pecho sólido contra su espalda y el calor de su cuerpo la envolvió por completo, mientras él inclinaba la cabeza hasta rozarle la sien.

—¿Es necesaria tanta cercanía? —protestó.

—Sí —murmuró con la voz ronca vibrando en su oído—. Quédate quieta.

Ella intentó apartarse un poco, con la respiración acelerada, pero él reforzó el agarre, pegándola aún más a su torso.

—Devlin… —su protesta fue un susurro tembloroso.

—Haberte quedado en la habitación de Selena —replicó con una calma peligrosa.

Sintió sus manos en la cintura y un ardor sofocante la recorrió de la cabeza a los pies. Casi podía sentir el calor de sus dedos por encima de la fina tela de su camiseta.

—Devlin, por favor…

Él no se hizo el loco.

—Si te separas, se romperá el efecto —susurró en su oído con un aliento cálido rozándole la piel, que ardía con cada roce.

Caitlyn no pudo contenerse y movió sus caderas hacia atrás por pura necesidad, incluso sin ser consciente de ello, y lo que encontró tras ella, enorme y firme, bien podía ser su paraíso soñado. Se le escapó un gemido sordo.

—Joder… —lo escuchó protestar—, esto es… una puta tortura.

Puso las manos en sus caderas y la atrajo con fuerza hacia su erección, y Caitlyn gimió cuando la sintió enorme contra su trasero.

—Devlin… —jadeó sin remedio.

—Lo siento —le besó el cuello—, no sé qué tienes, pero no puedo contenerme.

Caitlyn suspiró y se meció contra él. Ella lo entendía mejor que nadie. El fénix de su espalda ardía con fuerza ahora, y era como si algo en su interior le gritara que solo él podría calmar el ardor. Era una sensación visceral, imposible de entender.

—¿Cómo de… fiable es tu don? —preguntó, desesperada por ser suya en ese preciso instante.

—Al cien por ciento —declaró, gimiendo en su oído al mismo tiempo que metía la mano por la cinturilla de los leggins femeninos.

—Oh, por Dios, esto no…

Pero sí. Si él lo decidía así, no podría hacer nada para impedirlo, porque todo su ser lo pedía a gritos. Aquellos dedos rondaron la cintura de sus leggins, se adentraron muy despacio unos centímetros… y se detuvieron acompañados de un suspiro de frustración pocos segundos después.

—Joder, me nublas el juicio —lo escuchó murmurar en su oído.

Y retiró su mano de forma automática, dejándola temblando de deseo, hasta que el bochorno fue insoportable. Era la segunda vez que le hacía aquello. Se revolvió entre sus brazos e intentó alejarse, y no le habría importado que el suelo se hubiera abierto en ese instante bajo sus pies y la hubiera engullido hasta el corazón de la tierra.

No podía hablar, no podía mirarlo, no podía casi ni respirar, y buscaba alimentar su furia de un modo desesperado para soportarlo.

—Quieta —rogó Devlin, que también sonaba diferente ahora—. Entremos primero en la habitación.

Sacó la llave maestra que Joss le había dado y ambos se colaron en la suite y cerraron la puerta tras ellos.

De inmediato, Caitlyn se revolvió, obligándolo a soltarla, y Devlin levantó el velo que los ocultaba. Por desgracia para ella, lo hizo demasiado cerca del espejo junto a la entrada, y su propio reflejo la sobresaltó al aparecer de improviso, arrancándole un grito inevitable. Devlin rio a carcajadas, y ella le arreó un manotazo por puro instinto. Y, de alguna manera, aquella tontería ayudó a normalizar un poco la situación.

Después, puso distancia y esquivó su mirada, intentando centrarse en la propia habitación, pero no podía evitar observarlo de reojo mientras él parecía distraído mirando a su alrededor. Lo deseaba aún con todas sus fuerzas, y sentir dentro de ella aquella parte que se había apretado contra su trasero… la obsesionaba. Para complicar las cosas, su erección era aún mucho más que apreciable dentro de sus pantalones.

Tuvo que mirar hacia otro lado y concienciarse de lo que estaban haciendo allí. La habitación estaba en penumbras, sería mejor abrir las cortinas para…

¡Zas! Se abrieron solas de un fuerte y enérgico movimiento. Caitlyn volvió a gritar, sobresaltada, y miró a Devlin un tanto irritada, que no podía disimular una sonrisa divertida.

—¿Te importaría avisarme antes de hacer esas cosas? —Apretó los dientes.

—¿Y perderme la diversión?

—¡Me vas a matar de un infarto! —protestó—. ¿Eso quieres?

Él la contempló con una sonrisa descarada y paseó sus ojos por todo su cuerpo, de la cabeza a los pies.

—Quiero muchas cosas —declaró en un tono ronco—, pero para todas ellas te necesito bien viva y colaborando.

Caitlyn tragó saliva y se obligó a desviar la mirada por la habitación, siendo consciente ahora del cuenco con agua y comida que había junto a la puerta del baño. Él también miró ambas cosas.

—¿Qué te juegas a que es la habitación del tipo del chiguagua?

—Últimamente me lo encuentro por todas partes —dijo Caitlyn en un tono de sorpresa.

—Y ya sabemos por qué —opinó—, no creo que sea una coincidencia.

Devlin se centró en registrar los armarios mientras Caitlyn recorría la estancia con rapidez, hasta que posó sus ojos sobre el escritorio y su pulso se desbocó. Allí, un pequeño dispositivo con varias luces intermitentes parpadeaba junto a un ordenador portátil encendido. Se acercó con cautela, movió el ratón para desbloquear la pantalla y soltó una exclamación ahogada, que llamó la atención de Devlin.

—No puedo creerlo.

Montones de miniaturas de vídeos se veían en la pantalla, y era evidente que todos ellos eran suyos y de Annabella.

—¡Hijo de puta! —exclamó Devlin entre dientes.

Caitlyn sintió náuseas. Allí estaba cada instante cotidiano de su vida, convertido en una exhibición privada para ese enfermo. La imagen de su hija revolviendo el cacao sin tocar la cuchara, las hadas flotando sobre su cabeza, ella misma en la intimidad de su habitación, de su cama. El estómago se le encogió y tuvo que sofocar una arcada.

Él observaba la pantalla junto a ella, su mandíbula estaba tensa, los puños cerrados con una furia contenida.

—Devlin… —su voz fue un susurro desgarrado al posar sus ojos en una nota que había sobre la mesa, tras el teclado.

Si no quieres que estos vídeos salgan a la luz,
ya sabes lo que toca, pareces una mujer lista.
Reúne cien mil libras y te daré cada imagen
Pronto te diré dónde hacer el intercambio.

Caitlyn sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies. Así que a aquello se reducía todo, a un chantaje de manual.

—Yo no tengo tanto dinero, Devlin. —Tragó saliva.

Él arrancó la hoja de la mesa y la arrugó entre sus dedos.

—Eso no importa —declaró entre dientes con una expresión letal—, porque será él quien pague… y bien caro.

Y justo en ese momento escucharon ruidos en la puerta.

—¿Qué hacemos? —interrogó Caitlyn, nerviosa.

Devlin la arrastró a sus brazos.

—No te muevas.

Ambos observaron cómo el tipo entraba en la suite, soltaba al chiguagua en el suelo y caminaba hasta el ordenador con una manzana en la mano, que debía haber robado en el buffet del desayuno. Era evidente que no podía verlos, pero para Caitlyn era

muy extraño estar allí de pie, casi frente a él, como si fuera un fantasma.

Lo vieron acercarse al ordenador, tomar asiento y esbozar una sonrisa lasciva que arrancó un escalofrío del cuerpo de Caitlyn. Un segundo después, su propia voz resonó desde los altavoces diciéndole a Annabella que esperara un momento mientras se ponía el camisón. Y, como si hiciera falta alguna confirmación de lo que estaba viendo, el hombre deslizó una mano hasta su entrepierna y se acarició por encima de los pantalones…

…y justo en ese instante, Devlin la soltó y ambos se materializaron frente al tipo en cuestión, que compensó a Caitlyn llevándose un susto de muerte. Lanzó un grito y se puso en pie, despavorido, con la cara desfigurada por una mezcla de miedo y desconcierto.

—¡¿Qué demonios…?!

—Aquí las preguntas las hago yo —sentenció Devlin en un tono que habría silenciado a un ejército.

El hombre intentó correr hacia la puerta, pero se quedó clavado en el sitio, sin poder moverse y con un gesto aterrado. Caitlyn tuvo claro que Devlin estaba ejerciendo algún tipo de fuerza sobre él mientras avanzaba muy despacio.

—¿Qué bicho… raro eres tú? —tartamudeó—. ¡Suéltame!

Devlin miró a Caitlyn con un fingido gesto de sorpresa.

—¿Me ha llamado bicho raro?

Caitlyn le devolvió una expresión mordaz. Disfrutar de la tortura psicológica sobre aquel cabrón calmaba un poco la aprensión y el asco que sentía al verse tan ultrajada por esos vídeos.

—Con todas las letras, sí —afirmó—. Y, a ver…, un poco raro sí eres, pero creo que con lo de bicho se ha pasado.

—Sí, ¿verdad? —interrogó Devlin en un tono engañoso, demasiado tranquilo.

Y mientras sonreía aún, y sin previo aviso, le arreó una hostia, rápida y certera, que hizo que el tipo se tambaleara como un muñeco de trapo antes de desplomarse de espaldas sobre la cama, fuera de juego.

Devlin sacudió la mano como si se hubiera ensuciado y exhaló un suspiro teatral.

—Llevo mal que me llamen bicho —comentó con sorna.

Ella se cruzó de brazos y lo miró con una mezcla de diversión y alivio.

—¿En serio? Casi no me he dado cuenta.

Se miraron entre sí durante unos segundos con lo que parecía… ¿compenetración? ¿Cómo era posible? Después, Devlin ordenó:

—Localiza su teléfono mientras yo me encargo del ordenador.

Caitlyn miró al tipo despatarrado en la cama con un gesto de asco. ¿Era una erección lo que aún se veía entre sus piernas? Sí, eso parecía, aunque… una muy pequeñita, nada tenía que ver con…

Miró a Devlin.

«¡Ay, joder, Caitlyn!», se regañó, y sintió su cara arder. Avergonzada, se apresuró a buscar el teléfono, que encontró en su camisa.

Avanzó hacia Devlin, que estaba sentado frente al ordenador en ese momento.

—¿Hay muchos vídeos?

El chico asintió con pesar.

—Pues funde el ordenador por dentro —sugirió—, ¿puedes hacerlo?

—Podría, pero prefiero que Callum lo vea antes —explicó—. Solo él puede asegurarnos que no haya salido ningún vídeo de este disco duro para ninguna otra parte, salvo el que te envió a ti.

Sí, aquello tenía sentido. Le tendió el teléfono.

—Supongo que querrás hacer lo mismo con el móvil.

Él asintió y se lo guardó en el bolsillo. Después, miró a Caitlyn con una expresión de lo que parecía preocupación.

—¿Te encuentras bien?

Aquella pregunta la dejó perpleja. ¿De verdad él se estaba preocupando por ella? Decidió ser sincera.

—Me siento rara —admitió—, ultrajada, es una sensación repulsiva y desagradable saber que alguien ha estado observándonos y…, bueno…

Demasiada sinceridad.

—¿Podemos centrarnos en Annabella? —rogó—. ¿Cuántos vídeos suyos hay?

Devlin le devolvió otro gesto preocupado.

—Diría que demasiados.

—¡Cabrón! —Miró hacia la cama—. ¿Qué vamos a hacer con él? Habrá que llamar a la policía y…

Se detuvo frente a su expresión nada sutil.

—¿Qué?

—Sabes que no podemos denunciarlo de forma convencional, Caitlyn.

Ella tragó saliva. Sí, tenía claro que los sahires y los guardianes hacían sus propias leyes, y que todo lo que tuviera que ver con la magia se regía por normas estrictas, normas que desconocía y que la asustaban un poco.

—¿Y si llamamos a mi hermano Kyle? —propuso.

Devlin soltó aire con fuerza.

—Él es policía —le recordó Caitlyn.

—Sí, lo sé, y uno brillante, lo admito —declaró Devlin—, pero dará igual. Conozco bien a tu hermano, él mismo nos entregará a este tipo sin dudarlo.

Ella lo miró sorprendida, y Devlin suspiró.

—Entiendo que tú has vivido sin implicarte en nuestro mundo toda tu vida —dijo con lo que parecía cautela—, pero hay normas, Caitlyn, y leyes destinadas a proteger lo que el resto del mundo jamás debe conocer por la seguridad de todos, incluida la tuya y la de Annabella.

Caitlyn entendía aquello, pero estaba confusa. Sabía que Kyle era un gran policía, aunque siempre se mantuviera viviendo al límite. Su hermano era un hombre de principios, pero también alguien que sabía demasiado, que caminaba en la delgada línea entre la justicia y el peligro, y que, no podía olvidar, era un velkano, con todo lo que aquello implicaba.

—Entonces, ¿mi hermano y tú habéis arreglado vuestras diferencias?

—No, pero eso da igual, Caitlyn —le recordó—, como también da igual la guerra entre velkanos y sahires cuando se trata de

proteger nuestro secreto en común —le aseguró—. Y Kyle es un velkano, y como tal es el primer interesado en que todo esté equilibrado —expuso—. Cuando en cualquiera de sus casos se topa con el más mínimo indicio de magia, ni dudes hacia qué lado equilibrará la balanza. No necesita verme a mí para nada, solo tiene que ponerlo en conocimiento del Consejo.

«El Consejo». A Caitlyn se le puso la piel de gallina. Para ella, esa gente era sinónimo de peligro, de condena… A su padre le temblaba la voz cuando pronunciaba aquella palabra.

«Si el Consejo descubre tu gen Amatysa…».

Se debió poner pálida, porque Devlin se puso en pie y la miró con aprensión.

—Entiendo que para ti todo esto sea un cambio brutal, Caitlyn —le dijo—, pero no puedes seguir al margen, Annabella jamás podrá fingir ser una mundana.

—Lo sé —admitió, y tragó saliva.

Devlin señaló hacia la cama.

—Ese tipo representa un peligro real y enorme para ella —insistió en un tono ahora inquieto—. Si la pone en el punto de mira de los mundanos, la convertirá en una cobaya de laboratorio, Caitlyn, y no caerá sola.

La chica se estremeció y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Necesito que entiendas en qué punto tan delicado nos encontramos —siguió diciendo con vehemencia—. Y, lo siento, pero haré todo lo que sea necesario para que eso no ocurra, incluido freírle el cerebro a ese tipo, si es la única manera.

Y de repente a ella aquella idea ya no le resultaba tan descabellada. Si tenía que escoger entre su hija o… ¡el resto del puñetero mundo!, siempre elegiría a Annabella.

—¿Tienes hijos, Devlin? —le preguntó a bocajarro sin pararse ni a pensarlo.

Y aguardó la respuesta con ansiedad, y a punto estuvo de soltar un suspiro de alivio cuando recibió una negativa.

—Serías un gran padre —declaró casi en un susurro.

«Díselo», le gritó su conciencia.

Pero no podía.

Él la miró con una extraña expresión mezcla abatimiento y ansiedad que sorprendió mucho a Caitlyn.

—¿Nunca has querido ser padre?

—Tengo tres hermanos —contó con más sequedad de la que había usado hasta ahora— y demasiada gente que depende de cada decisión que tomo.

«Eso es que no a la pregunta», se lamentó. ¿Y por qué le sorprendía? Era la misma respuesta que le había dado en aquel bar la noche que fue a… confesarse con él casi cinco años atrás.

—Tenemos que llamar a Davina —dijo ahora el propio Devlin en un claro intento por cambiar de tema.

—¿Para qué?

El tipo comenzó a moverse y ambos interrumpieron la conversación y le prestaron su atención. Caminaron hasta él y lo miraron desde arriba.

—Anda, la Bella Durmiente ha salido del coma —ironizó Devlin.

Y, por algún motivo, Caitlyn no pudo evitar sonreír, y se encontró pensando en cuánto le gustaba aquel humor mordaz del que Devlin hacía gala de forma constante. Ojalá pudiera disfrutar de él y…

Carraspeó con fuerza para apartar sus pensamientos.

Devlin se agachó sobre la cama, tomó al tipo de la pechera de la chaqueta y lo levantó como si pesara poco más que una hoja de papel.

—¡Suéltame! —se quejó el aludido con la voz cargada de pánico, pero no le sirvió de nada.

Con muy poca delicadeza, Devlin lo arrastró por la habitación hasta dejarlo caer de mala manera en la silla que había junto al escritorio.

—¡Si no me sueltas, voy a gritar! —izó mucho la voz—. ¿Cuánto crees que tardarán en venir a auxiliarme?

Devlin cerró muy despacio el puño frente a su rostro, sin tocarlo.

—¿Cuánto… cuan…?

Quedó en silencio, con los ojos desorbitados ahora. Caitlyn miraba la escena, perpleja, mucho más cuando escuchó a Devlin

comentar con calma:

—Tengo una pregunta mejor. —Esbozó una sonrisa helada—. ¿Cuánto crees tú que tardarás en asfixiarte si no te libero la garganta?

El tipo comenzaba a ponerse muy rojo, y Caitlyn estaba alucinada. Hasta ahora, no había visto los dones de Devlin en acción desde aquel prisma. Era todo un espectáculo ver cómo tenía sometido al tipo sin ponerle una sola mano encima.

—¿Te arden ya los pulmones? —preguntó ahora en susurros.

El hombre asintió.

—¿Crees seguir teniendo fuerzas o ganas de gritar?

Comenzaba a ponerse morado. Por suerte, fue listo y negó con un gesto.

Cuando Devlin lo soltó, se dobló sobre sí mismo tosiendo y luchando por recuperar el aliento. Devlin, en lugar de apresurarlo, le concedió unos segundos, aunque no por piedad, sino para intensificar la presión psicológica.

Con aparente calma, recorrió la habitación con la mirada hasta fijarse en una silla al otro lado de la suite. Sin mover un músculo, hizo que la silla se deslizase muy despacio por el suelo, recorriendo cinco metros como si un fantasma la empujara. Al llegar a su lado, le dio la vuelta con un movimiento fluido, se sentó a horcajadas y apoyó los brazos en el respaldo, inclinándose lo justo para invadir el espacio del tipo, que lo miró con auténtico pavor.

—Así que te gusta hacer vídeos…

—No-noo-no —titubeaba de forma entrecortada.

—¿No? ¿Prefieres el chantaje? —Clavó una mirada aún más fiera en él—. ¿Amenazar y asustar a mujeres y niñas indefensas te excita?

—Yo…

—Ah, no, espera… —lo observó con tal frialdad que el tipo palideció aún más—, tú prefieres invadir su privacidad y tocarte mientras miras, ¿no?

—Lo… siento —lloriqueó.

—No, aún no —izó su mano—, pero te aseguro que lo vas a sentir.

Cuando cerró el puño en el aire, don chiguagua gritó con todas sus fuerzas mientras se llevaba las manos a la entrepierna, pero Devlin ni siquiera le permitió desfogarse a gritos y cerró su garganta de nuevo.

—Devlin, por favor… —intervino Caitlyn que no estaba acostumbrada a la violencia.

El chico liberó la presión y la miró con curiosidad.

—¿Quieres torturarlo tú o qué? —interrogó—. Porque necesitarías unas tijeras de podar.

Caitlyn suspiró y observó al tipo unos largos segundos, como si de verdad estuviera valorando la idea.

—Disculpa a mi amigo —repuso después con aparente dulzura —, aunque déjame decirte que está siendo muy generoso con lo de la tijera de podar. —Se puso seria ahora—. Ambos sabemos que unas tijeritas en miniatura, de esas que llevan los niños como parte del material escolar, serían suficiente para convertirte en un eunuco. —Hizo un gesto en pequeñito con los dedos.

Devlin sonrió.

—Oye, eres mala —la miró con sorna—, la tortura física es menos cruel que esos comentarios.

El hombre los miró con los ojos desencajados.

—¿Qué pensáis hacerme?

Ambos lo escrutaron en silencio durante un rato. Después, Devlin recortó de nuevo la distancia, clavó en él sus ojos verdes y preguntó:

—¿Hay alguien más trabajando contigo?

Recibió una negativa al instante.

—¿Estás seguro?

Ahora asintió.

Caitlyn lo miró con cautela. Solo había una manera de estar segura de aquello, y solo podía hacerlo ella.

Despacio, se quitó los guantes que solía llevar puestos.

—¿Estás seguro de que trabajas solo? —interrogó ella ahora.

—Sí, lo juro.

Se inclinó sin dejar de mirarlo y apoyó una mano sobre la suya. Después, miró a Devlin con una absoluta certeza y declaró:

—Miente.

Su don empático no se equivocaba jamás. Aunque lo detestara, era como un detector de mentiras humano.

Devlin no dudó ni un segundo de su palabra, lo cual la enorgulleció sin remedio.

—Vaya, nos ha salido mentirosillo, además de todo —suspiró el sahir con teatralidad.

El pánico en el hombre era ahora más que evidente.

—Así que tienes un socio…

—No —casi lloriqueó.

Caitlyn volvió a tocarlo y se sorprendió.

—Ahora sí dice la verdad. —Miró confusa a Devlin—. No lo entiendo.

Pero Devlin llevaba demasiado tiempo en luchas como aquella como para no comprenderlo a la primera.

—La explicación está en cómo preguntas —expuso—, es importante escoger bien las palabras.

Caitlyn lo miró confusa.

—No tiene un socio —dijo Devlin con certeza—, tiene un jefe.

Caitlyn lo miró con los ojos cargados de miedo. Aquello era mucho peor. ¿Alguien más lo había mandado a espiarlas?

—Ve a buscar a Davina, Caitlyn —pidió Devlin sin apartar ahora su mirada del hombre.

—No, por favor —rogó el tipo—, no te vayas.

Caitlyn observó el horror en su rostro. Era evidente que le aterraba quedarse a solas con Devlin, y no podía culparlo.

—Seguro que tardo un poco en encontrarla —informó con lo que esperaba que fuera calma.

—No tenemos prisa —aseguró Devlin—. Seguro que se nos ocurre algo con lo que entretenernos.

—No, no…

La chica se encogió de hombros y se dio media vuelta.

—No me dejes solo con él —suplicó.

Pero Caitlyn siguió andando.

—¡Vale, vale! Hablaré —sollozó.

Ahora sí, Caitlyn regresó sobre sus pies.

—Espero que tengas claro que sé cuándo mientes —le recordó.

Recibió un gesto de asentimiento y Devlin aprovechó para añadir:

—Y yo espero que tengas igual de claro… que me muero de ganas de inflarte a hostias. Solo necesito una excusa más.

Lo vieron tragar saliva.

Y entonces alguien llamó a la puerta y un Joss bastante nervioso asomó la cabeza sin esperar a ser invitado.

—Tenemos un problema extra que…

—¡No somos nosotros quienes traemos el problema! —Se escuchó una voz iracunda tras él, y el dueño empujó la puerta casi llevándose a Joss por delante.

Cuando se plantó frente a ellos, Caitlyn lo miró perpleja.

—¡Kyle!

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exigió saber, mirando ahora a Devlin con los ojos entrecerrados.

—Es largo de contar y…

—Tenemos todo el tiempo del mundo, hija —susurró alguien más entrando también en la habitación.

—¿Papá?

Estaba perpleja y le tomó unos largos segundos reponerse de la sorpresa, pero cuando lo hizo, corrió hacia su familia con lágrimas en los ojos para lanzarse en sus brazos. Jamás se había alegrado tanto de ver alguien.

Capítulo 17

La tensión en la suite era casi palpable. Kyle fulminaba a Devlin con la mirada, y la que recibía de vuelta no era mucho más cordial.

Caitlyn, aún envuelta en el abrazo protector de su padre, observaba el intercambio en silencio, sintiendo cómo la tensión crecía con cada segundo. Dougal Holloway tuvo que terminar haciéndose cargo de la situación, dado que entre los dos chicos solo faltaba comenzar a embestirse como lo harían dos leones disputándose el territorio.

—Davina ya nos ha adelantado algo, pero ¿alguien puede especificar más? —preguntó el hombre en un tono tenso, mirando a Devlin con una expresión que tampoco era el colmo de la amabilidad.

Sin hablar, el sahir tomó el ordenador personal, donde se veía con claridad a Caitlyn y Annabella en todas las miniaturas de los vídeos. Se lo tendió a Kyle, que comprobó la pantalla, le pasó el ordenador a su padre y clavó una mirada acerada sobre el tipo que permanecía en la silla.

—¡Me están torturando! —se defendió don chiguagua.

Kyle se giró a mirar a su hermana.

—¿La cámara estaba en tu alcoba?

Avergonzada, la chica asintió.

—¡Tengo mis derechos! —insistió el tipo mirando ahora a Joss —. ¡Llamad a la policía!

Kyle avanzó hacia él, se llevó la mano al bolsillo y le enseñó la placa que mostraba nada menos que su rango como inspector.

—¡Gracias al cielo! —exclamó, respirando aliviado.

—Yo no me alegraría todavía —se mofó Devlin ahora—. Cuéntale primero en qué ibas a emplear tu tiempo hace unos minutos. Seguro que le encantará saber cuánto parecía agradarte… ver desnudarse a su hermana.

—¡¿Su hermana?! —casi graznó ahora—. Yo… yo… ¡quiero un abogado!

Kyle soltó una risa fría, como si aquello le hiciera una gracia tremenda, y miró a Devlin.

—Un abogado, dice.

—Sí, tiene una chispa… —ironizó Devlin.

Perpleja, Caitlyn observó aquella pequeña interacción entre ellos y se preguntó si antes sería siempre así. ¿No trabajaban juntos hace años? Sí, así se habían conocido.

El tipo buscó ahora alguna cara algo más amigable en la habitación y miró a Joss de nuevo, que estaba apoyado con total calma sobre el respaldo del sofá, observando los acontecimientos.

—Ayúdame, ¿vas a permitir que en tu hotel se torture a una persona de cualquier manera?

Joss se incorporó ahora y suspiró.

—Por supuesto que no —aseguró, y miró a Devlin—. Ten cuidado…

Don chiguagua sonrió complacido solo hasta que Joss terminó la frase.

—…y aléjate de las cortinas —pidió—. La sangre sale fatal de ese tipo de tela, y te aseguro que no quieres ver enfadada a Selena.

Se alejó hacia la puerta y le regaló una sonrisa a Caitlyn antes de irse, que le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y añadió:

—Gracias —dijo de corazón.

Joss la miró con cariño.

—Selena y yo siempre estaremos en deuda contigo —le recordó.

Y salió de la habitación sin mirar atrás.

Todo quedó en silencio durante lo que pareció una eternidad. Nadie estaba a gusto en aquella habitación, ni siquiera el perro chiguagua, que estaba escondido desde hacía largo rato y miraba desde detrás de una cortina con ojitos curiosos.

—¿Qué hace McAllister aquí, hija? —le susurró su padre casi al oído en un tono preocupado.

—Vino a ayudarme con Annabella, papá —contó—. Ni te imaginas todo lo que puede hacer tu nieta.

El hombre la miró con pesar.

—Pero es peligroso para ti, amor —le recordó, aún más bajo.

Caitlyn suspiró. Como siempre, a su padre le preocupaban sus ojos amatista, con todo lo que ello conllevaba. ¿Qué diría si supiera que Devlin era el padre de su hija? No estaba segura de que su sistema nervioso pudiera aguantar la confesión.

—Yo no represento ya ningún problema para nadie, papá —le recordó—. No tengo dones que alguien pueda temer.

Su hija le había hecho aquel regalo al ser concebida.

—Eso les dará igual —opinó con la voz temblorosa.

Caitlyn soltó un suspiro de hastío. Amaba a su padre, pero toda su vida había sido demasiado pesado con aquel tema, que en ese momento a ella le daba igual. Lo único que quería era mantener a su hija a salvo, a toda costa.

«Como tu padre a ti», le recordó su conciencia, y decidió armarse de paciencia.

Unos metros más allá, Kyle y Devlin no parecían poder intercambiar una sola frase sin discutir.

—Yo me haré cargo a partir de ahora —sentenció Kyle con firmeza.

—Pues yo no voy a ninguna parte —replicó Devlin sin inmutarse.

Los músculos de la mandíbula de Kyle se tensaron.

—No te quiero cerca de mi hermana.

Devlin esbozó una sonrisa mordaz.

—¿Te refieres a tu hermana la mundana? —ladeó la cabeza con fingida confusión—. Ah, no, espera, que eso te lo sacaste de la manga. Y, la verdad, sigo preguntándome por qué.

—Me importaría tu opinión si no viniera de alguien que miente más que habla.

—Yo jamás te mentí —espetó Devlin, molesto.

—No, claro, tú solo nos ocultaste tu apellido durante meses.

—Eso no es mentir, Kyle. —Se encogió de hombros con absoluta tranquilidad—. No es lo mismo que decir que tu hermana es algo que no es.

—¡Joder, qué obsesión con eso! —Avanzó un paso hacia él con su paciencia a punto de reventar—. ¡Déjala fuera de todo esto! ¡Te prohíbo hasta mirarla!

Devlin soltó una carcajada seca, sin rastro de humor.

—¿Tú me vas a prohibir a mí algo? —lo desafió con una chispa peligrosa en la mirada—. Vaya, Kyle, había olvidado lo gracioso que eres.

En medio del tenso enfrentamiento, en un alarde de estupidez infinita, don chiguagua creyó ver una oportunidad para escapar. Con un disimulo tan torpe como iluso, comenzó a deslizarse de su asiento, moviéndose con la lentitud de quien cree ser invisible.

Caitlyn lo observaba perpleja, sin dar crédito a que alguien pudiera ser tan idiota, y por un momento incluso temió por él. Algo muy acertado.

Cuando avanzaba casi en cuclillas hacia la puerta, sin ni siquiera mirarlo, Devlin alzó la mano con un movimiento fluido y el tipo salió despedido en el aire como si fuera un muñeco de trapo. Voló directo hacia Kyle, que sin dejar de mirar a Devlin, giró su torso y con una sincronización perfecta le propinó un puñetazo seco en la mandíbula.

El impacto fue contundente. Cayó al suelo como un saco de patatas, gimiendo de dolor.

Devlin arqueó una ceja, sonrió con sorna y se agachó frente a él.

—Joder, ¿y tú qué, lumbreras? —suspiró con una sarcástica teatralidad.

Lo levantó sin esfuerzo y se lo lanzó a Kyle, que lo devolvió a su silla mientras comentaba:

—Desde luego, el cerebro de la operación no eres. —Le arregló la camisa con una calma engañosa.

Caitlyn observaba toda la escena con un punto de fascinación inevitable. La compenetración entre ambos en otros tiempos debió ser digna de admirar, aunque ocultó muy bien sus sentimientos.

Se acercó al tipo, cruzó los brazos sobre el pecho y arqueó una ceja.

—Pues yo no te culpo por tratar de escabullirte mientras por aquí se miden el ego —soltó con sorna, sacudiendo la cabeza—. Ha

sido algo estúpido por tu parte, pero entretenido. —Miró de forma alternativa hacia los chicos—. ¿Vosotros ya habéis terminado? ¿Podemos centrarnos en averiguar porque aquí Benny Hill tiene fijación con nosotras?

Devlin y Kyle se miraron entre sí con cierta irritación.

—Caitlyn, sabes que estás hablando con el gran Khalif de lo sahires, ¿no? —ironizó Kyle—. Podría mandarte encerrar solo por faltarle el respeto.

—Sí, en su mazmorra —suspiró hastiada—, por ahí ya pasamos.

Devlin soltó un improperio, y Kyle lo miró con rabia.

—i¿Has amenazado con encerrar a mi hermana, gilipollas?!

El aludido esbozó una sonrisa sardónica.

—En realidad, pensaba encerrarme con ella, si eso te consuela.

Kyle se puso de todos los colores y avanzó hacia él.

—¡Bueno, basta ya! —intervino Caitlyn poniéndose entre ambos y alzando mucho la voz ahora—. ¿Qué coño pasa con vosotros? ¡Que no sois niños de patio de colegio, joder!

Aquello sí ayudó a calmar los ánimos. No dejaron de mirarse como si se debieran dinero, pero al menos sí de discutir.

Devlin volvió a coger asiento en la silla frente al tipo y lo observó con interés.

—¿Dónde estábamos?

—Ibais a… traerme un abogado. —Miró a Kyle—. Tú tienes un deber.

—Joder, no tenemos tiempo para esto —se quejó Devlin.

En aquel punto era evidente que el hecho de que hubiera más gente en la habitación, uno de ellos policía, y de que el director del hotel estuviera informado le aportaba una confianza que no tenía hasta ahora; aunque era una confianza engañosa, como estaba a punto de comprobar.

—Empieza a hablar.

Ni una palabra.

Devlin soltó un suspiro de hastío.

—Igual deberías explicárselo con manzanas —opinó Kyle, tomando la que el tipo había robado del buffet y lanzándosela a Devlin, que la cogió al vuelo.

Caitlyn no sabía qué podía esperar de los próximos minutos, pero no tardó en entender que aquello de explicárselo con manzanas distaba mucho de significar que se lo contara *para tontos.*

Con una sonrisa irónica, Devlin puso la fruta en la mesa a su lado y apenas movió los dedos sobre ella, sin tocarla.

—Si esto es algún tipo de tortura psicológica —titubeó don chiguagua—, no funcionará. Mi jefe me da más miedo que vosotros —reconoció—. Si hablo, estoy muerto.

—Y si no, también —aseguró Devlin con una sonrisa que le heló las venas—, la diferencia está en cuánto sufras en el proceso.

Kyle se apoyó en la mesa junto a la silla, sacó una navaja y la clavó en la manzana, que se desmoronó al instante, convirtiéndose en una pulpa harinosa que se derramó sobre la mesa. No crujió, no ofreció resistencia, solo se deshizo como si su interior hubiera sido reducido a un amasijo blando y viscoso. El jugo oscuro y espeso se deslizó por la superficie formando un charco pegajoso.

El tipo tragó saliva con dificultad, observando la escena con una mezcla de desconcierto y terror.

Devlin clavó ahora en él una mirada de fingida calma.

—Ahora imagina lo que podría hacerle a tus riñones…

El hombre parpadeó varias veces y su piel se tornó pálida.

—…o a tu hígado —continuó Devlin en un tono tranquilo, casi didáctico—. Incluso tu corazón es más blando y delicado que una manzana.

Kyle silbó bajito, impresionado por el dramatismo de la amenaza. Caitlyn, aunque incómoda con el nivel de sadismo implícito, no pudo negar que funcionaba. El tipo respiraba entrecortado, con la mirada clavada en el charco viscoso que era ahora la manzana.

—Lo bueno de esto —prosiguió Devlin, casi en susurros, inclinándose hacia él— es que no sangrarías por fuera. No verías nada hasta que fuera demasiado tarde. Solo sentirías cómo todo dentro de ti empieza a colapsar como un castillo de naipes.

El hombre empezó a temblar.

—Así que… —Devlin sonrió ahora con calma—, ¿prefieres hablar… o que te haga una demostración más práctica?

—¡Me mandaron a espiarlas a ella y a la niña! —exclamó horrorizado, con la cara desencajada por el pánico.

Y aquel fue el momento que Kyle aprovechó para posar su mano sobre el cuello del tipo.

—¿Quién?

—No sé su nombre, lo juro —declaró—. Yo solo debía observarlas, estar pendiente.

—¿Para chantajearla? —interrogó Kyle.

—No, lo del chantaje fue idea mía. Cuando descubrí lo que era capaz de hacer la niña —dijo con la voz atropellada—, pensé que me podía ganar un dinero extra —lloriqueó—. Llevo meses atrapado entre este hotel y Aberdeen.

Devlin y Kyle se miraron entre sí, y Caitlyn pensó que ambos parecían extrañados e incluso más preocupados ahora.

—¿Entonces el trabajo era solo espiarlas? —insistió Devlin.

—Sí, y contarle si ocurría algo raro.

Devlin volvió a mirar a Kyle, que asintió un segundo después. Y ahora Caitlyn fue consciente de que su hermano leía al tipo con la mano que le tenía puesta en el cuello. Ella no podía hacer eso, solo leía tomando las manos de la gente, así que era cierto que los dones velkanos también podían controlarse y desarrollarse.

—¿Cuánto tiempo llevas espiándolas? —preguntó Devlin ahora —. ¿Cuando dices meses…?

—No lo sé… —casi lloriqueó—. Seis, quizá.

¡Seis meses! Caitlyn no pudo evitar soltar un grito de horror.

Todos en la habitación se veían igual de desconcertados.

—¿Le has mandado algún vídeo? —se interesó Kyle ahora.

El hombre agachó la cabeza.

—No —confesó—. Él solo quería que observara, lo de la cámara fue idea mía. —Miró a Caitlyn con aprensión—. Ella es… digna de contemplar, y yo solo quería…

Sin previo aviso, Devlin lo trincó del cuello y lo levantó de la silla con tal fuerza que los pies del hombre se despegaron del suelo. Su mandíbula estaba tan tensa que los músculos de su cuello se marcaban con ira contenida. Sus ojos ardían con una furia cruda, oscura, que no hacía ningún esfuerzo por ocultar.

—Sí, es obvio lo que querías, cabrón. —Su voz sonó como un gruñido bajo, amenazante—. ¿Te has divertido durante todo este tiempo? ¿Has disfrutado?

El tipo forcejeó, pataleando sin éxito. Su rostro, ya rojo, comenzaba a tornarse amoratado. Devlin no parecía inmutarse por sus intentos desesperados de liberarse, ni por los sonidos guturales que escapaban de su garganta comprimida.

Kyle, hasta ese momento observando con expresión sombría, dio un paso adelante con las palmas alzadas en señal de calma.

—Dev, suéltalo —rogó en un tono serio—. Lo vas a matar.

Pero Devlin ni siquiera pestañeó. Sus nudillos estaban blancos por la presión de su agarre. Su pecho subía y bajaba con una respiración tensa, descontrolada.

Caitlyn, con lágrimas en los ojos, miraba la escena sin comprender del todo la intensidad de su furia. ¿Por qué estaba tan enfadado? ¿Por qué parecía tomarlo tan personal? ¿Era posible que ella le importara tanto? Su corazón latía con fuerza en su pecho, pero no estaba segura de si por el miedo… o por algo más, por todo ese abismo de posibilidades que surgían ante sí, igual de inquietantes que maravillosas.

Aunque un segundo después comenzó a preocuparse. No parecía tener intención de soltarlo, y el tipo no iba a aguantar mucho más. Por suerte, Kyle también lo sabía, pero necesitó de toda su fuerza y de la ayuda de su padre para conseguir que Devlin lo soltara. Cuando al fin lo hizo, cayó al suelo con estrépito, luchando por llevar algo de aire a sus pulmones.

—¡Suéltame! —exigió Devlin mirando a Kyle con exasperación.

—¡No puedo dejar que lo mates!

—Lleva meses observándola —le recordó, con una expresión de asco visceral—. Es un depravado hijo de la gran puta, se merece lo peor.

—Pero Caitlyn no —declaró Kyle, y lo obligó a mirarla—, no puedes cargarla con más.

Las lágrimas rodaban ahora por las mejillas femeninas. Y no sabía si quería correr hacia Dev y lanzarse a sus brazos, o correr en dirección contraria por todo lo que la hacía sentir.

Devlin acabó izando las manos para demostrar que estaba dispuesto a calmarse. Miró al hombre que jadeaba a un par de metros de distancia, tirado en el suelo, y le susurró a Kyle:

—Necesitamos un nombre.

—Lo sé.

—No entiendo nada —siguió murmurando Devlin—. Annabella no desarrolló sus dones hasta hace dos meses, ¿por qué este tipo lleva más de seis espiándolas?

Era evidente que para Kyle también era todo un misterio y muy preocupante.

—Hay algo confuso cuando piensa en su jefe —le contó Kyle en el mismo tono confidencial.

—¿En qué sentido?

—No lo sé —admitió—. Es cierto que no sabe su nombre, pero al mismo tiempo siento que algo oculta.

Ambos observaron con atención al tipo, que seguía en el suelo. Después, Kyle se acercó a él y le tendió la mano, que el hombre tomó para intentar ponerse en pie, pero no se la soltó al acabar.

—Si nos das el nombre de tu jefe —propuso Kyle ahora—, quizá tengas una posibilidad de salir de aquí con vida.

Todos en la sala aguardaron la respuesta.

—No sé su nombre —aseguró en un murmullo.

—Dice la verdad —apretó Kyle los dientes, y miró al tipo—, pero algo sabes, ¿qué es?

—No, de verdad, yo… —Casi no se tenía en pie.

Devlin avanzó en su dirección y el hombre gritó de pánico.

—¡No dejes que se acerque a mí!

—Pues danos un nombre.

—¡Qué no lo conozco, no sé quién es! —insistió—, no sé su nombre.

Kyle soltó un improperio y lo dejó caer al suelo sin más.

—No parece mentir —repuso con amargura—, y está aterrado, ya habría hablado de saberlo.

Caitlyn se estremeció. La tensión en la habitación era sofocante, casi palpable. El tipo jadeaba en el suelo, sujetándose aún el cuello con manos temblorosas. Sus ojos llenos de terror saltaban entre Kyle

y Devlin, pero algo dentro de ella le decía que la verdad aún estaba oculta.

Pensó en Annabella, en el riesgo que corría su pequeña si no eran capaces de llegar al fondo de aquel asunto. El miedo apretó su corazón y casi le cortó la respiración.

«Si la pone en el punto de mira de los mundanos, la convertirá en una cobaya de laboratorio…», escuchó repetir a Devlin dentro de su cabeza.

No. Aquello no podía suceder.

Y entonces… lo sintió. Algo dentro de ella se abrió paso, como si despertara de un largo letargo. No podría explicarlo, pero… sintió una brisa helada recorrerle la nuca, deslizarse por su columna y regresar después hasta sus sienes.

Sus ojos se fijaron en el tipo, y sin darse cuenta, dejó de verlo con los ojos y comenzó a verlo… de otra manera. Como si su mente hubiera cruzado un umbral invisible, sintió un murmullo lejano que no venía de ninguno de los presentes.

Inhaló con brusquedad y el mundo a su alrededor pareció tambalearse. Su corazón latía con fuerza, la cabeza le dolía levemente, pero lo peor era la sensación de haber escuchado algo que no debería ser capaz de oír, un pensamiento que no era suyo.

Kyle y Devlin seguían interrogando al hombre, pero su voz se convirtió en un zumbido distante. Caitlyn se llevó los dedos a las sienes, mareada, y parpadeó aturdida.

—Caitlyn… —Devlin la miraba ahora frunciendo el ceño.

Ella parpadeó de nuevo. ¿Qué demonios acababa de pasarle?

—No sabe cómo se llama —murmuró de repente, y su propia voz le sonó extraña—, pero sí su apodo.

Devlin y Kyle se giraron hacia ella al mismo tiempo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kyle con extrañeza.

Caitlyn tragó saliva. No tenía respuesta, pero las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera contenerlas.

—No tengo idea de cómo lo sé —aseguró angustiada—, pero… el nombre que buscáis es Varek.

El silencio cayó sobre la habitación como una losa.

Kyle y Devlin se quedaron inmóviles, sus expresiones parecían congeladas en una mezcla de incredulidad y furia contenida. Fue solo un instante, pero Caitlyn sintió que la atmósfera cambiaba por completo, como si la temperatura hubiera descendido varios grados de golpe.

El tipo en el suelo se estremeció.

—¿Estás segura? —susurró Devlin casi en un murmullo.

Caitlyn tragó saliva, sintiendo un nudo en la garganta.

—Sí, el tal Varek… lo envió a por nosotras —repitió con voz apenas audible, pero el nombre flotó en la habitación como un veneno esparciéndose en el aire.

Kyle tocó al tipo y dio un paso atrás.

—Joder, es cierto.

Fijó la mirada en su hermana. Sus ojos estaban completamente abiertos, con un brillo peligroso. Devlin, en cambio, no se movió. Su rostro era una máscara de ira contenida, pero algo en su postura, en la forma en la que apretaba los puños con tanta fuerza que los nudillos se le veían blancos, hizo que Caitlyn sintiera un escalofrío recorrerle la espalda.

—No puede ser —apenas musitó Kyle, pasando una mano por su cabello, muy alterado—. ¿Qué puede querer él de vosotras?

El interrogado gimoteó en el suelo, temblando como una hoja. Caitlyn lo miró y sintió una punzada de gran inquietud. El terror en su rostro no era el de alguien que solo temía por su vida, sino el de alguien que comprendía que, sin importar lo que hiciera, ya estaba muerto.

—No… no digáis su nombre —suplicó, casi en un sollozo—. Si lo hacéis, vendrá. Siempre lo hace.

—No me jodas… —Kyle murmuró entre dientes, pasándose la mano por la cara.

Caitlyn los miró confundida.

—¿Quién es Varek? —preguntó en voz baja.

Devlin se giró hacia ella. Sus ojos oscuros estaban llenos de sombras.

—Un asesino. Un terrorista. Alguien que solo vive para cazar y exterminar sahires.

Kyle resopló con amargura.

—Y el cabrón lleva años siendo un fantasma imposible de atrapar.

Devlin miró de nuevo al hombre en el suelo y su expresión se volvió aún más peligrosa.

—¿Cómo te comunicas con él? —interrogó con voz helada.

—No lo hago, es él quien se pone en contacto conmigo.

Kyle se agachó, le puso la mano en la cabeza y asintió. Decía la verdad.

—Pues voy a preguntártelo de nuevo —insistió Devlin—. ¿Ha salido un solo vídeo de Annabella de ese ordenador?

Negó con un gesto.

—¿Le has hablado de la niña a Varek?

Las lágrimas que brotaron de sus ojos les dio la respuesta.

—Joder… —murmuró Devlin con una expresión de angustia.

El aire pareció volverse irrespirable en la suite. Caitlyn sintió un nudo de pánico atenazándole el pecho mientras miraba a Devlin.

Él seguía inmóvil, pero sus puños estaban tan apretados que sus venas se marcaban bajo la piel. Su mandíbula se tensó, y el temblor apenas perceptible en sus dedos delataba la tormenta que se desataba en su interior.

—Dime que no le diste detalles —murmuró Devlin con su voz tan afilada como una cuchilla.

El hombre en el suelo sollozó, sin atreverse a responder.

—¡Dímelo! —rugió Devlin de repente, con una furia que hizo que hasta Kyle diera un respingo.

—¡No lo sé! —gritó el tipo entre hipidos—. No sé qué sabe, te lo juro. Solo le hablé de… las hadas, creo.

Caitlyn sintió que le faltaba el aire. Su mente trabajó a toda velocidad conectando las piezas. Un terrorista que cazaba sahires. Un monstruo que llevaba meses en la sombra. Y ahora… ahora podía saber todo sobre Annabella.

—Devlin… —su voz apenas fue un susurro, pero él la escuchó.

La miró, y Caitlyn vio algo en sus ojos que la estremeció, pero que en aquel momento no supo descifrar.

Kyle se incorporó con el rostro desencajado.

—Tenemos que irnos de este hotel. Ya.

Capítulo 18

Una hora después, en la suite de Caitlyn, tanto Keira como Selena intentaban mantener ocupada a la pequeña Annabella, que estaba muy inquieta y no dejaba de preguntar por su madre. La niña era capaz de intuir que algo estaba pasando. Aunque intentaran escondérselo, podía leer el nerviosismo en Selena como si estuviera escrito con letras gigantes en su frente.

—La pongo nerviosa —se lamentó cuando la pequeña se alejó en busca de sus hadas—. Creo que será mejor que me vaya, a ti al menos no puede leerte.

—No es malo que esté alerta —opinó Keira—, eso la ayudará a mantenerse a salvo —suspiró—. Creo que, por desgracia, es algo con lo que todo sahir tiene que aprender a vivir.

—Debe de ser muy estresante —declaró Selena.

—¿Qué significa *estesante*? —interrogó Annabella llegando ahora hasta ellas, sorprendiéndolas.

La pelirroja la miró con una sonrisa.

—Estresante —recalcó la palabra bien dicha— es algo que te pone nerviosa.

—¿Como Devlin a mamá?

A las chicas se les escapó una inevitable carcajada.

—¿Te parece que Devlin pone nerviosa a mamá?

La pequeña asintió.

—No puedo culparla —rio Keira—, si a mí me mirara como a ella…

—¿Cómo?

Selena miró a Keira con una sonrisa enorme.

—Venga, ahora le dices cómo —murmuró—, señorita *boquiqui*.

—Pues con… —carraspeó Keira— simpatía.

Annabella las observaba con una ceja alzada, cada vez más curiosa.

—¿Simpatía?

Keira asintió con firmeza, orgullosa de haber encontrado cómo salir del bache.

—Sí, exacto, simpatía —se reiteró—. Como cuando alguien te cae muy muy, pero que muy bien.

A Selena se le escapó una carcajada.

Annabella no parecía convencida y repuso:

—Pero a mamá no le cae bien Devlin —y susurró algo más bajo —, yo creo que a veces quiere pegarle.

—Sí, con una fusta —se le escapó a Keira.

—¿Qué es una fusta?

Keira se puso en pie.

—Venga, yo me voy a ir marchando…

Las carcajadas de Selena debieron escucharse hasta en el vestíbulo.

—Selena, ¿tú lo sabes? —La miró Anna con inocencia.

—Sí —asintió sin dudarlo, y frunció el ceño.

—¿Y qué es?

—Una especie de látigo.

—¡Tía! —Keira la miró alucinada.

Selena le devolvió un gesto inquieto. Sintió como si las palabras hubieran salido de su boca sin permiso. La pequeña se quedó pensativa unos segundos.

—No creo que mamá fuera capaz de pegarle con un látigo —discrepó al fin con total sinceridad—, aunque a veces la enfada tanto que parece un tomate maduro.

Keira y Selena intercambiaron una mirada divertida.

—Y, no sé, yo no creo que Devlin le diga cosas malas —opinó—. No sé por qué se pone tan roja, si a veces solo la mira.

—A ver, está haciendo calor ya —intervino Selena.

Pero Annabella no se dejó engañar tan fácil.

—¿Y por qué creéis que Devlin la mira tanto? —Se dirigió a Keira.

—Eh…, por… interés general —declaró entre titubeos.

La niña fijó sus grandes ojos en la otra chica.

—¿Selena?

—¿Sí? —respondió con cautela.

—¿Es porque le gusta como a los papás les gustan las mamás? —Sonrió pícara—. ¿Como a Joss le gustas tú?

Selena sintió una corriente extraña recorriéndole el cuerpo.

—¡Sí, justo así! ¡Y parece que le gusta muchísimo! —afirmó como si su boca fuera por libre—. ¡Le encanta fastidiarla, pero en realidad lo que quiere es arrastrarla a un rincón oscuro y…!

Se tapó la boca con ambas manos, horrorizada, y miró a Keira.

—¡Pero qué narices, Selena!

—¡No lo sé! —gimió ella—. ¡Juro que me ha salido solo!

Annabella la observó con creciente interés.

—¿A un rincón oscuro para qué?

—Para devorarla despacio —apostilló sin remedio.

—¡¿Devlin quiere comerse a mamá?! —exclamó Annabella horrorizada.

—Tiene pinta, sí, de arriba abajo —afirmó Selena, y sintió un impulso irracional de gritarle a Keira que la ayudara. Esta le devolvió una expresión de perplejidad.

—Pero los sahires no comen gente.

—¡No, por supuesto que no comen gente! —intervino Keira ahora, y miró a su amiga con evidente desconcierto.

La niña contempló a Selena de nuevo, pero antes de que pudiera hacer ningún comentario más, Joss tocó a la puerta y corrió a abrirle a su marido.

—¿Qué te pasa, Lena? —preguntó el chico al verle el gesto alterado.

—Algo muy raro —suspiró.

—¡Joss! —Annabella corrió hasta él, que la izó en brazos—. ¿Cómo estás?

—Cansado —admitió el chico—. Hemos dormido poco, ha sido una noche intensa.

Frunció el ceño y miró a Selena con las cejas alzadas y una expresión de desconcierto, que ella entendió muy bien.

—¿No tienes ganas de trabajar?

—No, ninguna.

—¿Y qué quieres hacer? —se interesó la pequeña.

—El amor con mi mujer hasta caer exhaustos.

—¡Ay, Dios! —exclamó Selena.

—¡Joder, ¿lo he dicho en alto?! —Joss estaba perplejo.

—Ay, la leche, ¡ese don me suena! —recordó ahora Keira, desconcertada.

Sí, y a Joss y Selena también, como demostraba su expresión de estupor. Ambos lo habían sufrido en carne propia cuando conocieron a Airys McAllister. La chica tenía un don tan valioso como desesperante, que solo funcionaba con los mundanos: si les hacía una pregunta directa, no podían evitar responder con la verdad, sin importar lo vergonzoso que fuera.

Annabella miraba de unos a otros con el ceño fruncido, sin ser demasiado consciente de lo que estaba pasando.

—¿Qué hacemos, nos vamos? —le preguntó Joss a su mujer con un gesto de horror, recordando la primera vez que Airys usó con él aquel peculiar don, en un momento en el que lo último que quería que Selena supiera era que estaba loco por ella.

No tuvieron que decidirlo. La suite se llenó de gente en ese instante, y todos traían un gesto serio.

—¿Ya se han llevado al tipo? —interrogó Keira, a la que habían puesto en antecedentes cuando habían venido en busca de Davina Carmichael.

Su abuela asintió y contó:

—Lo pondrán bajo custodia hasta que podamos borrarle los recuerdos —explicó—. Tendrás que venir conmigo a Edimburgo.

Su nieta asintió. Contaba con ello desde que habían descubierto los vídeos. Debían borrar todo rastro de magia de ojos indiscretos, ese era el principal cometido que se les asignaba a los guardianes. Cuando acabaran con aquel tipo, no podría recordar nada de lo que había visto en el Adanic que se saliera de lo normal.

—Airys tendrá que interrogarlo antes de borrarlo —siguió diciendo Davina—, por si nos hemos dejado algo atrás.

Keira intercambió una mirada con Selena. ¿Sería mal momento aquel para decirles que Annabella también podría llevar a cabo ese interrogatorio sin problema?

Caitlyn se veía muy preocupada. Sería mejor darle algunos minutos para que se relajara antes de cargarla con más cosas.

—¿Ya conocéis a mi hermano y a mi padre? —dijo ahora la chica, mirando a sus amigas.

Tanto Keira como Selena asintieron. Ellas mismas los habían recibido al llegar, y Davina los había puesto al día. Para su sorpresa, Kyle había montado en cólera en cuanto habían mencionado a Devlin McAllister, algo que incluso en ese momento les seguía resultando curioso. Aquella era otra de las cosas por las que estaban deseando quedarse a solas con su amiga.

—Nos hemos visto cuando han llegado —repuso Selena.

Aunque treinta segundos después habían mencionado a Devlin… y a tomar vientos las presentaciones.

—Prepara tus cosas, Caitlyn —declaró Kyle de inmediato—. Nos vamos esta misma tarde.

La chica le devolvió un gesto de desconcierto.

—No me da tiempo a recoger todo —aseguró—. Llevo muchos meses viviendo aquí.

—Mandaremos a alguien para recoger el resto.

—También podemos irnos mañana —insistió Caitlyn, y buscó a Devlin con la mirada para averiguar su parecer, pero lo encontró mirando hacia el exterior por una de las ventanas, en completo silencio. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y parecía ausente. No estaba bien, aquello era evidente, y Caitlyn deseó con toda su alma poder acercarse a abrazarlo.

Annabella jugaba distraída ahora con su abuelo, con unos pequeños ositos que le había llevado de regalo.

—¿Ya os vais? —preguntó Selena con evidente pena.

—Sí, al parecer el tipo que está detrás de todo es peligroso —contó—. Debemos tomar algunas precauciones.

—¿Y el entrenamiento de Anna? —se interesó Keira ahora—. ¿Irá Devlin con vosotros?

A Kyle se le escapó una carcajada exenta de humor.

—No compartiría ni el ascensor con ese sahir.

El aludido se giró hacia él con una sonrisa ahora cínica.

—¿Crees que tratar con velkanos es la ilusión de mi vida?

Caitlyn miraba de uno a otro con tristeza. Tendría que ver a Devlin en un sitio neutral. Parecía evidente que ni Kyle ni su padre

estaban muy por la labor de abrirle las puertas de su casa, y no renunciaría al mejor entrenador para su hija.

«Cada uno se engaña como quiere», le gritó su conciencia con grosería.

—Es evidente que no tenéis buena relación —dijo ahora Keira, un tanto violenta—, ¿os conocéis desde hace mucho?

—Keira… —murmuró su abuela con rapidez, amonestándola con la mirada por ser tan cotilla.

—No pasa nada —intervino Kyle—. No es ningún secreto. Sí, nos conocemos bien. De hecho, lo consideraba un gran amigo, ingenuo de mí.

—¿Erais amigos? —Keira tenía curiosidad.

—Tú no has sido ingenuo en tu vida, Kyle —declaró Devlin ahora—. Y mucho menos cuando decidiste que mi apellido era más importante que nuestra amistad.

—Tus mentiras fueron las culpables, Dev —replicó—. Al menos usabas un diminutivo de tu nombre —sonrió mordaz—, esa fue la única verdad que nos dijiste.

«Oh, mierda», se lamentó Caitlyn temerosa de que…

—¡Ay, la leche!

—¡Dios!

—¡Joder!

…ocurriera justo aquello.

Keira, Selena y Joss soltaron sendas exclamaciones mientras se miraban entre sí con los ojos muy abiertos. Selena incluso era incapaz de cerrar la boca de pura sorpresa.

Miraron a Caitlyn, que acababa de ponerse de todos los colores posibles, pasando de uno a otro en cuestión de segundos. Después, tal y como la chica temía, miraron a Devlin, donde ya fue inevitable que vieran el parecido.

Annabella, con su curiosidad innata, miró a Selena e interrogó:

—¿Qué te pasa?

—¡No, no, no! —casi gritó Keira, sobresaltando a todos.

Y para mayor desconcierto, Joss tapó la boca de Selena con la mano con premura.

—¿Qué coño…?

Todos miraban la escena con un gesto interrogante. Salvo Keira, que buscaba una excusa que pudiera servir, pero ¿qué podía ser mejor que la verdad?

—Será mejor que Annabella no pregunte nada, por si acaso —empezó diciendo, y miró a su amiga—. ¿Recuerdas el don de Airys?

Caitlyn frunció el ceño, confusa.

—Otra que tal baila —murmuró Kyle.

—Sobre mi hermana ni una palabra, velkano.

—¿Deberías darme miedo?

—¡Annabella también tiene ese don! —interrumpió Keira antes de que siguieran discutiendo, y así se ganó el silencio y la atención de todos.

Con un gesto mezcla desconcierto y horror, Caitlyn miró a su amiga.

—¿Te refieres a que cuando pregunta…?

—Sí, eso mismo —asintió Keira.

—¿Estás segura?

La pequeña tiró ahora de la pernera del pantalón de Joss y susurró con curiosidad.

—¿Por qué le estás tapando la boca a Selena?

—Para evitar que conteste a tu pregunta —declaró Joss de inmediato.

—¡Ay, Dios! —suspiró Caitlyn. Para muestra un botón.

—¿Por qué?

—Porque hay un secreto que no podemos decir —replicó Joss, y miró a su alrededor—. Joder, que alguien la pare.

—¿Un secreto? —La pequeña ahora sí estaba intrigada—. ¿Y…?

—¡No! —gritó Caitlyn.

Y lo siguiente ocurrió en una fracción de segundo.

Caitlyn, con un movimiento digno de un ninja, se arrojó sobre su hija y le tapó la boca antes de que pudiera formular la pregunta que, era obvio, venía a continuación. Keira, con una sonrisa de oreja a oreja, más falsa que una moneda de tres caras, corrió a la puerta de la suite y la abrió de par en par.

—Bueno, qué tarde se ha hecho, ¿no? —repuso con entusiasmo exagerado—. Es hora de… eh… ¡ventilar la habitación! Sí, sí, mucho

aire viciado por aquí. ¡Circulen, circulen!

A Selena y Joss les faltó tiempo para correr hacia la puerta.

—¡Oh, sí, claro! —asintió Selena con fingida solemnidad—. El aire es importantísimo.

—Fundamental para la salud —corroboró Joss con una seriedad cómica mientras empujaba a Selena con apremio.

—¡Exacto! ¡Anda, a respirar a otro lado! —insistió Keira.

Salieron a toda velocidad, cerrando la puerta tras ellos con un sonoro *clic*.

Se hizo el silencio al fin.

Caitlyn seguía abrazando a Annabella, que los miraba con una mezcla de diversión.

—Los mayores sois rarísimos —declaró con total convicción.

Caitlyn suspiró.

—Y, por lo visto —frunció Annabella el ceño—, será mejor que no pregunte por qué.

A Keira le dio la risa nerviosa y a Caitlyn le faltó poco, si no fuera porque estaba al borde del colapso…

El resto en la habitación se veían por completo alucinados, sin duda preguntándose qué demonios acababa de pasar.

—A ver si lo he entendido… —comenzó diciendo Devlin, y Caitlyn se echó a temblar—. ¿Annabella ha desarrollado un don Veritas como el de Airys?

—¿Qué significa Veritas? —interrogó la pequeña de inmediato.

—Verdad, en latín —respondió Davina por él—. Y sí, es evidente que lo tiene, pero… —se giró hacia Devlin—, ¿ese don no se desarrolla a los diez años?

—A los doce —corrigió el chico, y miró a Caitlyn—. E incluso a esa edad puede ser muy complicado.

—Ah, genial, ¡viva! —ironizó abatida, y tomó asiento en el sofá. Estaba agotada.

—Quizá haya que atarle ese don en concreto —opinó Davina.

—¿Atárselo?

—Unos años, sí —afirmó la mujer.

—Es un don muy difícil de manejar —admitió Devlin ahora—. Con cuatro años no podemos pedirle que controle cada palabra que

dice, cómo la dice o a quién.

Todos escucharon suspirar a Dougal Holloway con una mezcla de pesar y angustia mientras se dejaba caer en el sofá.

—Ay, Dios, hija, ¡no sé cómo vamos a lidiar con todo esto! —se lamentó—. En qué lío estamos metidos…

—Siempre puedes fingir que es una mundana y enviarla a esconderse con alguna tribu indígena —propuso Devlin con tal grado de sarcasmo que no había duda de la pulla implícita en el comentario.

—¡Devlin! —se quejó Caitlyn, pero sin demasiado énfasis. A ella tampoco le había sentado bien el comentario de su padre.

—¡Devlin nada! ¿Qué mierdas pasa con todos vosotros?! —insistió el sahir, sin disimular su enfado.

—No eres nadie para opinar nada con respecto a mi sobrina —intervino Kyle ahora, aunque en un tono muy comedido—. Así que no te metas.

Keira intercambió una mirada demasiado intensa con Caitlyn, que sintió como una recriminación en toda regla. Por supuesto que Devlin tenía mucho que decir allí, y ambas lo sabían.

Para Dougal la tensión era evidente.

—Solo digo que tenemos problemas serios —se obstinó el hombre.

—Sí, eso no te lo discuto —murmuró Devlin mirándolo con una recriminación evidente.

—¡No me mires como si el problema fuera yo! —exigió Dougal, poniéndose en pie.

Devlin apretó los dientes en un claro intento por refrenarse, pero no lo logró.

—Tu hija odia usar su don empático porque tú la abandonaste a su suerte —acusó—. Ni siquiera te molestaste en enseñarle lo básico. ¿Quieres hacerle lo mismo a tu nieta?

—Jamás abandoné a mi hija —sonó indignado—. Renuncié a ella, con todo el dolor de mi corazón, para que estuviera a salvo.

—¿A salvo de sus dones?

—¡A salvo de gente como tú!

—¡Basta ya! —exigió Kyle—. Las recriminaciones no nos llevan a ninguna parte.

Dougal miró a su hijo con evidente irritación.

—¿Vas a ponerte de su parte? —interrogó.

—Yo no he dicho nada.

—¡Pero ambos sabemos que estás de acuerdo!

Aquello fue muy violento, sobre todo para Caitlyn, que jamás lo había comentado con su hermano. ¿Discrepaba acaso con su padre en lo referente a ella?

—Papá, por favor… —intervino ahora Caitlyn, con su voz firme pero suplicante

Pero Dougal ya no podía callar. Se había sentido demasiado atacado en un tema que le dolía hasta la médula, y su orgullo no le permitiría dar un paso atrás.

—No tengo por qué soportar que una alimaña venga a darme lecciones —espetó—, por mucha sangre azul que tenga.

Avanzó un paso hacia Devlin, con los ojos encendidos de ira, pero este ni siquiera se inmutó. Lo observaba en absoluto silencio, como una bestia al acecho.

—Y mucho menos alguien cuya relación con su padre es un chiste trágico —continuó Dougal con una sonrisa cargada de ironía —. ¿O acaso no estuvo a punto de matarte para robarte tu flamante título?

El rostro de Devlin se tensó. Su mandíbula se marcó con fuerza, y Caitlyn sintió que la temperatura en la habitación bajaba de golpe. Podía leer el dolor en el rostro de Devlin como en un libro abierto, por mucho que tratara de ocultarlo. No sabía cuánto de verdad había en las palabras de su padre, pero le dolían, le dolían mucho.

—Cállate. —Su voz no fue más que un gruñido bajo, amenazante.

—¡Y dos veces, nada menos! —Soltó una carcajada seca, como si se deleitara con echar más leña al fuego.

—Papá, basta —exigió Kyle, pero el hombre no se detuvo.

—¿Por qué? ¿Tengo que dejar que este tipejo me dé lecciones de paternidad? ¡Él, que no puede saber lo que significa ser un padre de verdad, porque ni siquiera tuvo uno que lo amara lo más mínimo!

Eso fue demasiado.

El aire en la habitación pareció estallar en una ráfaga invisible, cargada de rabia contenida, que ella pudo sentir como si le cortara la respiración. Devlin estaba al límite, y sintió su telequinesis desatarse, furiosa e implacable, incluso antes de que sucediera.

Sin mover un solo músculo, Devlin lanzó a Dougal hacia atrás, pero Caitlyn se interpuso sin pensarlo y recibió el impacto.

El choque fue brutal. Una sacudida la golpeó en el pecho y la arrojó varios metros atrás, haciéndola chocar contra el aparador junto a la pared con un jadeo ahogado.

El silencio fue instantáneo.

Devlin la miró con los ojos oscuros como la tormenta. Su respiración era errática, sus puños estaban tan apretados que los nudillos se veían blancos. El monstruo dentro de él seguía rugiendo, pero ahora no era de ira, sino de culpa, que se leía con total claridad en sus ojos verdes.

—Caitlyn… —murmuró, con el ceño fruncido, como si su propio poder lo hubiera traicionado.

Ella se incorporó con un gemido, llevándose una mano al costado. No era grave, pero dolía.

Devlin cerró los ojos con fuerza y dio un paso atrás. No podía mirarla, no después de lo que acababa de hacer.

—Lo siento.

Sin decir una sola palabra más, se giró y salió de la habitación.

El portazo que dejó tras de sí resonó como un trueno.

—¿Te ha hecho daño?

—No, papá, estoy bien.

Caitlyn tragó saliva junto con sus lágrimas, pero no lloraba por ella, sino por el hombre que apenas le había mostrado unos segundos del dolor que atenazaba su alma.

—¡Maldita alimaña! —masculló Dougal, y apretó los dientes.

—¡Devlin no es ninguna alimaña! —estalló Annabella para sorpresa de todos, mirando a su abuelo con los dientes apretados de pura rabia—. Y tú te has portado muy muy mal con él.

Un viento helado se levantó en la habitación, y el manuscrito de cien páginas que estaba sobre la mesa del salón junto a la niña voló

por el aire mientras la pequeña echaba fuego por los ojos.

—Anna, por favor, cálmate —rogó su madre.

—¡Eres muy muy malo! —recriminó la pequeña mirando a su abuelo, que no tardó en dar muestras de su angustia.

Las lágrimas de Dougal Holloway cobraron vida sin remedio y aquello pareció apaciguar a la niña un poco. Las hojas al fin cayeron al suelo y todo quedó en silencio.

—No quería hacerte daño, mi pequeña —la miró el hombre muy compungido—, yo… estoy nervioso, estoy preocupado por tu mamá y por ti.

La niña cruzó los brazos sobre el pecho en actitud desafiante.

—Devlin no dejará que nos pase nada —insistió Annabella—. Él nos cuidará.

Dougal asintió, miró a Kyle con pesar y su hijo le hizo un gesto para que guardara silencio y no alterara más las cosas.

Para Caitlyn aquel intercambio de miradas no pasó desapercibido, y no apartó los ojos de su hermano mientras Keira y Davina se alejaban con Annabella hacia la terraza para ayudarla a serenarse.

—¿Qué pasa? —interrogó Caitlyn, confusa.

Kyle la miró con cierta tristeza.

—La pequeña lo va a pasar mal cuando Devlin se aleje —admitió.

—Bueno, lo verá durante los entrenamientos y… —se interrumpió al notar la expresión de pesar de su hermano—. No podéis impedir que la entrene, Kyle, es el mejor para hacerlo.

—Nosotros no impediremos nada —interrumpió—, lo hará él.

La chica lo miró con los ojos como platos y negó con un gesto.

—No.

—Conozco a Dev, Caitlyn —suspiró—. Apuesto a que está recogiendo todas sus cosas en este mismo instante.

Pero ella no podía creerlo. Le dolía demasiado solo pensar en no volver a verlo.

—Pero no te preocupes —continuó su hermano—, se asegurará de buscarte un guía que…

—¡No quiero a ningún otro! —gritó de repente, incapaz de contemplar la sola posibilidad, y sin darse cuenta de que hablaba en primera persona.

Kyle la miró con el entrecejo fruncido y una sospecha en los ojos.

—Caitlyn, si sientes algo por él… —carraspeó—, no es buena idea.

La chica guardó silencio. Ni siquiera era capaz de negarlo en aquel momento.

—Devlin tiene heridas profundas —le susurró Kyle, ahora con vehemencia—. Lo que papá le dijo de su padre ha estado fuera de lugar —lo amonestó con la mirada y regresó a su hermana—, pero es muy cierto.

A la chica se le encogió el corazón.

—Y trabajé con él el tiempo suficiente, incluso sin saber quién era —contó—, como para asegurarte que jamás entregará su corazón por completo a nadie, lo guarda bajo demasiadas llaves.

Caitlyn apretó los puños e intentó sonar fría.

—No me interesa Devlin como hombre, no sé por qué te ha dado esa impresión —se esforzó en sonreír—, pero no hay nadie mejor para Anna y él ha prometido entrenarla.

—No lo hará.

—¡Eso ya lo veremos!

Irritada ahora, salió de la suite dispuesta a aclarar aquel punto sin dilación.

Caminó por el pasillo con paso firme, tocó a la puerta de la suite de Devlin… y aguardó.

Capítulo 19

Con el corazón desbocado, Caitlyn esperó frente a la puerta, hasta que se dio cuenta de que ya había pasado demasiado tiempo.

«No está aquí», se dijo convencida, sin considerar la posibilidad de que él no quisiera abrirle. De alguna forma, tenía la certeza de que Devlin no se encontraba al otro lado de la puerta.

—¿Dónde estás? —se preguntó en un susurro.

Y entonces el fénix comenzó a arder en su espalda, y como si una fuerza invisible la guiara, bajó las escaleras, atravesó el vestíbulo y salió del hotel. Sus pasos se movían con determinación. Su cuerpo parecía conocer su destino antes que su mente, y la llevó hasta la playa.

El aire salado le acarició la piel y su corazón se aceleró incluso sin verlo. De alguna forma sabía que Devlin estaba allí, sentado sobre la arena, oculto del resto del mundo bajo su don espectral. Podía presentirlo de tal forma que caminó hacia él sin miedo a equivocarse. Su fénix ardía ahora con fuerza, como si la alentara a continuar en la dirección hacia donde su fulgor se desataba.

Cuando el ardor de su tatuaje cesó, se detuvo en seco y se sentó en la arena.

—¿Cómo me has encontrado? —interrogó Devlin, desconcertado, materializándose sentado justo a su lado.

Caitlyn no podía contarle la verdad.

—Lo intuí, supongo —susurró.

Con un gesto de extrañeza, Devlin miró a su alrededor.

—¿Con quién has venido?

—¿Eh?

Se ganó una expresión mezcla irritación y ansiedad.

—¿Has venido sola hasta aquí?

—Sí, bueno…

—¡¿Cómo se te ocurre?! —se quejó.

Perpleja por el estallido, Caitlyn se vio forzada a admitir:

—No me paré a pensarlo, la verdad.

«Solo deseaba verte», pero aquello último se lo guardó.

—Pues tienes que pensarlo, Caitlyn, maldita sea. —Se revolvió en la arena, inquieto—. De momento no puedes ir sola a donde quieras —objetó—. Volvamos al hotel.

Intentó ponerse en pie, pero ella se agarró a su brazo para impedirlo.

—Caitlyn, aquí estamos demasiado expuestos.

La chica tomó su mano y entrelazó sus dedos con los de él, ganándose una mirada mezcla asombro e incomodidad.

—Puedes ocultarnos a ambos.

Por un instante, Caitlyn temió que él le soltara la mano, pero, para su sorpresa, dejó escapar un suspiro de resignación y le acarició el dorso con el pulgar. Aquella simple caricia la estremeció de la cabeza a los pies.

—Caitlyn, siento mucho lo de antes —musitó, mirándola ahora con los ojos cargados de culpa—. No quería lastimarte.

—Solo ha sido un golpecito —sonrió—, ya ni me acordaba.

Pero ambos sabían que no era cierto.

—Muéstramelo —rogó Devlin, girándose hacia ella.

—De verdad que no es nada, y yo me metí en medio.

—Caitlyn…

Sabía que tenía la batalla perdida, Devlin era insistente, pero le daba miedo que al levantarse la camiseta pudiera mostrarle demasiado. Su fénix hablaría alto si él lo descubría en su espalda…

«O no», se dijo abatida, era muy posible que él ni siquiera recordara un solo detalle de aquella noche. Esa odiosa mujer, su prometida, había admitido la cantidad de mujeres insignificantes que pasaban por su vida.

—¿Caitlyn? —insistió ahora Devlin.

Y solo entonces fue consciente de que se había quedado absorta en sus pensamientos. Incómoda, se levantó un poco la camiseta para mostrarle el costado, con mucho cuidado de que él viera solo eso, por si acaso.

—Joder… —se lamentó, acariciando la rojez que se veía en su piel—, en este momento quisiera tener el don sanador de Airys.

—No es nada, yo…

—De veras lo siento, Caitlyn —repitió, mirándola esta vez a los ojos, desde demasiado cerca como para que su corazón no estuviera ya intentando salirse de su pecho.

—Pues yo te pido disculpas por mi padre —declaró para evitar lanzarse sobre su boca, mientras se colocaba la camiseta—, no tenía ningún derecho a decirte todo eso.

Él miró hacia el mar.

—No ha dicho nada que no sea cierto —reconoció.

—Aun así, yo…

—No quiero a hablar sobre ello, Caitlyn. —La miró ahora más frío.

La chica asintió. Sí, ¿por qué debería confiar en ella? Entendía que no lo hiciera, pero la entristeció.

—Todos tenemos fantasmas, Caitlyn —aclaró frente a su gesto triste—, con los que debemos aprender a vivir.

Un suspiro escapó de los labios femeninos.

—Cierto, pero… —tragó saliva, abatida—, algunos pesan más que otros.

«Annabella es tu hija», habría querido tener la valentía de gritarle a pleno pulmón.

—Y otros nos sorprenden y nos pillan desprevenidos, ¿no? —La miró ahora con curiosidad.

Ella entrecerró los ojos y él aclaró.

—Le has leído el pensamiento al tal Bellows —le recordó. Así había resultado llamarse el tipo del chiguagua.

Sorprendida, se dio cuenta de que no había vuelto a pensar en ello.

Frunció el ceño y admitió:

—Cierto —sonaba confusa—, yo… no tengo ni idea de cómo lo hice. Solo pensé en Annabella y en aquello que dijiste de la cobaya, y supongo que el miedo hizo el resto.

Devlin asintió y ella se mordió los labios.

—No debería haber podido hacerlo, ¿verdad?

—No —reconoció—, se supone que perdiste ese don al quedarte embarazada. Claro que tampoco deberías haber podido concebir, así

que… —Se encogió de hombros.

Sí, nada en ella era normal. Soltando un suspiro de hastío, se lamentó:

—Bueno, en cualquier caso, solo ha sido algo puntual y…

—¿Cómo lo sabes? —interrumpió.

—¿El qué?

—Que no has activado el don para siempre —aclaró—. ¿Has vuelto a intentar usarlo?

Ella lo miró con un gesto de desconcierto.

—No, pero…

—Pues deberías asegurarte, ¿no crees?

No era capaz de discernir si él estaba hablando en serio o solo bromeaba. ¿De verdad había una posibilidad de que aquello no hubiera sido solo producto del estrés del momento?

Sonrió.

—No me vaciles.

Pero él no reía.

—Ni mi padre ni mi hermano pueden leer pensamientos —le aseguró, ahora más seria.

—Normal, porque es un don solo destinado a las velkanas.

—*Ahh*…

Joder, ¿cómo podía saber tan poco de su propia raza?

—Adelante —la instó él de nuevo.

—Devlin…

—Inténtalo —insistió—, dejaré mi mente en calma. ¿En qué estoy pensando?

La chica suspiró resignada. Aquello no tenía ningún sentido, pero si él se quedaba más tranquilo…

Lo miró a los ojos y entrecerró los suyos. En su interior, una mezcla de expectación y escepticismo la mantenía en vilo. Tras unos segundos de… *nada*, sonrió.

—¿Qué se supone que debo hacer?

Él soltó una carcajada inevitable, grave pero suave a la vez, como si la idea le divirtiera.

—Desea saber lo que estoy pensando, sin más.

Aquello sí le resultó atractivo. Meterse en la cabeza de Devlin no sonaba nada mal. De hecho, la idea la intrigaba más de lo que quería admitir.

Inspiró hondo, tratando de acallar la ligera agitación en su pecho. Se mordió el labio, lo miró de nuevo a los ojos y se dejó llevar. Se concentró en él, en su presencia, en el magnetismo que siempre parecía envolverlo.

Al principio solo sintió un leve hormigueo en la nuca, una sensación de expectación suspendida en el aire. Pero entonces, tal y como le había sucedido en aquella habitación, sus sienes comenzaron a palpitar.

Y de repente, lo oyó.

No con sus oídos, sino con su mente.

Una voz grave, cálida y familiar susurró en su cabeza, envolviéndola como una caricia intangible.

«*Me muero por besarte*».

Caitlyn sintió un estremecimiento recorrerle la espalda. No sabía si lo había imaginado o si de verdad había escuchado su pensamiento. Lo miró y ahí estaba, con su expresión indescifrable y los labios apenas curvados en una sonrisa ladina.

—Eso ha sido… —murmuró, sintiendo que el calor le subía a las mejillas.

Devlin inclinó la cabeza con fingida inocencia.

—¿Ha funcionado?

—*Ehm*…, puede.

Él rio.

—¿Puede? ¿Qué has oído?

—Nada —afirmó con rapidez, aunque su corazón la delataba golpeando contra su pecho.

Él soltó una suave y divertida risa.

—¿Segura?

Caitlyn apretó los labios, desvió la mirada y se lamentó:

—Ay, la leche, ¡esto era lo único que me faltaba!

Devlin sonrió a medias.

—¿Besarme o…?

—¡No te burles! —rogó, y se mordió los labios con nerviosismo —. ¿Cómo es posible? ¡Dios, soy un bicho raro!

Devlin alzó una ceja, divertido.

—Bueno, eso no es ninguna novedad —murmuró con tono burlón.

Caitlyn le lanzó una mirada asesina, pero el rubor en sus mejillas la traicionaba.

—¡Esto es serio, Devlin! —se quejó, cruzándose de brazos.

Bufó, todavía tratando de procesar lo sucedido.

—Si puedo leer tu mente, significa que… —Sus ojos se agrandaron con horror—. ¡Dios! ¿Y si empiezo a escuchar a todo el mundo? ¡Me volveré loca!

Devlin negó con la cabeza, muy tranquilo.

—No lo creo. Si fuera así, ya los estarías oyendo —opinó—. Tienes que concentrarte para poder usarlo, como ocurre con casi todos los dones.

Aquello la tranquilizó un poco.

—¡Pues no quiero usarlo!

—Bien, eso es respetable —aceptó—, es una opción personal.

Sí, aquello era mucho mejor que el descontrol que tenía sobre su don empático, y podría acostumbrarse a meterse en la mente de Devlin para…

Lo miró a los ojos de nuevo.

—Quiero volver a probar.

—Adelante.

Frunció el entrecejo.

—Pero piensa en algo… más normal —se ruborizó.

—¿Normal?

—Ya sabes a qué me refiero —se quejó.

Él asintió divertido.

Caitlyn volvió a concentrarse, a desear escuchar sus pensamientos, y ahora el cosquilleo en la nuca y el palpitar en las sienes llegaron mucho más rápido.

«*Eres preciosa, ¿por qué no te parece normal que quiera besarte?*».

El calor volvió a subirle al rostro y como respuesta se giró con brusquedad hacia el mar.

Devlin rio de nuevo, disfrutando demasiado de la situación.

—No te lo tomas en serio —protestó Caitlyn.

Él suspiró con fuerza.

—¿Quieres que nos pongamos serios?

Lo miró y asintió.

—Bien.

Caitlyn volvió a perderse en sus ojos, y entonces escuchó lo último que esperaba oír.

«*Tengo que decirte adiós*».

—¿Qué? —Lo contempló con los ojos como platos, confundida.

—Me marcho, Caitlyn —dijo ahora de viva voz.

—¿Cuándo?

—Ya —admitió—. En cuanto pueda despedirme de Annabella.

Aquello la descolocó demasiado.

—Pero… la verás pronto, ¿no?

Esperó la respuesta con el corazón encogido. Lo que leía en sus ojos no le gustaba. ¿Acaso su hermano tenía razón?

No, no quería creerlo.

—¿Devlin?

—No puedo entrenarla, Caitlyn.

Aquello fue como un puñetazo en el estómago.

—Pero se lo prometiste.

—Lo sé.

—¡Vas a hacerle daño! —Apretó los dientes y se calló el que le estaba haciendo a ella. No podía ni pensar en que Devlin saliera de nuevo de sus vidas para siempre.

—Caitlyn…

—A ti te da igual todo, ¿no?

—No, escúchame…

Ella se puso en pie, incapaz de esconder el dolor. Necesitaba alejarse antes de mostrarle demasiado.

—¿Que te escuche para qué? —le gritó—. Es obvio que tu palabra no tiene ningún valor.

Caminó por la arena ahora a paso rápido.

—Caitlyn…

—¡Déjame en paz!

Pero no lo hizo. Ella aceleró el paso, pero él acabó reteniéndola de la muñeca cuando menos lo esperaba.

—¡Suéltame! —se revolvió y lo encaró—. ¿Quieres irte? ¡Pues vale! No nos haces ninguna falta.

—Buscaré al mejor para ayudar a Annabella —le garantizó.

—¿Y ese no eras tú? —le recordó con cierta ironía—. ¿No me vendiste que eras la mejor opción para ella? —apretó los dientes—, pero claro, ahora las cosas se han complicado y te has cansado de hacer de niñera.

—¡No tiene nada que ver con eso!

—¿Sabes qué? ¡Me da igual! —le gritó con el corazón aullando de dolor—. ¡Tú me das igual!

Se giró de nuevo dispuesta a irse, pero ahora Devlin tiró de su muñeca con tanta fuerza que fue a parar a sus brazos.

—Repíteme eso.

Pero estaba muy enfadada.

—Por supuesto, encantada —espetó y masculló—: ¡me das igual!

Lo mató con la mirada, enfurecida, y él correspondió al ataque recortando la distancia hasta sus labios y devorándolos sin contención.

Caitlyn sintió que todas sus barreras caían en cuanto la asaltó. Devlin recorrió cada recoveco de su boca a placer, saboreando cada centímetro, y el cuerpo de la chica ardió como la leña seca casi al instante, y le devolvió aquel beso con toda su alma. Por eso protestó cuando liberó su boca…

—Ahora repíteme que te doy igual —murmuró él sobre sus labios—. Intenta convencerme de que no te mueres porque te tumbe en la arena y te haga el amor hasta caer rendidos.

Ella ardió solo con pensarlo, pero tenía su orgullo.

—No voy a rogarte que te quedes con nosotras —aclaró entre dientes.

—No me quedaría ni aunque lo hicieras.

—¡Entonces vete al infierno! —le gritó, lo golpeó en el pecho e intentó huir de nuevo, pero él no lo permitió—. ¡Suéltame, odioso!

—Caitlyn…

—¡Quita!

—¡No puedo quedarme, Caitlyn! —repuso de forma acalorada—. ¡Es demasiado peligroso para vosotras tenerme cerca!

Ella se quedó muy quieta, al fin, y lo miró ahora con un gesto de desconcierto.

—¿Qué?

—Varek me odia demasiado —declaró con pesar.

—¿Por qué?

—Porque odia a todos los sahires y…, para bien o para mal, soy el Khalif —le recordó—, y como tal su mayor enemigo. Hace años que está obsesionado conmigo —le confió—, y no puedo darle más motivos para venir a por vosotras.

Caitlyn lo miró perpleja, con el corazón acelerado.

—Entonces, te alejas… para protegernos —casi susurró, ya sin preguntar.

—¿Por qué creías que era?

Ni siquiera se lo había planteado. Él ya la dejó una vez con el corazón destrozado, y ahora el dolor de los recuerdos se había hecho eco en ella, pero aquello no podía decírselo.

—Varek ya nos tiene en el punto de mira, Devlin —le recordó.

—Y no sabemos por qué —suspiró—, pero confío en que se aburra rápido cuando estés en tu casa, con tu familia —expuso—. Jamás ataca velkanos si no se interponen en su camino, pero si me ve con vosotras, seréis un blanco demasiado apetecible.

—Pero…

—¡No hay peros, Caitlyn! —replicó con vehemencia, aunque con un ligero temblor en la voz—. No hay forma de que pueda estar cerca de vosotras sin exponeros.

Caitlyn sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Ahora entendía por qué Kyle había estado tan seguro de que Devlin se marcharía, aunque ella no le había dejado explicarse.

¿Y qué debía hacer ella? ¿Arriesgar la vida de Annabella solo para poder estar cerca del hombre que le destrozó el corazón? No,

aquello no era una opción, no antepondría sus deseos al bienestar de su hija, aunque eso supusiera no volver a verlo.

«Pero… ¿debería decirle la verdad antes de irse?».

La duda la atrapó con fuerza, instalándose en su pecho mientras el silencio se alargaba entre ambos. Reconocía que le aterraba la respuesta de Devlin frente a la verdad que escondía. ¿Cómo lo encajaría? ¿Qué haría si descubriera que Annabella era su hija?

Si la rechazaba, sería un golpe devastador. Pero si decidía amarla, ¿no sería aún peor? De cualquier forma, su destino seguiría siendo el mismo: alejarse de ellas. Y si tenía que irse, ¿era justo obligarlo a hacerlo sabiendo que dejaba atrás a su propia hija?

Todas aquellas dudas y miedos debieron reflejarse en sus ojos, porque Devlin la abrazó ahora con más fuerza.

—Centraré mi vida en encontrar a ese cabrón —declaró con ardor—. Lo pillaré, te lo prometo, podréis vivir tranquilas muy pronto.

«¿Volverás ese día a buscarnos?», se moría Caitlyn por preguntarle. Pero entonces recordó el momento en el que Kyle le había hablado de las heridas de Devlin, de cuan profundas eran, hasta el punto de guardar su corazón a buen recaudo.

«Y por qué estás pensando en su corazón, Caitlyn», se amonestó. «Protege el tuyo, porque está a punto de romperse en mil pedazos». Y no podía olvidar la posibilidad… de que su prometida, o ahora esposa, estuviera aguardando su regreso a casa. El recuerdo de aquella mujer la estremeció. Aún le hacía demasiado daño pensar en aquella conversación. Se sintió tan poca cosa, tan perdida, tan triste, tan dolida, tan… al borde de la desesperación, y él la había enviado para echarla.

—No me mires así —rogó él ahora.

—¿Cómo?

—Joder, como si me hubieran salido cuernos, de repente.

Caitlyn agachó la cabeza, pero él llevó un dedo al mentón, y, con delicadeza, la obligó a mirarlo. Ella se perdió en sus ojos.

—Caitlyn, regálame un momento épico antes de separarnos —musitó, y apoyó la frente en la suya—, uno que ambos podamos atesorar. —Le robó un beso.

—Devlin, yo…

Él recorrió su cuerpo con las manos con avidez y acabó abrazándola para estrecharla aún más.

—¡Aquí y ahora! —suplicó—, por favor.

Caitlyn gimió frente a la idea. Era evidente lo que le estaba pidiendo y… se moría de ganas de ceder, de permitir que la tumbara sobre la arena, de perderse en sus brazos y rendirse a sus besos, a sus caricias…

…pero no podía.

Entregarse a Devlin solo para volver a decirle adiós sería insoportable en aquella ocasión. Una tortura demasiado cruel, porque, por mucho que quisiera negarlo, se había enamorado de él cinco años atrás… y jamás había dejado de amarlo. Y en aquel instante lo supo con una certeza arrolladora.

No era solo deseo, nostalgia o el peso de los recuerdos. Era amor. Un amor testarudo, inquebrantable, que había resistido el paso del tiempo y el dolor de la traición. Uno que por más que lo intentaba no podía enterrar, pero que la enterraría a ella si lo alimentaba solo para volver a perderlo.

No podía hacerse aquello. Tendría que conformarse con disfrutar de él en soledad, cuando se reunieran en aquellos trances hipnóticos, que era lo único que podía tener.

—No puedo —declaró apenas en un murmullo.

—Caitlyn…

—Yo no soy como tú, Devlin —repuso, intentando sonar algo más entera—. No me acuesto con cualquiera.

Él se apartó un poco, con la mirada oscurecida por una mezcla de confusión y enfado.

—¿Y yo sí? —interrogó con cierta irritación—. ¿O te refieres a que me consideras *cualquiera*?

—No quería decir eso.

—¿Entonces la cualquiera eres tú?

—Devlin…

—No, ¡dime qué carajos has querido decir, Caitlyn! —exigió molesto.

—Que seas un mujeriego no es asunto mío, te pido disculpas. —Agachó la cabeza.

—¿Un mujeriego? —Aquello pareció multiplicar su enfado—. No me conoces de nada para hacer una afirmación semejante.

Y tenía razón. Caitlyn lamentó sus palabras y el peso de su propio error cayó sobre ella como una losa. Esas palabras no habían sido suyas, sino un eco, de nuevo, de aquel maldito día, de aquella odiosa mujer que la había despreciado con la misma frialdad con la que ahora Devlin la miraba.

«*No eres la primera ni serás la última… Siempre es lo mismo: Dev se divierte, se cansa y después…, bueno, alguien tiene que limpiar la basura*».

Y él la había enviado a hacerlo. Jamás olvidaría cada palabra que escuchó de aquellos crueles labios.

Dio por buena la salida de tono y no se excusó. Lo único que lamentaba era tener que despedirse de él con acritud, pero era bueno para ella recordar por qué se había esforzado por odiarlo durante aquellos años.

—Déjalo, Devlin —acabó diciendo—. Es obvio que jamás podremos entendernos.

—Por suerte no necesitamos hacerlo, ¿no? —expuso con enojo —. Solo tenemos que soportarnos un poco más.

Ella asintió y se esforzó por decir con calma:

—Si quieres, puedo explicarle yo misma a Annabella que…

—¡Ni se te ocurra hablar con la niña en mi nombre! —exigió—. No sé qué tipo de desalmado crees que soy, uno cualquiera, supongo —ironizó—, pero quiero despedirme de la pequeña, no puedo dejar que piense que la he abandonado a su suerte.

A Caitlyn se le atragantaron las palabras y se limitó a asentir. Se sentía fatal en aquel momento, él se había portado muy bien con Anna.

—Bien, pues regresemos al hotel —apostilló Devlin, y le hizo un gesto para que comenzara a caminar—. Procura no alejarte más de un par de metros de mí.

—¿Por qué? —interrogó confusa.

—No voy a arriesgarme a que te pase algo en el último momento, quiero irme en cuanto lleguemos —aclaró—. Te ocultaré de aquí al hotel, pero no podré hacerlo si te alejas mucho más.

Lo miró perpleja.

—¿Es que no… necesitas tocarme para ocultarme?

—Pues no, Caitlyn, no necesito tocarte —reveló sarcástico, y pasó ante ella—, ¿qué don de mierda sería ese? ¡Ni que fuera un velkano!

Caitlyn se sentía algo responsable del giro de acontecimientos ¡hasta aquel mismo instante!

—Oh, claro, pero no se preocupe —dijo, mordaz, poniéndose a su paso—, nadie podría confundirlo con un simple velkano, alteza.

Él soltó un improperio, y ella insistió.

—Mi gran Khalif. —Suspiró con una teatralidad mordaz—. A lo mejor quieres que te haga una reverencia.

La réplica no se hizo esperar.

—Eso depende —clavó en ella una mirada incisiva, demasiado brillante—, ¿hasta qué altura estás dispuesta a inclinarte?

Caitlyn se puso de todos los colores.

—Eres un…

—Un tipo cualquiera, no te compliques.

¿Otra vez? Caitlyn no podía evitar estar desconcertada. ¿Por qué demonios se había ofendido de aquella manera?

—¡Tampoco ha sido para tanto! —protestó Caitlyn—. Ambos sabemos que no te faltarán mujeres en tu vida, así que no entiendo a qué viene tanta ofensa.

Él sonrió con acidez y la miró de reojo.

—Tienes toda la razón, he exagerado un poco —declaró con fingida calma—. Aprieta el paso, por favor, que ya estoy deseando volverme a mi harem.

Caitlyn no pronunció una sola palabra más. Caminaron en silencio hasta el hotel, donde encontraron a Kyle en la puerta de la calle, que les hizo aspavientos desde varios metros antes de que llegaran hasta él.

—Joder, ¡¿de dónde coño venís?! —interrogó como único saludo.

—Yo de donde me dé la puta gana —aclaró Devlin en un tono que no aceptaba discusión—. A ella pídele todas las explicaciones que estimes oportunas.

Pasó de largo, pero no le dio tiempo a entrar en el hotel. Kyle habló alto y claro antes de que lo hiciera:

—Se han cargado a Bellows a veinte minutos de aquí.

Devlin se paró en seco y se giró a mirarlo.

—¿Perdona?

—Han interceptado el coche y le han pegado un tiro en la frente —contó—. Por suerte, los hombres que lo escoltaban están bien.

Aquel era el sello inconfundible de Varek. Solía matar así cuando lo hacía sin explosivos, con un único y certero disparo entre ceja y ceja. Además, en cada asesinato o atentado dejaba una especie de tarjeta de madera con un símbolo extraño grabado en ella. El símbolo era un dibujo de lo que parecía una runa, que jamás habían identificado como para conocer su significado.

—¿Ha dejado la tarjeta con la marca?

Kyle asintió. No había dudas de que era él.

—Mierda —izó Devlin los ojos hacia el hotel—. ¿Cómo coño se ha enterado de que habíamos pillado al tipo?

—Es obvio que quedan micros ocultos —suspiró Kyle.

—No en la suite de Caitlyn —aseguró.

—Los tendrá por todas partes —opinó preocupado—, es listo el hijo de puta. Hay que sacar a Caitlyn y Annabella de aquí cuanto antes.

La chica miraba de uno a otro, perpleja, ahora con los ojos cargados de una mezcla de miedo y angustia. Aquello eran palabras mayores. ¿Qué clase de monstruo era capaz de mirar a una persona a los ojos y pegarle un tiro entre las cejas?

«Varek». Ahora el simple nombre la hacía estremecer.

Devlin la observó en silencio y fijó su mirada en sus ojos azules, donde el miedo era casi palpable. Por un instante, apenas un suspiro de tiempo, ella creyó que iba a abrazarla, que disiparía su temor con el calor de su cuerpo, pero en lugar de eso, su voz rompió la tensión de forma implacable:

—Quiero despedirme ya de Annabella.

La chica asintió y le costó mucho controlar las lágrimas que pugnaban por salir.

—¿Cuándo te vas? —se interesó Kyle.

—En cuanto hable con la niña —explicó—, no podemos arriesgarnos más.

—Si tiene más micros ocultos —opinó Kyle—, es difícil que no sepa que estás aquí. Nos lleva ventaja.

Devlin asintió, apretó los dientes y declaró:

—Me aseguraré de que le quede claro que no me importáis una mierda, ninguno de vosotros.

—Todo un detalle —ironizó el inspector.

—Sí, supuse que sabrías apreciarlo.

Durante unos segundos, parecieron mirarse con algo más de simpatía, aunque no duró.

—¿La niña está arriba?

—Davina y Keira se la han llevado a dar un paseo —contó—. Está nerviosa.

Devlin suspiró.

—Llamaré a Keira —dijo ahora Caitlyn con un hilo de voz.

Él se limitó a asentir sin mirarla demasiado.

—Voy a saldar mi cuenta con el hotel mientras tanto.

Se alejó de ellos con paso firme, y Caitlyn tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas mientras sacaba su teléfono y esquivaba la perspicaz mirada de su hermano.

Capítulo 20

Cuando Caitlyn colgó el teléfono, por su conversación estaba claro que Keira y Davina estarían de vuelta en breve.

Sentía los ojos de Kyle clavados en ella, ahora con cierta tristeza, y aquello no la ayudaba a serenarse. Se limpió una lágrima traicionera que cayó por su mejilla con un movimiento nervioso.

—Llora si lo necesitas —aconsejó su hermano—. Nadie va a juzgarte.

La atrajo hacia él y la abrazó con fuerza, gesto que Caitlyn agradeció con el corazón encogido.

—Sé que no he sido el mejor hermano del mundo —admitió abatido, tras unos minutos de silencioso abrazo.

Caitlyn salió de sus brazos y lo miró a los ojos.

—Sueles estar a una llamada de distancia —sonrió.

—Pero te cuesta hacerla cuando más la necesitas.

Ella no lo negó. Durante los años de ausencia, siempre habían procurado charlar al menos una vez al mes por teléfono, pero era mucho más fácil hacerlo de cosas triviales, al igual que le pasaba con su padre.

—¿Por qué no me llamaste en cuanto Annabella desarrolló sus dones sahires? —interrogó—. Habríamos venido mucho antes.

Y aquel era el motivo. Solo había que ver cómo había encajado su padre la noticia.

—Creí que podía manejarlo sola —mintió a medias.

Kyle suspiró con pesar.

—No debiste criarte lejos de nosotros —la sorprendió diciendo.

—Kyle…

—Tu desconocimiento de todo nuestro mundo es evidente, Caitlyn, y no te juega a favor.

Ella lo miró un tanto confusa.

—Si has creído poder lidiar sola con una niña mitad sahir —resopló—, es que algo no está bien.

Sí, ahora se daba cuenta de hasta qué punto había sido ingenua al pensarlo.

—Lo he discutido con papá montones de veces —la asombró Kyle ahora—. Fue un gran error criarte como una mundana.

—¿Por qué?

—Porque no lo eres —le recordó lo obvio, acariciándole el rostro con ternura—. ¿Qué es eso de que odias tu don empático? ¿Es cierto?

Su incapacidad para mirarlo a los ojos habló por sí sola.

—¿Por qué nunca me has dicho nada?

—No quería preocuparos —admitió en un susurro—, pero no sé cómo lo manejas tú, Kyle, pero yo no llevo bien saber cómo se siente cada persona que toco, es… angustioso a veces.

Él la miró un tanto desconcertado.

—Pero sabes que puedes decidir cuándo usar o no tu don, ¿verdad?

Ella le devolvió un gesto interrogante. Devlin había sido el primero en insinuarlo, hasta entonces ni se lo había planteado. Kyle leyó la respuesta al vuelo.

—Caitlyn… —la miró horrorizado—, ¿has vivido toda tu vida sin cerrar tu umbral energético?

—¿Mi… qué?

A Kyle se le descompuso el rostro.

—Tu canal de energía, Caitlyn, lo que te permite ser una persona normal hasta que decidas dejar de serlo.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Podría haber escogido no sentir nada? —Estaba alucinada.

—¡Claro! Por Dios, Caitlyn —se lamentó—, ¿cómo sigues cuerda?

Ella le mostró sus manos enguantadas, y Kyle la observó perplejo, apretando los dientes.

—Eso no es una solución —se lamentó—. Joder, Caitlyn, lo siento. Fue mi madre antes de fallecer quien me enseñó todo lo que necesitaba aprender sobre mi don empático, y… creí que papá te habría instruido a ti. Debí asegurarme. —Sonaba muy jodido ahora.

—Kyle, tú eras muy pequeño cuando yo nací —le recordó—, y tenías doce años cuando me marché con mi madre, no puedes sentirte responsable —suspiró con fuerza—. Y papá estaba demasiado superado por… los acontecimientos, ya sabes.

Él asintió.

—Pero Caitlyn, si te has criado entre mundanos… —lo vio tragar saliva, algo cohibido—, ¿cómo te relacionabas?, ¿o es que has pasado toda tu vida aislada del resto del mundo?

Ella intentó sonreír. Dicho así, sonaba tan feo… ¿Y acaso no lo era?

—Que mi madre siempre estuviera trabajando en los confines de la tierra… ayudaba.

A Kyle no le hizo gracia. Eran evidentes la cantidad de repercusiones que podían haber tenido en su vida aquel hecho.

—Dime que tu vida ha sido medio normal, por favor —rogó angustiado—, que has tenido amigos, novios.

A ella le costó sonreír.

—Tengo una hija preciosa, ¿la recuerdas?

—Eso es verdad, pero… ahora no me extraña que escogieras a un sahir para tenerla.

Caitlyn se puso muy tensa. ¿Cómo le decía que ella ni siquiera se había enterado de que no podía leer a los sahires hasta hacía un par de meses? Tal era su desconocimiento de todo aquel mundo… Un mundo que debía empezar a considerar también como suyo, porque era al que pertenecía Annabella.

—Kyle… —susurró ahora con una preocupación extra—, Devlin me ha dicho que no va a entrenar a Anna.

—Siempre lo tuve claro —asintió—. Es demasiado peligroso que precisamente él esté cerca de vosotras.

—Pero mi hija necesitará un sahir que la guíe —le recordó—, ¿dónde encontramos a uno que no llame la atención del tal Varek?

—Dev nos mandará a alguien.

—¿A Airys?

Vio a su hermano apretar los dientes.

—No, ¡por fortuna! No nos enviará a un McAllister —aseguró—. Cualquiera de ellos está descartado.

Caitlyn miró a su hermano con curiosidad.

—¿De qué conoces tú a Airys? —interrogó ahora—. ¿Y por qué tengo la sensación de que no te cae nada bien?

—Me la he cruzado en algún caso en comisaría —contó de mala gana—. Es una prepotente odiosa e insufrible.

—Mira, algo parecido comentó ella de ti cuando la conocí —sonrió a medias—. Y eso que negué que fueras mi hermano, por si acaso.

—¿Qué te dijo?

—Ya ni me acuerdo, pero no sonaba cariñoso. —Se encogió de hombros—. ¿Y por qué dices que te la has cruzado en algún caso? ¿Trabaja en comisaría?

Kyle torció el gesto de nuevo.

—Todos los McAllister son asesores del cuerpo, en realidad —explicó—, y están autorizados a hacer su aparición estelar cuando les dé la real gana.

Aquello no parecía agradar mucho a Kyle, pero sorprendió a Caitlyn.

—¿Y suelen hacerlo?

—Solo cuando hay magia, velkanos o sahires involucrados.

—Pero eso es necesario, ¿no?

—Sí, claro, yo mismo he llamado a Callum o Ewan en multitud de ocasiones, pero también es muy molesto tener que soportarlos.

Y de repente, Caitlyn recordó…

—Así conociste a Devlin, ¿no?

Su hermano asintió con un gesto un tanto tenso.

—Trabajamos juntos durante un año —explicó—. Él se infiltró en comisaría de incógnito, como un asesor externo del montón. Solo el comisario y yo mismo sabíamos que era un sahir.

—Pero durante un tiempo estuvisteis muy unidos —recordó Caitlyn.

Kyle asintió.

—Sí, no estaba mal para ser un sahir —aceptó—, y el caso en el que trabajamos durante un montón de meses creó un vínculo especial entre nosotros. Fue muy duro, el tipo al que perseguíamos era despiadado y el caso demasiado personal para Devlin.

Caitlyn lo miró asombrada, comprendiendo en el acto.

—¡Varek!

Kyle asintió.

—El tipo siempre tiene como punto de mira a los sahires —explicó—, pero para conseguir su meta le dan igual los daños colaterales. No le importa nada a quién se lleve por delante en el intento. Y lleva muchos años matando.

—Pues es evidente que nunca lo pillasteis —tanteó—. Pero ¿qué pasó entre Devlin y tú?

Torciendo el gesto, su hermano ironizó:

—Se le olvidó mencionar quién era. —Apretó los dientes—. Más de un año trabajando juntos, cubriéndonos las espaldas, y jamás fue capaz de decirme que era un McAllister; y no uno cualquiera, sino el puto Khalif.

—Entiendo.

—Solo me lo dijo cuando Varek estuvo a punto de matarme intentando matarlo a él.

Caitlyn recordaba muy bien aquel día. Estando en el hospital para ver a su hermano ella había sufrido un desmayo que, tras un examen médico ese mismo día, había terminado destapando su embarazo.

—Me acuerdo de ese día.

Kyle sonrió a medias.

—No lo dudo —suspiró—, un día memorable para los Holloway ese.

Contra todo pronóstico, Caitlyn rio y Kyle continuó diciendo:

—Yo herido, tú desmayada y papá desquiciado y al borde del colapso, porque tus dones no acababan de hacer su aparición por ninguna parte.

—¡Vaya cuadro!

—No sé cómo no tuvimos que endeudarnos para pagar los gastos médicos.

La chica volvió a reír, pero se puso seria poco a poco. Aún había una duda que necesitaba despejar.

—¿Por qué le mentiste a Devlin sobre mí? —preguntó con curiosidad—. Le dijiste que era una mundana.

Kyle asintió, algo cohibido ahora.

—No podía descubriros, Caitlyn —le explicó—. Hacía muchos años que tú estabas viviendo como una mundana para eludir… —bajó la voz— al Consejo. Admitir en ese momento que eras una velkana, quizá trajera demasiadas preguntas que podían complicarnos la vida.

Caitlyn asintió.

—Y me alegro mucho de haber callado —informó Kyle, y la miró a los ojos ahora con una expresión preocupada—. En los últimos días que pasé de buenas con Dev me di cuenta de que parece detestar a las amatysas.

Ella lo miró ahora perpleja.

—No sé qué fue lo que le pasó —confesó—, pero de buenas a primeras sufrió como una especie de obsesión por encontrar y atrapar a todas las que hubiera sin marcar, y aquello me desesperaba. Así que debo confesar que quizá me sentí un poco aliviado cuando te quedaste embarazada —resopló—. De alguna forma, ese embarazo te ponía a salvo de todo.

Caitlyn se estremeció.

—De todo no —susurró—, sigo… siendo una amatysa.

—Ya no representas peligro para nadie —opinó, pero carraspeó y declaró—: pero por si acaso, yo no se lo diría a Dev.

—¿Que no me diga qué? —exclamó una voz a sus espaldas, sobresaltándolos.

Kyle se giró a mirar a Devlin y soltó un chasquido desaprobatorio.

—Nada de nada, yo que ella, no te dirigiría ni la palabra.

—Muy bien, hombre —repuso con acidez—, los dos hermanitos Holloway conspirando a mis espaldas.

Kyle le devolvió un gesto mordaz y un comentario más aún:

—Lo de conspirar os lo dejamos a los McAllister.

—La hostia, ¡qué ganas tengo de perderte de vista! —masculló Devlin

—Joder, porque no os apuntáis a Pressing Catch —intervino Caitlyn soltando un bufido—, la gente pagaría por veros daros de hostias

Ambos observaron a la chica con evidente sorpresa.

—¿Qué? —Miró de uno al otro—. ¡Sois muy pesados para ser dos hombres adultos!

Se alejó de ellos para saludar a Tessa, la recepcionista del hotel, que entraba en turno en ese momento y llegaba a la puerta principal.

Devlin la siguió con la mirada, sin poder evitar admirar su belleza. Empezaba a estar muy inquieto de cara a la inminente despedida.

—Tiene carácter —murmuró, y esbozó una sonrisa mordaz—. Habrá salido a su madre, supongo.

—Me parto, menudo cómico se perdió el mundo contigo.

Devlin sonrió ahora con sinceridad e intercambió una mirada tensa con Kyle, exenta de animadversión.

Suspiró y declaró en un tono serio:

—¿Qué demonios querrá Varek de ella, Kyle?

El velkano negó con un gesto.

—No tengo ni idea, pero no me gusta.

Sí, a él tampoco, y verse obligado a alejarse lo mataba.

—Me he encontrado con Joss en recepción —contó Dev ahora—, y hemos comprobado que Bellows lleva haciendo visitas periódicas al hotel desde hace siete meses.

Kyle lo miró con preocupación.

—No tiene lógica —opinó—. Si aguardaba a que Annabella desarrollara sus dones, ¿por qué no esperar a que la niña rondara los cuatro años? Venir antes era perder el tiempo.

—Eso suponiendo que sea Annabella quien le interesa —le recordó Devlin.

—¿Qué podría querer de Caitlyn?

—No lo sé, dímelo tú —dijo en un tono algo ácido—. Vosotros sois quienes la habéis escondido toda su vida.

Fue evidente que Kyle hizo un esfuerzo enorme por controlarse.

—Mi hermana no tiene nada que pueda interesarle a Varek —sentenció—, te lo garantizo.

—Quizá sea algo mucho más… físico.

—¿Qué?

—Pudo verla en algún sitio —conjeturó— y encapricharse de ella.

Kyle valoró aquella posibilidad. Ambos miraban ahora a la chica charlar con Tessa unos metros más allá.

—Eso podría tener sentido —aceptó Kyle—. Caitlyn es…

—Inolvidable —susurró Devlin casi para sí, y carraspeó, incómodo, no tenía ninguna intención de admitir aquello.

Clavando una mirada afilada en él, que no podía ocultar del todo cierta diversión, Kyle declaró:

—Jamás te aceptaría como cuñado, lo tienes claro, ¿no?

—El día que me interese por una velkana, mi familia tiene orden de medicarme —manifestó, pero no podía apartar sus ojos de Caitlyn—. Entonces, ¿crees que su belleza pueda ser la motivación de Varek?

—Es una opción que tiene sentido, y no se me ocurren muchas más —admitió Kyle—. Porque ¿cómo podría haberse enterado Varek de que mi sobrina es medio sahir? Ni siquiera mi hermana lo sabía hasta que desarrolló sus dones.

—Así que es cierto que ella no era consciente de que aquel tipo era un sahir

—No parece.

—¿Y qué sabes de él? —interrogó ahora fingiendo cierto desinterés.

—Nada de nada.

Devlin lo miró con evidente desconcierto.

—¡Venga ya!

—Te juro que jamás hemos sido capaces de sacarle una palabra sobre él —afirmó con sinceridad.

—¿Y si todo esto está relacionado con ese tipo?

—Sí, ya se me ha pasado por la cabeza —reconoció—, pero Caitlyn hace mucho tiempo que nos prohibió hacerle preguntas.

Devlin dejó escapar un bufido de fastidio.

—Joder, pero esto es diferente —gruñó, y de pronto se le ocurrió—: ¿Crees que… pudo forzarla?

—No.

—¿Cómo lo sabes si no te dijo nada?

—Por cómo hablaba de él —contó.

Devlin sintió una punzada en el pecho, molesto por lo que aquello implicaba.

—Sí, pero…

—Soy un velkano, Devlin —le recordó—. Hay cosas que sé, sin más, sin pararme a plantearme nada.

Devlin apretó los dientes.

—Así que a Caitlyn le gustaba ese tipo.

—De eso no hay duda.

No pudo evitar apretar ahora los puños con fuerza. Odiaba la idea de Caitlyn mirando a otro con esa intensidad suya, con aquella dulzura que lo desarmaba.

—Pues, lo siento por la pregunta, pero ¿qué fue lo que le vio él? —soltó con cierta aspereza—. Porque siendo honestos, era difícil ver más allá de la ropa enorme y aquellas gafas que…

—Sí, ya te entendí —resopló Kyle molesto.

—¿Por qué le hacíais aquello? —inquirió con el ceño fruncido—. De verdad que me resulta curioso.

—Pero no estamos aquí para satisfacer tu curiosidad.

Devlin calló unos segundos, pero la inquietud lo carcomía.

—¿Ni siquiera sabes dónde lo conoció?

Kyle soltó un bufido de impaciencia.

—No.

—Joder, pues igual deberíais haber estado más pendientes —sonó casi como un reproche.

—Caitlyn no solía salir —se defendió.

—¿Y para un día que lo hizo, volvió a casa con el lote completo?

Kyle lo fulminó con la mirada.

—Oye, tú quieres que te calce una hostia, ¿no?

Devlin alzó las manos, fingiendo inocencia.

—Solo intento atar cabos —aclaró—. Si ella no quiere hablarnos de él, habrá que investigar por otro lado. No podemos descartar que ese tipo tenga algo que ver con Varek.

Kyle gruñó entre dientes y lo miró con fastidio, pero en el fondo ambos sabían que aquello no era una idea descabellada.

—El día que Caitlyn cumplía sus veintitrés años se escapó de casa —contó a regañadientes.

Con un gesto de asentimiento, Devlin comprendió:

—Cuando debía recibir sus dones.

—Exacto, sí —asintió Kyle—. Vosotros pasáis toda la vida usando los vuestros, pero los velkanos nos sentimos muy raros ese día.

—Entiendo.

—Supongo que se sentía diferente… y deseosa de sumergirse en la sensación de libertad —explicó—. El subidón de energía y la necesidad de explorar el mundo es algo inevitable ese día.

Devlin lo miró ahora muy serio, molesto por ser consciente de cuánto le habría gustado pasar aquel día en concreto junto a ella, y crispado por el pensamiento de que cualquier otro hubiera tenido ese privilegio.

—¿No sabes dónde fue?

—No —admitió con pesar—, jamás conseguí que me lo dijera.

—Supongo que para que no buscaras al tipo en cuestión.

Kyle se encogió de hombros.

—Como fuera —aclaró—, jamás daremos con él si ella no suelta prenda.

—Pues tendrás que esforzarte en lograrlo —opinó—, porque no tenemos muchas pistas más de las que tirar.

—Quizá él no tenga nada que ver.

—Ya —suspiró y miró a Caitlyn con preocupación—, el problema de los quizá… es que no salvan vidas.

Aquello era una verdad indiscutible.

—Siento tener que dejarte solo con esto —repuso Devlin con sinceridad—, pero te juro que pondré todo mi empeño en darle caza. Me centraré solo en él, no descansaré hasta pillarlo.

Como tenía sus ojos puestos sobre Caitlyn, no vio la mirada, mezcla de curiosidad y perspicacia, con la que Kyle lo observaba mirar a su hermana.

—Hasta que os encuentre a alguien, estoy seguro de que Davina estará muy pendiente de ellas —siguió diciendo Devlin—.

Además, tendrá que investigar cómo es posible que Caitlyn haya desarrollado uno de sus dones velkanos.

Kyle lo miró con cierta sorpresa.

—¿A qué don te refieres?

—Al que le permite leer pensamientos.

—Pero eso solo ha sido puntual, por el estrés del momento y…

—Me temo que no —aseguró Devlin.

Vio tragar saliva a Kyle con total claridad, mientras fruncía el ceño casi sin ser consciente.

—Yo me encargaré de mi hermana —declaró de inmediato—. No necesito a Davina para nada.

A Devlin le sorprendió mucho la negativa. Davina Carmichael podía aportarles una sabiduría y saber hacer que nadie en su sano juicio rechazaría… sin un motivo de peso. Una vez más, no tuvo duda de que había algo sobre Caitlyn que permanecía en la sombra.

—No sé qué estáis ocultando, Kyle, y no voy a insistir —le dijo ahora, mirándolo muy serio—, pero quizá deberías valorar si guardar ese secreto es más importante que la vida de tu hermana y de tu sobrina.

—No sé de qué carajos me hablas —replicó.

Devlin soltó aire y se encogió de hombros en señal de rendición.

—Como quieras —concedió.

Pero por dentro no estaba tan resignado como quería aparentar. No podía evitar preocuparse por ambas, y lo mataba verse obligado a alejarse, y que no confiaran en él era algo que lo irritaba sobremanera. Empezaba a no poder controlar la mezcla de rabia, preocupación e impotencia que lo embargaba.

—Voy a subir a recoger mis cosas —le confió ahora a Kyle—. ¿Puedes pedirle a tu hermana que me lleve a Annabella cuando vuelva?

—¿Por qué no se lo dices tú? —Señaló a la chica.

—No sé si lo habrás notado —ironizó—, pero no soy su persona favorita.

—¿En serio? —repuso mordaz con un gesto de sorpresa—, ¿cómo es eso posible con lo que tú te haces querer?

Devlin se limitó a gruñir, y Kyle estuvo a punto de reír al verlo alejarse.

Observó con disimulo cómo pasaba ante Caitlyn sin mirarla, con evidente esfuerzo, de eso estaba seguro; y la manera en la que a su hermana se le iban los ojos tras el sahir en cuanto pasó de largo.

Ay, Dios, aquello era lo único que faltaba…

Capítulo 21

Cuando Caitlyn tocó a la puerta de la suite de Devlin, se moría por verlo. Mal asunto, teniendo en cuenta que estaban allí para despedirse.

Annabella se lanzó a sus brazos en cuanto abrió la puerta, y el chico la izó del suelo con una sonrisa maravillosa que trastocó a Caitlyn por completo. Por suerte, se había asegurado de que Kyle fuera con ellas para evitar cualquier tipo de conversación difícil con Devlin. Él tenía una capacidad fuera de lo común para entretener a la niña en un lado de la suite y jugar con ella en el otro.

—Inteligente lo de la carabina —se las arregló Devlin para decir solo para sus oídos.

¡Hasta con Kyle allí se las apañaba para incomodarla!

Se esforzó por asesinarlo con la mirada y recibió una sonrisa mordaz como respuesta, pero también lo vio ponerse muy serio al posar sus ojos sobre la pequeña, con un gesto de pesar, y eso la enterneció. Era evidente que no iba a ser fácil para Devlin despedirse. Se preguntó si aquello del llamado de la sangre también lo afectaba a él.

—¿Le has anticipado algo?

—No, me dijiste que…

—Sí, lo sé —suspiró, y miró a la pequeña—. Annabella, tengo que hablar contigo.

Cogió asiento en el sofá para poder mirarla a los ojos, y la niña le devolvió un gesto curioso, a la expectativa.

—¿Vamos a seguir entrenando? —interrogó con una sonrisa ilusionada.

Caitlyn vio cómo él tragaba saliva. A continuación, sacó el Orbis del bolsillo y se lo tendió a la pequeña.

—Todo tuyo. —Lo puso sobre la palma de su mano—. Gracias por prestármelo.

—De nada —dijo, risueña—, te lo puedo prestar siempre que quieras.

Él asintió y declaró:

—Verás, pequeña luciérnaga —intentó sonreír—, vamos a tener que pasar un tiempo sin vernos.

A la niña se le borró la sonrisa del rostro, y a Caitlyn se le saltaron las lágrimas de la forma más idiota.

—¿Por qué?

Devlin miró a Caitlyn con una expresión interrogante, con la que parecía pedirle ayuda, era obvio que no sabía qué decirle. La verdad no era adecuada para una niña de cuatro años, no podían asustarla.

—Devlin tiene que salir de viaje, amor —intervino Caitlyn.

—¿Adónde? —susurró la pequeña con tristeza—. ¿Muy lejos?

—Un poco, sí.

—Ah… —se le humedecieron los ojitos—, y ¿no puedes llevarnos contigo?

Caitlyn tuvo que contener un sollozo. Aquello estaba siendo más duro incluso de lo que esperaba.

—Ojalá pudiera —musitó Devlin con un gesto de tristeza.

—¿Y si prometo portarme muy bien? —insistió.

—Anna…

—Tendré cuidado de no romper nada —se reiteró, y miró a su madre—. Mami, ¿podemos ir con Devlin? ¡Por fa, por fa!

Caitlyn ya no veía nada a través de las lágrimas, y, para su sorpresa, Devlin no parecía estar mucho mejor.

—Voy a un sitio al que no puedo llevaros —explicó el chico—, pero… quizá pueda llamarte y… —Miró a Kyle, que negó con la cabeza.

—No es buena idea —intervino en susurros—, no es seguro.

Devlin asintió y suspiró con evidente desazón.

—Lo iremos viendo, ¿vale? —le dijo ahora a la pequeña, que hizo un gesto de asentimiento con una expresión de tristeza que partía el alma—. Voy a regalarte algo más para que no te olvides de mí —sonrió Devlin ahora.

Se llevó la mano a la muñeca y se quitó la pulsera que siempre tenía puesta.

—Hace muchos años que la uso —le confió mientras se la metía por la mano hasta su pequeña muñeca—. Te queda un poco grande, pero puedes guardarla y mirarla siempre que quieras recordarme.

La pulsera era sencilla, de cuero negro, con un símbolo grabado en una pequeña chapa de plata.

—Es una media luna —señaló Devlin el símbolo—, y, si te fijas, el trazo que la envuelve forma la letra *M*… de McAllister.

Caitlyn sintió cómo la sangre se le helaba en las venas, su piel palideció al instante y por un momento le costó respirar.

—Es mi marca familiar —continuó Devlin,

La niña observaba el símbolo con una curiosidad inocente, ajena a la creciente ansiedad de su madre.

«Dios, Anna, guarda silencio, por favor». La súplica resonaba en su mente mientras su pulso se aceleraba y sus manos comenzaban a sudar.

El símbolo, que hasta ese momento parecía tan inocente, se había convertido en una sentencia anunciada.

—Todos los McAllister nacemos con esta marca en alguna parte del cuerpo, ¿sabes? —siguió contando Devlin—, es como una huella que nos identifica. Y quiero regalarte la pulsera para que de alguna forma tú también la tengas.

Caitlyn, incapaz de controlar el pánico que la invadía, comenzó a retroceder hacia la puerta, como si un instinto primario la empujara a huir de lo que parecía inevitable. Sus pensamientos eran un caos. La imagen de la marca de Anna, que estaba justo detrás de su oreja, cruzó su mente con una fuerza arrolladora; y maldijo el momento en el que ella misma le había hecho una foto para que su hija pudiera vérsela.

—¿Te gusta? —preguntó Devlin tras ajustarle la pulsera lo máximo posible en la muñeca.

—Me encanta —sonrió Annabella—, aunque yo ya tengo una marca de estas.

El gemido de terror que escapó de labios de Caitlyn fue involuntario y llamó por primera vez la atención de Devlin sobre ella.

—¿Tienes una parecida? —se interesó Devlin, ahora con un atisbo de sorpresa en su voz.

La niña negó con un gesto.

—Parecida no, es igualita a esta —miró a Caitlyn—, ¿verdad, mami?

La chica sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies. Su mente entró en pánico absoluto y la vergüenza y el miedo la invadieron con una intensidad insoportable. Y verla así fue suficiente para que Devlin le diera algo de crédito a las palabras de la pequeña.

—¿Dónde tienes esa marca, Anna? —interrogó con un gesto perspicaz.

—Aquí detrás. —Se tocó la oreja.

—Venga, Dev —intervino Kyle en un tono jocoso—, ¿no pensarás que puede ser igual?

Pero Devlin lo ignoró por completo. De repente parecía abducido por cada palabra que la pequeña pronunciaba.

—Déjame verla —pidió, con su voz ahora más grave, pero cargada de una urgencia casi imperceptible,

Caitlyn soltó una exclamación ahogada mientras él la ayudaba a apartarse el pelo. Los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos mientras se inclinaba hacia Anna.

Y a partir de ese instante, todo sucedió a cámara lenta para Caitlyn. La chispa mezcla reconocimiento y desconcierto que asomó a los ojos de Devlin la paralizó. El miedo, la ansiedad y la certeza de lo irremediable… provocaron que la cabeza comenzara a darle vueltas.

Sin pensarlo y sin mediar palabra, salió corriendo de la habitación.

—Pero ¿qué narices está pasando? —murmuró Kyle.

Y si él estaba desconcertado, Devlin…, además, estaba perplejo.

Volvió a mirar con atención la marca de Annabella. No había duda, era su huella familiar la que marcaba su piel, y solo podía significar una cosa: la pequeña era una McAllister.

Su cabeza comenzó a funcionar a una velocidad de vértigo. ¿Cómo era posible?

—Devlin, ¿qué narices pasa?

El chico estaba demasiado sumido en aquel misterio como para escuchar nada que no fueran sus propios pensamientos, enloqueciéndolo.

¿Aquella niña podía ser de… Callum o de Ewan? ¿En algún momento Caitlyn podría haberse cruzado en sus vidas? Detestaba hasta el simple pensamiento, pero… no había muchas más opciones, excepto él.

Y entonces su mente se quedó paralizada.

¡No! ¡No era posible que fueran la misma mujer!

—¡No puede ser! —repuso en alto.

Pero en el fondo aquella certeza ya corría por sus venas, y explicaba demasiadas cosas.

El mundo pareció tambalearse bajo sus pies mientras los latidos de su corazón martilleaban en sus oídos, ahogando cualquier otro sonido. Su mente, hasta hacía un instante desbocada en busca de respuestas, ahora se aferraba a una única e innegable verdad: Annabella era su hija.

El golpe de la revelación fue devastador. Como un puñetazo directo al estómago, un fuego que le consumía el pecho y lo dejaba sin aliento.

Miró a la pequeña y aquellos ojos grandes e inocentes le taladraron el corazón y sintió que le faltaba el aire aún más. Su hija, su sangre, su legado… y él no había sabido de su existencia hasta ese maldito instante.

La pequeña lo observaba con curiosidad, sin comprender el huracán que se desataba en su interior. Algo dentro de él se quebró al darse cuenta de todo lo que se había perdido: sus primeras palabras, sus primeros pasos, cada risa, cada lágrima. Le ardía el pecho con la necesidad de abrazarla, de protegerla, de prometerle que jamás la dejaría…, pero el veneno de la traición seguía ahí, envenenando cada hermosa emoción con rabia.

La furia lo embistió con la misma intensidad que el amor con el que miraba a su pequeña, sangre de su sangre.

Le dio un dulce beso en la mejilla y se puso en pie, incapaz de disuadir la rabia, que necesitaba focalizar en quien se la había ganado a pulso.

—Devlin, ¿qué está pasando?

Kyle intentó interponerse en su camino cuando echaba a andar hacia la puerta, y se veía por completo superado por el desconcierto.

—¿Qué día cumple los años tu hermana?

El chico frunció el ceño. Era evidente que aquello era lo último que esperaba escuchar.

—¿Los años? ¿Qué…?

—¡¿Cuándo es su cumpleaños?! —rugió ahora.

Y aguardó la respuesta con el corazón acelerado. Tenía cierto veintitrés de julio grabado a fuego en la memoria… Jamás olvidaría aquella maldita fecha, en la que toda su vida se había visto trastocada.

—Me bajas el tono —exigió Kyle—. Y no te diré una sola palabra hasta que me digas qué está pasando.

—¡Pues vete al diablo! —interrumpió colérico.

No necesitaba aquella confirmación. Lo empujó a un lado, caminó hasta la puerta de la habitación y salió como alma que lleva el diablo, en busca de la única persona a quien quería tener frente a frente.

∞∞∞

Caitlyn paseaba por su suite al borde del colapso nervioso. El temblor de sus manos era incontrolable. Se obligó a respirar hondo para calmar el torbellino de pensamientos que amenazaban con colapsarla, pero le era imposible.

El silencio que la envolvía era engañoso, como la calma que precede a la tormenta, y estaba segura de ello. Y como si lo hubiera atraído con el pensamiento, soltó un grito cuando la puerta de la suite estalló de golpe. Se abrió de par en par con una violencia aterradora, como si hubiera recibido una patada descomunal desde fuera, aunque Caitlyn sabía que Devlin no había tocado la madera. Su poder vibraba en el aire, cargado de furia contenida, la misma que exhalaba por cada poro de su piel.

«Lo sabe», de aquello no había duda, y un estremecimiento la recorrió de arriba abajo.

Devlin la observaba desde el umbral, con los ojos oscuros como la tormenta que ardía en su interior, la mandíbula apretada, los músculos tensos y una furia letal en su expresión. Su pecho subía y bajaba con rapidez, como si el simple acto de respirar le costara esfuerzo. Cuando su mirada se clavó en ella, Caitlyn sintió que le arrancaban el suelo bajo los pies. Dios, nunca lo había visto así, resultaba aterrador.

Escuchó a Kyle gritarle desde el pasillo y aquello la ayudó a calmarse un poco, pero fue solo hasta que Devlin se adentró un paso en la habitación y la puerta se cerró tras él a cal y canto.

Kyle aporreó la madera desde el pasillo.

—¡Devlin, abre ahora mismo, maldita sea!

—Déjalo entrar, por favor —rogó Caitlyn con un pánico absoluto reflejado en sus ojos.

La respuesta fue un chasquido seco, proveniente del pestillo al cerrarse… mientras avanzaba hacia ella.

Soltando un jadeo, rodeó el sofá lo más lejos que pudo de él y corrió hacia la entrada con el único propósito de abrirle a su hermano, pero cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, el aparador que había justo al lado se deslizó por sí solo bloqueando su paso.

—¡No! —susurró con desesperación.

El aire a su alrededor se volvió más denso, cargado de energía, y se vio obligada a girarse de nuevo hacia Devlin.

—No vas a ir a ninguna parte. —Su voz era un gruñido bajo, amenazador.

Avanzaba hacia ella de nuevo, que reculó marcha atrás rodeando la habitación, hasta que él movió una silla hacia ella, cortándole el paso y provocando que tropezara y casi cayera… Y lo habría hecho de no ser porque una fuerza invisible tiró de su muñeca y la mantuvo en pie, algo que habría sido de agradecer… si la hubiera soltado después en lugar de mantenerla prisionera, privada de todo movimiento o posibilidad de escape. A Devlin parecía costarle muy poco mantenerla presa sin molestarse en

tocarla. Aquella era otra demostración más de su poder y de lo indefensa que estaba frente a un hombre que podría aniquilarla por dentro en un abrir y cerrar de ojos, tal y como había hecho con aquella manzana.

—Devlin, por favor…

El miedo le cerró la garganta con tanta fuerza que sintió que no podía respirar. Devlin se detuvo justo frente a ella, tan cerca que podía sentir el calor que desprendía su cuerpo, su rabia contenida, su aliento cargado de furia. La empujó hacia la pared y apoyó una mano por encima de su cabeza, acorralándola por completo.

—Estás aterrada —declaró en un murmullo ronco—, y haces bien, porque no recuerdo haber estado tan enfadado en toda mi vida.

—Por… favor…

—¿Por favor qué?

—Puedo explicártelo —rogó.

Él rio de un modo escalofriante.

—Ya no es tiempo de explicaciones.

Ella se mordió los labios con fuerza, sintiendo cómo el corazón le martilleaba en el pecho.

—¿Te has divertido? —interrogó con frialdad.

—No, yo… no quería…

—Era una pregunta retórica —interrumpió—. No quiero escuchar nada de tus labios.

Con un gesto brusco, la obligó a darse la vuelta y un segundo después sintió que tiraba del dobladillo de su vestido hacia arriba.

Aquello la aterró, ¿qué pensaba hacerle? Jamás podría perdonarlo si él la castigaba forzándola a…

—Devlin… —rogó—, por favor, no lo hagas.

—No sufras, no quiero de ti nada de lo que temes —le susurró al oído en un tono helado—. Jamás volveré a tocarte como estás pensando.

Caitlyn no supo si aquello la alivió o le hizo aún más daño.

Desconcertada, se quedó muy quieta mientras él le subía el dobladillo del vestido casi hasta la cintura. Para su vergüenza, a pesar del miedo, sintió un deseo denso y caliente correr por sus

venas cuando se vio tan expuesta a él…, que de repente se quedó muy quieto. Incluso Caitlyn juraría que había contenido la respiración durante unos largos segundos…

…y entonces, como si un sexto sentido se lo susurrara al oído, supo que era su tatuaje lo que él contemplaba en silencio. Aquel fénix debía de ofrecer una visión imponente, porque lo sentía arder sobre su piel, vibrante, como si cobrara vida bajo su mirada.

Pero él no dijo nada. La soltó con la misma celeridad con que la había atrapado y se hizo a un lado, poniendo distancia entre ellos y permitiendo a Caitlyn respirar aliviada, aunque solo fue hasta que escuchó:

—Prepáralo todo, nos vamos en una hora.

La chica palideció, pero ya no era momento de achantarse.

—¡¿Qué?! ¡No te llevas a mi hija a ninguna parte! —lo enfrentó ahora como una fiera.

—Yo no soy tan cruel como para apartar a una niña de su madre —le echó en cara, volviéndose a mirarla con los ojos cargados de ira.

—No entiendo, has dicho… —titubeó.

—Que nos vamos, lo cual, para mi desgracia, te incluye a ti.

—Pero…

—Por si no lo has notado, Caitlyn —bajó la voz hasta que casi rozaba el hielo—, no estoy receptivo a los *peros*.

Caitlyn no era capaz de pensar con claridad, pero necesitaba entender.

—Dijiste que… Varek…, que no es buena idea que Anna esté cerca… de ti.

Lo vio apretar los dientes y mirarla con evidente ironía.

—Eso fue antes de saber que es *mi hija*, Caitlyn —declaró, asegurándose de pronunciar bien claras aquellas palabras.

—¿Y por eso vas a exponerla a…?

—¡¿A exponerla?! —rugió, recortando las distancias de nuevo hasta ella, soltando fuego por los ojos—. ¿Crees que no lo sacrificaría todo si supiera que alejarme la mantendrá a salvo? Pero a partir de ahora soy el único que puede protegerla.

Caitlyn dio un paso atrás sin entender, pero Devlin insistió:

—Por desgracia, ser mi hija pone una diana enorme sobre ella —expuso, apretando los dientes—. Si Varek lo sabe o llega a enterarse… —Se le atragantaron las palabras en la garganta.

Caitlyn lo miró ahora horrorizada. Ella ni siquiera se había parado a pensar en aquella posibilidad, y en ese momento se sintió la peor madre del mundo. Solo quedaba una cosa por decir:

—Estaremos listas en una hora.

Devlin se dio media vuelta, apartó con una mirada el aparador que obstaculizaba la puerta y abrió desde la distancia. Kyle casi cayó de bruces al suelo de la fuerza que estaba haciendo desde el otro lado contra la madera. Dougal también estaba con él, y ambos miraron a Devlin con una expresión mezcla ira y desprecio.

—¿Qué le has hecho, cabrón? —rugió Kyle al ver las lágrimas de su hermana rodando por sus mejillas.

Se abalanzó sobre él, pero Devlin solo tuvo que mover uno de sus brazos en el aire para lanzarlo a un lado e impedir que se acercara.

—No tengo tiempo para rabietas —repuso entre dientes—. Salimos hacia Inveresk en una hora. Ambas vendrán conmigo.

—Por encima de mi cadáver —aseguró Kyle, colérico.

—Por encima del cadáver de cualquiera que se interponga —rugió Devlin—, así que ten cuidado.

Justo cuando salía de la suite, Annabella irrumpió en la habitación, pasó corriendo junto a él sin siquiera mirarlo y se arrojó a los brazos de su madre, abrazándola con desesperación. Luego, con cautela, levantó la vista y, casi de reojo, le dirigió a Devlin una mirada furtiva cargada de reproches.

Para Caitlyn fue casi insoportable presenciar el destello de dolor que cruzó los ojos de Devlin al notar la actitud de la pequeña. Y en ese instante, la verdad la golpeó con más fuerza que nunca y fue demasiado consciente de cuánto les había robado por no ser valiente para contárselo todo cinco años atrás. De alguna forma, supo que el hombre que tenía frente a sí, tan fiero y temido por todos, jamás habría rechazado a su hija.

—Caitlyn, hija, ¿qué demonios está pasando? —se interesó su padre con un gesto de preocupación en cuanto Devlin se marchó.

—Papá, tenemos que irnos con él.

—¡De eso nada! —rugió Kyle ahora—. Me da igual lo que diga, Caitlyn, no tiene ningún derecho a…

—Es que sí lo tiene —interrumpió Caitlyn con pesar. Ya no podía más con tantos secretos.

Miró a su pequeña, le sonrió y escogió muy bien sus palabras. Aún no era momento de que su hija supiera la verdad, debía prepararla un poco, pero sí era importante que tanto Kyle como su padre entendieran.

—Devlin tiene… —tragó saliva, avergonzada, y los miró a los ojos— el mismo derecho que yo a decidir sobre la vida de Anna.

Aquello sonó lo suficiente extraño como para que tanto su hermano como su padre leyeran en sus ojos la verdad.

—¡Caitlyn! —casi gritó Dougal—. ¿Estás diciendo que él es…?

—Sí, papá —interrumpió, y abrazó a su hija con más fuerza.

Kyle la miraba con los ojos como platos.

—¿Cómo… es posible?

Caitlyn recordó aquel… *salimos hacia Inveresk en una hora* y por primera vez fue consciente de algo.

—¿Inveresk es donde está su casa?

Kyle le devolvió un gesto aturdido, sin entender a qué venía la pregunta.

—Sí, el castillo donde residen los McAllister está allí.

«Justo a las afueras de Edimburgo», recordó Caitlyn. Madre mía…

—La noche de mi cumpleaños… fue allí adonde fui —confesó.

Con el entrecejo fruncido, Kyle casi susurró:

—La fiesta de disfraces.

Ella asintió.

—¡Por Dios, Caitlyn!

Pero no era momento ni de explicaciones ni de reproches.

—Tengo que recoger mis cosas.

—¡Kyle, ¿no pensarás permitir que se las lleve?! —interrumpió ahora su padre, con cierto asombro.

Su hermano, más que aguerrido, la miraba con evidente resignación.

—Ese castillo es una fortaleza inexpugnable —repuso en un tono serio—. Si Varek descubre la verdad, es el único sitio en el que Annabella estará a salvo.

∞∞∞

Su padre se quedó con ellas mientras Caitlyn recogía sus cosas, previa promesa de que no trataría de disuadirla de ninguna manera. Kyle había ido en busca de Devlin para intentar mantener una conversación lo más cordial posible, que les permitiera permanecer en contacto por el bien de las chicas.

Caitlyn intentaba centrarse en completar las cajas que Selena le había llevado el día anterior sin pensar en nada más. Si se permitía darle vueltas al cambio radical que acababa de dar su vida, se volvería loca del todo, y no tenía tiempo para perderlo en cosas que no tenían remedio y que solo le traerían dolor. Ya se desesperaría cuando se viera sola en el castillo de Devlin, rodeada de sahires, que lo último que harían sería tratarla con simpatía. Empezando por el padre de su hija, del que dudaba que volviera a dirigirle la palabra de nuevo en algún momento.

Tragó saliva y se amonestó por dejar entrar aquel pensamiento en su mente.

—Amor, ¿tú estás segura de esto? —preguntó ahora su padre al verla palidecer.

—Haré lo que sea por mi hija, papá.

—Podemos irnos lejos, si quieres —propuso Dougal ahora—. Estoy dispuesto a coger un avión adonde decidas.

Aquello la emocionó, pero no era una solución.

—Papá, te lo agradezco, pero…

—Piénsalo —rogó—, así ese Varek no nos encontraría nunca y…

—Y Devlin tampoco vería a Annabella —se lamentó Caitlyn, para quien de repente aquello ya jamás sería una opción.

—Él no se merece a ese angelito —se quejó Dougal, señalando a la pequeña que jugaba con sus hadas un poco más allá.

Caitlyn suspiró y miró al hombre.

—Papá, tú mejor que nadie sabes lo que duele la distancia —le recordó.

Un destello de desconsuelo iluminó los ojos masculinos.

—Sí, lo sé —agachó la cabeza—, y más cuando… vuelvo a perderte, mi amor, a ambas —declaró abatido—. Ya me había hecho a la idea de teneros en casa una temporada, hija —confesó.

A Caitlyn le entristeció tener que robarle aquello, pero no había otra opción.

—Hablaré con Devlin —propuso—, estamos solo a quince minutos de Edimburgo, no habrá problema en que vayas a visitarnos.

«O sí», se lamentó en silencio. La simple frase, *hablar con Devlin*, ya resultaba casi utópica, pero su padre no tenía por qué saberlo.

El gesto desolado del hombre la entristeció.

—Jamás nos dejará pasar de la verja —se quejó abatido.

—Bueno, alguien tiene que ayudarme a entender mejor todo lo velkano —se le ocurrió—. No podré orientar a Annabella si yo misma no soy capaz de comprender y usar mis dones.

Miró a su padre con curiosidad, recordando una pregunta muy especial que quería hacerle.

—Estaré encantado de guiaros.

Caitlyn asintió. Le daba un poco de vergüenza, pero…

—Papá —susurró apenas—, ¿qué función cumplen los tatuajes?

—No te entiendo. —La miró confuso.

—Me refiero al que tengo desde mi veintitrés cumpleaños —le explicó—. ¿Tienen relación con algo? ¿Significan algo?

Necesitaba saber por qué el suyo parecía estar tan ligado a sus emociones por Devlin.

Su padre la miró con un gesto de desconcierto.

—El tatuaje, papá —se reiteró.

—¿El tribal que te hiciste en la espalda?

Caitlyn lo miraba ahora con el entrecejo fruncido.

—No, el fénix en el que viró ese tribal —le contó.

En realidad, no quedaba nada de aquel primer tatuaje. Era como si el enorme fénix hubiera extinguido cada trazo para

reinventarse.

El desconcierto de su padre era demasiado evidente, y con él, el suyo propio.

—Papá, tengo un fénix enorme en la parte baja de la espalda.

—Lo siento, hija, pero me miras como si tuviera que saber de qué me estás hablando —se lamentó el hombre.

Caitlyn, confusa, se sentó en la cama y se izó el vestido para mostrárselo. Después, lo miró con cierta ansiedad.

—Es impresionante, hija —admitió su padre—, pero sigo sin entender las dudas.

—Me salió el día de mi veintitrés cumpleaños —insistió de nuevo.

El hombre la observó perplejo.

—Perdona, ¿me estás diciendo que no te lo has hecho tú?

—¡Eso digo, sí! —se desesperó—. Emergió el día en que debía recibir mis dones.

—¿Surgió solo? —Era evidente que no daba crédito—. ¿Sin más?

Caitlyn asintió.

—Pues jamás he escuchado ni visto nada parecido, hija —confesó intranquilo.

Aquello la trastocó. No era posible. ¿Aquel fénix no tenía nada que ver con sus dones o con ser o no una velkana? Entonces, ¿de dónde demonios había salido y qué significaba?

—Estás seguro, ¿verdad, papá?

—Por completo.

—¿Y el halcón que tú llevas? —Señaló su antebrazo.

—Me lo hice cuando tenía veinte años.

—¿Te lo… hiciste?

Su padre asintió y ella se sintió una idiota. Como si hubiera sumado dos más dos sin tener ni idea de matemáticas y le hubieran dado cinco.

Su padre la miraba ahora un tanto preocupado.

—¿Creías que a todos los velkanos nos salía uno?

Ella asintió y el hombre suspiró.

—Dios, hija, lo he hecho todo mal —se lamentó ahora—. Estás demasiado perdida.

—Papá…

—Es cierto, Caitlyn —sonó pesaroso—. La alimaña tiene razón, yo… me equivoqué, hija, jamás debí permitir que te criaras lejos.

—No es momento de lamentarse —dijo, afligida.

—Pero es que siento que te he fallado en todo —agachó la cabeza—, y no quiero seguir haciéndolo.

—Entonces empieza ayudándome a descubrir de dónde narices ha salido ese fénix —rogó, ahora un poco agobiada.

Su padre asintió y le pidió que se lo mostrara de nuevo.

La chica se sentó y volvió a izarse el vestido.

—Sea como sea es precioso, Caitlyn —tuvo que admitir—, majestuoso y… —guardó silencio un tanto confuso— ¿por qué parece brillar ahora?

Sí, por desgracia, la chica sentía ya el ardor.

—¿Te duele?

—No —repuso algo cohibida.

—Pero el color dorado parece arder ahora —insistió—, no entiendo qué le pasa.

Pero ella sí: Devlin estaba cerca. De aquello sí que no tenía duda alguna.

Capítulo 22

Las dos horas y media de camino a Inveresk estuvieron cargadas de una tensión casi palpable. Caitlyn había intentado viajar en el coche de su hermano, pero Devlin se lo prohibió con firmeza, dejándola sin opción. El trayecto transcurrió en un silencio denso, sofocante, solo interrumpido por el ritmo pausado de la respiración de Annabella cuando, ajena a la tormenta entre los adultos, se quedó dormida.

Caitlyn, en un alarde de estupidez suprema, se había empeñado en ir atrás con su hija, obviando el hecho de que tendía a marearse; pero antes se moriría que dirigirle la palabra a Devlin para rogarle que parara. Como consecuencia, cuando al fin franquearon la cancela de entrada a la propiedad, estaba pálida como la cera y a punto de hacer una presentación épica frente al resto de McAllister. A duras penas lograba ya mantener el contenido de su estómago… donde debía permanecer.

Bajó del coche en cuanto este se detuvo y buscó algo de aire fresco que respirar, pero la tarde era más bien calurosa, y no contó con el mareo extra al moverse con demasiada rapidez.

—¿Podrías cambiar esa cara de espanto? —le reclamó Devlin, sorprendiéndola—. En todo caso, soy yo quien debería mirarte así.

Caitlyn apretó los dientes e ironizó para sí. Al fin él la honraba con su palabra tras todo el viaje en silencio… ¡para decirle una gilipollez semejante!

¿Vomitarle en los pies sería una respuesta demasiado atrevida?

Aquello era lo que se merecía, el muy…

Tuvo que apoyarse en la puerta del coche para sofocar una arcada y mantenerse en pie. No estaba en condiciones ni de enfadarse.

—Aún no les he contado a mis hermanos nada sobre Annabella, así que ni se te ocurra hacer un solo comentario —masculló en un tono frío.

Al observar que ella no pensaba ni moverse ni comentar nada, le exigió con acritud:

—¡Apártate para que pueda abrirle a Annabella!

Caitlyn ya estaba haciendo un esfuerzo enorme para no caer, así que ni pestañeó.

Él resopló con fuerza.

—Joder, te agradezco de veras que te hagas la muda, sería genial que lo tomaras como norma —dijo, sarcástico—, pero hacerte la sorda me parece una burla.

Los nervios no la ayudaban a recuperarse. Ni siquiera podía enfocar ya su vista en las personas que avanzaban hacia ellos desde el interior del castillo.

—Ya está bien de juegos, Caitlyn, no estoy de humor para tonterías. —Tiró Devlin de ella para hacerla a un lado…

…y aquello fue demasiado, perdió el equilibrio y se resignó a besar el suelo, incapaz de poder evitarlo. Para su sorpresa, unos fuertes brazos masculinos impidieron la caída, y no eran los de Devlin, porque él la observaba con asombro justo de frente, mientras que alguien la mantenía en brazos como a una muñeca de trapo, que era como se sentía en aquel instante.

Después, escuchó una voz de mujer entre la bruma.

—Caitlyn, mírame.

¿Airys? No, lo que le faltaba. Seguro que se burlaría de ella por esa apoteósica entrada durante… ¡siempre!

—¿Qué demonios le has hecho, Dev? —interrogó otra voz masculina a su lado.

«¿Cuánta gente hay aquí?», se preguntó, aún sin ser capaz de enfocar la vista en nadie. ¿Es que tenían preparada una comitiva de bienvenida o qué? «Queda alguien más dentro de la casa que quiera salir a verme hacer el ridículo?

«Dios, voy a vomitar».

—¡Yo no le he hecho nada, cenutrio! —protestó Devlin—. Igual es puro teatro, es una actriz consumada.

«Cabronazo… Te odio…», habría querido estar en posición de gritarle.

Airys le tomó las manos y todos guardaron silencio.

—Está muy mareada—informó ahora, y miró a su hermano—. ¿Por qué demonios viene sentada atrás si se marea?

—¡Porque es terca como una mula! —acusó, aunque sonó incómodo.

—Im… bécil… —murmuró Caitlyn entre dientes.

Ewan rio.

—Creo que podría caerme bien —declaró divertido, pero recibió un gesto asesino de todos sus hermanos, carraspeó y se rectificó—: si no fuera una velkana, digo. —Recorrió su cuerpo con los ojos—. Incluso siéndolo…, podría olvidarme durante un rato.

—¿Lo solucionas ya, Airys? —exigió Devlin en un tono ácido.

Todos guardaron silencio mientras su hermana cerraba los ojos, sujetando las manos de Caitlyn entre las suyas.

En apenas unos pocos segundos, comenzó a sentirse mejor. Cedió primero el mareo, después las náuseas y, por último, al fin pudo fijar la vista a su alrededor, al tiempo que Airys soltaba sus manos.

Lo primero que vio fue el apuesto rostro del chico que la había salvado de acabar en el suelo. Era realmente guapo y fuerte…

—Las mujeres suelen caer rendidas a mis pies —le sonrió Ewan con diversión—, pero no de forma tan literal.

Caitlyn lo observó con curiosidad. Tenía los mismos ojos impresionantes de Devlin, al igual que Airys, pero un gesto mucho más amable.

—¡Suéltala ya! —exigió Devlin de inmediato, con un humor de perros.

Todos sus hermanos posaron una curiosa mirada sobre él, que no les hacía caso alguno. Sus ojos estaban puestos en Caitlyn, que había recuperado el color del rostro y estaba mucho más que avergonzada.

En cuanto puso los pies en el suelo, se giró a mirar a todos los McAllister juntos, intentando recuperarse del bochorno como podía.

—Gracias —empezó diciéndole a Airys.

—No lo he hecho por ti —aclaró la chica de inmediato—. Me gusta conservar mi entrada limpia de vómito.

Caitlyn suspiró.

—Yo también me alegro de verte.

«Yuju, ¡cuánto voy a divertirme en este castillo! A fiesta diaria vamos a ir…». Se esforzó por sonreír.

Miró a los otros dos chicos con curiosidad. Ambos resultarían de un atractivo abrumador… si ella no hubiera tenido la desgracia de conocer al jefe del clan en todos los sentidos, incluso en atractivo.

Saludó a ambos con un gesto educado y escuchó a Airys preguntar:

—¿Y Annabella?

Caitlyn se puso tensa. ¿Cómo iban a encajar todos ellos las últimas noticias? Incluso dentro de su confusión, había entendido a Devlin cuando la informó de que aún no se lo había contado a nadie. ¿Pensaría ocultarlo mucho tiempo o era inminente el que se enteraran?

«Parece que aún no soy la bruja mala del cuento. De momento solo soy… una maldita velkana», ironizó para sí.

Abrieron la puerta del coche justo cuando Annabella se estaba desperezando tras la siesta. Con curiosidad, la niña se bajó del vehículo en cuanto su madre le desabrochó el cinturón de la silla, y miró a todos los presentes. Esbozó una sonrisa al posar sus ojos sobre Airys.

—A ti te conozco —afirmó en un tono risueño.

La mirada de Airys se suavizó y le habló con una dulzura poco habitual en ella.

—¡Y yo a ti, cosa bonita!

La tomó en brazos y la niña la abrazó con fuerza.

Todos sus hermanos observaban la escena un tanto alucinados. Airys no solía mostrar aquel lado dulce a menudo.

Caitlyn también estaba sorprendida. Su hija jugaba ahora con la larga trenza que caía por el lateral del hombro de Airys.

—Qué trenza más bonita —dijo, maravillada.

—Como tú —sonrió la sahir.

—¡¿Quién coño eres tú y qué has hecho con nuestra hermana?! —le gritó Ewan en un tono de fingida sorpresa.

—No digas palabrotas delante de la niña —lo amonestó Airys de inmediato—. Y te libras de adónde te iba a mandar gracias a ella.

—A ver si ahora va a resultar que tienes instinto maternal —rio Callum, divertido.

—Otro que se va de viaje a la mierda —susurró Airys.

Aquello le arrancó una carcajada pícara Annabella.

—¡Pues qué asco de sitio! —afirmó entre risas, y contagió sin remedio a todo el mundo.

Caitlyn miraba de unos a otros con cierta sorpresa. En aquel momento parecían gente normal y todo.

Observó cómo Devlin le sonreía a su hija e intentaba hacerle una caricia en el rostro, que la pequeña rehuía volviendo la cabeza para el lado contrario. Aquello dejó perplejo a más de uno, incluida Caitlyn.

Devlin se giró de inmediato hacia el coche y se centró en abrir el maletero, y Caitlyn pudo escuchar con total claridad a Airys preguntarle a la pequeña casi en susurros.

—¿No te gusta Devlin?

La niña miró de reojo a su padre y bajó también la voz para confesar:

—En realidad sí, me gusta mucho —confesó, y frunció el ceño —, pero esta mañana se ha portado muy mal con mi mamá, así que estoy un poco enfadada con él.

—Entiendo.

Caitlyn había escuchado cada palabra, y sintió sobre ella la mirada curiosa de Airys un segundo después.

«Dios, casi preferiría que todos supieran ya la verdad sobre Anna», pensó abatida. Los nervios comenzaban a hacer mella en ella.

—Así que vas a vivir aquí —le dijo Callum a la pequeña ahora, justo cuando Airys la ponía en el suelo.

—Solo un tiempo —informó la niña con brutal sinceridad—. Mamá dice que espera que sea poco.

«Gracias, Anna», ironizó Caitlyn para sí, soportando ahora sobre ella la mirada fiera de Devlin.

—Bueno, cuánto tiempo está aún por verse —lo escuchó decir en susurros solo para ella.

—Para siempre nunca será una opción —le salió solo, aun sabiendo que no era buena idea enfrentarlo.

—¿No me corresponden ahora a mí otros cuatro años? —declaró irritado.

—¡Ni se te ocurra pensar en echarme de la vida de mi hija, sahir! —Lo miró ahora con los ojos entrecerrados—. Me da igual cuánta sangre azul corra por tus venas, así que ni lo pienses.

Él le devolvió una sonrisa fría.

—Menos humos, velkana, y mira a tu alrededor —masculló—. Estás en mi casa, bajo mis reglas, y no voy a permitir que me faltes el respeto más de lo que ya lo has hecho.

—Bla bla, bla bla —murmuró entre dientes, aunque algo más comedida.

Y por primera vez desde que se había bajado del coche, se permitió contemplar el lugar, y la belleza de todo lo que vio a su alrededor le cortó la respiración.

La primera y única vez que había estado allí era de noche, algo que también tenía su encanto, pero… ¡nada comparado con lo que veía ante sí bajo la maravillosa luz del atardecer!

Miró hacia el castillo que se alzaba imponente frente a ella y contuvo el aliento. Se veía majestuoso.

Los antiguos muros de piedra, junto con las altas almenas, habían sido testigos del paso del tiempo, pero no todo en él pertenecía al pasado. Grandes ventanales de cristal reflejaban los últimos destellos del sol de poniente, suavizando la severidad de la estructura medieval. La modernización no había robado su esencia imponente, pero sí le había otorgado una nueva vida, permitiendo que la luz se reflejara en él y revelara la majestuosidad oculta tras siglos de historia.

Se giró sobre sus talones para descubrir un paisaje que miró con la boca abierta. Todo allí era una visión de ensueño.

Desde su posición elevada en la colina, el castillo dominaba el paisaje, ofreciéndole a Caitlyn una vista despejada de la propiedad completa que era todo un espectáculo. Estaba envuelta en una naturaleza vibrante, donde el verde intenso de los prados contrastaba con la melancólica quietud del bosque de hayas y robles

centenarios. Este se extendía hasta donde alcanzaba la vista y llegaba hasta un pequeño lago que reflejaba los últimos tonos cálidos del atardecer.

Los jardines que precedían al bosque, aunque en parte salvajes, conservaban restos de un esplendor pasado: senderos de grava serpenteaban entre rosaledas olvidadas y estatuas cubiertas de musgo. Eran hermosos, a pesar de que resultaba obvio que nadie cuidaba de ellos con mimo y tesón desde hacía mucho tiempo, y deseó con todas sus fuerzas poder vestir de belleza cada centímetro de ellos.

Sintió un escalofrío frente al pensamiento. Haría bien en no olvidar que aquella jamás sería su casa, que nunca podría tocar una sola rosa de aquel jardín sin pedir permiso…, un permiso que, por la expresión con la que Devlin la miraba ahora, no tenía mucha pinta de conseguir.

—¿Qué? —Cruzó los brazos frente a su extraña mirada.

—Eres rara.

—Dijo el colmo de la normalidad mientras hacía flotar las cosas en el aire —se burló Caitlyn, al sentirse pillada infraganti.

Él le devolvió un gesto ácido y se dio media vuelta.

—¿Te gusta lo que ves? —interrogó Ewan mirando como ella hacia el lago.

A Devlin le habría dicho algo así como… *no está mal*, pero aquel chico no le había hecho nada.

—Sí, es una belleza —admitió con una sonrisa.

—Cierto que lo es —declaró Ewan, y, para desconcierto de Caitlyn, la estaba mirando a ella.

Y de pronto la sorprendió soltando un improperio mientras se acariciaba un costado con un gesto de dolor y miraba a Devlin con el ceño fruncido.

Caitlyn lo miró con extrañeza y se preguntó si era posible que Devlin hubiera… No, ¿por qué iba importarle que su hermano tonteara con ella? El chico se alejó de inmediato, sin mediar palabra alguna, y Caitlyn dejó de pensar en ello cuando una mujer, ya entrada en años, llegó hasta allí.

—Estaba terminando de preparar las habitaciones —saludó a Devlin con un tono de voz amable, que contrastaba con una expresión seria en exceso.

La mujer iba ataviada con un vestido negro y llevaba el cabello recogido en un moño tan tirante que parecía estirarle la piel del rostro. Su postura era impecable, rígida hasta lo antinatural, y cada uno de sus movimientos tenía la precisión de alguien que nunca se permitía un solo error. Sus ojos, de un gris sereno, escanearon a Caitlyn con una mezcla de curiosidad y juicio silencioso, y la chica estuvo a punto de echar a correr.

«Nota mental: mantenerme lo más lejos posible», ironizó para sí.

—Ya he pedido que salgan a por el equipaje —le confió la mujer a Devlin.

—Bien.

—Y Verónica quería saberlo en cuanto llegaras —siguió diciendo —. Está ansiosa por verte, me ha pedido que la avise.

Devlin apenas reaccionó, pero hubo una tensión sutil en su mandíbula antes de responder con un tono neutral:

—Pues no es necesario. Yo me encargo.

El silencio que siguió fue denso. Caitlyn fingía no escuchar, pero en su cabeza sus neuronas estaban en plena reunión de emergencia, gritándose unas a otras como locas:

«¡Alerta máxima! ¿Quién diablos es Verónica? Repito, ¡¿quién es Verónica?!».

¿Acaso podía ser aquella mujer que la echó del castillo cinco años atrás? De repente la invadió el pánico. ¿Y si ella vivía allí? ¿Y si tenía que ver cómo ellos… convivían y…?

¡No podría soportarlo!

—¿Tú quién eres? —interrogó Annabella tirando del vestido de la mujer desde el suelo.

La mujer la miró desde arriba.

—Soy Eleonor, el ama de llaves del castillo.

La niña frunció el ceño.

—¿Eres la que abre las puertas?

—No, ser ama de llaves significa que soy la persona que se encarga de que todo funcione correctamente en la casa —contó—. Y llevo aquí desde que Devlin era apenas un bebé.

Annabella asintió, como si procesara la información, y después disparó su siguiente pregunta sin titubear:

—¿Y por qué tienes esa cara tan seria?

Eleonor parpadeó, era obvio que sorprendida por la pregunta, y apretó los labios, como si quisiera elegir sus palabras con sumo cuidado. Pero entonces, ante el asombro general, su boca se abrió sin su permiso y soltó en tono seco:

—Porque tengo una hemorroide del tamaño de una pelota de ping-pong, y cada vez que me muevo veo las estrellas.

El silencio que siguió a la respuesta fue demoledor, como si durante unos segundos todos se estuvieran preguntando si de veras Eleonor había dicho lo que habían entendido.

«Ay, Dios, ¡es una mundana!», fue consciente Caitlyn al instante, y no movió un solo músculo, aguardando acontecimientos. Hasta que Ewan se atragantó con su propia risa, Callum y Airys se contagiaron de su hermano y Devlin se tapó la cara haciendo un esfuerzo enorme para no seguirlos y estallar en carcajadas.

—¿Y qué es una *hororroide*?

Caitlyn le tapó la boca a su hija en el acto, sin saber dónde meterse. Aunque ella no tenía la culpa de que nadie le hubiera avisado de que aquella mujer era una mundana.

Eleonor se cubrió la boca con ambas manos también, y Devlin intervino con rapidez:

—Anna, pídele que no conteste, por favor.

—¿Por qué? —Lo miró la niña con inocencia—. Quiero saber lo que es.

—Hija, por favor, yo te lo explicó después —rogó Caitlyn.

Ewan, Callum e incluso Airys contenían las carcajadas a duras penas, o lo intentaban, al menos.

—Vale, no me contestes —accedió, mirando a la mujer con interés—. Pero ¿te duele mucho?

—¡Muchísimo! —aseguró Eleonor—. ¡Horrores!

La pequeña miró a su madre y le habló muy bajito, igual que si le estuviera haciendo una confidencia.

—Seguro que por eso se llama *hororroide* —opinó convencida.

Caitlyn ya no pudo contener la risa.

—Es muy posible que sea por eso, sí —le dijo a su hija, e intentó ponerse seria para mirar a la mujer—. Lo siento, hace solo unas horas que ha desarrollado el don Veritas, aún no hemos tenido tiempo ni de explicárselo a ella.

Miró ahora a Airys, a la que era evidente que Devlin le había anticipado algo, porque no estaba nada sorprendida.

—¿Podrás ayudarla con eso?

Airys se puso más seria ahora y miró a la niña.

—Es pequeña, es posible que haya que caparlo unos años —comentó.

—Pero mientras lo comprobamos nos vamos a divertir —rio Ewan—, eso seguro.

—Pues espero que no tengas pensado hacerlo a mi costa. —Lo miró Eleonor arqueando las cejas con un gesto serio.

—Por supuesto que no, ¿por quién me tomas? Ya sabes que te respeto mucho. —No sonreía, pero sonaba demasiado risueño como para no distinguir la guasa.

—Todavía puedo darte un buen tirón de orejas —insistió la mujer.

—No será necesario —sonrió ahora Ewan—. Seguro que estarás mucho más relajada en cuanto Airys solucione tu pequeño problemilla —amplió la sonrisa—, aunque por lo que cuentas, de pequeño no tiene nada.

Para asombro de Caitlyn, la mujer le dio una colleja al chico que le hubiera saltado la dentadura postiza… de llevar una.

—¿Alguien más quiere bromear con mi hemorroide? —Miró de unos a otros.

Caitlyn, entre asombrada y divertida, observó cómo todos se hacían los despistados y miraban hacia otro lado.

—Eso me parecía —suspiró la mujer, ahora con un atisbo de lo que se asemejaba a una sonrisa.

Y justo en ese instante, Caitlyn entendió la relación tan estrecha y fraternal que aquella mujer tenía con los McAllister.

Annabella se agarró a las piernas de su madre con fuerza y susurró:

—Mami, ¿me va a pegar a mí?

Fue la mujer quien contestó por ella.

—Nunca se me ocurriría. —Y, para asombro de Caitlyn, le tendió la mano a la pequeña—. Compruébalo por ti misma.

Con cierta reticencia, Anna avanzó un paso y tomó la mano que la mujer le tendía. Pasó unos largos segundos con ella entre sus pequeñas manitas y acabó sonriendo.

—No eres mala —dijo con total naturalidad, y miró a su madre —. Mami, tócala.

El gesto de horror de Caitlyn habló por sí solo y dio un paso atrás como acto reflejo, sin ser consciente de ello.

—Será mejor que entremos —sugirió Devlin ahora, y Caitlyn se preguntó si era una forma de salir en su ayuda o solo coincidencia—. Os subirán el equipaje después, vamos a ver primero vuestras habitaciones.

—Yo la compartiré con Anna —aclaró Caitlyn de inmediato.

—No —sentenció Devlin—, cada una tendréis la vuestra.

—¿Porque tú lo dices? —Lo miró irritada.

—Correcto, sí, porque lo digo yo.

Echó a andar sin aguardar la réplica…, ¡y Caitlyn habría querido pegarle con un bate!

Capítulo 23

Devlin permanecía junto a la ventana de su despacho, con la mirada perdida en la penumbra del exterior. La tenue luz de la luna apenas iluminaba el paisaje, pero daba igual. No necesitaba verlo. Su mente estaba demasiado atrapada en el caos como para preocuparse por lo que había más allá del cristal. Lo asaltaban un torbellino de pensamientos imposibles de apaciguar, que chocaban entre sí con una intensidad que lo desquiciaba. Intentaba mantenerse racional, encontrar algo de orden en todo aquello, pero ¿cómo demonios se suponía que debía hacerlo? Todo en su vida había dado un vuelco en cuestión de horas. Pero sus emociones lo habían superado por completo aquella mañana y… era demasiado peligroso para un hombre como él permitirse aquel lujo. Lo único que había conseguido era que su propia hija le tuviera miedo.

«¡Mi hija!».

La palabra lo golpeó de nuevo en el pecho, tan fuerte que sintió que le faltaba el aire. Tenía una hija. Suya. Su sangre, su familia… y también la niña más especial que había conocido nunca. Por desgracia, ambas cosas la ponían bajo el punto de mira de aquel loco, que tendría que matarlo a él para llegar hasta la pequeña.

Prefirió echar a un lado todos aquellos pensamientos antes de ponerse aún más nervioso, pero si sacaba a Annabella de la ecuación… solo quedaba Caitlyn.

Caitlyn. Su perdición y su condena.

Su mandíbula se tensó al dejarla entrar en su cabeza. Durante cinco años la había buscado, cinco años en los que su recuerdo lo había perseguido como una maldición, la que ella misma le echó en algún momento de las pocas horas que habían pasado juntos, ¡y por Dios que iba a conseguir que anulara aquel maldito embrujo!

Golpeó el marco de la ventana con la palma abierta y la madera crujió bajo su fuerza. No solo le había robado la paz aquella noche,

sino cuatro años de la vida de su hija, y no tenía ningún derecho a mantenerlo en la oscuridad como si no mereciera saberlo.

Y, sin embargo, cuando cerraba los ojos, no veía solo la mentira, la traición o la forma en la que había trastocado su existencia; por desgracia, también veía sus labios entreabiertos, sus ojos desafiantes, la forma en que su piel se estremecía bajo su roce… Aún sentía la misma atracción abrumadora que lo había llevado a enloquecer aquella noche.

Odiarla sería muy fácil… si no la deseara con la misma intensidad.

Cuando Callum y Ewan se colaron en el despacho, casi lo agradeció. Tenían muchas cosas de las que hablar, entre ellas las medidas de seguridad que debían adoptar para mantener a la pequeña a salvo mientras Varek estuviera aún libre. Ya habría tiempo para contarles la verdad sobre Annabella.

Los observó bromear y reír entre ellos hasta que cogieron asiento frente al escritorio.

«No. Debía decírselo ya», se dijo, mirándolos ahora con un gesto afligido. Sus hermanos se merecían saber que aquella niña también era su sangre, su propia sobrina. Estaba seguro de que cualquiera de ellos la protegería a muerte, como haría él mismo, tal y como harían entre ellos si fuera necesario.

—¿Y Airys? —preguntó Devlin. Sería mejor que estuvieran todos antes de soltar la bomba.

—Jugando al ping-pong con Eleonor —declaró Ewan entre risas.

Callum soltó una carcajada divertida y repuso:

—¿Por qué no habrá dicho nada antes?

—Es que esas cosas se sufren en silencio, según dicen —bromeó Ewan.

—Pues si en algún momento me pasa, no pienso sufrir ni un poco —aseguró Callum—. Llamaré a Airys a gritos desde mi cuarto.

—A mí no me hará falta saberlo —se burló su hermano—, no necesitamos contárnoslo todo.

Ambos miraron ahora con curiosidad a Devlin, que parecía sumido en sus pensamientos.

—¿Qué pasa contigo? —interrogó Ewan—. Cualquiera diría que no te interesan las hemorroides de Eleonor…

—¿Qué? —Los miró perplejo.

Ewan y Callum intercambiaron una mirada divertida.

—Vamos, que no ha escuchado ni una palabra —suspiró Ewan.

—¿Quieres que te diga dónde tiene la cabeza?

—No hace falta, tengo una marca de un pellizco en el costado solo por mirarla, que me da una ligera idea.

Devlin movió los dedos en el aire desde el otro lado de la mesa, y ambos dieron un bote en la silla y se quejaron al mismo tiempo.

—¡Joder, ¿otra vez?!

—Hostias, que eso duele.

—No hay nada entre Caitlyn y yo —afirmó alto y claro, en un tono firme.

—Sí, ya, ahora repítelo hasta que te lo creas —suspiró Callum.

—Es la verdad —insistió irritado.

Ewan sonrió con una expresión pícara.

—Me alegra saberlo, porque ahora sí que no voy a parar hasta que duerma en mi cama y… —saltó de la silla soltando un grito de dolor—. ¡Joder, deja de hacer eso! Solo era una broma.

Callum rio divertido mientras Ewan se acariciaba el costado y Devlin lo mataba con la mirada.

—No quiero bromas con Caitlyn —declaró en un tono amargo.

—¿Porque no hay nada entre vosotros y…?

—Porque es hermana de Kyle —informó Devlin ahora.

Ambos lo miraron perplejos, pero fue una voz que entraba en ese momento en el despacho quien los atronó a todos.

—¡¿Caitlyn es hermana de ese ególatra engreído?!

Devlin suspiró y asintió. La manía que su hermana le tenía a Kyle le resultaba irracional a veces,

—Pero ella misma me lo negó cuando nos conocimos en el Adanic hace unos meses —expuso Airys con una mezcla de enfado y sorpresa—. ¿Por qué me mintió?

—Tendrá sus razones, supongo.

—¿Qué razones puedes tener para renegar de tu familia?

Devlin se encogió de hombros fingiendo desinterés, pero… ni mucho menos. Al fin tenía muy claros los motivos de los Holloway para mantenerla oculta. Todas las piezas del puzzle habían encajado en cuanto supo que ella era la misma mujer que tuvo entre sus brazos cinco años atrás, pero de momento nadie más necesitaba saberlo.

—Ahora entiendo menos todavía que las hayas traído al castillo, Dev —se quejó Callum—. Cuanto más lejos de cualquiera de nosotros, más a salvo estarán de Varek, y lo sabes.

—Sí, era más lógico que fuera Kyle quien se encargara de protegerlas —apoyó Ewan.

Devlin apretó los dientes y negó con un gesto. Dios, no sabía ni cómo decir… lo que debía decir.

—Sabes que tienen razón —intervino Airys—. Quizá aún estamos a tiempo de…

—No.

—No eres lógico —insistió Callum—. Kyle tiene recursos.

—¡Basta, es una decisión tomada!

—Joder, Dev, hay que pensar en lo mejor para esa niña —opinó ahora Ewan—. De verdad entiendo que estés un tanto… encaprichado de la velkana, pero…

—¡Deja de decir sandeces! —exigió Devlin.

—¡Y tú de hacerlas! Hay que pensar en su seguridad —se reiteró.

—Ewan tiene razón —apostilló Callum.

—¡Varek irá a por ella tarde o temprano, esté donde esté! —aseguró Devlin ahora con cierta desesperación en la voz.

—Eso no lo sabes.

—Claro que lo sé —resopló.

—Dev…

—Solo aquí estará segura.

Callum se exasperó.

—¿Bajo la protección de las personas que Varek más odia?

—¡Bajo la protección de su padre, maldita sea! —reveló al fin.

En el despacho se hizo un silencio absoluto, tan denso que parecía haber absorbido hasta el aire de la habitación.

Callum parpadeó, desconcertado. Ewan entreabrió la boca sin que ninguna palabra lograra salir. Airys se dejó caer en una silla, sin apartar los ojos de Devlin.

—¿Qué…? —musitó Callum, como si no hubiera oído bien.

Devlin tensó la mandíbula. Ya lo había dicho, no había vuelta atrás.

—Annabella es mi hija.

Incluso Ewan, a quien era difícil dejar sin palabras, tardó varios segundos en reaccionar.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Lo que has oído —repuso Devlin con sequedad—. Soy su padre.

El impacto de la revelación reverberó en la sala mientras cada uno de ellos intentaba procesar lo que significaba.

—¿Y Caitlyn? —Callum fue el primero en recuperar la voz—. ¿Ella lo sabe?

La risa que Devlin dejó escapar no tenía rastro de humor.

—¿Qué mierda de pregunta es esa? —ironizó.

—Yo… que sé, estoy alucinado —admitió su hermano—, porque… ella es la madre biológica de la niña, ¿no?

—Sí, lo es —afirmó con amargura—, y te aseguro que no la dejé embarazada desde lejos. —Soltó un improperio y apretó los dientes —. Ella es la única que lo ha sabido siempre y… se le pasó contármelo, al parecer.

Ewan silbó entre dientes, aún intentando encajar las piezas.

—No jodas…

—Pues sí —espetó Devlin—. Y ahora, ¿alguna otra brillante sugerencia sobre por qué debería mantenerme al margen de su seguridad?

Todos lo miraron durante unos segundos en completo silencio.

—Duplicaré el número de guardias —dijo Ewan de inmediato.

Devlin asintió.

—Y yo revisaré todos los vídeos de las cámaras de seguridad del hotel. Puede que encuentre alguna pista sobre Varek que pueda servirnos —informó Callum—. Joss Wyler me ha mandado las grabaciones del último mes.

—Genial.

—Y habrá que revisar también los audios y los vídeos que Bellows tenía de la suite de Caitlyn —sugirió—, para ver cuánta información tiene recopilada, y qué ha podido decirle a Varek.

—Céntrate en los audios —pidió Devlin.

—Pero…

—Yo mismo me encargaré de los vídeos.

El silencio que siguió estuvo cargado de una tensión sutil, de preguntas no formuladas que Callum y Ewan intercambiaron con una mirada.

Devlin nunca había mostrado el menor interés por la tecnología, y mucho menos por revisar grabaciones. Era una tarea tediosa, para la que él no tenía ni la paciencia ni la inclinación.

—Dev… —Callum frunció el ceño, como si intentara descifrarlo —. ¿Seguro que no prefieres que…?

—He dicho que me encargaré yo, así me entretengo en algo útil.

La firmeza de su voz no admitía réplica, pero lo que traicionó sus verdaderas razones fue la forma en que apretó la mandíbula, la rigidez en sus hombros. No quería que nadie más viera esas imágenes. No podía soportar la idea de que presenciaran a Caitlyn en la intimidad de su alcoba.

Aunque no lo admitiera ni ante sí mismo, el simple pensamiento lo carcomía por dentro.

—Una pregunta importante —intervino Airys, que hasta ahora había permanecido muy seria y en silencio—. ¿También tenemos que proteger a la velkana?

—¿Quieres dejar que Varek la mate? —interrogó Ewan con una media sonrisa.

—No me parece mal plan. —Se encogió la chica de hombros.

Ewan rio. Todos en la habitación conocían demasiado bien a su hermana como para saber que aquellas palabras no iban en serio.

—A mí me vendría perfecto —aseguró Devlin en un tono mordaz, pero que sonó apático.

Y entonces lo escucharon.

Fue apenas un susurro, un roce imperceptible de aire contenido, pero lo suficiente para que todos en la habitación se giraran hacia la puerta.

Devlin vio primero la silueta inmóvil de Caitlyn, de pie en el umbral, con Annabella aferrada a su mano. Su rostro estaba pálido y sus ojos demasiado abiertos, como si acabara de recibir un golpe que le hubiera arrebatado el aliento. Y en cuanto su mirada chocó con la suya, Devlin supo que llevaba allí lo suficiente como para haber escuchado los últimos comentarios.

El horror en su expresión se le clavó como una daga en el pecho.

—Caitlyn… —empezó a decir, pero ella ya había dado un paso atrás.

Sin una palabra, se giró y salió corriendo.

Devlin sintió un impulso instintivo de seguirla, pero sus pies no se movieron. Blasfemó y se quedó allí, inmóvil, sintiendo una maldita incomodidad en el estómago.

«No es mi problema si no ha captado el sarcasmo. Que crea lo que le dé la gana».

—Vaya —comentó Callum tras un largo silencio—, eso ha sido incómodo.

—Tengo hambre —declaro la vocecita de alguien que de forma sutil se había colado en el despacho, sorprendiendo a todos.

Los cuatro McAllister al completo miraron a la pequeña, que los observaba con curiosidad.

—Dios, ¡es preciosa! —susurró Ewan contemplándola como el resto.

Saberla sangre de su sangre tenía un efecto casi mágico.

—Sí —corroboró Callum mirándola embobado—. Se parece a ti, Dev, pero ella es más bonita.

—Porque tiene la belleza salvaje de su madre —murmuró Devlin casi para sí.

Ewan rio, y cuando estaba a punto de hacer uno de sus comentarios inapropiados, Devlin le dedicó una mirada de advertencia que le hizo cambiar de opinión.

—¿He dicho yo algo? —declaró, divertido.

Devlin se lamentó. No, todo lo había dicho él solito. Posó su mirada sobre Annabella, que ahora lo observaba con aquellos ojazos iguales a los de su madre, y suspiró resignado. Jamás conseguiría entenderse con Caitlyn, pero ¿a quién le importaba si podía ver aquella sonrisa frente a él a diario?

La pequeña caminó ahora hacia él y le tendió los brazos. Devlin la izó con una sonrisa y el corazón acelerado. Era la primera vez que podía abrazarla desde que se enteró de la verdad, y era algo… completamente distinto a todo lo que había sentido antes.

La calidez del pequeño cuerpo contra el suyo, el peso ligero de su hija en sus brazos… lo golpeó con una fuerza inesperada. *Su hija.* La palabra se repetía en su mente con un asombro que no conseguía disipar.

Annabella le rodeó el cuello con sus bracitos y apoyó la cabeza en su hombro con total confianza, como si aquel gesto fuera lo más natural del mundo. Devlin cerró los ojos un instante, atrapado en el torbellino de emociones que lo sacudía.

—Te suena el corazón muy fuerte —murmuró la niña contra su pecho—. Suena *bum bum,* muy alto.

Él soltó una risa baja y sorprendida.

—Eso es porque me hace mucha ilusión que ya vuelvas a hablarme

Annabella levantó la cabeza y lo miró con curiosidad, como si estuviera evaluándolo.

—Mi mamá me ha dicho que ya debía perdonarte —sonrió—, que ella tampoco se ha portado muy bien y por eso tú estabas tan enfadado.

Devlin sintió que el aire le abandonaba los pulmones por un instante. Aquella frase, pronunciada con tanta inocencia, lo golpeó con más fuerza que cualquier ataque que hubiera recibido en su vida.

Caitlyn le había reconocido a su hija que no había hecho bien las cosas. No era exactamente una disculpa, pero significaba algo, aunque aquello no le devolvería los cuatro años de la vida de su hija que se había perdido.

—Ah, ¿sí? —preguntó con voz ronca, intentando recomponerse.

Annabella asintió con energía.

Devlin inspiró hondo y apartó la mirada un instante, como si necesitara centrarse. No iba a ablandarse con Caitlyn, no podía, pero tampoco pudo evitar que un nudo de culpa se instalara en su pecho al recordar lo sucedido minutos atrás.

A mí me vendría perfecto… que Varek la quitara de en medio, era evidente lo que quería insinuar.

Las palabras retumbaron en su cabeza como un eco cruel. No las había dicho en serio, pero ¿cómo iba a saberlo ella? Después de todo lo que habían pasado, después de que él mismo se hubiera dejado arrastrar por su furia, ¿cómo podía culparla por creerlo? Y apenas sabían nada el uno del otro, en realidad.

Prefirió centrarse en su hija.

—Así que ¿ya somos amigos de nuevo? —sonrió.

—Bueno…, sí, pero cuando me enfado con mamá, ella siempre me dice que el enfado se me pasará antes si como chocolate.

Devlin rio entre dientes, pero su corazón dolía. Si todo fuera tan fácil…

—Así que ¿con eso conseguiría que me perdonaras del todo? —interrogó divertido—. ¿Con chocolate?

Annabella le sujetó la cara con sus pequeñas manos y lo miró muy seria.

—Sí, mucho chocolate —afirmó—. Y si sigue sin pasarse, puedes probar con alguna chuche.

Devlin soltó una carcajada y la abrazó con fuerza.

—Ay, Dios, creo que voy a llorar —suspiró Airys un segundo después.

—¡Voy a llorar hasta yo! —bromeó Ewan, haciendo sonreír a todos—. Y a Devlin no le falta mucho.

—Eso pagaría por verlo —apostilló Callum.

Devlin sonrió y miró a sus hermanos.

—¿No es absolutamente perfecta?

—Compra una caja de pañuelos, Dev —se burló Callum—, que vas a necesitarla.

—De los extragrande, tamaño toalla —rio Ewan.

—Toalla de playa —apostilló Airys.

—Ni caso a estos —le dijo a la pequeña y caminó hacia la puerta—. Vamos a la cocina, a ver cuánto chocolate podemos conseguir, aunque habrá que cenar algo antes.

Con Annabella aferrada a su cuello, salió del despacho con una sensación extraña en el pecho. Una mezcla de vértigo y certeza.

Tal vez nunca lograría entenderse con Caitlyn, pero Annabella…, ella era suya, y jamás dejaría que volviera a alejarse de él.

Capítulo 24

A Annabella le costó horrores conciliar el sueño aquella noche. Estaba demasiado excitada, mimada hasta el exceso y saturada de azúcar. En cualquier otra circunstancia, Caitlyn habría reunido el coraje necesario para plantarse delante de Devlin y echarle en cara que la hubiese atiborrado de dulces a esas horas, pero no esa noche. No después de todo lo que había pasado. No con el corazón todavía sangrando por lo que había escuchado en el despacho, y el alma hecha un ovillo de emociones que no sabía cómo gestionar.

Tras aquello, se había asegurado de no volver a verlo, ni a Devlin ni a ninguno de los McAllister, a los que no se sentía preparada para enfrentar aún. En ese despacho había escuchado más conversación de la que le hubiera gustado. Tenía claro que todos sabían ya que Annabella era hija de Devlin, lo que la convertía a ella en la bruja mala de la historia. La que había mentido, la que había escondido una verdad imperdonable. Y lo peor era que… no podía culparlos por pensarlo, no conociendo solo la verdad de labios de Devlin. Pero no todo era como él quería maquillarlo. Él no estaba libre de culpa, aunque pareciera más cómodo instalarse en ese papel de víctima traicionada. No, Devlin McAllister no era precisamente inocente. Aunque, al parecer, no estaba dispuesto a asumir ninguna responsabilidad en el hecho de que ella hubiera decidido callar… y huir con su hija en las entrañas. Como si aquella elección no hubiera sido provocada, en parte, por su propio comportamiento.

Suspiró, abatida, sintiendo cómo el peso de todo aquello le oprimía el pecho.

Tarde o temprano tendría que enfrentarse a todos en el castillo, incluido a Devlin y al hecho de que, al parecer, él dejaría al tal Varek servirse a gusto con ella sin oponer resistencia. Aquello le dolía más de lo que quería admitir. No solo porque temiera por su vida, sino por lo que implicaba: que para Devlin ella no significaba nada. Tuvo que cerrar los ojos unos segundos para contener la punzada que le

atravesó el pecho. No podía permitirse venirse abajo, no ahora. Annabella la necesitaba fuerte, presente, entera. Y aunque se sintiera rota por dentro, tenía que seguir adelante.

Un rugido sonoro de su estómago le recordó que llevaba horas sin probar bocado. Se había negado a bajar a cenar cuando Eleonor subió a avisarla, y los nervios le habían impedido comer nada en el almuerzo, así que no probaba bocado desde las ocho de la mañana. No es que tuviera hambre como tal, pero sí un vacío que le provocaba náuseas.

Su estómago volvió a protestar, y esta vez le hizo fruncir el ceño. El sonido vino acompañado de una especie de quejido sonoro, que podría haberse confundido con un lamento fantasmagórico si alguien más estuviera presente. Caitlyn, vencida por la evidencia de que su cuerpo no pensaba rendirse hasta recibir algo de sustento, se atrevió a poner sus ojos por primera vez sobre la puerta.

Consultó su reloj para comprobar que eran más de las doce de la noche. Todos estarían ya en sus habitaciones, haciendo… lo que quiera que hicieran los sahires McAllister en aquel castillo: charlar con el fantasma de algún antepasado malhumorado, jugar al lanzamiento de cucharas con la mente, competir en duelos dramáticos de miradas intensas…

—O dormir, Caitlyn, la gente normal duerme a estas horas —se corrigió en voz baja, intentando convencerse de que lo que estaba a punto de hacer era buena idea—. Muy bien, allá voy —murmuró, caminando hacia la puerta como si estuviera a punto de cometer un crimen—. Solo será un sándwich. Nada de encuentros traumáticos ni dramas palaciegos.

Abrió la puerta de su habitación con sumo cuidado, como si al otro lado pudiera estar acechando Devlin, vestido de negro y envuelto en sombras, con una capa ondeando… al viento inexistente del pasillo.

Asomó primero la cabeza, como en una película de espías de bajo presupuesto. El pasillo estaba desierto, bañado solo por la luz de unas pequeñas antorchas eléctricas, más decorativas que funcionales, que alumbraban lo justo como para no chocarse de

bruces con un jarrón de valor incalculable por el que pudieran condenarla a dormir en las mazmorras.

Caitlyn dio un par de pasos, avanzando de puntillas, como si en lugar de cruzar el pasillo de un castillo estuviera adentrándose en la guarida de un dragón. El silencio era sepulcral, solo roto por el eco lejano de su estómago, que en un arranque de traición volvió a rugir con entusiasmo.

—¡*Shhh*! —le espetó en voz baja a su propio abdomen, como si pudiera hacerlo entrar en razón.

Aceleró el paso, sin saber si escapaba de un posible encuentro con Devlin o de su propia dignidad, que llevaba al menos dos días en huelga. A partir de ahí, la misión *cocina o muerte* quedó inaugurada.

El problema era que no tenía ni la más mínima idea de dónde demonios estaba la cocina. Giró a la derecha por instinto, luego a la izquierda por sospecha y de nuevo a la derecha… por puro capricho; después, siguió avanzando a ciegas por un salón oscuro donde el único sonido era el crujir de sus pasos sobre el suelo de piedra. Al salir de él, de la forma más absurda, se topó de sopetón con un espejo de cuerpo entero y se pegó un susto de muerte al verse reflejada de improviso. Tuvo que contener un grito que habría despertado hasta a los fantasmas que, estaba segura, habitaban en alguna parte del castillo.

Por suerte, y tras abrir un par de puertas equivocadas, una de las cuales albergaba una armadura que casi le provoca un infarto, logró dar con la cocina. Estaba vacía y silenciosa. Se movió con cautela, como si el lugar pudiera activarse con una alarma al estilo ¡intruso con antojo!, que provocara que todos los McAllister se teletransportaran desde sus camas para cazarla a punto de asaltar la nevera.

—Aún no pueden teletransportarse —se dijo para insuflarse algo de valor—, me daría tiempo a esconderme.

Sonrió más calmada y casi se le escapó una carcajada al recordar el susto que se había dado con su propio reflejo en el espejo. No era la primera vez que le pasaba. Aquella misma mañana, cuando Devlin había levantado su velo en la habitación de Bellows, había sufrido el mismo efecto. ¡Qué lejano parecía aquel

momento! Él aún bromeaba, tonteaba y… se comportaba con ella como si su vida le importara algo más que un pimiento.

Su estómago le recordó por qué estaba allí, echó sus pensamientos a un lado y se puso a ello. Encontró pan, un poco de jamón, algo de queso y, sintiéndose una auténtica saqueadora medieval, se preparó un sándwich doble que devoró con una mezcla de remordimiento y placer celestial.

Ya con el estómago calmado y una ligera sonrisa en los labios, decidió regresar a su habitación antes de que su expedición nocturna se convirtiera en un nuevo escándalo familiar.

Solo que al salir… todo se volvió un poco más complicado.

Giró a la derecha. Luego a la izquierda. ¿O era al revés? Tal vez debería haber dejado un rastro de tiza o esparcir miguitas de pan al estilo Hansel y Gretel.

—Mierda —murmuró, deteniéndose en seco y dándose la vuelta para comprobar que no había ni una sola pista del camino de regreso—. Perfecto, esto era justo lo que me faltaba.

Allí estaba ella, en medio de un pasillo desconocido del castillo McAllister, con el estómago lleno, eso sí, pero el alma hecha trizas… y desorientada por completo.

—Dios, ¿qué te costaba esperarte al desayuno, Caitlyn? —se regañó.

Siguió andando, intentando que le sonara de algo alguno de los pasillos por los que transitaba. ¿No era por allí por donde Devlin la había llevado cinco años atrás? Quizá tras alguna de aquellas puertas estuviera el despacho con la terraza donde… habían mantenido su primer apasionado encuentro. Dios, no sabía si podría entrar en esa terraza sin que todo su cuerpo recordara la intensidad de ese momento. El simple pensamiento la sacudió, y un nudo en el estómago se le formó con tal fuerza que casi dejó de respirar.

Se detuvo un momento, apoyándose contra la pared, intentando llenar sus pulmones de aire fresco. Las imágenes de aquel encuentro comenzaron a invadir su mente, arrastrándola en una corriente de recuerdos intensos. La sensación de estar perdida, no solo en ese pasillo, sino en todos los aspectos de su vida, la envolvió por

completo. Se sentía atrapada en un laberinto del que no sabía cómo salir.

«Dios, esto no puede ponerse peor», pensó abatida.

En eso se equivocó.

Un ardor familiar comenzó a quemar su piel mientras su mente se llenaba de imágenes del pasado: la calidez de sus manos sobre su piel, la intensidad de su mirada, el roce de sus labios, el eco de sus propios suspiros… Era una sensación inconfundible, como si el fénix refulgiera y estuviera despertando y reclamando atención. Un sudor frío le recorrió la espalda, y un estremecimiento la invadió al darse cuenta de lo que estaba a punto de suceder.

—Oh, Dios, no… —gimió frente a la intensidad del deseo que la asolaba por dentro.

El fénix estaba a punto de tomar el control para sumergirla de lleno en uno de sus trances. Sabía que su cuerpo pronto estaría fuera de su control, que sus pensamientos se desvanecerían para dar paso a algo más, algo que ni siquiera ella entendía del todo. Su respiración se aceleró, y su mente comenzó a desmoronarse, a dejarse llevar por esa corriente de fuego incontrolable.

—No… —murmuró, apretando los puños intentando resistirse—, aquí no.

Buscó una puerta abierta con desesperación. Un lugar en el que pudiera refugiarse antes de sucumbir por completo a lo inevitable.

—Dios, Dev… —Ya comenzaba a sentir sus manos recorriendo su piel, ese contacto que no le dejaba espacio para respirar, para pensar. El deseo la envolvía, inquebrantable, y su mente se tornaba difusa, incapaz de razonar.

De repente, una de las puertas cedió al fin y se abrió ante ella. Con un suspiro de alivio y casi sin pensarlo, cruzó el umbral agradecida por haber encontrado un refugio, aunque no supiera muy bien qué la aguardaba al otro lado.

Al entrar, se detuvo un momento. La habitación ante ella era un santuario de calma, muy diferente a la tormenta que rugía dentro de su cuerpo. Estaba en una biblioteca. Las estanterías llenas de libros se extendían hasta donde la vista alcanzaba, y el ambiente, aunque en penumbra, estaba lleno de una paz… que en aquel instante ya no

tenía cabida en su cuerpo, en sus emociones. La luz suave de las lámparas iluminaba con calidez las páginas de los libros, creando sombras danzantes en las paredes. Pero para ella, su oasis se encontraba unos metros más allá, donde divisó unos sillones y sofás, dispuestos en círculos, que parecían invitarla a acercarse.

Caitlyn caminó hacia los sillones con pasos vacilantes, cada uno de ellos era una lucha interna. El ardor en su piel se intensificaba, a punto de desbordarse en llamas. Su respiración se volvía más irregular con cada paso, el aire a su alrededor parecía espesarse y el fuego en su cuerpo solo se avivaba más.

«Dev…, Dios». El recuerdo de sus manos, de su boca… la estremecía ya. Iba a perder el control. Su mente comenzaba a nublarse, el deseo la consumía desde adentro, y el rincón de la biblioteca se volvía el único lugar en el que sentía que podía encontrar algo de consuelo. Pero entonces, justo cuando estaba a punto de tirarse en el sofá y perderse en su propio caos, escuchó una voz enronquecida que la detuvo en seco.

—¡¿Qué demonios haces aquí, Caitlyn?!

El corazón de la chica dio un vuelco, y casi como si sus pies no pudieran controlarse, giró con rapidez hacia el origen de la voz.

Allí, en uno de los sillones, estaba Devlin. Se veía recostado con abandono. Tenía varios botones de la camisa desabrochados que dejaban entrever parte de su torso, el cabello algo revuelto y los ojos refulgiendo con tal intensidad que casi iluminaban parte de la habitación. El aire entre ellos parecía cargado de electricidad. El deseo y la tensión casi se palpaban en el ambiente, y en su mirada había algo más, algo tan intenso y oscuro que parecía hacer eco en lo más profundo de su ser.

—¡Sal de aquí! —ordenó.

Su voz sonaba ronca, casi rasposa, pero también cargada de algo que Caitlyn no sabía identificar.

Ella no pudo moverse. No podía decidir si las palabras de Devlin la paralizaban o si acrecentaban sus ganas de seguir acercándose a él. El fuego dentro de ella estaba fuera de control, y aunque su mente gritaba que debía huir, sus piernas no obedecían. ¿Cómo podía escapar de algo que se sentía tan inevitable? Era la primera

vez que lograba vencer el trance que ya debería haberla sumergido en la locura, pero… ¿acaso no era aquello mucho más peligroso?

Se quedó allí, observándolo, viendo cómo su cuerpo se tensaba, los músculos de su pecho se contraían con cada respiración y esa mirada salvaje la recorría de pies a cabeza, dejándola sin aliento. El deseo era demasiado fuerte, demasiado real, y Devlin, ese hombre que la había marcado de tantas formas, parecía estar sufriendo la misma batalla interna que ella.

—Caitlyn…, fuera —exigió de nuevo, aunque su voz sonaba menos firme de lo que pretendía, con una leve duda asomando en sus palabras.

Caitlyn se mojó los labios de forma inconsciente, sintiendo el peso de su mirada sobre ella. Un estremecimiento recorrió su cuerpo, pero no se movió, no podía, había algo en el aire. Y comenzaba a sentir una extraña sensación, como si… las manos masculinas se pasearan por todo su cuerpo, tal y como lo hacían ahora sus ojos, ¿era aquello posible? Obtuvo su respuesta cuando los dos primeros botones de su vestido se abrieron de par en par, mostrando ahora parte de su escote.

Ella jadeó, el aire entre ellos se espesó y un escalofrío recorrió su columna, igual que si un hilo invisible tirara de su pecho, de su ser entero, llevándola hacia él. Sus pies se movieron por sí solos, y con cada paso, el ardor en su cuerpo aumentaba, quemándola por dentro, y era incapaz de distinguir si era él quien tiraba de ella o sus pies se movían por sí solos, como si tuvieran vida propia.

—Devlin… —susurró con la voz temblorosa, sin saber siquiera qué quería pedirle.

Él la contemplaba con atención y parecía respirar con dificultad. Era obvio que también luchaba, pero la lujuria que emanaba de él no podía ocultarse y era imposible de ignorar.

—Caitlyn… —repitió, casi como un suspiro entre los dientes, como si al decir su nombre pudiera mantenerse anclado a la realidad, como si fuera la única forma de retener algo de su control. Aunque al mismo tiempo… el tercer botón de su vestido estalló con fuerza—. Vete…, ahora.

—¿O… qué?

Devlin clavó en ella una mirada de lascivia absoluta.

—O voy a usar tu cuerpo de la manera más primitiva que existe.

La frase fue demoledora para Caitlyn y un gemido involuntario escapó de su garganta. Aquello pareció terminar con el poco autocontrol de Devlin, que solo un instante después estaba de pie frente a ella y la atraía hacia su cuerpo con una fuerza desmedida, apretando contra su pelvis una poderosa erección que apenas era capaz de mantener ya dentro de los pantalones.

Sin previo aviso metió las manos bajo su vestido, le desgarró las bragas y se las arrancó del cuerpo sin miramientos…; y ella lo recompensó con un gemido de anticipación que resonó en cada rincón de la biblioteca… y llevó a Devlin a un punto de no retorno.

Metió una mano entre sus piernas y se empapó al instante de la necesidad de él que recorría cada fibra del cuerpo femenino. El gruñido que salió de la garganta masculina habló por sí solo de cuánto le gustaba encontrarla así… por él, aguardándolo con evidente ansia, mientras se desabrochaba el pantalón…

—Por favor…, por favor… —rogó Caitlyn, apartando su mano y buscando su erección con las caderas, ya incapaz de soportar más el tormento de no tenerlo en todo su esplendor donde más lo necesitaba.

—Joder…, voy a odiarme por esto… —lo escuchó murmurar entre jadeos solo una décima de segundo antes de hundirse en ella de una embestida firme, precisa, íntima y brutal. Ambos soltaron un gemido gutural, nacido desde las mismas entrañas, fuente del deseo más primitivo.

Un instante después, todo desapareció: las dudas, los reproches, el tiempo y el lugar. La realidad se desvaneció y en su universo solo quedaron ellos dos y ese fuego indomable que los devoraba desde dentro, una llamarada que llevaba años aguardando latente bajo la piel.

Devlin la alzó con una facilidad salvaje, como si no pesara nada y su cuerpo estuviera hecho para encajar en el suyo. Caminó unos pasos, por completo hundido en ella, hasta apoyarla contra la pared más cercana, fría en contraste con su piel, que parecía abrasar. La sostuvo con fuerza, con hambre, con una necesidad que parecía

arrastrarlo al borde del abismo, y volvió a embestirla una y otra y otra vez…

El ritmo era implacable, sin tregua. Cada estocada la hacía temblar, la rompía y la reconstruía en el mismo suspiro. Caitlyn jadeaba contra su oído, clavando las uñas en sus hombros, perdida en un torbellino de sensaciones que no podía controlar. La intensidad que vivía en sus trances y el deseo real del que nacían se entremezclaban, confundiéndose con su magia, como si su propio poder se alimentara del contacto, de esa conexión brutal, imparable e inevitable.

La respiración de ambos era errática, rota, y la habitación entera parecía latir con ellos, como si los muros del castillo pudieran sentir el temblor de sus cuerpos fundiéndose en uno.

Hasta que, ya jugando en el borde de la locura, al fin llegó la liberación y el mundo entero se estremeció con ellos. Caitlyn se aferró a Devlin mientras todo su cuerpo se arqueaba, quebrado por una oleada de placer que la desbordó; y él cayó por el abismo tras ella, jadeando su nombre como una oración, como una maldición.

Y entonces… llegó el silencio.

Cuando la tormenta cesó, solo quedaron los latidos acelerados, el sudor, el temblor compartido y la certeza brutal de que nada, absolutamente nada, volvería a ser igual.

Para asombro de Caitlyn, Devlin posó sobre ella una mirada cargada de emociones imposibles de descifrar, una mezcla desconcertante de deseo saciado, rabia contenida… y algo parecido a la culpa. No dijo una sola palabra. Solo la sostuvo un segundo más, como si le costara soltarla, y luego, con un movimiento firme pero cuidadoso, la bajó despacio hasta que sus pies tocaron el suelo.

El aire entre ellos se volvió tenso, espeso.

Ella lo observó, todavía temblando, con el corazón latiéndole con fuerza, esperando… algo: una palabra, una caricia, siquiera una maldita mirada más larga… Pero no. Devlin se colocó la ropa, se pasó una mano por el pelo revuelto y, sin volver a mirarla, se dio media vuelta y se marchó. Así, sin más. Y el sonido de la puerta cerrándose a su espalda resonó con una frialdad devastadora.

Caitlyn se quedó allí de pie, en medio de aquella biblioteca silenciosa, sintiendo que el temblor de su cuerpo no era solo físico, sino algo mucho más profundo. No sabía si tenía ganas de llorar, de reírse o de maldecir su maldito magnetismo por ese hombre.

«Ni siquiera un beso…», pensó, sintiendo un nudo en la garganta. Ni uno solo.

«*Voy a usar tu cuerpo de la manera más primitiva que existe…».* Esas habían sido sus palabras exactas, algo que ella había aceptado al no salir corriendo de aquella biblioteca en cuanto las pronunció. No había cariño, no había ternura. Solo instinto y necesidad, solo sexo…, y ahora vergüenza, la de saber… que, a pesar de todo eso, le había encantado.

Su cuerpo todavía ardía, aún estaba enardecida y… dispuesta a más, deseosa de mucho más.

—Eres idiota, Caitlyn —murmuró para sí, sin moverse—. Idiota y masoquista.

Y para colmo, aunque pudiera resultar lo más absurdo de todo…, ¡seguía perdida en aquel maldito castillo!

Capítulo 25

Apenas pasaban de las siete de la mañana, y el castillo seguía envuelto en ese silencio espeso y casi reverente que lo envolvía antes del despertar general. No se escuchaba un alma, solo rompían la quietud el leve crujido de los pasos de Ewan y Airys al cruzar la entrada de la biblioteca.

La luz suave del amanecer se colaba por los ventanales altos, extendiendo su resplandor dorado por los estantes cargados de libros, y creando reflejos cálidos sobre la madera oscura.

—¿Por qué está encendida esa lámpara? —preguntó Airys en un susurro, señalando con la barbilla una esquina.

—Igual el fantasma lector volvió anoche —se burló Ewan con una sonrisa divertida.

Avanzaron hacia las estanterías, pero ambos se detuvieron, perplejos, al posar sus ojos sobre uno de los sofás del fondo, donde alguien dormía hecho un ovillo, medio enterrado entre cojines y un enorme bulto de tela.

—Pero ¿qué narices…?

Se acercaron con sigilo hasta el sofá y miraron perplejos la escena.

Allí, aún dormida, con el cabello revuelto y una pierna colgando del borde del sofá, estaba Caitlyn. Se había acurrucado bajo lo que parecía una gruesa manta oscura, que al acercarse notaron que no era una manta en absoluto, sino un lienzo; uno que el día anterior Eleonor había mandado desmontar para cambiarle el marco.

—Creo que voy a hacerle una foto —declaró Ewan a punto de estallar en carcajadas.

—¿Quieres que Devlin te mate? —se quejó Airys, pero no pudo evitar sonreír.

—Creo que me compensa el riesgo solo por verle la cara cuando vea la foto.

Airys miró a su hermano con cierta diversión.

—¿Sabes lo que costó ese retrato? —le recordó.

—Sé lo que costó convencer a Devlin para que posara en él —rio por lo bajo—, ¡y ella lo está usando de edredón! ¿No es para inmortalizar el momento?

«Esto no puede estar pasando», se lamentaba Caitlyn intentando no mover ni un pelo mientras los escuchaba hablar de pie frente a ella. Abochornada, se obligó a mantener los ojos cerrados y la respiración pausada, aunque por dentro solo podía pensar en lo genial que sería que el sofá cobrara vida y la engullera entre sus cojines sin dejar rastro.

Fingir que aún dormía no había sido la idea más brillante que había tenido últimamente. Pero con cierta ingenuidad, creyó que se irían tal y como habían llegado cuando la vieran allí, no que se pondrían a conversar frente a ella como si estuvieran en una puñetera tienda de sofás y ella fuera solo un mero maniquí.

—Se la ve muy mona —insistió Ewan ahora— ahí abrazadita a Devlin, casi en sentido literal, seguro que a él le encanta la idea.

—Oh, sí, como le tiene un cariño inmenso en este momento… —suspiró Airys.

Caitlyn se lamentó por su mala suerte mientras por culpa de aquellos dos bocazas sentía el peso de Devlin sobre ella, su calor…

«Mierda, no se puede arrancar peor la mañana».

Aquello era el broche de oro para rematar la noche, y la guinda perfecta en el pastel de su desastrosa primera impresión ante el clan McAllister.

Después de pasar gran parte de la noche vagando como alma en pena por los pasillos, sin encontrar el camino de vuelta a su habitación ni con un GPS mágico, había regresado a la biblioteca por pura desesperación. En un momento de agotamiento, se había dejado caer sobre el sofá con la intención de descansar *un segundo*, pero estaba tan cansada que el segundo se había transformado en horas.

Y, sí, recordaba que cuando el frío empezó a colarse por la tela fina de su vestido, rebuscó a su alrededor con una mano hasta que encontró lo que le pareció una esterilla enrollada junto al sofá, que desplegó medio dormida y se echó por encima, sin detenerse a

pensar en qué era con exactitud. La información había llegado hacía un segundo, de labios de Ewan, dándole un mazazo a su dignidad cuando ni siquiera se suponía que se había despertado aún. Se estaba coronando.

—Quizá deberíamos toser para despertarla —sugirió Ewan al fin, aún en susurros.

—O encender una bengala —replicó Airys con sarcasmo—. Aunque tocar unos platillos también estaría bien.

—No seas cruel —sonrió el chico—, a nosotros no nos ha hecho nada.

—¿Ocultarnos a nuestra sobrina durante cuatro años te parece poco?

Ewan resopló, cruzándose de brazos, mientras sus ojos se clavaban en la figura dormida, o no tan dormida, que seguía inmóvil en el sofá.

—Pues tú dirás, ¿la despertamos o llamamos a Devlin para que lo haga él?

No, aquello último no era una opción para Caitlyn. Y como si aquel nombre fuese la alarma de su despertador, emitió un sonido de protesta y fingió desperezarse, igual que si estuviera saliendo de un sueño profundo.

Ewan esbozó una sonrisa divertida y entrecerró los ojos.

—Vaya, qué casualidad…

Caitlyn abrió un ojo, luego el otro, y se incorporó despacio en el sofá como si le doliera cada músculo del cuerpo, aunque lo que le dolía era el orgullo.

—Buenos días —saludó con la voz ronca de quien ha dormido poco y mal—. ¿Puedo sugerir que señalicen los pasillos? Algo sencillo, tipo: resto del castillo por aquí, habitación de Caitlyn por allá…

Airys cruzó los brazos sobre el pecho con un gesto serio, y Caitlyn añadió:

—Entrada a la sala de silencios incómodos…, torciendo a mano derecha.

Ewan soltó una carcajada tan sonora que se oyó un leve eco entre las estanterías de madera.

—Veo que sobreviviste a todo —comentó divertido—. Aunque no estoy seguro de que Devlin apruebe el uso alternativo de su retrato.

Caitlyn, aun abrazando la tela, se dio cuenta de que el rostro de Devlin la miraba desde el lienzo y parpadeó sorprendida.

—Definitivamente… inmortalizable —murmuró Ewan, sacando el móvil.

Airys se lo arrebató con un movimiento rápido.

—No lo hagas —ordenó—. Quiero seguir viviendo.

Apartando el lienzo a un lado, Caitlyn se frotó los ojos y se sentó con más compostura en el sofá, como si pudiera arreglar algo de la situación a base de fingir dignidad. Lo cierto era que aún se sentía aturdida. El trance de la noche anterior, Devlin… y esa sensación de deseo que aún le recorría el cuerpo como brasas apagadas pero humeantes.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Ewan, ahora con curiosidad.

—Me perdí buscando la cocina —admitió—. Lo de la señalización iba en serio.

Se puso en pie y, para no tener que mirarlos, se concentró en enrollar el lienzo, aunque, para su desgracia, fue muy consciente de que se había doblado un poco.

«Genial, otro delito visto para sentencia».

Se giró a mirarlos, cohibida.

—¿Podemos no decirle a Devlin nada de lo del retrato? —rogó —. Pagaré los desperfectos, pero…

—Entre nosotros no nos ocultamos cosas —interrumpió Airys en un tono de evidente reproche que no solo iba con segundas, sino con terceras, cuartas…, nonagésimas…

Caitlyn soltó un evidente suspiro de desespero. Estaba comenzando a saturarse.

—De verdad siento haberos ocultado a Anna tanto tiempo —declaró ahora—, pero, como podéis suponer, nada es tan sencillo como parece, y mucho menos todo lo referente a un hijo.

—¿Cómo llegaste a la cama de mi hermano? —interrogó Airys a bocajarro—. ¿Cuándo? Devlin no es del tipo que se acuesta con velkanas, y mucho menos si son hermanas de quien considera un amigo, incluso si ese amigo es un imbécil integral.

Caitlyn se quedó perpleja con cada palabra. Miró a Airys con una expresión incómoda. Al parecer, la sinceridad entre hermanos no era tanta, él no les había contado demasiado. Sin duda, todos estaban allí la noche de la fiesta.

—No creo que nada de eso tenga relevancia, Airys —intervino una voz fría a su espalda, sobresaltándolos a todos.

Se giraron para mirar a Devlin, que les hablaba desde la puerta, desde donde era evidente que llevaba un rato escuchando.

—Necesito entender dónde encaja ella —se cruzó Airys de brazos—, aquella fue una época difícil para ti.

—¡Basta!

Él se adentró en la biblioteca con la mirada puesta en su hermana, que se la sostenía sin problema alguno.

—Hay cosas demasiado personales, Airys —la amonestó—, que no competen a nadie más que a mí.

«Bueno y a mí», habría querido decirle Caitlyn, pero prefería seguir disfrutando de las vistas, ¡y qué vistas!

Devlin llevaba un pantalón deportivo corto, que dejaba ver sus largas y bien torneadas piernas, y una camiseta negra, ceñida a su torso, que marcaba cada músculo con una precisión casi irritante. Era evidente que venía de nadar, porque traía una toalla al hombro y su cabello aún estaba mojado y alborotado por el agua, lo que le daba un aire desenfadado que, por alguna razón, solo lo hacía más atractivo.

Saboreando el momento, Caitlyn lo observó en silencio. Aunque estaba molesta por todo lo que había ocurrido, no era ciega y no podía negar que tenía ante sí una visión increíble, que parecía emerger de un sueño húmedo y caliente, y arrastraba un aura de sofisticación salvaje que la dejaba sin palabras.

Sintió que se le olvidaba respirar por un segundo, mientras observaba cómo se acercaba con esa confianza inconfundible que siempre tenía, como si supiera que el mundo entero se detenía para mirarlo.

«No es justo, debería estar prohibido estar tan bueno a las siete de la mañana». Y de repente se preguntó qué pinta tendría ella, con el vestido arrugado, el pelo revuelto y puede que incluso la marca

del cojín estampada en la mejilla, como si hubiera perdido una pelea contra el sofá.

Dios, era casi imposible no sentirse un patito feo frente a tal despliegue de medios.

Nerviosa, se centró en seguir enrollando el lienzo para no tener que mirarlo. De repente, decenas de imágenes de la noche anterior estallaron en su cabeza. Sintió su cara arder de vergüenza y su cuerpo… arder también, pero de algo muy diferente.

—Quiero hablar a solas con Caitlyn —los sorprendió Devlin a todos.

—¡No! —casi gritó la chica, sin contención.

Ewan rio, Airys chasqueó la lengua y Devlin la mató con la mirada.

—Quiero decir… —carraspeó para intentar arreglarlo— que tengo que ir a ver cómo está Annabella. Suele despertar a las ocho y no quiero que lo haga sola.

—Airys o Eleonor se encargarán.

—Pero quiero hacerlo yo —insistió. Necesitaba darse una ducha, relajarse, concienciarse de lo sucedido, adecentarse un poco y recuperar algo de dignidad antes de otro encuentro con Devlin—. Así que, si alguien me indica el camino a mi habitación…

No había acabado la frase y tanto Airys como Ewan ya se habían largado, dejándola sin opciones.

Devlin la miró con un gesto serio y un tanto desconcertado.

—¿Has dormido aquí?

—Eh…, sí, bueno…

—¿Por qué?

«¡Porque me dejaste tirada, maldito patán, perdida vete a saber dónde!». Pero aceptarlo frente a él no era tan sencillo como hacerlo frente a sus hermanos.

—¿Hay alguna norma en contra de dormir aquí o qué? —Se encogió de hombros.

—Que tienes una alcoba para algo.

—Bueno, pues… aquí se estaba cómodo y… —Apretó los dientes frente a su mirada acusatoria y cruzó los brazos sobre el pecho—. No sabía regresar a mi habitación —aceptó molesta—. ¿Contento?

Él la miró con sarcasmo.

—Eso no te pasaría si no deambularas por la casa a tu antojo de madrugada.

—Tenía hambre —se excusó.

—Sí —sonrió mordaz con un punto de malicia—, de eso ya me di cuenta.

El rostro de Caitlyn se incendió con una mezcla de excitación, rabia e indignación. Pasó ante él dispuesta a marcharse, pero la retuvo de la muñeca sin problema.

—Aún no he terminado de hablar —replicó, irritado.

—Si lo que pretendes es humillarme —liberó su mano de un fuerte tirón—, no estoy dispuesta a permitirlo.

La observó con atención unos largos segundos, en los que Caitlyn se preguntó si el brillo de admiración que veía en sus ojos era real o se lo estaba imaginando.

Él acabó diciendo:

—Olvidemos lo que pasó anoche —clavó en ella una mirada severa—, jamás sucedió.

«Así que ¿quería olvidarlo? ¡Pues genial!».

—¿Anoche? —Fingió meditar—. No sé de qué me hablas.

Él esbozó una irónica sonrisa y declaró:

—Perfecto, en realidad fue bastante olvidable.

«¡¿Olvidable?! ¡Será mentiroso!». Aquello la indignó tanto que hizo lo último que pensó que se le ocurriría jamás: clavó en él una mirada acerada… y se coló en sus pensamientos.

—Así que olvidable… —apostilló, molesta, y prestó atención.

«Olvidable y bastante mediocre», escuchó pensar a Devlin, y aquello la golpeó duro.

Contuvo la respiración para no hacer ningún tipo de sonido que lo alertara. Solo le faltaba que él se enterara de que trataba de espiar sus pensamientos.

—¿Te pasa algo? —interrogó ahora Devlin en un tono de extrañeza.

—No, ¿por qué?

—No tienes buen aspecto.

Aquello la irritó aún más.

—¡Será porque he pasado la maldita noche recorriendo tu castillo de película de terror para intentar llegar a mi habitación!

—Así que te disgusta mi castillo.

¡Uf! Estaba muy dolida en aquel momento como para controlar sus palabras.

—Bueno, te recuerdo que no estoy aquí por voluntad propia.

—Vete —sugirió Devlin—, pero Annabella se queda.

Caitlyn lo asesinó con la mirada.

—Ah, sí, se me olvidaba que estás loco por lanzarme a las fauces del tal Varek. —Apretó los puños más abatida de lo que querría admitir—. ¡Pues no pienso dejar que me maten solo para que estés contento!

Él se encogió de hombros.

—Una pena.

Aquello sí le dio de lleno. Su enfado se disipó durante unos segundos y sintió que su corazón acusaba el golpe.

Intentó escapar antes de que él se diera cuenta, pero volvió a detenerla.

—Caitlyn…

—¡Vete a la mierda! —Se revolvió—. ¡Suéltame!

Él también parecía enfadado ahora.

—Maldita sea —tiró de ella para retenerla—, ¿quieres que te aplauda por haberme privado de mi hija durante cuatro años? —apretó los dientes—, ¿sabes la de primeras veces que me he perdido?

Ella sintió sus ojos humedecerse.

—Lo sé, sí —aceptó—, y asumo mis errores, pero ¿qué hay de los tuyos?

Con el ceño fruncido, la observó con atención.

—¿Qué me estás echando en cara exactamente?

Aquello la enfureció aún más. ¿Es que ni siquiera se había planteado parte de la culpa? Se revolvió en sus brazos con fuerza.

—¡Suéltame!

—Dímelo.

—¡Haz memoria tú solito! —le gritó.

Devlin comenzaba a perder los nervios, y él también parecía consciente, puesto que acabó diciendo:

—Será mejor que ambos nos calmemos antes de seguir hablando —la soltó—, pero que quede claro que tenemos una conversación pendiente.

Sí, aquello era evidente, y Caitlyn esperaría a estar inmunizada contra el efecto Devlin antes de mantenerla.

«Ilusa, sigue soñando».

Se dio media vuelta, pero escuchó la voz fría de Devlin a su espalda.

—Aún no te he dado permiso para irte.

Ella se giró hacia él, con la expresión más irónica que encontró.

—Perdón, mi Khalif —hizo una ridícula reverencia—, debí leer mal entre líneas. ¿Qué más se le ofrece?

Antes de contestar, Devlin la miró con una intensidad que le quemó la piel, pero dijo lo último que esperaba.

—Te prohíbo que le hables a mis hermanos de nuestro encuentro el día de la fiesta.

Ella lo miró con una mezcla de confusión y curiosidad.

—¿Que me lo prohíbes? —Rio sin rastro de humor—. ¿Y si no te hago caso piensas enterrarme en el bosque? —ironizó—. No sé si te tengo tanto miedo.

—Pues deberías.

—Llámame suicida entonces.

—Te lo digo en serio, Caitlyn, no vas a contarles cómo te quedaste embarazada.

—Entiendo, aún no saben aquello de papá pone una semillita en mamá… —se burló—, pues ya están creciditos.

—Caitlyn… —sonó a advertencia.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y lo observó con una expresión malhumorada.

—¿Nadie te enseñó que cuando uno pide un favor hay que ser un poco más humilde?

—No es un favor, es una orden.

—Que yo tendría que acatar porque… —aguardó la respuesta.

—Porque lo digo yo.

Ahora lo miró con sorna.

—Ah, ok, haber empezado por ahí.

Lo vio apretar los dientes.

—Joder, ¡eres desesperante!

—¿Yo soy la desesperante?

Sonrió, pero lo observó con una expresión de genuina curiosidad, preguntándose los motivos por los que él quería mantener oculto precisamente aquello. ¿Acaso no daba igual el lugar?

«Al parecer no», se contestó sola. ¿Y si… entraba un segundito en su mente para averiguarlo?

—Ahora sí puedes irte —la sorprendió diciendo

Ella suspiró con teatralidad.

—¿Seguro que no tiene ninguna otra orden que imponer, Alteza?

Devlin puso sobre ella una mirada abrasadora. Sus ojos se deslizaron por su cuerpo con descaro, deteniéndose en sus labios, en su escote, en cada centímetro que el vestido no lograba ocultar del todo. La expresión en su rostro era una mezcla explosiva de deseo contenido, rabia mal disimulada y algo más, algo oscuro y peligroso que no supo si le daba miedo o la atraía todavía más. Tuvo que contener con fuerza el gemido que pugnaba por salir de su garganta. Su corazón dio un vuelco, tragó saliva y apretó los dientes. No sabía si quería abofetearlo, besarlo o…

¡Se quedaba con lo que venía después de la *o*!

—Sí, tengo una última orden —murmuró Devlin con voz grave, dando un paso hacia ella—. Date una ducha, Caitlyn, aún apestas a sexo.

—¡Eres…!

—Muy sensible a ese tipo de olores —interrumpió mordaz—. Y te advierto que es un perfume embriagador —avanzó otro paso—, así que, si no quieres que recupere la memoria en los próximos segundos…

La tensión entre ambos se volvió casi sólida. Si alguien hubiera pasado entre ellos en ese momento, habría salido ardiendo.

—Hola, corazón —dijo una voz suave de mujer desde la puerta, cuando el aire comenzaba a ser irrespirable.

Perpleja, Caitlyn se giró hacia ella y la reconoció al instante. Jamás podría olvidarse de aquella maldita mujer…

Capítulo 26

Observándolos desde el umbral, estaba la mujer que la había echado del castillo cinco años atrás…, y cuyas palabras aún resonaban en lo más profundo de su alma. Fue inevitable que el pasado se hiciera eco en ella durante unos segundos.

«*No te hagas la inocente, zorrita, sé lo que eres. Y créeme, no eres la primera ni serás la última*…».

La crueldad había sido brutal.

«*Dev se divierte, se cansa y después… alguien tiene que limpiar la basura*».

Intentó ahogar los recuerdos, pero dolían demasiado.

Y allí estaba de nuevo. Impecable, con el cabello peinado como de peluquería y un vestido que parecía recién sacado de una pasarela. Su presencia llenó la habitación con una perfección inalcanzable.

—¿Qué haces aquí tan temprano, Verónica? —interrogó Devlin en un tono grave y controlado.

Caitlyn se tensó aún más al escuchar el nombre. Así que ella era *Verónica*. Por la frase de bienvenida de Devlin, no parecía que viviera en el castillo, lo que al menos era un pequeño consuelo, aunque resultaba evidente que compartían un vínculo. Verónica lo miraba con total descaro, con sus ojos perfectamente delineados y sombreados, con unas pestañas tan largas y espesas que parecían haber sido creadas para derretir a cualquier hombre a su paso. Su piel estaba maquillada e impoluta, su rostro impecable, parecía una figura salida de una revista de moda.

«¿Quién demonios se maquilla y se viste como si fuera a una boda a las siete de la mañana?», se preguntó Caitlyn con el ceño fruncido. «La misma que combina un picardías con unos tacones de vértigo…, una que quiere impresionar a un hombre», se respondió a sí misma; y resultaba obvio quién era ese hombre.

El estómago le dio un vuelco cuando vio cómo contoneaba sus caderas hasta Devlin, le daba un suave beso en la mejilla y sonreía con una elegancia innata. De pie junto a ellos, con el vestido arrugado y el cabello rebelde sin cepillar, Caitlyn no pudo evitar sentirse diminuta, como si fuera de nuevo la mujer que usaba aquellas ropas de hombre y enormes gafas.

—Me moría por verte, corazón —le dijo doña perfecta a un Devlin que parecía algo incómodo.

Y no era para menos… si al parecer tenía a su prometida junto a la mujer con la que había echado un polvo apenas unas horas antes.

«*Pobrecita. ¿De verdad crees que significaste algo?*».

¡Sal de mi cabeza!

«*La diferencia entre tú y yo es que, cuando esto termina, él regresa conmigo, con su prometida*».

¡Cómo la odiaba!

«*Es en mi cama donde pasa todas sus noches. A mujercitas como tú les reserva…*».

La biblioteca.

Aquel pensamiento no le devolvió a Caitlyn la autoestima, pero sí parte de la ira que necesitaba para salir de allí con algo de dignidad. Le molestaba mucho ser esa mujer, *la otra*.

—Os dejo, seguro que estaréis deseando poneros al día. —Sonrió como si le fuera la vida en ello.

—¿Y tú quién eres? —inquirió Verónica ahora, fingiendo sorprenderse de que hubiera alguien más allí, algo que no engañó a nadie.

Menuda ladina la tal Verónica. Si Caitlyn no la odiara ya a muerte, lo habría hecho justo en ese instante. Y para su consuelo, no parecía asociarla con la gata que arrojó a la calle, algo que agradecía.

Se molestó en sonreír y se esforzó en hablar con la misma falsedad.

—Soy Caitlyn, encantada de conocerte.

—¿También has venido temprano? —Era evidente el motivo de la pregunta, pero Caitlyn no tenía nada que esconder.

—No, ahora vivo aquí —informó risueña—, en este maravilloso castillo. Me siento tan afortunada…

Solo Devlin entendió la ironía implícita en sus palabras.

Aun así, era evidente que aquella respuesta descolocó por completo a la tal Verónica.

—¿Vives aquí?

—Sí, mi hija y yo llegamos ayer.

—¿Tu hija?

«Vaya, es sordita, la pobre, qué lástima», ironizó para sí, y miró a Devlin.

—¿Se lo explicas tú? —pidió con fingida inocencia.

A lo mejor hablaba un extraño idioma sahir que ella desconocía…

—Caitlyn y su hija Annabella van a quedarse una temporada.

¿Ahora era solo *su* hija? Aquello le molestó mucho. Apretó los dientes y apostilló:

—Una temporada corta.

—O no —declaró Devlin entre dientes—, eso ya lo veremos.

Caitlyn intentó morderse la lengua, pero no pudo.

—Como bien dices, es *mi* hija —esbozó una sonrisa cínica—, solo mía, según parece, así que hago con ella lo que me da la gana.

Vio cómo él se contenía a duras penas, pero sus ojos le decían muy claro que en aquel momento tenía ganas de estrangularla.

«Bien, que lo intente», se dijo iracunda, que igual es él quien sale para la UCI; y tuvo que mirar hacia otro lado para no saltarle a la yugular.

—¿Puedes dejarnos a solas? —pidió Devlin casi en un murmullo.

Oh, claro que sí, ¡que se la comiera enterita ya que le gustaba tanto el sexo en la biblioteca! Pero se lamentó… ¿Por qué no se había ido antes de que él se diera el lujo de echarla?

—Por supuesto, no seré yo quien te prive de… tu afición a los libros —repuso.

—Caitlyn…

—¡Nada, no importa! —apostilló—. *Mi* hija está a punto de despertar.

Se alejó hacia la puerta.

—¡Caitlyn!

Ya no le hizo caso. Dolida y deseosa de poner distancia para no escuchar un solo *corazón* más, corrió por los pasillos en dirección… a…

¡¿Adónde mierdas iba?! Exhausta, y con el sistema nervioso destrozado por el cúmulo de cosas sucedidas en las últimas horas, se detuvo jadeante en mitad de lo que parecía un hall.

Estaba perdida, demasiado, en todos los sentidos. Se sentía tan pequeña e insignificante que en aquel momento solo quería desaparecer. Habría dado media vida por poder esconderse durante un rato en cualquiera de las excavaciones de su madre, en el lugar más recóndito del planeta. Estaba tan inmersa en su propia autocompasión que la pilló desprevenida el rugido que escuchó junto a ella.

—¡Maldita sea, Caitlyn, ¿qué coño pasa contigo?!

Devlin llegó hasta ella con la respiración agitada.

—¡Es la última vez que me haces correr detrás de ti! —siguió vociferando, iracundo—. Cuando te llame, tú te paras, punto, ¡incluso si estás caminando sobre ascuas!

—Deja de gritarme —exigió, reponiéndose de la sorpresa y alimentándola con furia.

—Pues obedece, joder.

—No me da la gana —bramó, con la ira brillando en sus ojos—. Odio este sitio, odio estar aquí… ¡y te odio a ti!

Lo vio apretar los dientes.

—Genial, el sentimiento es mutuo —replicó—, pero eso no te exime de cumplir mis exigencias.

—¡Ni hablar! Eso se lo dejo a tu Verónica.

Él la miró con cierta arrogancia.

—Cuidado, velkana, a ver si voy a terminar pensando que estás celosa.

¿Celosa ella? ¡*Bah*!

—¡Qué más quisieras! —estalló—. Pero tú no eres mi Khalif, ni siquiera sabía qué mierdas era eso hasta hace unos días, así que no vas a tratarme como si fuera uno de tus súbditos.

Él la miró con una mezcla de rabia y… ¿qué era aquello otro que brillaba en sus ojos?

—No tengo tiempo para darte la lección que te mereces —dijo irritado, con la voz ronca.

—Sí, vuelve con tu prometida, no vaya a pensar lo que no es.

«Joder, Caitlyn, ¿por qué no te callas?».

Devlin abrió los ojos con una mezcla de sorpresa y confusión, y ella sonrió con sarcasmo. Seguro que él no tenía ni idea de que ella estuviera al tanto de aquello.

—No sé de dónde has sacado eso, pero me da igual —declaró irritado—. ¿Puedes dejar de lado un rato tu impertinencia para ser solo la madre de mi hija? —ironizó—. Me gustaría hablar con esa mujer, si es posible.

Ella lo miró irritada.

—¿Ahora vuelve a ser tu hija?

—Caitlyn…

—Haberlo pensado antes de echarme de la biblioteca.

—¡Yo no te he echado de ninguna parte!

—Has dicho que os dejara a solas —le recordó—, y eso he hecho, así que…

—¡Estaba hablando con Verónica!

Caitlyn lo miró confusa.

—¿Qué?

—¡Que se lo decía a ella!

Ahora estaba más confundida aún. ¿Podía ser verdad? Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas importantes que tenemos que aclarar, que están por encima de nuestras diferencias —informó—, y son más urgentes de lo que pensaba.

Caitlyn cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Cómo por ejemplo…?

—Como por ejemplo que es mejor no comentar con nadie aún que soy el padre de Annabella.

«¡Acabáramos!».

—Entiendo. No quieres que ella se entere de que tienes una hija con otra mujer.

—Ni ella ni nadie, Caitlyn —dijo ya cansado—, esto no va solo de Verónica.

Ella lo miró con los ojos cargados de incertidumbre ahora, y aquello pareció calmar al propio Devlin.

—Es peligroso que sea de dominio público, Caitlyn —expuso, en un tono algo más sereno—. Y que conste que me muero por escuchar a mi hija llamarme papá, pero tendré que esperar, su seguridad es prioritaria.

Lo miró un tanto asombrada.

—Varek tiene oídos en todas partes —aclaró Devlin, entendiendo sus dudas.

—¿Incluso dentro de tus muros? —se horrorizó.

—Espero que no, arranqué la mala hierba cinco años atrás —aseguró—, pero no cometeré el mismo error dos veces.

Caitlyn no tenía ni idea de a qué se refería, y estaba segura de que él no le confiaría la historia, así que tuvo que conformarse con aquello. Pero algo le decía que todo tenía que ver con el hecho de que su propio padre lo hubiera traicionado.

—Entonces, ¿quiénes saben la verdad sobre Annabella?

—Mis hermanos y Eleonor.

—¿Y… crees que Varek también? —preguntó con temor.

—De eso no podemos estar seguros, por eso es mejor callar aún —admitió—. Estamos investigando y revisando las cámaras del Adanic, a ver lo que podemos sacar en claro.

Ella lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué cámaras?

—Todas ellas —contó.

—¿Las de mi suite también?

Él asintió y a Caitlyn se le aceleró el pulso.

—Yo mismo me encargaré de esas.

—¡Ni hablar! —se apresuró, horrorizada ante la idea.

—¿Quieres que se las ceda a Ewan o a Callum? —interrogó irónico.

—Yo lo haré, yo las revisaré.

—Tú no tienes ni idea de qué buscar.

—¡Y tú no tienes permiso para colarte en mi vida privada!

Y era muy importante que no lo hiciera. ¿Cuántos trances había tenido a lo largo de los meses que había vivido en el Adanic? ¡Y no todos habían sido en la terraza! Eso por no hablar de los momentos en los que se cambiaba de ropa o cuando Selena había descubierto sus ojos amatista…

¡No! Devlin ni podía ni debía ver aquellos vídeos. Lo único que faltaba para que la arrojaran a la hoguera era que el maldito y todopoderoso Khalif de los sahires descubriera que era una amatysa.

—¿Permiso? —se burló Devlin—. Eso sí es gracioso.

—Te lo digo en serio, no vas a violar mi privacidad —dijo con ardor.

Él la observó con una expresión socarrona.

—No hay mucho en esas cámaras que no haya visto ya.

Aquello no era lo que más le preocupaba, pero era mejor llevarlo por allí.

—Ah, ¿sí? —ironizó—, recuérdame la última vez que me viste desnuda —lo miró de mal talante—, porque debo de tener lagunas de memoria.

Y era cierto. En ninguna de las dos veces en las que… se habían dejado llevar, habían tenido ocasión de desnudarse por completo.

«Joder, pues ya es hora», opinó a gritos una de sus neuronas más atrevidas, y fue coreada con un montón de vítores.

Devlin posó sobre ella una mirada sensual que no ayudó a dispersar el escándalo.

—Tienes razón —aceptó, observándola de arriba abajo—, no lo he visto todo, pero… he tocado cada parte oculta bajo la ropa. Soy perfectamente capaz de imaginarlo.

Una punzada en la pelvis acusó el comentario, pero la obvió como pudo.

—¡Pues menos imaginación y…!

—¿Más acción?

—¡Sí! —Frunció el ceño—. Digo ¡no!

Devlin sonrió con arrogancia y aquello la desesperó.

—¡Regresa con tu prometida y déjame en paz!

—¿Quién?

—¡Verónica!

Recibió otra sonrisa socarrona como respuesta, y Caitlyn montó en cólera.

—Seguro que a ella no le hace tanta gracia.

«Y a mí tampoco, imbécil, idiota, patán, pedazo de asno, eh… ¿qué más? ¡Odioso!». Apretó los dientes. ¿Por qué demonios seguía allí soportando sus sonrisas? Y añadió prepotente a la lista.

—Solo por curiosidad… —tanteó Devlin, observándola ahora con lo que parecía apatía—, ¿quién te lo ha dicho? —Ella entrecerró los ojos, y él aclaró—: lo de Verónica.

«¡Ni loca admitiría el pasado y cuánto le había dolido!

—¿Acaso importa?

—No lo sé, ¿te importa a ti que esté prometido?

—¿Por qué debería importarme?

Devlin avanzó un paso en su dirección, el mismo que ella reculó, con el corazón acelerado, pero ambos se detuvieron y miraron hacia la puerta que se abría unos metros más allá, de la que salía Ewan McAllister.

—¿Qué hacéis en mis dominios? —se interesó el chico en un tono mezcla curiosidad y diversión.

—Pregúntale a Caitlyn —lo instó Devlin, mordaz—. Al parecer se está preparando para una maratón.

Ewan posó sus ojos en una Caitlyn malhumorada.

—¿Sigues sin encontrar tu cuarto? —Ella asintió en silencio y Ewan sonrió—. El castillo está dividido en cuatro pequeñas alas —explicó—. Cada hermano tiene su propia sección para no matarnos entre nosotros. Independencia total: habitaciones, salones privados, escaleras de acceso, más luego todas las zonas comunes. Es como vivir juntos, pero separados por un montón de piedras y orgullo fraternal.

—Ahora entiendo por qué me siento atrapada en una versión medieval de un *escape room* —expuso Caitlyn con un suspiro.

—Bueno, en teoría podrías haber salido en cualquier momento solo dando algunos gritos —argumentó Ewan, con diversión—, pero te veo más de la escuela de ¡perdámonos con estilo!

—Por supuesto —asintió ella—. Solo me falta una capa y un mapa en blanco.

Devlin los observaba en silencio, pero su mirada lo decía todo: una mezcla de fastidio y algo más difícil de descifrar, aunque solo hasta que abrió la boca.

—¿En qué momento os habéis hecho tan amiguitos vosotros dos?

La mirada socarrona que Ewan puso sobre su hermano provocó que tuviera que llevarse la mano al costado con un gesto de dolor, que aguantó con estoicismo.

Caitlyn decidió obviar la pregunta y respondió con otra.

—¿En qué ala se supone que estamos alojadas Annabella y yo?

Devlin posó una mirada acerada sobre ella.

—Adivina.

Ella soltó un improperio y se lamentó.

—Entiendo, nos tocó Mordor —suspiró con teatralidad—. Joder, qué mala suerte.

Devlin miró a su hermano, que se debatía entre reír, jugándose la vida, o conservarla guardando silencio.

—Prepárale una alcoba en tu ala —dijo ahora, muy serio.

Tanto Ewan como Caitlyn se quedaron perplejos.

—¿Perdona?

—No me gusta que la gente esté a disgusto en mi casa —insistió Devlin—. Si ella prefiere dormir aquí…

—¿Y Annabella? —preguntó la chica de inmediato.

—Ella se queda donde está —confirmó Devlin—, junto a mi alcoba.

Caitlyn sintió una corriente eléctrica recorrerle el cuerpo. ¿Estaban en habitaciones casi contiguas? Porque ella también tenía la habitación junto a la de la pequeña, lo que significaba que Devlin estaba al otro lado, a escasos metros.

—No pienso dejar a mi hija a…

—Ella no va a ninguna parte —interrumpió Devlin—. Tú duerme donde te dé la gana… —miró a su hermano—, en la cama de quien te dé la gana.

Para Caitlyn aquello fue como si le hubiera dado con una maza, pero se obligó a reponerse.

—¿Tú no tienes una prometida que atender? —le recriminó.

—Cierto —sonrió mordaz—. ¿Y tú no tienes una niña a punto de despertar?

Ella asintió molesta.

—Pues te acompaño —le indicó con un gesto que pasara delante—, pero rapidito, que me están esperando y ya estoy ansioso.

Caitlyn se guardó un insulto a duras penas y señaló a Ewan.

—Prefiero que me acompañe él.

—Ay, Dios, quiere que me mate —se escuchó murmurar al susodicho en un tono lastimero.

La divina providencia quiso que Eleonor se personara en ese instante. Fue el propio Ewan quien le rogó a la mujer que acompañara a Caitlyn a su habitación y le enseñara los entresijos del castillo para que consiguiera ubicarse un poco.

Caitlyn no protestó, pero antes de alejarse, buscó su mejor sonrisa y le dijo a Devlin:

—Saluda a tu prometida de mi parte.

Y no pudo evitar… comprobar qué pensaba él sobre su indiferencia. Afinó otro tipo de oído y se coló en sus pensamientos.

«Joder, lárgate ya, me muero por ver a Verónica». Escuchó alto y claro dentro de su cabeza, y se amonestó por ceder a la tentación. Había cosas… que era mejor no saber.

Antes de irse, se aseguró de mirar con un gesto hosco a Devlin y regalarle una sonrisa franca a Ewan.

Ambos la siguieron con la mirada en silencio, observando cómo se alejaba por el pasillo hasta que su silueta desapareció tras una esquina. Solo entonces, cuando estuvieron seguros de que no podía oírlos, Ewan rompió el silencio:

—Bueno, eso ha sido… interesante —opinó con una sonrisa divertida—. No sé si envidiarte o compadecerte, estoy indeciso.

Devlin gruñó por lo bajo, soltó un improperio apenas audible y se pasó una mano por el pelo con gesto tenso. Tenía la mandíbula

apretada, los ojos cargados de una furia muda… y algo más difícil de admitir: desconcierto. Estaba acostumbrado a tenerlo todo bajo control, y Caitlyn, con su lengua afilada, su mirada desafiante y su insólita capacidad para colarse bajo su piel, trastocaba su calma sin siquiera esforzarse.

—No me mires así —espetó irritado.

—¿Así cómo? —sonrió Ewan.

—Como si supieras algo que yo no.

—A lo mejor lo sé —respondió divertido—. Por ejemplo, sé que estás completamente jodido.

Devlin suspiró. Sí, aquello él también lo tenía claro.

—Tú siempre has sido muy listo —ironizó, y le arrancó una carcajada.

—Pero fíjate que hay algo que desconocía del todo —insistió Ewan con cierta guasa—: tu compromiso.

Rio sin remedio al ver la expresión resignada de Devlin.

—De verdad, tengo mucha curiosidad —se reiteró sin poder disimular su diversión—, ¿por qué narices piensa que estás prometido con Verónica?

Devlin exhaló aire con fuerza.

—No tengo ni idea —admitió—, pero te prohíbo que la saques de su error.

La mirada mezcla desacuerdo y desconcierto de su hermano lo enervó.

—¡¿Qué?!

—Nada de nada —fingió Ewan cerrarse la boca con una cremallera imaginaria.

—Pues eso. —Devlin cruzó los brazos sobre el pecho y guardó silencio.

—Te dejo, voy a…

—Que piense lo que le dé la gana —repuso Devlin poco después —, al igual que siempre hace lo que le da la gana.

—Vale…, yo…

—¡No le debo ninguna explicación! —Apretó los dientes—. Ella es quien tiene que darme muchas aún. —Se revolvió el pelo—. Sobre mi hija, por supuesto, que es lo único que compartimos.

—Claro, porque a ti ella como mujer no te interesa.

—Nada, ni un poco —sentenció.

—Bueno es saberlo. —Se encogió de hombros y se puso en marcha—. Me voy, tengo que…

—¿Por qué?

Ewan soltó un suspiro de resignación y se detuvo de nuevo.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué es bueno saberlo?

Recibió una mirada divertida.

—Y yo qué sé, es una forma de hablar.

—No va a mudarse a tu ala.

Ewan dejo escapar un bufido, ahora de impaciencia.

—Y mucho menos va a poner un pie en tu cuarto —apostilló Devlin mirándolo de frente.

—Joder, todavía me llevo una hostia sin comerlo ni beberlo, verás tú —murmuró Ewan para sí.

—Es la madre de mi hija —le recordó como si con aquello estuviera todo dicho.

—Lo sé, lo tengo claro. —Consultó su reloj, algo apurado.

—¿Tienes prisa?

—Sí, llevo un rato intentando decírtelo —asintió—. Me toca entrenar hoy a los chicos.

—No haberte entretenido con tus tonteos.

Ewan volvió los ojos y soltó aire con fuerza.

—Joder, espero que soluciones pronto tus cosas con Caitlyn —se lamentó resignado—, o voy a terminar evitándote.

—Yo no tengo *cosas* con Caitlyn —protestó—, ella solo es…

—Sí, sí, ya lo sé, la madre de tu hija —completó por él—. Pues si todo lo que os une son los bebés, quizá deberías plantearte hacerle otro.

Devlin frunció el ceño y le salió solo:

—¿Crees que eso es posible?

—No si sigues comportándote así con ella.

Pero Devlin llevaba su propio hilo de razonamiento ahora.

—Me refiero a si es posible que ella se quede embarazada de nuevo.

—¡¿Y yo qué carajos sé, Devlin?!

Devlin ahora guardó silencio, pensativo y con un evidente gesto de preocupación; tanta que Ewan lo miró con el ceño fruncido y terminó sonriendo poco a poco hasta acabar gritándole:

—¡No puede ser!

Devlin lo miró con cierta irritación.

—¿El qué?

—No me jodas, Devlin, ¿cuándo? ¡Si no os ha dado tiempo!

El Khalif le devolvió ahora un gesto severo.

—¿Tú no tenías prisa?

—Por una confidencia así, que me esperen.

—¿Has visto a Airys?

—¿Airys? No desde que la dejé en la biblioteca, pero cuéntame…

—No llegues tarde, Ewan, que está feo.

Y allí lo dejó, en mitad de la escalera, mientras se alejaba con premura.

—Vale, no me lo cuentes —gritó Ewan a su espalda—, pero que sepas que Airys tiene mucha menos paciencia que yo.

Devlin ni siquiera se molestó en volverse.

—La curiosidad mató al gato, Ewan.

—Joder, ¡al gato y a mí!

Capítulo 27

«*Lárgate ya, me muero por ver a Verónica*».

Aquello la había matado, debía reconocerlo. No sabía qué extraña locura se apoderaba de ella cada vez que decidía aventurarse a colarse en sus pensamientos, pero debía dejar de hacerlo, estaba claro que era un arma que solo la lastimaba a ella.

Suspiró mientras seguía a Eleonor por los pasillos de regreso a su alcoba. Seguro que Devlin habría cogido un atajo para llegar cuanto antes a los brazos de su Verónica, que… no serían nada olvidables ni mediocres.

«¡Pues que le cunda, porque a mí no volverá a ponerme un solo dedo encima! ¡Que ella lo comparta con medio maldito Edimburgo, si quiere!», pensó malhumorada, intentando que la ira la ayudara a que dejara de doler.

—Se perderá de nuevo si no se centra en mis palabras —la amonestó Eleonor con un gesto serio.

Caitlyn posó una mirada mezcla desconcierto y abatimiento sobre la mujer.

—Lo siento —se disculpó con sinceridad—, y, por favor, tráteme de tú.

La mujer asintió y la sorprendió diciendo:

—Tuteémonos ambas, entonces. —La miró con cautela—. Si necesitas llorar, puedo darte algo de privacidad antes de seguir explicándote.

Solo entonces Caitlyn fue consciente de que tenía los ojos acuosos, a punto de desbordarse. Tragó saliva e intentó sonreír.

—Estoy bien —mintió—. Solo algo cansada.

—Pasar la noche de ruta es lo que tiene.

¿Aquello había sonado a broma o se lo había parecido a ella?

—Vaya, para ser un castillo tan grande, las noticias vuelan rápido —resopló Caitlyn, y se sorprendió de nuevo al ver lo que le pareció un atisbo de sonrisa en la mujer.

—Las interesantes sí.

—¿Y mis escapadas nocturnas lo son?

—Solo cuando amaneces arropada con un retrato de Devlin.

Se debió poner roja hasta las orejas porque notó la piel arder.

—Yo no sabía que era un cuadro —se sintió en la necesidad de defenderse—, y mucho menos de él.

—Entiendo, habría sido menos vergonzoso que fuera de Ewan o Callum.

—Sí, la verdad —le salió del alma, y frunció el ceño. ¿Por qué tenía la sensación de que aquella mujer se estaba divirtiendo a su costa?

Guardó silencio y prestó atención a las indicaciones que comenzaba a darle de nuevo, ya paradas frente a la puerta de su cuarto.

—Y, como ya sabrás, esa es la habitación de Annabella —señaló —, y está justo en medio de las vuestras. Aquella es la de Devlin, por si lo necesitas para algo.

Caitlyn contuvo la respiración. Habría preferido no saberlo. Dios, estaba tan cerca… Por lo visto, habría podido regresar a su alcoba solo con seguir su… fénix GPS, que siempre parecía estar configurado para encontrarlo.

Tragó saliva y de repente le asaltó una imagen vívida y cruel, la de Verónica y Devlin entrelazados tras aquella puerta. ¿Y si podía escucharlos desde su cuarto?

No, no podría encajar aquello.

—¿Te encuentras bien?

—Quiero cambiar de habitación —dijo sin pensarlo.

La mujer la miró desconcertada.

—¿Por qué?

—No me gusta la mía —aseguró, deseando sonar convincente.

Sí, asumía el gesto ahora huraño que se había ganado como respuesta, pero a esas alturas le daba igual. Solo pensar en estar tan cerca de Devlin y su supuesta prometida mientras recuperaban el tiempo perdido le revolvía el estómago.

—¿La prefieres lejos de Annabella?

Se mordió los labios, angustiada. Desde la habitación de su hija, en la que ella misma pasaría largos ratos, sí se escucharía todo.

Entrecerró los ojos, de repente malhumorada.

¡Ah, no, pues por aquello sí podía protestar! Estaba en su derecho de ahorrarle a su hija sonidos indeseables y fuera de lugar para su edad.

—Hablaré con Devlin —declaró Eleonor al no obtener respuesta.

—No, yo hablaré con él —acabó diciendo, y se maldijo frente al gesto de extrañeza.

«Genial, ya he conseguido parecer una loca en potencia también para Eleonor, ¿quién más me queda…? Callum, pero solo es cuestión de tiempo».

Suspiró con fuerza.

—Nada es tan malo como parece, ¿sabes? —la sorprendió susurrando Eleonor, justo a su lado—, nada… ni nadie.

Y aquello consiguió que los ojos de Caitlyn volvieran a humedecerse.

—Te daré un momento. Mientras tanto, voy a ver si Devlin ya está en su cuarto y ha desayunado, se me ha pasado preguntarle —comentó—. Parecía acabar de subir del lago y no lo he visto pasar por el salón.

«¿Va a tocar en su alcoba?», se alarmó la chica, y quiso gritarle: ¡seguro que ha tomado un atajo para reunirse con Verónica y practicar… otro tipo de deporte diferente a la natación! Y ella no tenía ninguna gana de confirmar sus sospechas.

—A lo mejor no es buena idea entrar ahí —expuso con la voz estrangulada.

—¿Por qué?

—Verónica ha venido temprano.

Creyó que con aquello sería suficiente, pero solo obtuvo un gesto de extrañeza como respuesta.

—¿Y qué?

La vergüenza tiñó sus mejillas, y la punzada que sintió en el pecho la pilló desprevenida.

—Nada, yo…

—Espera, ¿crees que pueden estar en la habitación? —La mujer la miró perpleja.

Caitlyn resopló.

—Él… habrá cogido un atajo mientras me mostrabas el castillo —informó casi en un susurro—. Parecía ansioso por reunirse con ella, así que supongo que no habrán perdido el tiempo

«¿Por qué dolía tanto?».

—¿Eso te dijo?

—Lo insinuó.

—Entiendo —carraspeó, soltó un suspiro resignado y murmuró —: Ay, Dios…

Sin preámbulos y ante la sorpresa de la chica, caminó hasta la habitación de Devlin, tocó a la puerta, y Caitlyn aguardó, con el corazón encogido, a que fuera Verónica quien abriera o…, peor, que la mandaran al carajo desde dentro, sin molestarse en interrumpir sus… quehaceres.

Lo que no esperaba era que un Devlin recién salido de la ducha fuera quien abriera aquella puerta.

Se le descolgó la mandíbula, su corazón dio un brinco y la respiración se le atoró en los pulmones mientras lo contemplaba.

Él estaba de pie en el umbral, con el cabello húmedo, una toalla colgando peligrosamente baja de sus caderas y otra en sus manos con la que se frotaba el pelo sin prisa. El agua aún resbalaba por su pecho y sus abdominales, como si el mismísimo Olimpo hubiera tenido una buena mañana de inspiración.

Caitlyn se quedó paralizada. Jamás lo había visto con el torso desnudo. No así, no tan real, no tan imponente y devastador.

—Devlin, ¿ya has desayunado? —se interesó Eleonor ahora—. Porque quizá podrías esperar a Caitlyn y Annabella.

Aquello la sacó del trance y se aventuró con rapidez:

—No es necesario, seguro que estás muy ocupado. —Tragó saliva.

No necesitaba escuchar que Verónica estaba aún en la ducha, en realidad, no habían tenido tiempo de mucho. Lo miró de arriba abajo con apremio. Y si ella entrara en esa habitación con Devlin, se atrincheraría dentro y…

«Basta, pero ¿qué te pasa? Tampoco está tan bueno, es… de lo más mediocre y olvidable…, eh… ¡Mierda!

Devlin miró a Eleonor.

—Ya la has oído, estoy ocupado.

—Sí, pero tendrás que desayunar —insistió la mujer—. ¿Verónica sigue en el castillo? Me han dicho que ha venido temprano.

A Caitlyn se le aceleró el corazón, y a él pareció costarle responder. En realidad, ni siquiera lo hizo, se encogió de hombros sin más.

Ella frunció el ceño. ¿Qué significaba aquello? ¿Que no quería admitir frente a Eleonor que estaba en su alcoba… o que no tenía ni idea de dónde estaba?

En ese momento, sonó un pequeño teléfono que Eleonor llevaba en el vestido y la mujer se hizo a un lado para contestar. Los pies de Caitlyn se negaban a moverse, y sus ojos traicioneros seguían deleitándose demasiado con aquella visión de anuncio de colonias como para mirar hacia otro lado.

Él la observó con una media sonrisa arrogante, como si disfrutara viendo el cortocircuito mental que le provocaba, pero no se conformó con eso. Ladeó la cabeza, sus ojos la recorrieron con lentitud y declaró con descaro:

—Cierra la boca, Caitlyn…, y súbete las bragas.

Y tras eso cerró la puerta con un clic suave que sonó como una carcajada contenida.

Caitlyn se quedó paralizada unos segundos frente a la puerta cerrada, con el corazón latiéndole en la garganta y las mejillas ardiendo.

—¡Capullo! —murmuró en voz baja, aunque con el tono de quien no está segura de si quiere estrangularlo o volver a llamar a la puerta para que repita la frase… despacito.

Se llevó una mano a la cara y bufó, queriendo meterse bajo tierra. Apretó los labios y se giró sobre sus talones con toda la dignidad que pudo reunir, que era más bien poca, considerando que aún tenía la mandíbula floja y los pensamientos calenturientos.

—Lo que le faltaba a mi arranque de mañana, un desnudo ilegal de Devlin McAllister —masculló mientras su acaloramiento seguía en un punto demasiado álgido—. Como si no tuviera ya suficientes traumas.

Se alejó hacia el otro lado del rellano para respirar hondo y reponerse antes de entrar en el cuarto de su hija. Se asomó a la barandilla desde donde, por primera vez, se permitió observar con calma todo lo que la rodeaba. El día anterior no pudo ver demasiado, habían llegado ya al ocaso y todo estaba en penumbra al entrar. Y la noche… mejor no recordarla.

Con sorpresa, observó que a la luz del día el lugar no tenía nada de tétrico ni amenazante. Al contrario: la piedra oscura de las paredes tenía un brillo suave y elegante, los ventanales altos dejaban entrar una luz dorada que acariciaba los tapices, y un suave olor a madera y lavanda flotaba en el aire, como si alguien hubiera abierto hacía poco las ventanas para dejar entrar la mañana.

Justo a su lado, unas escaleras de caracol descendían en amplios giros, bordeadas por una barandilla de hierro forjado cubierta de enredaderas secas que alguien se había molestado en dejar tal cual, como parte de la decoración. Caitlyn se asomó un poco y contempló desde lo alto el vestíbulo: un espacio amplio y lleno de luz, con suelos de mármol pulido, alfombras gruesas y una gran lámpara de cristal que colgaba desde el techo como una joya suspendida en el aire.

Desde aquella altura, todo parecía más hermoso, más sereno, más real, como si tras el caos de la noche anterior el castillo quisiera mostrarle su mejor cara…

…y era maravillosa.

Casi podía imaginarse a sí misma viviendo allí para siempre, despertando cada mañana con aquella vista, con esa calma. Quizá, solo quizá, no era tan terrible estar atrapada en un castillo escocés lleno de secretos, magia… y un McAllister testarudo…

Suspiró y, por un instante, tuvo la absoluta certeza de que pertenecía a aquel lugar. Fue una sensación desconcertante, porque ella nunca antes había tenido un hogar, jamás había pasado el tiempo suficiente en el mismo sitio como para considerarlo suyo.

«Por Dios, Caitlyn, no te confundas», se rogó, abatida. «O saldrás destrozada de estos muros».

—Es bonito, ¿verdad? —susurró Eleonor justo a su lado, tomándola desprevenida.

Caitlyn asintió y decidió ser sincera.

—Maravilloso.

—Sí que lo es —sonrió—, y pronto te acostumbrarás y podrás recorrerlo casi a ciegas.

—Con aprenderme el trayecto de ida y vuelta a la cocina, me conformo.

La mujer asintió.

—O también puedes acostumbrarte a comer en familia.

—Pero yo… no tengo familia aquí —no quiso sonar triste, aunque no pudo evitarlo.

—Annabella es tu familia —le recordó—, y ella te une a nosotros.

—No seré bienvenida en esa mesa —discrepó—. Y no quiero incomodar más de lo que ya lo hago por estar aquí.

—Él bajará con vosotras —declaró con absoluta certeza.

—Ya lo has oído, está ocupado, y yo prefiero desayunar sola.

Eleonor no dijo nada, pero cuando Caitlyn se giró para caminar hasta la habitación de Anna, la escuchó soltar un chasquido desaprobatorio con la lengua y murmurar:

—Así que vais a competir en cabezonería…

Caitlyn, sorprendida, a punto estuvo de girarse a preguntarle a qué se refería, pero era preferible no tensar el hilo; aquella era la conversación más normal que había mantenido en aquel castillo.

Entró en la habitación de su pequeña, que aún no estaba despierta, y la miró dormir durante un rato. Por ella estaba allí, por ella soportaría lo que hiciera falta y por ella daría su vida, de ser necesario.

Cuando la niña comenzó a desperezarse y abrió los ojos, la sonrisa que le regaló a su madre iluminó su mundo, una sonrisa que era un calco a la de su padre.

—¡Mami! —exclamó con su felicidad habitual, y se incorporó para darle un abrazo, que Caitlyn correspondió con fuerza. Daba

gusto verla despertar.

«Igualito que tú esta mañana», ironizó su conciencia.

—No lo he soñado, estamos en el castillo —repuso la pequeña mirando a su alrededor, emocionada—. ¿Y mi papá?

Caitlyn se quedó petrificada. «¿Ha dicho su papá?».

—¿Cómo dices? —musitó.

—¿Dónde está mi papá? —insistió la niña con una sonrisa ilusionada que hizo que el corazón de Caitlyn se encogiera aún más.

—Eh…, pues… —Parpadeó, sin saber cómo reaccionar.

—¡Quiero verlo! —anunció la pequeña mientras saltaba ahora sobre el colchón—. Quiero darle un beso y un abrazo.

Caitlyn la miró sin poder reaccionar, sintiendo que una oleada de confusión y emoción le subía por la garganta. ¿Desde cuándo…? ¿Cómo sabía…?

Y entonces, justo como en una de esas escenas imposibles que solo suceden cuando el universo decide intervenir, la puerta se abrió y Devlin entró en la habitación, pero se detuvo un tanto confuso al ver la escena.

—¡Ahí estás! —chilló Annabella, con los ojos iluminados—. ¡Papi!

Y antes de que nadie pudiera detenerla, se lanzó desde la cama y aterrizó directa en los brazos de Devlin, como si lo hubiera hecho mil veces antes.

Devlin la atrapó por puro reflejo. Sus brazos se cerraron alrededor del cuerpo cálido y vibrante de la niña, y el mundo pareció detenerse por un segundo.

Él la sostuvo contra su pecho, absorto en la pequeña mientras ella lo abrazaba con fuerza, con su carita pegada a su cuello.

Su mirada, sin embargo, se alzó enseguida hacia Caitlyn. En sus ojos se leía una emoción desbordante, aunque también desconcierto. Algo comprensible, teniendo en cuenta que habían acordado no decirle nada aún.

Caitlyn negó con la cabeza, con la misma expresión de asombro. No, ella tampoco lo entendía, pero las lágrimas comenzaban a picarle detrás de los párpados.

Fue entonces cuando Devlin bajó la vista de nuevo hacia Annabella, que lo miraba como si fuera su héroe, su lugar seguro.

Y algo se rompió… o se arregló dentro de él.

—Me ha tocado el mejor papá del mundo —exclamó la niña, sin dejar de abrazarlo, y a Devlin se le humedecieron los ojos sin remedio.

Caitlyn observaba su rostro con el corazón henchido de amor. Jamás pensó que él pudiera emocionarse hasta el llanto, pero era evidente que le brillaban los ojos por las lágrimas contenidas, y, por alguna extraña razón, Caitlyn jamás lo había visto tan sexi como en aquel momento.

—Mami… —le tendió ahora un brazo a su madre para que se acercara.

Y Caitlyn no pudo contenerse. Caminó hasta su hija y la rodeó con los brazos, fundiéndose en un abrazo que también rozaba el pecho cálido de Devlin. Estaban los tres tan cerca que casi podía oler el aroma limpio y embriagador de su piel, todavía húmeda tras la ducha: una mezcla de jabón, calor y algo puramente masculino que la hizo cerrar los ojos por un segundo, como si aquel instante pudiera durar para siempre.

Cuando el emocionante momento pasó, sin apartarse, Caitlyn miró a la pequeña, a la que él sostenía aún, pero que seguía atrayendo a su madre hacia ella.

—Anna, ¿cómo has sabido que Devlin es tu papá?

—Me lo ha dicho la señora de blanco —contó.

—¿Quién?

—La de mi sueño —explicó la niña como si fuera algo de lo más normal.

Caitlyn y Devlin intercambiaron una mirada de extrañeza, y más aún cuando la pequeña agregó:

—También me ha dicho que tenemos que guardar el secreto —susurró—, que nadie puede saberlo aún, solo nosotros.

—Eh…, eso es importante, sí. —Caitlyn estaba casi sin palabras.

—Y que tenga cuidado con el señor malo que puede venir a buscarme —completó la pequeña para mayor impresión, y los miró ahora de forma alternativa, con el ceño fruncido—. ¿Quién es ese señor? Eso no lo he entendido muy bien…

Devlin carraspeó, era evidente que estaba igual de alucinado que ella, pero repuso con rapidez:

—No te preocupes por él —sonrió—, ni mamá ni yo permitiremos jamás que te haga daño.

La niña esbozó una sonrisa enorme y confiada y apoyó la cabeza en el pecho de su padre de nuevo.

—Dime que tienes algo de idea de qué va todo esto —rogó la chica, abatida, cruzando una mirada tensa con Devlin.

—Creo que tiene una luminaria.

—¿Qué?

—Es una especie de guía espiritual.

—¿Otro don?

—No, esto es más… una bendición, algo que muy poca gente tiene la suerte de tener,

Caitlyn estaba cada vez más desconcertada, y Devlin continuó:

—La acompañará a lo largo de toda su vida, en sus sueños —explicó.

—¿Cada noche?

—No, solo cuando necesite consejo o haya algún tipo de amenaza sobre ella —contó—. Es como un sexto sentido, pero mucho más real.

La chica escuchaba la explicación con cierta preocupación. Aún le costaba encajar todo aquello.

—Parece que sabes mucho del tema. —Lo miró con curiosidad —. ¿Has conocido a alguien que tuviera una?

Él asintió y soltó aire antes de confirmar:

—Mi madre.

Caitlyn lo miró ahora sorprendida, y solo en ese momento fue consciente de que no sabía nada de la madre de Devlin.

—¿Ella…?

—Murió cuando yo tenía diecisiete años —contó.

Lo vio tragar saliva antes de decir:

—Y hasta aquí el momento confidencias —replicó en un tono incómodo.

Caitlyn guardó silencio, pero acabó murmurando.

—Guau, sí, no me cuentes más —ironizó casi para sí, caminando ahora hacia el armario—, no vaya a pensar que eres humano.

Se concentró en sacar la ropa de Annabella, caminó de vuelta y la dejó sobre la cama, observando ahora cómo su pequeña reía a carcajadas por alguna gracia que su padre le hacía en ese momento.

—¿Puedes ayudarla a vestirse mientras me preparo yo? —pidió Caitlyn—. Tengo que… adecentarme un poco.

«Date una ducha…, aún apestas a sexo», lo escuchó decir, y él pareció leerle el pensamiento, porque sonrió con mordacidad, la miró con descaro y declaró:

—Sí, por favor, hazlo.

Caitlyn apretó los dientes, lo asesinó con la mirada y no pudo contenerse:

—Eres un idiota.

—Sí, pero uno con un olfato estupendo.

Capítulo 28

Devlin llamó a la puerta apenas veinte minutos después, con Annabella cogida de la mano…, y el karma brilló en todo su esplendor. Esta vez fue él quien se quedó sin aliento frente a una Caitlyn envuelta en una toalla, con el cabello aún húmedo cayéndole en ondas oscuras sobre los hombros, la piel todavía perlada por la ducha y una expresión culpable en el rostro.

—Lo siento, pero aún estoy a medias —se disculpó.

—Sí, y yo —murmuró Devlin mirando de arriba abajo la imagen que tenía frente a sí, como si se le hubiese apagado el sistema operativo por unos segundos.

—Aún necesitaré quince minutos.

Él arqueó las cejas y ella agregó:

—Vale, quizá veinte.

«Con veinte minutos no tendría yo… ni para empezar», pensó para sí, llevándoselo todo al mismo terreno de forma inevitable, sintiéndose cada vez más incómodo por la respuesta de su cuerpo.

—Y necesito a Annabella… —Se mordió el labio, nerviosa.

Y Devlin quiso, con una desesperación absoluta, ser él quien mordiera aquellos labios.

«¡Por Dios, Devlin, ya está bien, ¿qué te pasa?!», se amonestó.

La niña, que ya se había colado en la habitación, sujetó en alto el vestido que Caitlyn tenía preparado sobre la cama.

—Para subirte la cremallera, ¿a que sí? —repuso la pequeña, divertida.

Su madre sonrió y asintió.

Devlin seguía sin poder reaccionar del todo. Si ponía un pie en la habitación… sería un infierno, así que se aseguraba de permanecer en el pasillo.

—¿Todo bien? —preguntó Caitlyn, alzando una ceja, mirándolo con suspicacia.

—Perfecto, sí, ¿por qué no iba a estarlo? —carraspeó con la voz más ronca de lo habitual—. Voy a ir bajando, os espero en el comedor, ¿sabrás llegar?

—Seguiré mi GPS hasta ti —murmuró Caitlyn.

Devlin la estudió en silencio, captando el leve titubeo en su mirada. Parecía que aquel último comentario se le había escapado sin pensar. Y de repente estaba distinta, más vulnerable, casi cohibida, y eso solo intensificó su deseo. Sus ojos la recorrieron de nuevo, muy despacio, como si memorizarla fuera una necesidad urgente. No podía evitarlo. En ese instante la deseaba con una intensidad que rayaba en lo insoportable, tanta que… era consciente de que, de no estar Annabella allí, jamás habría conseguido refrenar el impulso de cruzar esa puerta, acorralarla contra la pared y perderse en ella como si no existiera nada más.

Solo su hija entre ambos lo mantenía anclado a la realidad…, por ahora, y eso era un problema, y de los gordos. No podía sucumbir a aquella mujer, ya era una cuestión de principios. Intentó recordar todas las razones por las que debía odiarla, pero… por algún motivo, no le venían a la cabeza.

—Por cierto, Devlin, aprovecho para volver a pedirte los vídeos de mi alcoba del Adanic —declaró Caitlyn, que era evidente que acababa de recordarlo.

—Genial, pues yo aprovecho para volver a decirte que no.

—Pero…

—Sin peros.

Se giró dispuesto a irse.

—Quiero esos vídeos, Devlin —insistió irritada—. No es negociable.

Él se volvió a mirarla de nuevo y observó el enfado en sus ojos, algo que solo contribuyó a alimentar el suyo propio.

«Joder, cómo quisiera bajarte los humos…». Deseaba aquello mismo cada vez que sus ojos se iluminaban de ira, lo que le confería una belleza que le calentaba la sangre.

—¿Crees que estás en posición de imponerme algo?

La vio tragar saliva.

—Dame esos vídeos, Devlin, o… le cuento a tu familia que estuvimos juntos en esa fiesta.

Aquello le sorprendió, entrecerró los ojos y la admiró por tener tantas agallas.

—¿Me estás chantajeando?

—No me dejas otra opción.

Él se encogió de hombros.

—Vale, díselo, tú sabrás, pero atente a las consecuencias.

—Pues muy bien —cruzó los brazos sobre el pecho—, buscaré a Airys de inmediato.

Hizo amago de cerrar la puerta, pero Devlin interpuso un pie para evitarlo. No podía arriesgarse a que cumpliera su amenaza.

—¿Qué hay en esos vídeos que no quieres que vea?

Ella izó el mentón con un gesto obstinado.

—Yo sin esta toalla, por ejemplo.

Joder, aquello sí sería digno de ver, pero antes muerto que admitirlo.

—Te aseguro que ni siquiera te vería —se encogió de hombros —, pasaré esas partes de largo.

Para su desgracia, aquello no podía ser más mentira. La noche anterior, cuando había pulsado el *play* en el primer vídeo y una imagen de Caitlyn le había dado la bienvenida, había sufrido un cataclismo de proporciones preocupantes. En él llevaba puesto un camisón ligero y la tenue luz de la mesilla proyectaba sombras tentadoras a través de la tela, revelando más de lo que ocultaba, y el efecto había sido inmediato y demoledor. Aquella visión de ella en la penumbra, tan cerca y tan inalcanzable, desató un infierno en su interior que no supo controlar. Durante unos segundos solo pudo mirarla, paralizado por el deseo, hasta que comprendió que si no salía de su alcoba y se alejaba de allí, acabaría recorriendo el pasillo hasta ella y tiraría la puerta de su cuarto abajo como un cavernícola. Así que huyó, de forma literal, y encontró refugio en la biblioteca, buscando el rincón más alejado de la tentación que ella representaba.

Como en aquel momento, en el que apenas podía pensar con claridad, porque dudaba de que quedara algo de sangre regándole el

cerebro; la sentía toda concentrada en el mismo sitio, y no poder controlarlo comenzaba a ser muy molesto.

—No eres para tanto, Caitlyn —declaró en un tono que esperaba sonara indiferente—. Si verte al natural no me seduce nada, ni te cuento hacerlo en vídeos.

Y entonces… sintió cómo ella volvía a colarse en sus pensamientos: una leve presión, como un roce invisible, una caricia curiosa que buscaba respuestas. Estuvo a punto de sonreír mientras encontraba la frase perfecta que obsequiarle en aquella ocasión.

«Y vista así, con el pelo chorreando y como un pollito…, yo diría que estás hasta feíta».

La vio apretar los dientes con evidente desconcierto frente a sus pensamientos, y en aquella ocasión le costó contener una carcajada. Que ella fuera tan ingenua como para pensar que podía meterse en su mente como si él fuera un aficionado resultaba divertido. Al menos cuando no lo desconcertaba su respuesta, como cuando apenas un rato antes le había dicho que se largara porque se moría por volver junto a Verónica, y le había parecido leer algo muy similar al dolor en sus ojos.

—¡Tú tampoco eres la gran cosa! —se defendió Caitlyn al instante, ahora irritada.

«Vaya, parece que le ha escocido», sonrió satisfecho, pero se le pasó la diversión cuando su conciencia le recordó que en realidad corría el riesgo de estallar los pantalones, y aquello ya no era nada divertido.

—A mí no me importaría que miraras vídeos míos. —Se encogió de hombros.

—¡Yo no quiero verte desnudo!

Eso lo molestó aún más. Llevaba cinco malditos años viviendo en el puto infierno por culpa de aquella mujer, esa era una de las razones por las que debería odiarla.

—¿Y crees que yo a ti sí? —intentó sonreír con mordacidad—. No me provocas demasiado, Caitlyn, la verdad, ni siquiera me impresionaste en exceso la primera vez que estuvimos juntos. —Apretó los dientes—. No te he dedicado un solo pensamiento desde aquella noche. Ni uno en cinco años.

La miró con atención, ahora un poco desconcertado. ¿Era tristeza lo que leía en sus ojos? No dejó que le afectara. No podía permitirse el lujo de sentir nada más allá de sus deseos de venganza.

—¿Has acabado? —interrogó ahora Caitlyn con un gesto digno.

Devlin obvió la punzada de arrepentimiento.

«Cinco años, Devlin, cinco malditos años».

—Le pediré a Ewan que revise los vídeos —propuso.

La vio apretar los dientes.

—Genial, mucho mejor.

«Será… ¡cabrona!».

—Os espero en el comedor —fue todo lo que se permitió decir antes de amenazarla con una cruel represalia si se acercaba a Ewan.

—No hace falta.

—Quiero desayunar con mi hija —dijo entre dientes—. Si te molesta compartir la mesa conmigo, puedes comer en la cocina.

No dejó que ella agregara nada más. Se alejó de allí antes de perder aún más los nervios.

«¿Qué demonios tienes para trastornarme así?», se preguntó mientras descendía las escaleras con premura.

Airys lo llamó desde la planta baja, justo frente a la puerta de su despacho, y Devlin tuvo que contener el suspiro de fastidio que pugnaba por salir. No estaba de humor para conversaciones. No todavía. No mientras su cuerpo seguía lidiando con el efecto *Caitlyn recién salida de la ducha.*

La erección que disimulaban sus vaqueros no era lo que se dice cómoda, pero al menos el tejido ayudaba a mantener las apariencias. Si hubiera llevado un pantalón de deporte, habría tenido que refugiarse en su habitación.

Odió a Caitlyn por ponerlo en aquella tesitura. Otra cosa más a la lista.

—¿De dónde sales? —se interesó su hermana.

«Del puto infierno».

—Estaba vistiendo a Annabella —contó.

—¿Y dónde está?

—Con su madre, para que le suba no sé qué cremallera.

Soltó un improperio para sí, enojado consigo mismo. ¿Por qué se le grababan a fuego esos detalles? Nada en aquello tenía relevancia, salvo por el hecho de que había una cremallera de por medio y no le importaría ser quien se la bajara y…

—Dios, esto es desesperante —musitó entre dientes.

—¿Podemos hablar? —pidió la chica.

—Quiero desayunar con mi hija.

—Me uniré a vosotros cuando baje —anunció Airys—, pero no quiero que haya ningún problema entre nosotros.

—¿Por qué tendría que haberlo?

Vio la incomodidad de su hermana y suspiró.

—Si es por lo de hace un rato, no te preocupes —repuso—, pero te agradecería que no te metieras en mi vida privada.

Airys lo observó con suspicacia.

—¿Qué? —se desesperó Devlin.

—Lo siento, pero tengo la sensación de que me ocultas cosas —aclaró con sinceridad—, y eso me preocupa.

Devlin apretó los dientes. No podía culparla por eso. Años atrás habían estado a punto de perderlo todo por culpa de… sus obsesiones.

Caminó hasta el despacho, seguido de Airys. En cuanto cerró la puerta tras ellos, expuso:

—Lo que pasó entre Caitlyn y yo hace cinco años fue un momento de debilidad —dijo de carrerilla—. Fui a buscar a Kyle a su casa, ella estaba sola y una cosa llevó a la otra…

Su hermana lo observaba alucinada.

—¿En su casa? —declaró confusa, y lo miró con un gesto crítico —. ¡Ya te vale!

Si, ya, a lo mejor se podía haber trabajado la historia un poco más, pero la improvisación era lo que tenía.

—No me siento orgulloso —aceptó—, pero es lo que hay.

Su hermana estaba perpleja, y frunció el ceño ahora con suspicacia.

—¿Y esto fue antes o después de aquella otra mujer?

Devlin tuvo que contener un improperio. Eso era lo peor de las mentiras, que te obligaban a seguir mintiendo cada vez más.

—¿Y eso qué más da?

—No da igual —aseguró Airys—, porque si usaste a Caitlyn para olvidarte de…

—¡Yo no usé a nadie! —protestó—. Ella estaba tan dispuesta como yo.

—No lo dudo, pero…

—Entonces, ¿de qué me estás acusando? —interrogó irritado—. Era una mujer adulta y yo tenía ganas de echar un polvo, fin de la historia, Airys, ya eres mayorcita para entenderlo. —Apretó los dientes—. Y nada de todo eso justifica que ella se callara las consecuencias de nuestro encuentro.

Callum irrumpió en el despacho en ese momento y no le pasaron desapercibidas las caras largas.

—¿Pasa algo?

—No —repuso Devlin—. ¿Hay algo nuevo sobre Varek?

A su hermano le costó dejar pasar el tema, pero acabó cediendo.

—Nada aún —aceptó.

—¿Y en las cámaras del Adanic?

—He revisado parte del material que me envió Joss —contó—. He dado con algunas imágenes de Caitlyn, y ese tipo siempre andaba cerca, acechando, pero poco más. No habla ni se reúne con nadie, es un callejón sin salida.

Devlin apretó los dientes.

—¿Y su teléfono? —preguntó ahora Airys—. ¿Su ordenador?

—De momento nada —explicó—. Cada llamada de Varek al tipo está hecha desde un teléfono diferente, de prepago, imposible de localizar.

—Así que no tenemos nada —resopló Devlin, cada vez más agobiado con todo aquello.

—No de momento —reconoció Callum con pesar.

—Ni siquiera sabemos por qué Varek las espiaba desde hacía meses —les recordó Devlin—. O si tiene idea… de que Annabella es mi hija.

Callum asintió con un gesto de disgusto.

—Correcto, no tenemos nada, me temo —suspiró—. También he escuchado algunas de las grabaciones de la suite de Caitlyn, y no creo que en ellas vayamos a encontrar nada tampoco. Incluso en las partes en las que le habla de ti a Davina, no menciona tu nombre completo, así que por ahí no han podido descubrir nada.

Devlin lo miró con cierta suspicacia. Intentó contenerse, pero acabó siendo incapaz.

—Así que… ¿ella le habló de mí a Davina?

Su hermano asintió.

—¿Y vas a contárnoslo? —se crispó Airys haciendo gala de su poca paciencia, cuando fue evidente que Callum no pensaba añadir nada.

—Habla —exigió Devlin.

Callum parecía incómodo.

—Lo cierto es que la conversación con Davina —empezó diciendo— me ha resultado curiosa.

Dev se puso tenso.

—¿Por qué? —interrogó.

—Porque Caitlyn parecía muy enfadada contigo —expuso con prudencia—, como si estuviera convencida de estar en su derecho a odiarte y no querer buscarte.

Aquello trastocó un poco a Devlin.

—No entiendo.

—Ella no sabía tu nombre completo —aseguró Callum—, pero afirma que intentó decirte lo de su embarazo.

—¡Pues miente!

—Parecía convincente —insistió su hermano—. Cuenta que fue a buscarte a un bar, que tanteó el terreno, te dijo que estaba embarazada…

Aquel recuerdo entró con fuerza en la mente de Devlin. Sí, aquello era cierto, en parte, o eso creía, porque él no estaba para conversaciones ese día.

—Yo… llevaba una cantidad ingente de whisky en el cuerpo aquella noche —admitió confuso—, aunque me acuerdo de haberla visto.

«Tú… ¿quieres tener hijos», recordó ahora que le había preguntado, pero había demasiada neblina en su mente como para escuchar su propia respuesta.

—Oh, joder… —murmuró entre dientes.

Airys le leyó los pensamientos al vuelo.

—Ella te pilló en el peor momento —adivinó su hermana, y suspiró—. Así que yo tenía razón. Te acostaste con Caitlyn para olvidarte de tu mujer fénix.

—¡No la llames así! —casi rugió.

—Pero estoy en lo cierto —se reiteró Airys—. Estabas demasiado jodido y obsesionado con esa mujer como para prestarle atención a Caitlyn.

Devlin apretó los dientes. Todo aquello sonaba tan absurdo ahora…, pero había sido tan real que se sintió desbordado por sus emociones.

Habían pasado tres semanas desde la fiesta hasta aquel día, justo el tiempo suficiente para que ella descubriera que estaba embarazada. Tres semanas que él había pasado buscándola, demasiado desquiciado como para darse cuenta de que la tenía frente a él…

…pero no podía excusarla.

—Nada de todo eso justifica que ella no me hablara de mi hija —inquirió molesto.

—Eso es verdad —concedió su hermana—, pero será interesante escuchar su versión.

—Yo no la necesito —afirmó Devlin.

—¿Ni aunque eso os permita entenderos un poco por el bien de la niña?

Devlin apretó los dientes. La parte de la historia que Airys no conocía le impedía cualquier tipo de entendimiento.

«Cinco años de amargura».

—Te prohíbo que hables de todo esto con Caitlyn —declaró en un tono exigente.

Airys lo observó unos segundos antes de hablar.

—¿Que me lo prohíbes? —Lo miró alucinada—. ¿Qué demonios te está pasando, Dev? —interrogó con sinceridad—. Vuelves a sonar

igual de desagradable que entonces.

Él apretó los dientes.

—Basta, Airys.

—Entiendo que aquella mujer te marcara —replicó su hermana —, pero quizá va siendo hora de superarlo.

—No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo —masculló.

—Y tú tampoco vas a intentar que lo entienda, ¿no? —lo miró ahora con preocupación—, porque hablar de ella siempre ha sido tabú, y mientras que no seas capaz de exorcizar su recuerdo, seguirás anclado en el mismo punto.

—¡Yo no estoy anclado en ningún sitio! —protestó con irritación —. Tengo más que superado todo aquello, no sé de qué mierdas estás hablando.

—Devlin, no te engañes, no te hace bien.

—¡Déjame en paz, ¿quieres?!

Se mordió la lengua, aunque supo que se había pasado en cuanto vio la expresión dolida de su hermana. Pero sería mejor dejar aquella conversación allí, antes de decir algo de lo que se arrepintiera.

Airys salió del despacho sin añadir una sola palabra más, y Devlin soltó un improperio. Miró a Callum, que lo observaba ahora con atención, en silencio.

—¿Qué pasa? —inquirió Devlin molesto con tanta miradita—. ¿Hay algo más en esas grabaciones?

—¿Te gusta Caitlyn? —preguntó su hermano, dejándolo perplejo.

—No.

—Es bonita.

—Ya, ¿y qué?

—Nada. —Se encogió de hombros—. Entonces no tiene sentido que te diga mucho más.

—¿Sobre qué?

—Sobre la grabación y el momento en el que confiesa que se enamoró de ti a primera vista —comentó de pasada—, así que… me voy y…

—¡Espera!

Callum lo miró con un gesto demasiado inocente como para creérselo.

—¡De verdad que me tenéis harto todos hoy! —protestó Devlin, irritado.

Y ahora Callum no se molestó en fingir que no sabía a qué se refería.

Ambos se miraron a los ojos unos segundos, pero aguantaron en silencio.

—¿Y bien? —terminó claudicando Devlin.

—¿Bien qué?

—¡No me toques más los huevos!

Callum sonrió a medias.

—Se lo contó a Davina —declaró ahora—. De hecho, abrió así la conversación para hablarles de ti: me enamoré de él casi a primera vista —suspiró Callum, y se puso más serio—. Y no sé qué fue lo que pasó entre vosotros, Dev, pero destilaba odio hacia ti, hermano, jamás te habría buscado por iniciativa propia.

Eso lo trastocó demasiado. Era lógico que aquello le molestara, y también la ira porque ella se hubiera callado y guardado a su hija para sí, pero era mucho más que furia lo que palpitaba en su pecho en aquel instante, como una sensación de pérdida y caos que no podía manejar.

—¿Estás bien? —se interesó Callum en un tono preocupado.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Dímelo tú.

Vio a su hermano tragar saliva y aguardar con un gesto de ansiedad a que quisiera decirle algo más, y entonces comprendió.

—¿Qué más dice en esa grabación? —interrogó con un claro presentimiento.

—Eh…, bueno…

Callum arqueó las cejas y con solo una mirada dijo más que con una decena de palabras. Devlin apretó los dientes, leyendo entre líneas sin dudas: Callum sabía que Caitlyn y la mujer que Airys se empeñaba en llamar *su mujer fénix* eran la misma persona.

—Preferiría que no fuera de dominio público —confesó ahora, incómodo.

Callum asintió y lo miró con resignación.

—¿Estás bien?

Devlin ya no se empeñó en mentir.

—Estoy desbordado —admitió rendido—, me está costando procesarlo.

—Ella…

—Me vuelve loco, Callum, en todos los sentidos. No puedo controlarlo.

Y aquello era algo peligroso y ambos lo sabían. Cinco años atrás, Devlin se había obsesionado tanto con encontrarla, con rastrear cualquier pista que lo llevara hasta ella, que bajó la guardia en todo lo demás. Estaba tan centrado en su ausencia que no supo ver cómo se gestaba la traición a su alrededor, una que casi le cuesta incluso la vida, y que no solo le habría afectado a él, sino a toda su familia.

Por segunda vez, su propio padre había intentado destruir todo lo que eran, todo lo que Devlin había construido con esfuerzo, dolor y una determinación nacida de las ruinas, y él había estado a punto de dejarse vencer por estar centrado en quien no debía.

Suspiró abatido. Pensar en su padre jamás le hacía ningún bien. Incluso desde el destierro, su sombra seguía al acecho, disfrazada de duda, de miedo, de ese impulso a no confiar en nadie.

«No puedo dejar que ella se convierta de nuevo en otro punto débil».

Se pasó una mano por la nuca, intentando ordenar el caos en su interior. Pero el problema era que Caitlyn no era un simple punto débil, era vértice, grieta, centro y tormenta. Lo removía todo. Lo que sentía por ella no encajaba en ninguna de sus defensas. Era un lugar sin mapas, sin salidas de emergencia, porque, a pesar del riesgo, a pesar de los fantasmas que despertaba, por primera vez en años sentía algo más que rabia, más que culpa, sentía vida…

…y eso, quizá, era lo más peligroso de todo.

Capítulo 29

Caitlyn, muy a su pesar, siguió las indicaciones de su GPS particular para encontrar el camino. Resultaba curioso, pero ya no tenía ninguna duda de que su fénix la llevaría hasta Devlin, algo que cada vez le resultaba más intrigante.

Se recordó que ya era momento de llamar a Keira para hablarle de todo aquello. Si el fénix no era un símbolo velkano, debía entender qué le estaba pasando, y Davina era la única que podía tener respuestas.

—Es esa puerta, mami —señaló Annabella un poco más allá, mientras iba jugando con su Orbis.

—¿Estás segura? —interrogó, confusa. Su fénix apuntaba a que Devlin estaba a pocos metros, pero en dirección contraria.

Miró ambas puertas dudando.

—Sí, mami, anoche cenamos aquí —aseguró la pequeña, y se coló por la puerta más cercana.

La niña jugaba con su esfera, nerviosa, deseando mostrarle a su padre sus avances desde el día anterior. Iba tan concentrada en aquello que se sobresaltó frente al grito estridente de Verónica, que estalló unos metros más allá.

—¡Dame eso ahora mismo!

Del susto, la niña se quedó paralizada mirando a la mujer que apretaba los dientes frente a ella, con una expresión que parecía anunciar su intención de golpearla.

Annabella retrocedió unos pasos, pero protegió el Orbis entre sus manitas.

—¡Dámelo, te digo! —exigió.

—Es mío.

—¿De dónde lo has cogido? —insistió—. ¿Lo has robado?

Avanzó hacia ella dispuesta a quitárselo a toda costa.

—¡Ni se te ocurra ponerle un solo dedo encima a mi hija! —rugió Caitlyn desde la puerta, corriendo después hasta su pequeña.

—¿Tu hija? —sonrió la mujer con acidez—. Debí imaginarlo.

Miró a Caitlyn de arriba abajo con una expresión de evidente desprecio.

—Al menos ahora no pareces una indigente.

Caitlyn tuvo que contenerse mucho para guardar la calma, por el bien de su hija. Al parecer, la imagen de mujer dulce y empalagosa solo se la reservaba a Devlin. Aquella era la misma bruja que recordaba. ¿Y qué demonios hacía allí?

—No sé por qué crees que puedes faltarme al respeto, pero…

—Dile a la ladronzuela de tu hija que me devuelva el Orbis.

—¡Es mío! —grito la niña de nuevo, abrazada a las piernas de su madre.

—Tú no llamas ladrona a mi hija. —Apretó los dientes.

—Lo es, porque es imposible que esa esfera sea suya —se reiteró—. Los Orbis solo están destinados a los sahires con telequinesis, y es un arma valiosa que vale una fortuna y…

—Suficiente —interrumpió Caitlyn—. No tengo por qué escucharte, darte explicaciones o soportar tus impertinencias.

«Ya no, no de nuevo, bruja».

Aquello pareció llenar de furia incontenible a doña perfección, porque avanzó hacia ella con la cara roja de ira.

Annabella se escondió detrás de su madre, pero Caitlyn no se movió de donde estaba. Le daba igual que aquella mujer fuera la prometida del mismísimo Dios, no le daría el gusto de avasallarla de nuevo.

—¿Crees que tienes algún tipo de poder en esta casa? —rio Verónica histriónica ahora—. Que te hayan dado cobijo una temporada, no significa nada. Tú y tu mocosa estaréis en la calle en cuanto pueda mover algunos hilos.

Caitlyn se esforzó por sonreír y seguir guardando la calma,

—Muy bien, pero hasta entonces… —le hizo un gesto para que se alejara— que corra el aire.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—¿Así cómo? —repuso Caitlyn—. ¿Con educación, dices? Sí, a mí también me sorprende, porque no te lo mereces.

—¡Eres una mujercita despreciable! —masticó Verónica entre dientes—. Y sí, eres bonita, pero si crees que por eso vas a conseguir que él te dé privilegios…

—¿Él? —sonrió con acidez—. Ponle nombre.

—¡De sobra sabes que hablo de Devlin! —ladró—. No se te ocurra acercártele.

Caitlyn la observó con atención. Era evidente que se sentía amenazada, algo de lo que no se dio cuenta cinco años atrás. ¿Acaso no estaba ya tan segura de tenerlo comiendo en la palma de su mano? Miró la mano que tenía ahora en alto mientras la amenazaba con un dedo, y comprobó con asombro que no llevaba anillo de compromiso.

—¿Qué relación te une a Devlin? —interrogó de frente, sin tapujos.

Y una vez más, le sorprendió la respuesta en forma de desconcierto, ira y nerviosismo que llegó de la mujer.

—¡Eso a ti no te incumbe!

—Pero te crees con la potestad de exigirme que no me acerque a él.

La vio apretar los dientes.

Joder, ¿era posible que… fuera de farol? Necesitaba saberlo…

—Dime, ¿eres su prometida, su novia, su amante… —replicó con mordacidad— o ninguna de las anteriores?

—¡Soy todo eso! —gritó colérica.

«¡Miente!». Pensó Caitlyn con asombro y un convencimiento absoluto, leyendo en cada una de sus expresiones como en un libro abierto. ¡No podía creerlo! Nadie le había hecho tanto daño como aquella maldita mujer… ¿y no era nadie?

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Eleonor desde la puerta ahora, que llegaba con un jarrón de flores en las manos.

Verónica esbozó una sonrisa de hiena y miró a la mujer.

—La pequeña es aficionada a lo ajeno —acusó en un tono agudo—. Claro que no es su culpa, solo hace gala de la educación que recibe.

Caitlyn empezaba a estar muy harta y ya le daba igual quién estuviera delante.

—No nos conoces de nada —avanzó ahora hacia ella—, ¿qué te da derecho a juzgarnos?

—Por favor, no merece la pena ponerse a su altura —declaró Eleonor en un tono seco.

Caitlyn se giró a mirarla con los dientes apretados, dispuesta a decirle un par de cosas también, le daba igual si eran dos contra una y…

Se detuvo en seco al comprobar que Eleonor parecía mirar a Verónica con acritud, y entonces fue consciente de que sus palabras eran para la hiena, y aquello la contrarió.

—Si piensa quedarse a desayunar, señorita Gibbons —insistió la mujer—, intente no molestar a Caitlyn y Annabella con sus impertinencias.

Caitlyn no podía creerlo, pero no pudo evitar sentirse muy bien durante unos segundos. Por un instante, el dolor de los recuerdos… lo sintió menos intenso.

Verónica sonrió de la forma más desagradable que Caitlyn había visto jamás, recortó la distancia hasta Eleonor y, con los dedos, rozó apenas las flores frescas del jarrón que sostenía. No pasó ni un segundo antes de que los pétalos comenzaran a ennegrecerse y a curvarse hacia dentro, como si se marchitaran a toda velocidad, consumidos por una podredumbre silenciosa que brotaba desde el interior. Caitlyn frunció el ceño, sobresaltada, así que aquel era uno de los dones de Verónica…

«Qué apropiado», pensó sin sorprenderse, pero no pudo evitar sentir un escalofrío. Aquel era un don horrible…, uno tan venenoso como ella.

Verónica caminó de regreso hasta ella para seguir vertiendo su ponzoña.

—No creas que tener a una criada de tu parte cuenta para algo… —escupió, y miró a Eleonor—, y sí, pienso desayunar con mi Devlin, le pese a quien le pese. —Puso sus ojos sobre la niña—. No quiero perderme el momento en el que descubra que tiene ladronzuelos en su castillo.

—¡Eres una bruja! —gritó la pequeña ahora, saliendo de repente de detrás de las faldas de su madre para enfrentarla, con las

mejillas encendidas y los puñitos apretados—. ¡Y no te metas con mi mamá!

—¿O qué? —Rio de nuevo con histrionismo.

Y Annabella contestó a aquella pregunta… de la manera más inesperada.

Las tazas que había sobre la mesa temblaron, los cubiertos tintinearon, y, en una fracción de segundo, un jarrón que descansaba en uno de los aparadores salió disparado hasta aterrizar en los pies de Verónica con estruendo, arrancándole un chillido agudo. Del susto, reculó, tropezó contra la mesa e intentó agarrarse al mantel para evitar caer, aunque acabó aterrizando con el culo en el suelo… En el proceso, la gran jarra de zumo de frutas volcó con elegancia letal y acabó justo sobre ella, bañándola de zumo hasta el escote.

Annabella se cubrió la boca con ambas manos y la miró con los ojos abiertos como platos, aunque una risita traviesa se le escapó sin remedio.

—*Ups*… —resopló, y luego miró a su madre—. Creo que necesito practicar más.

Eleonor se giró hacia Caitlyn con un brillo cómplice en los ojos y murmuró:

—Definitivamente, tiene talento.

Caitlyn se llevó una mano a la frente, al borde de la risa y del caos nervioso, mientras Verónica, empapada, resbaladiza y humillada, intentaba recomponerse con la poca dignidad que le quedaba.

—¡*Ahhggg*! —gritó la arpía, matándola con la mirada—. ¡Mocosa maldita!

—¿Qué demonios es todo esto? —interrogó una voz de hombre ahora desde la puerta.

Caitlyn se giró hacia Devlin y se le borró la sonrisa del rostro. Cómo demonios iba a tomarse él todo aquello era un misterio.

Annabella tiró de sus pantalones, ganándose su atención.

—Papi —susurró solo para él—, un suponer…

—Ay, Dios —exclamó el chico antes de que continuara, pero no pudo evitar sonreír—. ¿Qué ha pasado? —Miró asombrado a

Verónica y después a su hija—. ¿Has sido tú?

—No, no —aseguró la pequeña—, yo solo tiré el jarrón, ella se ha caído solita.

Caitlyn contuvo una carcajada a duras penas, pero a Eleonor sí se le escapó. Devlin se acercó a Verónica y le tendió la mano, que la arpía tomó en el acto.

—Tus protegidas me han faltado al respeto —dijo en un tono de indignación mientras se ponía en pie—, exijo una disculpa.

Devlin miró a Caitlyn entre desconcertado y confuso, quien no estuvo dispuesta a callar.

—Pues recomiéndale que se siente a esperar —ironizó.

Pasó de largo hacia la mesa, donde cogió asiento junto a Annabella y tomó la taza de café que Eleonor le tendía.

—¡Esto es el colmo! —se exaltó Verónica, y miró a Devlin—. ¿No vas a decir nada?

El chico le ofreció una servilleta para que se limpiara un poco y paseó la vista por todos los presentes.

—No sé cómo han sido las cosas.

—Mírame, ¡estoy hecha un asco! —gruñó mientras trataba de adecentarse, cada vez más enfadada—. Y me hacía tanta ilusión estar bonita para ti…

Lo miró con cierto puchero, fingiendo ser un corderito lastimoso. Caitlyn aguardó, apretando los dientes, esperando el piropo por parte de Devlin, que era evidente que aquella arpía buscaba.

Al no obtener la respuesta que esperaba, insistió:

—¿Estoy muy horrible, corazón?

Annabella se cansó de aguardar respuesta y decidió contestar desde la mesa:

—Claro que sí, ¡si estás toda manchada!

—*Shhh*… —la amonestó su madre por lo bajo, aunque con una sonrisa inevitable.

—¡Devlin! —casi graznó Verónica—. ¿Vas a permitir que…?

—Uf, no hagamos un drama de un poco de zumo —acabó diciendo Devlin y, por una vez, Caitlyn habría podido besarlo.

«Lo besarías más de una, no te confundas», se dijo, suspirando mientras miraba hacia otro lado.

Aquello fue como darle un lanzallamas a Verónica, que miró a Caitlyn con un odio visceral absoluto. Era evidente que no iba dejar las cosas allí.

—Entiendo que esta mujer ahora viva aquí, pero…

—Caitlyn —interrumpió Devlin.

—¿Qué?

—Que se llama así —le aclaró con total normalidad.

—Me da igual cómo se llame, pero que viva aquí no la autoriza a hacer lo que le dé la gana. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Solo le he dicho a la pequeña, con total educación, que me devolviera el Orbis, que es evidente que ha tomado prestado sin permiso —sonrió con maldad—. Y… *Caitlyn* se ha puesto como una fiera, me ha empujado y he terminado en el suelo.

—¡No es verdad! —protestó Annabella, poniéndose en pie de inmediato, muy enfadada.

—Tú en silencio cuando hablan los adultos —exigió Verónica, malhumorada.

—¡Eres una mentirosa! —acusó la pequeña—. ¿A que sí, mami?

Caitlyn asintió. No sabía si serviría de algo, era posible que Devlin no creyera nada de lo que saliera de su boca, pero por su hija, se obligó a decir:

—No la he tocado.

—Eleonor, tú estabas aquí. —La miró Devlin ahora.

—No puedes preguntarle a ella —intervino con rapidez Verónica —. Sabes que no me tolera. Mentirá solo para dejarme mal frente a ti.

Cruzó los brazos sobre el pecho y miró a todos con una expresión de triunfo, como si ya hubiera ganado aquella discusión.

Eleonor soltó un suspiro, miró a la pequeña y dijo algo curioso:

—Annabella, ¿te importa preguntarme qué es lo que ha pasado exactamente?

Caitlyn sonrió. ¡Sí que era lista aquella mujer!

Verónica, ajena a cualquier cosa que no fuera ella, siguió sonriendo.

La pequeña, sin entender del todo por qué se le pedía aquello, miró a su madre con curiosidad y luego a su padre, que, para

asombro de todos, la instó:

—Hazlo, luciérnaga.

A Caitlyn estuvo a punto de desencajársele la mandíbula. ¿Acaso él no iba a ponerse de parte de su Verónica o es que la creía tan dulce e inocente que estaba seguro de que todos mentían menos ella?

«Se va a enterar». Alentó a su hija y la niña miró a Eleonor.

—¿Puedes contarle a mi… a Devlin lo que ha pasado?

La mujer miró al hombre con una sonrisa.

—Puedo, por supuesto —asintió—. Cuando entré en el comedor, la señorita Gibbons acusaba a Annabella de ser una ladrona por tener el Orbis en sus manos. Caitlyn solo defendía a su hija y la pequeña a su madre.

—Y yo, sin querer, he tirado el jarrón, y ella —señaló la niña a Verónica— se ha asustado y se ha caído. —Miró a Eleonor—. ¿A que sí?

—Correctísimo —declaró Eleonor con una enorme sonrisa de satisfacción.

—Y ahora por su culpa nos hemos quedado sin zumo —acabó diciendo la pequeña, cruzando los brazos sobre el pecho—, y seguro que era de naranja, ¿verdad?

Eleonor asintió.

—Natural y recién exprimida —admitió la mujer.

—Jo, qué rico… —se quejó Annabella haciendo pucheros.

Todo sonrieron de forma inevitable, todos excepto Verónica, que parecía a punto de hiperventilar

—¡Venga ya! —protestó irritada, y miró a Eleonor—. No puedo creer que le mientas a Devlin con tanto descaro.

—Hablando de mentir con descaro… —murmuró Caitlyn, y aguardó con cierta curiosidad a que Devlin se pronunciara.

—Verónica… —intervino el chico.

—Exijo una disculpa por este mal rato —insistió la arpía.

Devlin soltó aire con fuerza.

—La niña porta un don Veritas —le hizo saber.

—¿Con cuatro años? —Rio—. Muy gracioso.

Pero nadie reía.

—¡No puede ser!

—Pues sí, es.

El rostro de Verónica se puso de todos los colores durante los siguientes segundos.

—Eh…, no lo sabía.

—Sí, eso es evidente —añadió Devlin, clavando en ella una mirada acerada.

A Caitlyn le estaba costando no levantarse a aplaudir mientras le gritaba como una loca: ¡zasca! Se contuvo a duras penas. Este rato estaba siendo de los mejores que había vivido en los últimos días. De repente, el don Veritas ya no le parecía tan malo, aquello elevaba eso de *dejar a alguien con el culo al aire* a la máxima potencia, y que ese alguien fuera aquella mujer valía su peso en oro.

—Vale, quizá me he… extralimitado un poco.

—¿Tú crees? —ironizó Devlin.

Verónica carraspeó e hizo pucheros como una niña.

—Solo intentaba recuperar el Orbis que, es obvio, la pequeña ha… tomado prestado.

«Venga, segundo round, ¡y yo que no quería bajar a desayunar!». Caitlyn aguardó acontecimientos.

—El Orbis es el mío —informó Devlin ahora.

Verónica miró a la niña con evidente regocijo, pero fue solo hasta que escuchó:

—Y se lo he regalado a Annabella.

Para la arpía, aquello fue como darle un sartenazo.

—¿Regalado? Pe… pero ¿por qué? —Lo miró asombrada—. Ella no tiene dones activos y…

En ese instante, Annabella atraía por el aire un croissant desde el otro lado de la mesa. No era su intención cerrarle la boca, solo… tenía demasiada hambre como para seguir esperando.

—¡No puede ser! ¿Por qué tiene dones activos? —casi graznó.

—Mi papá es un sahir —informó la pequeña, encogiéndose de hombros.

—¡Y tú una niña!

—*Buah*, eso ya lo sé, ¡qué cosa! —declaró, y le susurró a Caitlyn, aunque demasiado alto—: Mami, esta señora no es muy

lista…

Eleonor rio sin poder evitarlo, contagió a Caitlyn y Verónica las miró a punto de sufrir una apoplejía. Se giró hacia Devlin con una expresión iracunda.

—Me apetecía mucho desayunar contigo, corazón —cruzó los brazos sobre el pecho—, pero me niego a hacerlo acompañada de… tanta gente.

Si esperaba que él protestara, tampoco funcionó.

Airys entró justo en ese instante en el salón, llegó hasta la mesa y observó la escena.

—Hola, bombón —saludó a Annabella—, ¿están ricos los croissants?

La niña asintió, con la boca llena y masticando a dos carrillos, y dijo algo ininteligible que les arrancó una carcajada a todos.

—¿Es que nadie va a decirle que no se habla con la boca llena? —expuso Verónica, indignada.

Solo ahora Airys fue consciente de su presencia y de que estaba manchada de zumo al completo.

—¿Qué te ha pasado? —interrogó con curiosidad.

—Un percance con una jarra de zumo —contó Devlin.

—Pues yo me cambiaría cuanto antes —propuso Airys—, no vayas a coger frío —y miró a Eleonor—. Dime que hay más zumo.

Caitlyn se quedó un tanto perpleja. ¿Era solo una impresión suya o a Airys tampoco le caía bien aquella mujer? Porque juraría que acababa de hacerle una versión de un… *no es por echarte, pero vete*.

Verónica no parecía tener mucha más opción que largarse.

—Me cambiaré en la escuela —declaró—. Menos mal que tengo ropa de reserva.

¿Aquella mujer trabajaba en una escuela? Caitlyn solo esperaba que no fuera con niños…, ¡pobrecitos!

—¿Me acompañas hasta el coche? —murmuró Verónica para Devlin, aunque se encargó de que todas la escucharan.

Por alguna extraña razón, él miró a Caitlyn antes de responder, como si necesitara una señal, una reacción…, algo. Y ella le devolvió

una mirada cargada de una mezcla de curiosidad, escepticismo y provocación. No decía una palabra, pero hablaba con los ojos.

—Por supuesto —lo escucharon decir.

Verónica sonrió, como si acabara de ganar la guerra tras todas las pequeñas batallas. Alzó la barbilla, se recompuso con toda la dignidad que pudo reunir tras su humillante baño de zumo y sus mentiras cazadas al vuelo, y caminó hacia la puerta con un aire de victoria forzada.

Devlin posó sobre ella otra mirada mordaz, que Caitlyn le sostuvo con un leve alzamiento de ceja y una media sonrisa irónica, como si le dijera con absoluta claridad: *sabes que sé que lo haces para fastidiarme*.

—Anna, se me va a hacer tarde para desayunar contigo —le dijo a la pequeña un segundo después—, pero vendré a por ti luego para entrenar.

La niña asintió y Caitlyn… tuvo ganas de matarlo. Al parecer, pensaba despedirse de Verónica a lo grande. Había sido muy arrogante al creer que era solo para molestarla.

No pudo contenerse y cometió el error de querer comprobarlo... Se coló de nuevo en sus pensamientos, como un polizón.

«No quiero malgastar el zumo. Voy a beberme… al menos un vaso directo desde su escote».

Salió del comedor tras Verónica, sin volver la vista atrás.

«¿Por qué insistes en hacerte daño, Caitlyn?».

∞∞∞

En el exterior… las cosas eran muy diferentes a lo que Caitlyn habría supuesto nunca.

Devlin y Verónica fueron hasta el coche, sí, pero en cuanto llegaron, él no se anduvo por las ramas.

—Estoy harto de tus salidas de tono, Verónica —declaró con irritación—. Si no estás dispuesta a respetar a todos en esta casa, incluida Eleonor, no vengas.

Aquello pareció indignarla.

—Esa niña es impertinente y maleducada —repuso entre dientes —. Claro que con esa… mujercita como madre que…

—¡Basta!

—¿Qué tienes con ella?

Devlin apretó los dientes. Aquella sí era una respuesta complicada, que ni siquiera se atrevía a preguntarse. Por fortuna, no tenía por qué contestar.

—Nada que sea de tu incumbencia.

—¡Llevo años esperando mi oportunidad contigo!

—Los mismos que llevo yo diciéndote que jamás pasará nada entre nosotros —le recordó.

—¿Y con ella sí?

—Verónica… —masculló—, me agotas.

—¡No lo permitiré! —rugió—. ¡Tampoco serás suyo!

Aquello sacó a Devlin de sus casillas. Para asombro de la mujer, la inmovilizó con fuerza sin ponerle una sola mano encima, pero sus ojos estaban inyectados en ira.

—Si te acercas a Caitlyn… —tuvo que esforzarse para controlarse—, te juro que no respondo de mí mismo. Y eso incluye a Annabella.

—¿Vas a enfrentarte a mí por ellas?

—Te lo advierto, Verónica, estoy muy cansado de tus tonterías —insistió—. Y mi agradecimiento hacia tu padre no durará siempre.

Aquello sí pareció aplacarla. Cambió de actitud al instante, puso morritos y recortó la distancia hasta Devlin.

—No te enfades conmigo —ronroneó.

Le puso una mano en el hombro y con la otra jugó sobre su torso, pero no le duró mucho. Devlin le tomó las muñecas y las apartó de él.

—No seas malo —musitó—, solo quería hacerte un mimo.

Devlin soltó un improperio. Seis años soportando aquella actitud eran demasiados, empezaba a perder los papeles.

—¿Por qué no te quieres un poco más, Verónica? —declaró molesto—. Seguro que hay un montón de hombres que estarían encantados de recibir tus atenciones.

—Pero tú no —sonrió con acidez—, tú prefieres… las gatitas que se largan sin despedirse.

Aquello fue como darle con un mazo. Apretó los dientes, le abrió la puerta del coche y la instó a subir.

—Vete por la sombra.

—Aún te molesta que te lo recuerde, ¿verdad? —replicó ella con evidente regocijo—. Lo entiendo, no deben de ser muchas las mujeres que huyan de ti con tanto empeño —añadió con sorna—, y menos aún después de haber recibido tus… atenciones —chasqueó la lengua, maliciosa—. Qué desagradecida. Yo sí sabría valorarlas… y corresponderlas.

Devlin ni siquiera pestañeó.

—Que tengas un buen día —cortó en seco con voz firme. Y sin esperar a que subiera al coche, se dio media vuelta y la dejó plantada.

Cada una de sus palabras había sido como retorcer la daga que él aún llevaba clavada en el pecho. Pero esta vez… no estaba solo. Ahora podía compartir ese dolor con quien lo provocó, y hacerle sentir el filo de la daga… hasta obligarla a retirarla con sus propias manos.

Los ojos inyectados en rabia de Verónica lo siguieron mientras se alejaba. Después, giró sobre sus talones, se metió en el coche y cerró con un portazo que hizo temblar los cristales.

Sacó el móvil y marcó un número sin dudar.

—¿Sí? —La voz grave y controlada de Varek le respondió al instante.

Verónica sonrió, satisfecha.

—Tenías razón —susurró, como si el veneno se deslizara con cada palabra—. La mujer y la niña están en el castillo, y Devlin no es inmune a ninguna de las dos.

—Eso nos favorece.

—¿Quiénes son?

—No importa, eso es cosa mía.

—Estoy dispuesta a ayudarte —aceptó la mujer, con los ojos brillando de furia—, si me prometes hacer sufrir a esa perra.

Un chasquido desaprobatorio surgió del auricular, como el eco de algo frío y peligroso.

—Oh, Verónica… —murmuró Varek—, juntos podemos hacer mucho más que eso.

Ella recostó la cabeza en el respaldo, con la sonrisa torcida.

—Quiero verla caer, y que él mire mientras ocurre —masculló—. Quiero que le duela.

—Entonces prepárate —respondió Varek—. Esto solo acaba de empezar.

Capítulo 30

Caitlyn, para su asombro, estaba disfrutando de un desayuno de lo más ameno, al menos una vez que consiguió apaciguar el enfado y las ganas de estrangular a Devlin, que la habían acompañado desde que se marchó con aquella arpía. La conversación ayudaba mucho, dado que todas estaban centradas en Annabella, que sabía amenizar las veladas como nadie.

Airys también colaboraba. No es que estuviera demasiado agradable con Caitlyn, pero al menos no parecía tratarla con su desdén y altivez habituales. Y Eleonor estaba resultando ser un encanto; algo que jamás habría esperado cuando la conoció el día anterior.

De vez en cuando, los pensamientos de Caitlyn volaban de forma inevitable a Devlin, consultaba su reloj y contaba los minutos desde su partida, pero se esforzaba por limpiar su mente para no colapsar. Hasta que su propia hija comenzó a preguntar por su padre y la conversación trajo de nuevo a Verónica al tapete.

Se rieron largo rato del *zasca* que había recibido en toda la boca sin apenas esfuerzo. Eleonor puso al día a Airys, que, para su sorpresa, disfrutó del chisme como la que más.

—Me quería quitar mi Orbis —le dijo Annabella a su tía, como si le estuviera haciendo una confidencia.

—¡Qué mala pécora! —bromeó Airys.

—Y cuando ha visto que de verdad era mío, se le ha quedado esta cara —hizo un gesto malhumorado muy divertido imitando a Verónica, y les arrancó a todas una carcajada inevitable—, y creo que se ha puesto un poco verde de la envidia.

—Yo creo que siempre tiene esa cara de acelga —opinó Eleonor ahora, y señaló la mesa—. Mira lo que ha hecho con mis flores recién cogidas. Da pena verlas.

—¿Ha sido ella? —La pequeña estaba perpleja ahora—. ¡Con lo bonitas que eran!

Aquello ya no les hacía gracia alguna. La niña miraba el jarrón con tristeza.

Airys sonrió, se puso en pie y atrajo con cuidado el jarrón hacia sí. Las flores, mustias y marchitas, colgaban de los tallos como si hubieran perdido toda su vida en un suspiro. La pequeña las observaba haciendo pucheros.

—Solo están un poco enfermas —murmuró Airys, posando ambas manos sobre las flores—, o no podría hacer esto…

Una luz suave, casi imperceptible, comenzó a emanar de sus palmas. No era un resplandor cegador ni mágico en el sentido más estricto, sino un calor silencioso, una energía serena que parecía fluir desde ella hacia los pétalos secos. Poco a poco, los tallos se irguieron, las hojas se alisaron y los colores, antes apagados, comenzaron a recobrar su intensidad.

Annabella abrió los ojos como platos.

—¡Hala! —dijo fascinada.

Airys esbozó una sonrisa sin apartar las manos.

—Solo necesitaban un poco de ayuda para recordar lo hermosas que eran.

Cuando terminó, las flores parecían recién recogidas del campo: vibrantes, erguidas, como si nada hubiera pasado. Eleonor sonrió orgullosa. Caitlyn, aún conmovida, admiró a aquella mujer de la misma manera en que lo hizo en el Adanic, cuando esas manos habían anclado a la vida mucho más que unas flores. El don de sanación de Airys era increíble, un poder que a veces contrastaba con la dureza con la que la sahir se enfrentaba al resto del mundo.

Caitlyn suspiró y estuvo a punto de preguntarle si aquellas manos también sanaban corazones rotos.

¿Dónde narices estaría Devlin? Cada vez le resultaba más difícil no imaginarlo… bebiendo zumo del escote de aquel monstruo.

—¿Cómo puede tu hermano querer casarse con alguien tan horrible? —se le escapó casi sin pensarlo, y se sintió tan mal que agregó—. No es que sea de mi incumbencia o que me importe demasiado —carraspeó—, pero… sí afecta a Annabella, porque, al fin y al cabo, esa mujer será su madrastra.

«Por Dios, Caitlyn, estás parloteando, ¡calla ya!».

—¡Yo no quiero que esa mala *pícora* sea mi madrastra! —exclamó Annabella horrorizada.

Airys rio.

—¡Y esa mala *pícora* tampoco será mi cuñada! —apostilló la sahir—. ¡Nos estropearía todos los jardines! Y no es que ahora sean dignos de ver, pero al menos son verdes.

—Voy a decirle a mi papá que se case mejor con mi mamá —declaró la pequeña—. Es mucho más guapa y sabe cuidar de las plantas.

«Ay, Dios». Caitlyn se lamentaba de no haberse dado un punto en la boca.

—Tu papá… —repuso Airys, con cierta sorpresa— no se casaría con esa arpía de Verónica ni aunque fuera la única mujer que quedara en el jardín del Edén.

—¿No? —interrogó la pequeña.

«¿No?», gritó Caitlyn para sus adentros.

—Pues no, pero ¿desde cuándo sabes que Dev es tu papá?

Caitlyn contó tanto para ella como para Eleonor el sorprendente despertar de Annabella, junto con la opinión de Devlin de que la pequeña tuviera una luminaria.

—Devlin no me ha contado nada —sonrió Airys—, pero es que hemos empezado la mañana discutiendo. —Exhaló aire y miró a la pequeña.

—¿Discutiendo por qué? —se interesó Eleonor ahora, y Caitlyn estuvo a punto de darle las gracias por preguntar.

«Dios, parece que me he vuelto una portera de repente, me quiero enterar de todo. Porque ¿qué había de aquello de que él no se casaría con Verónica ni…? ¡Basta, Caitlyn!», se amonestó, pero la otra parte de su cerebro gritaba: ¡necesito saberlo!

Ahora Airys parecía incómoda. Miró a Eleonor con una expresión tensa.

—No ha sido serio, solo digamos… que he hurgado demasiado en cierta fiesta de antaño.

Caitlyn se quedó perpleja. ¿Acaso Devlin les había hablado de aquello?

—Y ya sabes cómo se pone —concluyó Airys.

Eleonor soltó un suspiro y miró a Caitlyn con una sonrisa forzada, que le resultó demasiado intrigante. ¿De qué demonios estaban hablando?

—Si queréis que me vaya para poder charlar… —ofreció, sintiéndose de repente como una intrusa.

—No te preocupes, dejemos aquella fiesta en el olvido —declaró Eleonor—. Mejor hablemos de esa luminaria y…

Pero Annabella iba por libre.

—Mi papá conoció a mi mamá en una fiesta —contó con total naturalidad.

Caitlyn se quedó paralizada, sin saber qué decir, aunque intentó recuperarse.

—Bueno, eso no fue del todo así… —carraspeó.

—Pero Selena me dijo que os habíais conocido en un baile —insistió—, como Cenicienta y el Príncipe.

—Eh… —miró a las dos mujeres y repuso entre dientes—, mis amigas son un encanto.

—Pero es verdad —se reiteró la pequeña—. Selena no miente, no a mí, y me contó que bailasteis toda la noche

—En realidad, es una bonita historia para la niña —opinó Eleonor.

Annabella siguió contando:

—Y Keira dijo que al final del baile os comisteis las perdices.

A Caitlyn le subieron los colores al instante.

—¡Ay, Dios! ¡Las mato!

Contra todo pronóstico, a Eleonor aquello le dio un ataque de risa incontrolable.

—¿De qué te ríes? —interrogó Anna, contagiándose.

—¡De lo de las perdices! —exclamó la mujer sin poder parar—. Porque en realidad… se refiere a…

A un mismo tiempo, Airys, riendo a carcajadas, saltó sobre Eleonor y le tapó la boca mientras Caitlyn exclamaba como una bala:

—¡Pídele que no conteste, Anna, por Dios!

—Pero es que quiero saberlo —objetó con inocencia.

—¡Anna!

—Valeeee, Eleonor, no contestes —se resignó.

Airys destapó su boca, pero Eleonor aún no podía controlar su ataque de risa, y terminó contagiándolas a todas, incluida Annabella, que en realidad no tenía ni la más mínima idea de qué se estaban riendo.

—Creo que tenemos que hablar largo y tendido sobre el don Veritas —suspiró Airys mirando a su sobrina cuando se calmaron un poco—, pero antes, quiero que me cuentes con tus palabras todo lo que recuerdes de la señora del sueño.

La niña relató lo mismo que les había dicho a sus padres, esta vez para su tía.

—Pues sí, Devlin estaba en lo cierto, es una luminaria —sonrió Airys—, mi madre también tenía una.

—Me lo ha dicho tu hermano.

Aquello pareció sorprender a la chica, que intercambió una mirada curiosa con Eleonor.

—¿Qué pasa? —se interesó Caitlyn.

Airys decidió ser sincera.

—Mi hermano me confunde —admitió, mirándola con curiosidad —. Parece detestarte, pero luego te hace confidencias como esas.

Caitlyn fue quien se sintió confusa ahora, pero no pudo ahondar en ello, porque Airys preguntó a bocajarro:

—¿Qué sientes tú por él?

—¿Eh? —La pilló fuera de juego, pero intentó reponerse—. ¿Te refieres a si prefiero despellejarlo vivo o cargármelo antes?

Airys entrecerró los ojos.

—Cuánta acritud. —La observó hasta violentarla—. ¿Sabes? Ya me ha contado cómo fueron las cosas entre vosotros.

Caitlyn soltó un suspiro de alivio. Podría haberlo dicho antes de complicarle la vida intentando esconder lo del baile…

—Me alegro.

La sahir clavó en ella una mirada un tanto pesarosa. Era evidente que tenía ganas de decir algo más… que no parecía estar segura de querer decir, pero lo hizo.

—Sé que de alguna forma intentaste contarle a mi hermano que estabas embarazada —declaró de repente.

A Caitlyn se le desencajó la mandíbula.

—¿Cómo…?

—Callum lo escuchó en las grabaciones de tu suite.

La chica estaba tan sorprendida que no podía ni hablar, se limitó a asentir.

—Debo decir que debiste insistir…

Caitlyn asintió de nuevo.

—…aunque al menos pusiste algo de voluntad —carraspeó—. Y, no es mi intención excusar a mi hermano, pero debes saber que es un hombre íntegro que siempre afronta sus responsabilidades, y que jamás te habría dado la espalda.

Aquello le dio de lleno. Sí, ahora lo sabía, lo supo en cuanto vio cómo acogió a Annabella en su vida, la forma en que la miraba, la protegía.

—Pero no pasaba por un buen momento —admitió Airys ahora —. Aquella mujer lo trastocó demasiado, estaba tan obsesionado con ella que… —calló en seco.

—¿Una mujer? —preguntó Caitlyn intentando sonar neutra.

Airys tragó saliva, algo nerviosa, parecía que aquello se le había escapado. Y fue Eleonor quien intervino para recordarle:

—No nos compete a nosotras contarle nada de todo aquello, Airys.

La chica asintió, pero Caitlyn ya estaba jodida.

—Eleonor tiene razón —admitió—. Que Dev decida si quiere hablarte de ella. Lo único que trataba de decirte es que quizá te cruzaste en su vida en un mal momento de la suya, y eso fue malo para ambos —suspiró—. De no estar tan fuera de sí se habría controlado un poco más contigo y… —de repente pareció cambiar el chip—, ¡y puede que mi sobrina no estuviera aquí!, así que lo doy por bueno, aunque hayamos tardado cuatro años en conocerla.

Caitlyn ya no sabía si aquello era una recriminación, una forma de excusar a su hermano o qué narices…

«Dice que te utilizó para olvidarse de otra», le aclararon sus neuronas más listas con pesar, tan sencillo como eso.

Sintió que una punzada fría le atravesaba el estómago y, aunque se obligó a tragar el nudo que se le formó en la garganta, no

pudo evitar que las palabras resonaran como un eco cruel en su pecho.

«Solo estoy aquí… porque esa otra mujer no estaba».

Se obligó a sonreír, aunque por dentro sentía que algo se rompía de forma irreparable.

«¡Han pasado cinco años, por el amor de Dios!», se dijo abatida. ¿Qué podía importar ya todo aquello? Pero de repente recordó aquel acercamiento de Devlin en la terraza de la suite. ¿Tendría algo que ver la forma en la que él huyó con… esa mujer?

«Anoche no tuvo ningún problema», contestó de nuevo una neurona avispada.

—¿Caitlyn? —intervino Eleonor ahora, dándole un pequeño toque en la rodilla.

Solo entonces fue consciente de que debía llevar unos segundos largos perdida en sus pensamientos.

—Lo siento, estaba…

—En Babia —completó la mujer por ella.

Caitlyn no tuvo más remedio que admitirlo.

—¿Y en qué pensabas? —interrogó Airys con una mezcla de curiosidad y perspicacia—, porque no terminas de decirme qué sientes por mi hermano

—Ya —sonrió a medias, pero no añadió nada más.

Airys entrecerró los ojos.

—Eres rara.

—Sí, eso me han dicho.

—Devlin —acertó.

—¿Quién más iba a decirme lindezas semejantes? —esbozó una sonrisa perezosa—, debe de ser de familia. —La miró con curiosidad —. ¿También le preguntas a él este tipo de cosas?

—Devlin puede ser muy hermético —suspiró.

—Pero ha terminado contándote lo de la fiesta… —se encogió de hombros.

Ni siquiera fue consciente de la bomba que acababa de lanzar en mitad del comedor.

—…y eso que me pidió que no os lo dijera. —Frunció el ceño—. Bueno, pidió es un decir, me lo exigió más bien.

Airys la miraba ahora con una expresión de lo que parecía desconcierto.

—Eh…, sí, él… tiene malos modales, a veces.

—Eso es quedarse corta —protestó Caitlyn—. Yo creo que disfruta amargándome la vida. —Apretó los dientes—. Habría servido con que me pidiera que le dejara contároslo él, ¿no te parece?

Airys la observaba con los ojos muy abiertos, hasta el punto de obligarla a preguntar:

—¿Qué te pasa?

La chica negó con un gesto y acabó añadiendo:

—Nada, solo pensaba en eso que dices —carraspeó—, y… creo que tienes toda la razón.

—¿Verdad? —se animó—. Aunque te confieso que no entiendo tanto alboroto por algo tan poco relevante —suspiró, cohibida ahora —. Al fin y al cabo, no creo que tenga mucha importancia dónde… —miró a la pequeña y bajó la voz— nos comimos esas perdices.

—Eh…, esto… —balbuceó Airys, para acabar diciendo—: ¡Ay Dios!

Caitlyn la miró desconcertada.

—¿Te encuentras bien?

Airys miró a Eleonor con los ojos abiertos de par en par.

—¿Por qué no pareces tan sorprendida? —casi le susurró.

Para Caitlyn aquello comenzaba a resultar muy raro; hasta el punto de mirar a ambas mujeres con un gesto mezcla confusión y desconfianza.

—¿Vais a decirme qué demonios pasa? —Se acabó cansando—. ¿Qué me he perdido?

Eleonor intentó sonreír, pero era evidente que estaba algo tensa.

—¿Lo sabías? —interrogó Airys de nuevo.

La mujer negó con un gesto, y Caitlyn la miró con sorpresa.

Mentía.

Aquello estaba claro y lo sintió en cada poro de su piel, sin dudas, sin temor a equivocarse. Era una certeza extraña, como las que la asaltaban cuando tomaba a alguien de las manos, pero ni siquiera estaba rozando a Eleonor. ¿Cómo era posible?

Pero tenía cosas más serias de las que preocuparse.

—¿Quién de las dos va a decirme de qué va todo esto?

Airys la miró con un gesto extraño, mezcla ansiedad, sorpresa y curiosidad.

—Estuviste en aquella fiesta de disfraces… —repuso Airys en un tono ambiguo.

—Eh… —Caitlyn tragó saliva, desconcertada, no tenía claro si aquello era una pregunta o una afirmación—, sí.

—¿Disfrazada de gata?

Caitlyn no entendía nada y empezaba a mosquearse. Para mayor desconcierto, casi podía sentir el corazón de Eleonor acelerarse con cada palabra.

—Oye, ¿qué te ha contado Devlin exactamente? Porque…

—Por favor, necesito oírtelo decir, ¿ibas disfrazada de…?

—Sí, sí, de Catwoman, pero que…

Airys se puso en pie con cierto nerviosismo y Caitlyn tras ella.

—Dime que ya sabías todo esto —rogó abatida.

La expresión de culpa de Airys le dio la respuesta, y Caitlyn estuvo a punto de hiperventilar.

—Oh, joder, ¡va a matarme! —De repente le faltó el aire.

—Si aún no te ha matado —murmuró Airys entre dientes—, dudo que ya lo haga.

—Pero has dicho que él te lo había contado, Airys. —Estaba muy confundida—. Si no es así, ¿cómo demonios sabes de qué iba disfrazada?

Airys soltó aire con fuerza. Tampoco parecía estar muy cabal. Se la veía perdida en sus pensamientos, como si estuviera intentando pensar o hacer memoria, pero ¿sobre qué?

—Vamos a mantener esta conversación entre nosotras de momento —acabó diciendo Airys—, ¿te parece?

Más secretos. Pero ¿qué demonios pasaba con aquella familia?

—No le diré a mi hermano que me has dicho nada —propuso—, aguardaré hasta que él quiera contármelo y…

Caitlyn frunció el entrecejo sin entender nada.

—Tiene guasa que os atreváis a llamarme rara a mí —dijo entre dientes—. No sé qué problema tenéis ambos con esa fiesta, pero en

ella viví uno de los momentos más horribles de mi vida, aunque también me dio lo más hermoso —señaló a la pequeña—, así que no me arrepiento de haberme colado.

Con una expresión confusa, Airys la miraba de nuevo con atención, como si intentara leer todos sus secretos a través de sus ojos.

—Cuando dices que viviste momentos horribles…

Caitlyn apretó los dientes.

—Esa parte que te la cuente tu hermano. —Cruzó los brazos sobre el pecho, cerrándose en banda.

Ella ni siquiera entendía del todo aún la actitud de Devlin aquella noche, su cambio tras poseerla, pero antes se haría el harakiri que hablar con él sobre ello.

Airys asintió.

—Voy a irme ya —declaró de repente—. Tengo algunas cosas que hablar con Callum.

Pero Caitlyn sospechaba que aquello solo era una excusa para irse. Aún parecía demasiado desconcertada por… ¡lo que narices fuera!

«¡Qué familia de locos esta!».

Miró a su hija con cierto pesar.

«Entre unos y otros, no sé cómo has salido tú tan normal».

Y entonces la pequeña movió sus manitas en el aire… y dos croissants desfilaron por la mesa bailando en fila india.

Caitlyn suspiró y estuvo a punto de soltar una carcajada nerviosa.

Capítulo 31

Cuando Airys salió del comedor, Caitlyn miró a Eleonor con atención. La mujer la observaba con una sonrisa maternal en los labios.

—No sé qué os traéis entre las dos —le dijo la chica, entrecerrando los ojos—, pero no me gusta. Y esto me va a crear problemas con Devlin.

—¿Acaso no los tienes ya? —bromeó la mujer.

—Por eso, no necesito más. —Cruzó los brazos sobre el pecho —. Prefiero pasar desapercibida y que él se olvide de que estoy aquí.

La mujer la contempló con cierta curiosidad y declaró:

—¡Qué cosa más imposible! Y ¿de verdad es eso lo que quieres?

Aquello la pilló desprevenida. ¿Qué pregunta era esa?

—Claro.

—Prueba otra vez —sonrió la mujer—. Puede que si lo repites, acabes creyéndotelo.

La chica suspiró, ¿tan transparente era? Miró a Eleonor con una expresión de abatimiento.

—Devlin me odia —afirmó en un tono de tristeza inevitable.

La mujer clavó en ella una mirada tierna.

—Solo está enfadado por haberle ocultado a su hija —opinó—, pero se le pasará.

—Esto no es solo por Anna —decidió ser sincera—. Aquel encuentro en la fiesta fue… —Ni siquiera era capaz de calificarlo. Pasó de la felicidad más absoluta a un dolor lacerante que jamás logró superar—. Yo también tengo enquistadas muchas cosas que no sé si algún día podré perdonarle.

La mujer asintió.

—Sí, parece que hay mucho sobre lo que deberíais hablar.

—Será mejor no remover todo aquello.

—Jamás sanaréis entonces —repuso en un tono de tristeza—, y todo estará perdido.

A Caitlyn le intrigaba mucho aquella mujer. Sentía que se callaba tanto…

—¿Por qué eres amable conmigo? —le preguntó de repente—. Sé que traigo las peores referencias…, y tú quieres a Devlin. Me atrevería a decir que eres como una segunda madre para él.

—Sí, por eso, porque lo soy, deseo que sea feliz.

—Eso no contesta a mi pregunta.

La mujer esbozó una sonrisa maternal y guardó silencio.

—¿Por qué tengo la sensación de que sabes más de lo que cuentas? —insistió Caitlyn.

—Porque eres mucho más perceptiva de lo que imaginas.

—¿Lo estás admitiendo?

Durante unos largos segundos, Eleonor pareció buscar las palabras apropiadas antes de empezar a hablar. Caitlyn creyó que ya no contestaría cuando la sorprendió diciendo:

—Clarissa estaba embarazada de Devlin cuando yo entré a trabajar en esta casa —contó con una sonrisa en los labios—. Ella tenía apenas veinte años y aprendí a quererla como a una hija en muy pocos meses. Era la mujer más increíble que puedas imaginar.

—Falleció muy joven entonces.

—Sí, con apenas treinta y siete años —suspiró—. Devlin tenía diecisiete recién cumplidos cuando la perdió, Callum quince y los gemelos trece.

—¿Airys y Ewan son gemelos? —se sorprendió, y Eleonor asintió —. Pues son muy diferentes.

—Airys es algo más dura —admitió—. El ser la única mujer McAllister y, por ende, no tener dones activos no ha sido fácil para ella. Siempre ha sentido que necesitaba demostrar mucho más que sus hermanos.

Sí, aquello tenía lógica. Caitlyn podía entenderlo. Se limitó a asentir y aguardar a que Eleonor continuara hablando.

—Clarissa siempre supo que tendría que partir pronto —la sorprendió diciendo ahora, con la mirada perdida en el recuerdo—. Como te digo, era muy especial.

—¿Que lo sabía? —Caitlyn abrió los ojos, atónita—. ¿Cómo? ¿Acaso las luminarias avisan de eso?

—No —negó con suavidad—. Clarissa no solo tenía una luminaria, Caitlyn, también poseía el don de la clarividencia.

Caitlyn la miró sorprendida y muy impresionada.

—Entonces…, ¿vio su propia muerte?

—La intuyó, al menos. Nunca quiso ser muy clara, pero siempre supo que su tiempo era limitado, y que Devlin necesitaría fuerza para sobrellevar lo que estaba por venir.

La conversación tomaba ahora un cariz que a Caitlyn no le gustaba. Sentía un nudo en el pecho.

—No voy a explicarte demasiado —dijo Eleonor, con tono firme pero cálido—. Él sabrá qué quiere contarte cuando esté preparado. Pero hay cosas que necesitas saber para poder entenderlo —opinó —. Que tu propio padre te traicione es una herida que no cicatriza con facilidad.

Suspiró, dejando que el peso de aquellas palabras se asentara entre ellas.

—Eso marca a una persona. Y a Devlin lo convirtió en alguien desconfiado, reservado, pero también implacable cuando se trata de proteger a los suyos. Valora la lealtad más que cualquier otra cosa, porque sabe lo que significa perderla.

Caitlyn bajó la mirada, inquieta.

Eleonor la observó en silencio unos segundos, como si pudiera adivinar el torbellino que se estaba gestando en su interior.

—Para él, Caitlyn, ocultarle una verdad como la de Annabella no solo supuso una mentira, sino una traición, y esas le duelen más que a nadie.

Caitlyn sintió que el aire le quemaba los pulmones.

—Por eso él debe entender tu propia verdad —insistió—. Cuéntale tus motivos, tus miedos, que sepa que tú también has sufrido. Necesita saber todo lo que callas.

—No creo que eso cambie nada —casi le costó hablar—. Según me ha parecido entender, él solo quería usarme para olvidar y… yo se lo permití. Lo nuestro fue pura casualidad.

Eleonor negó con un gesto.

—No puedes estar más equivocada.

—Yo no lo creo.

Con una expresión decidida, Eleonor le tendió las manos, que Caitlyn se limitó a mirar en silencio, sin moverse.

—¿Qué quieres que haga exactamente?

—Lee mis recuerdos —propuso—, me gustaría mostrarte algo.

Caitlyn la miró como si se hubiera vuelto loca de remate y explicó:

—No puedo, Eleonor, yo… no tengo activos mis dones velkanos —le recordó—. Perdí esa posibilidad cuando decidí tener a mi hija.

—Eres mucho más de lo que crees, Caitlyn.

—Lo siento, pero… —titubeó— creo que me sobreestimas y…

—Ella tenía muy claro quién eres —aseguró con ternura—, te garantizo que te valoro como debo.

Para Caitlyn aquello estaba comenzando a ser intimidante.

—¿Hablas de…?

—De Clarissa.

Se le pusieron los pelos de punta.

—¿Dices que ella te habló de mí?

—Podría decirte sus palabras exactas.

Caitlyn la observó en silencio. Todo lo que percibía en Eleonor la desconcertaba. Aquella mujer era todo ternura, luz y… confianza ciega en ella, y necesitaba saber por qué.

Calló aguardando a que la mujer hablara, y la miró perpleja cuando al fin lo hizo.

—Él la perderá… y cinco años de silencio serán su castigo —dijo en un susurro, como si alguien le dictara las palabras—, pero lo que está escrito no se borra, y su alma la reconocerá, aunque su razón luche.

Caitlyn la miraba perpleja mientras el ama de llaves continuaba:

—Cuando regrese a él, Eleonor, no dudes. No preguntes por qué. Solo ayúdala a quedarse…

Por algún extraño motivo, a Caitlyn aquellas palabras la emocionaron. Era de la madre de Devlin de quien estaba hablando, todo resultaba… desconcertante a la vez que esperanzador, pero no se atrevía a creerlo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no derramarlas, y fue muy consciente de cuánto anhelaba que aquello fuera una realidad, que

Devlin y ella tuvieran una oportunidad… Pero no podía engañarse, siempre le faltaría algo fundamental para hacer de aquel lugar un hogar. Devlin era el único que podía hacerlo realidad, pero la odiaba demasiado, eso por no hablar de que era posible que aún estuviera enamorado de otra, algo que le dolía de una forma cruel.

Frunció el ceño. ¿Y cómo encajaba Verónica en todo aquello?

Eleonor pareció leerle el pensamiento.

—Devlin no será de nadie más —susurró la mujer—, así está decretado.

«¿Decretado?».

—¿A qué te refieres? —La miró con los ojos como platos.

Recibió una sonrisa tierna frente a su desconcierto.

—Yo tampoco tengo toda la información —admitió—. Todo se revelará a su debido momento.

¿Y quería aquella información? ¿Deseaba vivir con la esperanza de que lo suyo con Devlin tuviera una oportunidad, que ella pudiera perdonarlo, que él dejara de odiarla… y tal vez la amara algún día?

—¿Qué pasa con Verónica? —se encontró preguntando, sin pretenderlo.

La mujer exhaló con fuerza y habló ahora con contundencia.

—No hay nada entre Verónica y Devlin —le confirmó, mirándola a los ojos como si quisiera que se le grabaran bien sus palabras—. Nunca han tenido nada.

—¿Nunca? —Aquello la desconcertó—. ¿No han estado prometidos?

Eleonor dejó escapar una carcajada divertida.

—En los sueños de Verónica quizá —declaró—, pero a Devlin le gustan las mujeres más… parecidas a ti —sonrió.

Recibió un gesto de protesta.

—No me ayudas haciéndome creer que soy para él algo más que un… —carraspeó y guardó silencio. Lo que iba a decir sonaba feo, aunque fuera la verdad y para Devlin no fuera más que un polvo.

—No sé qué te habrá dicho ese insensato, pero…

—En realidad, no hay forma de que me haya mentido —suspiró abatida—, así que no me endulces lo ácido, Eleonor, no me hace

bien.

No se sentía orgullosa, pero decidió confesar:

—He cometido la estupidez de aprovecharme de mi recién descubierto don para leer pensamientos —bajó la mirada, avergonzada—, y he escuchado verdades sin las que hubiera podido vivir.

La mujer frunció el ceño, como si estuviera intentando entender aquella información. Acabó mirándola con una mezcla de diversión y benevolencia.

—Caitlyn…

—Sí, sé que es un abuso y…

—Además de imposible.

—…pero no sé qué me posee para… —se interrumpió en seco y la miró confusa—. ¿Por qué dices que es imposible?

—No puedes leerle los pensamientos a un sahir —aseguró—, y mucho menos a Devlin.

—Claro que puedo, yo… escucho…

—Lo que él quiera que escuches, Caitlyn —sonrió—, porque te aseguro que tarda solo una décima de segundo en darse cuenta de lo que intentas.

Le costó interiorizar y comprender del todo el alcance de aquella información, pero cuando lo hizo, montó en cólera.

—¡Será desgraciado! —bramó, furiosa consigo misma por no haberse dado cuenta.

La rabia le subió como una ola ardiente por el pecho. Todas aquellas veces que lo había pillado pensando algo cruel, burlón, irritante… ¡solo eran provocaciones deliberadas y calculadas!

—¡Voy a matarlo! —gruñó más para sí que para Eleonor—. ¡El muy…!

Caitlyn se levantó de golpe, encendida de furia.

—Bueno, al menos sabes que no lo decía en serio —le recordó la mujer—. ¿Eso no te alegra?

—¡No! ¿Es que no se cansa de burlarse de mí?

Eleonor carraspeó.

—A ver, Caitlyn, siendo honestas, tú no deberías haber andado hurgando en su cabeza sin permiso.

Caitlyn apretó los dientes.

—Eso no es un condicionante para…, eh… —Quizá sí lo era y lo sabía, pero la ira podía más que la razón—. ¡Me da igual! Esta voy a devolvérsela.

Cruzó los brazos sobre el pecho, enfurruñada, sin dejar de blasfemar para sí.

Annabella, que llevaba largo rato entretenida con su Orbis, miró a Eleonor con una expresión divertida.

—Creo que está enfadada de nuevo con mi papá.

—Sí —asintió Eleonor—, supongo que aún tienen algunas cosas que solucionar.

Caitlyn ya no escuchaba nada más que su furia. Iba a devolverle con creces aquella burla a Devlin. Algunas cosas que había puesto en sus pensamientos le habían dolido mucho, demasiado como para pasarlas por alto.

Pero no eran ciertas. Quizá no era tan mediocre y olvidable, ni tan fea recién salida de la ducha y, según parecía, tampoco estaba loco por estar con su Verónica, y mucho menos tenía intención de… beberse aquel zumo.

—¡Qué cabrito! —musitó, pero de repente el enfado parecía haber cedido un poco.

Y el cabrito en cuestión entró en ese instante en el comedor, como el que viene de hacer yoga: tranquilo y relajado. Claro que le duró solo hasta que vio la mirada asesina que Caitlyn puso sobre él.

—¿Es necesario que me perdones la vida a cada rato? —acabó preguntándole Devlin, aunque con una sonrisa burlona.

En lugar de negarlo, ella aceptó:

—Totalmente, ¿te molesta?

—No, solo era por saberlo.

¡Ella era la que sabía un montón de cosas en ese instante! Pero iba a callárselas hasta poder devolverle una por una.

—¡Papi! —Le tendió Annabella los bracitos, y él la izó—. ¿Ya podemos entrenar?

—Por supuesto, ya soy todo tuyo toda la mañana.

—Claro, ahora que se supone que ya desayunaste… —ironizó Caitlyn por lo bajo.

—¿Decías algo? —La miró con sorna.

—No, pero ya que preguntas… ¿Cuándo es la boda? —Sonrió con lo que esperaba que fuera naturalidad—. ¿Annabella podrá tirar las flores delante de la novia?

Lo vio mirarla con el entrecejo fruncido.

—Papi, no quiero que te cases con esa señora —repuso la pequeña—. No me gusta.

Devlin esbozó una sonrisa mezcla arrogancia y cinismo.

—No voy a casarme con Verónica —le aseguró, y miró a Caitlyn —, y parece que tu madre también lo tiene ya muy claro, ¿me equivoco?

—¡Eres un idiota!

—Tú te inventaste ese compromiso —se encogió de hombros—, y no quise decepcionarte.

—¡Yo no inventé nada! —protestó—. ¡Fue esa arpía quien me lo dijo cuando la enviaste a echarme de aquí hace cinco años! —escupió entre dientes, dolida, sin ser consciente de sus propias palabras.

Él la miró con una expresión de perplejidad absoluta.

—Perdona, ¿qué acabas de decir?

—¡Que no me he inventado nada! —rugió, ajena a la bomba que acababa de soltarle en la cara—. Pero que conste que me daría igual que te casaras con diez Verónicas.

Annabella le giró la cara a su padre para mirarlo de frente mientras le decía:

—Pero tú solo quieres casarte con mi mamá, que es la más guapa de todas, ¿a que sí?

Devlin miró a su hija con una extraña expresión, de repente parecía estar tan desconcertado que no podía reaccionar a nada.

—Lo siento, Anna —intervino Caitlyn de inmediato—, pero yo no me casaría con este… sahir —sonó a insulto— ni bajo amenaza de muerte.

Sin añadir una palabra, salió del comedor pisando fuerte.

Eleonor observó a Devlin con atención hasta incomodarlo aún más de lo que estaba, tras ciertas cosas que Caitlyn había dicho.

—¿Qué? —acabó diciéndole, irritado—. ¡Yo tampoco me casaría con esa bruja! No sufras, no me afecta nada de lo que salga por su boca.

Pero Eleonor era demasiado perspicaz para no leer entre líneas.

—Eso que ha dicho de que mandaste a Verónica a echarla de aquí…

Devlin no pudo evitar mostrarle su desconcierto, a pesar de decir:

—Está loca. —Pero en su voz se escuchó un ligero titubeó.

—Dev, hijo, necesitas enfrentarte a tus sentimientos por Caitlyn —le sugirió con cautela—, a todos ellos.

—Eleonor…

—Sé que ella es la mujer de aquella fiesta —reveló sin dudarlo.

Él la miró con una expresión mezcla vergüenza e ira.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, lo supe en cuanto me hablaste de la niña.

—¿Cómo?

Le costó hacerle aquella confesión, pero acabó admitiendo:

—Porque hace mucho tiempo que la esperaba de regreso —suspiró—. Es la mujer de tu vida, Devlin

—¡No digas nada más! —interrumpió molesto.

—La has buscado durante cinco años.

—Sí, para que me devolviera mi vida —apretó los dientes—, por nada más. La he odiado con todas mis fuerzas durante todo este tiempo, lo sabes mejor que nadie.

Y era cierto, ella era de las pocas personas con las que se había confesado a lo largo de los años, en quien había depositado retazos de su verdad, pero eso no le impedía cerrarse ahora.

—Vamos, Devlin, ¿de veras ves a Caitlyn con la capacidad de lanzarte ningún tipo de hechizo o sortilegio?

Él desvió la mirada y apretó los labios.

—Tú no la conoces como yo —replicó en un tono seco, enfadado al comprender que incluso en su interior comenzaban a aflorar las dudas—. Hay cosas de ella que aún no sabes, pero me encargaré de ponerlo todo en su lugar.

Eleonor lo observó con una tristeza que parecía pesarle en los huesos.

—Pues espero que… *ese lugar* del que hablas sea también el que el destino te tenía reservado.

—Soy dueño de mi propio destino, Eleonor —declaró con frialdad.

Ella bajó la cabeza, resignada, y exhaló un suspiro profundo, casi maternal, cargado de pena.

—Solo espero que elijas bien, hijo —murmuró—. Créeme si te digo… que el infierno tiene formas de mostrarse mucho más insoportables que las que conoces.

Y aquello sonó a presagio…, justo lo que era.

Capítulo 32

Keira llevaba diez minutos en videollamada con Caitlyn, escuchando a su amiga blasfemar y soltar improperios, haciendo aspavientos, mientras ponía a Devlin McAllister a caldo. Tratar de razonar con ella en ese momento resultaba utópico y ni siquiera lo intentó.

—¿Es que no piensas decir nada? —terminó protestando Caitlyn cuando se le acabaron los insultos, mirando la pantalla con algo más de serenidad.

—¿Serviría de algo?

—¡Pues para saber que no estoy hablando sola!

—A ver, si te soy sincera, hace ya bastante rato que desconecté de la conversación, así que en teoría…

—¡Vete al garete!

Keira rio.

—Te desconozco, Caitlyn —admitió—, te juro que jamás creí que pudiera verte en ese estado. Selena es la irascible e impaciente, tú la serena y cabal y yo la estupendísima de la muerte —expuso en un tono de lo más normal—. Un trío armónico.

Caitlyn no pudo evitar reír y Keira replicó:

—Eso está mucho mejor. Ahora inspira…, expira…

—Voy a colgar.

—Leches, date un respiro —protestó Keira—. A ver, ¿dónde estás? Muéstrame los alrededores.

Caitlyn le concedió el deseo.

—Me puse a andar y he terminado en los jardines —contó, y paseó el móvil para que viera los alrededores, incluido el impresionante castillo que se veía al fondo.

—¡Guau! Podría vivir en un sitio así.

—Sí, y yo —se le escapó a Caitlyn.

Abatida, tomó asiento en un banco de piedra junto a un rosal salvaje, cuyas espinas y ramas enredadas parecían reflejar el caos

de su interior, pero incluso en pleno enfado, ya se había imaginado transformando aquel paraje en algo hermoso. Se sorprendió pensando en flores nuevas, en guías de color escarlata trepando con elegancia por los arbustos, en convertir ese rincón agreste en algo tan bonito que doliera mirarlo.

—A ver si te vas a perder, Caitlyn —bromeó su amiga—, que eso parece tener algunos recovecos.

Caitlyn suspiró.

—He dormido en la biblioteca —confesó.

—¿Es una broma? —Rio, pero la miró estupefacta al recibir una negativa—. ¿Cómo demonios llegaste a la biblioteca?

—Tenía hambre e intenté encontrar la cocina —explicó, como si con aquello estuviera todo dicho.

Se abstuvo de mencionar que había amanecido arropada con un retrato de Devlin, entre otras cosas que sucedieron durante la noche, y creyó, ilusa, que se libraría de tener que contarle.

—¿Estás más tranquila? —interrogó Keira ahora.

—Sigo queriendo matarlo. —Se encogió de hombros.

—Y no seré yo quien lo impida —aclaró, y carraspeó—, pero regresemos a algo que has dicho mientras parloteabas como una loca.

Caitlyn frunció el ceño, había dicho tantas cosas…

—¿Has mencionado que te metiste en sus pensamientos tras… un intercambio de fluidos? —sonrió, divertida—. Porque juraría que te he entendido eso.

¡Mierda! Intentó hacerse la despistada.

—No sé de qué me hablas.

—Mediocre y olvidable, creo que piensa él.

—¡Pero miente, el muy odioso! —se irritó de nuevo—. Te aseguro que no ha tenido nada de mediocre y… —Keira apenas podía aguantar la risa—. ¡Eh, me has liado!

Entre risas su amiga admitió:

—Es que es muy fácil, estás demasiado ofuscada —opinó—. Mejor no te enfrentes a él hasta calmarte un poco.

Su amiga volvió a blasfemar y Keira siguió riendo.

—Pero cuéntame, amiga querida.

—Joder, para haber desconectado —interrumpió Caitlyn— no se te escapa una.

—Y me estoy mordiendo la lengua para no ponerte más nerviosa —aclaró—, porque en cualquier otro momento diría algo como… ¡¿*te has tirado al puñetero Devlin McAllister dos veces*?!

Caitlyn exhaló aire con fuerza y Keira insistió:

—No tuve tiempo de gritártelo cuando nos despedimos, porque me habrían escuchado en todo el hotel, pero… —se interrumpió y murmuró—: mierda.

—¿Qué?

—Creo que mi abuela me ha oído.

—¡Keira! —Sintió su cara arder.

—Me está preguntando si estoy hablando contigo.

—Te mato.

Y durante unos segundos creyó que quizá bromeaba, pero Davina Carmichael entró en su ángulo de visión justo en ese instante.

—Fingiré que no he escuchado nada —declaró la mujer, y miró a su nieta—, espero que el resto del vecindario siga mi ejemplo.

—Ay, Dios… —Caitlyn no sabía dónde meterse.

—Abuela, estaba a punto de darme los detalles —protestó.

—¡No es verdad! —aseguró Caitlyn—. Yo… no… —resopló—, creo que me está fallando la cobertura.

Ambas sonrieron ahora, mirándola desde el otro lado.

Bromearon durante unos minutos. Después, se pusieron algo más serias y Caitlyn le contó a Davina cómo iban las cosas en el castillo y lo poco que sabían de la investigación sobre Varek.

—Tienes que llevar mucho cuidado, Caitlyn —le dijo ahora la mujer.

—Sí, lo sé —suspiró algo melancólica—, y tengo claro que aquí soy prescindible

—¿A qué te refieres?

Caitlyn apretó los dientes.

—Que yo desapareciera sería lo más… conveniente para los McAllister.

—Ni se te ocurra insinuar algo así —la regañó Davina.

¿Cómo le decía que el mismo Devlin lo había admitido? Para aquella mujer los McAllister eran de moralidad intachable, sería mejor no ahondar en el tema. Y entonces recordó algo que quería preguntarle.

—Davina, quería hacerte una consulta sobre mi tatuaje.

Le habló de su fénix, de cómo y cuándo llegó a su piel, de que había creído todos aquellos años, de forma errónea, que era un tatuaje velkano. Solo se calló la reacción de aquel fénix frente a Devlin, porque le daba demasiada vergüenza admitir el deseo intenso y desproporcionado que sentía por el sahir.

Cuando guardó silencio, la propia Davina también lo hizo.

—Es algo extraño eso que cuentas, Caitlyn —acabó diciendo cuando Keira terminó instándola a hablar.

—¿Extraño?

Aquello no se lo esperaba. Escuchar a una guardiana decir algo así era preocupante, y aún más cuando informó:

—Quiero ver ese tatuaje de cerca.

—¡Sí! —exclamó Keira, feliz—. ¡Por fin se alinean los astros para permitirme visitar el castillo McAllister!

Su abuela la amonestó con la mirada.

—Claro, como tú ya lo conoces… —se quejó Keira por el silencioso regaño.

—Además, Airys quería comentar conmigo varias cosas sobre Annabella —contó la mujer.

—¿Has hablado con ella de mi hija? —Aquello le molestó un poco.

Davina sonó sincera.

—Hay que valorar qué hacemos con su don Veritas —le recordó —, pero no te preocupes, cualquier decisión que consideremos siempre será en consenso tanto contigo como con su padre.

«Y si su padre está de acuerdo, ¿cuánto importará mi opinión?», se preguntó, pero se abstuvo de decirlo en alto.

—Voy a mirar mi agenda —dijo ahora Davina—, a ver cuándo podemos escaparnos.

—Estamos a veinte minutos en coche, abuela, tampoco creo que haya que hacer cábalas.

La mujer la miró con un gesto serio y Keira prefirió guardar silencio. Cuando salió del plano y se alejó, aprovechó para añadir:

—Vale, intentaré cuadrar mi agenda con la tuya para coincidir, *abu*.

Caitlyn no pudo evitar reír.

—Ya la tengo cuadrada, en realidad —canturreó Keira—. Acabo de cancelar todo lo que tenía que hacer ese día, sea el que sea.

—Pues no sabes cuánto te necesito aquí —concedió la velkana con sinceridad.

—De momento, voy a mandarte un regalito por si quieres volver a… perderte en la biblioteca.

—Ni se te ocurra.

—Oh, sí, ese hombre se morirá por perderse contigo en…

Una voz rugió tras ella cortando en seco cualquier intento de conversación.

—¡¿Cómo se te ocurre largarte así?! —tronó Devlin, avanzando con paso firme y los ojos encendidos de furia.

Caitlyn se giró sobresaltada, encontrándose con su rostro tensado por la rabia, la mandíbula apretada y los puños cerrados a ambos lados del cuerpo. No era solo enfado lo que irradiaba su mirada, era preocupación disfrazada de reproche, un torbellino de emociones contenidas a punto de desbordarse, que él escondía muy bien y ella no supo ver.

—Te dejo, Keira —declaró en lo que esperaba fuera un tono frío —. Al parecer, he vuelto a cometer otro error imperdonable, castigado con la pena capital.

Colgó el teléfono y se enfrentó a él. Aún estaba enfadada y tenía demasiadas cosas que reprocharle como para disculparse.

—Lo primero, me bajas el tono —empezó diciendo.

—¡Menuda cara tienes! —vociferó Devlin—. Todos en el castillo están preocupados mientras tú andas aquí de charlita.

—Todos no —lo enfrentó—. ¿O ahora vas a fingir preocupación?

—No, la verdad —sonrió con acidez—, pero eres una maldita molestia.

—Vaya, lo lamento, a la próxima te prometo estar muerta para que sientas que no has perdido tu tiempo, ¿te parece?

Lo vio apretar los dientes.

—Me va perfecto, sí.

—Genial.

Pasó ante él dispuesta a caminar de regreso al castillo, pero Devlin la retuvo de la muñeca, que ella se encargó de recuperar de un fuerte tirón.

—Ya que estamos —repuso, irritado—, creo que tenemos una conversación pendiente, y este es un buen lugar para mantenerla.

Caitlyn miró a su alrededor, solo se respiraba silencio, y estar tan aislada junto a Devlin no era nada bueno.

—Quiero volver al castillo —declaró.

Los nervios hicieron su aparición y él lo notó al instante.

—Si lo que te preocupa es que te toque un solo pelo —esbozó una sonrisa ácida—, puedes estar más que tranquila.

Ella apretó los dientes.

—Bien, porque no tienes permiso para tocarme.

Lo vio sonreír con arrogancia.

—Pero me lo concederías en cuanto te pusiera un solo dedo encima…, no te engañes.

Aquello era tan… cierto.

«¡Gilipollas, chulo y prepotente!», pensó irritada.

—¿De qué quieres hablar? —interrogó molesta—. ¿O se trata solo de intercambiar insultos? Porque saldrías perdiendo, créeme.

—Tenemos una niña en común y no somos capaces de decirnos dos palabras sin discutir —argumentó—. Creo que tenemos problemas serios.

—Bueno, solo dale tiempo a Varek para que me mate y solucionado.

—¡Deja de decir estupideces, maldita sea! —rugió.

Ella lo miró con asombro, parecía estar realmente molesto. ¿Acaso le importaba algo, después de todo?

—La fiesta, hace cinco años —soltó de repente, pero se detuvo como si las palabras se le atragantaran.

—¿Qué?

—Te fuiste —le recordó en voz baja—. A pesar de que te pedí que…

Caitlyn dejó escapar una carcajada amarga, seca, sin un gramo de humor.

—¿Que me lo pediste? ¡Eso sí es gracioso!

Devlin soltó una maldición por lo bajo, con una mezcla de enfado y frustración.

—Antes has insinuado que Verónica tuvo algo que ver.

Ahora sí lo miró como si no pudiera creer lo que acababa de oír. ¿De verdad tenía tanto descaro?

—Dímelo tú. —Se cruzó de brazos, desafiante.

—¡Te dije que si te ibas, centraría mi vida en darte caza!

Sí, recordaba aquello con total claridad.

—Y después enviaste a tu lacaya a echarme a la calle como si fuera basura.

—¡Yo no envié a Verónica, maldita sea!

Aquello la dejó perpleja.

Por un instante, algo en su voz, quizá en la forma en que su furia parecía teñida de dolor, la hizo vacilar.

—Mientes.

—¿Por qué lo haría a estas alturas?

¿Era posible que aquella mujer hubiera actuado por su cuenta? Dudó, esta vez con una convicción inquietante. No porque confiara en él, no después de todo lo que había pasado, sino porque ahora lo conocía un poco más que entonces, y de alguna forma sabía que él jamás habría dejado que nadie más hablara en su nombre, no en algo así.

«¡Qué hija de puta!», gritó para sí. Cada una de las palabras que aquella mujer había pronunciado la había destrozado un poco más, solo porque las creyó a pies juntillas, como si fueran una verdad inexorable que él había alentado.

Bajó los brazos, aunque no sabía si quería rendirse o solo dejar de luchar contra su propio desconcierto. La rabia seguía ahí, mezclada en un torbellino que ya no sabía si era furia, miedo o dolor. Pero no podía permitirse flaquear. No otra vez.

—En realidad, no importa —murmuró, con una voz más frágil de lo que le habría gustado—. Me habría largado igual en cuanto hubiera encontrado la más mínima rendija por la que huir.

Él la miró como si la respuesta también le doliera.

—¡Yo mismo te habría puesto de patitas en la calle! —replicó entre dientes—, pero no sin pagar tu penitencia por lo que hiciste.

Ella lo miró confundida.

—¿Y qué hice que fuera tan horrible aparte de… entregarme a ti por completo? —Tuvo que contener las lágrimas. Aquello empezaba a doler demasiado.

—Me engañaste —escupió Devlin, con una dureza que no escondía el temblor de su voz—. Me ocultaste quién eras, lo que eras, solo para seducirme y verter sobre mí tu veneno.

Aquello la desconcertó. Sus ojos estaban cargados de lo que parecía odio, pero brillaban demasiado, y la obligaron a retroceder un paso por puro instinto.

¿De qué demonios la estaba acusando?

—Me sedujiste, Caitlyn —continuó más bajo ahora, como si estuviera tragándose el veneno mientras lo escupía—. Lo hiciste incluso sabiendo que en cuanto descubriera tu verdad, todo se iría al infierno.

Sus ojos, intensos, brillaban con una mezcla de rencor, confusión… y algo más que ella no quiso nombrar.

Caitlyn sintió que el recuerdo de aquella noche volvía a golpearla con fuerza: la forma en la que él la apartó tras consumar lo que para ella fue pura magia, el modo cruel con el que se desprendió de ella como si todo lo que acababa de ocurrir no hubiera significado nada. Ese rechazo seguía siendo una herida abierta, una que todavía escocía como el primer día, ¿y era él quien se sentía agraviado?

—Tienes mucha cara, Devlin McAllister —declaró entre dientes, furiosa.

—¿Yo? ¡Eso tiene gracia! —masculló—. Déjate ya de juegos, velkana, fin de la partida. —Avanzó hacia ella con los ojos inyectados en algo muy peligroso—. ¡Te exijo que me liberes!

Lo miró desconcertada.

—¿De… qué?

—¡De lo que fuera que me hiciste aquella noche!

—Estás loco.

—Quítate ya la careta, Caitlyn —rugió Devlin con una mezcla de furia y deseo contenido—. ¿Qué clase de sortilegio usaste?

Ahora sí que estaba perpleja. Parecía estar hablando en serio.

—Vi la sangre en mi ropa interior —continuó acusador—, ¿creíste que no me daría cuenta?

Sangre. ¡Dios! La vergüenza tiñó sus mejillas. Era cierto que se había comportado sin pudor, que había tomado la iniciativa, que estuvo… ansiosa por estar con él, por convertirse en uno solo, pero ella conocía su propia verdad y sabía… de dónde había salido aquella sangre, por mucho que se hubiera comportado como si hiciera aquello cada fin de semana.

—Me lanzaste un hechizo de sangre, Caitlyn. Dame la fórmula y quizá Airys pueda hacer un contrahechizo —insistió—. ¿Qué mezclaste?

Ella bajó la mirada. Dolía. Más de lo que había esperado.

—Una pizca de inocencia con otra de estupidez —susurró casi para sí.

Ella le había dado lo más sagrado que tenía y él…

Contuvo el gemido amargo que le subía por la garganta, ¡ni loca lo sacaría de su error! ¡Maldito imbécil! En aquel momento lo odió más que nunca. Él quería una villana, una hechicera, una seductora sin alma, ¡pues le daría una!

Pero no tenía ni idea de qué tipo de hechizo creía que lo estaba consumiendo por su culpa.

—¡Habla ya, maldita sea! —exigió malhumorado.

«Imbécil». Lo fulminó con la mirada y se cruzó de brazos, apretando los puños, ¡que ardiera en sus propias fantasías!

—No tengo ni la más remota idea de qué hechizo usé —repuso, encogiéndose de hombros con desdén—. Han pasado cinco años. ¿Cómo esperas que lo recuerde?

Él entrecerró los ojos.

—Así que lo admites —gruñó, dando un paso más.

—Si está tan seguro —murmuró con voz gélida—, ¿quién soy yo para llevarle la contraria, Alteza?

Él entrecerró los ojos y el silencio entre ambos se tensó como un cable a punto de romperse.

—No sigas jugando, velkana.

—Tendría que mirar en mi grimorio —replicó ella con una sonrisa sardónica —, pero creo que me lo he dejado en el otro bolso.

Él no sonrió. Sus ojos se oscurecieron y puso sobre ella una mirada cargada de una nueva resolución que… la horrorizó y la excitó a partes iguales.

—Mientras insistas en esa actitud… —caminó hacia ella muy despacio—, supongo que estoy en mi derecho de cobrarme los efectos indeseados de tu maldito hechizo.

Ella retrocedió hasta que sintió las espinas del rosal clavarse en su espalda y dañar su piel.

—Devlin… —advirtió con voz baja, ronca, sin saber si lo estaba deteniendo o provocando.

—Es lo justo. —Sus ojos ardían, cargados de lujuria—. Esto es lo que buscabas aquella noche, ¿no? —tiró de ella hacia sus brazos—, ¡pues ahora afronta las consecuencias!

Devoró su boca sin previo aviso, con brusquedad, con hambre, como si llevara años enteros, con sus días y sus noches, viviendo solo para ese instante, como si el recuerdo de su boca fuera una herida que necesitara abrir una vez más para sentirse vivo.

Fue un beso salvaje, cargado de rencor y deseo, de odio y sentimientos inconfesables, y Caitlyn se aferró a su camiseta sin saber si quería empujarlo o fundirse con él…

…y en ese instante, el jardín desapareció. El banco de piedra, las espinas, el dolor, el pasado, todo se desvaneció, y solo quedaron ellos y el incendio que jamás habían sido capaces de extinguir.

Devlin la atrajo con fuerza contra la evidencia de su excitación, y Caitlyn gimió entre sorprendida y abrumada. El impacto la dejó sin aliento, no por el gesto, sino por la oleada de fuego que recorrió su piel.

El deseo estalló dentro de ella como una tormenta salvaje, borrando el mundo a su alrededor. No había pensamientos, ni razones, ni orgullo: solo él, su roce, sus caricias, el sabor de sus labios, la dulzura de su lengua buscando la suya, reclamando su boca como si llevara años anhelándola entre sueños.

Lo que Devlin despertaba en ella bien podía ser una maldición. Una que la arrastraba, la dominaba, la despojaba de toda voluntad.

Pero una maldición compartida.

Porque él también ardía mientras se aferraba a ella con desesperación, tanta como si necesitara tocarla para seguir respirando. Y en ese momento no parecía capaz de hacer otra cosa. Ni ella tampoco.

Y justo cuando el mundo parecía haberse reducido al calor de sus bocas y la locura de sus cuerpos entrelazados, cuando una de sus manos se metía ya entre sus muslos y ascendía muy despacio en busca del paraíso…, una voz rompió el silencio con fuerza:

—¡Caitlyn, ¿dónde estás?! —se escuchó a Ewan.

Ambos se tensaron al instante, igual que si el frío de un balde de agua les cayera de pronto sobre la piel ardiente. La voz, lejana pero firme, venía del otro lado del jardín. Caitlyn apenas tuvo tiempo de apartarse antes de que otra voz, más cercana, se uniera al llamado:

—¡Devlin, ¿estás por ahí?! —escucharon ahora a Callum.

El hechizo se quebró. Y todo lo vivido en los últimos segundos de repente parecía solo un espejismo. Ella dio un paso atrás, respirando con dificultad, con las mejillas encendidas y los labios hinchados por el beso.

Devlin cerró los ojos y apretó la mandíbula, era obvio que luchando consigo mismo. Caitlyn lo contempló de reojo y supo que él estaba aquejado del mismo mal. El deseo no se había ido. Solo estaba contenido por la fuerza bruta de la realidad que los reclamaba.

—Tenemos que salir de aquí. —Pasó ante él.

—Espera —la detuvo, sin necesidad de tocarla.

Ella se quedó quieta, dándole la espalda, pero no se giró a mirarlo. Un segundo después sintió el roce suave, apenas un soplo, de las yemas de sus dedos recorriendo las marcas finas que las espinas del rosal habían dejado sobre su piel.

No dijo nada, pero el gesto bastó. Había algo reverente, casi culpable, en la forma en que Devlin tocaba cada herida como si pudiera borrarla. Caitlyn cerró los ojos, intentando no ceder a la

ternura repentina que amenazaba con hacerle más daño que las espinas.

—No importa —susurró sin volverse, con la voz apenas audible —. Ya se cerrarán. Esas no son las más dolorosas.

Pero él no apartó la mano, y ella no dio un solo paso.

Solo el sonido lejano de los que los buscaban seguía recordándoles que aquel momento no podía durar.

—Caitlyn…

Ahora sí se giró a mirarlo. ¿Había pesar en sus ojos o solo se lo estaba imaginando? No podía dejarse influir porque él pareciera pesaroso, ¡merecía estarlo!

—Ya has dicho y… hecho suficiente —declaró entre dientes.

Aquello pareció molestarlo. Lo vio apretar la mandíbula con fuerza.

—Éramos dos los que jadeábamos hace un momento —le recordó.

«Como si pudiera olvidarlo».

No tuvo que contestar, Airys se coló entre unos arbustos y llegó hasta ellos.

—¿Estás bien? —Miró a Caitlyn, que no podía disimular sus emociones contradictorias en ese momento.

Y ya no pudo soportarlo más.

—De verdad… —se le humedecieron los ojos sin remedio—, ¡dejad todos de fingir que os importa nada que tenga que ver conmigo!

Salió corriendo del jardín rumbo al castillo, justo cuando Ewan y Callum llegaban también hasta ellos.

—¿Qué ha pasado? —interrogó Callum, perplejo, viéndola alejarse de allí casi a la carrera.

Todos miraron a Devlin aguardando una respuesta, pero se limitó a decir:

—Airys, cúrale la espalda, por favor, se la ha dañado con el rosal.

Y se alejó sin pronunciar una sola palabra más.

—Vale, ya es oficial, estoy preocupado —admitió Ewan—. Nunca pensé que otra mujer pudiera afectarlo tanto de nuevo.

—Es que no es… otra mujer —expuso Airys casi en un susurro

—¿Qué? —Ewan la miró confundido.

Airys intercambió una mirada con Callum, con quien había comentado aquello hacía unos minutos, y este asintió:

—Ella es la mujer de aquella fiesta —confesó la chica.

Los ojos de Ewan se abrieron como platos enormes.

—¡¿Caitlyn es su mujer fénix?!

Su hermana asintió y musitó:

—Que no te escuche llamarla así.

—¡Joder! —Estaba perplejo—. ¿Y desde cuándo lo sabéis? ¡Porque de verdad me he estado jugando la vida!

Callum rio de forma inevitable, incluso Airys esbozó un principio de sonrisa.

—Sí, reíros, como vosotros no habéis bromeado con meterla en vuestra cama… —bufó—. Joder, he vuelto a nacer.

—Mira que eres exagerado —repuso Callum y frunció el ceño—, pero… deja las bromitas por si acaso.

Airys estaba muy pensativa.

—¿Qué creéis que está pasando entre ellos? —interrogó con un gesto de duda.

—¿Entre polvo y polvo, dices? —preguntó Ewan.

—¡Venga ya, no inventes! —protestó Callum de inmediato.

Su hermano sonrió a medias y miró a Airys.

—¿Crees que Caitlyn pueda volver a quedarse embarazada? —inquirió a bocajarro.

Su hermana le devolvió un gesto de desconcierto.

—¡Y yo qué carajos sé!

—Eso mismo le he dicho yo a Dev cuando me ha preguntado —apostilló Ewan con evidente chulería, consciente de que acababa de lanzar una bomba—, y sonaba preocupado, como si esa posibilidad fuera un hecho.

—¡Venga ya!

—¿Lo dices en serio?

Ewan sonrió complacido y comenzó a caminar de regreso a la casa mientras decía:

—Creo que tenemos que intercambiar chismes más a menudo.

Capítulo 33

A las diez de la noche, Devlin estaba sentado al borde de la cama de Annabella, aguardando a que la pequeña saliera del baño para que él le contara un cuento.

Estaba perdido en sus pensamientos, los cuales, tal y como había sucedido durante todo el día, tenían nombre de mujer. Una mujer a la que no había vuelto a ver desde aquel encuentro en los jardines.

Caitlyn, de nuevo, decidió no compartir el comedor con ellos en ninguna de las comidas, suponía que para evitar cruzarse con él, aunque sabía por Eleonor que había bajado a la cocina a hacerse un sándwich a media tarde.

Él había pasado el resto del día disfrutando de la compañía de su hija, a ratos entrenando, otros jugando, aunque debía admitir que siempre sentía la falta de la persona que, lo reconociera o no, no le habría importado que compartiera las horas con ellos.

«Estás fatal», se reprochó con amargura.

Y no pudo evitar regresar al pensamiento que llevaba torturándolo desde hacía horas: el desconcierto inicial de Caitlyn cuando había mencionado aquel hechizo.

Se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas y las manos enlazadas, como si tratara de contener las palabras que solo se decía en su cabeza.

«Sabes que eso no tiene ningún sentido», volvió a gritarle su conciencia con insistencia. Sí, quizá lo tuvo durante los cinco años que pasó buscándola, amargado por no poder tener una vida normal, maldiciendo el haberla conocido. Aquel hechizo había sido su ancla, su excusa, la justificación perfecta para no sentirse tan mal cada vez que se sorprendía deseando escuchar su risa o buscándola con la mirada en medio de un pasillo vacío. Pero no ahora, no tras conocer a la Caitlyn que había pasado toda su vida huyendo de ser… quien era. Si había lanzado algún tipo de embrujo sobre él, no había

sido premeditado, dudaba de que ni siquiera fuera consciente de ello.

«Ella lo ha reconocido», se dijo, intentando encontrarle respuesta a la frustración, pero en el fondo sabía que aquello solo había sido producto de la ira.

«Maldita sea».

Se restregó la cara con ambas manos y suspiró. Solo era una excusa. Una forma de engañarse, de no admitir que, con hechizo o sin él, estaba atrapado.

Y lo peor era… que no estaba seguro de querer liberarse, pero aún había cosas de Caitlyn que lo enfurecían demasiado.

No sabía si algún día podría perdonarla por robarle a su hija durante cuatro años, pero además ella lo había engañado aquella noche. Jamás la habría tocado si hubiera conocido su verdad, si hubiera sabido qué era, o… quizá lo habría hecho igualmente, arriesgándose a quedar cautivo para siempre, pero al menos hubiera sido su elección.

Soltó un suspiro de abatimiento.

Ninguna velkana, incluso aquellas que evitaba mencionar, tenían ningún poder mágico sobre él, y mucho menos una que ni siquiera tenía sus dones activos aún aquel día.

«Pero ¿y la sangre?», frunció el ceño. Aquello siempre lo había desconcertado, y era evidente que a Caitlyn también le dio de lleno por la expresión de su rostro cuando lo mencionó.

La puerta del baño se abrió y la vocecita alegre de Annabella le impidió seguir ahondando en aquello.

—¿Sobre qué quieres el cuento? —interrogó mientras la pequeña saltaba sobre la cama.

—¡Uno de piratas! —pidió con una sonrisa traviesa, tendiéndole el más largo que tenía en su colección.

—¿En serio, grumete?

—¡Sí, capitán!

—¿Estás segura? Es muy largo —fingió Devlin una mueca de duda—. Igual no aguantas despierta hasta el final.

—¡Puedo aguantar! —afirmó con determinación, sentándose sobre la cama como si ya estuviera a bordo del barco.

Devlin se aclaró la garganta con teatralidad y comenzó a leer, poniendo voces y entonaciones dramáticas, pero no pasó de la tercera página antes de que se le ocurriera algo mejor.

—Un momento —dijo bajito, mirando a la niña con complicidad —. ¿Qué es eso?

Y sin previo aviso, usó su telequinesis para hacer que la cama comenzara a mecerse con suavidad, igual que si flotara sobre las olas. Annabella soltó una risita emocionada. Luego, él le dio un pequeño impulso hacia atrás, y el colchón vibró como si el barco chocara con una ola invisible…

Un minuto después ambos estaban de rodillas sobre la cama, luchando contra la tormenta de su vida.

—¡Cuidado, grumete, una ola gigante a estribor! —exclamó.

—¿Cuál es estribor, papi? —preguntó la niña con los ojos brillantes.

—¡No importa, ese lado mismo! —rio, señalando al azar, mientras una almohada volaba por el aire con otra sacudida telequinética, y Devlin caía hacia atrás fingiendo haber sido abatido por el mástil.

Annabella reía a carcajadas mientras ayudaba a su padre a incorporarse, sobre una cama que no dejaba de tambalearse. Tendió una mano hacia su muñeca y, muy concentrada, la hizo levitar y la colocó sobre la *proa* del colchón.

—¡La capitana Daisy dice que hay tiburones!

—¡¿Tiburones?! ¡Madre mía! ¡Entonces no podremos saltar! —gritó Devlin, haciendo temblar la cama con más intensidad mientras ambos se reían a carcajadas.

El *barco* se bamboleó un poco más antes de calmarse muy despacio. Él se dejó caer de espaldas junto a ella, respirando hondo como si acabaran de sobrevivir a la mayor tempestad del siglo.

—Madre mía, nos hemos salvado por los pelos —suspiró, agotado—. Y ahora, marinera intrépida —murmuró—, toca dormir.

—Pero si acabamos de escapar de los tiburones… —protestó, aún riendo entre jadeos—. ¡No puedo dormir ahora!

—¿Y si vuelven? —bromeó él, tapándola con las sábanas—. Los tiburones nunca atacan a los niños dormidos, está en el manual

pirata.

Annabella soltó un bufido y se puso de pie en la cama, y Devlin se incorporó para mirarla, todavía con una sonrisa pintada en la cara, y fue entonces cuando la sintió.

Una presencia. Una mirada.

Se volvió hacia la puerta y ahí estaba Caitlyn. Apoyada en el marco, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión que no supo leer del todo. Algo entre ternura, nostalgia… y un rastro de tristeza.

—¿Te apuntas al próximo abordaje? —preguntó Devlin con una media sonrisa, en voz baja, para no romper el hechizo que aún flotaba en el cuarto.

Caitlyn no respondió enseguida, solo lo miró.

Y por un momento, él deseó con todas sus fuerzas que dijera que sí.

—¡Mami, mami! —gritó entonces Annabella, con las mejillas encendidas y su pelo negro volando mientras saltaba sobre la cama —. ¡Corre, súbete al barco, que te comen los tiburones!

Caitlyn sonrió, pero no apartó la mirada de Devlin.

—Hay cosas más peligrosas que los tiburones —dijo, sin levantar la voz, con una nota de advertencia y otra de ironía.

Él sintió el dardo entre las costillas, pero antes de poder decir nada, Annabella volvió a interrumpir:

—¡Papá hizo que el barco temblara y se moviera y todo! ¡Y los tiburones volaban! —chilló entusiasmada—. ¡No puedo dormir, no puedo! ¡Estoy llena de energía pirata!

Caitlyn cruzó los brazos, se giró hacia Devlin y arqueó una ceja.

—Muy bien, Alteza, genial idea eso de zarpar a las diez de la noche —se quejó—. Ahora no se va a dormir hasta las tantas.

Devlin frunció el ceño.

—¿Y cómo iba a saber yo que los tiburones eran el equivalente a tomarse un barril de ron pirata?

—Pues acabas de aprenderlo. Todo tiene su momento.

Él suspiró.

—¿Y qué hacemos?

—Tú sabrás. —Se encogió de hombros.

—¡Podemos leer otro cuento! —propuso Annabella—. ¡Esta vez de dinosaurios! ¿Sí, papi? ¿Sí? ¿Sí?

Miró a su hija, un tanto horrorizado, y por un momento le pareció ver un atisbo de sonrisa burlona en los labios de Caitlyn.

«Así que está disfrutando de mis errores de padre primerizo…».

—Tendré que llamar a Airys para que la duerma —se le ocurrió, como si fuera una solución lógica—. Solo le llevará un chasquido de dedos.

Recibió una mirada irritada como respuesta.

—¿Qué? —se dio por aludido.

—Nada, qué fácil es delegar en otro para que solucione los errores de uno.

—Eres una tocapelotas profesional —protestó—. ¿Ya te lo había dicho?

—Mira, eso no, qué bonito —ironizó.

—¿Qué es una tocapelotas profesional?

Ambos miraron a su hija en silencio durante unos segundos.

—Qué suerte tenemos de que no se lo hayas preguntado a Eleonor —murmuró Devlin en un tono serio.

Miró a Caitlyn, pero ella había girado la cabeza y no podía verle la cara. ¿Era un atisbo de risa lo que había escuchado o… se lo había imaginado?

Sin decir más, Caitlyn se acercó a la cama. Se sentó en el lateral contrario al que estaba Devlin tumbado, le pidió a Annabella que se acomodara y la arropó con la sábana.

La pequeña, excitada aún, se removía sin parar, sin intención de dormir ni por asomo.

—Si mañana quieres seguir entrenando —susurró su madre—, tienes que descansar.

—¿Para tener energía? —interrogó la pequeña.

—Claro, ya sabes lo importante que es dormir.

—¿Vendrá la señora de blanco a verme? —preguntó, y los miró a ambos.

—Es posible —opinó Devlin.

Annabella sonrió y le tendió a su madre la palma de su mano.

—¿Me ayudas?

Caitlyn asintió, tomó la mano de su hija y, con la yema de los dedos, comenzó a trazar sobre la palma un símbolo que fluía con una serenidad profunda. Empezó dibujando un infinito, un lazo con líneas suaves y entrelazadas, que parecían fundirse con el aire. Al llegar al centro, levantó una de las curvas y formó un corazón delicado, y al cerrarlo, justo en la base, las líneas continuaron y nació otro infinito, conectando el corazón de forma natural con el primer lazo.

Devlin observaba la escena, fascinado. La ternura con la que Caitlyn miraba a la pequeña, la delicadeza del trazo sobre la piel y la sorprendente reacción de Annabella, que se relajó poco a poco, hasta que los párpados se le fueron cerrando mientras una sonrisa tranquila asomaba a sus labios, resultó ser lo más dulce e increíble que había visto en mucho tiempo.

Y de repente, una escena muy vívida se coló en sus pensamientos. Él estaba ciego de rabia en aquel instante, pero recordaba la suavidad de sus dedos intentando hacerle ese mismo dibujo sobre la piel. ¿Era aquel susurro de calma el que él había rechazado?

—Duerme, mi niña pirata —murmuró Caitlyn muy bajito, depositando un suave beso sobre su frente.

Annabella asintió sin abrir los ojos y, en cuestión de segundos, su respiración se volvió lenta y acompasada.

Él seguía tumbado, apoyado en uno de sus brazos, sintiendo que la calma que ella acababa de proyectar sobre su hija inundaba el ambiente.

—Eso ha sido impresionante —admitió en susurros.

Ella parecía cohibida ahora.

—Ese símbolo… ¿qué es?, ¿dónde lo aprendiste?

Le costó contestar.

—Cuando tenía seis años me perdí en Callanish —contó.

—¿La isla de Callanish? —Ella asintió—. Pues tuviste mucha suerte, es una isla muy agreste.

Devlin se incorporó en la cama y guardó silencio, esperando con curiosidad a que le contara la historia. Con un gesto ahora más inquieto, Caitlyn pareció buscar las palabras, pero Devlin fue

consciente del momento exacto en el que decidió que no quería compartirla con él y se cerró en banda, como si de repente hubiera recordado que no eran amigos.

—La anciana que me encontró trazó esa runa en mi muñeca —fue todo lo que dijo antes de ponerse en pie—. Fin de la historia.

Él la miró sin poder reprimir cierto malestar mientras se alejaba.

—Intentaste… dibujarla en mi mano aquella noche.

Ella se detuvo un instante, pero no se volvió del todo. Solo bajó la cabeza y, con una lentitud cargada de furia contenida, giró el rostro hacia él.

—Jamás vuelvas a hablarme de aquella noche —espetó con la voz áspera.

Y entonces se marchó. Sin más. Sin mirar atrás.

Devlin se quedó allí, observando la puerta por la que había desaparecido, sintiendo el silencio asentarse como una bruma densa sobre el cuarto. El leve susurro de la respiración de Annabella era lo único que lo anclaba al presente.

Pasó una mano por su rostro, como si necesitara comprobar que seguía ahí, que no se había quedado atrapado en algún recuerdo del pasado.

«Maldita noche», pensó, con una amargura que no pudo esconder. Y no se refería solo a aquella noche de hacía cinco años, también a… todas las noches desde entonces.

Capítulo 34

Caitlyn asomó la cabeza por la puerta de su habitación con la cautela de una fugitiva. Sus ojos recorrieron el pasillo en silencio, atentos a cualquier movimiento, pero el castillo dormía por fin.

Había resistido como una campeona hasta pasada la medianoche, repitiéndose que no necesitaba nada, que podía aguantar, pero su estómago rugía ya con la obstinación de quien no entiende de dignidad, y el recuerdo de aquel mísero sándwich de la tarde ya no alcanzaba para engañar al hambre.

—Muy bien —murmuró, saliendo de puntillas—. Una fruta, un trozo de pan, algo discreto.

Esta vez al menos fue previsora y se aseguró de llevar consigo el móvil. Aquella tarde había fotografiado algunos de los mapas e itinerarios del interior del castillo que Eleonor le había entregado. Además, se detuvo en la puerta antes de poner un pie fuera para comprobar que… su fénix estuviera en calma, señal inequívoca de que cierto príncipe sahir no estaba cerca.

«¿Y dónde narices andará a estas horas?», se preguntó. Era evidente que en su alcoba no estaba o su espalda ardería con virulencia ahora ante su puerta.

Sin poder evitar darle vueltas a aquello y hacer sus suposiciones, descendió por las escaleras, recorrió los pasillos y entró en la cocina, donde el silencio era casi sagrado.

En la alacena encontró una cesta con bollitos de avena y manzana y no lo pensó dos veces. Cogió uno, lo partió en dos y se permitió un suspiro de alivio al darle el primer bocado.

Comió despacio, saboreando cada pedazo, como si aquello pudiera espantar el sabor amargo del día, y Devlin entró con fuerza en su cabeza de nuevo.

Debía reconocer que estaba confundida, y que, a pesar de intentar olvidar todo lo sucedido aquella noche años atrás, se moría por hacerle un sinfín de preguntas. Todo eso del sortilegio que le

reclamaba… resultaba desconcertante. ¿A qué narices se refería? ¿De qué la acusaba con tanta convicción y por qué? Esa misma mañana se había encargado de dejarle claro que no le había dedicado un solo pensamiento en aquellos cinco años, pero… eso no parecía ser cierto a juzgar por sus últimas acusaciones.

¡Ya no sabía qué creer! Pero acabaría estallándole la cabeza si no lograba apartar de su mente por unas horas a aquel maldito idiota, sus ojos verdes, el sabor de su boca, la dureza de su cuerpo cuando la atraía hacia sí y…

Gimió. ¿Por qué no podía solo odiarlo, sin más? ¡Tenía motivos más que suficientes! La noche iba a ser larga.

Y de repente se le ocurrió que quizá sería buena idea escoger un libro en el que pudiera sumergirse y aislarse de la realidad, hasta caer rendida al sueño.

Sin dudarlo, caminó hasta la biblioteca y fue directa a las estanterías, negándose a pensar en lo sucedido la noche anterior allí mismo.

—A ver…

Caminó entre los estantes con paso lento, rozando con sus dedos las cubiertas como si pudiera absorber parte de su esencia a través del tacto. La biblioteca, con su techo altísimo y lámparas tenues, la envolvía con una calma casi hipnótica. Era un refugio, uno de los pocos lugares donde sentía que podía respirar… hasta que su fénix la obligó a contener el aliento.

Devlin estaba allí, acababa de entrar en la biblioteca, lo sentía en cada latido de su ahora alocado corazón.

Un leve sonido la alertó y aquello fue la excusa para girarse a buscarlo, pero no lo encontró.

Frunció el ceño y se volvió de nuevo hacia las estanterías. El fénix seguía alerta, y Caitlyn jamás había sido tan consciente de Devlin como en aquel momento.

Si no podía verlo, si su presencia no alteraba ni una mota de polvo en el aire, entonces estaba usando su don espectral, y no sería la primera vez que la espiaba en silencio. Aquel don podía considerarse el equivalente a colarse en los pensamientos de

alguien…, y de repente ese le pareció un momento estelar para devolverle algo de su propia medicina.

La emoción le recorrió la columna, aunque no sabría decir si era de rabia, desafío o una punzada de excitación mal disimulada.

Consultó su móvil y, con un rápido movimiento, le envió un mensaje a Keira con un simple emoji, que esperaba surtiera efecto.

Unos segundos después, sonó su teléfono, esta vez una llamada normal, dada la hora.

—¿Acabas de mandarme una berenjena? —interrogó su amiga al otro lado de la línea—. Dios, ¡qué ilusión!

Caitlyn sonrió. Sabía que la curiosidad sería demasiado para Keira, a pesar de ser tarde.

—Dime que eso significa que estamos a punto de compartir una conversación de más de dieciocho —insistió su amiga.

—No molestas, aún estoy despierta, Keira —dijo como respuesta, en susurros—. Me pillas en la biblioteca, he bajado a por un libro.

Al otro lado se hizo el silencio absoluto, pero Caitlyn fingió que escuchaba y continuó:

—Sí, puedo hablar, aunque bajito —musitó—. Lo último que quiero es toparme con alguien a estas horas, y menos con cierto idiota arrogante.

—Entonces, ¿te has perdido sola o acompañada? —Rio ahora su amiga.

—Ni lo uno ni lo otro. —Dejó escapar también una carcajada.

—Ah, que lo que has perdido es la cabeza.

Caitlyn volvió a reír.

—No del todo.

Escuchó a Keira soltar un gruñido resignado.

—Qué guay, adivinanzas a estas horas… Pues nada, cuéntame, ¿qué libro vas a escoger? —preguntó divertida—. ¿El Kama Sutra? Porque debo decirte que no te molestes, ese sahir tiene pinta de conocer toditas las posturas de memoria.

Caitlyn sintió una punzada de excitación en la pelvis que la pilló desprevenida.

—¿Ningún comentario a eso? —murmuró Keira—. ¿Ni una queja?

Se limitó a carraspear y a Keira le faltó tiempo para decir:

—¡Él te está escuchando! —suspiró con fuerza—. ¡Por favor, dime que sí!

—Sí.

—Ay, ¡qué ilusión! —repitió—. Con lo que me gustan las intrigas palaciegas.

Caitlyn rio con sinceridad.

—Eres única, Keira, una apuesta segura —sonrió.

—¿Y tú estás segura de que él no puede oírme?

—Por supuesto —afirmó Caitlyn—, pero déjate de recomendaciones de libros.

—Mejor en vídeo, donde va a parar, y si es en vivo y en directo, mucho mejor.

—Quiero alguno que no incluya magia ni príncipes odiosos y prepotentes.

—¿Entre tus piernas, dices?

Caitlyn se mordió los labios, intentando controlar el deseo que comenzaba a recorrer su piel al saberlo observándola.

—Ni en la portada.

—Pues qué rollo, pero hablando de príncipes…

—No tengo intención de hablar sobre príncipes, a no ser que se conviertan en sapo al final del cuento —dijo Caitlyn con una sonrisa.

—Cuéntame lo que quieras entonces…, soy toda oídos, intentaré colaborar.

—Es que no hay nada que contar sobre Devlin —aseguró ahora con firmeza—, me resulta indiferente.

—Muy bien, que se entere ese listo… de lo mentirosa que eres. Sigue, sigue, expláyate.

—A ver, Keira, no soy ciega, reconozco que no es feo —siguió fingiendo que miraba los libros de forma distraída—, pero creo que en el pasado lo que me ponía era el cliché de que fuera amigo de mi hermano. En realidad, el sexo con Devlin es muy normalito, tirando a básico.

—Toma derechazo —canturreo Keira—. Si lo que buscas es provocarlo para que te demuestre lo contrario, vas genial.

—¡No!

—Sí, claro, finge que no tienes las bragas húmedas en este momento.

—¡Joder, Keira! —Aquella protesta fue de verdad, pero acabó contagiándose de las carcajadas de su amiga—. Si lo que quieres son tipos de anuncio, espera a conocer a algunos de sus guardias del castillo. ¡Mamma mía!

—Que te va a empotrar, Caitlyn…, que te la estás ganando.

Aquello le arrancó un gemido que tuvo que sofocar con otra carcajada, aun así, no se detuvo ahí.

—Con uno de ellos en concreto no me importaría perderme en el bosque…

—Y las dos sabemos quién es y qué título ostenta.

—…un rato largo —agregó Caitlyn.

—Tienes ganas de matarme ahora mismo, ¿a que sí?

—¡Cómo me conoces!

Keira rio de nuevo.

—¿Y hasta dónde piensas seguir, Caitlyn? Porque para que la venganza se sirva fría, no puedes calentar tanto el ambiente.

—Creo que das por hecho demasiadas cosas.

—Ah, que piensas que nada de todo esto le importa, ¿no?

—Ya ni sé.

Y por desgracia era verdad. Que ella creyera estar devolviéndole a Devlin algo de su propia medicina no lo hacía real.

—Amiga, descansa…, si es que te dejan —declaró Keira, divertida—. Y ya me dirás qué te parece mi regalo, te lo he mandado esta tarde. No es el Kama Sutra, pero ayuda a calentar el ambiente.

—¡No fastidies, Keira, ¿qué se te ha ocurrido enviarme?!

—Tendrás que esperar a mañana.

—Dime al menos a qué hora llegará para estar pendiente.

—Disfruta de tu merecido escarmiento, *amigui*.

Keira colgó sin más y Caitlyn se mordió los labios, incómoda frente a su inevitable excitación. El fénix ardía ya en su espalda de

forma imperiosa, y de repente la intimidad de la biblioteca le resultaba sofocante.

Soltó el teléfono sobre una balda y fingió seguir buscando, a la espera de… ¿de qué?

«¿Y si a él todo esto le importa un bledo y estoy haciendo el ridículo?».

Pero algo le decía… que Devlin no iba a aguardar mucho más para mostrarse.

Se agachó a tomar un libro de la penúltima balda y cuando se puso en pie y fue a girarse…, se lo topó frente a frente, a escasos centímetros de distancia, y casi chocó contra él.

No tuvo que fingir sorpresa. Por mucho que lo hubiera previsto, no esperaba que se materializara tan cerca. Un leve jadeo escapó de sus labios antes de que pudiera frenarlo, y su magnética presencia lo inundó todo, tanto que por unos segundos se olvidó hasta de respirar.

Él no le habló enseguida. Se limitó a apoyar una mano en la balda que estaba justo sobre su cabeza y la observó, como un depredador que acaba de abandonar su escondite y aún decide si devorar o no a su presa.

—¿Se supone que deberías intimidarme? —se obligó a romper ella misma el silencio.

Él parecía valorar su siguiente paso.

—¿Acabas de llamarme cliché? —interrogó al fin con cierta ronquera y los ojos echando fuego—. ¿Acaso conoces a muchos como yo?

A Caitlyn se le secó la garganta, casi podía sentir su aliento sobre el rostro.

—No está bien esconderte para espiar las conversaciones ajenas —replicó, fingiendo irritación.

—Solo escucho las que me dedican especialmente.

Ser tan evidente la fastidió, pero lo escondió bien.

—Eres un ególatra y un prepotente de cuidado.

Él le dedicó una sonrisa justo a la altura de aquellas palabras, pero acabó poniéndose serio para decir:

—Vale, ¿quieres que juguemos a eso? —inquirió—. Pues te informo, por si tienes alguna duda, de que ninguno de mis hombres osaría ni siquiera mirarte.

Caitlyn soltó una carcajada vacía mientras sentía cómo su libido comenzaba a tomar el control.

—¿Por qué soy una velkana? —ironizó.

—¡Porque eres mía! —recortó la distancia hasta su cuerpo—, y te aseguro que todos lo tienen muy claro, excepto tú, al parecer —le miró los labios—, y creo que ya va siendo hora de que lo entiendas y lo asumas.

El cuerpo de Caitlyn estalló en llamas sin remedio, pero intentó esconderlo.

—¿Y qué piensas hacer, forzarme?

Él la miró con arrogancia y llevó la mano libre a su cintura, que le quemó la piel incluso por encima de la ropa.

—¿Crees que lo necesito?

—Es la única forma en la que podrás tenerme —aseguró con una certeza que hasta a ella le sorprendió que sonara tan sincera… siendo tan mentira.

Para su asombro, lo sintió dudar. Fue solo una décima de segundo, pero la duda cruzó su mirada y la llenó de una extraña gratificación.

Aunque no duró mucho.

—No necesitas provocarme más, Caitlyn —la mano abandonó la cintura para descender por su cadera—, hace rato… que te ganaste lo que vas buscando.

Ella se limitó a soltar un chasquido cargado de sarcasmo.

—¿No me crees? —interrogó él con un gesto malicioso—. Te dejo leer mis pensamientos…, de nuevo —sonrió—, pero prometo sinceridad esta vez.

—¡Eres un cabronazo!

Se revolvió e intentó alejarse, y Devlin se vio obligado a usar también la mano que tenía sobre la estantería para retenerla.

—Vale, sí, reconozco que no ha estado bien por mi parte divertirme a tu costa —admitió con cierta jocosidad—, pero tú tampoco tenías derecho a meterte en mi cabeza.

—¡Ni tú a espiarme escondido entre las sombras!

—Tienes razón, empate —concedió—. Te disculpo incluso por tratar de devolvérmela usando a tu amiga.

No sabía si pegarle o rogarle…

—Muy seguro estás de que no pienso todo lo que le he dicho a Keira —dijo entre dientes.

Ojalá pudiera convertirse en la mujer de hielo que pretendía ser y salir de allí indemne, pero los *ojalás* no eran realidades, y todo su ser se moría por… derretirse bajo el calor de sus manos.

—Jamás he estado más seguro de algo —susurró con un infierno en la mirada—, porque, es hora de reconocerlo, Caitlyn, no hay nada de… *normalito tirando a básico* entre nosotros.

—Claro, tú prefieres llamarlo olvidable y mediocre —masculló.

Él soltó una carcajada sincera.

—Eso te dio de lleno, ¿no?

—¡Te odio!

—Como yo a ti —declaró ahora con cierto pesar—, pero eso no me impide desearte hasta volverme loco.

Sus manos descendieron por su trasero y la atrajo con fuerza contra su imponente erección. Caitlyn tuvo que controlarse mucho para contener un gemido. La lujuria que leía en sus ojos y que le prometía el más ardiente de los infiernos la estaba matando.

—Siénteme, ¿te das cuenta de cómo me tienes? —musitó con una ronquera absoluta—. No puedo pasarme el día entero así, Caitlyn, ten piedad y dame un respiro.

Se le secó la garganta. Aquella confesión resultó ser un potente afrodisiaco contra el que ya no podía luchar, quería darle… aquel respiro con toda su alma. Porque, no estaba equivocada, él le estaba pidiendo…

Clavó en él una mirada ardiente y tuvo la osadía de colarse en sus pensamientos en busca de la respuesta, que llegó alta y clara:

«Quiero follarte hasta desfallecer, Caitlyn». Aquello provocó que el gemido que había estado conteniendo brotara de su garganta con intensidad.

La atrajo ahora con una fuerza salvaje hacia él, al mismo tiempo que el pestillo de la puerta al cerrarse resonó en la sala como si

fuera un disparo al aire que marcara el comienzo de lo inevitable.

—De… vlin… —Se lamió los labios.

—Necesito arrancarte la ropa, Caitlyn —jadeó sobre su boca—, y acariciar, besar y lamer cada poro de tu piel, cada centímetro de ti, cada pequeño recoveco.

—Oh… —apenas podía respirar, anhelando ya cada palabra.

Una mano de Devlin se coló entre sus muslos por debajo del vestido.

—Dime que tú también lo deseas…

Siguió ascendiendo con agónica lentitud.

—…que te mueres de ganas de que te devore de arriba abajo.

Se coló dentro de sus bragas y Caitlyn ya solo pudo… separar los muslos, invitándolo a comprobarlo por sí mismo.

Cuando aquella mano al fin coronó la humedad que ardía entre sus piernas, ambos exhalaron un gemido ronco, al tiempo que sus dedos se empapaban por completo de un ardiente y líquido deseo… que hablaba a gritos.

—Oh, Dios —jadeó, acariciándole el clítoris con abandono—, estás tan preparada…

Ella soltó un gemido intenso, comenzando a perder la noción de todo.

—Joder… —susurró Devlin en su oído al tiempo que introducía dos dedos en su interior—, me muero por meterme entre tus piernas.

—Oh, sí…, sí…

—No, aún no, esta vez quiero mucho más —le lamió los labios —, lo quiero todo.

Caitlyn no podía pensar, se movía contra su mano, una y otra vez, mientras cada roce de su lengua, cada palabra que él pronunciaba… la acercaban peligrosamente al abismo. Gemía entre sus brazos sin control ya. Nadie, ni siquiera él, la había tocado de aquella manera jamás.

—¿Te gusta esto?

—Sí.

—¿Cuánto? —Movió sus dedos con más ímpetu y le arrancó un gemido largo e intenso—. Eso ha sonado a… mucho.

Caitlyn volvió a gemir, aquello era el paraíso.

—Córrete para mí, mi hermosa velkana… —le rogó al oído ahora —, quiero escuchar tu clímax.

Aceleró el ritmo de los dedos.

—Pero… yo…

—Te llevaré al mismo sitio una y otra vez —le mordió el labio entre jadeos entrecortados—, te lo prometo, ahora compláceme.

Y Caitlyn ya no pudo contenerse, y explotó entre sus dedos, exhalando intensos gemidos que resonaron en cada rincón de la biblioteca. El placer fue tan brutal que sus rodillas se negaron a sujetarla.

Devlin la sostuvo con fuerza contra él y no pudo evitar sonreír:

—Eso ha sido sublime —le dijo al oído, lamiéndole el lóbulo de la oreja.

Caitlyn se sentía mecida por una especie de laxitud, mientras él descendía por la cara interna de su cuello y ascendía después hasta sus labios, que se limitó a rozar.

Aún no la había besado, no en profundidad, y de repente Caitlyn se encontró anhelando su boca con desesperación.

Pero él tenía otros planes, que pasaban por bajar la cremallera del vestido y arrancárselo del cuerpo, lo mismo que hizo con el sujetador de encaje un segundo después. Tras eso, se alejó un paso para contemplarla… y Caitlyn ardió de nuevo bajo la intensidad de puro fuego de su mirada.

—Dios, ¡qué belleza! —La miraba fascinado, de arriba abajo, de abajo arriba… mientras ella ascendía de nuevo a las alturas solo por el roce de sus ojos sobre su cuerpo.

Y entonces él recortó la distancia y sus manos entraron en posesión de cada centímetro que tenían frente a sí, acariciándola con verdadero anhelo… hasta que su boca tomó el relevo.

Cuando aquellos labios descendieron por su escote hasta sus pechos, sin dejarse un centímetro por besar, por lamer… volvía a estar exenta de toda cordura. Metió las manos entre su pelo cuando él se centró en jugar con un pezón mientras devoraba el otro, provocándole una tortura exquisita. Aquello la mantenía meciéndose sobre una nube de placer, que se incrementaba al sentir en cada

fibra de su ser cuánto lo estaba disfrutando él, que parecía en trance, como si sus pechos fueran un manjar delicioso y estuviera dispuesto a pasar el resto de su vida alimentándose solo de ellos.

Pero Caitlyn quería más. Necesitaba besarlo, sentir su piel ardiente contra la suya, acariciarlo… Lo instó a abandonar sus pechos, encontró su boca y la devoró con apremio.

—Caitlyn… —lamió sus labios, pero intentó apartarse.

Ella no lo permitió. Su lengua se coló en su boca y buscó el sabor de la de él con insistencia.

—Caitlyn, si cedo a besarte…, perderé el control.

—Bien —declaró, tirando de su camiseta hasta quitársela, acariciando después su torso con absoluta devoción, para atraerlo de nuevo hacia ella.

—Quiero saborearte aún más, quiero… beber de ti. —Metió la mano de nuevo entre sus piernas.

—¡Y yo te quiero a ti! ¡Todo tú! —exigió dentro de su boca, deleitándose ahora con el gemido que escapó de la garganta masculina cuando sus cuerpos se unieron por primera vez, piel contra piel.

Ahora fue él quien devoró su boca, buscó su lengua y… enloqueció. Y de repente sus manos, las de ambos, apenas daban abasto para acariciar cada palmo del otro mientras sus lenguas danzaban a un ritmo cada vez más frenético.

Caitlyn, con manos temblorosas de puro deseo, lo ayudó a despojarse de los pantalones y la ropa interior. Gimió con fuerza de puro deleite cuando al fin pudo tomar su dureza entre sus manos…

… y aquello fue demasiado para Devlin, que desgarró sus braguitas por los laterales, se las arrancó del cuerpo soltando un gemido gutural y la montó sobre él de una embestida firme, fiera, primitiva.

—Oh, Caitlyn… —gimió sobre su boca—, eres tan cálida…

La meció del trasero sobre su erección y Caitlyn soltó un grito de placer del que ni siquiera fue consciente. El calor del fénix se extendía ya sin control, abrasándola desde dentro, desbordándose por cada rincón de su cuerpo. Jamás lo había sentido así, tan poderoso, como si su alma estuviera entrelazada de un modo

irremediable con la de Devlin a través de aquel calor sofocante, fusionándose en un mismo latido, en un mismo incendio imposible de apagar.

Devlin la instó a rodearle las caderas con las piernas y caminó con ella hasta uno de los sofás. La tumbó sin separarse ni un milímetro y sus cuerpos se acoplaron el uno al otro y encajaron como un puzzle perfecto, que completaron entre jadeos y gemidos de deleite una y otra y otra vez, hasta que estuvo acabado. Después, todo voló por los aires estallando en una explosión de pura locura, de la que ambos sabían que jamás se recuperarían del todo.

Cuando llegó la calma, el aire tardó apenas unos segundos en enrarecerse.

Devlin se dejó caer hacia un lado del sofá para permitirle respirar, pero no se apartó demasiado. Caitlyn de repente era incapaz de mirarlo a los ojos. Había sido sublime. Caliente, salvaje, brutal. Y ella se había rendido sin reservas, con el mismo abandono de siempre, igual que si fuera simple arcilla entre sus manos, como si él fuera el principio del fin y nada más importara.

Pero ahora… todo volvía a ser demasiado real.

La vergüenza tiñó sus mejillas al comprender que seguía allí tumbada, junto a su cuerpo desnudo, aguardando una caricia tierna, unas palabras… que jamás llegarían.

Y de repente sintió su cercanía como la peor de las torturas: el calor de su piel, su aliento aún agitado y su propia necesidad de acurrucarse contra él y rogarle que la abrazara.

Todo le hablaba de algo que no podía tener. ¿Y cuánto tardaría él en irse o…, peor, en echarla de allí?

El simple pensamiento la horrorizó y la llenó de una furia inexplicable, para ser algo que ni siquiera había sucedido aún. Prefería ser ella quien se fuera, con la poca dignidad que le quedaba.

Se incorporó en el sofá, sin mirarlo, tapándose los pechos desnudos con uno de sus brazos, pero no le dio tiempo a moverse mucho más.

—¿Dónde te crees que vas? —interrogó Devlin, tirando de ella de nuevo hacia el sofá, hacia sus brazos—. Aún no he terminado

contigo.

«Este tipo es el colmo del romanticismo», ironizó para sí, intentando agarrarse a la ira para no caer rendida de nuevo.

—¿Y si yo sí he terminado contigo, qué?

Lo miró a los ojos con lo que esperaba fuera indiferencia, pero acabó mordiéndose los labios. ¡Joder, se veía… sexi como un demonio en aquel momento!

—Puedo hacerte cambiar de opinión —replicó Devlin demasiado consciente de lo poco que le costaría lograrlo.

Ella también lo sabía. Peor. Sabía… que él lo sabía.

Aquella idea le molestó tanto que la ira se hizo mucho más real, como una aliada inesperada.

—¡Los sahires estáis acostumbrados a hacer siempre lo que os dé la gana! —Apretó los dientes—. Y tú eres el rey de todos ellos, ¡el más egocéntrico, creído y prepotente!

Él sonrió con mordacidad.

—Guau, un ataque conciso y directo a la yugular —susurró—, debes de sentirte muy amenazada.

—¿Te estás burlando?

—Dios me libre.

Ella soltó un improperio y se incorporó sobre un codo para mirarlo.

—¿Eres consciente de que estoy a punto de pegarte?

—¿Y tú eres consciente… —la abrasó con la mirada— de lo bien que te sienta la furia?

Aquello la desconcertó un segundo.

—¿Qué…?

—Que si apenas me contengo cuando estás vestida, velkana —metió la mano entre su pelo—, imagina lo que pasa cuando estás desnuda.

La atrajo hacia su boca con fuerza y la besó con auténtica fiereza, la misma con la que ella intentó contenerse… segundo y medio. Con rabia, mordió sus labios, sin poder evitar claudicar y devorarlos después.

—Maldito seas… —masculló, saboreando su boca, su lengua—. Te odio.

—¿Sí? —jadeó Devlin—, pues demuéstrame cuánto.

Tiró de ella hacia su cuerpo, que la aguardaba duro y enorme de nuevo, y Caitlyn tardó solo unos segundos en encaramarse sobre él y tomarlo entre sus piernas, que lo anhelaban ya con ansia líquida.

Galopó sobre él ciega de un deseo incluso más salvaje que antes. Devlin se incorporó para llegar hasta sus labios, que devoró mientras se abrazaba a ella, la instaba a moverse y jadeaba dentro de su boca como si estuviera a punto de tocar el cielo con las manos…

…y eso hicieron, ambos al unísono, saltando después de entre las nubes, soltando un grito liberador que nunca tendrían claro de qué garganta había salido.

Devlin se dejó caer hacia atrás, intentando recuperar el aliento.

—Joder… —murmuró entre jadeos—, puedes odiarme cuanto quieras…

Caitlyn tuvo que esforzarse mucho para no sonreír. No estaba dispuesta a reírle las gracias, aunque… hubieran sido tan espectaculares.

«Muévete, Caitlyn», se rogó, pero se sentía tan bien al tenerlo dentro, aún colmándola por completo… Él la observaba desde abajo sin el mayor disimulo. Sus ojos iban de su rostro a sus pechos… y de vuelta a su rostro, y ella no podía evitar sentirse acalorada y febril.

«¿Cómo puedo seguir deseándolo? ¿Es que soy insaciable?», se preguntó con más seriedad de la que debería. Aquello le preocupaba mucho, y él tenía un aspecto tan apetecible…: el pelo revuelto, los ojos aún encendidos…

Le llamó la atención una especie de apósito, de un tamaño considerable, que se veía en su costado justo bajo el brazo derecho. Era grande y abarcaba al menos un palmo de piel. Por instinto, llevó la mano hasta allí, con la intención de acariciarlo con suavidad, preguntándose qué clase de herida ocultaría, pero antes de que pudiera rozarlo siquiera, Devlin atrapó su muñeca. Sin brusquedad pero con firmeza, apartó su mano de allí con un leve gesto, casi imperceptible, aunque muy claro. Ella no necesitó palabras para entenderlo, incluso en su mirada podía leer que ni siquiera debía

preguntar. Caitlyn abrió la boca para protestar, pero en cuanto sus ojos tropezaron de nuevo con el resto de su cuerpo, sus pensamientos se dispersaron como hojas en el viento. Todo él parecía llamarla a gritos, cada músculo, cada latido. Y en ese momento, dejó que su instinto la arrastrara de nuevo hacia él.

Ni siquiera se dio cuenta de que sus manos se movían ahora sin pudor sobre el duro torso, de abdominales tan bien delineados que parecían esculpidos por los dioses; y tampoco fue consciente de que se lo comía con los ojos, que brillaban con una intensidad inconfundible, perdida en sus divagaciones, que la incitaban a seguir explorando.

En ese punto, él tampoco se quedó ya quieto. Sus manos recorrieron sus piernas y ascendieron por sus muslos… justo hasta el punto por el que aún permanecían unidos, y, para asombro de Caitlyn, acarició el centro de su placer con una maestría que la estremeció. Por instinto, se apoyó sobre las manos para inclinarse un poco hacia atrás, brindándole mejor acceso.

«¡Por Dios, aquel hombre era… ¡ah!». Se mordió los labios con fuerza disfrutando de su caricia hasta un punto de no retorno, meciéndose contra sus dedos con abandono, al mismo tiempo que lo hacía sobre su sexo, que habría jurado que… volvía a…

Gimió cuando él la izó de la cintura para dejarla caer de nuevo sobre él, logrando que tomara conciencia de que no se estaba imaginando nada. Un segundo después, giró con ella entre sus brazos, la apoyó sobre la espalda en el sofá y se hundió en profundidad en ella de una brutal embestida, y otra y otra más, que la llevaron al orgasmo en solo unos pocos increíbles segundos.

—Joder… —lo escuchó murmurar a él en su oído casi al mismo tiempo, gimiendo y exhalando su propio clímax de forma descontrolada, lo que multiplicó el de ella hasta un punto en el que temió enloquecer, incluso en sentido literal.

Cuando la locura cesó, se miraron a los ojos sin poder disimular su desconcierto.

Y entonces escucharon la puerta, y ambos se sobresaltaron y miraron al mismo tiempo en aquella dirección.

—Dime que esta es una de tus bromitas para romper el hielo —rogó Caitlyn.

—¿Crees que me quedan fuerzas para bromear?

—Ay, Dios…

Quien estaba al otro lado accionó ahora con más ímpetu el picaporte, haciendo evidente que quería acceder a la biblioteca.

Caitlyn lo empujó, revolviéndose bajo él e instándolo a que se apartara mientras Devlin protestaba y se hacía a un lado, hasta sentarse en el sofá.

—¿Quién será a estas horas? —se preguntó Caitlyn, poniéndose en pie y mirándolo con los ojos como platos.

No obtuvo respuesta.

—¡Devlin!

—¿Eh? —fue todo lo que dijo, contemplándola de arriba abajo frente a él, como si estuviera obnubilado.

—¿Te ha dado un aire o qué? —protestó Caitlyn, acalorada por la situación, hasta que fue consciente de que él apenas parecía poder quitarle los ojos de encima—. ¡Eh! ¡Deja de mirarme así! —Posó sus propios ojos sobre la desnudez masculina y se sorprendió —. ¡Y dile a tu amiguito que baje la bandera, por Dios, que estamos en estado de alerta!

—Este va por libre —sonrió, divertido.

—Qué gracioso —tragó saliva—, ¡¿cómo puedes estar tan tranquilo?!

Desde el otro lado de la puerta comenzaron a impacientarse.

—Ay, madre, esto va a ser peor que cuando me han encontrado arropada con tu lienzo.

—¿Qué lienzo?

Caitlyn se habría ruborizado de no estar ya como un tomate maduro.

Se giró buscando su vestido y corrió a por él en cuanto lo localizó.

—¿Quién crees que es?

—No lo sé, pero deberías contestar.

—¿Yo? —casi graznó mientras se ponía el vestido.

—Yo no estoy aquí —declaró Devlin, que no se había movido de donde estaba.

—¿¿Qué?? —replicó al entender que él pensaba ocultarse con su don—. ¡Tendrás cara para dejarme aquí sola!

—¿Prefieres que nos pillen a los dos juntos?

Aquello la desconcertó y se detuvo a pensarlo. No. Eso sería mucho peor.

—Si son Ewan o Callum, no tardarán en entrar —insistió Devlin.

—¡Ya abro, un momento! —gritó Caitlyn de inmediato, casi por inercia, y mató a Devlin con la mirada cuando lo vio sonreír con diversión—. ¿Dónde están mis bragas? —Paseó sus ojos por la biblioteca y corrió a cogerlas cuando las localizó junto a una de las estanterías.

—¿Caitlyn? —interrogó Eleonor desde fuera.

La chica soltó un suspiro de alivio. Al menos ella no podría entrar hasta que le abriera.

—Sí, soy yo, ya voy.

Cogió sus bragas, les dio una vuelta entre sus dedos y frunció el ceño.

—¡Joder, estas son las terceras bragas que me rompes! —protestó, mirándolo malhumorada—. ¿Tanto esfuerzo supone quitármelas por los pies?

—Ni te lo imaginas —repuso con una sonrisa arrogante.

—¿Caitlyn, estás bien? —Eleonor comenzaba a sonar preocupada.

Acabó lanzándole las bragas a Devlin y exigió:

—Escóndelas con tu don de fantasma, de espectro o… ¡de Harry Potter! —inspiró hondo un par de veces y caminó hacia la puerta.

Cuando abrió, Eleonor la observó con preocupación unos segundos, y a Caitlyn lo que le preocupó fue llevar un neón enorme en la frente donde se leyera: ¡sí, perdí el juicio junto con las bragas!

—¿Has vuelto a perderte?

«Eso también podía servir».

—Eh…, otra vez, sí —suspiró y musitó—: del todo y por completo.

—¿Y por qué estabas con la puerta cerrada?

Caitlyn pensó rápido, a pesar de los nervios.

—Es que… ya me había resignado a hacer noche aquí —improvisó sin el mayor remordimiento, y le susurró—: y no quería que me volvieran a pillar abrazada a un lienzo.

—Pues menos mal que he bajado a tomarme un vaso de leche y me ha parecido oír ruidos —declaró la mujer—. ¿Te acompaño a tu habitación?

«¿Ruidos?», se ruborizó hasta las orejas de nuevo. Muy silenciosos no habían sido, sobre todo ella. Aquello la avergonzó tanto que aceptó el ofrecimiento de acompañamiento. Además, lo suyo con Devlin no podía dar mucho más de sí, e irse era mejor que exponerse a que la echara o se fuera, ¿no?

«Porque es imposible que él pueda seguir… ¡Vamos que se va a deshidratar!».

—Vámonos, sí, ya es hora.

Caitlyn echó un último vistazo al sofá antes de salir, donde no parecía haber ni rastro de él. Era casi como si no hubiera estado allí, encima de ella, debajo de ella, dentro de ella, devorándole el alma a besos y…

«Dios, Caitlyn, que vas a hacer un charco en el suelo».

Pero Devlin seguía allí, no había duda. Para recordárselo, cuando se giró para salir de la biblioteca, una sospechosa ráfaga de aire le levantó la parte trasera del vestido, mostrando al completo sus perfectas y desnudas nalgas. A Caitlyn se le escapó un pequeño gritito y giró sobre sus talones como un resorte, sujetándose el vestido, tratando de recuperar algo de dignidad.

—¿Qué te ha pasado? —interrogó la mujer, mirándola con atención.

—Nada…, eh…, creo que hay alguna rendija por la que se cuela algo de viento traicionero.

Madre mía, sería mejor irse antes de hacer más el ridículo.

Miró hacia el sofá con una expresión asesina y lo imaginó sonriendo con su arrogancia habitual, disfrutando de su azoramiento; pero luego recordó que él seguía desnudo, con aquel aspecto de demonio sexi y peligroso que la enloquecía.

«Dios, si lo pillo, no sé si lo mato o…».

Gimió para sí. Una vez más, escogería lo que venía después de la *o,* eso seguro.

Pasó ante Eleonor mordiéndose los labios. La mujer se detuvo a cerrar la puerta mientras susurraba:

—Espero y confío en que el viento traicionero… se encargue de apagar las luces.

Capítulo 35

La mañana siguiente trajo consigo la vergüenza y las dudas.

Recordaba que la noche anterior, en cuanto pisó su habitación, se dejó caer bocarriba sobre la cama suspirando como una tonta, con una sonrisa en los labios que fue incapaz de borrar hasta que se quedó dormida. Lo que ocurrió rápido, porque Devlin la había agotado de la manera más alucinante que podía imaginar. Aquel hombre era impresionante. La había dejado sin aliento… de forma casi literal.

Por desgracia, a la luz del día las cosas siempre se veían de otra manera. Ya no estaban el calor de los besos ni el peso del deseo anudando sus cuerpos. Ahora solo quedaba la incómoda incertidumbre, el no saber qué esperar y el temor a haber dado más de lo que podía permitirse.

Se incorporó despacio, apartándose el cabello revuelto de la cara, y solo entonces reparó en que no se había cambiado de ropa.

¡Peor! ¡Ni siquiera se había puesto unas bragas!

«Y darte una ducha tras la maratón de sexo tampoco habría sido mala idea».

—Ay, Dios, Caitlyn, ¿cómo puedes haber perdido las bragas en sentido literal? —murmuró con incredulidad.

Y se lamentó porque las bragas no eran lo único que había perdido la noche anterior. También se dejó en aquella biblioteca el sentido común, la dignidad y…

Frunció el ceño y se incorporó en la cama como impulsada por un resorte.

—¡¿Y mi sujetador?! —se preguntó, palpándose los pechos para no entrar en pánico sin motivo.

Pero lo había.

En aquel momento, su sujetador podía estar adornando una lámpara, enganchado en una estantería o colgando del lomo de una novela policiaca… o peor, de una de esas románticas que te

provocan instintos asesinos, porque solo quieres colarte dentro para darle una colleja al protagonista para que espabile.

«Y yo quiero tirármelo», suspiró para sí, reconociendo avergonzada que si Devlin llamara a la puerta en ese momento, se le abrirían las piernas solas.

—Ay, Caitlyn, ¿cómo te vas a contener a partir de ahora? —se lamentó sin ninguna intención de bromear.

Y entonces llamaron a la puerta y el corazón se le subió a la garganta.

—¡Ay, Dios! Y sí…

—Caitlyn, soy Eleonor.

Se sintió de lo más absurda. Resignada y sin pensarlo, fue a abrir.

—Buenos días, anoche te dejaste algo en la biblioteca —empezó diciendo la mujer.

Caitlyn se puso roja como la grana.

«Por Dios, ¡qué vergüenza! Aquello era…».

Su móvil. Miró perpleja el teléfono que le tendía.

—Te lo he subido por si te preguntabas dónde lo habías perdido.

«Eh…, sí, eso hubiera sido lo siguiente. ¡Madre mía!». Estuvo a punto de darle la risa.

—Espero no haberte despertado —insistió la mujer.

Caitlyn suspiró y consultó el reloj de su móvil.

—Ya es hora de que Annabella se despierte.

—Devlin está en su cuarto.

—¿Y qué? No es algo que me incumba —dijo nerviosa, de inmediato—. ¿Por qué querría yo ir a su cuarto? No se me ha perdido nada allí.

—En el de Annabella —aclaró Eleonor.

Aquello la descolocó.

—¿Eh?

—Estábamos hablando de Annabella. —Sonrió—. Devlin está en su cuarto.

«Vale, Caitlyn, justo cuando pensabas que no podías hacer más el ridículo…».

—Bien, sí, entonces… creo que voy a ducharme, yo tengo que…

Eleonor apenas podía contener la risa y Caitlyn acabó rogando:

—¿Podemos olvidar los últimos minutos?

Y entonces la puerta contigua se abrió y Devlin asomó la cabeza desde el cuarto de su hija.

—Eleonor, me había parecido escucharte. —Ni siquiera miró a Caitlyn—. ¿Sabes si Airys ya se ha levantado?

—Ha salido a correr con Ewan.

—¿Si te la cruzas, puedes decirle que quiero hablar con ella? —siguió diciendo él—. Ni me coge el teléfono ni lee los mensajes.

A Caitlyn la ofendió un poco que Devlin la ignorara del todo, hasta el punto de no darle ni los buenos días.

«¡Anoche no eras tan estúpido!». Estuvo a un tris de gritarle. Al parecer, *el respiro* que le dio le había venido de perlas. ¡Menudo idio…!

—Caitlyn —interrumpió él sus pensamientos.

—¿Eh?

—¿Puedes venir?

La chica frunció el ceño y lo miró con atención.

—¿Por qué?

Él le devolvió una expresión irritada. Era evidente que no le gustaba su reticencia, pero el motivo por el que quería hablarle salió ahora por la puerta de su habitación.

Annabella se lanzó en los brazos de su madre, que la izó del suelo.

—Mami, hola —le dio un beso y la sorprendió diciendo—: tenemos que encontrar a la tía Airys.

Caitlyn miró a su hija confusa.

—¿Para qué la quieres?

—Debo darle un mensaje de la señora de blanco —le contó la pequeña con seriedad.

—¿Otra vez te ha visitado en sueños?

—Sí, y esta vez es urgente.

Aquello desconcertó tanto a Caitlyn que miró a Devlin con extrañeza.

—Ha sido lo primero que ha dicho al despertar —informó el chico.

Caitlyn miró a su hija, confusa:

—Tenemos que encontrarla, mami —insistió la pequeña—, ¿podemos buscarla?

Miró a sus padres de forma alternativa, esperando una respuesta afirmativa.

—Tendrás que vestirte primero —le recordó Eleonor ahora—. ¿O quieres ir en camisón?

La niña sonrió y le dijo a su madre al tiempo que la instaba a bajarla:

—¿Me das la ropa, mami?

—Eh…, yo…

—¡Por fa! Tengo que ir corriendo a buscar a la tía.

Caitlyn carraspeó y miró a Devlin. ¿Estaría muy feo que le pidiera que se quedara fuera de la habitación?

Él pareció leerle el pensamiento.

—No seas absurda, Caitlyn —apenas la miró mientras regresaba al cuarto de la pequeña—, y dale la ropa a la niña.

¿Acababa de llamarla absurda? Apretó los dientes y fue tras ellos.

Si no pensaba mirarla, no había peligro de… nada. Seguro que él no se habría dado cuenta de que llevaba el mismo vestido.

«Todo está bien. El odioso está muy relajadito y ya no le interesas, ¿por qué iba a mirarte dos veces?», la irritó su conciencia aún más. No tenía por qué darse cuenta de que iba muy… fresquita.

—Por Dios… —murmuró mientras revisaba el armario, muy tiesa, rogando para que no se moviera un milímetro el dobladillo del vestido.

Sacó un conjunto para su hija y se alejó con rapidez hacia la puerta. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Mami, ¿te subo la cremallera? —interrogó la pequeña desde la cama.

Caitlyn sintió su piel arder. Ni siquiera se había percatado de que debía llevarla a medio cerrar, que era tal y como había salido de la biblioteca.

«Tierra, apiádate de mí y trágame ya», rogó para sí, mirando a Devlin con el rabillo del ojo, que no pareció inmutarse.

—No hace falta, cariño —carraspeó Caitlyn loca por salir de allí —. Yo… voy a… quitármelo ahora.

—¿Es que has dormido vestida?

—Sí, yo… sí.

De verdad, aquello estaba siendo el infierno. Necesitaba salir de allí ya. Así que se aventuró:

—¿Te quedas con ella? Es que… tengo que…

Él miraba a la pequeña y seguía ignorándola a ella.

—Sí —fue todo lo que dijo.

Le dieron ganas de insultarlo, porque ella misma comenzaba a sentirse insultada frente a su desinterés y su forma de ignorarla. No esperaba que aquella mañana le hiciera la ola, pero algo de educación y respeto no era tan difícil, y tratarla como si de repente tuviera lepra tras entregarse a él era… denigrante.

«Maldito…», no le salieron ni los insultos. Debía tener cuidado mientras caminaba hacia la puerta. Si se ofuscaba demasiado, corría el riesgo de que el vestido se moviera más de la cuenta y mostrara lo que no debía.

«Y qué más da, si no te mira». Se sintió de lo más deprimida y los ojos comenzaron a escocerle.

Salió de la alcoba sin volver a mirarlo. Hacerlo y encontrarlo observando a las musarañas en lugar de a ella sería demasiado patético.

Lo odió a muerte en ese instante.

Una hora después, Caitlyn bajó en busca de su pequeña con una nueva resolución. Si él quería ignorarla y fingir que la noche anterior no había existido, ella no iba a ser menos. Iba a demostrarle que para ella tampoco había sido la gran cosa y que…

«Mierda», se lamentó cuando su corazón se desbocó nada más verlo y su espalda ardió junto con el resto de su cuerpo. Se maldijo a sí misma por desearlo de aquella manera, pero la noche anterior no había ayudado a calmar sus ardores, incluso era como si los hubiera acrecentado. Se sentía atraída hacia él de forma irremediable.

«¡Son las nueve de la mañana, por el amor de Dios!».

Suspiró y se adentró en el comedor, donde también se encontraba Callum. Ya habían terminado de desayunar, pero aún estaba la mesa puesta.

—¿Te pongo un café? —se ofreció Eleonor.

—No te preocupes, gracias, yo puedo hacerlo —indicó Caitlyn, concentrándose en no mirar a Devlin, aunque sí le sonrió a Callum—. Buenos días, ¿qué tal?, ¿has descansado?

—Sí, gracias —respondió el chico con educación—. ¿Y tú?

—También, he dormido como un bebé.

No miró a Devlin para nada.

—Mami, la tía Airys no viene —le susurró Annabella, tirando de su vestido—. Tenemos que encontrarla y… —Justo en ese momento alguien entró por la puerta—. ¡Tía Airys!

La pequeña corrió hacia la recién llegada como un ciclón, con la felicidad y el alivio escrito en el rostro.

—Oye, yo vengo con ella —se quejó Ewan en un tono divertido —. ¿A mí no te alegras de verme?

—Sí, pero a ella más —declaró, y miró a su tía con avidez—. La señora de blanco me ha dado un mensaje para ti. Dice que hoy no debes salir del castillo —añadió deprisa, como si temiera que no la creyera—. Tienes que quedarte aquí.

Airys caminó con ella hasta la mesa y miró al resto.

—Estaba obsesionada con encontrarte desde que se ha despertado —contó Devlin.

La chica tomó asiento y acomodó a la pequeña sobre su regazo.

—¿Y te ha dicho algo más? —La niña negó con un gesto—. Pues si te parece, voy a salir ahora a hacer una gestión cortita y…

—¡No! —protestó con vehemencia.

—Solo tardaré un par de horas, te lo prometo.

—¡Es que no puede ser! —insistió Annabella, casi al borde del llanto—. Es muy muy importante que no salgas. ¡Muy importante!

El silencio se adueñó por un instante del comedor. Todos intercambiaron miradas inquietas.

—Está nerviosa desde que se ha levantado —aclaró Devlin—. Lleva dando vueltas un buen rato mientras te esperaba, apenas ha desayunado.

Airys suspiró y miró a la pequeña de nuevo.

—Está bien, aplazaré a mañana mis citas, ¿sí?

Feliz, la niña premió a su tía con un abrazo, se bajó de su regazo y miró a su padre.

—Ahora sí tomaré zumo.

Caitlyn los contemplaba a todos con preocupación. Aquello de la luminaria la inquietaba, pero lo que más la desconcertaba era cómo todos los McAllister allí presentes aceptaban como algo posible, con total naturalidad, lo que una niña de cuatro años decía con una seriedad tan solemne.

—¿Puede haber sido solo un mal sueño? —preguntó en voz alta, buscando un ancla en medio de tanto desconcierto.

Airys fue la primera en responder:

—Entra dentro de lo posible, por supuesto —aceptó—. No podemos saberlo.

Caitlyn transmitió tanta confusión en su mirada que Ewan aclaró:

—Aún es pequeña para poder explicarse y distinguir un sueño de cualquier otra cosa.

—Y si es una luminaria, ¿por qué no le ha dicho nada más?

—Es posible que no pueda recordarlo.

—¿Por qué?

—Tal vez no debe hacerlo —dijo Callum, con su tono pausado y firme—. No todas las revelaciones son completas. A veces solo traen lo justo para eludir lo que debe evitarse.

—Pero eso es…

—Así funcionan las luminarias, no son una ciencia exacta —interrumpió Devlin con voz grave—. A veces no dicen nada, solo dejan una certeza, un estremecimiento tan fuerte que se impone sobre todo lo demás. Como una ley sin explicación.

Caitlyn tragó saliva, cada vez más consciente de que había entrado en un mundo donde lo inexplicable era norma, que podía gustarle o no, pero al que debía acostumbrarse.

—¿Y todos vosotros confiáis tanto en esa certeza?

Devlin sostuvo su mirada por primera vez aquella mañana.

—Puede ser solo un sueño —admitió—, pero siempre es mucho mejor prestar atención, por si acaso, a tener que lamentarnos después, ¿no te parece?

Con el ceño fruncido, Caitlyn le sostuvo la mirada.

—Sí, ya vamos bastante servidos de cosas de las que lamentarnos hoy —murmuró, casi con un hilo de voz.

La seriedad de él era una losa sobre su pecho, y la frialdad en los ojos no ayudaba.

—¿Hay algo de lo que te arrepientas, Caitlyn? —preguntó con una calma demasiado medida para no ser peligrosa.

Ella apretó los labios.

—Un par de cosas, tal vez.

Devlin ladeó apenas la cabeza.

—¿Solo un par?

Lo miró con rabia contenida. Sentía que jugaban a un juego que no sabía si quería ganar.

—Quizá fueron tres —dijo al fin, encogiéndose de hombros—, la verdad es que empiezo a tener lagunas de memoria.

El silencio se tensó entre ellos, y Caitlyn apartó la mirada antes de que la incendiara.

—Pues qué calor de repente, ¿no? —murmuró Ewan tras unos largos segundos, como si hablara del tiempo.

Callum se atragantó con el café y Airys miró hacia otro lado con una sonrisa inevitable. Eleonor sacó su teléfono, en el que acababa de recibir un mensaje de los guardias de la puerta principal, y repuso:

—¿Es mal momento para anunciar a Verónica?

—¡Siempre es mal momento para anunciar a Verónica! —protestó Ewan con franqueza—. ¿Por qué está aquí otra vez?

—Supongo que de eso tengo la culpa —aclaró Callum—. Tiene propuestas para cambiar algunas normas de la escuela —se giró hacia Devlin—, y le pedí que lo hablara contigo.

Su hermano lo miró con fastidio, ya sin fingir, y Caitlyn sintió ganas de matarlo por haberla dejado pensar que tenía algo con aquella mujer.

—¡Me tiene loco, joder! —se defendió Callum, y no hablaba con segundas—. Se le ocurren unas absurdeces cada vez mayores y le cuesta aceptar un no como respuesta. Estoy harto.

Eleonor le tendió un vaso de zumo a Caitlyn, que tomó con agradecimiento, intentando no perderse nada de la interesante conversación.

—¿Podemos plantearnos ya despedirla? —rogó Callum—. Creo que ya hemos honrado la memoria de su padre suficiente tiempo. No puedo soportarla más.

Devlin soltó aire despacio.

—Lo valoraré con calma, ¿te parece? —ofreció—. Dame algo de tiempo.

—Al menos ahora la escuela está cerrada por vacaciones—les recordó Eleonor.

Caitlyn no pudo contenerse, sentía curiosidad por aquello desde el día anterior.

—Espero que no estéis hablando de una escuela con niños —sonrió.

—Niños y adolescentes, sí —aclaró Eleonor.

Rio con ganas.

—¡Venga ya! ¿Quién en su sano juicio le permitiría a esa mujer trabajar con nada que tenga vida, mucho menos niños?

Sintió sendas miradas sobre ella, y no todas amables. Eleonor también la observaba con un gesto de horror, y Caitlyn supo que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—A ver, igual la muchacha es una profe estupenda… —titubeó.

Ewan soltó una carcajada.

—No te esfuerces —sonó divertido—, no tienes forma de arreglarlo.

—Yo… —carraspeó.

—Para tu información —repuso Airys en un tono ácido—, Verónica no es profesora, solo ayuda con algunas tareas de oficina. Callum es quien dirige la escuela.

—¿Cuando dices escuela…? —preguntó Caitlyn, entornando los ojos con cautela.

—Habla de la escuela McAllister —aclaró ahora el propio Devlin, mirando a su hija—. Es donde los niños como Annabella aprenden durante los primeros años, al menos hasta que están preparados para enfrentarse al mundo sin causar un caos.

Caitlyn se quedó boquiabierta.

—¿Hablas en serio? —La incredulidad le teñía la voz.

Desde que su hija había mostrado señales claras de su don, una preocupación constante la carcomía por dentro: ¿cómo educar a una niña con habilidades que podían hacer estallar una lámpara o mover muebles con una rabieta? Había descartado la idea de un colegio convencional desde el principio, era demasiado peligroso, pero tampoco le agradaba la idea de tenerla aislada en casa. Para Caitlyn, la socialización era una parte fundamental del aprendizaje, y que existiera un lugar preparado para guiar a niños como ella le pareció, de pronto, una bendición caída del cielo.

—No tenía ni idea de que existieran escuelas especiales para gente como nosotros —murmuró con una sonrisa que nacía de la esperanza.

Pero la ilusión duró un suspiro.

—Es solo para sahires —aclaró Airys, como quien menciona una obviedad—, pero, por supuesto, haremos una excepción con mi sobrina y…

—Pues no será necesario —intervino Caitlyn de inmediato, con un tono firme que heló el ambiente—. Ya me parecía demasiado bonito para ser verdad.

Y sentía discrepar y traer de nuevo la animosidad con todos ellos, pero aquello no era negociable, y cuanto antes lo expusiera, mucho mejor.

Airys la miró desconcertada.

—¿Perdona?

Caitlyn inspiró hondo.

—Ignoraba que hubiera escuelas especiales, pero supongo que no seréis los únicos —expuso—, así que buscaremos una mixta. Un lugar donde haya tanto sahires como velkanos —repuso con voz tensa, sin apartar la mirada.

Callum la miró con un gesto entre la sorpresa y la preocupación, y declaró:

—Caitlyn…, no existen ese tipo de escuelas.

Aquello la dejó perpleja. Había asumido con tal naturalidad que existieran centros especializados para niños como Annabella, que de repente le parecía inconcebible que no hubiera algo aún más esencial: un lugar donde la diferencia no se enseñara como una frontera, sino como un puente; donde los niños aprendieran a verse como iguales, no como bandos opuestos.

—Annabella no irá a esa escuela —sentenció, cruzándose de brazos.

—¡Por supuesto que lo hará! —bramó Devlin, sorprendiendo a todos.

Su voz resonó como un trueno, y el silencio que siguió fue denso.

Caitlyn lo miró echando fuego por los ojos.

—La inscribiremos en cuanto terminemos con la amenaza —sentenció el chico.

—Aún soy yo quien decide sobre el futuro de Annabella —le recordó ella.

—Eso está por verse.

—Creo que tanto velkanos como sahires necesitáis revisar las bases de vuestro sistema educativo —opinó ahora, algo más calmada—. No me extraña que apenas podamos soportarnos unos a otros si ni siquiera enseñamos a nuestros hijos a convivir desde pequeños, en un lugar tan esencial como un aula.

—¡Pues es lo que hay!

—¡Pues lo que hay es una mierda! —recriminó—. Y quizá ha llegado el momento de plantearse cambiarlo.

Él soltó un improperio, y Verónica escogió ese instante justo para hacer su aparición estelar en el salón, aplazando la discusión.

—Reunión familiar, ¿por qué no me habéis avisado?

—Quizá porque no eres de la familia… —dijo Ewan sin cortarse un pelo, aunque recibió una mirada de amonestación por parte de Devlin.

—¿Y entonces qué hace ella aquí? —Señaló la arpía a Caitlyn—. Que yo sepa, tampoco lo es. —La miró de frente—. Sobras.

La aludida fue a defenderse, pero Devlin se le adelantó.

—Dice Callum que tienes algunas cosas que comentarme —repuso en un tono neutro—. Podrías haberme llamado por teléfono, no haberte molestado en venir.

La mujer sonrió enseñando todos los dientes como lo haría una hiena, y Caitlyn sintió un escalofrío. Recordaba aquella sonrisa muy bien, la había acompañado en sus pesadillas durante mucho tiempo.

—Por teléfono no te vería, corazón —frunció los labios de un modo ridículo—, y sabes cuánto me gusta verte.

«Mimimimi, mimimimi», pensó para sí Caitlyn, y ni siquiera fue consciente de que movía los labios y la cabeza con evidente burla hasta que escuchó la risa floja de Ewan.

Guardó silencio, avergonzada, esperando que Devlin no se hubiera dado cuenta. Por suerte, Annabella escogió justo ese momento para caminar hasta su padre, tirarle del brazo y susurrar:

—¿Me echas más zumo?

—¡Estamos hablando los mayores, bonita! —replicó Verónica en un tono repelente.

Caitlyn permaneció callada a duras penas.

«Una más y le saco los ojos».

—Es que no quiero que ella lo tire otra vez —insistió la niña.

—Yo te echo, amor —se ofreció Eleonor.

Devlin intervino con rapidez y tomó el vaso que le tendía su hija.

—Yo me encargo. —Sonrió a la niña, le sirvió zumo y la pequeña correspondió al gesto con un beso en la mejilla, que era más por agradecimiento a la respuesta que por la bebida.

—Vaya, no sabía que el zumo tenía recompensa —ronroneó Verónica, batiendo las pestañas—. ¿Puedes servirme a mí un poco, corazón?

—¿Soy la única que siente vergüenza ajena? —se le escapó a Caitlyn, y se sorprendió hasta a sí misma—. Uy, ¿lo he dicho en alto?

Ewan soltó una carcajada inevitable y el resto de la sala, excepto Devlin, también tuvieron que esconder un gesto divertido.

—¡Eso ha sido una falta de respeto! —casi graznó Verónica.

—Perdón —dijo Caitlyn en un tono afligido, pero lo estropeó al añadir—: de verdad que solo quería haberlo pensado.

—¡No tienes ni pizca de educación!

—Es que me crie en escuelas públicas. —Se encogió de hombros.

Verónica la observó con evidente altanería.

—Eso se nota a la legua —replicó—. Al menos aún estamos a tiempo de educar a la pequeña. —Miró a Devlin—. ¿Se incorporará a nuestra escuela pronto?

Caitlyn estuvo a punto de ponerse en pie dispuesta a decirle un par de cosas, pero respiró hondo antes de hablar. Podía sentir el odio de aquella mujer casi como si fuera una mundana y le estuviera dando la mano, y Annabella le inspiraba la misma aversión que ella.

—Jamás tendrás oportunidad de acercarte a mi hija —declaró entre dientes.

—Caitlyn… —comenzó Devlin.

Pero eso no la calló.

—Nos odias mucho —murmuró ahora, de verdad impresionada por sus sensaciones—. ¿Por qué? ¿Qué te hemos hecho?

La tipa parecía incómoda.

—No es verdad, yo…

—Sí lo es, puedo sentirlo —aseguró Caitlyn—. Con absoluta claridad.

—¿Sentirlo? —Rio—. ¡Ni que fueras una odiosa velkana!

Caitlyn apretó los dientes. Aquella mujer empezaba a darle miedo. Sus sensaciones eran cada vez más intensas, no sabía qué le estaba pasando.

—Eres de esas personas que me hacen odiar mi don empático —murmuró casi para sí, disimulando un escalofrío, y miró a Airys—. ¿Por qué puedo leerla?

La chica le devolvió un gesto un tanto sorprendido.

—¿Puedes?

Caitlyn asintió.

—¿Incluso sin tocarla? —interrogó Callum, incrédulo.

—Espera —frunció Verónica el ceño y la miró colérica antes de gritar—: ¡Eres una maldita velkana!

—¡Sí, lo soy! —admitió en alto por primera vez en su vida—. ¿Algún problema con eso?

La arpía apretó los puños y miró a Devlin.

—¡¿Por qué tienes a esta mujer viviendo aquí?! ¡Los velkanos son una lacra a exterminar!

—¡Ya basta! —exigió Devlin, furioso.

—De hecho, venía a hablarte sobre una norma que deberíamos imponer a los alumnos —dijo entre dientes—. Tenemos que prohibirles todo contacto con velkanos también fuera de la escuela.

—No lo dices en serio.

Devlin parecía de verdad sorprendido por la propuesta, y Caitlyn se controlaba como nunca para no intervenir. Si lo hacía, acabaría diciendo cosas que la enfrentarían a todos los McAllister, y era demasiado consciente.

—Usaríamos castigos ejemplares para quienes la incumplan —propuso con vehemencia—. Seríamos un ejemplo para…

—¡Basta! —rugió Devlin, colérico ahora, dando un manotazo en la mesa que la silenció al instante.

—Pero…

—Márchate, Verónica —añadió en un tono más controlado.

—¿Y ella? —Señaló a Caitlyn—. ¿Por qué esa escoria tiene un sitio en tu mesa? ¿Qué será lo próximo? ¿Dejar de censar a las amatysas?

Devlin se puso en pie y la miró desde arriba.

—Ahora es el Khalif el que habla, Verónica —expuso en un tono engañosamente bajo—. Lárgate de mi casa.

Ya no recibió réplica. Verónica se puso en pie y se alejó de allí, pero antes de hacerlo clavó en Caitlyn una mirada cargada de un desprecio absoluto que le heló la sangre. La intensidad de aquel odio era tan palpable que la atravesó como una daga en mitad del pecho, era como una vibración oscura, afilada, que le arañaba los huesos. Notó un escalofrío visceral, como si una sombra hubiera intentado invadir su luz. La náusea que sintió después no era miedo, sino una certeza profunda: Verónica no solo la odiaba, quería destruirla.

—No quiero a esa mujer cerca de mi hija —dijo con vehemencia, mirando a Devlin a los ojos.

—Nuestra hija —puntualizó él.

—Eso ella no lo sabe —le recordó—. Para ella es hija de una velkana, y es evidente que nos odia. —Tragó saliva y casi susurró de repente muy abatida—: Como la mayoría de los sahires, en realidad —se lamentó—, no sé por qué me sorprendo.

Annabella tiró ahora de la camiseta de Devlin, lo miró con los ojos muy abiertos y preguntó:

—¿Eso es verdad, papi?

Aquello fue como darle con un mazo, o al menos eso le pareció a Caitlyn. Al no obtener respuesta, la pequeña se giró a mirar al resto de la sala.

—Mi mamá y yo somos mitad velkanas —informó como si a alguien se le pudiera haber olvidado.

A Caitlyn comenzaban a humedecérsele los ojos, pero no intervino, no sacaría a nadie de aquel atolladero.

La niña regresó la vista hacia Devlin.

—¿Papi?

El sahir acabó mirando a Caitlyn con un gesto acusatorio.

—¿Ya estás contenta?

Aquello la llenó de ira, pero apretó los puños intentando contenerse.

—Dile que no es cierto —lo instó.

—¡Por supuesto que no es cierto! —Miró a la pequeña—. Eres mi hija.

—Eso no la hace menos velkana.

—¡Ya basta, Caitlyn! —exigió—. Jamás he tenido nada en contra de los velkanos. Tu hermano fue uno de mis mejores amigos, ¿lo has olvidado?

Ahora fue Ewan quien intervino, conciliador.

—No conozco muchas velkanas —repuso—, pero vosotras me gustáis bastante.

La niña rio cuando la atrajo hacia sí y le hizo cosquillas.

—¿Y el tío Kyle y mi abuelo?

—Bueno, ellos me gustan un poco menos —afirmó Ewan—. Vosotras sois más guapas, pero a Airys le súper encanta tu tío, es que lo adora —miró a su hermana—, ¿verdad?

La expresión asesina de Airys la entendió hasta la pequeña.

—¿No te gusta mi tío?

Airys suspiró y acabó admitiendo.

—No es de mis personas favoritas, pero no tiene nada que ver con que sea un velkano, solo es… —carraspeó— idiota.

—Es lo más bonito que te he escuchado decir sobre Kyle —soltó Ewan una carcajada.

—Qué gracioso.

Entre Devlin y Caitlyn el ambiente se podía cortar aún con un cuchillo. Se interponían demasiadas cosas entre ellos en aquel momento. Demasiadas emociones a flor de piel.

—¿Y a ti, tío Callum?

—¿Qué?

—¿Te gustamos las velkanas?

El chico sonrió y bromeó:

—Siempre y cuando no tengan los ojos violetas, no tengo problema.

La frase, lanzada por Callum con aparente indiferencia, resonó en el pecho de Caitlyn como un disparo. Nadie pareció darse cuenta, pero para ella, aquel comentario fue como darle un lanzallamas en contra de todos los presentes. Por alguna razón, allí, rodeada de sahires de sangre azul, sintió el yugo en su cuello con más intensidad que nunca, impidiéndole respirar.

Miró a Callum con los ojos cargados de antipatía.

—¿Acaso el color de unos ojos, por sí solo, define a una persona?

Todos la miraron con cierta sorpresa, y Callum intentó defenderse:

—Me refiero a…

—Sé a qué te refieres —afirmó Caitlyn, de inmediato—, pero la pregunta sigue siendo la misma.

—Las amatysas son especialistas en sembrar el caos, Caitlyn —apoyó Ewan a su hermano.

—Algunas amatysas —puntualizó con frialdad—. Solo aquellas que deciden usar su don con fines egoístas.

—Casi todas —opinó Airys.

—¿Sí? ¿Y cómo lo sabes? —Apretó los dientes—. ¿Acaso el Consejo les da la opción de decidir? —Aquella espina que llevaba clavada desde niña comenzaba a infectarse—. Someterse o huir no es una elección digna para nadie.

Fue Devlin quien intervino ahora, con los ojos cargados de ira.

—Hasta que llegan a la edad adulta, solo se les pide que informen de su condición, nada más.

—¡Nada más y nada menos! —lo enfrentó, indignada.

—No es para tanto, Caitlyn.

Aquello desató todos los demonios dentro de ella. Intentó controlarse, pero… una vida entera huyendo, escondida como si fuera una delincuente sin haber hecho nada, le pesaba demasiado. Aquel *no es para tanto* fue una puñalada feroz en el pecho. Aun así, buscó la forma de calmarse, por el bien de su hija. Nadie allí podía saber la verdad sobre ella, no quería ni pensar en las represalias, ahora que parecía estar desarrollando dones extra. Podían incluso usarlo en su contra para quitarle a Annabella

Respiró hondo y declaró:

—Está claro que la empatía es solo cosa de velkanos.

—¿Qué quieres decir con eso? —se irritó Devlin ahora—. ¿Crees que nosotros somos incapaces de sentir bondad o lástima por nadie? —La miró con furia—. Las amatysas que deciden saltarse la ley y huir será porque pretenden esconder algo, ¿no te parece? Alguien con la capacidad de manipular la mente humana es muy peligroso.

—¿Y vuestra solución es marcarlas como al ganado? —interrogó —. ¿Sabes el estigma que eso supone para el resto de su vida?

—Caitlyn…

—¡Sois crueles! ¿Y aún queréis que se sometan por voluntad propia? —La voz le temblaba de indignación—. Hasta los veintitrés años no pueden decidir ni hacer nada sin permiso, como si fueran esclavas con correa, ¿y creéis que se esconden para no perder sus dones? Es que es… —apretó los dientes— de locos. Eso por no

hablar de lo injusto que es robarles un don que ni siquiera sabéis si van a decidir usar ni cómo.

Devlin la miró con ira.

—Repito que es un don peligroso.

Caitlyn rio sin rastro de humor.

—Acaba de salir por la puerta una mujer capaz de absorber la energía vital de todo ser vivo con solo tocarlo —le recordó—. Tú mismo puedes matar a alguien con un gesto si te lo propones. ¿Por qué a ellas se las trata diferente? ¿Por qué se las castiga toda su vida por algo que aún no han hecho? Solo dais por hecho que usarán su control mental para la destrucción en cuanto puedan. ¡Es que es tan absurdo destrozar la vida de alguien solo por un *por si acaso*! —soltó un improperio entre dientes—. Ni siquiera se les otorga el beneficio de la duda.

—El beneficio de la duda es un riesgo enorme cuando alguien tiene la capacidad de manipular a quien quiera —opinó Devlin haciendo acopio de una evidente contención—. Si escogen a alguien con poder, pueden desatar el caos en cuestión de minutos. Creo que hay cosas que nadie te contó, Caitlyn, ¿sabes la cantidad de guerras que han iniciado las amatysas a lo largo de la historia?

La chica lo miró incómoda.

—¿Te sorprende? Todas ellas están documentadas —insistió Devlin—. Puedo darte fechas, si quieres. —Sonaba furioso—. ¿O acaso crees que la decisión de eliminar el control mental como don de todo aquel que lo posea fue fácil de tomar? No somos unos monstruos, Caitlyn, por mucho que tú te empeñes en vernos así.

Aquello le dio que pensar, pero no se amilanó.

—Por esa regla de tres, ¿cómo censamos a todos esos locos con poder que no necesitan a una amatysa para decidir volar el mundo por los aires? —replicó—. Porque cualquiera con suficiente rabia puede volverse un arma.

—Los inestables y los reaccionarios se delatan solos, a lo largo del tiempo —concluyó—, y hay que confiar en que se corten sus alas antes de llegar al poder. Las amatysas, en cambio, pueden manipular a alguien ya en lo alto de la pirámide, sin que lo notemos hasta que sea tarde.

Caitlyn guardó silencio un instante. Aquel argumento era razonable y aterrador.

—Y sí, estoy de acuerdo en que el color de unos ojos no define a nadie —repuso Devlin—, y no lo convierte en una mala persona, pero tampoco en una buena. Para bien o para mal, no podemos saberlo.

Ambos se sostuvieron la mirada unos segundos, como un duelo silencioso cargado de cosas no dichas.

—Todos llevamos dentro la capacidad de ser ángeles o demonios, Caitlyn —declaró, clavando sobre ella una mirada ácida—. Tu gente y la mía. Y todos nos esforzamos por educar a nuestros hijos lo mejor posible.

Caitlyn sonrió ahora con una mezcla de ironía y tristeza antes de decir:

—Tu gente y la mía… —negó con la cabeza—. Si entre todos hubierais hecho un buen trabajo, ese *matiz* ya no existiría. Estaríamos hablando solo de personas.

—Eso es injusto —discrepó el sahir.

—¿Sí? —Soltó aire despacio y alzó la barbilla con firmeza. Luego señaló hacia Annabella, que seguía jugando distraída en su rincón—. Eso se lo dices a tu hija cuando tenga que elegir uno u otro bando, porque ninguno de vosotros se molestó en construir un mundo donde pueda ser ella misma.

La habitación pareció encogerse en un instante, cargada de un silencio espeso.

Entonces se puso en pie, incapaz de soportar ni un segundo más aquella conversación. La mirada de Devlin la golpeó como un bloque de hielo: fría, dura, inaccesible.

—Disculpadme, tengo que ir… —sostuvo su mirada con entereza — a cualquier otra parte.

Sin añadir nada más, dio media vuelta y salió del comedor.

Tras ella dejó atrás una estela de silencio tenso, inquietante, cargado de verdades incómodas y heridas que nadie parecía dispuesto a mirar de frente.

Capítulo 36

Caitlyn salió del salón con una mezcla de irritación, abatimiento y pesar. Demasiadas emociones juntas intentaban hablar dentro de ella al mismo tiempo.

Sabía que lo mejor habría sido ver, oír y callar, pero ya estaba harta de ser la que observa escondida y a salvo desde un rincón. Su hija se merecía una madre que luchara por ella a muerte, contra viento y marea. Claro que granjearse como enemigos a todos los McAllister tampoco era una idea brillante.

Salió al exterior y se detuvo a respirar aire puro, intentando insuflarse algo de ánimo al tiempo que llenaba sus pulmones, pero cuando se alejó un par de metros, recordó que no era libre para moverse sin avisar y se detuvo en seco.

¿Y si le pedía a alguno de los guardias que la acompañara? Tenía al menos a cinco disponibles frente a ella, cada uno apostado en un lado estratégico de la casa.

Se lo planteó un segundo y se vanaglorió imaginando la expresión de Devlin cuando se enterara, pero aquello solo le duró hasta que su parte realista le recordó que a él parecía importarle un mojón y medio cualquier cosa relacionada con ella aquella mañana.

Suspiró y observó cómo un coche avanzaba desde la cancela de entrada. De él se bajó uno de los guardias, portando un paquete, que le entregó al compañero que vigilaba en el lateral del castillo, como si el contenido fuera altamente sospechoso o radioactivo. Este último se acercó caminando con paso firme hasta detenerse frente al guardia más próximo a Caitlyn, a apenas cinco metros de distancia. Tras un breve intercambio de palabras, señaló hacia ella y le tendió el paquete.

Caitlyn parpadeó, desconcertada, y un segundo después sintió un cosquilleo de alarma recorrerle la columna. Keira. Aquel debía de ser el regalo que le había enviado, que resultaba obvio que no sería apto para abrir delante de nadie.

—¿Es para mí? —se acercó a interrogar al guardia que revisaba el paquete.

—Sí, señorita —asintió.

Ella le tendió la mano, pero frunció el ceño al ver que el hombre reculaba.

—No puedo entregárselo sin más —la sorprendió diciendo.

—¿Por qué?

—El señor McAllister debe revisar el contenido.

Caitlyn se quedó perpleja y los nervios comenzaron a hacer mella. A saber qué se le habría ocurrido a su amiga enviarle. No podía permitir, bajo ningún concepto, que Devlin pusiera una sola mano sobre aquel paquete.

—¿Es o no mi nombre el que figura en el destinatario? —preguntó con seriedad, esforzándose por contener el temblor en la voz.

—Sí, pero… —titubeó el guardia, sujetando la caja con firmeza.

—¿Y como remitente lleva el nombre de mi amiga Keira Carmichael?

El hombre consultó la información y asintió.

—Entonces es privado —insistió ella, dando un paso más—. Y eso significa que no debería pasar por más manos que las mías.

—Tengo órdenes que cumplir —declaró el hombre.

Para su asombro, Caitlyn podía sentir con toda claridad la mezcla de dudas y nervios que invadían al guardia. Y había algo más que se leía en su mirada, de lo cual en cualquier otra circunstancia no se habría aprovechado, pero aquello era una emergencia.

Se mordió el labio inferior, bajo la voz y dio un paso más, encogiendo los hombros un poco con fingida timidez.

—Venga, por favor, mi amiga me envía algo privado —rogó en tono cándido—. Me da vergüenza que alguien más lo vea.

Algo de verdad siempre venía bien.

—Pero…

—Solo tú y yo sabremos que me lo diste.

El guardia tragó saliva y bajó la mirada un segundo, la observó con evidente embeleso y acabó tendiéndole el paquete.

Caitlyn le regaló una sonrisa enorme, le guiñó un ojo y se alejó de allí con su botín en los brazos y el corazón latiéndole en los oídos.

Con sigilo, entró de nuevo en la casa y se escabulló hasta su habitación.

Soltó un suspiro de alivio cuando al fin estuvo a puerta cerrada, a salvo de miradas indiscretas. Después, observó el paquete con cierta resignación.

—Ay, Dios, Keira, en qué líos me metes —suspiró—, ¿qué se te habrá ocurrido ahora?

Abrió el paquete esperando cualquier cosa, desde una edición limitada del *Kama Sutra* hasta un consolador tamaño XXL, pero se sorprendió al comprobar que su amiga había sido mucho más sutil.

—¿Bombones? —Esbozó una sonrisa—. ¿Así de simple?

Frunció el ceño al comprobar que estaban rellenos de pistacho, un fruto seco que Annabella no podía comer porque le provocaba urticaria. Keira lo sabía de sobra. Aquello hizo que Caitlyn sospechara que los bombones estaban destinados solo a ella.

¿Qué había dicho Keira sobre el regalo? Que no era el Kama Sutra, pero que ayudaba a calentar el ambiente.

Sonrió y suspiró por la ocurrencia, entendiendo la pretensión de su amiga.

Tomó su móvil y le escribió un mensaje.

Ya he recibido tu regalo.
¿En serio? ¿Bombones afrodisiacos?
Sabes que no puedo resistirme al chocolate,
pero me comeré solo uno, que no creo que me cause un incendio.

Le dio a enviar y se centró en abrir la caja, donde esperaba encontrar chocolate en forma de pequeños penes o algo así, pero resultaron ser de una simpleza absoluta.

Tomó uno y por un segundo dudó en si probarlo. ¿Y si sentía la ardiente necesidad de correr en busca de Devlin?

«Para eso no necesitas afrodisiaco alguno», se burló su conciencia con sorna.

—Vale, solo medio —murmuró como si se lo prometiera a alguien, y le dio un pequeño bocado al bombón justo cuando su teléfono comenzó a sonar.

Consultó el visor mientras saboreaba el chocolate, y una sonrisa se dibujó en sus labios al ver el nombre de su amiga.

—Solo voy a caer en la tentación con medio —contestó divertida —, así que no creo que…

—Caitlyn, yo no te he mandado bombones —interrumpió Keira con una seriedad gélida que heló la sangre en sus venas.

La velkana frunció el ceño, tragó con dificultad… y fue entonces cuando el aire pareció enrarecerse a su alrededor. Una sensación rara comenzó a extenderse por su lengua y su paladar, como un hormigueo suave pero antinatural. Se llevó la mano a la boca, por instinto, y parpadeó.

—¿Caitlyn, me oyes?

No se encontraba bien.

—Keira… yo… no…

Ya no pudo decir nada más. Su voz quedó atrapada en su garganta, sus cuerdas vocales parecían incapaces de funcionar… y comenzó a asustarse mucho.

Intentó carraspear para hablar, pero incluso eso resultó inútil.

El teléfono se escurrió de sus dedos y cayó al suelo con un golpe sordo. Caitlyn apretó una mano contra su garganta. En los músculos del cuello empezaba a notar una rigidez completa, y el calor que la sofocaba hacía un instante pronto se convirtió en un frío interno que le erizó la piel, al ser consciente de que no podría pedir ayuda.

Con el corazón desbocado, giró sobre sus talones y salió tambaleante de la habitación, agarrándose al marco de la puerta. Cada paso era una lucha. Su cuerpo ya no le respondía como debía. Un leve mareo comenzó a apoderarse de ella y sus piernas empezaron a fallar.

La desesperación crecía a cada paso que daba, sintiéndose cada vez más débil. No podía gritar, no podía hablar y sentía cómo algo se

apoderaba de su sistema poco a poco, desde dentro.

Se obligó a avanzar por el pasillo y buscó con la mirada alguna presencia, un rostro, un milagro, pero estaba sola.

Al llegar a la escalera principal trató de descender, incluso consciente de que ya no le quedaban fuerzas, pero si no lo intentaba, jamás la encontrarían a tiempo.

Se agarró como pudo a la barandilla y descendió un escalón, luego otro…, y entonces sus piernas cedieron, sus brazos dejaron de tener fuerzas para permanecer agarrados y todo su mundo giró. Cuando su cuerpo se precipitó escaleras abajo, sin control, la oscuridad ya era total y absoluta.

Devlin acababa de cruzar el vestíbulo cuando un golpe seco, sordo y repetido le hizo alzar la vista de inmediato.

El tiempo se ralentizó.

Arriba, en el descansillo de la gran escalera principal, una figura caía de lado como si el mundo la hubiese empujado sin piedad. El cabello oscuro voló hacia atrás con el movimiento…

¡Era Caitlyn!

—¡No! —rugió con una voz que no parecía humana.

El primer impacto de su cuerpo contra los escalones resonó como un disparo en su pecho. Luego vino otro. Y otro. Devlin sintió cómo algo dentro de él se partía en dos con cada golpe que ella sufría. El horror le agarrotó los músculos, pero no se permitió quedarse quieto ni un segundo.

—¡Callum! —gritó mientras despegaba del suelo, impulsándose con toda la fuerza de su telequinesis—. ¡Busca a Airys! ¡YA!

Voló escaleras arriba, subiendo los escalones de tres en tres. La visión de Caitlyn, inmóvil, medio doblada en el descansillo, le cortó la respiración.

Cayó de rodillas junto a ella sin sentir el impacto. Su cuerpo se movía por instinto, pero su mente estaba paralizada por el miedo. Su nombre escapó de sus labios con una mezcla de súplica y pánico:

—Caitlyn…, Caitlyn, mírame —rogó—. ¡Respóndeme!

Sus dedos buscaron su pulso con desesperación, pero latía tan débil que no fue capaz de encontrarlo. Su piel estaba helada, sus

párpados entrecerrados, los labios entreabiertos, sin voz.

—No…, no, por favor… —murmuró sin reconocer su propia voz —. Quédate conmigo…

El mundo a su alrededor se desvanecía. Solo existía ella. Inerte, frágil, agarrada a la vida por un hilo muy fino.

—¡No la muevas! —le gritó Airys corriendo ya escaleras arriba, junto a Callum, justo cuando él estaba a punto de acurrucarla entre sus brazos.

A Devlin le costó un triunfo controlar las ganas de abrazarla, pero se contuvo y miró a su hermana con aprensión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la chica.

—No lo sé, yo… solo la vi caer.

Airys se concentró en Caitlyn y paseó las palmas de sus manos unos centímetros por encima de su cuerpo, buscando posibles lesiones.

—¿Está… viva? —interrogó Devlin con un hilo de voz.

No recibió respuesta de inmediato, y eso lo inquietó aún más.

—¿Airys?

Estaba muy concentrada… y muy seria. Demasiado.

—Guarda silencio, por favor —rogó la chica, y se centró en su corazón durante unos segundos que a Devlin le parecieron horas—. Su aliento de vida es muy débil —informó al fin—, pero sigue aquí.

Se concentró ahora en su cabeza, en busca de una posible conmoción que la mantuviera inconsciente.

—Se ha dado un buen golpe —informó mientras sanaba las contusiones internas—. Dame unos minutos.

Cuando los minutos pasaron y Airys apartó las manos de su cabeza, aguardaron a que volviera en sí, pero no sucedió.

—¿Por qué no despierta, Airys?

La chica volvió a revisarla.

—¡Airys!

—Devlin, tienes que calmarte, por favor.

—Pero debería despertar —insistió—, ¿por qué sigue inconsciente?

—Callum, llévatelo de aquí —rogó Airys, imperativa.

Devlin miró a su hermano con un gesto asesino.

—¡Ni lo intentes!

—¡Pues déjame trabajar! —exigió la chica, y era evidente que también estaba nerviosa—. No sé qué le pasa, ¿vale? Lo siento, pero sí, debería haber despertado, y no… no está bien, se apaga poco a poco, Devlin, y no sé por qué. —Soltó aire con fuerza—. Todos sus órganos están fallando, pero sin la causa, no sé cómo atajarlo.

Devlin sintió aquella verdad como si lo golpeara con una maza. Aturdido, miró a su hermana con los ojos cargados de tormento.

—¿Cuánto tiempo le queda? —interrogó Callum.

Airys miró a Devlin, reticente a contestar.

—Airys… —rogó ahora una respuesta—, contéstale.

—Dev…

—¿Cuánto?

—Sin saber qué lo provoca… —suspiró—, minutos, veinte, quizá treinta…

—No. —Devlin apretó los dientes y se acercó a su rostro para rogarle al oído—. Por favor, Caitlyn, si no lo haces por mí, hazlo por Annabella, ella no… —se le quebró la voz— puede vivir sin ti…, ya no.

Cedió al impulso de besarla, desesperado por hacerla reaccionar, por devolverle algo de calor, de vida. Rozó sus labios con sumo cuidado, como si temiera que se rompiera entre sus manos.

Y entonces lo sintió.

Un tenue sabor a chocolate le rozó los labios, dulzón y denso, con una nota amarga que no supo identificar de inmediato. Pero fue más que un sabor lo que captó su atención. Una súbita sensación de adormecimiento le recorrió los labios, como un cosquilleo caliente y helado al mismo tiempo.

Se llevó los dedos a la boca, desconcertado. El hormigueo seguía allí, insidioso, extendiéndose como un aviso.

Su mirada volvió a Caitlyn, y lo comprendió de golpe.

—¡La han envenenado! —exclamó sin una ligera duda.

—¿Qué?

—Su sangre, Airys —alertó—, concéntrate en eso.

Su hermana hizo caso de inmediato y tardó apenas unos segundos en exclamar:

—¡Sí! Ya lo siento. —Se puso en pie con rapidez—. Vamos a llevarla a su cuarto —los instó con premura—. Necesito mejor acceso a todo su sistema circulatorio.

—¿Ya podemos moverla? —preguntó Callum.

—Tiene algunas lesiones, pero nada roto —informó la chica—, y la columna está bien.

Con sumo cuidado, Devlin la tomó en brazos, como si fuera de cristal, y la acurrucó contra su pecho.

En cuanto entraron en su alcoba, vieron la caja de bombones sobre la cama contando su historia.

Devlin depositó a Caitlyn sobre el colchón con la mayor delicadeza posible, como si cada movimiento pudiera arrebatarle el último aliento. Su rostro estaba descompuesto, y apenas pudo apartarse para dejar espacio a Airys, que ya se agachaba junto a ella con manos rápidas, pero temblorosas.

Callum, parado cerca de la mesilla, rompió uno de los bombones entre los dedos, dejando que el relleno viscoso se deslizara como sangre oscura por su palma. Lo olió apenas y su expresión se tensó de inmediato.

—Veneno de serpiente —anunció con la voz grave, y sintió el adormecimiento en los dedos—. Y muy potente.

Devlin interiorizó la información, pero apenas lo miró.

Su atención estaba clavada en Caitlyn, inmóvil sobre las sábanas, con su pecho apenas moviéndose, su rostro y sus labios pálidos, y el horror frente a las palabras de su hermano le subió como una marea helada. Sintió que se le rompía algo dentro, como si una mano invisible le estuviera desgarrando el alma centímetro a centímetro.

Veneno de serpiente.

Sabía lo que eso significaba. Lo sabía mejor que nadie. El veneno de serpiente, ingerido en esas dosis… era letal.

Las probabilidades de sobrevivir eran casi nulas.

Una entre un millón.

Tragó saliva, con los ojos ardiéndole. No podía hablar, no podía moverse. Solo podía mirarla y luchar contra el impulso de gritar.

Tenía el pecho ardiendo por dentro, como si estuviera presenciando su propia muerte en otro cuerpo.

—No —susurró apenas sin voz, más para sí que para nadie—. Lucha, mi preciosa velkana…, por favor.

Capítulo 37

La bruma lo cubría todo. Era espesa, blanca como la leche y se extendía en un silencio imposible.

Caitlyn avanzaba con paso incierto, no había suelo bajo sus pies ni cielo sobre su cabeza. Descalza, no tenía muy claro si caminaba o solo flotaba. El aire olía a piedra húmeda, a salitre, a cosas antiguas. A muerte.

Recordaba haber estado allí antes, cuando contaba solo seis años de edad, perdida entre aquellos monolitos: la isla de Callanish.

El viento ululaba como lo hacía en las islas Hébridas cuando su madre la había llevado con ella en aquella expedición, y de repente se sintió como si volviera a tener seis años. Recordaba la sensación del barro bajo sus botas infantiles, el sonido de los adultos discutiendo sobre líneas astronómicas y rituales perdidos, y ella misma huyendo del peso de sus dones: esas emociones que se le pegaban a las manos cuando tocaba a alguien, que no podía evitar ni entender.

Aquella noche se había escondido entre los megalitos y había llorado, asustada, dispuesta a quedarse allí perdida, alejada de todos para siempre.

Y entonces… apareció ella.

—No le temas a lo que eres, niña —dijo una voz del pasado, colándose en su presente de un modo confuso. La misma voz, idénticas palabras que entonces, que resonaban a través de la bruma como un susurro que rompía el velo del tiempo—. Lo escrito en las estrellas no puede borrarse.

Caitlyn se estremeció y se giró buscando la procedencia de la voz. Ya no era una niña. Volvía a ser ella, tal como era ahora…, pero el corazón le latía con la misma confusión temblorosa que aquella noche.

La mujer estaba allí, como un espectro entre la niebla. Su silueta era delgada, casi etérea. El cabello gris se mezclaba con la

bruma, y sus ojos… sus ojos seguían conteniendo el reflejo de un cielo tormentoso. Caitlyn la reconoció al instante. Aunque no había vuelto a verla desde aquella noche, era imposible olvidarla.

—¿Eres… real? —preguntó Caitlyn con un hilo de voz.

—Lo soy en todas las formas que importan —respondió la mujer, con una sonrisa llena de siglos.

La anciana se acercó, con la misma calma serena de antaño. Levantó una mano huesuda y acarició la muñeca de Caitlyn con un dedo, justo en el mismo lugar donde años atrás había dibujado aquella extraña marca. Esta vez, la forma se iluminó bajo su piel, como si siempre hubiese estado allí, dormida.

—La has usado bien —susurró la mujer con voz tenue—. La llevas en la sangre, como lo que representas. Fue escrita para ti, mucho antes de que el mundo pronunciara tu existencia.

Caitlyn apenas entendía nada.

—¿Estoy muerta? —interrogó con la voz rota.

—Aún no, todo va bien, ella estaba donde debía, y él… siempre está. —La miró con una serenidad contagiosa—. En breve, estarás de vuelta.

—¿De vuelta… adónde?

—Junto al Fénix —contó con ternura infinita—. Él es la chispa. Tú, el fuego. Juntos, la llama que rompe la oscuridad, la primera luz del renacer.

La bruma comenzó a vibrar a su alrededor, como si el mundo se rasgara.

—Pero… no puedo volver, el veneno me está matando —gimió Caitlyn, llevándose la mano a la garganta. Aún lo sentía arder en su pecho, igual que si la estuvieran arrastrando al fondo de un lago sin fin.

La mujer se inclinó hacia ella y le acarició el rostro.

—El veneno solo apaga el cuerpo, no el alma —aclaró—, y la tuya aún arde. Siente cómo el Fénix te reclama a su lado. Y recuerda: no le temas a lo que eres, lo escrito en las estrellas no puede borrarse. —Sonrió como lo haría un ángel—. Estás lista, mi pequeña Velshir. Respira y despierta.

Y el mundo estalló en luz.

Un jadeo violento sacudió el silencio del dormitorio y Caitlyn abrió los ojos.

El aire volvió a entrarle a los pulmones como fuego. Su espalda se arqueó sobre las sábanas y sus labios, aún pálidos, buscaron oxígeno como si nunca antes lo hubieran probado.

Varios rostros se alzaban sobre ella, pero su mirada solo buscó a uno, Devlin, que la observaba como si acabara de presenciar un milagro. No decía una palabra, pero su mirada hablaba por él con una intensidad que le encogió el alma, y una expresión tan vulnerable que casi dolía mirarlo. Sus ojos centelleantes la contemplaban como si él mismo acabara de regresar del abismo…, como si hubiese estado a punto de perder el aire y ella fuera su primer respiro. Había miedo aún, profundo, clavado en sus pupilas, pero también una devoción muda, un alivio feroz y algo más: una promesa sin voz, pero tan clara que Caitlyn creyó oírla en su pecho…

«Nunca más dejaré que te pase algo así».

¿Acaso podía estar imaginando solo lo que quería ver, sentir?

Por desgracia, era una posibilidad.

—¡Mami! —gritó Annabella cruzando ahora corriendo la habitación hasta ella, seguida de Eleonor—. ¡Ya estás bien!

Caitlyn se estremeció y sus brazos temblorosos dieron cuenta de la emoción desbordante que la atravesaba. De veras creyó que jamás volvería a abrazar a su pequeña. Sintió su fragilidad, su calor, su vida, y esa sensación le arrancó una lágrima que no logró contener.

—Mi niña… —susurró con la voz aún ronca mientras le acariciaba el cabello.

Annabella suspiró, feliz, con su cuerpecito en paz en los brazos de su madre. Luego, giró la cabecita hacia Airys y esbozó una sonrisa cargada de inocencia.

—Gracias por no irte a ninguna parte, tía Airys.

Un silencio denso cayó sobre la habitación.

Todos se miraron entre sí, con una mezcla de asombro y comprensión que caló hondo.

Si Airys hubiera salido como tenía previsto, jamás habría llegado a tiempo hasta Caitlyn. Nadie más allí habría podido salvarla.

Eleonor se llevó la mano al corazón, impresionada, mientras todos se sentían zarandeados por la revelación.

En el centro de todos, Annabella solo sonrió y abrazó a su madre de nuevo con fuerza, como si temiera que volviera a desvanecerse.

—Mami, te quiero mucho —musitó, acurrucándose junto a ella.

—Y yo a ti, mi amor —respondió Caitlyn, rodeándola con todo lo que le quedaba de fuerza.

Entonces alzó la mirada, casi sin querer, y se topó con los ojos de Devlin. Él no dijo nada, pero había ahora algo en su expresión que no logró descifrar de inmediato. Era una mezcla tensa de angustia, contención y cierto abatimiento. Como si de repente todo en aquella habitación lo incomodara.

Y casi como si fuera algo palpable, Caitlyn sintió el muro invisible que él solía levantar entre ambos alzarse de nuevo. Lo vio apartar la mirada, endurecer el gesto… y refugiarse en el papel de líder, de sahir frío y razonable. Y lo corroboró al escuchar sus siguientes palabras:

—Iré a hablar con los guardias —informó—. Alguien tendrá que darme muchas explicaciones.

—No, Devlin, es culpa mía —intentó Caitlyn incorporarse para detenerlo—, pero tuvo que dejarse caer de nuevo soltando un gemido.

Por un instante, él se inclinó sobre ella, como si el simple hecho de verla quejarse lo despojara de toda fachada de frialdad, pero pronto apretó los dientes, se alejó un poco y declaró:

—No te muevas, Airys aún tiene mucho trabajo contigo.

Sí, aquello parecía cierto. Hasta ahora, tumbada bocarriba, no se había dado cuenta de que le dolía todo el cuerpo.

—¿Puedes darle a Annabella todas las chuches que le apetezcan? —le pidió Caitlyn a Eleonor. No quería que la pequeña tuviera que ver sus heridas.

La niña corrió como un gamo tras la mujer cuando accedió al atracón de dulce.

Cuando se hubo marchado, Airys informó:

—La caída por la escalera ha sido muy aparatosa —empezó diciendo—. Tienes muchas contusiones que tratar, además de un esguince en un tobillo y un hombro dislocado.

Caitlyn le devolvió una expresión de asombro.

—No me duele. —Se miró el brazo, pero comprobó que no podía moverlo a placer.

—He anulado el dolor —informó la sahir—, pero tendremos que colocarlo, y, lo siento, para eso deberé retirarte la ayuda, y no va a ser muy agradable.

Caitlyn se esforzó por sonreír y acabó asintiendo.

Devlin, de repente muy pálido, se alejó hacia la puerta.

—Haz lo que debas —dijo con rapidez—, yo tengo cosas que hacer.

Salió de la alcoba como alma que lleva el diablo, seguido de Callum.

Se toparon con Ewan en la puerta, que llegó hasta ellos con un gesto de preocupación, subiendo los escalones de dos en dos.

—Acabo de enterarme —informó—, estaba ya en el campo de entrenamiento. ¿Caitlyn…?

—Está a salvo —contó Callum, y Ewan soltó un suspiro de alivio —, pero ha faltado muy poco.

—¿Se ha caído por las escaleras?

—Sí, pero no fue un accidente —siguió diciendo Callum—, buscaba ayuda.

Sin comprender, Ewan buscó la mirada de Devlin, que parecía absorto en sus pensamientos y no había abierto la boca.

Callum llevaba la caja de bombones en la mano, cogida entre un pañuelo, y la izó frente a Ewan.

—Veneno de serpiente, en una cantidad casi pura.

—¡No me jodas! —exclamó perplejo—. Ha sobrevivido de milagro.

—Y gracias a que Airys estaba aquí.

Ewan abrió los ojos como platos cuando hizo cierta asociación de ideas.

—¡Joder!

—Sí, así nos quedamos todos.

—Pero… —miró Ewan a ambos con una expresión de extrañeza — las luminarias no suelen interferir con la muerte. Mamá siempre decía que les está prohibido alterar el destino en ese sentido.

Todos lo sabían. Aquello hacía mucho más asombroso lo sucedido.

—Pues esta lo ha hecho —se encogió Callum de hombros.

Ambos miraron a Devlin, que seguía en silencio, y que solo habló ahora para comentar:

—Llama a Kyle, solo él puede agilizar los trámites para que analicen una muestra de esos bombones —informó—. Y que busquen huellas en la caja.

Ewan lo miró ahora con un gesto de cautela.

—Devlin, ¿estás bien?

—Perfecto, sí. —Le devolvió una expresión vacía.

—Se te permite estar jodido, ¿sabes? —insistió Callum.

—¿Por qué debería estarlo? —Arqueó las cejas—. Mi hija está bien.

Y justo en ese instante, un alarido desgarrador cruzó las paredes como una cuchilla. El grito de Caitlyn, a la que era evidente que acababan de recolocarle el hombro dislocado, retumbó con fuerza desde el interior de la habitación, seco, visceral, imposible de confundir.

Devlin palideció al instante, y por un segundo, sus ojos se cerraron con fuerza, como si pudiera acallar así el eco de su sufrimiento.

Ewan y Callum intercambiaron una mirada breve, pero cargada de significado. Sabían lo que Devlin intentaba contener.

—¿Estás bien? —preguntó Callum de nuevo con tono bajo, tanteando el terreno.

Devlin asintió, pero el gesto fue torpe, forzado. Sus puños se apretaron a los costados y dio un paso atrás, luego otro, como si el suelo bajo sus pies se hubiera vuelto inestable.

—Necesito aire —murmuró. Y sin esperar respuesta, se alejó con pasos rápidos.

Callum y Ewan lo observaron en silencio hasta que estuvo lo suficiente lejos.

—Le va a costar admitir que ella le importa, ¿no? —suspiró Ewan, tras unos segundos.

—Creo que lo considera un lujo que no puede permitirse —opinó Callum con pesar—, y es imposible que tras lo sucedido no se haya dado cuenta de hasta qué punto… ella es su debilidad, creo que eso es lo que le pasa. Sabe que está perdido, por mucho que quiera engañarse.

—¿Tanto?

—Deberías haberlo visto cuando pensábamos que la perdíamos.

—¿Preocupado?

—Desquiciado, al borde del colapso —resopló—, pero lo conocemos demasiado bien.

—Luchará con uñas y dientes —completó Ewan por él.

Callum asintió con tristeza.

Capítulo 38

Un par de horas después, Caitlyn puso los pies en el suelo, al fin repuesta por completo, y se esforzó por estirar todos los músculos. Debía reconocer que el don de Airys era una auténtica maravilla. No quedaba rastro del veneno en su sangre, ni del ardor en la garganta, tampoco de los hematomas que había sentido bajo la piel al despertar. Incluso las pequeñas heridas que el rosal le había dejado en la espalda el día anterior se habían desvanecido sin dejar cicatriz. Se sentía ligera, nueva, como si acabara de volver a nacer, y alguien hubiese pasado un velo limpio sobre su cuerpo y su alma. Era la primera vez en mucho tiempo que no sentía ningún dolor, ni físico… ni emocional. Y, aunque sabía que lo segundo no duraría, ya que Airys estaba colaborando para que aquello también fuera así, decidió saborear el milagro de ese instante.

—De verdad que no sé cómo agradecértelo, Airys —repuso por al menos quinta vez, y miró a la chica con los ojos cargados de sinceridad—. Yo…

—Por favor, Caitlyn, ya han sido gracias suficientes —sonaba incómoda.

—Es que no… tenías por qué.

—¿Debía dejarte morir, dices? —Frunció el ceño.

Caitlyn la miró cohibida.

—Sé que no te caigo bien.

—Para ser una velkana no estás tan mal. —Se encogió de hombros.

Una sonrisa asomó a los labios de Caitlyn.

—Guau, te habrá costado horrores decir algo así —bromeó.

Recibió un amago de sonrisa como respuesta.

—No te haces idea.

Caitlyn asintió. De veras estaba agradecida con Airys, y la admiraba profundamente, a pesar de que no fuera de una amabilidad apabullante, al menos con ella. Con Annabella se

comportaba de forma diferente y era obvio que quería a la pequeña, y eso era suficiente para Caitlyn.

«Él también quiere a su hija…, pero eso no es suficiente para ti».

¿Sería mucho pedirle a Airys que anulara la vocecilla de su conciencia durante… un par de años o tres?

Suspiró. La calma que sentía hacía un momento acababa de evaporarse, y paseó por la habitación, nerviosa. Y la cosa no mejoró cuando tocaron a la puerta y Devlin se coló en la alcoba.

Posó sobre ella una mirada de sorpresa al verla. ¿Esperaba encontrarla moribunda o qué?

Frunció el ceño.

—Aún no te he dicho nada para que me mires así —se quejó el chico.

Caitlyn debía reconocer que se merecía el comentario. Devlin se giró hacia Airys y le preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí, todo ha quedado en un susto.

«¡¿Por qué narices no me pregunta a mí?!», se dijo Caitlyn, comenzando a indignarse porque ni siquiera la mirara. ¿Qué tenía que hacer para ganarse su atención? ¿Morirse de verdad?

—Te agradecería que no te comportaras como si yo no estuviera aquí —acabó soltando, cruzándose de brazos.

Devlin posó la mirada en ella al fin, con una expresión tan intensa que le calentó la sangre.

—Y yo te agradecería que te pusieras algo más de ropa encima —repuso en respuesta—, y no tendré que ignorarte.

Solo entonces Caitlyn bajó la vista hacia sí misma… y se le encendió la cara de un rojo intenso. Llevaba puesto un top corto, apenas más largo que un sujetador, y unos pantalones minúsculos de tela suave, ambas cosas escogidas por Airys para permitirle acceso a todas las lesiones con libertad. No había reparado en ello hasta ese momento, demasiado centrada en su recuperación.

—Genial… —murmuró caminando hacia el armario, sintiendo cómo el calor le subía hasta las orejas—. Me salvo de morir envenenada solo para morir de vergüenza.

La suave risa de Airys la sorprendió, pero no se giró. Solo faltaba que Devlin estuviera mirando las moscas pasar en lugar de mirarle el trasero.

«Pero ¿qué estás diciendo? ¡Aún eres una moribunda, por Dios!».

—Un tatuaje impresionante el tuyo, Caitlyn —escuchó decir a Airys en un tono extraño.

Caitlyn se giró a mirarla mientras se ponía una bata por encima. Para su sorpresa, cazó a Devlin con los ojos… donde debía tenerlos, por fin, sobre ella.

—¿No te parece impresionante ese fénix, Devlin? —insistió Airys —. Es digno de ver, ¿verdad? Inolvidable, diría yo.

Él miró a su hermana como si quisiera estrangularla, y Airys respondió con una sonrisa mordaz. Caitlyn los observó a ambos con cierta confusión, sin entender qué se había perdido, pero muy consciente de que debía de ser algo interesante. Se quedó con ganas de preguntar, pero hablar de su tatuaje no era lo que más le apetecía en presencia de Devlin.

—Gracias —se limitó a decir.

—¿Cuándo te lo hiciste? —preguntó Devlin, tomándola por sorpresa.

Caitlyn lo miró con ansiedad. ¿*Nunca* sería una respuesta adecuada?

«*Debes regresar junto al Fénix*… ¿No había sido aquello lo que la anciana entre la bruma había dicho? *Siente cómo el Fénix te reclama a su lado*».

De repente se sintió confundida. Necesitaba hablarlo con Davina.

—Hace años que lo tengo —declaró de forma ambigua.

—¿Quién te lo hizo? —interrogó.

Caitlyn lo miró algo cohibida, con la vergüenza aún pintada en las mejillas, pero no tuvo tiempo de formular respuesta alguna. En ese mismo instante, Eleonor irrumpió en la habitación, algo agitada.

—Kyle y Dougal Holloway están aquí —anunció con gravedad, sin añadir más.

Caitlyn apenas tuvo tiempo de abrir la boca para preguntar dónde, cuando los pasos decididos de su hermano y su padre cruzaron el umbral sin esperar invitación.

Después, todo ocurrió en cuestión de segundos.

Kyle, con el rostro deformado por la furia y los ojos relampagueantes, caminó hasta Devlin y, sin mediar palabra, le arreó un puñetazo brutal que lo hizo tambalear.

—¡Confié en ti! —bramó—. ¡Me aseguraste que estaría a salvo y has estado a punto de devolvérmela en una caja de pino!

Devlin no se defendió. Ni siquiera levantó una mano. Permaneció firme, encajando el golpe como si creyera merecerlo. Ni una chispa de rabia cruzó su mirada, solo una aceptación silenciosa, contenida.

Airys, sin embargo, sí tuvo algo que decir. Caminó hasta Kyle y lo empujó con todas sus fuerzas.

—¡Vuelve a hacerlo, odioso velkano, y ordeno que te saquen de aquí a patadas!

Kyle la miró con rabia.

—¡Mi hermana podría haber muerto! —espetó con voz rota, clavando los ojos en Caitlyn. Ella, aún perpleja, permitía que su padre la abrazara…, pero no tardó en reaccionar.

—Estoy viva, Kyle —le recordó—, es lo que importa.

El chico la miró y la furia se fue disipando frente al evidente alivio. Caminó hasta ella y la abrazó con fuerza, reconfortándola al instante.

Tras unos largos segundos de emocionante reencuentro, Kyle se giró hacia Devlin.

—¿Cómo ha podido pasar algo así? —inquirió entre dientes.

—Fue mi culpa —intervino Caitlyn de inmediato—. Yo presioné al guardia para que se saltara las órdenes y me diera a mí el paquete.

Ahora se sentía muy estúpida.

Kyle la miró con una expresión de reclamo.

—¿Y en qué coño estabas pensando, Caitlyn? —interrogó abatido—. No estás aquí de vacaciones, por el amor de Dios.

Asintió, asumiendo su estupidez. ¿Cómo explicaba sus motivos para no querer que nadie más viera el contenido del paquete? Ahora le resultaba absurdo.

—Creí que era de Keira —explicó, vencida—. Ella me contó que lo había mandado y aparecía como remitente.

Kyle suspiró y miró a Devlin.

—¿Y tu guardia qué? —recriminó—. ¿En primero de seguridad?

—Si te sirve de consuelo, ya lo he despedido —confirmó Devlin.

—¡No! —protestó Caitlyn de inmediato—. ¡No es culpa suya! Yo lo presioné.

—Están entrenados para soportar la peor de las torturas —le dijo Devlin, mirándola con seriedad— y ha sucumbido ante una cara bonita, poniendo tu vida en riesgo.

—Por favor, dale una oportunidad. —Se sentía responsable.

—Ni hablar —negó tajante—. No volverá a trabajar en esta ciudad.

—Pero…

—Sin peros, Caitlyn —interrumpió Kyle ahora—. Él es el profesional y su incompetencia ha podido costarte la vida.

Ahora sí guardó silencio, consciente de que no conseguiría nada insistiendo y que puede que tuvieran algo de razón.

—Pero centrémonos —expuso Kyle—. Callum en persona va camino a comisaría con la caja de bombones. Tendrá el laboratorio a su disposición en cuanto llegue.

—Dudo de que haya huellas —opinó Devlin—, Varek es cuidadoso.

—Esta vez se ha arriesgado mucho —repuso Kyle.

Devlin asintió.

—Y no dejo de preguntarme por qué —declaró con una evidente preocupación—. Suele ser paciente, pero por alguna razón tengo la sensación de que empieza a estar nervioso.

Kyle asintió.

—¿Qué narices quiere de ellas? —intervino Airys ahora—. Esa es la gran pregunta. Varek no mata velkanos.

—Anna es mitad sahir —les recordó Kyle.

—¿Y crees que la niña es el objetivo?

Caitlyn miraba de unos a otros con aprensión, poniéndose cada vez más nerviosa.

—Es posible, le encanta el chocolate y…

—Eso demuestra que conoce muy poco a mi hija —intervino ahora, intentando controlar su ansiedad—. Jamás le habría dado a Anna un bombón de esa caja, es alérgica al pistacho.

Todos la miraron en silencio unos segundos, como si estuvieran valorando si aquello podría ser o no relevante.

—¿Comentaste antes que Keira te dijo que iba a enviarte un paquete? —preguntó Devlin ahora.

Ella asintió y el chico frunció el entrecejo.

—¿Y su nombre venía como remitente en los bombones?

—Sí, y cuando le envié un mensaje, me llamó corriendo para decirme que ella no me los había mandado, pero… —tragó saliva— ya era tarde.

Fue consciente del intercambio de miradas entre Devlin y Kyle.

—¡Qué cabrón! —exclamó Devlin mientras sacaba su teléfono.

—¿Qué pasa? —interrogó, nerviosa.

Fue Airys quien contestó.

—Él sabía que estarías esperando ese paquete —argumentó—, sigue teniendo oídos muy cerca.

Devlin habló ahora al teléfono.

—Callum, vuelve directo desde comisaría —pidió con rapidez—. Tenemos micros en algún punto del castillo y hay que encontrarlos. —Escuchó con atención y miró a Caitlyn antes de añadir—: Empieza por la biblioteca.

Colgó y volvió a llamar.

—Ewan,quiero hablar con Brets antes de que se vaya —exigió, y maldijo entre dientes con la respuesta—. ¡Pues encuéntralo!

Apretó la mandíbula con evidente furia cuando colgó, y soltó un improperio.

—¿Qué pasa? —intervino Caitlyn sin entender nada—. ¿Quién es Brets?

—El guardia de seguridad que te dio el paquete, supongo —resopló Kyle, y miró a Devlin—. Era demasiada negligencia, ¿no?

El Khalif paseaba de un lado para otro, blasfemando.

—¡Joder, ¿es que os leéis la mente o qué?!—se desesperó Caitlyn—. ¡¿Podéis tratarme como a una imbécil y ponerlo en palabras, por favor?!

—Parece evidente que hay escuchas en la casa, hija —contó su padre ahora, en un tono de preocupación—, lo que significa que alguien tuvo que ponerlas ahí. Alguien con acceso al castillo.

—¿El guardia?

—Soltó el paquete con demasiada facilidad —aclaró ahora Kyle —, y a la vista de los acontecimientos, todo parece indicar que no fue solo por tus encantos.

La chica se quedó perpleja. Aquel cabrón la había engañado bien.

—¿Dices que estaba todo preparado?

—Varek es muy listo —asintió Kyle.

—¿Y cómo sabemos que ha sido él? —interrogó Dougal ahora con un gesto serio.

Todos miraron al hombre, que añadió con cautela:

—Lo siento si molesta a alguien, pero no tenemos ningún tipo de constancia de que ese cabrón esté involucrado —insistió—. ¿No suele reivindicar sus atentados?

Kyle asintió y confirmó:

—Deja una carta con un símbolo, sí.

—¿Y dónde está?

—Esto es absurdo, ¿quién más podría ser? —inquirió Devlin—. Es él, estoy seguro.

—Pues yo no voy a arriesgar la vida de mi hija por tus corazonadas —sentenció Dougal con firmeza, cruzando los brazos con gesto inflexible—. Y creo que estará más a salvo en casa con nosotros.

Devlin lo fulminó con la mirada. Su voz, baja pero firme, cortó el aire como una cuchilla.

—Ni lo pienses —sentenció entre dientes—. Ni Caitlyn ni mi hija van a ninguna parte.

Caitlyn los miraba a los dos, pasmada, atrapada entre el estupor y una punzada inesperada de emoción. Por primera vez en mucho

tiempo, sentía que no era una pieza suelta que todos movían a su antojo, sino alguien por quien al menos peleaban.

—Kyle les pondrá protección —se obstinó Dougal como si el asunto estuviera ya decidido.

—No —repitió Devlin, tajante.

Dougal chasqueó la lengua.

—¿Y quién me dice a mí que tú mismo no estás detrás de todo esto, McAllister? —dijo con tono cortante—. Tú eres el más interesado en que Caitlyn desaparezca. Si muriera, te quedarías con la niña. Dime que no es eso lo que quieres.

La acusación cayó como una bomba en mitad de la habitación. Caitlyn se quedó paralizada. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¡Papá! —exclamó, dando un paso al frente—. Devlin jamás me haría eso. Él no… no atentaría contra mi vida.

Y, aun así, cuando volvió el rostro hacia Devlin, algo en su interior tembló.

—¿Verdad? —Un atisbo de duda se reflejó en su voz.

Y por un instante, el mundo se detuvo.

Devlin la miró a los ojos… y su expresión cambió. No se enfadó. No alzó la voz. Ni siquiera pronunció palabra. Pero en ese abismo de silencio, ella comprendió que acababa de herirlo en lo más profundo, como si su instante de duda fuera una daga afilada y candente.

—Supongo que me lo merezco —musitó él al fin. Bajó la vista y soltó aire como si le costara seguir respirando en esa estancia—. Disculpadme.

Sin esperar réplica, salió de la habitación, dejando tras de sí un silencio más elocuente que cualquier discusión.

Caitlyn miró la puerta cerrada y tuvo ganas de llorar. Aquella era la primera vez que él la dejaba ver cómo se sentía, o quizá dolía tanto que ni siquiera había podido esconderlo. ¿Era posible que algo de lo que ella hiciera le afectara de aquel modo? Muy a su pesar, tampoco pudo evitar dudar de aquello.

—¿Y vosotros sois los empáticos? —le reprochó Airys a Dougal, mirando después a Kyle.

—Mi padre solo está preocupado —informó el chico.

—Eso no le da derecho a acusar a mi hermano de algo tan vil.

—Sigo estando aquí —intervino Dougal, ahora en un tono más calmado—. Y quizá me he pasado acusándolo de ser responsable, pero también he dicho alguna verdad que otra.

—¡Papá, ya! —rogó Caitlyn.

—No vais a quedaros con mi nieta.

—¡Basta! —exigió ahora Kyle—. No eches más leña al fuego, bastante tenemos.

Airys paseó la vista por ambos hombres, una mirada acerada, cargada de resentimiento.

—Ya habéis comprobado que Caitlyn está bien —repuso en un tono ácido—. Largaos de mi casa cuanto antes.

Pasó ante Caitlyn camino a la puerta, que la miró desolada por el giro de acontecimientos.

—Airys… —murmuró.

La chica se detuvo a mirarla de frente.

—Si Devlin no hubiera detectado el veneno en tus labios —susurró, aunque con cierta sequedad—, ni siquiera yo habría podido salvarte.

Aquello dejó perpleja a Caitlyn, pero no le dio tiempo a preguntar. Airys salió de la alcoba sin más dilación.

Cuando se giró a mirar a su padre, sin poder disimular un gesto de reproche, encontró los ojos masculinos cargados de tristeza, y tuvo que controlarse.

—No te imaginas el miedo que he pasado hasta comprobar que estabas bien —declaró el hombre, abatido—. Disculpa si me desquito un poco con él, pero prometió cuidar de ti y creí que no volvería a verte.

—Te entiendo, papá, pero no puedes atacarlo todo el tiempo —rogó—. Se están portando bien con nosotras.

—Ven a casa, amor.

Caitlyn no quería ofender a su padre, pero no pensaba poner un pie fuera de aquellos muros. Por suerte, Kyle le evitó tener que decírselo.

—En este momento, este castillo es lo más parecido que conozco a un búnker, papá —intervino—. Si Varek ha llegado hasta ellas aquí, nosotros no tenemos forma de protegerlas con éxito.

Dougal suspiró, muy consciente de que no estaba diciendo nada ilógico, por mucho que le pesara.

—¿Crees que… él nos dejará quedarnos con ella? —interrogó el hombre, esperanzado.

—¿Después de acusarlo de intentar matarla? —replicó Kyle—. Claro, debe de estar deseando confraternizar contigo.

—¿Y si me disculpo?

Kyle se encogió de hombros.

—Inténtalo, si quieres.

Caitlyn se dijo que ella misma también le debía una disculpa a Devlin, que intentaría hacerle llegar cuanto antes…

…si es que él estaba dispuesto a escucharla.

Capítulo 39

Caitlyn, paseando de arriba abajo en el salón junto al comedor, comenzaba a estar muy angustiada. Eran las seis de la tarde, Devlin ni siquiera había aparecido para comer y nadie parecía saber dónde estaba, o al menos a ella no se lo querían decir.

Tanto Kyle como su padre seguían en el castillo. Este último aguardaba junto a ella, un tanto preocupado, a que el Khalif regresara para intentar suavizar el ambiente y que le permitiera quedarse junto a ellas. Pero ni la propia Caitlyn sabía si tenía una sola posibilidad.

Annabella jugaba con su abuelo y le mostraba sus avances con sus dones sahires, algo que el hombre al principio no vio con buenos ojos, pero a lo que se terminó rindiendo.

—Es asombrosa, Caitlyn —declaró con una nota de orgullo en la voz—. Una niña muy especial.

—Sí que lo es.

—También tiene una madre excepcional —opinó Dougal mirando ahora a su hija—, a la que me duele no conocer más.

A Caitlyn también le daba pena aquello. Siempre habían intentado no perder el contacto, pero hablar por teléfono, o videollamada en los últimos tiempos, a veces no aportaba más que palabras banales.

—Quiero remediar eso a partir de este momento, hija —añadió su padre con un toque de esperanza en la voz—. ¿Estarías dispuesta a darle una oportunidad a este viejo?

Caitlyn suspiró y sonrió.

—Me encantaría —asintió emocionada—, y tú no eres viejo, papá.

—No te creas, cuando me agacho, ya me levanto con soniquete —bromeó.

Ambos rieron y Caitlyn aceptó el abrazo que el hombre le brindó.

—Ay, hija —repuso con cierta tristeza sin soltarla—, siento que me he equivocado en todo.

Ella fue a protestar, pero el hombre no se lo permitió.

—Sí, amor, ahora lo veo más claro que nunca —insistió—, por eso quiero compensarte. Si ese… —apretó los dientes y esbozó una sonrisa forzada— amable y gentil sahir me lo permite —Caitlyn rio—, me gustaría enseñarte a controlar tu don empático. Debí hacerlo hace tiempo.

Para Caitlyn, aquello significaba mucho.

—Me ha dicho Kyle que no sabes cerrar tu umbral energético. —Sonó avergonzado.

—No tenía ni idea de que se pudiera —admitió.

El hombre soltó un suspiro de desesperación.

—¿Ves por qué digo que lo he hecho todo mal?

Kyle y Callum entraron ahora en el salón, interrumpiendo la conversación. Llevaban varios dispositivos entre las manos, que soltaron sobre la mesa.

—¿Habéis encontrado algo? —interrogó Caitlyn de inmediato.

—Dos micros en la biblioteca, uno más en la cocina y otro en el comedor —explicó Kyle.

—Las zonas comunes —aclaró Callum—. Las únicas a las que un guardia podría tener acceso.

—El resto del castillo está limpio —le aseguró su hermano.

Caitlyn asintió, aunque su mirada acabó posándose en Callum con cierta tensión. No se atrevía a preguntar por Devlin de nuevo, pero tenía demasiada ansiedad acumulada.

Pero no tuvo que decir nada. Fue el propio Callum quien, con una ceja arqueada y media sonrisa resignada, comentó mientras se giraba hacia Kyle:

—Me marcho al campo de entrenamiento —informó—, ya he recibido dos SOS de Ewan.

—¿Pasa algo? —se interesó Kyle.

Callum resopló y reconoció:

—Sí, Devlin —declaró, como si aquello dijera suficiente por sí solo.

Kyle asintió y esbozó una leve sonrisa, pero para Caitlyn aquello no decía gran cosa.

—¿Devlin está allí?

Con una expresión de cautela, Callum asintió.

—¿Y qué hace?

—Según Ewan —gruñó—, lisiar guardias.

La chica frunció el ceño. ¿Por qué todos en aquella casa parecían hablar en clave? No sabía de qué iba aquello, pero le dio igual.

—Voy contigo —informó.

—No.

—Sí.

Callum miró a Kyle, incómodo, y el policía declaró:

—Él ya la conoce, entenderá que no has tenido opción.

—Sí, eso o seré el siguiente tullido —se quejó mientras caminaba ya hacia la puerta.

Sin demora, Caitlyn fue tras él.

∞∞∞

El trayecto hasta el campo de entrenamiento fue corto, aunque Caitlyn lo vivió como una marcha tensa hacia lo desconocido. El camino serpenteaba entre los jardines del castillo, y a medida que se acercaban, los gritos de esfuerzo se hicieron más nítidos. Al llegar, vio a varios hombres combatiendo en los distintos espacios del terreno, sudorosos, concentrados, pero su mirada se centró en uno solo.

Devlin.

Llevaba un pantalón negro deportivo y el torso desnudo, cubierto por una fina capa de sudor que brillaba bajo la luz de la tarde. Su piel parecía esculpida a golpe de fuerza y músculo, y sus movimientos tenían la precisión de una poderosa pantera. Caitlyn sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

Santo cielo, no debería ser legal moverse así, ni presentar ese aspecto tan… sexi y abrumador

En ese instante, Devlin dio un paso al frente y señaló a uno de los guardias.

—¡Tú! Adelante.

El hombre vaciló. Se le notaba incómodo.

—¿A qué esperas? —rugió Devlin—. ¿A que baje un ángel del cielo a pelear por ti?

El guardia avanzó, resignado, y se posicionó. El combate duró apenas unos segundos. Devlin se lanzó como una tormenta contenida: un amago de paso, un giro veloz, un golpe directo al abdomen, una zancadilla precisa, y el guardia acabó estampado contra el suelo con un gruñido frustrado.

—¡Maldita sea! ¿Nadie puede durarme más de diez segundos? —espetó Devlin, caminando de un lado a otro con los puños cerrados y los músculos marcándose bajo cada paso. Estaba furioso, y no por ellos.

Caitlyn comprendió de golpe lo que Callum y Kyle no habían querido decir abiertamente: Devlin estaba pagando sus demonios con todos ellos.

En ese momento, Ewan, que observaba a su hermano desde un lateral, se le acercó sin más preámbulo.

—No sé qué coño le has hecho, pero arréglalo —dijo entre dientes—. Antes de que mate a alguien.

Caitlyn abrió los ojos, alucinada. Iba a replicar algo, pero no pudo. Devlin acababa de girar la cabeza… y su mirada se encontró con la suya.

Y entonces fue como si el campo entero se quedara en silencio.

A oídos de Caitlyn, los golpes cesaron, las conversaciones se apagaron, incluso el viento pareció calmarse mientras ella se perdía en las emociones intensas y desproporcionadas que solo aquel hombre podía provocarle. El fénix en su espalda palpitó con más fuerza, y a punto estuvo de soltar un suspiro que la habría avergonzado frente a Callum, que seguía a su lado.

Su corazón se aceleró aún más cuando Devlin caminó hacia ella. Su cuerpo parecía esculpido en piedra, y era… lo más asombroso que había visto jamás de cerca. La luz de la tarde, con el sol ya en descenso, brillaba sobre su piel sudorosa, convirtiendo aquella

imagen en pura testosterona que era como un aroma embriagador para todos los sentidos de Caitlyn, que no podía sacarle los ojos de encima. Y eso que no estaba recibiéndola con los brazos abiertos.

No había calidez alguna en su masculino rostro, solo una tensión repentina, como si su mera presencia alterara algo que él llevaba horas intentando contener. Su andar era firme, decidido, pero su expresión parecía hecha de acero.

—Callum, llévala de vuelta al castillo —ordenó sin rodeos.

—No —repuso Caitlyn con firmeza—. Solo quiero hablar contigo.

Devlin le sostuvo la mirada un segundo, sin expresión, pero antes de que pudiera responder, un grito de advertencia cruzó el campo.

—¡Cuidado!

Uno de los guardias, demasiado concentrado en practicar su control telequinético con un pesado bastón de entrenamiento, lo había soltado sin querer. El proyectil salió disparado a gran velocidad… directo hacia Caitlyn.

Todo ocurrió en un parpadeo.

Devlin se volvió, se impulsó como un resorte y en un solo movimiento veloz, igual que si hubiera salido de una escena de acción, atrapó el bastón en el aire a escasos centímetros del rostro de Caitlyn. Con furia contenida y los músculos tensos por el susto, miró al guardia que lo había dejado escapar.

—¿Estás bien? —preguntó al ver que ella no se movía.

Caitlyn asintió con un gesto, aún sorprendida, pero antes de que pudiera agradecerle nada, él habló con frialdad.

—Ya has visto que este no es lugar para visitas.

—Lo asumo —dijo, dando un paso hacia él—. Pero no me voy hasta que hablemos.

Necesitaba sacarse de adentro todo lo que llevaba, sobre todo pedirle disculpas por lo sucedido en la habitación. Y él acababa de evitarle lo que hubiera sido otro golpe serio, algo por lo que no le molestaría nada mostrarle su agradecimiento…, las veces que fueran necesarias.

No podía evitar admirar su imponente físico, por más que lo intentaba. Y de alguna forma debió reflejarse en su mirada, porque

él entrecerró los ojos y la observó con cierta mordacidad.

—No es momento ni lugar para conversaciones —declaró muy serio.

Y ella ya no sabía… a qué le estaba diciendo que no con exactitud.

Se quedó perpleja cuando lo vio alejarse, en dirección contraria al camino de regreso al castillo, con paso firme y la actitud de quien está al borde de estallar.

Cuando pasó a unos metros del joven que había perdido el control del bastón, Devlin alzó el arma que aún llevaba en la mano, la soltó en el aire y, con un movimiento seco, la proyectó de nuevo hacia su dueño y lo obligó a retroceder un par de pasos con un impacto certero en el abdomen.

—Agradece que no le rozó un solo pelo —espetó Devlin, sin elevar la voz, pero con la gravedad suficiente como para congelar el aire.

El guardia se dobló un poco por el golpe, pero no protestó. Nadie lo hizo. Nadie osaría desafiarlo en ese estado.

Caitlyn había visto el gesto, pero no escuchaba nada desde allí. Lo observó alejarse y ponerse una camiseta sin mangas que tomó de la rama de un árbol. Dudó… y luego fue tras él, aun sabiendo que no se lo pondría fácil.

No dijo nada. Solo echó a andar con paso rápido, sin apartar los ojos de su poderosa espalda y del modo en que se abría paso con agilidad entre los árboles.

Devlin no tomó el sendero principal que bordeaba el bosque. No. Escogió lo que parecía un atajo hacia donde quiera que fuese y se desvió por un paso más abrupto, un terreno escarpado que descendía en desniveles traicioneros entre la maleza y las raíces expuestas.

Como si no le bastara con huir, tenía que complicarlo.

Caitlyn lo siguió sin vacilar, aunque con creciente dificultad. El suelo irregular bajaba con una pendiente que la obligaba a clavar los talones en la tierra húmeda para no resbalar. Las ramas le arañaban la piel desnuda de los brazos y una zarza se le enredó en el tobillo. Jadeó, maldiciendo en voz baja, y casi al instante una rama se le

clavó en la espinilla desnuda. En esa ocasión ya no pudo reprimir una exclamación de dolor, llevándose la mano a la pierna, y Devlin se giró de inmediato.

Sus ojos se clavaron en los suyos desde unos metros más adelante. Guardó silencio. Se limitó a observarla, inmóvil, con la mandíbula tensa y el ceño fruncido. Durante un instante, Caitlyn no supo si había visto preocupación en su mirada o solo era simple irritación.

Él avanzó hacia ella cuesta arriba.

—¿Te parece que este es un buen sitio para ir de excursión? —soltó al fin con una voz ronca cargada de tensión.

Ella izó el mentón y lo miró con obstinación mientras se esforzaba por olvidarse del dolor de la espinilla.

—Me parece —replicó, desafiante— que este es el único sitio por donde ni siquiera tú puedes huir con tanta facilidad.

Él sonrió con cinismo.

—¿Eso crees que hago? ¿Huir?

—Dímelo tú.

Soltando un improperio, él exigió en un tono serio:

—Regresa al castillo, Caitlyn, ya habrás notado que no soy buena compañía en estos momentos.

La chica lo miró con cierta tensión.

—No quiero ser la responsable de eso —repuso apenas en un susurro.

Él afiló la vista sobre ella.

—¿Por qué crees que lo eres?

—No lo sé —titubeó ahora—, es que… he dudado de cosas que…

—Déjalo —interrumpió, apretando los dientes.

—¡Lo siento, ¿vale?! —proclamó, incapaz de soportar su mirada de hielo—. Sé que no has tenido nada que ver con lo de los bombones…

Lo vio apretar los puños.

—…y que nunca atentarías contra mi vida.

«Aunque quizá no te importaría mucho si… alguien lograra su cometido», no pudo evitar pensar, pero no lo dijo.

Observó su expresión tensa.

—En serio, Devlin, lamento si te hice sentir mal con mis dudas —insistió—. En ningún momento he querido herirte.

—¡Fin de la conversación! —interrumpió—. Regresa al castillo.

Ella se ofuscó ahora y lo miró malhumorada.

—¡Sí, claro! —lo enfrentó con un gesto molesto—. El gran sahir no admitirá nunca que algo haya podido hacerle daño, no sea que alguien pueda pensar que tiene sentimientos.

Se miraron a los ojos, ambos con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Has terminado? —inquirió Devlin con fingida calma tras unos segundos de silencio.

—¡No! —le salió solo.

Él aguardó a que siguiera hablando, mirándola con una expresión ceñuda. Caitlyn había dicho que no por pura inercia, pero las palabras se le atragantaron. ¿Qué podía decirle cuando la miraba con aquellos ojos verdes, medio desnudo y en mitad de la nada?

Incómoda, interrogó.

—¿A dónde ibas?

Aquello pareció pillarle fuera de juego. Sí, ella tampoco se había parado mucho a pensarlo.

—A nadar.

—¿A nadar? —repitió Caitlyn, parpadeando.

Devlin asintió, sin molestarse en añadir más.

El lago resplandecía a lo lejos, como una joya líquida entre los árboles. La luz se deslizaba por su superficie con reflejos de plata, y a Caitlyn, que solo lo había visto desde una ventana, se le iluminaron los ojos de interés.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó esperanzada.

—No. —La respuesta fue tajante.

Ella no se rindió.

—No conozco el lago.

—Ni yo Italia, y tampoco iría contigo.

Caitlyn frunció el ceño y le sostuvo la mirada. Después, giró la cabeza y contempló el camino que acababan de recorrer. Solo entonces se dio cuenta de cuánto habían descendido. El sendero de

regreso era empinado, cubierto de maleza y bastante más largo de lo que había creído.

—Vale, pues… —carraspeó— me vuelvo. Era todo recto, ¿no?

Devlin la observó con una expresión irónica frente al gesto de Caitlyn, que miraba ahora hacia todos lados, incómoda, como si tuviera que escalar una montaña a ciegas y sin cuerdas.

—Eres un maldito grano en el culo, velkana —resopló segundos después.

Ella alzó una ceja.

—Tienes que trabajar más en tus piropos.

Soltando un bufido de irritación, Devlin declaró:

—Sígueme de cerca y no hables.

Dicho eso, echó a andar con paso firme y brusco hacia abajo, apartando los arbustos a su paso. Caitlyn lo siguió, aunque apenas había dado tres pasos cuando tropezó con una raíz y fue a dar de lleno contra su espalda.

—¡*Auch*!

Devlin se giró soltando un improperio y la sujetó justo a tiempo para que no cayera de bruces. Por un segundo, sus manos le rodearon los brazos y sus rostros quedaron peligrosamente cerca.

—¿Qué narices habré hecho yo para ganarme este castigo? —Lo escuchó murmurar entre dientes.

Un segundo después, sin que ella tuviera tiempo de protestar, la tomó en brazos con un movimiento seco y decidido, tal y como había hecho el día que se conocieron en la playa.

—¿Qué haces? —exclamó Caitlyn, sorprendida.

—Evitar otro tropiezo. Y otro. Y otro más —masculló, comenzando a andar cuesta abajo, acunándola—. Y de paso, asegurarme de que no acabas rompiéndote el cuello y poniéndome de nuevo como el villano.

Ella no protestó, más bien le costó no suspirar y evitar la tentación de apoyar la cabeza en su torso, disfrutando del contacto. El calor de su cuerpo, su olor, la firmeza de sus músculos en contraste con la suavidad de su piel, todo la dejaba sin aliento.

Devlin parecía irritado. Su ceño seguía fruncido, sus labios apretados, pero la forma en que la sostenía no era descuidada, sino

firme y protectora. Como si, a pesar de todo, no pudiera soportar la idea de que algo le pasara.

Y en medio del silencio del bosque, con el lago brillando más abajo como un espejo encantado, Caitlyn no pudo evitar pensar que, por contradictorio que resultara, jamás se había sentido tan segura.

—¡Guau! —Se maravilló cuando salieron al fin a una explanada y pudo contemplar la zona en todo su esplendor—. Es increíble.

El lago se extendía sereno al pie del bosque, como una lámina de cristal entre los árboles. Las ramas altas se curvaban hacia él, proyectando sombras danzantes sobre su superficie turquesa, y un murmullo constante de hojas y agua lo envolvía todo en una calma casi irreal. Parecía un rincón oculto del mundo, intacto, suspendido en otro tiempo.

Devlin no respondió. Solo gruñó algo ininteligible mientras la soltaba en el suelo como si de repente fuera contagiosa, pero ella estaba demasiado obnubilada.

—Creo que este podría convertirse en mi lugar preferido en el mundo —susurró Caitlyn casi para sí, mirando a su alrededor, maravillada.

—Vaya, algo de mi castillo que te gusta —resopló mientras se volvía a quitar la camiseta… y seguía con los pantalones.

—En realidad… —admitió Caitlyn que estaba distraída mirando hacia otro lado—, todo aquí me gusta bastante.

Se giró a mirarlo y se quedó extasiada frente a la visión de él en calzoncillos.

«¿Dije bastante? ¡Me gusta muchísimo, en realidad!

—Pensé que te parecía un castillo de película de terror, ¿no lo llamaste así? —le recordó Devlin.

Se le secó la garganta, y tuvo que hacer el esfuerzo de su vida para mirar hacia otro lado, o en breve estaría mendigándole una caricia.

—Siento si mi desnudez te ofende —repuso Devlin con mordacidad al ser consciente de que evitaba mirarlo—, pero te recuerdo que yo he venido a nadar.

Sonaba algo más lejos, así que Caitlyn supuso que caminaba hacia el agua y se giró a mirarlo.

Suspiró al poder admirar, por fin sin interrupciones, la poderosa espalda de Devlin… y lo que no era la espalda. De forma paradójica, aquella era la primera vez que podía deleitarse y admirar el tatuaje que recorría su columna: un diseño oscuro y sinuoso que nacía en la nuca y descendía hasta perderse bajo la línea de la cintura. No era solo un tribal, parecía una llama viva, hecha de trazos curvos y afilados que se entrelazaban con precisión feroz, como si contuvieran algo antiguo y peligroso, un diseño abstracto que parecía moverse con su piel. También sucedía lo mismo con el que tenía en el antebrazo derecho, que casi cubría hasta la mano completa. Ambos parecían formar parte de su cuerpo, como si hubiera nacido con cada uno de ellos grabados a fuego en él… Pero en aquel momento, estaba absorta en lo que había… algo más abajo de su columna…

«Mamma mía, ¿se podía tener un culo más perfecto que aquel?». Aquello era una pregunta retórica, tenía demasiado clara la respuesta.

—No —se contestó a pesar de todo—, ni generado por IA.

Devlin llegó a la orilla, se adentró sin dudarlo en el agua y se zambulló un segundo después. Cuando emergió de entre las ondas, comenzó a nadar y ella lo contempló hechizada. La fluidez de su cuerpo, la fuerza contenida en cada brazada, la elegancia animal con la que se abría paso, como si el agua lo reconociera como suyo, todo resultaba demasiado hipnótico.

Tomó asiento sobre una cómoda roca y se limitó a disfrutar del espectáculo.

Estuvo tentada a seguirlo y sumergirse también en el cristalino lago, pero le faltaron agallas, aunque por un instante se preguntó qué haría Devlin si ella se quitara el vestido, se quedara en ropa interior y se reuniera con él.

El simple pensamiento hizo estragos en su cuerpo, que ardió como el papel. Y verlo emerger del lago, muy despacio, con el agua resbalando por cada músculo tenso, chorreando sobre su piel como si lo esculpiera en tiempo real… no ayudaba a enfriar los ánimos.

«Por Dios…, esto es… una tortura».

Tragó saliva y lo contempló extasiada mientras avanzaba.

—¿Podrías dejar de mirarme así? —exigió Devlin en un tono ronco, a pocos metros.

Caitlyn carraspeó y se hizo la ingenua.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras decidiendo por qué parte quieres empezar a devorarme.

—¡No es verdad! —lo observó entre indignada y aún fascinada —. Pero eres el único que hay aquí, ¿a dónde quieres que mire?

—No es a dónde miras, sino cómo.

—¡Tú tienes la mente sucia! —acusó violenta.

Lo más preocupante era que no podía dejar de mirarlo. Intentando desviar la conversación, volvió a fijarse en el enorme apósito que él tenía en el costado, que no se había despegado ni con el agua, y esta vez sí preguntó:

—¿Tienes una herida? —Señaló.

Lo vio apretar los dientes mientras se tocaba el costado.

—Sí.

Ella frunció el ceño un tanto incrédula.

—¿Por qué no le pides a Airys que te la cure?

A él pareció costarle responder, de hecho, cuando lo hizo, Caitlyn empezaba a perder la esperanza.

—Hay heridas que es mejor no olvidar —reconoció con evidente inquietud.

—¿Por qué?

—Porque me recuerdan que sigo siendo humano.

Ella entrecerró los ojos y lo miró con curiosidad.

—¿Te parece raro? —inquirió él en un tono frío—. Ya, se me olvidaba que tienes un concepto de los sahires que nos despoja de toda humanidad.

Se sintió incómoda.

—Yo nunca he dicho eso, y ya te he pedido perdón por…

—¿Necesito recordarte la conversación del desayuno? —interrumpió, clavando en ella una mirada acerada—. Somos crueles, insensibles y faltos de empatía.

Sí, reconocía que aquella conversación se le había ido de las manos, pero aun así no estaba dispuesta a recular. A ella también le

habían dolido cosas…, durante toda su vida, además.

—Solo di mi opinión sobre algunas cuestiones.

—Entre ellas las amatysas, sí.

Caitlyn tragó saliva. Aquel era un tema en el que sería preferible no seguir ahondando. Se bajó de la piedra en la que permanecía sentada, incapaz de parar quieta.

—Yo solo dije que quizá haya otra forma de hacer las cosas.

—No recuerdo yo que fueras tan diplomática —sonrió mordaz—. Las defendiste a muerte —la miró con cierta arrogancia—, pero tengo la sensación de que conozco a las amatysas un poco mejor que tú.

Ella esbozó una sonrisa tirante.

—Permíteme dudarlo.

—Al menos, te aseguro que sé algunas cosas sobre ellas que tú ignoras.

No quería seguir con aquella conversación, sabía que era peliaguda, pero… tenía demasiada curiosidad.

—¿Como qué, por ejemplo?

Para mayor desconcierto, él avanzó hacia ella muy despacio, y a Caitlyn comenzó a faltarle el aire.

—No sé si debo decírtelo.

La arrogancia en su voz la llenó de valentía.

—¡Oh, venga ya, será que no tienes ni idea! —Lo miró a los ojos —. A ver, ¿qué puedes saber tú de las amatysas que no sea de dominio público?

Él recortó el último paso hasta ella e invadió su espacio.

—Pues algo curioso…

Le puso las manos en la cintura y ella se estremeció.

—…que es evidente que desconoces.

Clavó en ella una mirada sensual, tan caliente como el mismo infierno.

—Sé… que da igual cuánto se esfuercen por esconder el color de sus ojos —recortó aún más la distancia—, porque quieran o no, lo sepan o no —susurró—, se iluminan de un violeta intenso… cuando alcanzan el clímax.

Capítulo 40

Caitlyn sintió un escalofrío subir por su espina dorsal, provocando que todas sus terminaciones nerviosas se pusieran en alerta. El pulso le latía con fuerza en los oídos, desbocado, como si su propio cuerpo no supiera si prepararse para huir… o para quedarse.

Miró a Devlin a los ojos, buscando confirmación a sus insinuaciones, aferrándose a cada gesto, cada matiz, intentando asegurarse de que no estaba malinterpretando sus palabras… hasta que no tuvo duda.

«Lo sabe, siempre lo ha sabido. Desde aquella noche en la terraza».

Retazos de aquel momento acudieron a su memoria, en pequeños fragmentos, como si fueran piezas de un puzzle que al fin comenzaba a tener sentido.

Aquella noche, Devlin había pasado de mirarla con adoración a parecer detestarla, y jamás supo qué desató aquel cambió en él…, hasta ahora.

Sus ojos, sus malditos ojos… la habían delatado.

«*¿Creías que no me iba a dar cuenta*?», le había reprochado Devlin, con la voz baja, casi peligrosa, y una furia controlada temblando en cada palabra.

«*¿Qué se supone que voy a hacer contigo ahora*?».

Con el peso de la verdad cayendo sobre ella, esas palabras retumbaban ahora en su mente con una nitidez desgarradora.

¿Y no le había mirado él la muñeca? Sí, aquello había sido lo primero. Su padre le había revelado en una ocasión que era allí donde marcaban a las amatysas, ¿cómo era posible que no hubiera caído en aquel detalle hasta ahora?

Con la respiración agitada, se revolvió entre sus brazos, sin saber si quería una explicación… o una absolución. No podía leer

nada en sus ojos, no sabía si estaba dispuesto a concederle ninguna de las dos. Le daba miedo incluso hablar.

—¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora? —musitó, con un murmullo apenas audible, como si su voz también tuviera miedo de lo que pudiera venir después.

—¿Lo estás admitiendo?

Ella lo miró, confusa.

—No juegues más conmigo, Devlin —rogó—. ¿Qué es lo que quieres?

Él apretó los dientes y confesó:

—Que confíes en mí, por una vez.

Asombrada, le devolvió un gesto inquieto. Jamás había pronunciado en voz alta aquella verdad que él parecía pedirle, su verdad, pero ya no tenía nada que perder.

—Sí, Devlin —se le quebró la voz—, soy una amatysa.

Y aquellas palabras fueron al mismo tiempo una liberación… y una condena.

Devlin no dijo nada. Solo la miró con una intensidad que se le clavó bajo la piel, como si intentara ver más allá de las palabras, más allá de ella misma. El silencio se alargó tanto que la incomodidad empezó a taladrarla por dentro.

—¿No vas a decir nada? —preguntó con un hilo de voz, sintiéndose más expuesta que nunca.

Y lo que salió de sus labios fue lo último que esperaba escuchar.

—Muéstrame tus ojos.

—No.

—Quiero verlos.

—No puedo.

—Caitlyn… —su voz sonó tensa, al borde del enfado.

Ella cerró los puños y apretó los labios, hasta que la angustia acumulada estalló. Había cosas que no eran negociables…

—Jamás le he mostrado mis ojos a nadie por voluntad propia —repuso con una amargura que le arañaba la garganta—. Era muy pequeña cuando aprendí que eran mi maldición y mi condena.

Devlin guardó silencio, pero el asombro frente a las amargas palabras era tan evidente como el abismo que se abrió entre ellos.

¿Acaso creía él que su vida había sido fácil? Pues lo sacaría de su error.

—Lo poco que pude aprender de mi padre fue muy doloroso para ambos —explicó con cierto abatimiento—. Una mañana cualquiera desperté con los ojos amatista y el mundo se volvió un lugar hostil. Pasé un año entero aislada en casa, no podía salir, no me dejaban hablar con nadie, dejé de ir al colegio… Ni siquiera tenía permiso para mirar por la ventana. —Apretó los dientes frente al recuerdo—. Me tiraba el día entero viendo pasar la vida desde detrás de una cortina, sintiendo que incluso respirar era un riesgo que podría delatarme. Mientras tanto, mi padre me entrenaba durante horas, día tras día, repitiéndome hasta la saciedad por qué nadie debía enterarse de lo que era y enseñándome a borrar todo rastro del color amatista de mi mirada.

Alzó la vista, al fin, y se atrevió a sostener la suya.

—Tenía cinco años.

Jamás le había contado aquello nadie y se sentía muy extraña. ¿Por qué tenía la necesidad repentina de que él la entendiera? E insistió con la verdad, porque él debía comprender que mostrarle sus ojos jamás sería una opción.

—¿Sabes, Devlin? Yo adoraba mis ojos —confesó—, por eso me resistía a aprender a ocultarlos. Hasta que entendí… que debía conservarlos como mi mayor tesoro, solo para mí misma.

Inspiró hondo.

—Así que no, Devlin —sentenció en un tono más afilado—, no voy a mostrarte mis ojos, porque hacerlo significa compartirte una parte de mí demasiado íntima, que solo yo conozco.

«Sería como mostrarte parte de mi alma», pensó para sí. «Y no sé si sabría volver a cerrarte la puerta».

Aquello no lo dijo, ya eran demasiadas confesiones íntimas por un día. Ni siquiera sabía si él pensaba hacer algo con esa información.

—Caitlyn… —llevó la mano a su rostro y le acarició la mejilla

Ella esquivó la caricia. La intimidad del momento resultaba abrumadora. Demasiado.

—¿Vas a entregarme? —interrogó intentando sonar seca, dando un paso atrás.

Aquello cambió la expresión tierna de Devlin por otra más ácida.

—Vuelves a convertirme en verdugo —replicó, irritado.

—Tienes una silla en el Consejo, ¿no?

Aquello fue como lanzarle una granada, era consciente, pero no se encontraba bien habiéndose abierto en canal, necesitaba irritarlo, que él izara las barreras que tan bien se le daba interponer entre ellos.

—Directa a la yugular —le recriminó.

—Todos aprendemos —admitió—. ¿Quién más lo sabe?

—Nadie.

Aquello sí la asombró.

—¿En cinco años no se lo has dicho a nadie?

—No, ¿te sorprende? —sonó irónico—. Pues no te ablandes demasiado y pienses que soy un buen samaritano. La razón por la que callé es… que quería darte caza yo mismo —declaró con sequedad—. Te dije que si te ibas, centraría mi vida en encontrarte.

Eso sí le pasó factura, una que no pudo ocultar.

—¿Y por qué tanto ensañamiento, Devlin? —le costó mantener sus ojos secos—. Yo jamás te hice nada malo.

—Sí lo hiciste —discrepó con vehemencia—. Algo muy extraño pasó entre nosotros aquella noche, algo que… aún perdura.

Una mezcla de confusión e irritación latía en sus palabras.

—Si vas a hablarme de nuevo de un absurdo hechizo…

—¿Lo hiciste?

—¡No! Ni siquiera sabía quién eras o qué eras. ¿Por qué querría hechizarte?

—Porque estabas enamorada de mí —afirmó como si hablara del tiempo.

Caitlyn lo miró con los ojos como platos, rogando no ruborizarse.

—Callum escuchó que se lo decías a Davina en una de las grabaciones.

La vergüenza venció y tiñó sin remedio sus mejillas.

—¿Vas a negarlo?

—Lo del hechizo, hasta la muerte —dijo, intentando sonar fría —, lo de estar enamorada… no, todos cometemos tonterías cuando somos jóvenes —sonrió con ironía—, por suerte, crecemos.

—Entiendo.

—Eso espero.

Él esbozó una sonrisa mordaz.

—Eso quiere decir que tienes todos aquellos sentimientos bajo control, espero.

—En realidad, creo que fueron solo un espejismo. —Se sintió la más mentirosa del planeta.

—Ah, ya, porque soy un cliché y todo eso —sonó a mofa.

Pero aquella simple frase trajo consigo un recuerdo de la noche anterior en la biblioteca, demasiado vívido para ambos.

—Me parece perfecto que algo tan iluso como el amor no se interponga entre nosotros —recortó las distancias hasta ella de nuevo—, porque hubiera sido lo único que me habría detenido.

La tomó de la cintura y la atrajo hacia sí.

—Devlin que… —tragó saliva.

—Con el simple sexo no tengo problema alguno —la apretó contra sus caderas—, siempre que para los dos esté claro.

—No sé qué…

—Lo que sea que me hiciste aquella noche, Caitlyn, consciente o no —murmuró, recorriendo el cuerpo femenino con sus manos—, me mantiene en un estado de lujuria permanente…

—Devlin…

—…no puedo resistirme a tus encantos, Caitlyn —le besó el cuello—, te deseo de un modo primitivo, animal —lamió su piel—, inevitable… y a todas horas.

Aquellas palabras arrasaron con la poca contención que le quedaba. Si debía ser ella la que se resistiera, ambos estaban perdidos. Incluso mientras intentaba protestar, inclinaba su cabeza para darle mayor acceso, pero su orgullo se rebeló.

—Esta mañana no tenías problemas para ignorarme —se le escapó, dolida—, ni me has mirado.

Él sonrió con cierta malévola diversión.

—¿Y querías que te mirara, Caitlyn? —interrogó con ronquera.

—Eh… —evitó contestar—, estamos a plena luz del día.

—Hace rato que activé mi escudo —murmuró, y sus manos ascendieron por su cuerpo hasta cerrarse sobre sus pechos, donde disfrutó mucho de la respuesta de sus pezones a las caricias—. Nadie puede vernos, estamos solo tú y yo… en mitad de la nada.

Caitlyn no pudo disimular un estremecimiento y no se molestó en protestar. Se dejó hacer.

—Ahora sí te estoy mirando, Caitlyn… —se separó un poco y recorrió su cuerpo con los ojos y una lujuria evidente—, y aún no me has dicho si… es lo que quieres.

Ella tragó saliva, se mordió los labios y le devolvió la poco sutil inspección. Paseó la mirada por su torso desnudo y… mucho más abajo, donde la tela de los calzoncillos apenas podía esconder lo evidente. La enorme erección era tan sugerente que ya no podía contener las ganas de tocarlo justo allí.

—Devlin… —sonó a súplica, pero siguió sin claudicar.

—Dímelo, Caitlyn… —Apartó las manos de ella con mucho esfuerzo y la miró a los ojos.

Aquello sí era un tormento para ambos. El deseo comenzaba a doler, el calor abrasaba zonas de su cuerpo que no soportaban bien las altas temperaturas.

Caitlyn tragó saliva cuando un botón delantero de su vestido se desabrochó por sí solo con un movimiento suave, y no pudo contener un gemido cuando el segundo y el tercero lo siguieron y el vestido se abrió, dejando expuesto gran parte de su canalillo…, donde sintió una caricia de seda.

Los ojos de Devlin seguían clavados en sus pupilas, ardiendo cada vez con más virulencia, prometiendo placeres que se moría por aceptar.

—Solo una palabra puede acabar con esta tortura, Caitlyn —susurró con voz rasposa—. Muero por tocarte…

Para mayor suplicio, sintió que las manos masculinas se paseaban por su cuerpo, aunque Devlin ni siquiera la rozaba. Podía sentir sus dedos jugueteando con sus pezones y descendiendo después por su abdomen camino a…

Soltó un gemido cuando un tirón brusco la sorprendió y la obligó a abrir las piernas, algo a lo que no se negó. Devlin la miraba mordiéndose los labios, con los ojos entrecerrados cargados de lascivia, mientras su don hacía magia entre sus piernas y le daba un anticipo de todo lo que tendría en cuanto le diera permiso.

La visión de aquel cuerpo de infarto al acceso de su mano empezaba a ganarle la partida. Ya no podía contenerse, y el cosquilleo entre sus piernas la alentaba a rendirse, seduciéndola al mismo tiempo que le hacía desear más, mucho más.

Sus dedos comenzaban a ser cada vez más bruscos, y en aquel momento los sentía dentro de ella con absoluta claridad.

—Así no puedo empaparme de ti, Caitlyn —protestó Devlin—. Dime, ¿cómo de… mojada estás? Del uno al diez…

Hacía tiempo que se había salido del baremo. Aquello era lo más parecido a uno de sus trances que podía recordar, y ya no era suficiente.

—Devlin… —sonó a ruego, que él entendió, pero no admitió.

—Pídemelo o no te tocó un solo pelo más —exigió.

Caitlyn se mordió los labios. Su capacidad de contención estaba llegando a su fin, y estalló cuando él se llevó la mano al paquete y se acarició por encima.

«Dios, quiero… ser esa mano», jamás había deseado tanto algo.

—Sí —acabó diciendo con la respiración entrecortada.

Él arqueó las cejas.

—Sí… ¿a qué?

—¡A todo, a lo que… sea…! —claudicó.

—¡Me vale! —gruñó Devlin al tiempo que la tomaba entre sus brazos con desesperación.

Un instante después su boca devoró la de Caitlyn, que lo recibió con la misma hambre animal que él demostraba. Las manos eran incapaces ya de parar quietas y recorrían, ansiosas, cada centímetro de piel que podían tocar, mientras degustaban y saboreaban la boca del otro como si fuera el único alimento que necesitaran para sobrevivir.

Con rapidez, Devlin la despojó de su vestido y ella se dejó hacer. A pesar de saberse oculta, el morbo de estar desnuda en el exterior,

tan expuesta, resultaba embriagador y acrecentaba las sensaciones. Moría por ser suya, por darle todo lo que quisiera, incluso si en aquel momento aquello significara tener público. No podría detenerse ahora, aunque quisiera. Y soltó un gemido gutural cuando él la despojó del sujetador y se apresuró a saborear sus pechos, por turnos, llenándose la boca de ella con auténtico deleite. Lo que no esperaba era que siguiera descendiendo…

…pero eso hizo.

Cuando miró hacia abajo y lo vio arrodillado, tirando de sus braguitas, esta vez con sumo cuidado, sus sentidos se enardecieron por completo. Él miró hacia arriba a su vez mientras la despojaba de ellas y se lamió los labios… De alguna forma aquel gesto y sus ojos la llevaron a un estado de anticipación brutal, anhelando ya lo que estaba segura que venía después, algo que jamás había experimentado, pero que se moría de ganas de explorar.

Glorioso, así fue el momento en el que él ascendió por la cara interna de sus muslos, besándolos con suavidad, y metió la cabeza entre sus piernas.

Sentir el primer beso de sus labios sobre el centro de su placer femenino fue algo explosivo, pero nada se pudo comparar con el momento en el que él se empleó más a fondo y comenzó a… darle atenciones extra.

Por Dios…, aquello era… el paraíso.

La calidez de su lengua lamiendo y succionando de forma exquisita la zona más delicada de su cuerpo era algo que la enloquecía, y le robaba el poco juicio que le quedaba, si es que le quedaba alguno.

Se le doblaban las rodillas de puro deleite, así que se apoyó en la piedra que había tras ella para poder sostenerse. Él la instó a abrir las piernas un poco más y devoró con más ímpetu cada centímetro.

Caitlyn gritó y metió las manos entre su pelo mientras se mecía contra su boca al borde del abismo. Y entonces miró hacia abajo… y la visión erótica que vio ante sí fue demasiado para sus sentidos, y estalló sin remedio en un arcoíris de colores brillantes, que él supo muy bien cómo acrecentar, bajando la intensidad de sus atenciones mientras disfrutaba de su clímax.

¡Por Dios, era perfecto! Como si pudiera leerle el pensamiento y darle justo lo que quería, como lo quería.

Pero cuando el impresionante orgasmo cedió, no se apagó su ardor, ni mucho menos, en realidad aquello solo la ayudó a calmar un poco su ansia. Lo necesitaba a él, entre sus piernas, en todo su esplendor.

Cuando Devlin se puso en pie fue ella quien lo besó con franca necesidad, y le faltó tiempo para meter una mano dentro de sus calzoncillos, en busca de aquella parte de él que la fascinaba. Devlin colaboró para quitárselos, y Caitlyn gimió dentro de su boca cuando pudo tomar sin restricciones su dureza entre sus dedos. Hasta aquel momento, no había tenido la oportunidad de tocarlo a placer, de deleitarse con la suavidad de su sexo, y le sorprendió que fuera tan placentero dar como recibir.

Escuchar los sonidos que salían de la garganta masculina, disfrutando de sus caricias, era algo increíble que acrecentaba su propio placer de nuevo hasta la locura.

«Dios, cómo me gusta… tocarte», gritó para sus adentros, duplicando el ritmo cada vez más.

—Caitlyn…, yo… —él intentaba tirar de sus manos, pero ella regresaba una y otra vez, buscando de forma inconsciente sentir el líquido espeso y caliente entre sus dedos.

—Me gusta tocarte… —acabó confesando, besándole ahora el cuello.

—Joder, y a mí, cariño, pero… voy a correrme si sigues…

—Vale, sí…

—Cait… lyn, Dios —gimió en su oído—. Quiero…

—Sí…, oh, sí… —jadeó cuando un pensamiento fugaz le hizo desear saborearlo en profundidad, tal y como él había hecho con ella.

Ni lo pensó. Descendió por su torso con avidez, cegada por la imperiosa necesidad de tomarlo con la boca. Jamás había hecho algo así, pero el instinto gritaba demasiado fuerte.

—Caitlyn, ¿qué…? —Devlin estaba cada vez más ansioso—. No sé si puedo aguantar eso en este momento —ella lo tomó entre sus labios—, Caitlyn, eh…, ¡joder! —Soltó un gruñido de satisfacción.

Dejó de intentar disuadirla, y Caitlyn descubrió… que podría pasarse media vida arrodillada frente a él, con absoluta entrega. Le fascinaba por completo aquella práctica. La suavidad de la piel de su sexo en contraste con la firmeza, el ritmo hipnótico al que ella misma se movía, deleitarse recorriendo con la lengua cada centímetro, jugando también con sus manos.

Escucharlo gemir con fuerza y saber que era la única responsable era un afrodisiaco brutal, afrodisiaco que se vio incrementado cuando él comenzó a moverse entre incontrolables sonidos de puro placer.

—Oh, joder, cariño… —murmuró entre dientes—, sí, así…

Le recogió el pelo con las manos y acrecentó el ritmo, aunque dejando que fuera ella quien decidiera cómo y hasta dónde.

Ella tenía el control absoluto, y aquello le encantaba.

—Caitlyn…, yo… —intentó tirar poco después de sus brazos para ponerla en pie.

Ella no lo permitió

—Cariño…, no puedo más… —sonó a ruego, intentando apartarse.

—Sí…

—Caitlyn, voy… a correrme…

—Vale —incrementó el ritmo—, sí, sí…

Se moría por experimentar aquel momento.

—Joder…, yo…

Dejó de poder hablar y se rindió por completo a ella, para quien sentir el poder que tenía sobre él en aquel instante era algo indescriptible. Solo gemidos intensos salían ya de la garganta de Devlin, anunciando que estaba a punto de caer por su abismo particular…

Y justo en el último momento, él tiró de ella un poco hacia arriba, salió de su boca y la atrajo contra su cuerpo hasta la altura del ombligo…

…entonces Caitlyn sintió el calor sobre sus pechos mientras él apretaba su dureza contra ellos, exhalando gemidos roncos de satisfacción.

Caitlyn estuvo a punto de acompañarlo en su caída cuando lo sintió derramarse sobre su piel. Dios, estaba muy excitada…, era algo que la maravillaba.

Él tiró de ella, la puso en pie y la miró a los ojos, que aún brillaban con intensidad.

—Joder, Caitlyn, tú sí sabes enloquecerme del todo —susurró, aún jadeante.

Ella lo besó con ardor, estaba a cien, pero sabía que tendría que esperar.

O no.

—Ven deja que te alivie de nuevo —musitó Devlin, metiendo una mano entre sus piernas.

—No hace falta, yo ya…

—Eso fue hace un siglo, Caitlyn —sonrió y se deleitó con el gemido que exhaló de los labios femeninos cuando sus dedos llegaron a su destino, impregnándose de su deseo líquido.

—Oh, yo…

Estalló de puro éxtasis en cuanto la tocó, tal era su punto de excitación. Y se frotó con suavidad contra sus dedos, que él le permitía usar a su ritmo, alargando así el clímax hasta quedar suspendida en una languidez casi etérea.

Después, Devlin, como si pudiera leerle el pensamiento, hizo lo último que ella esperaba, pero que más necesitaba. La arrastró hasta su torso… y la abrazó con fuerza.

Y no la soltó durante unos largos minutos, justo cuando sus cuerpos despertaron de nuevo a sensaciones más intensas, y las manos de Devlin comenzaron a moverse con creciente y renovado interés…

…hasta que unas voces provenientes del camino principal los alertaron de que pronto no estarían solos. Aún estaban lejos, pero resultaba evidente que avanzaban hacia el lago.

—¡Ay Dios! Son… —afinó el oído.

—Kyle y Airys, sí.

Justo las dos últimas personas a las que ambos querrían darles explicaciones.

Capítulo 41

Y, de repente, cundió el caos… al menos en la cabeza de Caitlyn. No se le ocurría nada más horrible que ser pillada *in fraganti* por su hermano en una situación como aquella: desnuda, acompañada del último hombre con el que debería estar, justo después de haber practicado sexo oral por primera vez en su vida.

—Ya no estamos haciendo nada malo —sonrió Devlin viéndola entrar en pánico.

—No, claro, solo disfrutamos de nuestra afición al nudismo —declaró mientras se agachaba a recoger su vestido.

Él rio y caminó hacia su ropa, que se había quitado unos metros más allá para bañarse.

—No te alejes tanto —protestó Caitlyn, y fue tras él.

Devlin la miró con cierta malicia.

—¿De repente no puedes estar separada de mí?

—No, listo, es de tu escudo protector del que no quiero estar lejos —aclaró mientras buscaba el cuello del vestido—. Sigo desnuda.

Él recorrió su cuerpo con los ojos.

—Sí, ya lo veo ya.

—Deja de mirarme y vístete —replicó, y soltó un improperio—. ¿Por qué narices me veo siempre en estos problemas contigo?

—Porque insistes en desnudarte en sitios inapropiados.

La mirada de Caitlyn lo asesinó, y él no pudo evitar reír.

—Intentas meter la cabeza por una manga —avisó después, observándola mientras se ponía con tranquilidad los pantalones, obviando los calzoncillos empapados.

Las voces sonaban cada vez más cerca.

—Mierda, Devlin —se quejó, dándole más y más vueltas al vestido.

Soltando un suspiro, él se lo quitó de las manos, lo puso del derecho y, con total tranquilidad, le metió el cuello por la cabeza.

Con los ojos entrecerrados, Caitlyn lo miró con cierta irritación.

—Creo que te odio mucho en este momento —murmuró, acabando de meter sola las mangas—. No entiendo cómo puedes estar tan tranquilo.

—Y yo no me explico que esté colaborando para vestirte —se encogió de hombros—, con lo que me cuesta conseguir que te quites la ropa y lo que me gusta verte desnuda.

Por alguna extraña razón, aquello la halagó de forma inevitable. Sus ojos se encontraron, ahora en silencio, y montones de imágenes de todo lo que acababan de hacer se agolparon tras sus retinas.

«Dios, volvería a empezar…», se mordió los labios.

—¡A mí tampoco me hace ninguna gracia tener que soportarte! —escucharon decir a Airys ahora.

—Pues anda más rápido y acabemos con esto —inquirió Kyle en un tono ácido.

No, definitivamente no quería enfrentarse a su hermano en aquel estado. Aún sentía la humedad entre sus piernas con absoluta claridad.

Miró a Devlin. En concreto… sus partes bajas, y se sorprendió.

—¿Por qué estás de nuevo así? —señaló en un tono irritado, pero a su cuerpo resultó encantarle.

Él gruñó.

—Respondo a tu mirada, velkana, deja de echarme la culpa.

—¡Ni se te ocurra desaparecer como anoche! —exigió—. No voy a enfrentarme sola a esto…

Frunció el ceño y estudió las rocas altas que había a unos metros.

—…de hecho, creo que no voy a enfrentarme a ello en absoluto.

—¿Qué…?

Corrió hacia las rocas sin previo aviso, se escondió detrás, se asomó con cautela por un lateral, ¡y pegó un bote cuando sintió que alguien respiraba tras ella!

—¡Idiota! Me has asustado —golpeó a Devlin en el pecho.

—¿Y quién demonios voy a ser, Caitlyn?

—¡No vengas por la retaguardia! —se quejó—. Y no sé si aquí hay suficiente espacio para los dos.

—Habrá que apretarse bien, porque no voy a ninguna parte.

—Tú puedes disimular frente a ellos —se quejó con irritación.

—¿Y tú no?

—¡No! —replicó, nerviosa—. Yo llevo escrito en la frente que acabo de echar un polvo.

—Bueno, a ver…, si nos ceñimos a los hechos, no sé si se le puede llamar polvo.

Caitlyn lo mató con la mirada.

—¡Peor aún! No puedo enfrentarme a mi hermano después de…, eh… —carraspeó, roja como la grana

—¿Hacerme una mamada?

Caitlyn le arreó un manotazo, y otro más cuando él rio.

—¡Ni que fuera la primera vez!

La expresión de Caitlyn cambió, se puso roja hasta las orejas y evitó mirarlo. Su rostro hablaba por sí solo.

—Espera…

—Cállate.

—¿Era la primera?

—Devlin… —Resultaba evidente la respuesta.

—Joder, pues déjame decirte que acabas de encontrar tu vocación.

«Esto no puede estar pasando».

No pudo responderle. Airys y Kyle aparecieron ya en la explanada y ambos guardaron silencio.

—Aquí tampoco están —se quejó la sahir con fastidio.

—Te dije que Caitlyn no iría tan lejos con tu hermanito —opinó Kyle con evidente desdén.

—¿Y crees que Devlin estaría encantado?

Avanzaron hacia la roca en la que habían estado… jugando. A pesar de saber que gracias al don de Devlin no podrían verlos, Caitlyn se asomó con mucho cuidado desde su escondite… ¡justo a tiempo de ver sus bragas tiradas a escasos par de metros de los pies de Airys!

Casi se le escapó un grito de alarma. De no ser por Devlin, que le tapó la boca desde atrás con una mano, habría anunciado a bombo y platillo dónde estaban.

—Me he dejado las bragas —señaló horrorizada—. ¿Las ves?

—Sí, supongo que son ese pedazo de tela impúdico… que está junto a mis calzoncillos.

—¡Ah! ¡No me jodas!

Devlin estuvo rápido para volver a silenciarla.

—¿Quieres dejar de armar escándalo?

Caitlyn respiraba con dificultad, pero pronto pasó de ser menos por miedo a que los descubrieran y más… por lo cerca que notaba a Devlin tras ella. Sentía el torso masculino arder contra su espalda.

—¿Puedo quitar mi mano? —susurró él en su oído.

Y aquel susurro erizó la piel de Caitlyn, que pasó a ser consciente de cada parte de su cuerpo en contacto con el de él.

Devlin quitó la mano de su boca, pero no se apartó un centímetro. Sus dedos descendieron por el brazo femenino muy despacio, hasta posarse en su cintura.

—¿Qué hacen? —interrogó Devlin en su oído, que casi no veía a la pareja.

—Eh…, están… mirando hacia todos lados —musitó.

—Tendremos que estar así de calladitos hasta que se vayan.

Su mano ascendió ahora desde la cintura hacia sus pechos.

—Devlin…

—*Shhh*… —dijo en su oído—, no hables.

—Te estás aprovechando.

La mano de él se cerró sobre uno de sus pechos.

—¿Eso te parece? —repuso, abriéndose paso después por dentro de los botones, que ella no se había molestado en abrochar.

Caitlyn se mordió los labios, pero le regañó.

—Hay que… tener morro…

—Y puedo incomodarte mucho más —sonrió Devlin, y le mordió el lóbulo de la oreja—, incluso solo con las palabras… Me resulta irresistible el que tengas que escucharme sin poder silenciarme. —Le lamió el cuello y ella soltó un gemido tenue—. Eres tan sensible a mis caricias, Caitlyn… Me encanta arrancarte esos sonidos de la garganta, en respuesta al más mínimo roce.

Ella se rindió sin remedio, apoyó la espalda sobre su pecho y él siguió hablándole al oído.

—Te deseo a cada segundo del día, Caitlyn, tanto que a veces me preocupa no poder contenerme cuando te miro —sus manos recorrieron su cuerpo—, pero siempre te veo, Caitlyn, aunque intente no mirarte, y esta mañana no fue la excepción.

—No… es verdad… —se atrevió a decir.

—¿No? ¿Quieres que te detalle lo que vi?

Ella aguardó en silencio. Quería, sí.

—Tenías puesto el mismo vestido de anoche, con la cremallera a medio cerrar, tal y como saliste de la biblioteca. No llevabas sujetador, porque ese ha dormido conmigo, sobre mi almohada —sus manos ascendieron hasta sus pechos y los acarició con una delicadeza imposible—, así que tus pezones se pusieron erectos nada más verme, dándome unos increíbles buenos días, que te aseguro que percibí con absoluta claridad.

Igual que en aquel momento, que los notaba arañar la fina tela del vestido.

—Casi podía sentir aún mi propio olor sobre tu cuerpo…, recordándome cada segundo que te tuve entre mis brazos. —Siguió besándole el cuello—. Era evidente que te habías quedado dormida nada más llegar a tu cuarto, así que… no podía dejar de preguntarme si te habría dado tiempo al menos a ponerte unas bragas. —Tiró de sus caderas hacia él con fuerza—. Sácame de dudas, Caitlyn, ¿las llevabas o no?

Ella suspiró.

—¿Caitlyn…?

—No.

A él se le escapó un gemido ronco.

—Lo sabía —jadeó en su oído.

Caitlyn se asomó a comprobar si Airys y Kyle seguían allí, empezaba a no poder contenerse.

—Dios, ¿qué demonios siguen haciendo aquí? —murmuró en alto algo que solo quería haber pensado.

Escuchó la risa ronca de Devlin en su oído.

—Parece que vas apreciando el poder de las palabras —musitó —, y me encanta saber que comienzas a desear más intimidad,

porque yo muero por… —Apretó la erección contra su trasero y gruñó—. Joder, Caitlyn…, no sé cuánto voy a poder contenerme.

Ella lo entendía mejor que nadie, y se lo hizo saber echando el trasero hacia atrás para frotarse contra su dureza, soltando un sonido ronco cuando él también se movió.

—Adoro escucharte gemir para mí. ¿Y sabes qué más me gusta? —ella dejó escapar un sonido interrogante, y él soltó a bocajarro—: follarte.

La punzada de deseo que la asoló al escuchar aquello la pilló desprevenida.

—Joder, creo que no hay nada en el mundo que me guste más que eso —siguió diciendo Devlin mientras se frotaba contra ella—. Si pudiera, pasaría el día entero metido entre tus piernas. Solo saldría de tu interior para descender por tu cuerpo… y lamer cada poro de tu piel. —Su mano ascendió hasta sus senos—. Desde estos increíbles pechos… —recorrió su cuerpo con ambas manos hasta llegar a sus muslos— hasta perderme aquí abajo, en tu esencia, devorándote entera —gruñó con ronquera—. Jamás probé néctar más dulce que este, Caitlyn. Podría alimentarme solo de esto, subir a beber a tus labios cuando sienta sed… y meterme de nuevo entre tus piernas cuando necesite abrigo.

Caitlyn se estremecía con cada palabra, y sentía que la humedad comenzaba a empaparle los muslos.

Se asomó a mirar. Seguían allí.

—No creo que estén juntos —decía Airys ahora.

—Callum dijo que sí —le recordó Kyle—, algo raro, porque Caitlyn apenas puede soportar a tu hermano, como para irse de excursión con él, y no seré yo quien la culpe.

—¿Y crees que él la aguanta mucho más? ¡La detesta! —informó—, y eso que ella es mucho más soportable que tú.

Tras las rocas, Devlin lamía ahora el cuello de Caitlyn con apremio.

—Así que… ¿no te gusto nada? —interrogó la chica, brindándole más acceso.

—Ni un poquito —murmuró Devlin, clavándole su dureza en el trasero.

—Ya veo ya —gimió—, lo mismo me pasa a mí.

Las manos de Devlin se colaron por debajo del vestido, entre sus muslos, hasta empaparse de sus jugos.

—Sí… —gruñó—, esto parece… aversión total.

Siguió moviendo sus dedos con suavidad, buscando su centro de placer, en el que se detuvo a disfrutar.

—Oh… —Caitlyn casi no podía hablar—, no podemos…

—Estás a punto, cariño… —gimió en su oído.

—Sí…, pero…

Devlin metió dos dedos en su interior con fuerza, al tiempo que le tapaba la boca, con mucho acierto, porque Caitlyn ahogó un grito, mezcla sorpresa y deseo, contra su mano.

—Devlin… —jadeó cuando él quitó la mano—, estoy…

—¿A cien?

—Iba a… decir avergonzada —gimió—, pero eso también.

Él sonrió mientras su otra mano se colaba ahora por su escote para acariciarle los pechos.

—Por favor…

—No puedo contenerme, Caitlyn —confesó—, quiero… poseerte…

Se detuvo y respiró hondo, en un evidente intento de lograr algo de calma, y Caitlyn luchó para permanecer quieta y tratar de ayudarlo, pero… acabó moviéndose con ímpetu sobre sus dedos, al mismo tiempo que se frotaba contra su erección al retroceder, que notaba dura como una piedra.

Cuando sintió que él tiraba del dobladillo trasero del vestido hacia su cintura, intentó protestar, pero las palabras no le salieron de la garganta. Su cuerpo ardía en espera de los acontecimientos…

…y entonces sintió su erección contra la piel desnuda de su trasero, y aquello la enloqueció.

—Devlin…

Los dedos salieron de su interior y guiaron a aquella otra parte de él hacia su calidez.

Devlin se tomó su tiempo. Se hundió en su interior muy despacio, disfrutando del momento. Caitlyn contenía la respiración,

maravillada por las sensaciones, anhelando sentirlo hundido por completo en ella, enorme y maravilloso.

—Devlin, esto… no está bien —gimió, sintiéndose aún algo incómoda por los visitantes.

Él comenzó a moverse muy despacio.

—Pídeme que me detenga —jadeó en su oído.

Pero Caitlyn no podía. El punto de deseo era tan intenso que apenas era capaz de pensar ya con claridad, y todo empezaba a darle igual.

—De… vlin…

—¿Qué?

«Pídele que se detenga».

—Me gusta… —fue todo lo que pronunció.

—¿Cuánto?

—Demasiado —admitió—, me… acabarán oyendo…

Pero en lugar de terminar con aquello, se inclinó un poco hacia adelante y abrió las piernas un poco más.

Aquella disposición fue demasiado para Devlin, que comenzó a moverse con más apremio.

—Joder, cómo te deseo, Caitlyn… —la abrazó con más fuerza—, me enloqueces…

Paseó una mano por su abdomen, descendió y la metió entre sus piernas.

Cuando Caitlyn sintió sus dedos estimularle el clítoris al tiempo que se movía con abandono dentro de ella, apenas resistió unos segundos.

Devlin, como si fuera capaz de predecir la proximidad de su clímax, la instó a girar un poco la cabeza y devoró sus labios, impidiéndole gritar, y ganándose una recompensa extra… cuando ella exhaló su orgasmo dentro de su boca.

—Madre mía… —susurró sin dejar de besarlo, mientras él la sostenía con fuerza.

—Se han ido —anunció Devlin, aumentando la intensidad de sus caderas.

Aquello sonó a música celestial, y aún más cuando él comenzó a hundirse con más virulencia en su interior, una y otra vez, borracho

de deseo, acariciando cada parte de ella a la que tuviera acceso.

Cedieron a la necesidad imperiosa de seguir saboreando sus bocas en profundidad, devorándose como locos. Devlin acabó saliendo de su interior solo para darle la vuelta, tomarla de frente en sus brazos y volver a hundirse de nuevo en ella.

Caitlyn gimió y se deleitó con la fuerza de aquellos brazos, que la sostenían y la impulsaban del trasero… tomándola una y otra vez, con un movimiento delicioso…

…pero nada fue comparable con el momento en el que él se agachó y se sentó en la hierba, sin abandonar su cuerpo ni por un segundo, y ella pudo moverse con total libertad sobre su sexo.

Devlin jadeaba con intensidad mientras ella lo cabalgaba de forma exquisita. A ratos bebía de su boca y otros disfrutaba del sabor de sus pechos, instándola a seguir moviéndose.

El deseo amenazaba con robarles la razón para siempre. La intensidad que asolaba sus cuerpos, y cada uno de sus sentidos, era tal que ninguno de los dos sabía ya dónde estaban, ni cuánto tiempo llevaban suspendidos en aquella nube, flotando en un cielo sin gravedad…

…hasta que la nube explotó, se dispersó en todas direcciones y cayeron empicado, abrazados con fuerza, disfrutando de un viaje de infarto que les cortó la respiración y los dejó sin habla.

Tardaron en recuperarse. La intensidad de lo que acababan de compartir resultaba un tanto inquietante ahora, y ninguno de los dos parecía querer ser el primero en hablar.

Simple sexo, sin sentimientos que lo estropeen, se recordó Caitlyn que era lo único que él deseaba. Y le daba miedo mirarlo y que él leyera con demasiada claridad que para ella jamás podría ser solo eso.

«Pero ¿qué demonios estoy haciendo?», se lamentó. Saldría destruida de todo aquello.

Por suerte, al menos había conseguido esconderle sus ojos amatista. Entregarle también aquello habría sido algo irrevocable y suicida.

—Creo que no te he visto nunca tanto tiempo callada —fue lo primero que dijo Devlin en un tono cauto—. No sé si quiero saber

por qué.

Ella esbozó una sonrisa y lo miró a los ojos.

—¿Por qué callabas tú?

—Creo que me has fundido algún fusible —repuso en un tono que sonó más serio de lo que debería—. ¿Es una habilidad velkana que desconozco?

—Es posible. —Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa—. Puede que después de haber estado casi muerta se me hayan concedido bonus extra.

Él no sonrió. De hecho, la miró demasiado abatido. Tanto que ella se sorprendió y se esforzó en matizar:

—Solo era una broma.

—Hay cosas con las que no se bromea.

Caitlyn lo miró algo tensa.

—Estoy viva, Devlin, hemos ganado esa partida.

—De milagro, Caitlyn, esto no es un juego.

—No, de milagro no —discrepó—. Airys ha hecho un trabajo de diez, porque nuestra asombrosa pequeña también hizo su parte a la perfección —le recordó.

Él asintió, pero sus ojos aún se veían afectados y evitaba mirarla.

—Y tú… creo que también tuviste algo que ver, ¿no? —se atrevió a preguntarle, más cohibida—. Airys me dijo que fuiste quien detectó el veneno.

Asombrada, lo vio volver a esquivar su mirada y carraspear como si de repente estuviera muy incómodo.

—Sí, bueno…, algo así.

—¿Algo así?

—Dejémoslo en que todos hicimos nuestra parte.

¿Por qué narices parecía avergonzado?

—¿Cuál fue la tuya? —interrogó sin pensarlo, y siguió su instinto —. ¿Cómo detectaste el veneno?

Él se revolvió.

—Si estás insinuando que fui yo quien lo puse ahí…

—¡No! Sé que no —aseguró, y lo obligó a mirarla a los ojos—. Ya te he pedido disculpas por haber dudado.

Devlin soltó aire con fuerza.

—Caitlyn…, jamás vuelvas a acusarme de querer hacerte daño —sonó dolido, sin dejar de mirarla.—. Sé que a veces he podido decirte cosas que te hicieran dudar —admitió—, pero necesito que sepas que no quiero que te pase nada malo.

Sonaba tan incómodo que incluso ella se sintió avergonzada.

—Eres la madre de mi hija —declaró ahora, con mucha más vehemencia—, y como tal, siempre te protegeré.

«Solo soy para él la madre de su hija». Aquellas palabras, por alguna extraña razón, le dolieron demasiado. ¿No era acaso como decirle que ella, como mujer, no le importaba en absoluto? ¡Aún estaba en su interior, maldito fuera! ¿Cómo se podía ser tan insensible?

«Te avisó de que solo eras simple sexo. No tienes ningún derecho a enfadarte con él», le recordó su conciencia.

¡Pues sí, tenía todo el derecho! ¡Y aquello era justo lo que iba a hacer! A la mierda la coherencia.

Se puso en pie como si estuviera impulsada por un repentino resorte.

—Será mejor que regresemos —propuso, controlando sus emociones—. Empezarán a preocuparse.

Devlin la miró ahora entre asombrado y desconcertado, pero no dijo nada, se limitó a ponerse también en pie.

En silencio, localizaron todas sus cosas y acabaron de vestirse.

—¿Podemos subir por un camino un poco menos escarpado? —interrogó la chica, intentando sonar neutra.

—Tomaremos el sendero, sí —informó.

Ella asintió y guardó silencio esperando a que él iniciara la marcha, pero se limitó a mirarla con el ceño fruncido.

—¿Qué? —acabó interrogando la chica.

—¿Debería saber qué demonios te pasa?

Se quedó perpleja.

—No me pasa nada —mintió.

La verdad hablaba demasiado alto.

Él arqueó las cejas esperando una respuesta más sincera que esa, pero acabó soltando un gruñido.

—Supongo que este es el fin de la tregua, ¿no? —murmuró, y se encogió de hombros, como si le importara un carajo

Después, pasó ante ella hacia el camino, y a Caitlyn le habría encantado no seguirlo solo por el placer de molestarlo, pero no tuvo más remedio.

Tras un camino de vuelta casi en silencio, cuando llegaron a la puerta principal, se toparon con Airys y Kyle que aún estaban fuera.

—¿Dónde narices estabais metidos? —protestó el policía de inmediato.

Devlin pasó ante él con un gesto serio y se limitó a decirle:

—Las mujeres están todas locas.

Kyle miró a Airys con el ceño fruncido y murmuró:

—Mira, ahí sí tengo que darte la razón…

Capítulo 42

Para deleite de Caitlyn, le aguardaba una agradable e inesperada sorpresa en el salón del castillo.

Apenas cruzó el umbral, Keira corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos con fuerza, como si necesitara comprobar por sí misma que estaba entera. Sin embargo, en sus ojos húmedos brillaba una mezcla de alivio y culpa imposible de disfrazar.

—¿Estás bien? —susurró, ahogada por la emoción.

—Estoy perfecta.

—Dios, Caitlyn —sollozó—, lo siento tanto…

—Tú no tienes culpa de nada.

—Pero si no hubiera cometido la tontería de mandarte un paquete…

—Habría encontrado otra forma de llegar hasta mí —la interrumpió Caitlyn con calma, pero con firmeza—. De eso no tengo la menor duda.

Davina se acercó ahora para saludarla, con evidente cariño. Su padre y Annabella también estaban allí, y su hija corrió hacia ella tras no verla en largo rato.

—Mami, ¿dónde estabas?

Caitlyn se ruborizó igual que si la hubieran pillado robando, y miró a Keira, que enarcó las cejas con un gesto de intriga. Su mirada preguntaba con claridad: ¿tienes algo que contarme?

—He ido al lago —admitió como si confesara un delito. Algo de verdad de vez en cuando no iba a matarla.

—Hala, ¡qué chulo! —exclamó la pequeña—. ¿Podemos ir otro día?

Su traicionero cuerpo respondió antes que ella, recordándole cuánto le gustaría volver. No tuvo tiempo ni de procesar la idea cuando la niña ya le pedía que la bajara de los brazos para correr hacia su padre, que acababa de entrar con Airys.

—Papi, ¿podemos ir otro día al lago? —interrogó.

Él tomó a su hija en brazos.

—Claro, podemos llevar un pícnic y entrenar allí —propuso con tono cómplice—. ¿Te apetece?

—¡Mucho! —aceptó entusiasmada—. Seguro que es precioso.

—Pregúntale a mamá —sugirió Devlin, y miró a Caitlyn con una expresión neutra—. Creo que a ella le ha gustado mucho.

«Será… mamonazo».

—No está mal… —murmuró, aclarándose la garganta.

Devlin sonrió con una visible ironía.

—Te ha encantado —aseguró con descaro, con sus malditos ojos chispeantes—. Reconócelo. No pasa nada por admitir que hay cosas mías que te gustan un poco —arqueó las cejas— o un mucho, quién sabe.

—Devlin…

—Los dos sabemos que visitarías el lago a diario —añadió victorioso, casi en un susurro.

Dicho aquello, zanjó la conversación girándose hacia las visitas para saludar con una sonrisa de bienvenida que Caitlyn le habría borrado de un guantazo. Para colmo, una expresión divertida anidaba en el rostro de Keira, que se tocó la frente con dos dedos como una señal para que le leyera la mente.

Caitlyn se resistió, pero acabó cediendo, y sucedió igual que cuando se metía en la de Devlin, solo que en aquella ocasión escuchó la voz cantarina de su amiga casi gritar como en un karaoke a todo volumen:

«¡Dime que acabas de echar un polvo de infarto en ese lago!».

El rubor de Caitlyn podría haber abastecido de energía a media ciudad, y podía responder más alto, pero no más claro.

Keira hizo un gesto de entusiasmo solo para ella que, por desgracia, Airys también vio. Para su sorpresa, ahora fue la sahir quien le hizo el mismo gesto para que entrara en su cabeza.

Caitlyn tragó saliva. No, no, no…

Pero sí. No pudo resistir la curiosidad y ahondó en su mente para escuchar:

«Sabes que el don de mi hermano no omite el sonido, ¿verdad?».

Tuvo que tomar asiento. De repente se escuchaba a sí misma gemir en estéreo.

—A mí me va a dar algo —murmuró en voz alta por error, ganándose la atención de Davina y Devlin.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer, preocupada.

Genial. Aquello era justo lo que le faltaba.

Para rematar…, Devlin, que se suponía que había estado absorto en la conversación con Davina, la miró y le hizo el gesto exacto de Keira y Airys sobre la frente.

Ella resopló. Ya daba igual todo. Se metió en su mente como quien se lanza por un barranco.

«¿Podrías apagar el vídeo porno de tu cabeza? Me estás poniendo malo».

Eso fue la gota que colmó el vaso. Caitlyn se puso en pie de un salto, con las mejillas al rojo vivo, y miró a Davina con desesperación.

—¿Podrías quitarme eso de leer pensamientos? —pidió, como quien suplica un exorcismo —. No me gusta.

Davina frunció el ceño y dijo lo evidente.

—Pues no lo uses.

—¡Como si fuera tan fácil! —se quejó.

Devlin la miraba con una sonrisa socarrona. Y no hacía falta meterse en su cabeza para saber que estaría pensando…

«La curiosidad mató al gato, cariño».

¿No la llamaba él así cuando estaban en pleno fulgor? Sí, lo hacía, y ella se sentía tan bien cuando lo escuchaba…

Se ruborizó aún más.

Por suerte o por desgracia, Callum entró en el salón acompañado de Kyle, ambos muy serios. Demasiado como para no notarlo.

—¿Qué ha pasado? —interrogó Devlin de inmediato.

—Han comparado las huellas sacadas de los dispositivos de escucha con las de la tarjeta identificativa de Brets —contó Callum.

—¿Y?

—Coinciden, él fue quien las puso.

Devlin asintió, aquello no le sorprendía demasiado.

—Además —continuó Callum—, en el laboratorio han confirmado que el veneno en los bombones es de una mamba negra, y está concentrado en una cantidad astronómica como para no ser letal.

—El veneno de mamba negra es fulminante —opinó Davina impresionada, y miró a Airys—. Estuvisteis muy rápidos. ¿Cómo lo detectasteis a tiempo?

—Fue Devlin al besarla —explicó—, se le durmieron los labios.

«¿Al besarme? Había dicho aquello, ¿no? ¿O se lo estaba imaginando?».

Solo tuvo que poner sus ojos en Devlin y comprobar el modo en que evitaba mirar a nadie, para saber que había oído de maravilla.

«Me ha besado cuando estaba inconsciente… ¿Acaso quería comprobar las teorías de los cuentos de príncipes y princesas o qué?».

Se le veía avergonzado, ¿por eso había eludido la respuesta en el lago? De repente aquello le pareció muy dulce, a pesar del horror de la situación.

Devlin se apresuró a cambiar él mismo de tema. Miró a Callum y Kyle con el ceño fruncido.

—Hay algo mucho peor, ¿verdad? —adivinó por la seriedad—, ¿qué es?

Todos prestaron atención a Kyle, que informó en un tono preocupado:

—En el fondo de la caja, debajo del plástico, había algo dibujado con tinta invisible —explicó—. La ultravioleta ha revelado esto.

Le tendió su móvil a Devlin, que lo tomó con un gesto mezcla seriedad y resignación, como si de alguna manera supiera de antemano lo que iba a encontrar en la foto.

Caitlyn lo vio apretar los dientes con fuerza.

—Voy a matar a ese cabrón —masculló, con una expresión asesina.

—¿Qué pasa? —intervino abatida.

Fue Kyle quien contestó.

—Es el sello de Varek —explicó—, lo deja en cada atentado, para reivindicar la autoría.

Caitlyn tragó saliva. De alguna forma, suponerlo y tener la certeza parecían cosas muy distintas. Se estremeció sin remedio. ¿Por qué de repente sentía todo mucho más cruel y real?

Miró a Devlin y le costó la misma vida no ceder a correr a refugiarse en sus brazos. Lo curioso fue que, por un segundo, tuvo la sensación de que él también se estaba conteniendo.

Cuando le devolvió el teléfono a Kyle, fue ella quien lo tomó.

—¿Qué tipo de símbolo es? —preguntó—. Quiero estar alerta si vuelvo a verlo.

—¿Ya sabéis qué significa? —se interesó Davina ahora.

—No, ni idea, supongo que tendrá un significado para él —opinó Devlin—, aunque es el tipo de símbolo que jamás esperarías de un terrorista.

Posó sus ojos en Caitlyn y frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

—Esto no… puede ser…

Todos la observaban expectantes mientras ella miraba la foto pálida como la cera.

—¿Te suena el símbolo? —Kyle estaba tan desconcertado como el resto.

Ella asintió, casi no le salía la voz del cuerpo.

—Lo he dibujado durante toda mi vida —confesó al fin, y miró a Devlin—. Tú mismo me viste hacerlo anoche sobre la palma de Annabella, lo usé para calmarla.

Devlin la observó perplejo.

—¿Es el mismo símbolo? No lo vi bien.

—Idéntico —aseguró.

—Eso no puede ser, Caitlyn —intervino Kyle de nuevo.

—Lo reconocería en cualquier parte.

El asombro era patente en cada rostro de la habitación.

—¿Podrías pintarlo en un papel?

Caitlyn asintió, y justo en ese preciso instante fue consciente del hormigueo en su muñeca. Aquello era extraño, algo le decía…

—Puede que no necesite pintarlo —murmuró, estirando el antebrazo.

Todos la observaron en silencio, conteniendo el aliento.

Y entonces ocurrió algo…

En la muñeca, justo donde la anciana le había pintado aquel símbolo de nuevo esa misma mañana, mientras su cuerpo se debatía entre la vida y la muerte, algo empezó a brillar, como si ella misma lo hubiera invocado. Una luz tenue, cálida, comenzó a adivinarse como un susurro sobre la piel, hasta formar aquel símbolo del infinito, enraizado con el corazón, que parecía fusionar el ciclo eterno con la fuerza del amor…

…el mismo que Varek dejaba en cada atentado.

Caitlyn sintió náuseas. Siempre había adorado aquel símbolo, lo atesoraba, le parecía hermoso en trazo, esencia y significado, y aquel hijo de puta de Varek acababa de arrebatárselo para convertirlo en un símbolo de muerte.

El silencio en el salón era tan espeso que hasta la respiración se sentía fuera de lugar.

—¿Qué es? —preguntó Airys con un nudo en la garganta.

Caitlyn tragó saliva.

—Lo he visto solo dos veces en toda mi vida —confesó al fin, sin apartar la vista de la luz que se desvanecía de nuevo de su piel, como si nunca hubiera estado allí—. La primera vez fue de niña. Me perdí en la isla de Callanish, y la anciana que me encontró de alguna forma… me lo regaló —se le quebró la voz, sintiendo que acababa de perder una parte de sí misma.

Contó todo lo referente a aquella visita, lo que la anciana dijo, lo que sintió, mientras todos los presentes la observaban asombrados.

Guardó silencio un segundo, como si la siguiente parte de la historia pesara demasiado en su pecho.

—¿Y dices que volviste a verla? —indagó Davina con curiosidad —. ¿Cuándo?

—Esta mañana —confesó, sembrando aún más asombro—, cuando he estado a punto de morir.

Tomó aire y contó de carrerilla:

—Mientras estaba inconsciente me vi de nuevo allí, entre la niebla de Callanish, y ella apareció ante mí.

—¿Te ha dicho algo? —tanteó Davina con creciente interés.

Caitlyn intentó hacer memoria, pero estaba todo demasiado borroso. Sabía que habían mantenido una pequeña conversación, pero era difícil precisar las palabras exactas.

—No recuerdo mucho —confesó, ahora preocupada—, ni siquiera estaba segura de que fuera real. No sé si lo soñé, lo imaginé… o si fue algo más, por eso no lo hablé con nadie —confesó —. Lo que sí sé es que ella ha vuelto a dibujar este símbolo justo aquí. —Tocó su muñeca, que ahora parecía tan normal como siempre. La marca se había desvanecido por completo.

Todos se miraron entre sí, cada uno con una expresión distinta, pero compartiendo la misma evidente inquietud.

—¿Y no te ha dicho qué significa ese símbolo? —insistió Kyle.

—No, pero llevo toda mi vida usándolo, es como un mantra que puedo utilizar para serenarme, para calmar a Annabella… —sonó triste—, y supongo que ya no podré usarlo más, ese cabrón acaba de arrebatármelo.

Devlin bajó la mirada a su muñeca otra vez, como si esperara que volviera a brillar. Se le veía muy preocupado.

—¿Por qué lo usa Varek? —Puso Kyle sobre la mesa lo que todos estaban pensando—. No puede ser una casualidad.

—No lo es —aseguró Devlin casi en un susurro—. Y si ese símbolo lo conecta con ella de alguna forma, entonces esto es mucho más grave de lo que pensábamos.

Caitlyn lo miraba con los ojos muy abiertos y un nudo en la garganta, y él le contó:

—Creíamos que podías ser solo alguien de quien se había encaprichado. Llevo todo el día pensando en si sus motivos para querer matarte podían ser tu relación conmigo —siguió diciendo Devlin—, pero es mucho más que eso. Ese símbolo en tu muñeca lo convierte en algo mucho más peligroso.

La chica no entendía nada.

—¿Por qué?

—Porque todo lo que rodea esa marca es magia ancestral, Caitlyn —intervino ahora Davina, dejándola muda—, y eso lo complica todo. Es imperativo que averigüemos qué está pasando.

La tensión en el aire se podía cortar.

—¿Magia ancestral?

Volvían a temblarle las piernas, ¿en qué demonios estaba metida?

Debió ponerse aún más pálida, porque el propio Devlin recortó la distancia hasta ella y la instó a sentarse. Detalle que Caitlyn valoró mucho.

—No sé si puedo con todo esto —se lamentó en susurros, casi para sí.

Annabella se subió a su regazo con una sonrisa en el rostro y se abrazó a ella con fuerza.

—No estés triste, mami —dijo con su dulce vocecita—. Eres la mejor mamá del mundo.

A Caitlyn se le humedecieron los ojos sin remedio.

Annabella le tomó la mano y le acarició la muñeca justo donde hacía un momento se podía apreciar el símbolo reluciente.

—A lo mejor eres como la princesa del cuento, mami —opinó, con una sonrisa tan brillante que conseguía que el resto del mundo dejara de existir.

—¿Qué cuento, mi amor?

—El que me contó la señora de blanco —respondió la pequeña, como si fuera lo más normal del mundo.

En el salón se hizo el silencio. Cada conversación, cada pensamiento quedó en pausa. Todos miraron a la niña, aunque Annabella apenas lo notó, estaba centrada solo en su madre, sentada sobre sus piernas.

No tuvieron que alentarla a continuar.

—Es un cuento muy bonito, mami —afirmó con ilusión—. Es sobre una princesa muy guapa, como tú, y tiene que hacer algo muy importante, pero ella no lo sabe

Caitlyn tragó saliva. Sentía un extraño escalofrío en la espalda.

—¿Y qué tiene que hacer, cariño?

Annabella pensó durante un segundo, como si estuviera organizando en su cabecita lo que recordaba.

—Tiene que juntar dos mundos que se pelearon —explicó, y bajó la voz—. Y tiene que ser muy valiente, porque hay un hombre muy malo que no quiere que lo consiga —sonrió para añadir—: pero también hay un príncipe que tiene que quererla mucho y ayudarla, porque si no la magia no funcionará y no podrán ganar. —Se encogió de hombros.

—¿Y el final? —preguntó Kyle, con voz suave.

La niña negó con la cabeza con una sonrisa traviesa.

—Todavía no me lo ha contado… Dijo que el final solo lo sabré cuando pase de verdad. —Frunció el ceño, pensativa—. Por eso he pensado que quizá puedes ser la princesa, mami. Ella también tenía una marca en la muñeca, ¿sabes?, y es muy bonita, como tú, lo único en lo que no os parecéis es en el color de los ojos.

Caitlyn miró a la pequeña con el corazón en la garganta, le daba miedo preguntar.

Davina no tuvo aquel problema.

—¿De qué color son los ojos de la princesa, Anna?

—Violetas. Muy muy hermosos.

A duras penas, Caitlyn contuvo una exclamación mezcla asombro y horror. No fue consciente de que estaba conteniendo el aliento hasta que tuvo que abrir la boca por propio instinto de supervivencia para no asfixiarse. Entonces miró a Devlin, que parecía esculpido en piedra en aquel momento, al igual que lo estaban Kyle y Dougal, que miraban al suelo sin más.

El silencio volvió. Más denso. Más cargado.

Fue Davina quien rompió la quietud. Se incorporó en su silla como si acabara de recibir una descarga.

—Es la leyenda de la Elegida Velshir —murmuró casi para sí misma, pero lo suficiente alto para ganarse la atención de todos.

—¿La Elegida Velshir? —Airys la miró confusa—. Jamás he escuchado esa leyenda.

Davina fruncía el ceño, intentando hacer memoria.

—Es que es muy antigua —explicó—. Diría que yo era una adolescente la última vez que la oí, pero formaba parte de nuestro

santorium.

—¿Qué es eso? —se interesó Caitlyn.

—Un conjunto de libros ancestrales que todos los guardianes deben leer, aunque sea una vez en su vida, llenos de leyendas, sortilegios, cuentos antiguos y maldiciones.

—Unos tochos enormes e infumables, por si alguien se lo pregunta —apostilló Keira ahora.

Davina miró a su nieta, resignada, y todos entendieron que no era la primera vez que Keira protestaba por aquello.

—Como fuere, recuerdo esa leyenda en concreto —continuó la mujer—, porque yo era muy joven cuando se promulgó que sus páginas debían extraerse de cada libro que la contuviera, en todas partes.

—¿Por qué? —Devlin la miraba ahora un tanto sorprendido.

—Jamás lo supe —admitió—, pero lo investigaré.

—No creeréis que hay algo de verdad en todo eso, ¿no? —inquirió Caitlyn casi en un murmullo.

La mirada de Devlin se deslizó hacia Caitlyn con una intensidad que ella apenas pudo sostener.

—Eso… es solo una coincidencia —insistió abatida, aunque su voz tembló más de lo que quiso.

Pero nadie le respondió, todos habían visto aquella marca en su muñeca.

—¿Davina? —Miró a la mujer frente al silencio general.

—Una leyenda no deja de ser solo un cuento —informó sin demasiada convicción—, pero no podemos obviar el hecho de que sea una luminaria quien lo haya traído hasta aquí —opinó—. Y tu marca en la muñeca es importante.

Caitlyn asintió, con una mezcla de miedo y desconcierto.

—Además, hay algunas otras cosas en ti… que hay que tener en cuenta.

—¿Qué cosas? Yo diría que soy bastante insignificante —se encogió de hombros—, comparada con cualquiera de los que estáis en esta habitación.

Y lo decía en serio. Así se sentía cuando miraba a su alrededor.

—¡Tú no tienes nada de insignificante! —repuso su padre de inmediato.

Caitlyn esbozó una media sonrisa.

—No sé si tú eres muy imparcial, papá, pero te agradezco el gesto.

Ahora fue Davina quien recorrió el salón para sentarse a su lado.

—Pues creo que todos en esta sala estamos de acuerdo con tu padre.

Caitlyn arqueó las cejas en señal de duda.

—No tienes que halagarme, Davina. —Sonrió a medias—. Asumo mis propias decisiones. Yo elegí a mi hija por encima de mis dones —le recordó—, y jamás me arrepentiré de ello.

Davina la miró con una expresión mezcla cautela y curiosidad.

—En realidad, Caitlyn, esa niña sigue siendo un milagro —le recordó, y miró a Devlin también ahora—. Algo que no debió ser posible, pero fue, y quizá ha llegado el momento de preguntarse por qué.

Caitlyn frunció el ceño, avergonzada. Le daba miedo mirar a Devlin. Ni siquiera sabía qué podía encontrar en sus ojos.

—¿Notasteis si sucedió algo raro aquella noche?

El aire en el salón se enrareció.

La propia Caitlyn se agitó, nerviosa, y agachó la cabeza. Solo faltaba que a él le diera por acusarla de haberlo hechizado, delante de todos. Por suerte, Devlin parecía más enfadado que inclinado a hablar. Miró a Davina con un claro gesto de irritación.

—Hay demasiada gente en la sala para ese tipo de confidencias —protestó molesto—, ¿no crees?

Todos vieron la expresión algo avergonzada de la mujer, que solo en ese instante pareció darse cuenta del tipo de conversación que les pedía.

—Lo siento, tienes razón —suspiró—. Tiendo a ser muy analítica a veces, pero es una conversación necesaria.

Devlin miró ahora a Caitlyn, que se estremeció sin remedio frente a sus ojos verdes, cargados de lo que parecía desagrado. Ella

tampoco sabía si podía hablar de aquella noche estando él delante. La vergüenza y el dolor lo teñirían todo.

—Será mejor que vayamos a mi despacho —ofreció Devlin ahora—, y solo quienes puedan ser de utilidad.

Aquello excluía a la mitad de la sala.

Devlin posó los ojos en su hermana con una expresión incómoda.

—Airys, prefiero que tú te quedes al margen.

Sorprendida, Caitlyn miró a la chica y la vio soltar aire muy despacio, con cierta exasperación.

—Ya no tiene caso que sigas con eso, Devlin —dijo ahora—. No hemos tenido tiempo de hablarlo, pero ya sabes que he visto todo lo necesario mientras la sanaba —le recordó—. Tengo lo sucedido cinco años atrás claro y cristalino.

—Qué suerte, porque yo sigo sin entender la mitad de las cosas —apostilló Devlin, rechinando los dientes.

—Sabes a qué me refiero.

Caitlyn miró a Devlin desconcertada. Él parecía más incómodo cada vez y no era capaz de entender el motivo. ¿Seguían con aquella fiesta? ¡Qué fijación malsana tenían todos con aquello!

Para mayor desconcierto, Airys añadió:

—Y, para levantar todas las cartas, te diré que Callum y Ewan también lo saben.

—¿Ewan también? —soltó un improperio—. Joder, no va a haber quien lo aguante —se lamentó.

Caitlyn se cansó de aquello.

—Si estáis hablando sobre mí, lo cual parece evidente —repuso —, me gustaría enterarme de algo.

Devlin soltó un gruñido de impaciencia.

—Lo siento, es privado.

—¿Privado? —inquirió, perpleja por la caradura—. Pues no parece que vaya a quedar mucho en privado en cuanto entremos en ese despacho, ¿no crees?

Y como si la divina providencia viniera a rescatarlo, Ewan entró en ese momento en el salón, ganándose la atención de todo el mundo.

No traía buenas noticias, no era fácil verlo tan serio.

—¿Qué pasa? —preguntó Callum de inmediato.

—Hemos seguido el rastro de Brets hasta un edificio abandonado —contó.

—¿Lo habéis encontrado? —lo apremió Devlin.

—Sí, pero tarde. —Les mostró una especie de carta de madera que tenía entre las manos. En ella, solo había un símbolo que en aquel instante ya era reconocible por todos.

Caitlyn lo miró con horror.

—¿Eso quiere decir que está muerto?

—Lo ha ejecutado, sí —admitió Ewan, incómodo—, de un tiro en la frente, como suele hacerlo; y parece que nada más salir del castillo.

Caitlyn dejó escapar una exclamación de espanto.

—Estaba sentenciado desde que aceptó trabajar para él, Caitlyn —le dijo ahora Devlin, en un tono resignado—. Varek jamás deja cabos sueltos.

La chica asintió. No podía evitar sentirse un poco culpable, pero se le pasó cuando recordó que sin esas escuchas, Varek no habría tenido la información sobre ese regalo que esperaba de Keira. Quizá Brets era tan responsable de su intento de asesinato como el propio terrorista.

Sintió una punzada de piedad cuando recordó el rostro del hombre, y suspiró con pesar. Era una velkana, al fin y al cabo, quizá estaba en su naturaleza ser compasiva.

Kyle miró ahora a Ewan con un gesto entre interrogante y preocupado.

—¿Va a terminar el cuerpo en la mesa de mi forense?

—No, nos hemos encargado de enterrarlo y limpiar —puntualizó Ewan—. Que trabajara aquí nos complica demasiado, y no es momento para que nadie ponga el punto de mira sobre nosotros.

Miró a Devlin, que asintió con un gesto de agradecimiento.

—¿Cómo ha ido todo por aquí? —interrogó Ewan—. ¿Novedades?

—Que Callum y Kyle te pongan al día —propuso Devlin.

—¿Tú dónde vas?

—Tenemos una conversación pendiente con Davina —contó en el mismo tono en el que un condenado a muerte hablaría de su ejecución.

Dougal aprovechó aquel instante de silencio para intervenir, con la voz cargada de preocupación.

—Devlin, sé que tú y yo jamás nos llevaremos bien —empezó diciendo—, pero… dadas las circunstancias, quiero pedirte que me permitas quedarme unos días con mi hija y mi nieta —rogó—. Estaré muy pendiente de ellas.

Vieron dudar a Devlin por un instante, pero acabó asintiendo y después miró a Kyle.

—Tú también eres bienvenido —repuso en un tono algo más calmado.

—Haré noche aquí —asintió el policía—, pero alguien tiene que buscar a Varek ahí fuera, y prefiero que tú te quedes con ellas.

—Yo me uniré a ti por la mañana—se ofreció Ewan.

Kyle asintió.

Devlin respiró hondo repetidas veces, buscando algo de calma, y después miró a Davina.

—Cuando quieras podemos mantener esa conversación.

Caitlyn caminó junto con el resto hacia la puerta, como quien camina hacia el patíbulo…

Capítulo 43

Cuando Caitlyn cruzó la puerta del despacho, su corazón ya bombeaba sangre a marchas forzadas. Aquella era la última conversación que quería mantener en ese momento, por mucho que entendiera que era necesaria.

—Hagámoslo lo más fácil posible, por favor —rogó en cuanto cerraron las puertas—. ¿Qué queréis saber?

Keira se acercó a abrazarla con fuerza, y aquello la ayudó a relajarse.

—Lo primero —pidió Davina—, permítenos examinar tu muñeca más de cerca.

Aturdida, Caitlyn miró de reojo a Devlin, que en lugar de sentarse tras el enorme escritorio, daba paseos arriba y abajo.

De alguna forma, saber que también estaba nervioso la ayudó a sentirse mejor.

Avanzó el par de metros que la separaban de Davina y Airys y les tendió el brazo.

—Nos muestras la marca, por favor —pidió Airys, con un respeto en la voz que sorprendió a Caitlyn.

—No puedo hacerlo cuando quiera.

—No lo pienses, solo confía —le dijo Keira, alentándola con un gesto.

Caitlyn tragó saliva, nerviosa, y… de alguna forma supo que su amiga estaba en lo cierto. Un segundo después, el cosquilleo regresó y la calidez del símbolo iluminó la piel de su muñeca.

Todos contemplaron la tenue luz con asombro, cautivados por el halo brillante que emanaba de ella. Incluso Devlin se acercó para observarla más de cerca. Pasaron unos segundos en silencio, hasta que Airys alzó la mano con suavidad y la sostuvo apenas a unos centímetros del resplandor. Luego, Davina se aproximó y posó su palma sobre la de la sahir, completando el gesto con naturalidad. Caitlyn comprendió que estaban uniendo sus dones. Davina

amplificaba el de Airys. Las había visto colaborar de ese modo antes, en el Adanic, así que no se sorprendió.

Cuando al fin apartaron sus manos, observaron a Caitlyn con evidente curiosidad, y después se miraron entre ellas.

—Es asombroso —admitió Airys con una expresión mezcla perplejidad y fascinación.

La misma se leía en el rostro de Davina.

—Eso es quedarse corta —murmuró la mujer.

Caitlyn estaba tan perpleja de escucharlas que ni siquiera era capaz de hablar. Por suerte, Devlin acabó desesperándose.

—¿Podéis asombrar también al resto de los presentes, por favor? —ironizó, algo irritado por no comprender nada.

—Es un Murmullo, Devlin —informó Airys.

El chico entrecerró los ojos un tanto desconcertado.

—¿Estáis seguras?

Ambas asintieron.

—¿Debería preocuparme aún más? —interrogó Caitlyn casi con un hilo de voz.

Davina la miró con una sonrisa tranquilizadora.

—En realidad, no es algo malo —le contó—. Es una especie de runa forjada con magia ancestral.

—¿Y qué hace en mi muñeca?

—Eso aún no lo sabemos, debemos averiguarlo.

Caitlyn la miró angustiada.

—Pero ¿alguien me ha hecho brujería o algo así?

Davina sonrió.

—No, cariño, los ancestros forjaron esta runa expresamente para ti —explicó—, yo diría que hace unos cuantos siglos, y la lanzaron al viento hasta tu nacimiento.

Incapaz de poder asimilarlo, Caitlyn miraba de una a otra con perplejidad. Y de repente escuchó una frase olvidada dentro de su cabeza, algo que la anciana había dicho entre la niebla.

—Fue hecha para ti…, mucho antes de que el mundo pronunciara tu existencia —murmuró casi en trance.

—¿Qué?

—La anciana me lo dijo entre la bruma —confesó—, pero sigo sin entenderlo —se desesperó y se miró la muñeca de nuevo—. ¿Qué significa?

—Es una marca, Caitlyn, una especie de sello de identidad —explicó.

—¿Qué me identifica como qué? —preguntó abatida—. ¿Es por lo que Varek viene a por mí? Él deja justo esta runa. ¿Acaso soy el motivo por el que mata?

—Varek mata desde hace muchos años, Caitlyn —explicó Devlin ahora—. Yo apenas tenía siete cuando mi abuelo comenzó a perseguirlo.

A Caitlyn estaba a punto de estallarle la cabeza. No podía con más presión.

—Es increíble que no nos hayamos dado cuenta antes —declaró Airys, tomando su muñeca de nuevo—. Ahora mismo es como si pudiera sentir la magia hablar a gritos.

—Creo que de alguna forma estaba sellada, debía activarla ella —opinó Davina—, como todo lo demás.

—¿Quién es ella? —intervino Caitlyn, confusa—. ¿Os referís a la anciana?

—No, con *ella* se refiere a ti —le confió Airys.

—¿A mí? Yo no he hecho nada.

Davina y Airys intercambiaron otra de sus miradas cómplices. Incluso Keira parecía entender qué estaba pasando, aunque se mantuviera al margen.

Para su asombro, fue Devlin quien explicó:

—Estás desarrollando algunos dones, Caitlyn —le recordó—, que no deberías tener.

Se quedó perpleja.

—Suelen llegar cuando los necesitas —siguió diciendo—, como pasó con Bellows, cuando las circunstancias te impulsaron a leerle el pensamiento. Lo mismo ha ocurrido con la marca.

Sí, todo aquello era cierto…

—Y ahora puedes leer y sentir a Eleonor sin tocarla, ¿verdad? —interrogó Airys.

Caitlyn no tuvo más remedio que asentir.

—Y a… Verónica… —susurró estupefacta.

—¿A Verónica? —exclamó Devlin sorprendido—. Pero ella es una sahir. ¿Cómo es posible?

—Siente el odio, Devlin, cuando es muy intenso, provenga de quien provenga —explicó Davina—. Es un don velkano casi erradicado. Su capacidad empática está mucho más desarrollada que la de cualquier velkano —miró a Caitlyn—, pero sí, es un don más que no deberías poder tener.

Caitlyn sintió cierto escozor en los ojos. Seguía siendo la rarita de la clase.

—Lo que nos lleva a Annabella, que es el mayor milagro de todos —murmuró Airys, casi con cierta reticencia a hablar de aquello.

Pero era inevitable. Aquel era el motivo por el que estaban allí.

—No sé si quiero mantener esta conversación —murmuró Caitlyn con total sinceridad.

—Me temo que no hay opción —suspiró Davina—, lo que me recuerda la pregunta que os hice en el salón. —Tomó aire y volvió a decir—: ¿notasteis si pasó algo raro aquella noche?

Caitlyn miró a Devlin con disimulo, pero se topó con sus ojos verdes clavados en ella, con una expresión tensa que no supo identificar.

—Ni se te ocurra salir con lo del hechizo —murmuró Caitlyn en un tono mezcla vergüenza e irritación, sintiendo el mismo dolor de siempre al recordarlo.

—¿De qué hechizo estáis hablando? —interrogó Airys.

Caitlyn miró a Devlin con el ceño fruncido.

—Yo no he dicho nada —izó él los brazos.

Y tenía razón, para vergüenza de Caitlyn.

—Uno que no hice —se defendió—, por mucho que él se empeñe.

Devlin la miró con un gesto cínico.

—Eres consciente de que te lo dices todo sola, ¿no?

Sí, por desgracia lo era, estaba cada vez más nerviosa. Aquella conversación podía representar un serio problema para ella si… salían a la luz ciertas cosas. Abatida, miró a las mujeres que

aguardaban una explicación. ¿Cómo se lo contaba todo omitiendo que además de ser un bicho raro era… uno de ojos violetas? Y no mencionaría aquello si él no lo hacía.

—A ver, repasemos aquella noche —terció Davina, intentando ayudarla a hablar—. Era tu cumpleaños…

Caitlyn asintió.

—¡Es verdad! —se le escapó a Devlin ahora, que de repente parecía algo tocado por no haber caído en ese detalle hasta ese instante—. Tu hermano me lo contó en el hotel. Ese día tenías que recibir tus dones velkanos.

La presión estaba pudiendo con ella. Asintió, pero le costó encontrar fuerzas para hablar.

—Me sentía muy rara aquel día —confesó, casi en susurros.

Y leyó una expresión extraña en Devlin, ¿podía ser culpa? Prefirió dejar de mirarlo para poder continuar.

—Pasé el día entero eufórica, con una necesidad inexplicable de libertad, de explorar el mundo, un mundo al que no había salido jamás —admitió con cierta vergüenza, y miró a Devlin de reojo—. La invitación a la fiesta se cayó de un bolsillo de tu chaqueta cuando fuiste por casa aquella mañana, y yo… —tragó saliva— cometí la estupidez de… desear algo que no era para mí.

«No necesitas rebajarte tanto, Caitlyn», se recordó, y respiró hondo.

—La cuestión es que me colé en el castillo, y reconozco que fue la noche más increíble de mi vida —se le humedecieron los ojos—, hasta que… dejó de serlo.

Devlin la miró con una expresión de lo que parecía angustia. Caitlyn continuó:

—Pero confieso que todo lo que ocurrió entre nosotros cuando estuvimos juntos fue… muy intenso —concedió avergonzada—, al menos para mí, hasta que las cosas… dejaron de funcionar. No sé qué pasó.

Miró a Devlin, implorando con la mirada que él no mencionara el color de sus ojos. Para su desconcierto, él no parecía poder decir ni eso… ni nada. Estaba mudo.

—Lo siguiente que recuerdo es que él salió de la terraza y Verónica me sacó a rastras del castillo.

—¿Verónica? ¡Esa arpía! —exclamó Airys, de repente enfadada —. ¿Por qué se lo permitiste, Caitlyn?

A la chica le sorprendió el estallido.

—Me dijo que era su prometida y que… —se le quebró la voz y miró a Devlin— él la había enviado para…

«Sacar la basura».

—Bueno, dijo muchas cosas. —Se le humedecieron los ojos, donde el dolor de los recuerdos se reflejaba con claridad, y había que estar muy ciego para no verlo.

Pero en realidad, él le había hecho mucho más daño que Verónica aquella noche. Algo que no necesitaba confesar, bastante idiota se sentía ya.

—La cuestión es que Verónica me guio hasta la puerta trasera —contó, e intentó sonreír—, y aquello fue el fin de mi incursión en vuestro mundo. No sé si esto ayuda para algo a… nada, pero es toda la historia.

Devlin la observaba con una expresión extraña, como si sus ojos estuvieran cargados de desconcierto y ansiedad. Suponía que se preguntaba cómo podía tener la caradura de omitir… lo más importante, y el motivo por el que él la había repudiado.

—¿A qué hora naciste, Caitlyn? —preguntó Davina para sorpresa de todos.

—A las veintidós quince —afirmó—. A partir de esa hora esperaba mi padre que mis dones se fueran manifestando.

—Veintidós quince… —murmuró Devlin casi en susurros—, esa hora… coincide con el momento en el que ambos estábamos en la terraza. ¿Crees que puede tener algo que ver?

—Sin duda —asintió Davina—, pero tengo la sensación de que sigue faltando una pieza. —Miró a Caitlyn y frunció el ceño—. Por teléfono me hablaste de un tatuaje.

Caitlyn se puso tensa.

—Dijiste que llegó a tu piel ese día. —Ella asintió—. ¿En qué momento?

Caitlyn se ruborizó. Habría querido no tener que mencionar aquello para nada, pero no podía callarse algo así.

—Fue… esa misma noche —confesó.

—¿De qué tatuaje habláis? —interrogó Devlin, con una expresión de extrañeza.

Caitlyn intentó sonar normal.

—Del fénix que tengo en la espalda.

—Ya tenías ese tatuaje esa noche —repuso Devlin—. Yo lo vi con claridad cuando… —carraspeó—, bueno, que lo vi.

Frente a los recuerdos, Caitlyn no pudo evitar estremecerse. Aquella había sido la primera vez que había sentido su piel arder en su espalda. Casi notaba aún los dedos de él acariciar el fénix… cuando se puso en pie dispuesta a marcharse.

Avergonzada, Caitlyn tuvo que admitir:

—Lo tenía al salir del sofá —agachó los ojos—, pero no… cuando…

Fue incapaz de acabar la frase. La expresión de sorpresa de Devlin era demasiado llamativa, como si no pudiera ocultarla.

—¿Dices que no tenías ese tatuaje antes de acostarnos?

Qué bonito. Al menos no lo había llamado follar.

—Eso digo, sí —admitió avergonzada—. Tenía un pequeño tribal en esa zona, que viró en el fénix en algún momento de… nuestro encuentro.

Devlin seguía mirándola estupefacto.

—Hasta hace solo unos días, creí que era producto de mi herencia velkana —reconoció—. Incluso le pregunté a mi padre, pero él me confirmó que no había relación.

Se sentía tan absurda por ser tan ignorante…

Y él parecía seguir fuera de juego.

—¿Puedes dejar de mirarme así? —acabó diciéndole, un poco irritada.

Devlin ni siquiera se defendió, pero sí miró hacia su hermana, que a su vez observaba la escena un tanto asombrada.

—No tengo más que contar —sentenció Caitlyn, cruzando los brazos sobre el pecho, protegiéndose de las miradas de todos en la sala.

—¿Podemos ver el tatuaje? —pidió Davina ahora, con renovado interés.

Caitlyn dudó. Miró a Airys y Keira con inquietud. También parecían estar locas por inspeccionarla, como si fuese un mono de feria que de repente se había convertido en la mayor atracción.

—Bueno… yo…

Sabía que la freirían a preguntas nada más verlo. Miró a Devlin con el ceño fruncido.

—¿Puedes salir? —pidió.

—Ni hablar.

—Pues tú no vas a verlo —replico en un tono que no aceptaba discusión.

—¿Por qué?

De veras parecía confuso. ¿Cómo le explicaba que aquel fénix latía por él? Se sentiría demasiado incómoda si le permitía acercarse a inspeccionar.

—Tengo que levantarme el vestido —se le ocurrió—, y no me siento cómoda.

—Sabes que me sé de memoria todo lo que hay bajo ese vestido, ¿no?

—¡Devlin! —lo regañó Airys en un tono severo.

Él la miró con una expresión ceñuda y tomó asiento en el escritorio para demostrar que iba a portarse bien, pero que no pensaba ir a ninguna parte.

Caitlyn suspiró y tuvo que aceptar la concesión.

Después, tomó asiento sobre un aparador que había en un extremo del despacho y se izó el vestido lo suficiente como para mostrar el tatuaje.

El silencio en la sala mientras las tres mujeres examinaban su espalda fue demasiado estresante para Caitlyn, que estaba deseando cubrirse y dejar de sentirse tan observada.

—Hay que admitir que es una pasada —opinó Airys en un tono sincero.

Siguieron comentando los trazos hasta que Keira acabó preguntando lo que Caitlyn había estado temiendo.

—¿Por qué brilla tanto?

—Está muy bien delineado —expuso Airys—, es como si ardiera, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué? —insistió Keira.

Davina miró a su nieta con curiosidad.

—¿A qué te refieres? ¿Qué te llama tanto la atención? —interrogó—. Tú ya lo habías visto antes.

—Sí, por eso —se reiteró Keira.

Caitlyn se mordía los labios, nerviosa, e intentaba no mirar a Devlin, del que podía sentir sus ojos clavados en ella.

«Mierda…».

—¿Quieres decir que ha cambiado en algo?

—Eso digo, sí, la última vez que lo vi era un tatuaje normal —explicó—, pero ahora parece estar vivo.

Devlin se puso en pie de inmediato.

—Quiero verlo. —Avanzó unos pasos hacia ella.

—¡No!

—No seas absurda, Caitlyn.

El fénix acusó no solo la distancia, sino la forma en la que él la miraba, con aquel brillo intenso en los ojos.

Caitlyn hizo amago de bajarse del aparador, pero Airys se lo impidió.

—¿Acaba de… refulgir? —preguntó la sahir.

—¿Te duele, Caitlyn? —se interesó Davina, con el mismo desconcierto.

—No, solo… siento calor.

«Ay, Dios, esto no está pasando…».

Los comentarios iban y venían. Devlin no dejaba de insistir en verlo. Ella solo quería taparse, pero no la dejaban…, y se revolvía cada vez más inquieta, al borde del colapso.

—Es algo asombroso —admitió Davina.

Devlin dio un paso en su dirección.

—¡Otra vez luce más! ¿A qué responde?

Caitlyn llegó al límite de su resistencia.

—¡A él! —soltó en un tono desesperado mientras señalaba a Devlin y se bajaba del aparador para mirarlos a todos de frente—. ¡El fénix reacciona a su cercanía!

Un montón de pares de ojos la observaban ahora con estupor, incluidos los únicos que le importaban.

Vencida, agachó la cabeza para no ceder a la tentación de mirarlo. Seguro que aquello le causaba mucha gracia.

—¡Por Dios! —exclamó Davina en un tono de asombro, y miró a Airys—. ¡Es un designio!

Airys abrió los ojos como si acabara de ver un fantasma.

—¡Madre mía! —Se hizo eco del mismo tono y miró a su hermano con asombro—. Devlin…

—¡No!

—¿Tú…?

—Yo nada.

Caitlyn miraba de unos a otros, aguardando a que le explicaran algo, pero sin atreverse a preguntar. Devlin no parecía estar muy contento, así que no sería nada bueno.

—¿Qué demonios pasa? —Tuvo que acabar cediendo—. ¿Qué es eso del designio? ¿Es… muy malo?

—¡Lo peor que podía pasarnos! —replicó Devlin, alterado, con un evidente gesto de disgusto.

Caitlyn miró a Davina en busca de respuestas, empezaba a necesitarlas con urgencia.

—Hay veces que el destino influye en nuestras vidas de maneras que no podemos ni imaginar —empezó diciendo la mujer—, y un designio es…

—Una condena —murmuró Devlin, apretando los dientes.

—No es verdad —aseguró Davina—. Es algo hermoso, un lazo sagrado entre dos personas que están destinadas a estar juntas, incluso desde antes de su nacimiento —contó en un tono sereno—. Dos almas nacidas la una para la otra, destinadas a amarse con locura durante toda una vida.

Caitlyn la miraba con una expresión de asombro y el corazón acelerado.

—¿Y estás diciendo que Devlin y yo…?

Davina asintió con una leve sonrisa.

—Estáis unidos por un designio del destino —reveló—. Sois dos mitades de un mismo fuego, almas que se reconocen más allá de la

razón —suspiró, como si aquello fuera lo más hermoso que pudiera sucederte—. Por eso todo se siente tan intenso entre vosotros, tan imposible de controlar.

La mujer la miró sin poder contener su emoción.

—Este fénix es la marca de esa unión —concluyó—, una unión en cuerpo, mente, alma y corazón…, un designio.

Caitlyn tragó saliva, sintiendo el peso de las palabras.

Sonaba tan hermoso que sentía pánico de mirar a Devlin y leer en sus ojos algo que la destrozara por dentro, pero fue inevitable, porque no pudo cerrar los oídos…

—Buscad la forma de romperlo —exigió Devlin ahora alto y claro en un tono inquieto.

Aquello fue como una cruel sentencia para los oídos de Caitlyn. Tuvo que apretar los dientes y los puños para contenerse. Un dolor lacerante le taladró el pecho frente a la demoledora realidad: él no quería estar unido a ella, parecía repelerle la idea con todas sus fuerzas.

—No se puede romper un designio, Devlin —informó Airys—, lo sabes igual que yo.

—Siempre hay una manera —insistió.

—No de romperlo —confirmó Davina sin dureza, solo con la verdad—, pero siempre puedes decidir… no aceptarlo —concedió—. El designio no obliga, solo es un regalo.

—Que no he pedido —se reiteró Devlin.

—Y que puedes decidir aceptar o no —insistió la mujer.

—Decido no hacerlo —miró a Caitlyn con los ojos cargados de lo que parecía tormento—, pero quiero dejar de sentirme así.

—¿Cómo?

—Obsesionado con ella —admitió, sin mirarla.

Caitlyn quería llorar. Parecía evidente que para ella ya no había marcha atrás. Para bien o para mal, había aceptado aquel designio la misma noche en que se amaron por primera vez, y la prueba inequívoca estaba grabada a fuego en su espalda, pero él… jamás cedería.

Devlin miraba a Davina con una expresión extraña.

—Tiene que haber algo que puedas hacer.

—No, lo siento, como digo, puedes rechazarlo, un designio no obliga, pero tampoco desaparece —aseguró con certeza—. Puedes negarlo, discutirlo, incluso odiarlo, pero no podrás romperlo. Si te niegas a aceptarlo, tu alma terminará entendiéndolo y eso a lo que llamas obsesión acabará apagándose, pero solo el tiempo puede lograrlo.

Caitlyn estaba al borde del colapso. Aquel rechazo dolía como una daga afilada en el corazón. ¿Y qué pasaría con ella si él… decidía no aceptarla? ¿Acaso tendría que pasar su vida amando a un hombre que jamás la querría?

Las lágrimas le quemaban en los ojos.

—Resulta curioso cómo el destino teje los hilos —repuso Davina ahora, como si estuviera haciendo una reflexión, y miró a Caitlyn—. Al fin está todo claro. Todos los astros confabularon para uniros en esa fiesta, el único día y a la única hora en la que podría obrarse el milagro…

—Annabella —murmuró Airys casi en un susurro.

Davina asintió y continuó:

—Solo había un instante, uno solo…, a la hora exacta de tu nacimiento —miró a Caitlyn con ternura—, en el que ni eras mundana ni eras velkana, pero al mismo tiempo eras ambas… Una única décima de segundo, un punto de transición, donde el destino obró su magia de la forma más magistral que he visto jamás.

Para Caitlyn aquello fue demasiado. Ya no podía más, se sentía rota por dentro, y cada palabra era un doloroso recordatorio.

—A lo que tú llamas magia, yo lo llamo crueldad —acabó diciendo.

Porque no había nada más cruel que unirla a través de algo tan grande como un hijo a un hombre que jamás sería capaz de amarla.

—Ojalá hubiera escogido a cualquier otro aquella noche —dijo ahora, llevada por el dolor.

Miró a Devlin y lo vio apretar los dientes, pero no pronunció palabra.

—Lo decretado es inamovible —suspiró Davina—. De forma inconsciente, aguardaste a que él llegara a tu vida sin entregarte a nadie más.

—Espera, ¿qué? —intervino Devlin, confuso.

«Por favor…, no lo digas…», quiso rogarle a Davina.

—Caitlyn debía permanecer virgen hasta el día en que pudierais amaros por primera vez.

—¿Virgen?

La mirada de absoluto estupor de Devlin habló por sí sola.

Capítulo 44

Aquello fue la humillación más absoluta para Caitlyn. Se esforzó en mantener su mirada lejos de la de Devlin, pero, para su desgracia, sus ojos se cruzaron justo en el momento en que él entendió al fin… de dónde había salido la sangre que tanto le había preocupado.

Caitlyn ya no podía con más. Giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta con toda la dignidad de que fue capaz, dispuesta a desaparecer.

—Caitlyn, espera… —lo escuchó decir, en un tono de ruego.

No se detuvo, aceleró el paso.

—Por favor, Caitlyn…

—Déjame en paz.

Pero cuando asió el picaporte dispuesta a abrir, no pudo. La puerta estaba cerrada a cal y canto. Se volvió a mirar a Devlin, ahora con la furia escrita en los ojos.

—Déjame salir —exigió.

Él giró hacia las dos mujeres que observaban la escena, perplejas.

—¿Me permitís hablar a solas con Caitlyn, por favor?

—¡Yo no tengo nada que hablar contigo!

—Caitlyn…

—¡Abre!

Devlin negó con un gesto, y Caitlyn caminó hacia las puertas de cristal que había al otro lado del despacho, dispuesta a buscar otra salida. Tomó el picaporte temiendo que también estuvieran selladas, pero por suerte pudo abrir…

…aunque la suerte se le acabó rápido.

Cuando salió al exterior, se encontró en la terraza en la que habían estado juntos por primera vez.

Aquella noche estaba demasiado oscuro y no había reconocido el despacho.

«Dios, esto no… puede ser…». No podía con más en aquel momento, estaba a punto de desmoronarse.

Se giró dispuesta a correr de vuelta al despacho, pero casi se chocó de frente con Devlin, que la observaba desde la puerta.

—Aparta —exigió, aunque sonó casi a ruego.

—Solo habla conmigo.

—No quiero —musitó con un nudo en la garganta—. Acepto tu rechazo al maldito designio, pero déjame salir.

—¿Por qué no me dijiste que eras virgen? —preguntó con lo que parecía pesar.

Ella intentó esquivarlo, pero no pudo.

—Ni siquiera me lo contaste cuando te acusé de… —se le atragantaron las palabras. Parecía avergonzado.

—¡Aparta!

—Dios, Caitlyn, lo siento —intentó tomarla entre sus brazos, pero ella se revolvió con fuerza y puso distancia, como si su solo contacto la enfermara.

—No me toques, no vuelvas a tocarme jamás —exigió, al borde de las lágrimas.

—No puedo evitarlo, yo…

—Ya lo has oído, es la única manera de… que puedas…, ¿cómo lo llamaste? —buscó las palabras— ¡dejar de obsesionarte conmigo!

—No he querido decirlo así, pero reconozco que es algo que me aterra, Caitlyn —confesó—. No he podido llevar una vida normal desde aquella noche. Estuve a punto de perderlo todo cuando desapareciste…

Eso sí le llamó la atención. Lo miró desconcertada y alerta.

—Me obsesioné por completo por encontrarte, Caitlyn.

«…*no pasaba por un buen momento, aquella mujer lo trastocó demasiado, estaba tan obsesionado con ella*…». Escuchó decir a Airys dentro de su cabeza, y justo en ese instante fue consciente… de que ella era esa mujer.

—Devlin…

—No puedo permitirme el lujo de sentirme así por nadie, Caitlyn —confesó con ardor, y una mezcla de desesperación—. Me aterra concederte tanto poder sobre mí, lo siento.

«Jamás voy a amarte», aquello era la conclusión final, algo que intentó entender…, pero el dolor del rechazo era demasiado intenso e imposible de ocultar.

—Caitlyn, por favor, no me mires así —intentó acercarse

Ella reculó, pero él volvió a intentarlo.

—No me toques. —Lo empujó con fuerza, ya fuera de sus casillas—. ¿Crees que para mí todo esto es fácil? ¿Te has parado alguna vez a pensar en cómo me siento? ¿En cómo me sentí aquella noche? —se lamentó con voz temblorosa, no de miedo, sino de rabia contenida—. ¿Quieres saberlo? Porque yo recuerdo cada segundo, cada maldito instante.

El silencio entre ellos se volvió espeso, cargado de todo lo que nunca se dijeron.

Los ojos de Devlin decían mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir con palabras. Y de repente Caitlyn se sintió desbordada, y supo que necesitaba sacarse de adentro demasiadas cosas, que quizá era la única forma de comenzar a sanar.

Ya no iba a callarse más. Llegó a su límite.

Recorrió la distancia que los separaba

—¡Yo te amaba con toda mi alma, Devlin!

Él abrió la boca, asombrado, pero no alcanzó a decir nada. Caitlyn no le dio oportunidad.

—Sin saber qué eras, ni siquiera quién eras en realidad —reveló —. Temblaba como una hoja cuando… me miraste por primera vez a los ojos en esa fiesta. Jamás me había sentido tan viva. Toda mi vida había estado escondida, huyendo de quien era, y esa noche… tú me tocaste y por primera vez sentí que estaba donde debía, que pertenecía a un lugar, que… por fin había encontrado mi sitio, entre tus brazos. —Apretó los dientes—. Qué ilusa, ¿no?

—Caitlyn… —Avanzó hacia ella y la abrazó con fuerza.

Esta vez no se alejó, pero siguió hablando, con la voz rota por el dolor.

—Sí, era virgen, Devlin, pero ni siquiera me paré a pensarlo porque no había nada que deseara más que estar contigo, que entregarme a ti en cuerpo y alma… —Las lágrimas ya fueron inevitables—. Mis sentidos estaban desbordados de sensaciones, me

estallaba el pecho de amor, me ardía la piel. Todo estaba amplificado mientras me preparaba para mi transición entre tus brazos… y te entregaba todo lo que era, todo lo que quería ser. Nuestro encuentro fue pura magia para mí, tú lo hacías mágico —se le quebró la voz—, hasta que… lo convertiste en pesadilla, echándome a un lado como si de repente fuera algo sucio.

El aire de la terraza pareció volverse más denso. Devlin estaba pálido y tragaba con dificultad.

—¿Sabes lo que vi en tu mirada, Devlin? Desprecio. Me acusaste de cosas sin sentido, me gritaste como si yo fuera culpable de algo que ni entendía. —Sus manos temblaban y sus ojos brillaban con lágrimas que no pensaba esconder—. Acababa de darte todo lo que era, y tú me arrojaste a un lado igual que si fuera… basura.

—Caitlyn, ya, por favor… —suplicó con un infierno en la mirada.

—Eso fue lo que dijo Verónica antes de echarme del castillo: Dev se divierte, se cansa y después… alguien tiene que limpiar la basura. —Las lágrimas le impedían casi hablar—. Y yo la creí, la creí… porque fue así como tú me hiciste sentir.

—Basta, Caitlyn, ten piedad…

La respiración de Devlin se volvió entrecortada, y solo entonces Caitlyn fue consciente de que entre ellos fluía una corriente energética extraña. Un zumbido sutil le recorría los brazos, como una especie de electricidad estática bajo la piel.

Miró a Devlin y solo entonces fue consciente del infierno que ardía en sus ojos verdes, que la observaban como si una oleada de imágenes y emociones lo golpearan desde dentro, haciéndolo agonizar.

Y entonces lo comprendió.

—Oh, Dios…

—Otro de tus dones —susurró Devlin, lamentándose—, justo a tiempo.

Su voz sonaba como salida de ultratumba, cargada de lo que parecía angustia.

Lo miró horrorizada y apartó las manos de él al instante, dando un paso atrás. De alguna forma, acababa de transmitirle cada recuerdo, cada sentimiento.

—Lo siento.

—No te disculpes —rogó Devlin—, es a mí a quien no me va a alcanzar esta vida para disculparme ni para perdonarme.

—No quiero tus disculpas —se apresuró a decir, intentando dejar de derramar lágrimas.

Él dio un paso en su dirección.

—Caitlyn…

—Por favor, no me toques —rogó—. Voy a pedirte que… te mantengas lejos de mí a partir de ahora.

El destello de dolor en sus ojos verdes la tomó desprevenida, pero siguió hablando.

—Entiendo que rechaces nuestro designio —dijo con pesar y la voz rota—, y lo asumo, pero eso conlleva que todo contacto entre nosotros termina aquí y ahora. —Dio otro paso atrás—. El castillo es grande, así que no necesitamos vernos demasiado.

Él la miraba en silencio.

—Me trasladaré al ala de Airys, si ella está de acuerdo, así coincidiremos lo menos posible —propuso—. Cuando Varek deje de ser una amenaza, me iré, y entonces veremos cómo nos organizamos con Annabella. Quizá a través de alguien si lo prefieres, para que no tengas que verme y puedas… librarte de los efectos del designio cuanto antes.

Ya no podía más. Necesitaba llorar hasta que no quedaran lágrimas, hasta vaciarse por dentro.

Caminó hasta la puerta con la cabeza en alto, haciendo gala de la poca dignidad que le quedaba, y salió de la terraza sin saber… que dejaba atrás a un hombre roto. Un hombre al que cada palabra, cada mirada, cada lágrima que ella había derramado le había atravesado el alma como cuchillas afiladas.

Devlin se giró hacia la barandilla, apoyó ambas manos sobre el frío metal y bajó la cabeza, intentando que el aire regresara a sus pulmones, aunque solo sintiera cenizas en el pecho.

No podía dejar de temblar.

Aquella noche, cinco años atrás, no había sido fácil para ninguno de los dos.

Devlin había quedado herido de muerte, marcado, también había

sufrido. El caos, la intensidad de lo que vivieron, la entrega, la magia…, y luego el desconcierto, la sospecha, la traición.

Recordaba aún el vértigo de tenerla entre sus brazos, el asombro de haber encontrado algo tan puro, tan real. Por un instante creyó que su vida había tenido sentido solo para llevarlo hasta aquel momento, a ella. Pero entonces aquellos ojos violetas se iluminaron, lo arrastraron al más increíble de los clímax y… fueron también su perdición cuando descendió de las nubes. No pudo evitar sentirse engañado hasta el punto de enloquecer, y lo que había creído sagrado se tiñó de duda; y esas dudas… pusieron en riesgo su vida y la de todos a los que amaba.

A pesar de todo, tras librar una guerra, había centrado todo su mundo en darle caza, obligándose a odiarla, fantaseando con cómo le haría pagar todo lo que le debía, pero resultaba que era él quien debía pagar sus deudas. La primera, se capaz o no de perdonarse por equivocarse tanto.

Apretó los dientes con fuerza. El dolor de Caitlyn se hacía eco en él ahora con una intensidad demoledora. Y no podía soportar ser el responsable.

El horror de lo que acababa de sentir casi en carne propia lo aplastaba con una intensidad brutal. El torrente de recuerdos y sentimientos que había proyectado en él lo habían dejado desarmado, al desnudo, con el alma hecha jirones. No había defensa posible ante una verdad tan pura y cruel. La había sentido arder bajo su piel, temblar bajo sus dedos. Había sentido su amor: tan limpio, tan ingenuo, tan absoluto… Y luego… el dolor. El golpe seco del rechazo. El frío al quedarse sola en aquella terraza aún impregnada de ellos dos. El vacío brutal, la humillación. Las palabras de Verónica taladrándola como cuchillas. El corazón roto. ¡Todo!

Y él había sido el causante. Caitlyn era tan joven entonces, tan inocente… Recién llegada a un mundo que no comprendía, escondida toda su vida, huyendo de lo que era, sin conocer el deseo, el amor, el peligro… Y él, en lugar de protegerla, la había condenado.

El último recuerdo que ella le había proyectado resultaba el más doloroso de todos, el más demoledor. Unas últimas palabras, dichas

casi en susurros, que fueron para Devlin como una puñalada que no vio venir, mientras podía sentirla mirar a su alrededor, aterrada frente a la absoluta oscuridad del exterior.

«Feliz cumpleaños, Caitlyn».

Aquella frase lo aplastó sin piedad de nuevo mientras sentía un dolor agudo en el pecho, atravesándole el corazón.

De alguna forma, con una certeza cruel y absoluta, sabía que Caitlyn jamás había vuelto a celebrar su cumpleaños.

Se llevó las manos al rostro y apretó los dientes, intentando contener el grito que pugnaba por salir desde lo más profundo.

No habría consuelo, no lo merecía, como tampoco la merecía a ella. El destino se había equivocado al creerlo merecedor de un regalo tan grande y era momento de pagar.

¿Era posible rechazar aquel designio o… se estaba engañando?

Sabía la respuesta. Una de las dos cosas… jamás había sido una posibilidad.

Capítulo 45

Tres días, con sus tres noches, eran los que Caitlyn llevaba sin cruzarse con Devlin.

La misma tarde en que salió de aquella terraza, se había trasladado a una habitación en el ala de Airys, lo más lejos posible de él. Keira se había ofrecido a compartirla con ella, algo que Caitlyn le agradeció mucho. Aquello no solo la ayudaba a distraerse, además le impedía cometer la estupidez de franquear la puerta en mitad de la noche para… irse de excursión a ninguna otra parte que no fuera el baño, que estaba dentro de la misma alcoba.

«Tres días», repitió para sí, como el que cuenta el tiempo desde que dejó las drogas.

Pero aquella mañana, la distancia empezaba a ser casi un suplicio.

Que no pudiera verlo no significaba que no pudiera sentirlo. Su fénix la alertaba de forma constante cuando estaba cerca, y aquello resultaba una tortura. Se sentía atraída hacia él de un modo muy difícil de resistir.

Para colmo, muy a su pesar, la madrugada anterior había sucumbido sin remedio a uno de sus trances, mientras rememoraba aquella noche en la terraza de cinco años atrás. Avergonzada, tuvo que correr al baño para no despertar a Keira. Y se sintió de lo más patética cuando, al recobrar la compostura, se encontró metida en la bañera, aún ardiendo por un hombre que, con toda probabilidad, dormía a pierna suelta no muy lejos de allí.

—Maldito designio… —susurró con tristeza, perdida en sus pensamientos, mientras miraba por la ventana de su habitación sin ser consciente de que Keira estaba tras ella.

Su amiga tomó asiento a su lado.

—No puedes evitar a Devlin eternamente —le dijo con un gesto preocupado.

Caitlyn se limitó a asentir. Lo tenía claro, pero le dolía tanto verlo y saber que no podría tenerlo jamás…

Para complicar las cosas, el querer mantenerse lejos suponía que no podía pasar tanto tiempo con Annabella como estaba acostumbrada. La pequeña la buscaba cada día tras los entrenamientos para mostrarle sus avances, y le rogaba que se uniera a ellos al día siguiente, pero Caitlyn siempre le daba largas, como también lo hacía cada vez que debía bajar al comedor.

—Si te sirve de consuelo, él también parece jodido —confesó Keira, que era la primera vez que le hacía un comentario así.

Caitlyn se mordió la lengua. No quería preguntar.

—Me pregunta por ti cada mañana, ¿sabes?

Ahora sí la miró.

—Que tal has dormido —continuó—, si te encuentras bien…

Frente a las ganas de hacerle un interrogatorio, Caitlyn se exasperó.

—Yo también quiero romper el designio —imploró por primera vez dejando al desnudo su desesperación—. Dime qué tengo que hacer, Keira, por favor.

Su amiga la miró con pesar, sus ojos estaban cargados de una verdad que dolía.

—No puedes, Caitlyn —le confió, y matizó con tristeza—: Sabes que un designio no se rompe. Solo tienes potestad para decidir aceptarlo o no, y tú…

—Y yo soy la idiota más grande del planeta, ¿no? —sollozó, con una sonrisa rota.

—No digas eso…

—¡Pero es así! —exclamó con la voz quebrada—. Yo lo acepté sin reservas aquella misma noche, y ya no hay vuelta atrás.

Y aquel fénix era la prueba inequívoca de ello, o no estaría en su espalda. Y justo en ese instante, lo sintió arder con virulencia, como si despertara con una intensidad furiosa.

—Devlin… —susurró, poniéndose de pie con brusquedad.

—¿Qué pasa?

—Se está acercando —afirmó con absoluta certeza.

—¿Estás segura?

Caitlyn arqueó las cejas y la miró con una expresión resignada.

—Lo estás, claro —suspiró su amiga.

Ambas se quedaron en silencio. Caitlyn podía oír su propio corazón martilleándole en el pecho, como un tambor que parecía resonar en cada rincón del cuarto.

Caminó hacia la puerta como si un lazo invisible tirara de ella y apoyó una mano sobre la madera… Él estaba allí, al otro lado, inmóvil, a medio metro de distancia, todo su ser se lo gritaba de un modo enloquecedor.

El aire entre ellos vibraba como un eco antiguo. Solo los separaba una hoja de madera… y todo lo no dicho.

Caitlyn contuvo el aliento y no se atrevió a mover ni un músculo.

Aguardó tras la puerta en silencio, sintiéndolo en cada latido, anhelando sus brazos con cada poro de su piel…

…hasta que esa conexión invisible se quebró y sintió que se alejaba de ella.

Y cada paso que él daba era una punzada cruel.

Aquello fue como echar sal sobre sus heridas. Las lágrimas cayeron por sus mejillas y tuvo que morderse la mano para no gritar de dolor.

∞∞∞

Devlin entró en la biblioteca con el mismo nudo en el estómago que llevaba tres días sin poder digerir. Lo acompañaba como una sombra, como una bestia dormida que lo devoraba por dentro. El silencio solemne del lugar no lo ayudaba, solo acentuaba la maraña de pensamientos que no lograba acallar.

Con paso lento, perdido en sus divagaciones, atravesó el lugar hasta llegar al fondo, a la sala de los grimorios. Aquel lugar solía permanecer oculto tras una de las estanterías, pero desde hacía tres días trabajaban sin descanso para hallar cualquier cosa que pudiera arrojar algo de luz sobre todo lo que estaba pasando.

El aire cambió de golpe cuando traspasó la puerta.

La sala era distinta a cualquier otra estancia de la biblioteca. Las paredes estaban revestidas de madera oscura y olían a tiempo, a poder antiguo. Los estantes se elevaban hasta el techo, repletos de libros encuadernados en cuero, pergaminos enrollados con cintas de seda desgastadas, volúmenes cuyas cubiertas ardían con símbolos que parecían moverse si los mirabas demasiado tiempo…

Sobre las paredes colgaban retratos de todos sus antepasados. Hombres y mujeres que observaban con ojos serios desde los lienzos, algunos con túnicas rituales, otros con coronas de fuego o manos cubiertas de runas. Guardianes de secretos y portadores del legado McAllister.

Y allí, en el centro de la sala, rodeadas por montones de libros abiertos, estaban Airys y Davina, casi enterradas entre textos y notas. Callum también se encontraba allí, apoyado sobre una mesa, hojeando muy interesado un manuscrito tan grueso como su brazo; y Dougal Holloway paseaba entre las estanterías con un gesto de interés.

—¿Y Annabella? —interrogó Airys.

—Con Ewan y Eleonor —explicó—. Acabando de desayunar.

—¿Y tú de dónde sales?

Devlin miró hacia la mesa para no tener que sostenerle la mirada a Airys.

—Necesitaba estirar las piernas —dijo como única explicación.

Lo que no dijo fue hacia qué lado del castillo le habían llevado. Eso supondría tener que admitir que no había sido capaz de llamar a la puerta, pero ¿qué le iba a decir?, ¿que la echaba tanto de menos que le faltaba el aire? No tenía derecho a pronunciar aquellas palabras.

Claro que para todos los presentes todo estaba más que claro. No había que ser un genio para imaginar qué mal le aquejaba, era difícil no ver las profundas ojeras que surcaban su rostro.

De hecho, fue Callum quien se lo hizo saber, de un modo algo más sutil.

—¿Desde cuándo no duermes?

—He dormido —aseguró de inmediato.

—¿Dónde? Toqué a tu puerta cerca de la una.

—He pasado la noche en el sofá de ahí fuera —confesó sin mirarlo, y se abstuvo de decir que era la tercera noche que pasaba allí.

—¿Aquí en la biblioteca? —Devlin asintió—. ¿Por qué?

La respuesta era demasiado vergonzosa para decirla en alto. Merodear por el castillo a las doce de la noche aguardando un milagro… resultaba patético.

Desvió la mirada hacia el batiburrillo de cosas que las mujeres tenían regadas por la mesa. Posó sus ojos sobre un dibujo pintado en un folio de la runa que Varek dejaba en cada escena, sabía que Caitlyn la había dibujado y sintió una presión en el pecho. Aquel punto de conexión entre Caitlyn y Varek lo enfermaba. Estaba seguro de que aquello iba a estallarles en la cara en algún momento, y solo pensar en que aquel tipo intentara llegar hasta ella de nuevo… lo desquiciaba.

Desesperado, sus ojos recorrieron las paredes, las runas, los libros. Muchos de ellos hablaban de destinos escritos, de designios inquebrantables…

…pero a él, el destino lo estaba desangrando.

—¡Caitlyn! —exclamó Davina, alzando la vista hacia la puerta con una sonrisa cálida.

Devlin miró en aquella dirección, sobresaltado, y su corazón se aceleró como el de un niño en la mañana de Navidad.

Tres horribles y eternos días y allí estaba ella. Preciosa, brillando con esa luz propia que siempre parecía envolverla, incluso cuando no lo intentaba. Sus inmensos y expresivos ojos azules se posaron sobre Davina, pero apenas lo miraron a él, aunque se notaba a la legua la incomodidad que sentía. Era evidente que no le entusiasmaba encontrarlo allí.

Devlin se sintió como un náufrago que ve tierra firme, solo para darse cuenta de que no puede alcanzarla. Desarmado frente al torbellino de emociones que ella le provocaba, solo la observó de reojo, con el alma en vilo, intentando esconder las ganas de correr a abrazarla para rogarle una simple mirada.

«Por Dios, estoy… perdido», tuvo que admitir, y no sabía cómo ni dónde esconderlo.

«¿Y por qué tienes que esconderlo? ¡Ya no más, ¿recuerdas?!», le reclamó a gritos su parte cuerda, con la que llevaba discutiendo cada minuto de los tres malditos últimos días.

Lo había hecho todo mal con Caitlyn, y había bastado ver sus lágrimas, su dolor en aquella terraza, tres noches atrás, para que algo se quebrara dentro de él de forma irremediable… Ya no podía engañarse más. Lo único que deseaba en aquel instante, por lo que daría media vida, era compensarla por todo el daño que le había hecho. El destino había dejado de ser una carga abstracta para convertirse en una necesidad imperiosa de hacerla feliz, pero el miedo lo paralizaba. Y no era solo el miedo a amar, algo que lo aterraba, sino el pánico al rechazo, a acercarse a ella implorando algo… que Caitlyn ya no estuviera dispuesta a darle, algo que ni siquiera estaba seguro de merecerse.

Pero debía echarle valor, ella bien valía el riesgo. Solo tenía que acercarse, pedirle unos minutos de su tiempo y… abrirse en canal exponiéndose a que le retorciera el corazón con sus propias manos y añadiera algo de sal a la herida. Fácil.

Suspiró con fuerza. La miró de reojo y decidió que estaría mejor un acercamiento algo más natural. Recortó la distancia hasta ella y Keira.

—Acaba de llegar un paquete para ti —le dijo en un tono neutral.

Caitlyn lo miró a los ojos por primera vez, y él murió de ganas de besarla. Tuvo que desviar la mirada.

—Creo que esta vez sí es el tuyo —miró a Keira—, ¿pusiste pegatinas por fuera de la caja?

Keira sonrió un tanto avergonzada.

—Solo una —admitió divertida—. Inconfundible, te confirmo que dice: aquí hay tema que te quemas.

Él esbozó una sonrisa.

—Justo, sí.

Caitlyn no parecía saber dónde meterse. Miró a su amiga con un ligero rubor que a Devlin le resultó encantador, y que sirvió para que sus propios nervios se calmaran un poco.

—¿Qué hay en el paquete? —preguntó con curiosidad

—¡Eso no es de tu incumbencia! —intervino Caitlyn con rapidez, dirigiéndole la palabra por primera vez.

—Pues lo siento, pero tengo que abrirlo para comprobar que nadie lo haya manipulado.

—¡No!

—¿Prefieres que lo abran Callum o Ewan? —ofreció en un tono neutro—, porque puedo concederte eso, si quieres.

—¿Y si lo abro yo? —interrumpió Keira.

—Alguno de nosotros tendrá que estar presente de todas formas.

Caitlyn miró a su amiga con inquietud y murmuró incómoda y casi entre dientes:

—¿Qué demonios hay en ese paquete, Keira?

—Eh…, bueno…

—Ay, Dios, si incluso tú estás titubeando… —se lamentó Caitlyn.

Devlin rio divertido.

—Es un disfraz de dominatrix —confesó Keira al fin de carrerilla —. Ya sabes: lencería de cuero, esposas, una fusta… y esas cosillas.

—¡¿Esas cosillas?! —masculló Caitlyn—. ¡Te mato!

La vocecilla risueña de Annabella, a la que nadie había visto entrar, aclaró por si acaso:

—Una fusta es como un látigo, ¿sabes, papi?

Todos miraron a la niña que los observaba desde el suelo.

—¿En serio? —preguntó Devlin, sin poder evitar reír, mientras tomaba a su hija en brazos—. ¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo contó Selena un día —se giró a mirar a su madre—, Keira dijo que tú querías pegarle a papá con una fusta.

Caitlyn se atragantó con la saliva, y si las miradas matasen, su amiga habría caído fulminada al instante.

—A ver… —expuso Keira, sin poder evitar una sonrisa—, el don veritas de Anna llegó en el peor momento…

—¡A ti no te afecta su don!

—Eh…, cierto, eso es verdad —carraspeó, y señaló—: Uy, me llama mi abuela.

Se alejó de allí hacia la mesa y Devlin estuvo a punto de agradecérselo. Aquello era romper el hielo a lo grande…, o derretirlo,

más bien.

—Me cae bien —sonrió divertido.

—Qué suerte, yo quiero matarla más a menudo de lo que me gustaría —repuso Caitlyn, incómoda.

Sí, Devlin no lo dudaba ni un poquito, y se aventuró:

—Con respecto a lo que hablábamos…, ¿aún quieres?

—¿Qué?

—Pegarme con una fusta —añadió, y la contempló de frente.

Dios, qué belleza, ¡qué bien le sentaba aquel rubor en las mejillas!

—¡No! —Desvió la vista muy nerviosa—. Por Dios, esto es…

—¿Y si me dejo?

Caitlyn miró a Annabella, aún en brazos de su padre, que sonreía divertida sin entender una palabra, por fortuna.

—¡Deja de decir tonterías! —exigió, ahora molesta—. ¡Ya no puedes hacerme ese tipo de comentarios!

Devlin suspiró.

—Solo era una broma.

—¡Tampoco puedes bromear conmigo!

Pero quería. Quería todo con ella.

—¿Podemos hablar unos minutos? —se aventuró.

—No.

—Caitlyn…

Irritada, se alejó de ellos hacia la mesa, sin añadir nada más.

Devlin la siguió con la mirada con una expresión abatida. No podía culparla por estar enfadada con él, y quizá bromear con aquello tampoco había sido su idea más brillante, pero apenas podía resistirse, era algo que le salía de lo más natural.

Miró a su hija, que aún estaba en sus brazos, y la pequeña soltó un suspiro teatral mientras decía:

—¿Por qué sigues sin regalarle flores?

Su padre sonrió.

—¿De verdad crees que serviría?

—A mamá le gustan las flores de colores: moradas, amarillas, blancas, azules… —Se encogió de hombros—. En el Adanic siempre

las recogíamos en el camino que iba hacia la playa y luego las lanzábamos al aire para hacer una lluvia de flores.

—Una lluvia de flores… —frunció el ceño, pensativo—. Tomo nota.

Caitlyn observaba a padre e hija de reojo desde unos metros más allá. Ver la forma en la que Devlin trataba a la niña, con tanta ternura y devoción, siempre la enternecía. En aquel momento charlaban, reían y de vez en cuando la miraban a ella con una expresión cómplice que comenzaba a acelerarle el pulso. Daría lo que fuera por poder hacer algo tan cotidiano como acercarse, bromear y abrazar a su pequeña mientras se dejaba robar un beso por aquel hombre increíble.

«Dios, basta, Caitlyn, no te hagas más daño», se rogó, y prefirió centrar su atención en Davina, quien contaba ahora:

—Espero que la memoria de Gideon acabe arrojando algo de luz —decía mientras cerraba otro libro y lo soltaba sobre la mesa con un gesto de desespero—. Esto es un callejón sin salida.

—¿Quién es? —preguntó Caitlyn, confusa.

—Gideon Lockwood, abuelo de Killian y el más anciano de los guardianes.

—Además del presidente del Consejo —agregó Dougal mirando a Caitlyn con una expresión preocupada.

«Otra guadaña sobre mi garganta…». Suspiró, agotada.

—Voy a llamar a Killian, a ver si han encontrado algo —dijo Callum ahora.

—En Nueva Orleans son las tres de la mañana —le recordó Davina.

—Killian suele trasnochar.

—¿En serio? —intervino Keira con un punto ácido—. ¿Ese ratón de biblioteca es nocturno? Eso sí me sorprende.

—¿Ratón de biblioteca? —Callum esbozó una sonrisa divertida.

—Así me lo imagino —aclaró Keira, encogiéndose de hombros—. Sentado en una mesa como esta, ataviado con su traje de pana, todo el día rodeado de libros raros que lee por encima de sus lentes redondas.

Airys soltó una carcajada.

—No conoces a Killian, ¿verdad?

—Claro que sí —repuso Keira, pero tuvo que admitir—: aunque la última vez que lo vi tenía ocho años.

—Eso me parecía —sonrió Airys.

—Por fortuna, ya no tendré que verlo nunca. —Se encogió de hombros.

—Pues tú te lo pierdes —murmuró Airys para sí, en un tono divertido.

Caitlyn fue la única que la escuchó, y sintió una curiosidad enorme por saber más del tal Killian, el exprometido de su amiga, aunque algo le decía que no todo estaba dicho en aquella historia.

Los primeros tonos de llamada con Nueva Orleans sonaron en manos libres en medio de la sala.

—¿Qué tenéis los McAllister con mis horarios? —protestó una voz al otro lado del teléfono como único saludo.

—¿No soy el primero en molestarte? —se sorprendió Callum, con un punto de diversión.

—Tu hermano me tiene haciendo horas extra —admitió—. Es lo que tiene estar pluriempleado.

—Amigo barra psicólogo, ¿no? —Rio Callum mirando a su hermano.

Devlin se apresuró a intervenir.

—Estás en manos libres en una sala llena de gente, Killian —avisó.

Caitlyn no pudo evitar preguntarse de qué iba todo aquello. ¿Habría hablado de ella con Killian? ¿Sabría todo lo concerniente al designio? ¿Acaso le había llamado para asegurarse de que Davina estaba en lo cierto y no había ninguna forma de romperlo?

—Estamos todos aquí, Killian —intervino Davina ahora—, y no estamos teniendo suerte. Nos preguntábamos si vosotros habéis podido dar con algo.

—Mi abuelo os iba a llamar antes de irse a dormir —contó el chico—, pero ahí era demasiado temprano.

—¿Ha recordado algo?

—No mucho, pero sí interesante —explicó—. Al parecer, todo lo relacionado con la leyenda Velshir fue retirado de los libros hace sesenta años, cuando se firmó la ley amatysa.

Caitlyn se puso tensa. Aquella ley era de lo poco que conocía bien, era la que obligaba a la gente como ella a informar al Consejo de su gen amatysa, con todo lo que ello conllevaba.

—¿Y qué tiene que ver esa ley con la leyenda? —interrogó Airys.

—Al parecer, la leyenda contaba que la llamada Elegida Velshir era una amatysa —explicó—. Y el Consejo decidió que no era prudente que se extendieran leyendas así.

—Para favorecer que se cumpliera la ley —adivinó Davina.

—Eso parece.

A Caitlyn le sudaban las manos. Aquello se ponía cada vez más inquietante. Miró a Devlin, que tenía puestos sus ojos en ella, y se preguntó si aquel era el momento en el que él la descubriría frente a todos.

—Sigue buscando todo lo que puedas sobre el dichoso símbolo —rogó Callum—. Quizá si descubrimos por qué Varek lo usa, podamos dar con alguna pista que nos lleve hasta él. No tenemos más.

Cuando colgaron, todos parecían algo desmoralizados.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo —opinó Davina, suspirando con fuerza—. No encontraremos esa leyenda en estos libros.

—Si es que esa leyenda existe —intervino Dougal Holloway, con una expresión tensa.

—Al menos, parece que algo encaja y va cobrando sentido —observó Airys—. La luminaria de Annabella también habló de una princesa de ojos violetas.

—Eso puede ser coincidencia —insistió el hombre con un ligero titubeo.

Caitlyn estaba cada vez más nerviosa. Era evidente que su padre intentaba desviar la atención de sus ojos, pero no sabía por cuánto tiempo más podrían ocultarlo. Volvió a cruzar una mirada de inquietud con Devlin, que no había abierto la boca, pero la observaba con intensidad.

Y como si fuera algo de lo más natural, se adentró en su cabeza… y escuchó pensar a Devlin con absoluta claridad:

«No voy a delatarte, Caitlyn, pero quizá llegó el momento de dejar de esconderte, no te hace bien».

Era posible que tuviera razón. Toda una vida ocultándose resultaba agotadora, pero las posibles consecuencias la paralizaban.

Observó a su pequeña durante unos minutos; perderla le aterraba. Vio cómo Devlin jugaba con ella, o la entrenaba mientras parecía jugar, más bien, y suspiró al verlos tan compenetrados. Hubo un momento en el que se le escapó el Orbis de entre los dedos y pasó correteando junto a ella tras él. La esfera rodaba por el suelo, delante de la pequeña, que reía a carcajadas porque siempre se le terminaba escapando de las manos. Caitlyn observó a Devlin, que sonreía mientras miraba obnubilado a la niña. Era evidente que era él quien se encargaba de que la bola fuera más rápida que ella.

Unos segundos después, Annabella giró tras una de las estanterías y desapareció de su vista. Tanto Devlin como Caitlyn aguardaron unos largos segundos, y ambos fueron en su busca cuando la pequeña no regresó a plena vista.

Al girar en el mismo lugar, la encontraron de pie frente a uno de los cuadros, mirándolo en silencio con una atención inusitada.

Y entonces Caitlyn alzó la cabeza hacia donde miraba su hija… y fue ella quien se quedó perpleja.

—¡Es ella! —exclamó asombrada.

—Es Moira McAllister —aclaró Devlin—. Ella construyó este castillo hace más de tres siglos.

—¿Tres siglos? —Caitlyn no daba crédito—. ¡Pues es la anciana de Callanish, Devlin!

La observó con más detenimiento: la mujer del retrato tenía el cabello largo y suelto, plateado como la luna, y una mirada profunda y sabia, como si pudiera ver a través del tiempo. Era inconfundible.

Devlin la miró con evidente desconcierto.

—¿Estás segura?

—¡Del todo!

Ambos contemplaron el cuadro con renovado interés y un gesto de asombro. Pero Annabella se encargó de sorprenderlos aún más

cuando preguntó:

—¿Tú también la conoces, mami?

Ambos miraron a la pequeña de inmediato.

—¿Cómo que también? —interrogó Devlin—. ¿De qué la conoces tú, Anna?

—De mis sueños —aclaró—. Ella es la señora de blanco.

Caitlyn miró a Devlin, leyendo la misma sorpresa en su rostro que sentía ella, pero pronto su expresión pasó a convertirse en otra cosa, como si de repente se hubiera hecho eco de algo que iba mucho más allá.

—Estamos buscando en el lugar equivocado —contó casi en susurros.

—¿Qué?

—Ven conmigo.

Con paso rápido, regresó a la mesa donde estaban todos.

—Moira McAllister —empezó diciendo—, ella es en quien debemos centrarnos. Es la luminaria de Anna y la anciana de Callanish para Caitlyn.

Perplejos, todos en la mesa necesitaron unos segundos para encajarlo.

—¿Estáis seguros? —interrogo Airys.

—Hay un retrato suyo al fondo —dijo Caitlyn como única explicación, ella sí que estaba alucinada. Ver a aquella mujer en un cuadro frente a sí había sido todo un shock.

Airys caminó junto a Devlin hacia uno de los muebles del fondo, una especie de escritorio antiguo cuyas puertas estaban selladas con una cerradura de hierro forjado. La llave, que parecía tan vieja como el mueble mismo, fue localizada en una estantería oculta tras una hilera de libros.

Cuando abrieron las puertas con un chirrido seco, Caitlyn se acercó conteniendo el aliento.

En su interior descansaban una treintena de libros antiguos con cubiertas gastadas, apilados con cuidado, junto con decenas de pergaminos atados con cintas rojas y doradas. Junto a ellos había un pequeño cuento de piedra con runas grabadas y una pluma negra, conservada a la perfección, como si esperara ser usada de nuevo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Caitlyn en voz baja, perpleja.

—Los grimorios de Moira —susurró Airys—. Y tal vez mucho más.

—¿Más?

—Muchas mujeres en nuestra línea ancestral tenían el don de la clarividencia —le explicó Devlin—, incluida mi madre, pero ninguna alcanzó jamás el poder de visión de Moira McAllister.

Caitlyn lo miraba con una expresión de intriga.

—Sus visiones iban mucho más allá —siguió diciendo.

Entre Airys y Devlin tomaron algunos libros y pergaminos, que trasladaron hasta la mesa, donde Davina tardó una décima de segundo en lanzarse a por ellos.

—Y… ¿qué esperáis encontrar en estos libros? —A Caitlyn casi le daba miedo preguntar—. ¿Creéis que la leyenda de la Elegida Velshir puede estar ahí?

—Estará, de eso no tengo ya duda —aseguró Airys ahora, desenrollando uno de los pergaminos—, pero ya no podemos llamarla leyenda.

Con una expresión confusa y un gesto interrogante, la velkana miró a Devlin en busca de respuestas. El chico no la defraudó.

—Moira fue la mayor clarividente de la historia, Caitlyn —dijo con solemnidad—, así que la Elegida Velshir no es ninguna leyenda…, es una profecía.

Capítulo 46

Inquieta, Caitlyn intentaba colaborar revisando los libros en busca de cualquier cosa que pudiera arrojar algo de luz, pero estaba demasiado nerviosa, y le preocupaba pasar por alto lo más importante por no estar centrada.

Devlin acababa de colgar el teléfono con Ewan, que llevaba toda la mañana trabajando con Kyle en comisaría, pero no tenían una sola pista sobre Varek ni nada de donde tirar, y aquello parecía estar pasándole factura. Caminaba de un lado a otro con el ceño fruncido, los hombros tensos, la mandíbula apretada… La inquietud era tan evidente que parecía resonar en la sala como una onda invisible, afectando incluso al aire que se respiraba.

Caitlyn lo observó en silencio. Apenas se hablaban y se había propuesto mantenerse lejos, pero algo en ella no pudo soportarlo. Verlo así, tan vulnerable en su lucha por protegerlos a todos, le removió algo profundo.

Sin decir una palabra, caminó despacio hacia él.

Devlin se giró a mirarla en cuanto avanzó un paso en su dirección, como si la hubiera presentido, y la observó sorprendido cuando llegó hasta él y tomó una de sus manos con suavidad.

Sin mirarlo a los ojos, como si aquel gesto hablara por sí solo, usó la yema de sus dedos para trazar sobre su palma un símbolo ya familiar, que decidió que nadie iba a robarle si podía usarlo para ayudar. Lo dibujó despacio, con ternura, convencida de que aquel simple acto contendría la tormenta que lo devoraba por dentro.

Devlin cerró los ojos un instante. Su respiración, entrecortada y tensa hasta ese momento, se fue apaciguando poco a poco, igual que si el trazo de Caitlyn hubiera abierto una rendija de paz en medio del caos.

Entre ellos no hubo palabras, no hicieron falta.

La conexión fue muda, pero tan intensa que los demás en la sala se quedaron en silencio. Airys los observó de reojo, con una

leve sonrisa, pero no dijo nada, aunque intercambió una mirada muy significativa con Davina.

En silencio, tal y como había llegado hasta él, Caitlyn soltó su mano e intentó alejarse, pero a Devlin le costó aceptar la retirada. Ahora fue él quien la retuvo y tiró con suavidad de ella hacia sus brazos. Durante unos largos segundos, se perdieron uno en los ojos del otro, casi conteniendo el aliento, hasta que Devlin miró a su alrededor, algo cohibido, y susurró:

—Gracias. —Soltó su mano con reticencia, como si dejarla ir le costara la vida.

Caitlyn se limitó a asentir y se alejó de él, antes de claudicar a abrazarlo, que era lo único que a ella podría aportarle algo de paz.

Eleonor franqueó la puerta ahora, tirando de un carrito donde traía todo lo necesario para que pudieran reponer energía: café, té, zumos, pastas dulces y algunos canapés salados. Sirvió lo necesario y acabó sentándose junto a Annabella en el sofá mientras le tendía un vaso de zumo.

—¿No has traído chocolate en ese carrito, Eleonor? —preguntó la pequeña, comiéndose una pasta.

—No, señorita, vamos a olvidarnos del chocolate una temporada.

—Pero está tan rico…

—Pues se ha terminado.

—¿En serio? —interrogó la pequeña.

—No, hay un montón en la cocina —admitió la mujer, resignada.

Annabella sonrió divertida.

—Mi don Veritas es muy interesante, me gusta.

Eleonor rio y repuso con resignación:

—Menos mal que yo no soy mentirosa.

—¿No mientes nunca? —se sorprendió la niña.

—De vez en cuando, como todo el mundo, pero solo mentirijillas pequeñas.

—¿Y cuál es la mentira más grande que has contado?

La mujer la miró con una expresión pensativa.

—Una vez dije que me iba a dormir a casa de una amiga, pero en realidad me había escapado para ver a alguien.

Annabella ladeó la cabeza, intrigada.

—¿A quién?

La sonrisa de Eleonor se apagó un poco.

Caitlyn se acercó con rapidez al sofá, con una expresión resignada, sintiendo desde lejos la pena de la mujer.

—Anna, retira esa pregunta —rogó.

—Pero…

Frente a la expresión de regaño de su madre, la pequeña se apresuró:

—Vale, no contestes —aceptó, aunque se cruzó de brazos algo ofuscada—. No sé para qué quiero ese don si no puedo usarlo —se quejó.

Caitlyn tomó asiento junto a su hija. Aquel no era el mejor momento para mantener una charla sobre aquello, pero no dejaba de posponerla.

—Ya sabes que los dones hay que aprender a usarlos con prudencia, Anna —le empezó diciendo—. ¿Recuerdas lo que hablamos sobre nuestro don empático?

La niña asintió y expuso:

—Que no está bien usarlo sin permiso —afirmó—, porque a veces la gente no quiere compartir cómo se siente.

—Y cada uno tiene derecho a decidir si lo hace o no, correcto —asintió Caitlyn, muy orgullosa de su pequeña—. Pues con el Veritas pasa un poco igual.

—¿En serio?

—Claro, es como robarle a la gente sus secretos —explicó—. No está bien obligar a alguien a contarte cosas que quizá no le apetece compartir, ¿no te parece?

—A lo mejor si quiere…

—Pero no lo sabrás si la obligas.

—Tía Airys dice que debo aprender a utilizar las palabras para no preguntar —recordó la pequeña.

—Exacto.

—Pero es que… es un don muy chulo, mami —suspiró—. Y me gusta mucho.

La chica se preguntó cómo podía ayudarla a entenderlo. Era necesario que lo hiciera. Miró a Eleonor, que estaba junto a ellas en el sofá, y se le ocurrió:

—¿Era una respuesta muy difícil la que debías dar? —se aventuró—. Necesito probar algo para que lo entienda, pero si te sientes muy incómoda…

Eleonor lo valoró unos segundos y miró a la pequeña.

—Me escapé para ver a un hombre que me gustaba mucho —le confesó, cohibida.

Anna la observó con evidente curiosidad, pero antes de decir una palabra, miró a su madre:

—Adelante, pregunta lo que quieras —la instó Caitlyn.

—¿Y quién era? —inquirió de inmediato—. ¿Un novio?

Eleonor sonrió con tristeza.

—Yo hubiera querido que lo fuera, pero él… no.

—¿Por qué? —insistió Annabella, con la inocencia de quien aún no conoce el desengaño.

—Porque no me amaba tanto como yo a él —confesó Eleonor con un hilo de voz.

—¿Y te pusiste muy triste? —insistió la pequeña.

—Lloré cada noche durante meses —admitió—. Y jamás he vuelto a enamorarme.

Annabella agachó la cabeza y fue entonces cuando Caitlyn intervino con suavidad:

—Ahora, Anna, tómale la mano —pidió— y usa tu don empático para leerla.

La niña asintió en silencio, cerró los ojos un momento y respiró hondo.

—Muy bien —la alentó Caitlyn, con tono sereno—. No pienses, solo siente.

Hizo una breve pausa.

—Pon atención en su respiración, los latidos del corazón… y escucha lo que no dice —susurró—. ¿Crees que se siente bien?

—No, mami —negó la pequeña, y miró a Eleonor ahora a los ojos—. Estás triste… y tienes vergüenza —murmuró con una

expresión dolida, y antes de que nadie pudiera reaccionar, se lanzó a abrazarla—. Lo siento mucho, no quería hacerte sentir así.

La mujer abrazó con fuerza a la pequeña, y Caitlyn se sintió muy orgullosa de su hija, cuya capacidad de empatía y de aprendizaje la seguía asombrando a diario.

—Creo que ya lo entiendo, mami —le dijo después—. Me esforzaré para aprender a usar mi Veritas muy bien.

Caitlyn suspiró y se la comió a besos.

—Estoy tan orgullosa de ti, amor…

Ambas estaban tan absortas la una en la otra que no eran conscientes de la cantidad de ojos y oídos que había puestos en ellas, aunque aparentaran estar concentrados en otra cosa.

—Eso ha sido… alucinante —murmuró Callum, que estaba junto a Airys y Devlin—. Me lo tomáis muy a mal si declaro mi más sincera admiración por esa mujer.

Airys sonrió a medias y confesó:

—Quizá yo también podría acostumbrarme a tenerla por aquí.

Ambos miraron ahora a Devlin, que en aquel instante contemplaba a Caitlyn con absoluto embeleso, sin ser consciente.

Davina llegó hasta ellos desde el otro punto de la mesa con una expresión un tanto desconcertada.

—¿Alguien más ha sentido algo… extraño? —les preguntó la mujer.

—Ha proyectado su empatía —repuso Devlin, sin dejar de mirar a Caitlyn— mientras guiaba a la niña.

—Exacto —asintió Davina.

—Yo también he sentido con claridad ese dolor ajeno, junto con una mezcla de pena y pudor —admitió Airys.

—Hasta yo tengo ganas de disculparme con Eleonor —confesó Callum.

Todos miraban a Caitlyn desconcertados.

—Por vuestra expresión, no parece ser algo habitual —intervino Keira, confusa.

—Tan poco habitual… que jamás había visto ni escuchado algo así —reveló Davina—. Nunca he conocido a un velkano que pudiera proyectar su empatía.

—Y a todo el mundo, tanto sahires como guardianes…

Miraron hacia Dougal Holloway, que estaba muy cerca y pendiente de la conversación, y el hombre se limitó a asentir, también afectado.

Guardaron silencio de nuevo, largo rato, sin dejar de observarla, hasta que la propia Caitlyn se dio cuenta y les devolvió una mirada preocupada.

Se puso en pie y caminó hasta la mesa.

—¿Habéis encontrado algo? —se interesó.

—Aún no —reconoció Davina.

—¿Y qué pasa?

Caitlyn se desesperó frente a tanto silencio.

—¡Ya me estoy cansando de que me ocultéis cosas! —protestó —. ¿Qué es? Si es porque he aleccionado a Anna con el Veritas…

—Y lo has hecho de forma magistral —se apresuró a aclarar Airys.

Caitlyn la miró perpleja, intentando decidir si había algún tipo de ironía en su voz, pero no le dio tiempo a aclararse cuando Davina confesó:

—Has proyectado tu empatía en la sala.

A la chica le costó entenderlo. Miró a su padre que estaba en completo silencio y que se limitó a asentir.

—Todos hemos sentido los sentimientos de Eleonor, Caitlyn — explicó Devlin.

Lo miró perpleja.

—¿Por mi culpa? —interrogó con aprensión.

—No, Caitlyn, gracias a ti —puntualizó Devlin—, que es muy diferente.

Confusa, la velkana paseó la vista por todos los presentes, buscando en sus rostros una explicación que nadie parecía dispuesto a dar.

—Es otro don velkano que no debería tener, ¿no? —se lamentó en voz baja, aunque su tono arrastraba más agotamiento que rabia.

Ahora fue su padre quien contestó:

—No, hija, no es un don velkano —confesó—, es un don único.

¿Único? Aquella palabra retumbó en su pecho con una mezcla de temor y angustia. Ya no sabía cómo sostener tanta carga, tanta expectativa.

—¿Qué me está pasando? —murmuró casi para sí, sin poder evitar que el temor se reflejara en sus ojos, en su voz.

Davina intervino con ternura:

—Lo llamamos… despertar —dijo, con una sonrisa serena—. Todos tenemos nuestro momento para empezar a brillar… si estamos destinados a hacerlo.

Caitlyn la miró angustiada.

—¿Y si yo no quiero brillar? —preguntó, más quebrada que enfadada—. ¿Y si he nacido para ser opaca?

—El despertar solo se produce cuando estamos preparados —expuso Airys—, ni antes ni después.

—Y el destino jamás nos da más de lo que podemos afrontar —añadió Davina, con una mirada compasiva.

¿El destino otra vez? Sintió el comentario como una herida vieja que nunca cerraba, una incapaz de cicatrizar.

—Pues no os ofendáis —murmuró, con los dientes apretados y la voz vibrante de rabia contenida—, pero ¡el destino ya me tiene harta!

Evitó mirar a Devlin a los ojos. Sabía que si lo hacía, él vería en los suyos el dolor de sostener sola parte de un destino que él rechazaba. Y sin dar oportunidad de respuesta, se dio media vuelta y se alejó a paso rápido…, dejando tras de sí un silencio espeso que nadie se atrevió a romper.

∞∞∞

Caitlyn salió de la sala y atravesó la biblioteca con premura, luchando contra las lágrimas que amenazaban con quebrarla desde dentro. Cada paso la alejaba de los demás, pero no de la presión en su pecho, del nudo en la garganta, del ardor en el alma. Sentía que iba a desbordarse, que bastaría una palabra más, una mirada, para romperla del todo.

Tan absorta iba que no notó los pasos de Devlin tras ella hasta que una mano firme la sujetó por el brazo, deteniéndola justo antes de alcanzar la puerta.

—Suéltame —murmuró, sin volverse, con la voz rasgada.

Pero Devlin no hizo caso.

—No te vayas así —rogó—. Por favor.

Ella giró el rostro hacia él, con los ojos nublados y la respiración entrecortada.

—¿Qué quieres, Devlin? ¿Ver cómo me derrumbo? Pues mírame —repuso con amargura—. Ya no falta mucho.

Él dio un paso hacia ella y no dijo nada al principio. Solo alzó la mano y le apartó un mechón de pelo de la mejilla, con una ternura que desarmaba.

—Entiendo que te sientas perdida —suspiró—, pero no huyas de mí, por favor, no quiero que te enfrentes a esto sola. Déjame estar contigo, quiero ayudarte, consolarte…

—Eres la última persona de la que aceptaría consuelo —espetó Caitlyn, aunque su voz ya no sonaba tan firme.

Devlin titubeó, y en su mirada apareció una sombra de dolor que la hizo vacilar.

—Pues tú eres la única a quien yo deseo consolar —susurró él, perdiéndose en sus ojos.

Caitlyn contuvo la respiración cuando creyó ver algo muy hermoso en su mirada, y él se inclinó hasta quedar tan cerca que podía sentir su calor. Lo miró confusa.

—¿Qué… es esto ahora, Devlin? —preguntó con un hilo de voz sin esconder su desconcierto—. ¿Qué estás intentando? ¿Compensar tu culpa?

—¡No! Solo quiero ayudarte —expuso con una honestidad que temblaba en el aire —. Permíteme guiarte, enseñarte que la magia no es una maldición ni nada de lo que debas seguir escondiéndote.

La miraba con una ternura que le dolía en el alma.

—Estás destinada a grandes gestas, Caitlyn.

—Deja de usar esa palabra —rogó.

—¿El qué?

—Todas las que tengan que ver con el destino.

Él exhaló con fuerza. Parecía muy abatido.

—Hablemos… de eso, si quieres, de ese destino entre nosotros.

—¡No quiero! Ya está todo dicho, ¿no crees?

—Ni por asomo —suspiró Devlin.

Estaba demasiado cerca. Tanto que a Caitlyn comenzaba faltarle el aire, y aquello no era bueno.

—Necesito espacio —rogó, incapaz de contenerse, sintiendo que sus labios la llamaban a gritos.

—Y yo necesito tu calor —admitió Devlin, atrayéndola hacia su cuerpo—. Han sido tres días muy largos, cariño, ya no lo soporto más, no puedo seguir resistiéndome.

Ella sintió el mundo tambalearse bajo sus pies. Su corazón, tan frágil como furioso, no supo qué pensar. ¿Hablaba solo de… deseo o de algo más? No se atrevía a tener esperanza.

Devlin la atrajo con suavidad, recortando la distancia que quedaba entre ellos, y apoyó su frente contra la de ella

—Devlin, no…

—Eres una mujer tan increíble, mi hermosa velkana…

—No lo suficiente para ti, al parecer —casi sollozó, sintiéndose cada vez más vencida, con el corazón sangrando.

—No solo eres suficiente, Caitlyn, eres… ¡todo! —Sus labios rozaron los de ella con una delicadeza devastadora. No fue un beso aún, pero lo contenía todo.

—No me hagas esto, Devlin… —rogó.

—No puedo evitarlo —murmuró sobre su boca.

—Necesitabas distancia…

—No soporto estar lejos —susurró, rozando sus labios.

Caitlyn no entendía nada. ¿Había cambiado acaso de opinión? ¿Ahora estaba dispuesto a… aceptar el designio y a ella en su vida? Debía saberlo antes de claudicar y seguir haciéndose más daño.

Pero entonces él la besó, y todas las preguntas se esfumaron. Fue un beso ardiente y tierno a la vez, cargado de necesidad, reflejando la angustia de tres días de infierno, de distancia, de tortura.

Las manos de Devlin recorrieron su cuerpo, llenándose de ella, como si quisiera asegurarse de que recordaba cada curva.

—Dios, cariño, cómo te he echado de menos —musitó sobre su boca—, me he estado volviendo loco.

—No juegues más conmigo —rogó, saboreando sus propias lágrimas—. Si eres incapaz de aceptar nuestro destino…

—Jamás ha existido esa posibilidad, Caitlyn —interrumpió entre besos—. No hay decisión que tomar, nunca la hubo.

«¿Y eso que… significa?». Estaba demasiado confundida. ¿Decía él que jamás se permitiría amarla? ¿Que nunca cedería a su destino o… qué? No lo sabía, pero le aterraba preguntar. Se sentía tan bien entre sus brazos que lo único que quería era… aprovechar los pocos segundos que quizá le quedaban.

Devlin volvió a besarla, esta vez con ardor, y Caitlyn olvidó por completo la necesidad de pedirle que aclarara sus palabras. El corazón le latía con fuerza, y el aire entre ellos se volvía espeso, casi irrespirable. El ambiente se caldeó demasiado rápido, como si todos los silencios no dichos estallaran de golpe entre sus bocas.

—¡Caitlyn, Devlin! —gritó Dougal saliendo desde la sala contigua, sin ser consciente de qué interrumpía.

Ambos se separaron de golpe, jadeantes, respirando como si volvieran de un sueño.

—Hemos encontrado algo interesante —insistió el hombre, aunque ahora sí parecía algo más cohibido

Devlin la miró con los ojos cargados de anhelo. Parecía a punto de decir algo, como si necesitara terminar lo que había empezado a confesar…, entre otras cosas. Caitlyn sostuvo su mirada, con el alma en suspenso.

Pero era tarde, de nuevo. Tarde para hablar. Tarde para preguntar.

«Ya habrá tiempo», pensaron ambos al unísono. Y entonces, Devlin hizo algo que la desarmó por completo. Sin decir palabra, tomó su mano con delicadeza, se la llevó a los labios y le dio un suave beso en el dorso con ternura. Después, no la soltó. Entrelazando sus dedos, guio a Caitlyn de vuelta a la sala.

Y con aquella mano entre las suyas, a pesar de las dudas sobre los sentimientos de Devlin, se sintió capaz de enfrentarse a cuanto hiciera falta.

Capítulo 47

Cuando regresaron a la sala de los grimorios, encontraron a todos reunidos alrededor de la mesa central, con la atención clavada en un antiguo papiro desplegado con sumo cuidado. El pergamino, de tamaño considerable y bien conservado, parecía irradiar energía propia, una fuerza que Caitlyn sintió como algo profundo, casi instintivo, que la atraía hacia él, como si un lazo invisible la atara a aquel trozo de historia.

En una de las esquinas del pergamino lo que más llamaba la atención era el enorme símbolo grabado en tinta oscura: majestuoso, preciso… y exacto al que le quemaba en la muñeca en ese instante.

Asombrada, extendió el brazo, llevó la mano al papel y una ráfaga de luz brotó de ambos a un tiempo y brillaron con idéntica intensidad, como si el destino mismo los hubiera trazado a fuego justo en ese instante.

En la sala solo se escuchaba el silencio, y el ambiente estaba cargado de miradas contenidas y respiraciones entrecortadas. De alguna forma, todos sabían que estaban presenciando algo sagrado. Incluso Caitlyn, a pesar de la inquietud que le atenazaba el pecho, se sentía distinta. Como si al ver aquellas marcas iluminarse al unísono, una parte dormida de ella hubiera despertado, llenándola de una fuerza nueva, de un valor que no sabía que tenía… Por primera vez, se sentía casi lista para enfrentar su destino, y la mano de Devlin aún entrelazada con la suya multiplicaba aquella sensación por mil.

Fue Davina quien rompió el silencio con voz baja, reverente.

—Moira la llama la Runa de las Mil Sombras —explicó, señalando la marca—, y al parecer no es solo un símbolo, es un sello del destino, un vínculo entre linajes, una advertencia y una promesa, todo lo que tú representas.

Caitlyn se estremeció y volvió a dudar, quizá aquello era demasiado… Como si presintiera sus dudas, Devlin apretó su mano para infundirle valor.

—La runa es un canal de poder dormido, Caitlyn —contó ahora Airys—, de naturaleza sagrada. La profecía dice que la portadora tendrá el poder de restaurar el equilibrio entre linajes, de unificar ambos mundos, al fin.

—Sahires y velkanos —aclaró Davina.

Caitlyn miró a Devlin, que le devolvió una sonrisa tierna y le recordó:

—¿No es justo eso lo que defendías incluso sin conocer tu destino?

Asombrada, asintió.

—Sí, pero… no podéis poner todo ese peso sobre mis hombros —declaró abatida—. Es demasiado.

—Y no está solo sobre los tuyos, Caitlyn —confesó Davina ahora —, porque no podrás abrazar tu destino sin la otra mitad de la profecía…

Todos en la sala parecían incómodos ahora, y miraron a Devlin con cierta preocupación.

—Decidlo ya —exigió el chico.

Davina suspiró.

—Leedlo por vosotros mismos —pidió—. Será más fácil.

Ambos miraron el pergamino con cierta inquietud. Bajo la runa, en letra antigua y elegante, se extendía un texto extenso, al que precedían unas letras mucho más grandes, firmes, como un anuncio grabado a fuego.

La Elegida Velshir y su Fénix
Un amor que forja una profecía

Devlin le hizo un gesto a Caitlyn, instándola a leerlo en alto para ambos. Y, aunque le costó empezar, cuando comenzó a leer procuró

hacerlo en un tono lineal, sin titubear, a pesar de que le temblaba la voz.

Algunas almas nacen libres; otras, encadenadas a un destino que no han elegido, pero unas pocas… unas pocas son forjadas por el propio universo, enlazadas por hilos invisibles que ni la muerte puede romper.

Desde los albores de los tiempos, el mundo místico ha vivido dividido. Dos fuerzas opuestas, velkanos y sahires, enfrentados sin tregua, incapaces de hallar la armonía hasta que el destino se pronuncie…

Y el destino ha hablado… y lanzado un decreto:

Nacerá una niña, marcada con la Runa de las Mil Sombras. Una velkana de maravillosos ojos amatista, corazón de oro y dones únicos, que será la llave para poner fin al enfrentamiento y cambiarlo todo: la Elegida Velshir. Pero una llave por sí sola no podría abrir tan pesada puerta…

Por eso, cuando llegue al mundo, el destino ya habrá forjado para ella un guardián, una pieza inseparable, un Fénix. Un alma poderosa, nacida para arder y consumirse en el fuego de la Velshir, para marcarla como suya y renacer junto a ella…, para proteger con su vida lo que más ama.

Ambos fueron creados el uno para el otro, unidos antes del primer aliento. Y cuando sus cuerpos se entrelacen por primera vez, el universo dejará su huella sobre ellos: una marca viva, tallada en carne, la huella ardiente del propio Fénix, como testimonio eterno de haber cumplido la primera parte del designio… Y si el amor arde con la fuerza de lo sagrado, la vida misma les concederá un regalo casi imposible: una pequeña nacida del fuego y la luz, mitad velkana, mitad sahir, prueba viviente de que juntos serán invencibles.

Pero el destino solo puede señalar el camino, elegir recorrerlo o no… es tarea de ellos. No basta con que la Velshir y el Fénix existan, no basta con que sus almas estén llamadas a ser una…, ellos deben elegirse, aceptarse… Porque el amor que

puede salvar el mundo es también su mayor prueba, y las dudas el enemigo más temible… Y si la Velshir no cree en él, si el Fénix no es capaz de hacerle ver la verdad antes de que la oscuridad caiga sobre ella…, todo se perderá.

Porque hay una sombra que la acecha, alguien que conoce su poder y está dispuesto a destruirla antes de que abrace su destino.

Y cuando la sombra extienda su negro manto sobre la Elegida, cuando la muerte avance con mano implacable para reclamar lo que cree suyo, solo una pregunta resonará en su alma:

¿La ama el Fénix?

Si la respuesta es sí…, entonces ni la muerte podrá tocarla…
…pero una sola duda… bastará para condenarlos a ambos.

Cuando Caitlyn levantó la cabeza del pergamino, sintió pavor de mirar a Devlin. Había partes hermosas escritas allí que se moría por creer, pero… en su mente resonaba la última frase leída.

—Esto es… —un escalofrío recorrió su cuerpo y admitió—: no sé ni qué decir.

—Creo que está todo dicho —repuso Davina con una de sus sonrisas serenas—. Tu destino es claro, y debo decir que no me sorprende demasiado.

Caitlyn miró a la mujer con algo de asombro.

—No tienes ni idea de la energía que irradias, ¿no? —insistió, y suspiró al ver que Caitlyn de veras parecía sorprendida—. Supongo que la humildad es otra de tus virtudes más preciadas.

Caitlyn miró de nuevo el pergamino y releyó algunos fragmentos en silencio, intentando asimilar el peso de cada palabra. Luego alzó la vista hacia su hija, que jugaba unos metros más allá con su Orbis, ajena a todo, sonriendo con la inocencia de quien aún no conoce las heridas del mundo.

Durante un segundo, el corazón de Caitlyn se encogió. Annabella giraba la esfera sobre la palma de su mano con orgullo, ajena al hecho de que su destino podía estar decidiéndose a unos cuantos metros, justo en ese instante. Al notar la mirada de su madre, alzó los ojos y le regaló una sonrisa aún más luminosa, y Caitlyn le devolvió una mirada tierna, cargada ahora de determinación.

—No sé si estoy lista para afrontar todo lo que dice este pergamino —aclaró a continuación en un tono firme—, pero sí sé que haré todo lo que esté en mi mano para que mi hija crezca en un mundo en el que pueda ser ella misma, sin tener que escoger qué parte de sí quiere mostrar y cuál esconder para encajar.

Desvió la mirada hacia su padre, que la observaba en silencio, y al que por nada del mundo quería herir con sus palabras, pero lo que sentía pesaba demasiado como para callarlo. Ella había pasado toda su vida ocultándose. Fingiendo ser quien no era. Sintiendo que no pertenecía a ningún lugar. Demasiado velkana para unos, demasiado humana para otros, nunca suficiente para nadie. Y haría todo lo que estuviera en su mano para que su hija jamás se sintiera así.

—Si aceptar ser… quien afirma este papel, supone construir un mundo donde mi hija pueda ser sahir y velkana sin miedo, un mundo que la reconozca, la respete y no intente dividirla, estoy dispuesta —concedió—. Seré la Elegida Velshir o quien sea necesario para lograrlo, pero no puedo hacerlo sola.

Miró a Devlin, con el corazón encogido.

—Jamás estarás sola, Caitlyn —murmuró el chico, contemplándola con una mezcla de admiración y… algo más, que a ella aún le costaba creer del todo.

«¿La ama el Fénix…?», escuchó sin remedio dentro de su cabeza. Y la respuesta era tan confusa que sintió un escalofrío, recordando el presagio. Pero ya habría tiempo para aquello, antes… era momento de levantar todas sus cartas. No podría construir nada escondida tras sus mentiras.

Miró a todos en la habitación, con el corazón acelerado, sin tener muy claro si lo que estaba a punto de hacer era una liberación

o una condena aún mayor, pero, por primera vez en mucho tiempo, no tuvo miedo.

—Estoy dispuesta a asumir mi destino, con todas sus consecuencias —repuso con voz firme, aunque cargada de emoción —. Dispuesta a ser yo misma por fin.

Paseó la mirada por los rostros que la observaban, algunos expectantes, otros confusos.

—La cuestión es… si el resto del mundo estará dispuesto a permitírmelo. —Tragó saliva, conteniendo la oleada de emociones—. Porque ya no seré una mentira. No puedo. No quiero. No más.

Sus ojos buscaron a su padre, que negó con la cabeza, con el rostro muy pálido, adivinando con claridad lo que estaba a punto de suceder. Pero esta vez, Caitlyn no retrocedió.

Giró entonces el rostro hacia Devlin. Él no dijo nada, solo la miró con una mezcla de respeto, admiración y ternura. Le sonrió y asintió. Fue un gesto sutil, pero claro, lleno de fuerza y confianza absoluta.

Caitlyn tomó aire y alzó la barbilla.

Con un movimiento lento, cerró los párpados y dejó que la energía que siempre había escondido se abriera paso. Al abrirlos de nuevo, el violeta de sus ojos centelleó como piedras preciosas bajo la luz cálida de la estancia. Un amatista líquido, profundo, hipnótico, mostrando su verdad en todo su esplendor…

La sala quedó en absoluto silencio. Nadie se atrevió a moverse. Era como si todo el aire se hubiese contenido en un solo aliento colectivo.

Ella sostuvo aquella mirada, erguida, sin parpadear, sin vergüenza. Sintiéndose más liviana a cada segundo que pasaba. Ya no había marcha atrás, pero tampoco la quería. Se sentía libre por primera vez en su vida, incluso sin saber qué le depararían los próximos minutos.

Y entonces…, lo buscó a él. Sus ojos amatista se encontraron con los de Devlin… y el tiempo se detuvo.

Él no pestañeó, no se movió, no dijo una palabra, pero… todo en él hablaba. La forma en que la miraba la desarmaba, era como una caricia que le rozaba el alma y le robaba el aliento. La intensidad

de sus ojos verdes hablaba de devoción pura, de admiración sin reservas, de… ¿amor? ¿Era posible aquel milagro?

Se perdieron el uno en el otro… hasta que el punto de fascinación de Devlin comenzó a incomodarla un poco.

—¿Puedes… dejar de mirarme así? —rogó algo avergonzada.

Él sonrió.

—¿Como si tuviera delante lo más hermoso que he visto en toda mi vida, dices? —interrogó—. No, no creo que pueda.

Caitlyn se ruborizó sin remedio, apartó la mirada y solo entonces recordó que no estaban solos.

Se preparó para ver miradas de reproche y expresiones hurañas, pero no encontró una sola.

Keira caminó ahora hasta ella y, para su sorpresa, la abrazó antes de decir una sola palabra. Después suspiró:

—Podrías habérmelo contado, Caitlyn —dijo con una sonrisa—. Sabes que te habría apoyado, ¿verdad?

—No podía cargarte con mis secretos —confesó conmovida.

Fue Davina quien intervino ahora:

—Esos ojos, y todo lo que implican, son una carga muy pesada y difícil de esconder toda una vida, Caitlyn —expuso en un tono amigable, pero cambió el gesto cuando miró a Dougal—. Pesada e innecesaria.

El hombre le devolvió una expresión triste.

—Innecesarias son las leyes que imponéis a las amatysas desde vuestro Consejo —declaró en un tono apagado—. Yo solo soy un padre que quería lo mejor para su hija, incluso si eso suponía estar lejos de ella.

Davina no discutió. Aquel era un tema espinoso y todos lo sabían, como el hecho de que no hubiera un solo velkano ocupando un sillón en el Consejo.

Miró de nuevo a Caitlyn y soltó aire con fuerza.

—Todo es negociable —expuso en un tono sincero—, y se modifican las leyes constantemente, solo tiene que haber alguien dispuesto a pelearlas.

Caitlyn entendió entonces cuánto podía suponer ser… quien era.

Davina le tomó las manos ahora y la contempló de nuevo. Aquellos ojos eran algo digno de admirar.

—Siempre supe que había algo que no contabas —reconoció la mujer ahora—, y no imaginé qué era hasta que Annabella ha mencionado aquel cuento de la princesa de ojos violetas.

Caitlyn la miró perpleja. Después, se giró hacia Airys y Callum, que la observaban con la admiración propia en respuesta a la belleza de sus ojos, pero sin la sorpresa que esperaba encontrar.

—Tu valentía al mostrarnos tu verdad te honra —la elogió ahora Airys, dejándola perpleja—. No esperaba menos de la Elegida Velshir.

Caitlyn sintió una punzada de orgullo que la tomó desprevenida.

Airys miró a su hermano ahora.

—Tú lo sabes desde aquella noche. —No fue una pregunta—. Era el secreto que escondías, del que partían todas tus frustraciones, además de tu obsesión por las amatysas.

Él no lo negó. Miró a Caitlyn, que se ruborizaba ahora al recordar… la forma en la que él había descubierto su secreto cinco años atrás.

—Ya habrá tiempo para aclaraciones de todo tipo —declaró Caitlyn ahora, cortando la incómoda conversación de raíz—. Centrémonos en el problema más inmediato: Varek. —Se estremeció al pronunciar el nombre—. Si le hacemos caso a la profecía, él sabe quién soy, ¿por eso me quiere muerta?

—Sí, parece que no está dispuesto a permitir la paz entre velkanos y sahires —opinó Devlin—. Y solo matándote se asegura de que jamás exista.

—¿Y cómo conoce la profecía? —preguntó Caitlyn, confusa.

—Eso es difícil de precisar —admitió Devlin—, y está claro que lo sabe desde hace un tiempo, por eso te tenía vigilada en el Adanic —repuso—. No podemos saber desde cuándo te tiene en su punto de mira.

A Caitlyn le dio un escalofrío.

—¿Y entonces por qué no me ha matado antes? —interrogó—. Habrá tenido decenas de oportunidades.

Devlin apretó los dientes. Era evidente la ira que le provocaba solo saberlo espiándola.

—Esa es otra pregunta sin respuesta —resopló—. Intentaré que me lo diga antes de arrancarle la cabeza —masculló entre dientes—, aunque no prometo nada.

Y lo decía en serio. En cada respiración, cada latido, se adivinaba que no dudaría un solo segundo en arrancarle la piel a tiras al tal Varek en cuanto tuviera la oportunidad.

—¿Qué sabemos de él? —se interesó Caitlyn ahora, para saber qué esperar—. Decís que solo mata sahires, salvo por los daños colaterales. Es evidente que os odia a muerte, ¿eso quiere decir que es un velkano?

—O un mundano —opino Callum—, no lo sabemos.

—O un sahir con algún tipo de trauma —apostilló Devlin—. Los mundanos se matan entre ellos a diario —les recordó—. Que solo mate sahires no descarta que él también lo sea, aunque no parece probable.

Caitlyn suspiró con cierto desaliento.

—En resumen, no sabemos nada.

Devlin soltó un improperio. Sí, eso era lo que peor llevaba tras todos aquellos años de muerte y persecución.

—El tipo es listo —tuvo que admitir—. Jamás se pilla los dedos y no deja cabos sueltos, ni siquiera entre sus filas. Ya has visto lo sucedido con el guardia.

Aquello no tenía buena pinta. A Caitlyn no le extrañaba que Devlin salivara en cuanto se mencionaba su nombre.

Kyle y Ewan aprovecharon justo ese momento para hacer su aparición. Tampoco traían demasiado que contar. Llevaban toda la mañana siguiéndole la pista al repartidor de la agencia de transportes que había entregado los bombones, al que descartaron muy rápido, quedándose sin pistas que seguir.

—Y por aquí, ¿hay alguna novedad que…? —Ewan miró por primera vez a Caitlyn y se le cortaron hasta las palabras—. Oh, ¡joder! Tienes los ojos…, eh… —miró a su hermano un tanto descolocado—, supongo que… lo sabes.

Devlin asintió resignado y miró la cara de embobado con la que observaba a Caitlyn.

—Cierra la boca, Ewan, no se te cuele una mosca, y deja de mirarla así.

—Es que es una belleza que… —dio un bote y se agarró el costado con un gesto de dolor—. ¡Odio que hagas eso! —se quejó.

Y aquella pequeña tontería consiguió serenar un poco el ambiente. Todos esbozaron una leve sonrisa.

Kyle, que había ido hasta su hermana nada más llegar, la miraba ahora como si incluso él estuviera absorto en sus ojos.

—Debo reconocer que son impresionantes —alabó el policía—. La última vez que los vi tenías cinco años.

—Así que el señor inspector, el que juzga a todos desde su atalaya, también rompe las reglas. —murmuró Airys casi para sí, mirando a Kyle con un gesto irónico.

—Por la gente que quiero, mato —declaró el policía sin ningún prejuicio—. No tengo problema en admitirlo.

Ambos se sostuvieron la mirada como si estuvieran echando un pulso que ninguno sería capaz de ganar.

En ese instante, una llamada entrante en el teléfono de Caitlyn rompió el silencio. La chica siguió el sonido y buscó su móvil con la mirada hasta localizarlo. Caminó hasta el aparador donde lo había dejado y comprobó que el número que llamaba no estaba registrado en su agenda. Sin pensarlo demasiado, rechazó la llamada con el pulgar.

Cinco segundos después, la pantalla se iluminó de nuevo, esta vez con un mensaje.

Lo abrió casi por inercia… y su corazón se detuvo un segundo al leerlo:

Busca un lugar donde puedas contestar mi llamada
y asegúrate de que no haya oídos indiscretos, o será
tu pequeño bicho quien recibirá la siguiente caja de bombones
Tienes un minuto…
V.

El pulso se le aceleró al instante y un escalofrío le recorrió la espalda. Sintió cómo su estómago se contraía y, por un segundo, el

aire pareció espesarse a su alrededor. Respiró hondo, intentando que no se notara cuánto le temblaban los dedos al bloquear la pantalla.

Miró en dirección a los demás, buscando la forma de salir de allí sin llamar demasiado la atención. Si decía que necesitaba estar sola, era probable que alguien intentara seguirla para ver si estaba bien.

—Tengo que ir al baño —anunció con voz apenas firme, esbozando una sonrisa forzada.

No esperó respuesta. Se giró con aparente calma, salió de la sala y cruzó la biblioteca a paso rápido hasta llegar al pasillo. Justo cuando alcanzaba el baño más cercano, su teléfono volvió a sonar.

Con un nudo en la garganta, deslizó el dedo sobre la pantalla y aguardó tras murmurar un tenue saludo.

—No voy a fingir que me encanta tener que saludarte, mi preciosa Velshir —se escuchó al otro lado—. Creí que… tu afición al chocolate lo impediría.

La voz se oía alta y clara. Era masculina, con un matiz metálico y una distorsión que la hacía inquietante, antinatural. Hablaba despacio, con un deje burlón, pero sin rastro alguno de emoción. Era una voz vacía, desprovista de humanidad.

El silencio se volvió irrespirable y Caitlyn tragó saliva con dificultad. El comentario era una alusión directa al atentado que debería haberle quitado la vida.

—¿Qué… qué quieres? —preguntó con apenas un hilo de voz.

Una risa breve y siniestra retumbó desde el otro lado.

—Ya debería ser obvio. —Hizo una pausa—. A ti, despojada de cada uno de los dones que te hacen tan especial.

Aquello la desconcertó.

—¿Solo… quieres quitarme mis dones?

—En un ataúd también me sirves —admitió—, pero puedo conformarme con la primera opción, si te portas bien.

Caitlyn tragó saliva. Sabía que no podía fiarse de él, pero pareció leerle la mente.

—Hagamos un trato, Velshir —repuso—. Tú sacrificas tus dones de forma voluntaria, y yo le perdono la vida a esa pequeña aberración que no debería existir.

—¡Ni se te ocurra acercarte a mi hija, hijo de puta!

—Pues solo tienes una forma de impedir que la mate —replicó en un tono demasiado tranquilo—. Ella… o tus dones.

Caitlyn no tenía dudas, ya creía haber hecho aquella elección una vez. Siempre escogería a su hija, una y otra vez.

—Dejaré que lo consultes contigo misma durante un rato —informó—. Si metes a alguien más en esto, el trato se anulará y me aseguraré de que veas morir a ese bicho muy despacito.

—¡Cabrón!

—Espero tu llamada a este número. Tienes una hora, ni un minuto más —apostilló—. Tic tac, tic…

El sonido vacío de la línea fue todo lo que quedó en el aire tras esas últimas palabras.

El silencio que siguió a la llamada le pareció ensordecedor. Bajó el teléfono, incapaz de apartar la vista de la pantalla en negro. No había lágrimas, no aún. Solo una quietud helada en el pecho, un vértigo tan profundo que parecía tragarse todo a su paso.

«Annabella…».

La amenaza sobre la cabeza de su hija la estremeció y su cuerpo tembló, no de frío, sino de miedo, un miedo puro, desgarrador, que nacía en lo más profundo de su alma y la arañaba por dentro. No había amenaza más brutal, más directa, más insoportable que esa.

Y supo que no tenía elección, el ultimátum era claro y su decisión también.

Siempre elegiría a su hija por encima de todo, incluso de su propia vida. Y tampoco expondría a Devlin ante aquel loco. No soportaba ni pensar en ponerlo en riesgo. Tanto él como Annabella debían permanecer a salvo. Y protegería a ambos.

¿Era acaso eso lo que significaba ser la Elegida Velshir? Quizá no debía ser la que uniera ambos mundos, sino… la que está dispuesta a renunciar a todo para proteger lo que ama, a quienes ama.

Tal vez. Tal vez la profecía no hablaba de grandeza, sino de sacrificio.

Y si eso era lo que el destino esperaba de ella, lo aceptaría.

Se pasó una mano temblorosa por la frente. No podía decírselo a nadie, y mucho menos a Devlin. Sabía que él jamás le permitiría ir sola a esa cita, pero no podía arriesgar también su vida, no soportaría perderlo. Además, si algo salía mal, si no eran solo sus dones lo que Varek terminaba arrebatándole, Annabella necesitaría a su padre para guiarla, para amarla como ella misma lo haría.

Tenía que hacerlo sola y debía ser lista. Calmada. Precisa. Pero eso no significaba que fuera estúpida. Iría a esa reunión con la aparente intención de rendirse, sí, incluso sabiendo que podía ser una trampa, pero no asistiría desarmada.

Recordó el mueble que Kyle tenía en casa, donde guardaba no solo su arma reglamentaria, sino también un par más, y tenía toda la intención de llevar una a su cita con Varek. Si surgía una sola grieta, un instante de debilidad…, lo mataría sin dudar, sin miramientos, porque jamás podría perdonarse si aquel hijo de puta hacía daño a quienes amaba porque ella no tuvo las agallas suficientes para actuar.

No. El miedo jamás volvería a ser el centro de su vida, no tomaría más decisiones por ella.

Cerró los ojos, tragó saliva y su rostro se endureció con esa mezcla tan suya de miedo y coraje.

«Os protegeré a ambos. Cueste lo que cueste. Incluso si el precio… soy yo».

Y entonces giró sobre sus talones, con el móvil en la mano, y empezó a caminar mientras le hacía una llamada a la única persona a la que podía pedir ayuda en ese momento…, y porque no tenía más remedio.

Capítulo 48

—¡¿Te has vuelto loca?! —gritó Dougal Holloway mirándola como si aquella fuera solo una pregunta retórica y tuviera la certeza.

—Baja la voz, por favor —le pidió Caitlyn en un susurro urgente.

Estaban en mitad del aparcamiento delantero, donde había citado a su padre para pedirle un favor quizá imposible. Le había rogado que se reuniera con ella allí y llevara las llaves del coche y de su casa. Ella no podría franquear el puesto de seguridad del castillo, informarían a Devlin en cuanto lo intentara, por eso necesitaba que su padre fuera quien condujera el coche hasta traspasar los muros. Después, podría ponerse al volante e ir en busca del arma de su hermano que pretendía llevar a su cita con Varek.

Dougal retrocedió un paso, como si le faltara el aire. Caitlyn también respiró hondo.

—Solo necesito que me saques del castillo y las llaves de tu casa —insistió, con firmeza contenida—. Nada más.

—Y yo necesito que recuperes el sentido común —declaró abatido—. Avisemos a tu hermano de que…

—¡No pienso poner la vida de nadie más en riesgo! —aseguró con vehemencia—. Además, si se lo cuento a alguien, tarde o temprano cumplirá su amenaza de matar a Annabella.

—No si nosotros nos lo cargamos antes.

—¿De verdad crees que ese tipo no ha contemplado cada posibilidad? —repuso convencida—. Es un estratega como pocos, papá. Lleva treinta años matando, y jamás han estado ni cerca porque siempre va un paso por delante. Habrá planeado todo muy bien, salvo quizá que yo pueda ir armada a esa cita.

Dougal volvió a negar con la cabeza, parecía furioso, pero no con ella, sino con el mundo, con la situación, consigo mismo.

—No puedo ayudarte a hacer esto, Caitlyn.

La chica tragó saliva. Entonces bajó la mirada un instante y su voz tembló al hablar:

—Papá…, nunca te he pedido nada. Nunca. Ni siquiera cuando más lo necesitaba, y créeme que te he necesitado —Levantó la vista y lo miró con los ojos muy abiertos, brillantes—. Siempre he intentado hacerme cargo de mí misma, incluso cuando era una niña. Nunca quise ser una carga para ti —suspiró—. Pero necesito hacer esto, no puedo seguir escondiéndome. Al fin voy a tomar el control de mi vida, y escojo proteger a todos los que amo.

Dougal se quedó en silencio, con los puños apretados, valorando la situación. Caitlyn aguardaba la decisión con el corazón encogido.

—Te ayudaré, hija —acabó diciendo—, pero con una condición, no negociable.

—¿Cuál?

—Voy contigo.

—No, papá…

—Entonces no saldrás del castillo.

—Pero…

—¿Permitirías a Annabella partir sola a algo así? —interrogó el hombre con cierta exasperación, y recibió un silencio incómodo como respuesta—. Pues tú eres mi Annabella, hija. Así que, lo siento, pero o me cuelo de polizón en tu misión suicida o no vas a ninguna parte.

Caitlyn lo valoró unos segundos, hasta que el gesto ceñudo de su padre le confirmó que no le serviría de nada discutir. El tiempo apremiaba y les quedaba el justo para llegar a casa de su padre, buscar el arma y hacer la llamada a Varek antes de cumplirse el plazo.

—Iré en el maletero hasta salir del castillo.

∞∞∞

En la sala de grimorios todos discutían lo concerniente a la profecía que aún descansaba abierta sobre la mesa.

Kyle miraba de unos a otros con un gesto de preocupación que apenas podía ocultar.

—Todo esto es de locos —se quejó con cierta exasperación—. Los de los grimorios, los calderos y las maldiciones sois vosotros, a mí me suena todo irreal.

—Esto no es ninguna maldición —intervino Airys.

—¡Sí, ya entendí esa parte! —protestó—. No soy imbécil.

—Pues en este momento lo pareces.

—¡Airys! —La regañó Callum.

—¡¿Qué?! Solo le falta acusarnos de surcar los cielos subidos en escobas —atacó la chica.

Kyle la miró con cierta irritación.

—¿Por qué no me cuesta imaginarte montada en una?

—¡Ya te habría convertido en un sapo si pudiera, gilipollas!

—Por favor, chicos —intervino Ewan.

—¡Acaba de llamarme bruja con muy poca sutileza!

—¿Y acaso no lo eres?

Sí, bueno…, técnicamente… sí.

—¡Sabes a qué me refiero, velkano, no te hagas el imbécil! —Fingió meditarlo—. Ah, que no necesitas hacértelo…

Devlin permanecía en silencio. En realidad, apenas escuchaba nada de lo que se decía en la sala. El murmullo de las voces le llegaba como un eco lejano, ahogado por la inquietud creciente que le apretaba el pecho desde hacía unos minutos… y que ahora, de golpe, se había vuelto insoportable.

Necesitaba encontrar a Caitlyn, ya tardaba demasiado. Cerró los ojos, se concentró en ella… y le dio un vuelco el corazón.

Casi al mismo tiempo, Airys y Davina soltaron un jadeo ahogado. Se miraron entre sí con los ojos muy abiertos, tensas. Algo había sucedido, y el corazón de Devlin se agitó aún más.

Un segundo después, su hermana confirmó sus peores temores.

—Alguien ha traspasado el velo de la puerta —informó.

—¿Qué? —preguntó Kyle, sin comprender.

—Airys y yo levantamos una barrera mágica para proteger el castillo —explicó Davina—. Solo quienes entraran con un McAllister podían atravesarla sin activar el sello. Por eso tú no lo hiciste, porque llegaste con Ewan.

—¿Dices entonces que alguien se ha colado en la propiedad? —interrogó Kyle.

—No —dijo Devlin, con la voz cargada de angustia, y se puso en pie con el rostro pálido—. Alguien ha salido.

Se hizo un silencio tenso.

—¿Qué estás diciendo?

—Caitlyn se ha ido —afirmó Devlin, apretando la mandíbula—. No está en el castillo.

Todos lo miraron con cierta preocupación.

—No tiene por qué haber sido ella —insistió Ewan, apelando a la lógica—. Seguro que está en su cuarto o en los jardines.

—Te digo que no está aquí —aseguró Devlin.

—¿Cómo… puedes saberlo?

—Solo lo sé.

Y entonces estalló el caos y todos se pusieron en movimiento. Se dispersaron por el castillo. Buscaron, corrieron de aquí para allá, gritaron su nombre por los pasillos, revisaron las habitaciones, los jardines…, pero Devlin sabía que no iban a hallarla en ninguna parte.

Fue Eleonor quien, con expresión sombría, apareció con una hoja de papel doblada en la mano.

—Estaba en su habitación —informó, tendiéndosela a Devlin—. Y está dirigida a ti.

Devlin desplegó el papel con el corazón acelerado y un mal presentimiento aleteando en su pecho.

La caligrafía era rápida, temblorosa, con claridad escrita con prisas.

Lo siento mucho, Devlin, pero no podía quedarme de brazos cruzados.

Varek me ha llamado, y voy a enfrentarlo.
Dice que solo *quiere deshacerse de mis dones,*
pero los dos sabemos que eso nunca será suficiente para alguien como él.

Si no regreso, por favor, cuida de Annabella por ti y por mí.
Protégela. Enséñala a ser libre. A no esconder jamás quien es.

Y tú…
Tú has sido todo para mí. Miedo y fuerza. Herida y cura.
Gracias por cada mirada, incluso por las que no tuve el valor de sostener
o las que tú ni siquiera pretendías darme.

No te culpo por no querer aceptarme. Todos arrastramos heridas.
Quizá en otra vida, con más tiempo…

Solo deseo que Annabella te enseñe a sanar.

Con amor siempre

Caitlyn

Devlin no parpadeó mientras leía, ni siquiera respiraba

Las palabras le atravesaban el pecho como cristales rotos. Cada frase era una herida cortante, imposible de asimilar. Cuando terminó, cerró los ojos y apretó la nota contra su pecho, como si de alguna manera pudiera abrazarla a ella. El aire apenas entraba en sus pulmones. Sentía que el mundo se le escapaba entre los dedos. El vacío que de repente se instaló en su pecho era demasiado insoportable y aterrador.

Temblaba. Apenas era perceptible, pero temblaba.

No gritó, no rompió nada, pero… algo en su interior sí estalló, desgarrándolo por dentro: una culpa que lo ahogaba, un miedo abismal y el insoportable pensamiento de no volver a verla jamás, de no poder confesarle su verdad, que en aquel momento solo quería gritar a los cuatro vientos, rogando para que una brizna de magia pudiera llevar cada palabra hasta sus oídos.

Kyle, que se había acercado en silencio, lo miró con una mezcla de preocupación y rabia contenida.

—¿Qué hay de… la última parte escrita en ese pergamino?

Devlin alzó la mirada, aún perdida, como si la pregunta apenas tuviera sentido en aquel instante.

—¿Qué?

—Si tengo que creer en esa profecía —insistió—, necesito saber si amas a mi hermana.

Devlin no vaciló.

—Con toda mi alma.

—Entonces, si hacemos caso a lo escrito… —tanteó el policía con cierta esperanza en la voz—, eso debería bastar.

Airys, con cierto pesar y una expresión sombría, informó:

—No es suficiente.

Todos se giraron hacia ella.

—El destino no escucha palabras —repuso ahora con tristeza—, por suerte sabe leer en el corazón…

—¿Por qué intuyo un pero?

—Porque existe —expuso Davina ahora—. Hay algo muy importante escondido en esa profecía, algo sin lo que no hay esperanza. —Miró a Devlin con pesar—. ¿Sabe ella que la amas?

Con el corazón estremecido, Devlin recordó las últimas frases del pergamino, que se abrieron paso en su mente, y, una por una, lo devoraron por dentro:

Si la Velshir no cree en él, si el Fénix no es capaz de hacerla ver la verdad antes de que la oscuridad caiga sobre ella…, todo se perderá.

Cuando la sombra extienda su negro manto sobre la Elegida, cuando la muerte avance con mano implacable para reclamar lo que cree suyo, solo una pregunta resonará en su alma:

¿La ama el Fénix?

Si la respuesta es sí…, entonces ni la muerte podrá tocarla…
…pero una sola duda… bastará para condenarlos a ambos.

Devlin palideció aún más y miró la nota que tenía ya arrugada entre sus dedos.

…No te culpo por no querer aceptarme…

—Dios… —murmuró con el corazón aullando de dolor—, ¿qué he hecho…?

Y justo en ese instante…, sintió que se moría por dentro.

Capítulo 49

Volver a aquella casa removía recuerdos dormidos dentro de Caitlyn. Nunca la había sentido como su hogar, ni de adulta ni de niña, quizá era porque jamás había pasado allí el tiempo suficiente.

«Tampoco en el castillo y, sin embargo…». Suspiró. Se había sentido en casa nada más llegar. Solo llevaba fuera media hora y ya lo echaba de menos.

Avanzó junto a su padre, que cerró la puerta tras ellos sin decir una palabra. Ninguno lo necesitaba. Sabían a lo que habían venido.

Caminaron hasta el despacho y se detuvieron frente al mueble donde Kyle guardaba sus armas. Dougal rebuscó en un compartimento oculto, sacó una pequeña llave plateada y abrió la caja.

Había dos armas allí, y un espacio vacío para la que Kyle llevaba encima. Caitlyn alargó la mano sin dudar y tomó una de ellas.

El metal era frío y pesado. Le temblaban los dedos, pero no la soltó. Nunca había siquiera sujetado un arma, mucho menos dispararla, pero jamás había sentido tanto miedo de alguien.

Miró la hora. El plazo estaba a punto de cumplirse. Faltaban apenas unos minutos.

Sacó el teléfono y la pantalla se iluminó con un torrente de llamadas perdidas: Kyle, Devlin, Keira…, pero no dejó que la influyeran. No podía permitirse flaquear.

Buscó el número sin agendar al que debía llamar y, con el pulso tembloroso, usó la tecla de rellamada.

Cuando comenzó a sonar, hubo un momento en el que solo podía escuchar los latidos de su propio corazón en sus oídos, por eso le costó unos segundos ser consciente de que algo raro estaba pasando.

—¿Escuchas eso? —interrogó su padre, con cierta extrañeza.

Y solo entonces Caitlyn fue consciente de que un teléfono sonaba con insistencia dentro de la casa.

—¿Es el teléfono fijo? —preguntó entre confusa y esperanzada.

—No tenemos fijo, lo quitamos hace años.

Caitlyn tragó saliva, desconcertada, colgó, comprobó que el sonido cesaba y, tras unos segundos, volvió a llamar.

La sangre se heló en sus venas. El mismo timbre inundó el silencio a solo unos metros de ellos.

«Dios, él está aquí». Pensó, de repente aterrada por la certeza.

Temblando, tomó la otra pistola y se la tendió a su padre, pidiéndole con un gesto que se escondiera. Solo tendrían una oportunidad de sorprender a aquel cabrón.

Sin colgar, siguió el tono de llamada por el pasillo, con el arma en alto. Le temblaban las piernas, pero continuó avanzando. El pánico se apoderaba más y más de ella a cada paso que daba, pero se esforzaba por evitar que se notara.

Cuando entró en el salón, caminó hasta la mesa donde el teléfono sonaba de forma incesante, pero no había nadie junto a él.

Y entonces, una voz suave, casi divertida, surgió desde el sofá.

—Has sido más puntual de lo que esperaba.

Caitlyn se giró de golpe… y se quedó helada al ver a Verónica sentada con calma, apuntándola con un arma.

—Hola, velkana —dijo la mujer, con una de sus sonrisas macabras—. Sabía que no me defraudarías.

—¡Tú! —acusó Caitlyn, perpleja.

Verónica izó un pequeño modulador que tenía en la mano libre, lo llevó a sus labios y declaró:

—¡Sorpresa! —La voz que salió del altavoz era idéntica a la del teléfono: una voz de hombre, distorsionada, metálica…, escalofriante.

Con un gesto, la obligó a soltar la pistola en el suelo mientras la miraba con odio.

Caitlyn apenas podía creerlo. Decir que estaba perpleja era quedarse corta, pero… había una cosa clara, ella no podía ser Varek. El tipo que respondía a ese nombre llevaba treinta años matando. ¿Acaso ni siquiera estaría involucrado en todo aquello?

Las dudas no le duraron demasiado.

—Él tenía razón —repuso Verónica, divertida—, sabía que este sería el único sitio en el que podrías conseguir un arma.

—¿Él? —Tragó saliva.

—Varek —sonrió con crueldad—. No tardará en llegar, y ya muero de ganas de ver con mis propios ojos cómo te degüella.

A Caitlyn le costó no mostrar su horror y prefirió atacar:

—Tú tampoco sobrevivirás a él —le aseguró convencida.

—Oh, ¡cállate!

—Serías la primera que le pone rostro a la que deja vivir en treinta años —insistió—. ¿Tan especial te crees?

—¡Silencio!

—Te matará en cuanto se deshaga de mí.

Una vez más, sentía el odio visceral de la mujer proyectarse a través de la habitación, con absoluta claridad.

—¿Por qué me odias tanto? —interrogó Caitlyn para ganar tiempo mientras a su padre se le ocurría algo—. Ya me detestabas antes de saber que soy una velkana.

La vio apretar los dientes.

—No vas a robarme a Devlin —replicó con inquina, poniéndose en pie—. ¿Crees que no he visto cómo te mira? ¡Llevo cinco años esperando mi oportunidad!

—Eso no es culpa mía —dijo, sintiendo el arma cada vez más amenazante—. Tú ganaste aquella noche. He pasado cinco años sola, creyendo cada maldita palabra que dijiste.

Y entonces Verónica entrecerró los ojos y dio un paso en su dirección, observándola con más atención. Y justo en ese instante… Caitlyn supo que acababa de cometer un gran error.

—¡Eras tú! —La voz le salió ronca, como si la rabia le quemara la garganta.

Caitlyn tragó saliva y se maldijo por ser tan descuidada y hablar de más.

—¡Eres la maldita gata! —gritó—. ¡Tú eres la responsable de que él jamás me haya mirado! —Apretó los dientes, y, para su desgracia, Caitlyn fue consciente de que aquel no era el único cabo que ataba—. Esa mocosa… ¡es suya!

Caitlyn no respondió, pero no hizo falta. La rabia de Verónica se desbordó como una ola negra. La locura brillaba en sus ojos, oscura, venenosa.

Estaba perdida. Caitlyn lo supo en lo más profundo de su alma. Verónica no iba a detenerse, no esta vez. Avanzaba con el arma firme, a cada paso más amenazante, más temible.

—No creo que a Varek le guste que… empieces la fiesta sin él —probó Caitlyn, con la voz rota.

—Él me ha dado carta blanca para matarte —espetó Verónica entre dientes, arrastrando las palabras como si saboreara cada sílaba —. Y eso voy a darme el gustazo de hacer.

Amartilló la pistola frente a ella. El sonido fue seco, escalofriante.

Caitlyn cerró los ojos. Todo su cuerpo se tensó, contuvo la respiración y su corazón casi se detuvo mientras el terror la envolvía por completo. No podía moverse, solo aguardar el tiro de gracia que acabaría con todo.

Y entonces… un único disparo estalló en el salón.

Caitlyn sintió que le arrancaban el aire del pecho. El silencio posterior le martilleaba los oídos. Todo en su cuerpo gritaba de terror.

¿Estaba muerta? No lo sabía.

Temerosa, abrió los ojos y contempló la escena.

Verónica yacía boca abajo en el suelo, inmóvil. El arma aún colgaba de sus dedos mientras un pequeño charco oscuro empezaba a extenderse bajo su cabeza.

Estaba muerta. Le habían disparado.

Caitlyn retrocedió un paso, todavía jadeando, y miró a su alrededor, desconcertada, hasta que desde las sombras emergió su padre. El hombre aún sostenía la pistola, la misma con la que había disparado.

Avanzó hacia ella con pasos medidos, sin decir nada al principio. Caitlyn lo miró con lágrimas en los ojos, temblando aún de pura adrenalina.

—Dios, creí que iba a matarte —murmuró el hombre con voz grave, deteniéndose junto al cadáver—. Ha faltado muy poco.

Sí, ella también había estado segura de que era su fin. Y eso bastaba para querer huir. No iba a esperar a Varek, no podía volver a pasar por aquello. Debían encontrar otra forma de derrotarlo.

Aún en shock, observó cómo su padre caminaba hasta Verónica.

—¿Está… muerta? —interrogó Caitlyn, puesto que no podía ver su rostro.

—Lo está, te lo aseguro —afirmó Dougal mientras empujaba con el pie el cadáver para darle la vuelta—. Y te juro, hija…, que jamás le di carta blanca a esta sabandija para matarte.

El mundo se detuvo para Caitlyn justo en ese instante. La sangre se heló en sus venas y una sacudida de realidad la golpeó tan fuerte que casi perdió el equilibrio.

Horrorizada y con el corazón desgarrado, observó el rostro de Verónica, donde se veía con total claridad la herida que la había matado: un único y certero disparo entre ceja y ceja.

—No… —murmuró incapaz de asimilarlo—, papá…, tú no… puedes ser él.

Como respuesta, el hombre metió la mano en el bolsillo superior de su camisa y extrajo algo que lanzó sobre el cadáver. Caitlyn contempló con horror aquella carta de madera, marcada con un dibujo inconfundible: la Runa de las Mil Sombras. Su símbolo… y el de Varek.

Y entonces todo encajó… y al mismo tiempo nada volvió a tener sentido.

∞∞∞

Dougal Holloway conducía en silencio, con el rostro endurecido y los ojos clavados en la carretera. Caitlyn iba en la parte trasera del coche, maniatada, derrotada, con la cabeza apoyada contra el cristal. El aire que la envolvía era tan denso como su desaliento.

Había intentado razonar con él durante los primeros kilómetros, pero Dougal, o Varek, como ya no podía evitar pensar en él, solo le pidió en voz baja que no le hablara.

—Por favor, Caitlyn, no me lo hagas más difícil —había dicho.

No volvió a abrir la boca. No porque respetara su petición, sino porque el nudo en la garganta apenas le dejaba respirar. Había perdido a su padre… y aún no comprendía del todo cómo.

El coche avanzó durante largo rato, cruzando caminos secundarios, adentrándose después en una zona boscosa. Se detuvo en mitad de un bosque espeso y húmedo, junto a lo que parecía un camino oculto entre la maleza.

El hombre se apeó del vehículo, abrió la puerta trasera y la ayudó a bajar sin brusquedad, aunque no la soltó ni un segundo. Caminó con ella unos metros, al ritmo que a Caitlyn le permitían las cuerdas que llevaba atadas con cierta holgura a los tobillos. El angosto camino se abrió en un claro escondido entre los árboles, revelando una construcción antigua, engullida por el tiempo.

Caitlyn observó, un tanto sorprendida, lo que parecía un pequeño santuario olvidado. Era una estructura rectangular de piedra, con el techo cubierto de vigas de madera ennegrecidas. Una parte se había derrumbado en un lateral, y permitía que la luz se filtrara a raudales desde el bosque, permitiendo ver desde fuera el interior del lugar con absoluta precisión.

Aun así, miró a su alrededor, un tanto asombrada, cuando el hombre la empujó para entrar y contempló el lugar con atención. En el interior, aún se alzaban algunos bancos viejos, estandartes raídos y un altar oscuro de madera agrietada, como si el fuego lo hubiera lamido hacía décadas. Los tablones secos y astillados del suelo crujían bajo sus pies y olía a polvo… y a recuerdos quemados.

Caitlyn frunció el ceño. De repente sentía una energía extraña en el pecho.

—¿Qué es este sitio? —preguntó mientras recorría el lugar con la mirada, desconcertada.

Dougal no contestó, solo señaló la pared que se alzaba tras el altar, donde algo destacaba entre el musgo y las sombras.

Ella afinó la vista para precisar qué era… y sintió un escalofrío recorrerle la espalda cuando vio el símbolo con total claridad. Tallada con precisión sobre la piedra, aún visible pese al desgaste, relucía con una extraña fuerza un símbolo que reconoció al instante.

—La Runa de las Mil Sombras —susurró, perpleja.

Comprendió entonces que aquel lugar no era solo una ruina olvidada. Era mucho más, era el origen de la profecía y, quizá, su tumba.

—¿Qué hacemos aquí? —interrogó angustiada.

Dougal se detuvo frente al altar resquebrajado. Su figura se recortaba por la luz gris que entraba entre las vigas quemadas. Caitlyn lo vio observar las paredes, el musgo, la runa tallada en piedra… y algo en sus ojos se tensó, como si ese lugar lo consumiera desde dentro.

—Este fue el primer santuario Velshir —declaró Dougal, con la voz baja y áspera—. Aquí se pronunciaba por primera vez el nombre de la Elegida. Aquí comenzaba tu camino, tu destino, hace más de tres siglos.

Caitlyn lo miraba sin entender, perpleja, pero él no se detuvo.

—Fue aquí donde ancestros de sahires y velkanos firmaron una alianza secreta —continuó—, y donde se anunció que la Elegida nacería dentro del linaje Holloway. Desde entonces, todos los descendientes de nuestra familia heredamos esa profecía… y una orden de mantener tanto la profecía como el apellido de la Velshir en secreto.

Hizo una pausa y la miró con intensidad.

—No sabíamos quién sería, ni cuándo nacería —suspiró—, pero sí que anunciaría su llegada con esa runa —señaló la piedra— marcada en la piel.

Calló un momento y luego habló con una pesadez dolorosa:

—Y te juro que habría dado cualquier cosa para que no fueras tú, hija —confesó—, pero lo supe en cuanto te cogí en mis brazos por primera vez, porque naciste con esa runa tatuada en la base del cuello, ahora oculta bajo el cabello.

Caitlyn se llevó la mano de forma instintiva a la nuca. Un escalofrío la recorrió.

—Pero ¿por qué, papá, por qué tanta muerte, por qué no dejarme cumplir mi destino? —preguntó desbordada—. ¿La paz no te resulta acaso…?

—¡Insoportable! —la interrumpió con furia contenida—. ¡No habrá paz para quienes me lo arrebataron todo! —Se giró hacia ella

con los ojos encendidos de odio—. Esos malditos sahires no merecen vivir.

Perpleja, Caitlyn dio un paso atrás, pero necesitaba entender.

—¿Qué fue lo que te pasó?

La respuesta fue un susurro envenenado.

—Ellos me arrebataron a la única mujer sin la que no he sabido vivir —apretó los dientes—, a mi querida Lira.

Caitlyn se quedó sin palabras. Lira. La madre de Kyle. Todos sabían que su padre la había amado con devoción, pero jamás imaginó hasta qué punto lo había marcado su pérdida.

—Uno de esos bichos sahires, apenas un adolescente, se descontroló mientras paseábamos bajo las estrellas —contó con los dientes apretados—. Su don de combustión espontánea… se desbordó y nadie supo detenerlo a tiempo. —El horror cruzó su mirada como una cicatriz abierta—. Lira, mi hermosa Lira…, ardió viva frente a mí.

Tragó saliva y desvió la mirada, como si aquello aún lo consumiera por dentro. Y no era para menos. Caitlyn se puso enferma solo con pensar en que Devlin pudiera sufrir un destino así.

—Y después me exigieron comprensión —soltó un improperio—. Un desgraciado accidente, lo llamaron.

Se volvió hacia ella de nuevo, con los ojos cargados de un odio que ya no conocía retorno.

—Pero no hay perdón para esas alimañas —sonaba frío—. El día que enterré a Lira, juré aquí mismo, frente a este altar —miró a su alrededor con desprecio— que me llevaría por delante a todos los que pudiera. Prenderle fuego a este sitio fue mi primer acto de guerra contra los sahires, contra el Consejo y contra esa maldita profecía.

Hizo una pausa, respirando con fuerza.

—Aquí maldije el nombre de la Elegida y dejé claro que jamás permitiría que la Velshir cumpliera su destino.

Caitlyn lo miraba con incredulidad, horrorizada con la historia, y por primera vez fue consciente de que no había perdido a su padre…, en realidad, jamás lo había tenido.

—Aquí comenzó todo —suspiró él, como si hablara consigo mismo—, y aquí debe terminar. Sin la Velshir, no habrá paz. Y sin paz… mi misión estará cumplida.

—¿Cuando me mates? —susurró Caitlyn, con amargura—. ¿Vas a asesinar a tu propia hija?

Eso pareció atravesarlo como una daga. Por un instante, lo sintió dudar.

—¿Crees que esto es fácil para mí? —inquirió sin apenas aliento.

—No lo sé —repuso ella con dolor—, yo jamás he podido darle un simple azote a mi hija, y tú quieres matar a la tuya. Como velkana debería ser capaz de empatizar con tu dolor, pero… por algún motivo no puedo.

Dougal cerró los ojos con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, algo se había roto.

—Yo… me marcho contigo, mi niña.

Aquello la desconcertó.

—¿Qué?

—¿Piensas que puedo matarte y seguir viviendo? —sonó ahora angustiado—. ¿Crees que no tenía uno de esos bombones aguardando en casa, destinado a mí mismo? Solo esperaba la triste noticia para tomar mi ración, y me aseguré de que jamás se te ocurriera darle uno solo a Annabella, poniendo pistacho en ellos. —La miró con los ojos húmedos, pero implacables—. Vivir tras tu muerte jamás fue una opción para mí. Partiremos juntos. Pasaré la eternidad contigo para compensarte el haberte dejado sola durante toda tu vida.

«Dios, está loco», pensó Caitlyn, cada vez más abatida, pero en aquel momento lo mejor era darle conversación… ¿Para qué? ¿Para alargar lo inevitable? No lo sabía, nadie la buscaría en un lugar tan remoto y escondido como aquel, pero no podía rendirse. Necesitaba darle largas hasta que se le ocurriera algo, lo que fuera, pero las cuerdas que le rodeaban manos y pies estaban demasiado apretadas, apenas podía caminar, sería imposible correr.

—Si tan claro lo tenías, ¿por qué no me mataste cuando era un bebé? —interrogó abatida—. ¿No habría sido mucho más fácil?

—Lo pensé montones de veces —confesó con cierta vergüenza —, pero no fui capaz, y sabía que aún había mucho tiempo para que estuvieras lista para enfrentarte a tu destino. Creí que podría disfrutar unos años de mi niña, pero… —se le quebró la voz— tu gen amatysa llegó muy pronto y lo complicó todo.

Ella lo miró confusa y no necesitó preguntar.

—No podías quedarte conmigo —se lamentó Dougal, con una mezcla de dolor y resignación—, porque no podía ponerte frente al Consejo.

—¿Por qué?

Él la miró como si la respuesta fuera obvia, pero aun así la pronunció:

—Porque eres la Velshir.

Caitlyn se quedó en silencio… y ahora sí lo comprendió todo. No la había alejado de él para protegerla, sino por el riesgo que suponía que el Consejo controlara su vida al marcarla como amatysa. Jamás había sido por su bien, sino puro egoísmo. Necesitaba mantenerla lejos de todo el que pudiera llegar a comprender o descubrir quién era, y no por ella, sino por lo que significaba para él, para su causa, para su vendetta personal.

—Confieso que pensaba acabar con todo cuando volviste a casa —admitió con la voz quebrada —, antes de que tus dones velkanos despertaran, pero una vez más fui débil. Siempre has sido tan dulce y tan especial… —Tragó saliva y se secó las lágrimas que pugnaban por salir—. Y entonces me dijiste que estabas embarazada… y fue la mejor noticia de mi vida.

Sonrió a medias, aunque con tristeza.

—Creí que… si no recibías tus dones, no podrías cumplir tu destino —continuó con amargura—. Ingenuo de mí. Debí suponer que no se puede luchar contra una profecía ancestral, todo está escrito así por un motivo —se lamentó—. Y, durante unos años más, quise seguir engañándome y creyendo que podría mantenerte con vida, pero jamás os perdí el rastro, ni a ti ni a Annabella.

Caitlyn parpadeó perpleja.

—Siempre hubo alguien observando —añadió—. Un informante que me alertaría si pasaba algo extraño.

Entonces frunció el ceño y su voz se tiñó de rabia.

—Ese miserable de Bellows, en el hotel, debió informarme de los dones sahires de Annabella en cuanto surgieron —apretó los puños—, pero el muy hijo de puta quiso sacar tajada.

Caitlyn recordó al tipo del chihuahua. El chantajista que, de forma irónica, había salvado su vida al callar para poder sacarle dinero. Si Dougal hubiese sabido que Annabella tenía dones sahires…, habría acabado con ella mucho antes. Jamás se habría reencontrado con Devlin a tiempo.

—Maldita sea, Caitlyn, ¡¿tenía que ser él?! —estalló, sacudido por una mezcla de celos y frustración—. ¿Tenías que quedarte embarazada justo de él?

Ella cerró los ojos. Sí. Tenía que ser él. Porque Devlin era su Fénix, su otra mitad, la llama que encendía su alma, incluso aunque él se hubiera negado a amarla. Y si su padre tenía razón en algo…, era en que no se puede luchar contra lo que ya ha sido escrito.

Inspiró hondo, con el pecho encogido por el miedo, el dolor… y una repentina certeza: era la Elegida Velshir. Por primera vez, lo sintió con una intensidad casi sagrada. Y también por primera vez aceptó lo que eso implicaba y se sintió orgullosa de ello…

…aunque fuera el final.

Observó cómo Dougal se agachaba frente a la mochila que había llevado con él y contuvo el aliento, a la espera de ver qué destino la aguardaba.

Horrorizada, lo vio extraer un cinturón lleno de pequeños bloques con luces rojas. ¡Explosivos!

Caitlyn sintió que se le helaba la sangre.

—¿Qué haces?

—Cerrando el círculo —respondió Dougal sin un atisbo de duda —. El fuego purificador nos liberará a ambos, tal y como hizo con mi querida Lira.

Se acercó a ella con calma, como si aquello fuera lo más lógico del mundo, y le ajustó el cinturón a la cintura. Caitlyn intentó oponer resistencia, pero las cuerdas que aún la inmovilizaban le coartaban el movimiento. Sintió el frío del metal contra su piel y la presión de cada hebilla abrochándose como un sello mortal.

Después, Dougal sacó otro cinturón idéntico y se lo colocó él mismo.

De un compartimento lateral de la mochila extrajo un pequeño detonador rectangular con un único botón rojo en el centro. Lo sostuvo entre sus dedos, como quien sujeta una sentencia de muerte.

Por si aquello no fuera suficiente, caminó hasta el altar y de detrás sacó un par de garrafas de lo que con claridad olía gasolina, que se tomó su tiempo para esparcir por todo el lugar: el fuego purificador. Al parecer, eso llegaba antes de la inmolación… ¿Cuánto tiempo llevaba planeando aquello? Era listo, eso debía reconocerlo. Había usado a Verónica a la perfección para obligarla a salir de la casa, sabiendo que él sería el único al que podría pedirle ayuda.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Había sido tan incrédula… El hombre suspiró al verla llorar.

—Aguarda, creo que las cuerdas te están dañando la piel —repuso mientras la desataba,

«¿Las cuerdas? ¡Iban a encontrarla en pedacitos chamuscados, ¿acaso importaba que estuviera marcada?! Dios, aquello era… absurdo del todo.

—Estamos listos, mi niña —informó con una tristeza serena—. Por suerte, ese sahir tuyo nos facilitó mucho las cosas al rechazar vuestro destino…, aunque te marcara con ese fénix, producto del designio. ¡Dios, casi me delato solo cuando me enseñaste ese tatuaje! —admitió, apretando los dientes con odio—. Él jamás te ha merecido.

—El fénix… —susurró Caitlyn con los ojos abiertos de par en par y el corazón de repente acelerado.

—Sí, mi amor, sé que tú aceptaste tu destino, pero él no. Es un miserable, como todos ellos.

«El fénix…», volvió a repetir para sí… ¡Ardía con la fuerza de la lava en aquel momento! Y solo podía significar una cosa…

Devlin. Él estaba allí… y muy cerca.

Capítulo 50

Caitlyn sintió que el corazón se le desbocaba y el fuego crecía dentro de ella como una marea imparable. Supo, con una certeza feroz y primitiva, que él estaba allí. No podía verlo todavía, pero su alma lo presentía. Su esencia ardía a lo lejos, envolviéndola como una promesa, como un susurro ancestral que le decía *resiste, estoy contigo.*

Sin pensarlo, contuvo el aliento, rogando para tener suficiente fuerza para llegar a su mente. Cerró los ojos y extendió su espíritu como un ala herida en busca de refugio. Lo buscó entre la oscuridad, entre la desesperación, anhelando escuchar sus pensamientos una última vez antes de partir, aunque no tenía muchas esperanzas…

…y entonces lo oyó. Claro, nítido, como si estuviera susurrándole al oído, aunque los separaran metros de distancia y muros de oscuridad.

«¡Te amo, te amo, te amo, mi preciosa velkana, más que a mi vida!».

Un sollozo mudo le estalló en el pecho. ¿Era real? ¿Era él? ¿O solo era su corazón, agonizante, quien quería creerlo?

«*Cariño, no dudes, por favor…»,* lo escuchó insistir. Incluso notó la desesperación en su voz.

Su pecho se contrajo con un sollozo mudo. Quizá él solo… quería hacerla sentir mejor…, que se fuera pensando algo hermoso.

«*Caitlyn, lucha, yo no puedo vivir sin ti, mi amor, mi amatysa, mi Velshir…, no he podido ni he sabido hacerlo durante estos últimos cinco años…».*

Las lágrimas de Caitlyn cobraron vida, y Dougal la observó con pesar, sin sospechar nada aún.

—Es hora de partir, mi niña.

Se acercó para darle un beso en la frente que a Caitlyn le arrancó un escalofrío.

—No, por favor…

Afinó sus pensamientos sobre Devlin… y deseó con todas las fuerzas de su alma poder despedirse.

«*Adiós, mi Khalif, mi amor, para mí siempre fuiste… inevitable*», pensó con el corazón sangrando. «*Soy tuya, del todo y para siempre. Siempre lo he sido».*

«*Como yo tuyo»,* oyó con fuerza y claridad.

Abrió los ojos con asombro al comprender… que él la había escuchado y le estaba respondiendo.

¿Aquello era posible? Todos sus dones surgían de sus momentos de desesperación.

«¿*Tú… me escuchas de verdad*?», interrogó confusa. «¿*O solo estoy imaginando lo que quiero oír*? *Dios, ¿acaso me estoy volviendo loca… y ni tus te amo son reales?*».

Y entonces Devlin salió de entre las sombras.

—¡No! —rogó Caitlyn, consciente ahora de su error—. Tienes que esconderte.

—Te amo —confesó Devlin cortando el silencio, mirándola a los ojos desde apenas unos metros más allá—. No hay nada más real que eso.

Caitlyn se estremeció.

—¡Tú, sabandija! —gritó Dougal, enfurecido.

Pero Devlin solo tenía ojos para ella, a quien miraba con un infierno total y absoluto ardiendo en sus pupilas.

—Te dije que no había decisión que tomar, Caitlyn, que jamás existió esa posibilidad…

Ella recordaba aquellas palabras con precisión.

—…porque… acepté mi destino esa misma noche, al igual que tú, en aquella terraza —reveló con la voz rota.

—¡Cállate, maldito! —vociferó Dougal—. ¡Déjanos irnos en paz!

Él seguía perdido en ella. Y sin pensarlo, se abrió la camisa de un fuerte tirón y todos los botones volaron. Después, descubrió su piel y… se arrancó el parche que le cubría el costado, que tantas veces había llamado la atención de Caitlyn…

…pero lo que escondía bajo él… jamás lo habría imaginado.

A Caitlyn se le cortó la respiración. Ardiendo cual fuego sobre su piel, brillaba enorme y majestuoso… un fénix idéntico al suyo.

—¡Es de aquella noche! —reveló con la voz rota—. El designio nos marcó por igual, cariño, siento haber tardado tanto en confesarlo.

—Oh, Dev… —susurró, y lloró con una mezcla de emoción, anhelo y desconsuelo… por la vida que ya no podrían tener.

Dougal izó su arma ahora y apuntó directo al pecho de Devlin, apretando los dientes, con el odio escrito en sus ojos.

—Me daré el gusto de matarte antes de irme.

—¡No! —rugió Caitlyn, intentando interponerse entre la pistola y el amor de su vida.

—¡Aparta! —exigió.

—¡Sí, mátame a mí! —grito ahora Devlin, avanzando hacia ellos.

—No, mi amor —rogó Caitlyn.

—Me ofrezco voluntario para morir en su lugar —recortó la distancia aún más—, pero perdónale la vida a ella —rogó—, permítele cuidar de nuestra pequeña.

—Ella debe morir —replicó Dougal entre dientes.

—No. La profecía deja claro que la Velshir no podrá cumplir su destino sin el Fénix —le recordó Devlin—, y ese soy yo.

Avanzó un metro más y se dejó caer de rodillas frente a ellos.

—Aquí me tienes —se ofreció, vencido—, postrado a tus pies.

Caitlyn lo miraba rota de dolor, con el miedo más grande que había sentido en toda su vida anidando en su pecho. No podía ver morir a Devlin, no lo soportaría.

—¡Aprieta el maldito botón ya, papá! —suplicó Caitlyn, rompiéndose por dentro—. Acaba con esto.

—No… —suplicó Devlin—, por favor…

—Me amas —sonrió Caitlyn. Aquello ya no fue una pregunta.

—Con toda mi alma —respondió Devlin a pesar de todo.

Ella asintió. Y en ese instante, algo ancestral despertó en su interior. Algo más fuerte que el miedo, que la muerte, que el destino mismo, y supo lo que debía hacer.

—Te creo… —afirmó, sin una sola duda.

Y haciendo gala de una fortaleza que no sabía que tenía…, fue ella quien le arrebató el pulsador a su padre, confiando en la profecía y en el amor de su Fénix con fe ciega.

—¡Caitlyn! ¡No! —gritó Devlin enloquecido.

Pero ya no había vuelta atrás. Sus ojos se encontraron una última vez…, y entonces ella apretó el botón… y el mundo estalló en pedazos.

La explosión lo arrasó todo con un rugido ensordecedor. El fuego envolvió el santuario como una criatura salvaje. Las paredes crujieron, el techo estalló en llamas y la tierra tembló bajo los pies de Devlin, mientras un alarido desgarrador escapaba de su garganta y gritaba su nombre.

—¡Caitlyn!

Pero su voz se perdió en medio del caos, ahogada por el estruendo, el humo y las llamas. La onda expansiva lo había lanzado de espaldas, y cuando logró ponerse en pie, jadeando, herido, cubierto de polvo y brasas, el fuego lo cegó por completo.

No se veía más que luz, calor y devastación, pero incluso así intentó adentrarse entre las llamas, que lo repelían una y otra vez, consumiendo su ropa, quemándole los brazos, pero le daba igual, no se detuvo ni un segundo. Su alma gritaba desquiciada el nombre de Caitlyn, y si ella estaba ahí dentro, necesitaba alcanzarla… o arder con ella.

Sus ojos, enrojecidos, no veían más que humo y ruinas, el pecho le ardía por la falta de oxígeno. Todo su ser gritaba de dolor, de desesperación, de una angustia atroz mientras intentaba usar su telequinesis para apartar las llamas, pero otras nuevas se interponían con demasiada rapidez en su camino.

Y en ese instante, una suave brisa sacudió los árboles… y Devlin se detuvo en seco con una extraña sensación de alerta. El fénix ardía ahora con virulencia en su costado, más vivo que nunca.

Se arrastró un par de metros lejos del fuego e izó la vista…

…y entonces… contempló el milagro.

En medio del fuego, en el epicentro del desastre, cuando ya no quedaba esperanza, el aire pareció cambiar, el tiempo mismo se

detuvo… y una figura emergió del corazón de las llamas.

Devlin contuvo el aliento, absorto en la imagen más maravillosa que vería jamás.

—¿Caitlyn…? —susurró, contemplándola con el corazón a punto de explotar, sin atreverse a creer aún lo que veía ante sí.

El Fénix la ama…
la ama
y ella lo sabe.

Los árboles parecían susurrar aquella frase al contacto con el viento…, y la memoria de Devlin lo ayudó a creer en lo imposible.

¿La ama el Fénix?
Si la respuesta es sí…, entonces ni la muerte podrá tocarla…

Y por fin se atrevió a creer.

Ella caminaba entre el fuego como si fuera parte de él. Ilesa. Inmaculada. Su silueta parecía envuelta en luz dorada y brasas flotantes, como si el mundo ardiera en su honor. Sus cabellos danzaban como llamas, sus ojos resplandecían de un violeta intenso con la fuerza de mil soles en un hermoso atardecer. Y su piel, bañada por el fuego, no tenía una sola herida. Cada paso que daba la convertía en una visión imposible, sagrada…, indómita.

La Velshir. Su Velshir.

El fuego la veneraba… igual que él.

Devlin la contempló con lágrimas en los ojos, que esta vez no eran de dolor…, sino de amor. Un amor inmenso, feroz, que rugía con más fuerza que la explosión, más profundo que la pérdida, más eterno que la muerte misma.

Ella lo miró como si todo el universo se hubiera reducido a él y nada más importara. Y entonces le regaló la sonrisa más hermosa que Devlin había visto jamás. Sus ojos amatista brillaban como cristales bañados en fuego sagrado, de un modo tan intenso que lo dejaron sin aliento, inmóvil, preso de una belleza que rozaba lo divino.

Mientras avanzaba hacia él, Devlin comprendió por qué el destino de ambos estaba marcado con un Fénix. Porque no era solo un símbolo, era una promesa escrita en su piel y en sus almas. El fuego no los había destruido, los había redimido. Ella había renacido, invencible, desde las cenizas de la muerte; y él… él también volvía a la vida, solo porque ella vivía.

Cuando al fin se paró frente a él y sus manos se rozaron, Devlin dejó de respirar. El mundo, el tiempo…, todo se detuvo. Solo existía ella. Su tacto cálido, real. El peso de su existencia devolviéndole la vida. Cerró los ojos un instante, solo para grabar aquel contacto en su alma, como si temiera que el más leve suspiro pudiera desvanecerla de nuevo.

Caitlyn lo miraba con la misma intensidad, como si necesitara comprobar que aquello no era un sueño, que estaba viva, que todo era real.

—Dios, Caitlyn…, te amo tanto —susurró Devlin con la voz quebrada, como quien pronuncia una oración que lleva siglos contenida, ardiéndole en el pecho.

Las lágrimas de ella también cobraron vida.

—Y yo te amo a ti —musitó, muy emocionada, y él leyó la verdad absoluta de aquellas palabras en sus ojos amatista y su corazón estalló de dicha…

…y entonces la atrajo hacia sí, temblando, como si necesitara sentir que era de carne y hueso, que no se desharía como un espejismo entre sus brazos.

Se fundieron en un abrazo con la urgencia de quienes han rozado el abismo y han regresado. Y justo en ese instante…, las heridas empezaron a sanar, todas ellas.

—Mi amor… —murmuró Devlin buscando su boca y bebiendo de ella con desesperación—, Dios…, sabes tan bien…

Ella sonrió sobre sus labios mientras recibía un beso tras otro, devolviendo cada uno de ellos. Dejó escapar una carcajada cuando él recorrió su cuerpo con las manos, haciéndole cosquillas, en su evidente necesidad de comprobar que era real, que estaba ilesa…

—Estoy bien —aseguró frente a su desesperación.

—Voy a necesitar comprobarlo a cada rato —murmuró de nuevo sobre sus labios, atrayéndola hacia sí un poco más—. Jamás vuelvas a dejarme atrás, por favor, Caitlyn —suplicó.

—Ya se ha acabado. —Miró con tristeza hacia el santuario—. Él, Varek…, mi padre, está muerto.

Sus ojos se anegaron en lágrimas a pesar de todo, y Devlin la abrazó de nuevo. Él mejor que nadie sabía cuánto dolía una traición como aquella, la había sentido en carne propia. Por fortuna, se tenían el uno al otro para ayudarse a sanar.

Sin soltarla, caminó con ella fuera del claro para alejarse del fuego, y se detuvieron junto al coche de Devlin. Y justo en ese instante, el bosque comenzó a llenarse de gente: policías, bomberos, equipos de emergencia…, pero ellos permanecieron al margen, abrazados, robándose besos interminables en un silencio absoluto. Ya habría tiempo para hablar de todo…

…porque si algo tenían por delante al fin… era tiempo.

Capítulo 51

A las nueve de la noche de ese mismo día, Caitlyn pudo acurrucarse por fin junto a Devlin en el sofá de la biblioteca. Aquel era, sin duda, su lugar especial de la casa.

Habían pasado horas contestando preguntas, rodeados de gente. No habían tenido ni un solo momento para estar juntos, para hacerse mimos… ni siquiera para hablar, y había tantas cosas que decir…

«Y tanto tiempo que recuperar, tantos besos por dar…», se recordó Caitlyn.

Al fin todo parecía haberse calmado un poco. Kyle acababa de marcharse tras pasar unas horas junto a ella, intentando digerir lo sucedido. Caitlyn habría querido endulzarle la historia, pero todo era demasiado siniestro. Sabía que para su hermano sería mucho más complicado reponerse. Dougal sí había sido un padre de verdad para él.

—¿Y Annabella? —le preguntó Devlin con una sonrisa, acomodando a Caitlyn en su regazo y robándole un beso al instante.

—Tus hermanos están convirtiendo su habitación en un parque de atracciones —contó—. La he dejado subida en una alfombra mágica, flotando por su cuarto.

Devlin rio.

—Pues que se encarguen ellos de dormirla —declaró divertido.

—Airys ha prometido hacerlo.

Él la miró en silencio con una expresión pícara.

—¿Qué? —Acabó interrogando Caitlyn, nerviosa.

—¿Quieres decir que te tengo para mí solo? —Arqueó las cejas.

—No se me ocurriría otro motivo para visitar la biblioteca —repuso Caitlyn.

Una carcajada escapó de labios de Devlin.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí?

Caitlyn supo que había llegado el momento de ser sincera.

—Siempre sé dónde estás —contó, algo avergonzada—. No te lo vas a creer, pero el fénix… —carraspeó.

—Es como una especie de GPS localizador —concluyó por ella.

Un tanto sorprendida, intentó leer en sus ojos si le estaba tomando el pelo. Él sonrió, pero acabó poniéndose serio.

—¿Cómo crees que te he encontrado en ese bosque, Caitlyn?

Aquello la dejó perpleja.

—¿Tu… fénix…?

Él asintió, y ella se apresuró a abrirle la camisa para verlo con más detalle.

—¡Qué prisa por desnudarme siempre, mujer! —bromeó.

—Oh, ¡cállate! —protestó sin poder evitar reír—. Quiero verlo de cerca.

Cuando lo tuvo frente a sí, lo miró maravillada. Era majestuoso, igual al suyo, pero algo más grande, y verlo sobre su costado fibroso tenía un punto sexi que la enloquecía.

—Él… siempre parece saber dónde estás —confesó Devlin ahora —. Por eso supe que no estabas en el castillo, y solo tuve que dejarme guiar hasta ti. Parece cobrar vida cuanto más me acerco a ti, es como una brújula que siempre apunta en tu dirección.

—Sí, el mío también —suspiró emocionada, y acarició su costado con la yema de los dedos—. ¿Por qué lo escondías?

Aquella pregunta era muy complicada y lo sabía, pero los secretos debían acabar entre ellos si querían empezar de cero, y Devlin también lo entendía así.

—¿Por qué no lo mostraste cuando Davina y Airys nos hablaron del designio? —insistió.

—En ese momento, por pura cabezonería. —confesó—. Y después me contaste todo lo de aquella noche, y sentí tanta vergüenza por mi propio comportamiento que ya no sabía cómo acercarme a ti.

Exhaló un suspiro abatido.

—Pero lo has llevado tapado todo este tiempo, ¿por qué?

—Solo me lo tapé cuando regresaste a mi vida —confesó—, aunque nunca se lo mostré a nadie.

Caitlyn lo miró con una expresión mezcla suspicacia y cautela. Devlin sonrió a medias, le robó un tierno beso y acabó suspirando antes de comenzar a hablar.

—Vi tu tatuaje aquella noche en la terraza, cinco años atrás —le recordó—, y yo… no podía saber que el tuyo también era nuevo —admitió avergonzado—. Así que cuando descubrí mi fénix…, bueno…

Caitlyn asintió comprensiva.

—Pensaste que era cosa mía —completó por él—. Por eso estabas tan convencido de que te había lanzado algún tipo de hechizo.

—Lo siento mucho, Caitlyn —murmuró, robándole un beso—. Prometo pasar mi vida compensándote el daño que te hice aquella noche —afirmó abatido.

—Yo también me equivoqué, Devlin, debí decirte quién era —reconoció—. Y mis ojos… no ayudaron.

Él le acarició el rostro con ternura, y el increíble color amatista que brilló en los ojos femeninos le arrancó un suspiro.

—Son maravillosos, amor, lo más hermoso que he visto jamás —alabó, mirándola con dulzura—, y los causantes… de que me enamorara perdidamente de ti.

—¿Qué?

—Aquella noche fue mágica, Caitlyn, de principio a fin —admitió con renovada sinceridad—. Me sentí atraído hacia ti como una polilla a la luz en cuanto entraste por la puerta. Tenía ganas de estrangular a cada hombre que ponía sus ojos en ti… y te reclamé para mí en cuanto creí poder hablar sin titubear.

Caitlyn esbozó una sonrisa tierna, disfrutando de la confesión.

—Y pasé las siguientes horas como si estuviera subido en una nube —siguió revelando—, absorto solo en ti.

—Como yo en ti, mi amor —suspiró.

Él sonrió y jugó con un mechón de su pelo. Y Caitlyn fue consciente de cómo brillaban los ojos de Devlin siempre que ella admitía sus sentimientos por él.

—Yo jamás creí posible sentirme así, Caitlyn, hasta aquella noche —confesó algo más serio—. Estaba cerrado a cualquier tipo de sentimiento, encerrado en mi caparazón, protegiéndome de todo

lo que pudiera herirme —le besó los labios—. Y entonces llegaste tú… y te colaste en mi armadura solo con mirarme.

A Caitlyn le saltaba el corazón dentro del pecho. Ni en sus mejores sueños había escuchado palabras tan hermosas.

—Te juro que no tenía intención de atacarte como un bárbaro en cuanto entramos en la terraza —sonrió ahora—, pero… ya habrás notado que no soy capaz de controlarme cuando te tengo cerca.

La atrajo hacia sí y esta vez le robó un beso mucho más intenso y profundo que convirtió el cuerpo de Caitlyn en un volcán.

—Aquella noche, cuando tus hermosos ojos se iluminaron mientras… te abandonabas a tu clímax —suspiró frente al recuerdo —, su belleza me arrastró al orgasmo más intenso que había tenido en toda mi vida —confesó—. Fue… brutal, Caitlyn, lo sigue siendo cada vez, pero aquella noche… —se le atragantaron las palabras.

—Había algo mágico en aquella terraza —completó Caitlyn por él.

—Algo no, ¡todo era mágico, cariño! —exclamó—. Todo sigue siéndolo cada vez que te toco, pero esa noche no supe enfrentarme a ello —confesó.

Caitlyn asintió. Ambos conocían aquella parte.

—Me enfurecí por no contarme que eras una amatysa —declaró —. Creí que me habías engañado adrede y… no llevo bien el engaño, pero al mismo tiempo estaba tan loco por ti…

Sus ojos dieron muestra de su verdad.

—Jamás te habría denunciado ni entregado al Consejo, cariño, quiero que lo sepas. —Soltó el aire contenido—. Te habría dejado marchar.

—¿En serio? —Él asintió y ella lo miró asombrada—. ¿Sabiendo… lo que era?

Aquello hablaba alto y claro, y Devlin la sorprendió aún más.

—Y no solo eso. Te habría hecho el amor de nuevo antes de irte, de haberte encontrado en esa terraza —reconoció sin nada de pesar ya—. Cuando regresé y vi que te habías ido… —soltó aire frente al recuerdo—, enloquecí, Caitlyn.

Ahora fue ella quien le robó un beso, deseando borrarle el dolor del rostro.

—Me obsesioné contigo de tal forma que… no vi venir la conspiración que mi propio padre gestaba de nuevo a mi alrededor, junto con gente de mi entera confianza —explicó con pesar—. Cuando era un adolescente, él ya estuvo a punto de matarme.

Ella lo miró horrorizada. Para su desgracia, ahora era quien mejor lo entendía.

—¿Por qué? —interrogó.

—Para usurpar el trono —explicó—. El linaje McAllister es por parte de madre. —Se señaló el cuello—. ¿Ves esta marca?

Era una especie de runa druida que tenía tatuada en la cara interna del cuello, bajo la oreja izquierda.

—Dentro del linaje real de los McAllister, quien está destinado a ser el próximo Khalif nace con ella —contó—. Siempre ha sido así, pero mi padre decidió asaltar el trono por la fuerza. Perdió, pero volvió a intentarlo en cuanto supo que yo no estaba bien.

—Supongo que yo tengo la culpa de eso. —Agachó la cabeza.

—¡No! La culpa la tuve yo por comportarme como un imbécil contigo —declaró acalorado—. Soy tan responsable como Verónica de que huyeras —admitió—. Ahora lo sé, pero confieso que sí te he culpado de todo durante estos cinco años —afirmó con cierta vergüenza—. Era mucho más fácil escudarme en la venganza y en mis supuestos deseos de encontrarte para exigirte que me liberaras, que admitir que me había enamorado de una amatysa… que había huido de mí sin mirar atrás.

Ella lo contemplaba con los ojos como platos y el corazón acelerado.

—Te he buscado durante cinco años, Caitlyn, con desesperación —le acarició el rostro—. Mi vida no ha tenido sentido hasta que regresaste a ella, cariño. —Le robó un beso tierno—. No he podido… estar con nadie más…

Aquello le arrancó a Caitlyn una exclamación de sorpresa.

—¿No ha habido nadie después de…?

Él negó con un gesto, ya sin ningún tipo de vergüenza frente a la verdad.

—No, Caitlyn, no he tocado a nadie más desde aquella noche —confesó, y pareció de repente algo avergonzado—, bueno, salvo… a

ti.

—¿Qué?

Devlin tragó saliva.

—No te lo vas a creer, pero… te he hecho el amor más veces de las que puedo recordar durante estos cinco años —carraspeó, con un claro sentimiento de inquietud frente a su confesión—. Yo… te juro que no eran solo recuerdos, era como estar en esa terraza de nuevo, tenerte en mis brazos, amarte… —suspiró—. Cada beso, cada caricia, cada… clímax eran tan reales…

Las lágrimas de Caitlyn cobraron vida y todo su cuerpo se estremeció al comprender… que estaba hablando de los trances.

¡Él también los vivía!

Devlin la miró desconcertado frente a su expresión de sorpresa y sus ojos acuosos.

—Si esto te incomoda…

—No es eso —repuso entre lágrimas—, es que… yo estaba realmente contigo en cada encuentro.

Él la miró perplejo.

—¿Qué?

—El Fénix comenzaba a arder… —detalló—, los recuerdos se convertían en necesidad… y entonces sabía que solo podía abandonarme al trance que me llevaría de regreso a aquella terraza, a tus brazos.

—Dios, Caitlyn, ¿lo dices en serio? —Sus ojos dieron muestras de la emoción que lo embargaba.

Ella asintió y confesó:

—Solo tenía que pensar en aquella noche. No siempre ocurría, pero…

Él sonrió ahora.

—Sucedía cuando ambos rememorábamos aquel encuentro al mismo tiempo —expuso ahora con total certeza, y la abrazó con más fuerza—. Jamás había vuelto a desear a nadie hasta que te vi en esa playa, Caitlyn —siguió confesando—. Y la primera vez que te miré a los ojos en el hall del hotel…, Dios, menos mal que Davina y Annabella intervinieron, porque te juro que me quedé mudo, extasiado frente a ti. Y me sentía cada vez más desconcertado,

porque llevaba cinco años sin sentir nada, ansiando a una única persona, y de repente no podía evitar desearte de un modo animal, primitivo.

Jugueteó ahora con el escote de su vestido.

—Casi me volví loco aquella noche en la terraza de tu alcoba —recordó—. De alguna forma mi cuerpo, mi corazón y mi alma me gritaban que eras tú, la misma mujer a la que buscaba, y el fénix ardía en mi costado como nunca antes —explicó—, pero mi mente se resistía a creerlo.

—¿Por eso te fuiste? —se sorprendió.

—Es que llegó un momento en el que no sabía a quién besaba —admitió—, y deseaba que fueras mi amatysa… de un modo insoportable, a pesar de que me esforzaba por pretender odiarte. —Sonrió a medias para contener la angustia—. Dios, no te imaginas cómo te deseaba esa noche, no sé cómo conseguí poner un pie fuera de tu habitación.

Caitlyn le golpeó el pecho con suavidad.

—Te habría matado.

Él esbozó una sonrisa canalla.

—Y en ese momento puede que incluso te lo hubiera agradecido —reconoció—. Me estabas volviendo loco, Caitlyn, y me repetía que no podías ser… ella, porque tú eras dulce y… un encanto.

Caitlyn lo miró con el ceño fruncido.

—¿Dulce y un encanto? —Lo miró con cierta diversión—. ¡Si me comportaba como una bruja contigo!

—Eso intentabas —esbozó una sonrisa divertida—, pero no te salía, tus ojos no decían lo mismo que tu boca.

—Ah, ¿no? —suspiró.

—No con palabras —le miró los labios—, por eso siempre prefería que me hablaras en otro idioma.

Bebió de su boca con ardor, como si llevara conteniéndose lo indecible. Caitlyn gimió y se acomodó aún más en su regazo.

—En algún momento tendremos que probar una cama —sugirió entre jadeos mientras él descendía besándole el cuello.

—Sí, pero… no será ahora —metió la mano entre sus muslos—, no llego a una cama, ya llevo demasiado tiempo conteniéndome.

Caitlyn abrió las piernas para él.

—Recuerdo la primera vez que me perdí en el castillo —rememoró, hablando ya con dificultad—. Tuve que buscar un sitio donde esconderme antes de… caer en uno de los trances.

Él la miró con los ojos nublados por el deseo.

—¿Y por qué crees que salté sobre ti como un animal?

Ella soltó un gemido al comprenderlo, al recordar el modo en que la miraba, en que le exigió que saliera de la biblioteca si no quería que… la tomara de la forma más primitiva. Estaba en el mismo punto que ella, al borde del trance…

—Yo tampoco pude resistirme —afirmó, sincera, mordiéndose los labios mientras la mano de él jugaba por encima de sus bragas —. Y eso que era la segunda vez que hacía el amor en mi vida.

Una ráfaga de asombro atravesó la mirada masculina y la contempló extasiado.

—Solo he sido tuya, Devlin —confesó, orgullosa de ello—. Primero en aquella terraza y… después…

Él recortó la distancia hasta sus labios y la besó con ardor, emocionado.

—Ojalá hubiera sabido que eras virgen aquella noche, Caitlyn —declaró pesaroso—, te habría tratado con algo más de ternura.

—¿Te pareció que en ese momento me importaba?

Él le devolvió una sonrisa tímida.

—No, en realidad fuiste… bastante activa.

Una carcajada de Caitlyn inundó la biblioteca.

—Eso siendo amable, ¿no? —suspiró y le acarició el rostro—. Sé que fui impulsiva, atrevida y algo más ardiente de lo que se espera de una virgen.

Ahora fue él quien rio.

—Supongo que por eso jamás se te pasó por la cabeza esa posibilidad cuando viste la sangre —insistió—, pero no me arrepiento del modo en que sucedió todo. En realidad, hasta que las cosas se torcieron, fue una experiencia alucinante que disfruté de principio a fin, te lo aseguro.

La sonrisa de él se apagó un poco, y Caitlyn supo que aún le pesaba cómo la había tratado después. Entonces lo besó para

borrarle la expresión de inquietud, y él aceptó el cambio de tercio.

—Así que tus experiencias sexuales se pueden contar con los dedos de las manos. —La miró con malicia y cierta anticipación.

—En sentido literal, sí —admitió, mordiéndose los labios—. Espero que tengas pensado remediarlo.

Él sonrió ahora con la lujuria brillando en sus ojos.

—Prometo ser un profesor entregado —musitó, instándola a tumbarse del todo y acomodar la cabeza en el reposabrazos del sofá.

—Entonces yo seré una alumna aplicada.

Tumbada bocarriba sobre sus piernas, se sentía a su merced, y aquella sensación la enardecía por completo.

Contuvo el aliento cuando Devlin llevó la mano hasta su escote, apoyó dos dedos sobre su piel… y fue descendiendo. A medida que sus dedos avanzaban, los botones del vestido iban saltando sin tocarlos, uno por uno, y el nivel de excitación de Caitlyn subía un punto cada vez. Cuando llegó al último, él abrió la tela a los lados, exponiendo su cuerpo, y lo vio lamerse los labios mientras sus ojos ardían.

—Dios, eres tan hermosa… —susurró mientras su mano se paseaba a placer por su piel.

Caitlyn dejó escapar un suspiro y disfrutó de las caricias lentas y ardientes que ascendían ahora por su cuerpo… En ese momento, escuchó desgarrarse su sujetador, al tiempo que sus pechos se liberaban. Miró a Devlin frunciendo el ceño, fingiendo enfado…

Devlin rio divertido y dijo en el mismo tono que lo haría su hija.

—Un suponer…

Caitlyn estalló en carcajadas.

—…si te hubiera roto el sujetador…

Ella izó la cabeza, tiró de su cuello y lo besó con ardor, con ansia.

—¿Eso es que me perdonas?

—Me pillas benevolente.

—¿Puedo romperte las bragas?

—¿Tienes intención de pagármelas?

Con una promesa inconfundible en los ojos declaró:

—Tengo intención de compensártelo… una y otra vez…

Su mano acarició sus pechos con verdadera devoción y se mordió los labios con una inconfundible muestra de deseo contenido.

—…Caitlyn, te deseo de un modo que a veces me asusta —se inclinó buscando sus labios, y se perdió en sus ojos antes de llegar —, pero también quiero mimarte, que te sientas protegida, amada. Quiero hacerte feliz, cariño, de todas las maneras posibles.

Aquello arrancó un suspiro de los labios femeninos.

—No he sido más feliz en toda mi vida, amor —le aseguró, sintiéndolo una verdad absoluta—. Por fin me siento en casa, entre tus brazos —confesó, y los ojos de Devlin brillaron—. Pero yo también quiero hacerte feliz.

—Acabas de hacerlo. —Rozó su boca con ternura—. Seré tu hogar, como tú eres el mío.

Bebió de nuevo de sus labios, esta vez dispuesto a no abandonarlos hasta no saciar al completo su sed. Poco a poco, se fue acomodando en el sofá y se tumbó junto a ella sin dejar de besarla, de tocarla, ansiando sentirla más y más cerca.

Caitlyn gimió cuando él metió la mano entre sus piernas, al tiempo que tomaba uno de sus pezones con sus labios. El punto de placer era demasiado álgido ya… y solo quería una cosa.

—Devlin… —susurró entre una nube de deseo—, por favor, te necesito… ya…

Tironeó de sus pantalones para hacerse entender.

—¡A ti, te quiero a ti!

Le rodeo las caderas con sus piernas.

Y él tardó lo que le pareció una décima de segundo en apartar las prendas que lo separaban del paraíso… y hundirse en su interior de una certera embestida. Ambos dejaron escapar un gemido de plenitud cuando Caitlyn lo acogió al completo.

—Muero por tenerte así… a cada segundo del día —jadeó Devlin sobre sus labios.

—Oh, sí…, y… yo.

Caitlyn se estremeció entre sus brazos, colmada de un deseo tan profundo como sagrado. Devlin se movía con urgencia, con entrega, como si en cada embestida pudiera traspasarle todo el

amor contenido durante años de silencio. La abrazaba con una mezcla de fuerza y ternura feroz, adorándola con cada beso, cada caricia, cada suspiro compartido. Ya no había barreras ni máscaras ni miedo, solo el milagro de pertenecerse… sin esconderse de nada ni de nadie.

Cuando el deseo se volvió insoportable, Caitlyn supo que debía abandonarse a su clímax antes de enloquecer. Buscó sus ojos con desesperación y se perdió en ellos, como él se rindió a los suyos.

—Oh, Dev… —musitó justo antes de claudicar a su clímax, y en ese simple susurro iba toda su alma, su verdad.

Él se estremeció como si aquellas dos palabras fueran lo más hermoso que había oído jamás. Sus ojos se anegaron de emoción, y los de ella… brillaron ya con abandono. Un fulgor amatista, profundo, puro, emergió sin contención, como una llamarada que nacía del alma. Devlin los contempló extasiado, justo antes de perderse con ella… en el mismo instante, en el mismo latido, como si el universo se hubiera detenido solo para ellos.

Y en ese momento, sintieron más fuerte que nunca el lazo que los unía, hermoso, irrompible…, como una corriente eléctrica invisible, un pulso silencioso que danzaba entre ellos más allá del cuerpo, del corazón y del alma.

Aquello era un nuevo renacer, era amor… y era eterno.

Epílogo

El gran salón del castillo brillaba con una luz especial aquella noche. Guirnaldas doradas colgaban entre los arcos de piedra, velas flotaban con calma sobre las mesas y una suave música tejía risas, abrazos y recuerdos entre los presentes.

Era el cumpleaños de Caitlyn y, por primera vez en cinco años, volvía a celebrarlo. Devlin le había preparado una fiesta sorpresa con todos sus amigos más cercanos, y el gesto la había conmovido hasta las lágrimas. Desde aquella noche marcada por el destino, no había permitido que su cumpleaños fuera más que un día para pasar desapercibida, pero hoy todo era distinto.

En el último mes, su vida se había llenado de una felicidad serena, nueva y poderosa, tejida de amor y risas, de familia, algo que Caitlyn atesoraba por encima de todo. Era feliz, y por fin se sentía en paz con lo que era, con quien era, incluso con lo que se esperaba de ella. No veía su misión como una imposición, sino como una gran oportunidad de construir un mundo mejor para todos, incluida su hija.

Miró a su alrededor y suspiró con una dicha profunda. Toda la gente que amaba estaba allí. Su sonrisa se ensanchó al oír la risa cantarina de Selena mientras Joss le susurraba algo al oído. Cerca, Annabella agitaba su Orbis con orgullo ante una Davina fascinada, mientras Keira conversaba muy animada con Kyle y Eleonor en una esquina del salón. A unos pasos, Airys los observaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados, y Caitlyn no pudo evitar reír por lo bajo al ver cómo Kyle le devolvía la mirada con insolencia, casi como si disfrutara provocándola.

Y entonces lo sintió antes de verlo: el calor de su presencia, la energía tranquila y poderosa que la envolvía como un manto. Devlin llegó por detrás y la rodeó con sus brazos, apoyando el rostro en su cuello con una ternura que le hizo cerrar los ojos. Caitlyn sonrió y se recostó contra su pecho, dejando que aquel abrazo la envolviera del

todo, como si ese fuera el lugar más seguro del mundo…, porque lo era.

—¿Por qué tan sola? —susurró Devlin contra su cuello, depositando un beso suave que le erizó la piel.

—Disfrutaba del momento —respondió con una sonrisa, apoyando una mano sobre la suya—. Estaba agradeciendo todo esto.

—¿Todo esto?

—Mi vida, tú, nuestra hija…, todos a los que amo estáis en esta sala —suspiró emocionada—. Jamás imaginé que la felicidad pudiera sentirse así, tan plena, tan verdadera.

Devlin la abrazó un poco más fuerte, como si con ese gesto le prometiera que nunca la dejaría escapar de nuevo.

Se giró a mirarlo y le echó los brazos al cuello.

—Gracias, Dev, por hacerme feliz cada día —se le quebró la voz de pura emoción—, y por esta sorpresa tan increíble.

—Te dije que te compensaría por aquella noche.

—Deja de atormentarte —rogó, y le robó un beso—. No cambiaría ni un segundo de lo vivido, porque cada paso me condujo hasta ti, incluso los más duros.

Volvió a besarlo, esta vez con más intensidad. Estaba guapo a rabiar aquella noche, con ese traje informal que realzaba su porte y le daba un aire irresistible, como salido de una película. Su propio galán de cine, solo suyo.

—Acabaré arrastrándote a un cuarto oscuro si sigues así —gruñó Devlin aspirando ahora su perfume.

Estaba dispuesto a reclamar su boca de nuevo cuando Callum, Airys y Ewan llegaron hasta ellos.

—Sentimos interrumpir —se disculpó Callum en un tono amable.

—En realidad no lo sentimos nada —intervino Ewan, divertido, y miró a Devlin—. Jamás pensé que serías un enamorado tan pegajoso.

Recibió una mirada seria como respuesta.

—¿Pegajoso?

Un segundo después, Ewan tuvo que contener un grito, mientras se agarraba el costado.

—Joder —protestó entre dientes—, ¡deja de hacer eso!

Todo rieron sin remedio, incluido Devlin, que, frente a todos, atrajo a Caitlyn hacia sí y le arreó un besazo que a la chica le dejó las rodillas tiritando.

—Joder, sigo queriendo pegarte cada vez que te veo hacer eso —declaró Kyle, llegando hasta ellos con Annabella en brazos.

—Pero no lo haces porque en realidad me estimas un poco —sonrió Devlin—, reconócelo.

Kyle frunció un divertido ceño.

—Más bien te salva la sonrisa que hay perenne en sus labios. —Señaló a su hermana.

Devlin atrajo a Caitlyn sobre su costado y la miró con los ojos cargados de emociones intensas, la misma mirada que se reflejaba en los de ella. Era imposible no ver el amor que ardía entre ambos, cálido, profundo, absoluto.

—Queríamos comentar algo contigo, Caitlyn —repuso ahora Callum.

Extrañada, miró a Devlin, que sonrió. Era evidente que también estaba al tanto.

—Lo hemos estado hablando, y creemos que tienes razón con respecto a la escuela —continuó Callum.

Caitlyn lo miró confusa.

—Hemos decidido abrirla a los velkanos a partir del próximo curso —explicó Airys.

El corazón de Caitlyn dio un vuelco. Aquel era un gesto de reconciliación, de buena voluntad… y de fe mucho más grande de lo que había soñado en tan poco tiempo.

—¿En serio? —murmuró con voz temblorosa.

Todos asintieron.

—No va a ser un cambio fácil —admitió Callum—. Por eso necesitamos a una persona muy especial para dirigir la integración.

—Alguien con mano izquierda, sensibilidad, cierta capacidad de empatía… —añadió Airys.

—Y si ya ha nacido para eso… —apostilló Ewan—, sería la leche.

Caitlyn miraba de unos a otros sin poder hablar. Sentía el pecho henchido de emoción y la garganta cerrada por las lágrimas que

amenazaban con derramarse. Aquel era un símbolo de aceptación, admiración y respeto que la desarmaba. No solo la estaban acogiendo como parte de la familia, algo que ya había sentido durante el tiempo que llevaba allí, sino como alguien digna de guiar el cambio. Era la primera vez que no sentía que debía justificar su lugar en el mundo.

Cuando sus ojos se encontraron con los de Devlin, él sonrió con ternura y preguntó:

—¿Te interesa el puesto?

Ella no pudo hablar. Solo asintió con lágrimas brillando en los ojos, y entonces, con el corazón desbordado, se acercó y abrazó uno por uno a todos los McAllister.

—¿Por qué llora mamá? —se interesó Annabella, muy extrañada.

—Está emocionada —le contestó Kyle con una sonrisa plena.

—¿Todas las velkanas sois tan lloronas, Anna? —interrogó Ewan a la pequeña.

—Yo no. —Se encogió de hombros.

—Debe de ser porque eres mitad sahir —siguió bromeando el chico.

—¿Eso quiere decir que lloraré solo por un ojo?

Todos rieron mientras Ewan pareció dudar.

—No lo había pensado, es posible.

Caitlyn estiró las manos y le pellizcó en el costado, en el lugar exacto en el que Devlin solía hacerlo con la mente.

—¡Ah! Casi prefiero que lo haga él —se quejó—. Pellizcas fuerte para ser una chica.

—¡Eh! —protestó Airys de inmediato—. ¡Retira esa coletilla ahora mismo!

—Joder… ——suspiró Ewan—, pues sí que hay que tener cuidado con lo que se dice.

—Aprende a escoger bien las palabras, Ewan —aconsejó Caitlyn —, o la mujer de la que te enamores huirá en cuanto abras la boca.

—Por eso no sufras —sonrió con arrogancia—, no ha nacido una mujer capaz de conseguir tal hazaña.

Caitlyn lo miró divertida.

—¿No quieres enamorarte?

—¿De una sola habiendo tantas? —Esbozó una sonrisa mordaz —. Incluso la pregunta me ofende.

—Pues Moira dice que tu historia de amor será la más increíble de todas, tío Ewan —informó Annabella con inocencia.

Se hizo el silencio, que solo fue roto por algunas risas flojas. Ewan miró a la pequeña con el ceño fruncido.

—Entonces te aseguro que esa será la primera vez que una luminaria se equivoque.

Todos volvieron a reír, esta vez con ganas. La felicidad de Caitlyn era cada vez más plena, sentía el pecho henchido, colmado por completo.

Cuando miró hacia el salón, vio a un hombre mayor charlando con Davina y Keira, que no dejaba de observarla. No sabía quién era, allí había también personas invitadas por los McAllister, que habían asistido para conocer a la Velshir, la mujer que había robado el corazón del Khalif. Algunas la miraban a menudo y susurraban entre ellas, pero Caitlyn había entendido desde el primer momento que era inevitable, dado quien era y lo rápido que esa información había corrido de boca en boca durante el mes transcurrido. Pero aquel anciano le inspiraba cierta curiosidad. Ahora Davina había hecho contacto visual con ella y le pedía que se acercara.

—Dev… —se inclinó a preguntarle al oído—, ¿quién es el anciano que está con Davina?

Devlin miró de forma disimulada.

—Gideon Lockwood —confirmó—. Abuelo de Killian y el guardián más antiguo.

A Caitlyn se le aceleró el pulso mientras su mente apostillaba algo que su padre no habría dejado pasar: y presidente del Consejo.

—Ven, te lo presento. —Devlin tiró de su mano.

—No, ¿por qué? —se quejó.

Devlin rio divertido, pero no desistió. Caitlyn se dejó guiar, entre otras cosas para no hacerle un feo a Davina, aunque debía reconocer que estaba un poco impresionada y algo preocupada.

Le costó mucho mirar a Gideon a los ojos… sin esconder los suyos. Jamás había vuelto a ocultar el color amatista de su mirada,

pero aquel hombre le imponía mucho.

Aun así, aguantó estoica y le tendió la mano cuando Davina hizo las presentaciones.

—La Elegida Velshir… —la sorprendió diciendo el hombre, mirándola con admiración—. Creí que exageraban cuando me hablaron de tu increíble belleza, pero veo que se quedaron cortos.

Caitlyn le agradeció el piropo y le regaló una sonrisa más calmada.

Devlin colaboró a que se relajara manteniendo con Gideon una charla distendida que ayudó a Caitlyn a desmitificarlo un poco. El hombre tenía presencia, sí, pero no imponía tanto como ella había imaginado. No era un titán inalcanzable, sino alguien que parecía interesado en escuchar.

Sin embargo, cuando él posó sus ojos en ella de nuevo y le sostuvo la mirada unos segundos más de lo habitual, Caitlyn supo que iba a decir algo importante. Lo notó en el peso de sus ojos, en la pausa pensativa, casi solemne, que se instaló en el aire. Además, sus dones velkanos se habían multiplicado por diez en el último mes. Podía leer casi a cualquiera en unos pocos segundos. Incluso así, cuando al fin habló, dijo lo último que Caitlyn habría imaginado escuchar.

—Ha hecho historia en las últimas semanas, señorita Holloway —comenzó con gravedad—. Y no solo por lo que ha logrado usted, sino por lo que representa. Por eso, le hemos reservado una silla en el Consejo.

Caitlyn sintió cómo todo a su alrededor se ralentizaba un instante.

—¿Una… silla? —repitió, sin poder ocultar su asombro.

El hombre asintió con una leve sonrisa.

—Sí, para alguien que está destinada a hacer grandes cosas —concluyó—. La Velshir no debe estar fuera del círculo, sino en el centro.

A Caitlyn volvieron a llenársele los ojos de lágrimas. Por primera vez, no solo la aceptaban, le daban voz, voto, lugar, propósito y, lo más importante, la posibilidad de cambiar las cosas para gente como ella, que vivía toda su vida asustada, desplazada. Había muchas

cosas que mejorar… y, aunque sabía que no sería fácil, ahora tendría la oportunidad de intentarlo.

Devlin le tomó la mano con fuerza, como si supiera que aquel gesto era más importante de lo que las palabras podían explicar. Y Caitlyn asintió con el corazón en la garganta, mirando al anciano, y declaró con solemnidad:

—Será un honor aceptar.

Cuando se quedó a solas con Devlin y Keira, su amiga la miró con entusiasmo y la abrazó con fuerza.

—Dios, no quiero llorar para no contagiarte —exhaló aire despacio.

Las lágrimas de Caitlyn cobraron vida.

—¿Crees que te necesito para eso?

Ambas rieron entre lágrimas y volvieron a abrazarse.

—¿Qué tal has llevado la visita de tu ex abuelo político? —se interesó Caitlyn.

Keira carraspeó.

—Me mira raro.

—Serán cosas tuyas —opinó Caitlyn.

—Te juro que no —se lamentó—, creo que no le gusto nada.

Devlin la miró con una sonrisa divertida.

—Bueno…, motivos tiene, has rechazado a su nieto.

Keira cruzó los brazos sobre el pecho, algo molesta.

—Tampoco es que Killian esté llorando por los rincones, ¿no? —Se encogió de hombros y declaró irónica—: ¿O te ha parecido que protestaba siquiera un poco?

Devlin frunció el ceño y miró a Caitlyn.

—No tengo forma de salir airoso de esa pregunta, ¿verdad?

La risa de Caitlyn los contagió y todos acabaron riendo. Verla tan feliz era algo que a ambos los llenaba de felicidad.

Keira se excusó, entre protestas, para reunirse con su abuela de nuevo, que le hacía señas. Todas las responsabilidades como guardiana estaban agobiándola un poco.

—Está a nada de salir corriendo —suspiró Caitlyn, y miró a Devlin con curiosidad—. ¿Por qué Killian no ha venido con su abuelo?

El chico le devolvió una expresión algo misteriosa.

—Ellos no pueden verse hasta que decidan casarse.

Caitlyn lo miró perpleja.

—¿Por qué?

—Cosas de guardianes —se encogió de hombros—, son muy particulares.

—Pero si ya han roto el compromiso, ¿qué más da?

La sonrisa pícara de Devlin le dijo que se guardaba información mucho más que interesante, y acabó generándole una curiosidad extra.

—Porque… esa boda está cancelada, ¿no? —insistió.

A él le costó decir:

—Eso se supone, sí.

—Pero…

Él sonrió con cierta malicia.

—Hay cosas que, simplemente, están destinadas a ser —la atrajo hacia sí—, que nos lo digan a nosotros.

Sí, aquello era verdad.

—¿Entonces ellos tendrán que casarse sí o sí?

Devlin guardó silencio y… el que calla otorga.

—¿Y si no se gustan?

—Los guardianes trabajan en pareja, Caitlyn —le contó casi en susurros—. Cada uno tiene sus funciones por separado, pero las más importantes solo pueden llevarlas a cabo juntos. Sobre todo, las que implican mantener el equilibrio, algo que en nuestro mundo es fundamental. —La miró ahora con una sonrisa en los labios—. ¿Crees que el universo dejaría al azar algo así?

—No sé si te entiendo.

—Espera a que se pongan los ojos encima y lo entenderás.

—¿Cuándo?

—Cuando llegue el momento.

La curiosidad de Caitlyn la estaba matando, pero Devlin zanjó la conversación dándole uno de aquellos besos que le quitaban el sentido, y Caitlyn se olvidó hasta de su nombre.

—¿Qué te parece… —susurró después en su oído— si nos buscamos un sitio algo más íntimo?

Ella se limitó a asentir entre suspiros. Tenía demasiado mono de sus caricias ya como para negarse.

Buscaron por la sala hasta encontrar a Annabella, que estaba ahora muy concentrada con la oreja apoyada sobre la tripa de Selena, que a sus casi cinco meses de embarazo estaba ya muy gordita.

Caminaron hasta ellos con una sonrisa en los labios.

—¿Se escucha algo? —interrogaba Joss, agachado ahora junto a la pequeña.

—Un ruido raro.

—Eso es mi tripa, es que tengo hambre —rio Selena—, como siempre últimamente.

—Pero ya da pataditas —contó Joss—. Aunque muy suaves.

Selena volvió a reír y miró a Caitlyn, que sonreía feliz observando la escena.

—Y Joss tiene una paciencia de santo hasta que consigue sentir cada día aunque sea un aleteo —suspiró y miró a su marido con un amor inmenso, el mismo que le devolvió él.

—Mami, ¿pueden Joss y Selena dormirme hoy? —rogó la pequeña ahora—. Es que hace mucho que no los veo.

Aquello fue como música celestial para los oídos de sus padres, que estuvieron a punto de hacerle la ola por la brillante idea.

—Estaremos encantados —aseguró Selena de inmediato.

—Aplazamos para mañana el baile de los sábados entonces —sonrió Devlin, y tomó a su hija en brazos.

—¿Qué es eso? —se interesó Joss.

—Todos los sábados hacemos una fiesta especial antes de dormir —explicó Caitlyn entre risas, recordando el momento—. Todo desfila por la habitación al ritmo de Hakuna Matata: peluches, muñecos, incluso los albornoces del baño…

Padre e hija lo ponían todo en movimiento mientras los tres bailaban alrededor, riendo a carcajadas.

—Hoy Joss me contará un cuento, ¿a que sí?

—¡Por supuesto! Tengo uno muy chulo.

—¿Sí?

—Y hay un poco de todo —se explayó Joss—. Voy a contarte la historia de dos enamorados que se amaban más que a su vida, pero sobre los que pesaba una terrible maldición.

—¿Muy mala? —preguntó la pequeña.

—Mucho, una que los obligaba a odiarse y les impedía reconocerse incluso estando muy enamorados.

—¡Hala! ¿Vas a contarme vuestra historia? —se emocionó la pequeña.

Todos rieron frente a la expresión de fingida sorpresa de Joss.

—¿Cómo lo has sabido?

—¡Porque yo estaba allí! —le recordó la niña, risueña—. ¿Puedes contarme la parte en la que os obligaron a casaros? Esa me hace reír.

Joss frunció el ceño.

—Pues no recuerdo yo que a mí me hiciera tanta gracia…

Selena lo miró con una expresión pícara.

—Un poco sí, reconócelo.

Él le devolvió un gesto mezcla picardía y amor.

Devlin y Caitlyn miraban el intercambio de impresiones con una sonrisa en los labios. Serían unos padres estupendos, no había duda.

—¿Crees que deberíamos recordarles el don Veritas de Anna? —planteó Devlin al oído de Caitlyn, con evidente diversión.

—Igual nos arriesgamos a que se rajen —le recordó Caitlyn.

—¡Pasadlo bien! —exclamó Devlin de improviso.

Caitlyn no pudo reprimir una carcajada divertida, y tampoco pudo parar de reír mientras se despedían y él casi la arrastraba por el salón en su afán por llegar a la salida.

Montones de sonrisas cómplices los siguieron hasta la puerta, pero ellos ya iban demasiado absortos el uno en el otro como para notarlo.

Cuando salieron al pasillo, Devlin la atrajo hacia sus brazos para robarle un beso intenso antes de continuar.

—No vamos a perder la cabeza en mitad del pasillo —murmuró Caitlyn sobre sus labios.

—¿De nuevo, quieres decir?

Ambos rieron. Sí, no sería la primera vez que habían tenido que buscar la puerta abierta más cercana para dar rienda suelta a la pasión, pero en aquella ocasión Devlin tenía planes importantes.

Cuando Caitlyn se giró para enfilar las escaleras, notó bajo sus pies algo blando. Al agachar la mirada, se sorprendió al ver que el suelo estaba cubierto de pétalos y flores de todos los colores imaginables. Miró a su alrededor, boquiabierta, y descubrió que no era casual. Las flores trazaban un sendero claro, delicado, como si el castillo entero se hubiera rendido al amor.

Alzó la cabeza y encontró los ojos de Devlin refulgiendo, que le devolvieron una de esas sonrisas que siempre tenían el poder de encenderle el alma.

—¿Qué… es esto? —preguntó casi en un susurro.

—No lo sé —dijo él, con esa dulzura que solo usaba con ella y con su hija—. Quizá deberíamos ver a dónde nos llevan.

Caitlyn sonrió, tomó su mano y caminaron juntos por los pasillos engalanados de pétalos, en silencio, como si estuvieran entrando en un sueño tejido por el destino.

Las flores los guiaron hasta el despacho de Devlin, y de ahí a la puerta cristalera de la terraza…, la misma por la que cinco años atrás se habían adentrado en una noche que les cambió la vida.

Al salir al exterior, Caitlyn contuvo el aliento.

Todo estaba hermoso. La noche era cálida, el aire estaba impregnado del maravilloso aroma de cientos de flores que rodeaban la terraza como si la abrazaran. El cielo lucía limpio, infinito, tachonado de estrellas, y la luna colgaba alta, como una espectadora cómplice. Una suave brisa jugaba con sus cabellos y con las llamas de unas pequeñas velas repartidas de forma estratégica entre los maceteros. Sobre la mesa, una botella de champán descansaba en una cubitera de plata, junto a dos copas talladas con runas antiguas.

Todo era perfecto… y él lo había preparado solo para ella.

Caitlyn se llevó una mano al pecho, sobrecogida por la emoción, y cuando sus ojos buscaron los de Devlin, sintió que no podía amarlo más. Pero, como siempre, él encontraría una forma de demostrarle que sí…

…y lo haría en un instante.

—Un pajarito me ha dicho que te gustan mucho las flores de colores…

Caitlyn asintió conmovida.

—…que solíais recogerlas… y después hacíais una lluvia de colores —musitó mientras las flores comenzaban a moverse a su alrededor, como si una brisa suave las acariciara e impulsara a hacerlo.

Incluso el aire pareció contener la respiración justo antes de que el milagro ocurriera. Las flores, una tras otra, comenzaron a elevarse desde el suelo con elegancia, sin prisa, girando sobre sí mismas, impulsadas por una fuerza sutil… hermosa. Caitlyn alzó la vista, sorprendida, mientras una lluvia de pétalos y flores flotantes la rodeaba con ternura, girando y cayendo a su alrededor como si el cielo se hubiera rendido a su magia.

Con el corazón henchido del mismo amor con el que él le regalaba aquel instante, se dejó llevar. Giró sobre sí misma, con los brazos extendidos, los cabellos al viento y el vestido ondeando a su alrededor como si también volara. Rio con una risa suave de felicidad, bañada por los pétalos flotantes, por la luna, por el amor.

Cuando se detuvo, sin aliento y con el corazón latiendo con fuerza, buscó a Devlin… y se quedó sin palabras. Incluso dejó escapar una leve exclamación mezcla emoción y sorpresa.

Él estaba agachado frente a ella, apoyado sobre una de sus rodillas…, mirándola con el amor más absoluto brillando en sus ojos verdes.

A Caitlyn aquel momento le cortó la respiración, y cuando se obligó a tomar aire, su corazón latía a una velocidad de vértigo.

Y entonces vio que él sostenía una pequeña caja en sus manos, y cuando la abrió para ella…, el mundo pareció detenerse. Desde el interior, una amatista resplandeciente capturó la luz de la luna y la devolvió convertida en magia. Era el anillo más hermoso que había visto jamás. No por su tamaño, ni por su valor, sino porque parecía hecho con trozos de su alma.

El anillo perfecto para ella.

—Caitlyn Holloway, velkana, amatysa, Velshir y, sobre todo, el amor de mi vida… —susurró Devlin con voz firme, aunque cargada de emoción—, ¿te gustaría añadir el título de princesa sahir a la lista? —suspiró, mirándola como si fuera lo único real en el universo —. ¿Me concederías el enorme honor de casarte conmigo?

Las flores seguían danzando a su alrededor igual que si el mundo entero celebrara aquella unión. Y ella… ella sintió cómo el corazón se le llenaba de luz. Una emoción ancestral, inmensa y sagrada se apoderó de todo su ser, como si aquel instante estuviera escrito desde el origen del tiempo, como si el anillo, la luna y el fuego que los unía fueran un eco eterno del destino.

Y supo, sin una sola duda, que su respuesta ya ardía en el aire. Aun así, la pronunció alto y claro:

—¡Sí, sí, mi amor, sí! —accedió entre suspiros entrecortados.

Él se puso en pie sin poder contener sus propias emociones, y ella se arrojó en sus brazos, que la recibieron temblando.

Ambos colmados de una felicidad absoluta, se tomaron su tiempo para abrazarse, poner el anillo en el dedo de Caitlyn y comerse a besos. Las flores seguían girando a su alrededor como testigos mudos de aquel momento especial, como si esta vez fuera cosa del universo y Devlin ni siquiera necesitara impulsarlas.

—Dios, ¡te amo, Caitlyn, con toda mi alma! —repuso Devlin con ardor, robándole un beso tras otro.

—Y yo te amo a ti, mi Khalif. —Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Me siento la mujer más afortunada del planeta…

Y lo decía en serio. Todo era tan perfecto aquella noche…

—Jamás habría soñado con algo tan hermoso —observó a su alrededor y suspiró. Después miró a Devlin con una sonrisa especial y su corazón se aceleró un poco más—. Yo… también tengo un regalo para ti.

Devlin la atrajo hacia sí con los ojos cargados de deseo contenido.

—¿Uno solo? —murmuró, rozándole los labios —, porque no creo que tenga suficiente…

Caitlyn rio, con esa risa que él adoraba.

—Sí, de esos también tendrás muchos —prometió, divertida, aunque sus mejillas se sonrojaron un poco mientras su corazón se aceleraba aún más—, pero me refiero a… uno de verdad, que espero que te haga ilusión.

El tono de su voz, más suave ahora, más tembloroso, despertó toda la atención y curiosidad de Devlin, que la miró a los ojos aguardando sus palabras.

—Tú dirás.

Pero no lo dijo con palabras. Caitlyn tomó las manos de Devlin entre las suyas…

—Cierra los ojos —le pidió.

Él obedeció, y entonces ella dejó que uno de sus dones hiciera el resto. Conectó con él con suavidad y proyectó en su mente un recuerdo de ese mismo día, uno que había guardado como el más precioso de todos, esperando aquel instante.

Devlin se vio en la habitación de Annabella, justo antes de la fiesta, como un testigo mudo de lo que Caitlyn quería mostrarle… La niña sostenía un pequeño peluche en forma de fénix entre sus manitas.

—¿Y eso? —preguntó Caitlyn, divertida.

Orgullosa, Annabella se lo ofreció a su madre.

—Es para mi hermanito —informó la niña con total naturalidad.

Caitlyn sonrió.

—¿Quieres un hermanito?

—¡Sí! Y Moira dice que ya está en tu tripita…

Sintió el corazón de Devlin dar un vuelco incluso a través de sus manos, mientras ambos seguían inmersos en el recuerdo.

—Es un niño —continuó diciendo Annabella, feliz—, y va a tener una marca en el cuello como la de mi papá, ¿sabes?

El recuerdo se desvaneció con la dulzura de un suspiro…, y cuando Devlin abrió los ojos, los tenía llenos de lágrimas.

Caitlyn lo miraba con nerviosismo, mordiéndose el labio.

—¿Dev…?

Él no dijo nada. Solo la abrazó como si pudiera fundirse con ella, igual que si tanto amor ya no le cupiera en el pecho y aquella noticia le devolviera todo lo que una vez perdió… y mucho más.

—Gracias —suspiró al fin, con la voz quebrada, mirándola a los ojos—. Gracias por este regalo… y por esta vida contigo.

—¿Te… hace ilusión? —interrogó soltando el aliento que había estado conteniendo.

—¿Lo preguntas en serio? —Una lágrima escapó de sus ojos verdes—. No puedo ser más feliz, mi amor. Yo… no sé qué te dije aquella noche en el bar… —declaró con pesar—. Sé que intentaste decirme lo de Annabella y yo…

—Eso pertenece al pasado.

—Pero no quiero una sola duda entre nosotros, Caitlyn —repuso algo abatido—. Necesito que entiendas que no era yo el que hablaba aquella noche —explicó—, sino el whisky. Estaba muy jodido, enfadado y desesperado porque no te encontraba por ninguna parte y no sabía cómo encajar tantas emociones dispares, pero… sí sabía, o creía saber, que la mujer que quería en mi vida jamás podría darme hijos.

Caitlyn sonrió y le acarició el rostro con ternura, entendiéndolo a la perfección.

—Annabella es un milagro que jamás creí posible, y me perdí tantas cosas… —suspiró Devlin con la voz cargada de emoción—. Y un segundo milagro del que poder disfrutar desde ahora mismo es… —se le quebró la voz y solo pudo abrazarla con fuerza.

Ella lo contemplaba extasiada, sintiendo el amor en cada latido de su corazón.

—¿Esperabas que pudiera ocurrir de nuevo? —interrogó Caitlyn con curiosidad.

Devlin esbozó una sonrisa algo cohibida.

—Me lo pregunté tras la primera noche en la biblioteca —confesó.

Recibió un gesto de sorpresa. ¿Cómo era posible que ella ni siquiera hubiera caído?

—¿Por qué no dijiste nada? —se asombró.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que mi subconsciente… creyó que si ocurría, eso te obligaría a quedarte, y decidí arriesgarme —sonrió a medias con picardía ahora—. Y me he arriesgado mucho y muy a menudo

últimamente, Caitlyn, lo he dado todo. —Ella rio—. ¿Cuál es tu excusa?

—Que pierdo la cordura en cuanto me tocas —admitió algo ruborizada.

—Eso suena muy bien. —La estrechó aún más entre sus brazos —. Montaremos una guardería en la escuela si es necesario.

Caitlyn volvió a reír a carcajadas mientras él le besaba ahora el cuello y llevaba las manos a su abdomen.

—Así que nuestro pequeño futuro Khalif está aquí mismo… —recordó emocionado.

Y hasta ese momento, Caitlyn no fue del todo consciente de qué significaba aquella marca en el cuello de la que Moira había hablado: el niño que estaba en su vientre nacería con la marca que lo designaba como el sucesor y futuro Khalif de los sahires…

Devlin le robó entonces un beso intenso, de esos que le impedían razonar, y se abandonó a sus brazos.

—Puesto que no puedes beber, habrá que pasar del champán —le susurró Devlin al oído— e ir directos al plato principal.

A Caitlyn aquello le sonó a gloria.

—Oye, una pregunta que ronda mi cabeza desde hace un tiempo… —repuso él mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja —. ¿En serio… te arropaste con un retrato mío?

La risa de Caitlyn fue genuina, limpia, nacida del alma…, y él acabó contagiándose también, hasta que terminaron girando entrelazados, alzando una vez más un universo de colores a su alrededor, impregnando el aire con la fragancia del amor.

Después, se dejaron caer en el sofá donde por primera vez fueron uno solo, el lugar en que el universo los había reunido y el destino había hablado… y susurrado su promesa

Una certeza vibraba ahora entre ellos, tan intensa que casi podía tocarse. Estaban conectados desde siempre y para siempre, más allá del tiempo, más allá del miedo…

Disfrutando de cada caricia, se desnudaron por completo y se amaron muy despacio, con la luz de la luna como único testigo.

Ya no quedaba entre ellos ni una sola barrera. Solo verdad. Solo amor. Ese amor inmenso, contenido durante años, flotaba ahora en

el aire como una promesa infinita. Un amor que había sobrevivido a la muerte, y que, como ellos, había caminado por el fuego… y había vencido.

Nota de la autora:

Gracias por leerme y espero que hayas disfrutado de la historia.

Si te ha gustado la novela, te agradecería mucho un breve comentario en su página de Amazon. Los autores nos nutrimos de ellos para llevar nuestro trabajo a otros lectores, así que tu opinión en muy importante y valiosa para poder seguir creciendo y creando historias

¡Gracias de todo corazón!

Otros de mis títulos







También puedes seguirme en Facebook e Instagram si te apetece comentarme algo o estar al día de las próximas publicaciones.

@keilyfoxescritora

Descubre todas mis novelas en la siguiente página...

Libros de este autor

Suéñame hasta que me ames

Selena y Joss
Novela Autoconclusiva

Enemigo Íntimo

Mark y Maddie
Novela Autoconclusiva

Te Odio, pero solo a ratos

Kirsty y Mike
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Te Odio, pero dame un beso

Jess y Alek
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Te Odio, pero dime que me amas

Alyssa y Scott
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Te Odio, pero abrázame fuerte

Luke y Lexi
Serie Te Odio
Novela Autoconclusiva

Tentados por el Deseo

Nick y Pat
Serie Custom
Novela Autoconclusiva

Tentados por el Destino

James y Jennifer
Serie Custom
Bilogía Volumen 1

Tentados por el Destino 2: Desafiando al Destino

James y Jennifer
Serie Custom
Bilogía Volumen 2

Tentados por el Amor

Rob y Sarah
Serie Custom
Novela Autoconclusiva

Tentados por un Beso

Dannie y Judd
Serie Custom
Novela Autoconclusiva

¿Quién Eres? Un solo segundo, un tablero Ouija y una mala decisión

Thriller Romántico Sobrenatural
Novela Independiente y Autoconclusiva

Acerca del autor

Keily Fox



Nací en Madrid hace 48 inviernos, ciudad en la que sigo viviendo en la actualidad, y tengo la sensación de haber escrito durante toda mi vida.

Comencé a escribir poesía allá por los 10 años y mi primera novela romántica a los 14, novela que, aunque en aquel tiempo era insufrible, sería la base para una de las más conocidas que tengo: Tentados por el Destino.

Estudié arte dramático, locución y doblaje, así que durante muchos años me dediqué a escribir para teatro y audiovisuales, hasta que escogí precisamente uno de mis guiones para regresar a la novela y escribir «¿Quién Eres? Un solo segundo, un tablero Ouija y una mala decisión», un thriller romántico sobrenatural que publiqué en el año 2018.

Tras esta historia me volqué por completo en la novela romántica, género que más disfruto leyendo y sobre el que me apasiona escribir, siempre aderezada con tramas secundarias que me permitan trabajar el resto de géneros.

La bilogía "Tentados por el Destino" fue de las primeras en darme montones de alegrías y ahí comenzó realmente a materializarse el gran sueño de dedicarme cien por cien a crear historias. Después llegaron "Tentados por el Deseo", "Te odio, pero solo a ratos", "Tentados por el Amor", "Te Odio, pero dame un beso", "Te Odio, pero dime que me amas", "Suéñame… hasta que me ames", "Enemigo Íntimo", "Tentados por un Beso", "Te Odio, pero abrázame fuerte" y la última recién publicada: "Condéname… hasta que me ames (2025)

Trece novelas después, estoy feliz y agradecida con la vida y con cada uno de mis ector@s por soñar conmigo y ayudarme a vivir de lo que me apasiona hacer. Esto me recuerda una frase que hace muchos años tomé como filosofía de vida y que jamás pierdo de

vista…: "Tanto si crees que puedes hacerlo, como si no, en los dos casos ¡tienes razón!" (Henry Ford)